3 1761 08166241 3

ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS

M. A. BUCHANAN

PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

España moderna

AÑO VI NÚM. LXX

LA ESPAÑA MODERNA

REVISTA DE ESPAÑA

Director: J. LÁZARO

OCTUBRE 1894

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE A. AVRIAL
San Bernardo, 92.—Teléf. 3.074

462625

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

AP
60
E8
año 6
no. 70-72

LA BUENA FAMA

I

Nada recuerdo yo con tanto gusto como las temporadas que he pasado en Villabermeja y los coloquios que allí he tenido con D. Juan Fresco, mi querido tocayo. No había asunto sobre el que no hablásemos, dilucidándole hasta donde nuestro saber y nuestra inteligencia alcanzaban. Y cuando no estábamos de acuerdo, nos alegrábamos en vez de sentirlo, porque entonces nuestra conversación, con el apacible discutir, tomaba dulce y acalorada viveza.

A veces lamentaba yo que escritores extranjeros se nos hubiesen adelantado en coleccionar y en poner por escrito, con primoroso adorno, los cuentos que corren en boca del vulgo. Los mejores, á mi ver, eran los mismos, con raras variantes, en Alemania y en Francia que en España, de suerte que nos habían robado lo más hermoso y rico de aquella materia épica difusa, sin que pudiésemos ya darle forma original en nuestra lengua castellana.

Mi tocayo sostenía la contraria opinión y afirmaba que había aún mil cuentos vulgares, entre nosotros, sin que nadie los hubiese recogido, y que no pocos de ellos eran deliciosos y hasta contenían veladas enseñanzas y misteriosas filosofías de subidísimo precio. El solía escudriñarlas y sacarlas á relucir,

interpretando y comentando los tales cuentos como ciertos sabios neo-platónicos las antiguas fábulas griegas.

Varios de estos cuentos me refirió mi tocayo, excitándome á que yo tomase la pluma y los escribiese; pero he de confesar que me parecieron casi todos tan absurdos que nunca me atreví á ceder á su súplica. Uno, sin embargo, el de *La Buena fama*, me bulle, hace muchos años, en la cabeza, y pugna por escaparse de allí y derramarse en el papel, trascendiendo de la tradición oral á la escritura. El cuento es, sin duda, extraño, nada semejante á los demás de su género, y amenísimamente trági-cómico, si el narrador acierta á contarle como merece. Y no cabe la menor censura, sino estrepitosa alabanza en lo que toca á la moralidad, ya que la de este cuento es ejemplar y severa. Sólo me han retraído de escribirle y me han hecho vacilar hasta hoy ciertos lances que hay en él, que no ofenden sino que provocan la risa de la candorosa gente rústica cuando los relata ó los oye, pero que acaso enojen á las damas melindrosas y á los pulcros cortesanos. A pesar de tan enorme dificultad, resuelto yo al fin á escribir el cuento, procuraré envolver lo sustancial de los mencionados lances, algo escabrosos, en estuche de filigrana y entre perfumadas pleguerías, aunque el estilo tenga entonces que perder bastante de la sencillez y naturalidad que el argumento requiere.

Y dicho esto, para descargo y tranquilidad de mi conciencia, allá va la historia, según mi fresco tocayo me la contaba.

II

En la populosa capital de un reino, que me sería difícil señalar hoy en el mapa, vivía, hará ya lo menos seis ó siete siglos, una honrada viuda, tan hidalga como pobre, y agobiadísima, si no por lo avanzado de su edad, por desengaños, en-

fermedades y otras desventuras. Su difunto esposo había sido caballero tan cabal, que los de su época pudieron mirarse en él como en limpio espejo y tomarle por norma, dechado y cifra de las caballerescas excelencias, ya que, sobre ser gentil, elegante, discreto y ágil, descollaba en bizarrías y arrestos. Había recorrido muchas tierras remotas buscando aventuras entre pueblos de diverso sentir y pensar de los que el suyo tenía. Y en sus altas empresas militares, con frecuencia felices, había alcanzado envidiable gloria y garbeado además no cortos provechos.

Deslució, no obstante, tan buenas condiciones y prendas tan raras, la inclinación irresistible de este caballero al lujo, á los banquetes, á las daifas y bagazas, y, lo que es peor, á los dados y á otros juegos de azar y envite.

Dió esto lamentable ocasión á su prematura y desastrada muerte, á los dos años de su boda, consumida su hacienda y derrochado el dote de su mujer, á quien dejó en cinta y en la mayor miseria y abandono.

Fué el caso que unos tahures, á quienes llamó fulleros, sin que ellos cara á cara se atreviesen á vengar la afrenta, le armaron celada en los oscuros pasadizos de un garito, y allí á puñaladas le atravesaron el corazón y los hígados.

Imaginemos ahora la desolación de la señora doña Eduvigis. Así llamaremos á la viuda, supliendo la falta que por lo común se advierte en las historias tradicionales en que el pueblo olvida los nombres propios, aunque no olvide ni el más diminuto ápice de los sucesos.

Ella, doña Eduvigis, á pesar de los despilfarros, infidelidades y travesuras de su esposo, le amaba con fervor, y le lloró durante algunos meses, al cabo de los cuales hubo de mitigarse el dolor de la viudez, ó mejor dicho, hubo de eclipsarse por los del parto, el cual vino en sazón y derecho, y dió por resultado á una hermosa niña, ojinegra y morena, á quien por expresa voluntad del difunto, que mil veces había pronosticado su hermosura, pusieron el inaudito nombre de Calitea.

El tiempo vuela y pasa con tan endemoniada rapidez, que nadie habrá de pasmarse de que, al empezar de lleno nuestra narración, Calitea haya crecido y espigado, tenga ya veinte años cumplidos, resplandezca con todos los hechizos de la salud y de la mocedad virgínea, y posea diversas habilidades y artes, como son las de la costura y el bordado, con las cuales se ganaba la vida y sustentaba modestamente á su madre, quien, según hemos indicado ya, estaba hecha una pepla, y casi no valía para nada sino para aturdir y marear, dando disposiciones y echando regaños, ya á la única antigua criada que cuidaba de la cocina y del arreglo y orden de la casa, ya á la propia Calitea con motivo de los novios vitandos ó deseables.

III

Salía de diario un río de elocuencia de la boca de doña Eduvigis. Imitemos á su hija, y, como ésta siempre, oigámosla nosotros con paciencia una vez siquiera.

En el cuarto menos malo del chiribitil en que vivían, cuarto que era á la vez estrado, comedor y sala de estudio y trabajo, bordaba Calitea en el bastidor, sentada cerca de la ventana, por donde penetraban oblicuamente los alegres y gratos rayos del sol matutino, en un despejado y sereno día de invierno.

La madre, en medio de la estancia, sentada también, no diré junto, sino casi encima de un braserillo de azófar, tenía los pies sobre la tarima, y con la badila en la diestra, ya accionaba al hablar, como si fuese la badila férula ó signo de su magisterio, ya echaba firmas en la ceniza, haciendo brillar el rescoldo. Ella había extendido alrededor la falda de su vestido, y como el calor iba subiendo y recogiéndose en el amplio hueco, donde enrarecía el aire, doña Eduvigis, más seca y li-

gera que una paja, sentía el prurito, el conato y hasta el comienzo de una de las más maravillosas extáticas elevaciones. Sentía además, á semejanza de la Pitonisa en Delfos, que le infundía inspiración aquel vaho.

—Niña, niña—decía pues, con tono de inspirada—cuán neciamente estás dejando pasar la edad florida y malgastando el tiempo propicio que no volverá nunca. ¿De qué te vale todo lo que has estudiado, cavilado y alambicado, si no sabes vivir? Tú coses y bordas como las hadas; zurces con tamaña sutileza, que haces invisibles las huellas del rasgón más feo; tus dobladillos, calados, pespuntes y vainicas, pasman á la costurera más hábil; y sobre ricos paños bordas en oro, seda y plata, figuras prodigiosas de hombres, de animales y de seres imaginarios, que tú misma inventas y dibujas: pero, créeme, nadie pagará jamás tus puntadas sino con ruin tacañería. En cambio, ¿por qué no te percatas mejor, justipreciándolas y utilizándolas, de la sal y la pimienta con que el cielo te ha rociado? Eso sí que podrá servirte en el mundo, poniéndote en andas y bajo palio y abriendo para ti el porvenir más halagüeño. Mira, hija mía, que te hablo, no con intenciones bellacas, porque yo he sido y soy rígida en mis costumbres, y, aunque me esté mal el decirlo, raro modelo de esposas, sino para que, sin el menor deterioro de tu honestidad y sin el más somero quebranto de la ley de Dios, aproveches la hermosura, la gracia y el garabato que tienes y los conviertas en anzuelo para pescar buen marido. No lo digo por mí. Ningún interés egoísta me mueve. Lo digo por tu bien. Discurro como madre previsora. El día menos pensado caerá por tierra el ruinoso edificio de mi cuerpo y te quedarás huérfana, desvalida y sin arrimo, en medio de esta gran ciudad donde habrá mil peligros que te rodeen, como preciada navecilla, sin piloto y con poco lastre, que audaz se engolfa en mar borrascoso, lleno de escollos é infestado siempre de codiciosos piratas. Es menester, por consiguiente, que te cases pronto y bien, tanto para salir de los ahogos y estrechezas en que vivimos, si vivir así es vi-

vir, cuanto para que logres el marido que tu condición requiere, como enriscada alcazaba que, por inexpugnable que sea, requiere quien la mantenga y custodie. Este marido ha de ser respetado á fin de que haga que te respeten, y vigile por tu honra y la acreciente con la suya; y ha de ser rico, á fin de que tú vivas con el regalo, la elegancia y el decoro que mereces y á los que no me negarás que eres harto aficionada.

Había heredado Calitea los ímpetus y el desenfado de su padre, y así, sin poderse contener y atropellando un poco el respeto debido, interrumpió de este modo el bello discurso materno.

—Querida mamá, no te canses ni me canses. Ya te lo he dicho mil veces y te lo repito ahora. Yo no me casaré nunca para que me mantengan. Me casaré con el que me enamore, aunque sea pobre. Lo que es respetado, de fijo que lo será, que no he de poner yo mis ojos ni mi alma en sujeto vil. Mas no necesitaré que me defienda ni que me vigile. Eso sé yo hacerlo, sin auxilio de nadie. Ni quiero tampoco que su honra aumente la mía, pues me considero tan honrada que no cabe más. Y en punto á la elegancia y al regalo, que me dices que amo, y yo no te lo niego, sábete que el mayor regalo y la mayor elegancia para mí estriban en cumplir con mi regalado gusto, y mi gusto no se verá cumplido mientras no halle novio que me hechice por su discreción, valor y gallardía, robándome el corazón y cautivándome los sentidos y las potencias. Si no hallare yo, y si no se me ofreciere esta joya, me quedaré para vestir Santos y me iré con palma á la sepultura.

—Pero ¡hija de mis entrañas!—interrumpió la madre.—¿A qué viene ese caramillo que estás armando? De sobra sé que no se hizo la miel para la boca del asno, y de sobra sé que tú eres miel. ¿Cómo había yo de pensar en casarte por codicia con ningún mostrenco? Lo que me lleva á hablarte así es la certidumbre que tengo de que hay alguien que te quiere, que aspira á tu mano, que posee todas esas perfecciones de que ha-

blas, y que además es rico como un Creso. Algunos más años cuenta de los que convendría que contase para de que la unión fuese proporcionada; pero, ¿cómo no perdonar esta desproporción á quien puede endulzarla con muchísimos millones de ducados? Vamos, es una bendición del cielo, una fortuna colosal la que se nos entra por las puertas de casa, ó nos cae encima como llovida. Delirio sería desdeñarla. Y todo, ¿por qué? Porque el fruto, aunque y jugoso exquisito, está algo maduro.

—Pues ¿te parece poco, mamá? Lo maduro se resiste á mi paladar. O nada, ó fruto verde, aunque rejelee. Y dime, ya que, si bien lo sospecho, me agrada que me adulen el oído, ¿quién es ese gato relleno de oro, que en forma de pretendiente me envía la misericordia del cielo?

—Pues ¿quién ha de ser sino D. Hermodoro?—contestó la madre.

—Ya me lo presumía yo—replicó Calitea.—Siempre que le llevo telas bordadas y paga mi trabajo, me mira con ojos picaruelos y encandilados y hasta se atreve á echarme piropos.

—No lo dudes, niña, el hombre está que se derrite, y, si no te muestras muy esquiva, con poco que hagas, le conquistas del todo y se casa contigo.

—Pues no se casará, porque yo no pienso hacer ni haré nada para acabar de conquistarle.

—Eres muy ingrata—repuso la madre.—¡Si supieras cuánto te admira y te elogia! ¡Con qué entusiasmo me habló de ti, pocos días ha, que vino á visitarme! Casi estuvo á punto de pedirte. Puso por las nubes tu bordado de la última casulla, y dijo que, así por su mérito artístico, como por las bellísimas y delicadas manos que le hicieron, le pagaba él doble de lo que suele pagar.

—Por el mérito artístico de mi bordado cobré yo lo que cobré y me pareció poco. Nada tiene ese necio que pagar ni nada que cobrarle yo por mis bellísimas manos, que sólo de balde han de servir para tirarle de las barbas y hartarle de pescozones, si sigue desmandándose.

Justo es observar aquí, á fin de que nadie tilde á Calitea de señorita desaforada y de rompe y rasga, que ella vivió, hace setecientos años lo menos, en época más ruda; y que sin tener dueña, ni escudero que la escoltase, como las señoritas de Madrid que llevan ahora, cuando van de paseo, una acompañanta á quien llaman *la carabina*, Calitea, por estar su madre enferma casi siempre, iba sola á sus negocios de costura, y entraba en almacenes y tiendas, y atravesaba calles, plazas y callejuelas, donde no había municipales, ni polizontes, ni alumbrado eléctrico. Era, pues, indispensable que, si quería defenderse, acudiese ella misma á la propia defensa, con algo de marcial, de arrogante y tremendo, como una doña María la Brava.

IV

A pesar de la costumbre que había adquirido de oir con resignación los desatinos y las altiveces de Calitea, su madre quedó consternada después del último diálogo. Poca esperanza le quedaba ya, conociendo la terquedad de su hija.

D. Hermodoro era el mercader de más crédito en la ciudad; viudo sin hijos, ansioso de casarse para tener quien heredase su caudal y prendado de Calitea hasta más no poder. Despreciar todo esto, desde tan humilde y menesterosa posición, era el último extremo de la locura; pero Calitea había llegado á ese extremo, y harto comprendía su desdichada madre que era dificilísimo, casi imposible, hacerla retroceder.

—¡Dios mío!—exclamaba doña Eduvigis, cuyas meditaciones y soliloquios tomaban á menudo forma de plegaria.—¡Dios mío! ¿Está loca mi hija? Todavía comprendería yo, por más que lo deplorase, que la muchacha desairara tan brillante partido, si estuviese enamorada de algún mozuelo barbi-

lindo, de los muchos que la han pretendido: pero, si ella los ha despedido á todos, ¿qué es lo que quiere? ¿Sueña con algún duque? Hasta ahora á todos los novios los ha hallado vulgares, ordinarios, ignorantes y feos. ¿Será menester que de encargo le fabriquen uno bonito, joven, noble, elegante y valeroso: Adonis y Marte en una sola pieza?

En esto atinaba doña Eduvigis. Así era el novio con quien Calitea soñaba. El sueño, con todo, no se trocaba en realidad.

Sólo D. Hermodoro, cada vez más fino, no atreviéndose á declararse directamente á la hija, hizo su declaración en regla por medio de la madre. El desdén se renovó por estilo más solemne; pero D. Hermodoro no quiso desengañarse y retirarse y siguió en su inútil porfía.

Pasaron meses y llegó la alegre primavera.

Calitea, que era bondadosa, aficionada á reir y á burlar, y divertidísima en su conversación salpicada de chistes sin malicia, tenía por amigas á bastantes muchachas honradas y de buena familia, las cuales se desvivían por convidarla á sus jiras y meriendas campestres, en los sotos y prados de las cercanías, que eran un encanto por su fertilidad y que entonces estaban floridos y llenos de lozana verdura.

A pesar de su vida laboriosa y de que el tiempo no le sobraba, Calitea aceptaba á veces los convites. Su madre, aunque por estar sana del estómago y de los pulmones, comía con apetito, y en la lluvia de sus discursos no solía descampar, mientras no se rendía al sueño, como se encontraba cada día más torpe de la vista y de las piernas, no podía ir á estas expediciones; pero, á fin de que todo apareciese correcto, y no porque la niña necesitase custodia y vigilancia, confiaba á Calitea á la más autorizada y venerable de las madres de sus compañeras.

De esta suerte asistió nuestra heroína á varias jiras y meriendas. Todos los que en ellas tomaban parte, reían y celebraban la graciosa desenvoltura de Calitea; los mozos admiraban su beldad; algunos, que eran guapos y no desprecia-

bles partidos para su clase, la pretendieron con el mejor fin; pero ella los desahuciaba siempre, aunque por arte tan suave y con tan buena crianza, que ninguno le guardaba rencor, sino que persistían todos en ser sus amigos, reconociendo que jamás había ella atraído ni provocado á nadie para desdeñarle después, y que sabía agradecer sin amar, cada vez que inspiraba amor á pesar suyo.

Tales recreos, por más que agradasen á Calitea y lisonjeasen su amor propio, eran, sin embargo, poco frecuentes. Las faenas continuas á que ella tenía que entregarse para ganar el sustento no se avenían con mayor disipación, y casi podía afirmarse que su vida era retirada y austera.

Largas horas del día se pasaba en casa cosiendo ó bordando, y oyendo las disertaciones de su madre y sus alegatos en favor de D. Hermodoro.

Sólo cuando la linda costurera y bordadora terminaba alguna tarea solía salir para entregar el fruto de ella á quien se la había encomendado.

Nunca dejaba entonces de entrar en la hermosa catedral bizantina, que estaba muy cerca de su casa; y allí, hincada de rodillas, en lo más sombrío y solitario del sagrado recinto, rezaba fervorosamente.

El sitio en que de ordinario se arrodillaba para sus rezos era delante de una capilla, cerrada por bien labrada verja de bronce, y sobre cuyo altar, en el misterioso camarín de un retablo de roble dorado y de rica y prolija talla, se aparecía la efigie de San Miguel, con el fulmíneo acero en la diestra y en la otra mano una cadena de hierro á la cual estaba atado Lucifer en persona. De su boca espantable, llena de espumarajos y muy abierta, se diría que brotaban mil blasfemas maldiciones; pero el Arcángel tenía bajo sus pies á nuestro común enemigo, y todas sus maldiciones y reniegos eran en balde.

Si hemos de confesar la verdad, en aquel tiempo la escultura florecía poquísimo y el San Miguel no era nada hermoso; pero en la oscuridad del camarín y contemplado con los ojos

de la fe y desde lejos, podía dar ocasión, y la daba, á que se le imaginase y representase Calitea como un portento de juvenil y angelical hermosura. Era, pues, devotísima de aquel paladín del empíreo y no dejaba de dirigirle muchas de sus oraciones.

V

Tan embebecida estaba en ellas, al anochecer de cierto día, que no advirtió, entre las sombras que se extendían ya por lo interior del templo, que alguien la observaba con persistencia y fijeza, admirando sin duda su rostro y toda su persona, sobre los cuales caían de soslayo los últimos fulgores del moribundo día que penetraban por una ventana poco distante.

Levantóse Calitea y se encaminó hacia la puerta. Su admirador la siguió, recatándose un poco y aun sin ser por ella advertido.

La igiesia estaba desierta.

Cerca ya de la pila del agua bendita, Calitea reparó en alguien que se le adelantaba, pero en quien sólo podía distinguir un bulto negro. Amplia capa de dicho color le caía desde los hombros casi hasta los pies.

No fué pequeña, ni desagradable tampoco, la sorpresa de nuestra heroína cuando, al ir á tomar agua en la pila para ponérsela en la frente, haciendo la cruz, se interpuso el desconocido, que acababa de mojar sus dedos, y le ofreció el agua con notable cortesía.

La muchacha, á pesar de su altivez y recato, no acertó á rechazar tan santo obsequio, ofrecido del modo más respetuoso. Tomó, pues, el agua, tocando con sus dedos los dedos húmedos de quien se la ofrecía, cuya mano, según ella notó al mirarla y tocarla, era blanca, suave, muy cuidada y muy bo-

nita, y tan pequeña, que no era mayor que la suya, aunque ella no las tenía, por cierto, ni feas ni grandes.

Miró también Calitea á todo el sujeto de la mano, y vió que era un mozuelo, al parecer de menos edad que ella, casi un niño, pero vestido muy á lo guerrero, y tan gentil y gracioso que hubiera podido tomarse por el propio Arcángel, á quien ella acababa de rezar, y que se había descolgado del camarín para venir á saludarla. Las calzas ceñidas, de paño verde oscuro, dejaban ver la forma de las piernas, firmes, enjutas y bien torneadas; sobre el jubón ó coletín de gamuza relucía la malla de acero bruñido; y del cinturón de adobado becerro montaraz pendía en medio la escarcela; al lado derecho una daga, y al otro lado la espada. Sobre el puño apoyaba el galancete la mano izquierda, calzado el guante y sosteniendo donosísima caperuza, cuyo copete era una gran pluma de águila.

Su cabeza, bien plantada y descubierta entonces, aparecía coronada por los bucles de oro de la abundante y larga cabellera; eran sus ojos azules como el cielo; la frente, despejada; ligero bozo apenas sombreaba ó más bien doraba el labio superior con una sospecha de bigote, y la nariz recta, la barba firme y la boca desdeñosa é imperativa se contraponían chistomente á lo adamado del resto de la persona.

Todo lo dicho agradó en extremo á Calitea, la cual sintió que, como en fortaleza que asalta el enemigo cuando más segura y descuidada se halla, se le entraba en el pecho y le alborotaba el corazón un tropel de sentimientos sobrado tiernos y hasta aquel instante jamás por ella experimentados. Pero lo que más la hechizó, moviéndola á desechar toda cautela, desvaneciendo recelos, y disuadiéndola de reparar su descuido y de precaverse para en adelante, fué la turbación que advirtió en el mozo que le ofreció el agua bendita y el encendido rubor que le arreboló la cara, aumentando su amabilidad inocente.

Al llegar á este punto hacía notar D. Juan Fresco, y yo debo imitarle, que en el país y en la época en que ocurrieron

estos sucesos, ni se necesitaban aún previas presentaciones para que se hablasen las gentes, ni éstas, cuando se consideraban iguales, se daban tratamiento, sino que, si bien las más ceremoniosas empezaban por hablarse en tercera persona, lo usual era tutearse de buenas á primeras. Así, pues, no ha de parecer á nadie falto de la conveniente circunspección y decoro el diálogo que sigue, entablado por Calitea, después de dar las gracias por el agua ofrecida y aceptada.

—Y dígame—preguntó ella—¿es por ventura el señor soldado forastero en esta ciudad?

—Lo soy—contestó el mancebo.—Ayer llegué del lugar en que me crié y donde vive retirado mi padre, hidalgo de poquísimos bienes de fortuna. A fin de que yo me la busque, de lo que estoy impaciente, mi padre me dió su bendición y armas y caballo, y me dejó venir por quí.

—¿Y cómo consintió tu padre en que vinieras solo, al verte tan niño como eres?

—No soy tan niño—dijo él algo picado.—Veintidós años he cumplido ya.

—No lo creería si no me lo dijeses. Eres más viejo que yo, tienes dos años más. Perdona hombre, que te haya tratado como á un rapazuelo, sin los miramientos y atenciones que se deben á personas de mayor edad.

—De ti no quiero yo más miramientos sino que me mires con muy amistosa simpatía.

—Pues eso estoy por afirmar que lo has logrado; y de fijo que lo conservarás y aumentarás, si eres tan bien criado y juicioso como tu buena presencia promete.

—Lo que es bien criado, ¿cómo no serlo contigo hasta el más rendido acatamiento? En punto á juicio, difícil será que le conserve si tú me le robas.

El joven pronunció la última frase, siguiendo á Calitea, que había salido ya de la iglesia é iba andando hacia su casa.

Volvió ella el rostro, y dijo sonriendo:

—Déjate de lisonjas. No gusto de ellas nada. Si sigues así,

no llegarás á verme otra vez, para que ni en broma me acuses de que por mí te vuelves loco.

—No te enojes. Yo me quedaré cuerdo, pero consiente que te acompañe hasta tu casa.

—No; vete ya.

—Me iré, si lo mandas.

—Lo mando.

—Bien está, pero prométeme que vendrás mañana por aquí á la misma hora.

—¿Y para qué?

—Para que yo tenga la dicha de verte y de hablarte.

—Pero, desventurado, ¿no ves que perderías así el tiempo? ¿Buscas fortuna? Pues mal modo de hallarla es andar en conversaciones ociosas.

—No serán ociosas. Tú eres, lo conozco, tan discreta como prudente, y deseo pedirte consejo.

—Eso ya es distinto. Aunque no presumo de buena consejera, la conciencia me remordería de negarte el consejo que pides. Me queda, con todo, un escrúpulo. Es sacrilegio citarnos en la iglesia para tratar asuntos profanos.

—Pues dime donde vives é iré á tu casa.

—¡Imposible! ¿Qué diría mi madre?

—Entonces, sal ya tarde á la reja, cuando tu madre se acueste.

—¡Jesús! ¿Qué estás diciendo, muchacho? ¿Qué pensarías de mí si yo tal hiciese? Apenas te conozco. No sé siquiera tu nombre.

—No quede por eso, hija mía. ¿Conque no me viste rezar con devoción junto á la capilla del Arcángel, donde, aun no sé si para mi desgracia ó para mi ventura, te vi y te admiré? Fuí allí porque el Arcángel es mi Santo. Me llamo Miguel.

—Bien está, Miguel. Márchate ahora, déjame en paz y no quieras convertirte en diablo.

—¡Cruel! La diablura es que me despidas. ¿Y por qué?

—Ya es de noche: pero mis vecinas están atisbando siempre

y tienen ojos de lince. ¿Qué no murmurarán si me ven con mancebo... tan cubierto de armas? Supondrán que me llevas presa.

—El preso y el enredado soy yo en la mágica red que tienden cuando miran tus ojos divinos.

—Ya te he dicho que detesto los requiebros—exclamó Calitea, negando con la complacida expresión de su sonrisa, con su dulce mirar y con lo trémulo de su voz, las palabras que pronunciaban sus labios.

El ansia de amar, el torrente de afectos, contenido y represado, hacía cuatro años, desde que Calitea era mujer, había roto los diques y brotaba con tal ímpetu de su alma, que no lograban atajarle la reflexión y la prudencia.

En abono de la joven, y á fin de que nadie la tilde de liviana, fácil y antojadiza, debemos observar que no era personaje ordinario, sino prodigioso por todos estilos, quien de tal suerte la trastornaba, grabándose, cual sello en blanda cera, en la dureza diamantina de su corazón, hasta entonces desamorado y arisco.

Harto bien reconocía ella el inevitable vencimiento de su voluntad. Oía voces en lo interior de su alma que le cantaban cada vez que miraba á Miguel:

—¡Qué monada de muchacho! ¡Es un primor! ¡Es un brinquillo! ¡Es un dije!

Dominada por tan poderosos, íntimos ensalmos, no es de maravillar que Calitea, sin caer en lo que hacía, en vez de volver á su casa por el camino más corto, rodease bastante, prolongando la conversación.

—Vete, vete ya—dijo para terminarla.—Déjame, por Dios. No quiero que me vean contigo.

Y añadió, para que él supiese también el nombre de ella:

—Calitea te lo suplica.

—Yo te obedeceré, porque soy tu esclavo; pero no seas tirana, dulcísima Calitea, y no me hagas víctima de la más negra desesperación. Necesito hablarte con más reposo. ¡Sal esta noche á la ventana!

—¡Qué locura, cielos santos! ¡Qué locura!

—Apiádate de mí. ¡Sal á hablar con quien te adora!

—Me avergüenzo de mí misma. ¡Cuán ruin concepto vas á formar de mí!... Ya estamos junto á mi casa. ¡Vete, vete!... ¿La ves? Es allí. Ven esta noche, á las doce.

Dijo esto, poniéndose colorada como la grana. Redobló el paso, casi echó á correr; y entró en su casa con precipitación dejando al galán en medio de la calle.

VI

Bien se comprenden la puntualidad y el contento con que el galán acudiría á la cita, á la que tampoco faltó Calitea.

La cita se repitió muchas noches, y en cada una crecía el entusiasmo de los dos enamorados, el alborozo que sentían al verse y la pura llama de aquellos dulces amores.

Calitea, sobre los planes y propósitos que Miguel le había confiado, levantaba en su imaginación un monte, un cúmulo gigantesco de futuras y brillantes prosperidades y triunfos.

Se casaría con Miguel cuando él conquistase una posición desahogada. Acaso sería menester aguardar cinco ó seis años; pero, ella y él eran muy mozos, y ella tenía constancia, calma, y brío para aguardar. Entre tanto, se enorgullecía del papel que le tocaba hacer. Ella había descubierto todo el talento, todas las aptitudes de Miguel, y era ya y seguiría siendo luz más clara que revelase á él su propio valer, estrella que le sirviese de guía, y estímulo poderoso que despertase más su noble ambición y le moviese á emprender y á llevar á cabo actos de virtud y obras de ingenio.

Soñaba Calitea que, como jardinera hábil que cultiva con esmero una planta generosa, la cual da al cabo sazonadísimo fruto, iba ella con influjo magistral á sacar de su amigo

un héroe, un sabio, un político eminente, por donde, desde la oscuridad y pobreza en que vivían, acabarían ambos por alzarse unidos á las más luminosas y sublimes esferas sociales.

Y no soñaba así Calitea porque fuese ambiciosa. Ella se contentaba con la posición más humilde. Todo lo anhelaba por él y para él; y para que en mucha parte se lo debiese á ella; á la inspiración, al aliento, á la confianza y á la fe que en él tenía y que se lisonjeaba de comunicarle, llenando su corazón de egregias esperanzas.

Tenía Calitea un gusto acendrado, y lejos de hablar de tales cosas con persistente seriedad, procuraba que la conversación fuese alegre, burlando, riendo y tratando de su cariño. Y hasta donde su limpia honestidad lo consentía, y con infantil candor, solía hacer á su amigo muy regalados favores. Tal vez le tomaba la mano, y, poniéndola palma con palma sobre la suya, celebraba lo bonita y lo pequeña que era. Tal vez se atrevía á tocar su bigotillo, que hallaba suave como seda. Y tal vez enredaba entre sus dedos, y alisaba y acariciaba después con delectación artística, los dorados rizos del muchacho.

Como éste distaba infinito de ser de piedra, no dejaba de alborotarse, y deseaba y pedía; pero la dignidad natural y la no fingida inocencia de la joven, más aún que la interposición de la reja, le tenían muy á raya. El más señalado favor que consiguió, en una ocasión sola, fué que ella acercara la frente para que él la besase; pero el beso fué fugitivo y tan somero, que apenas se posaron en aquella fresca tez los labios sedientos.

Aunque tan deliciosas entrevistas se celebraban con extraordinario sigilo, nada bastó á evitar que alguna vecina, de las que llamaba Calitea con sobrada razón atisbadoras, se enterase perfectamente de todo y fuese al punto á referir el chisme á la persona á quien imaginó que más podía doler: al propio D. Hermodoro.

Este, mortificado y lleno de celos y de envidia, acudió á

quejarse y á lamentarse con doña Eduvigis, contándole lo que ocurría, con mil malignos rasgos y perfiles que lo tornaban reprensible y aun pecaminoso.

¿Quién acertará á describir el furor que se apoderó de doña Eduvigis al saber sucesos tan graves? Las filípicas que echaba á Calitea eran elocuentes y feroces.

—Tú me vas á matar á disgustos—exclamaba.—¡Ay, ay! Si viviese tu padre no estarías tú tan emancipada. De él harías caso, ya que de mí no le haces. Al saber tu conducta se pondría hecho un tigre: te daría una soba y te metería de patitas en un convento. Mira en lo que han venido á parar tus arrogancias: en rendir tu voluntad realenga á un rapazuelo vulgar; en enamorarte como una loca de un pelafustán, gandul, sin oficio ni beneficio; que, según me aseguran, no tiene sobre qué caerse muerto ni para mandar rezar á un ciego. Y... ¿si fuese capaz de ganárselo con sus puños? Pero... nada... ¿qué ha de ser capaz? Todos están de acuerdo en que es un chiquilicuatro, un mequetrefe, un alfeñique, un soldadete de caramelo ó de alcorza. ¡Lindo avío estamos haciendo! Medrada andará tu reputación en boca de los maldicientes. Te sacarán el pellejo á túrdigas. A mí me va á dar un soponcio, y me voy á quedar en él si no despides á tu almibarado mozalbete. Es necesario que le despidas, que le mandes muy enhoramala y cuanto antes.

Con pocas variaciones, pero con muchas amplificaciones, pronunciaba doña Eduvigis este discurso seis ó siete veces cada día. A Calitea le entraba por un oído y la salía por el otro; mas aunque estaba hecha á las voces como los pájaros del ruedo, trataba de calmar á su madre, haciéndole caricias, diciéndole chistes hasta que la excitaba á reir, y asegurándole que Miguel era el mejor novio posible, y sobre todo, que ella le quería; que jamás tendría otro novio; que estaba decidida á esperar años hasta que él tuviese medios para vivir con cierta holgura y casarse; y, por último que, si esto no se lograba, ella se quedaría soltera. Calitea, además, ponderaba

los méritos de su novio y cuánto había que confiar en su porvenir por poco que la suerte le favoreciera.

La madre se aquietaba al fin, y toda su energía se gastaba en palabras, sin que hiciese, ni pudiese hacer, cosa alguna en contra de la resuelta y firme determinación de su hija.

D. Hermodoro, entre tanto, estaba picadísimo de que un descamisadillo oscuro le hubiese vencido y se hubiese hecho dueño de la joya que él codiciaba tanto; y como no podía desahogarse, reprendiendo á Calitea, la cólera reconcentrada le atenaceaba el corazón y le estimulaba y le pinchaba de continuo para que se vengase. Horrible era la pelea que habían trabado dentro de su alma las contrapuestas pasiones. Los celos no se andaban con chiquitas y pedían la muerte de aquel odioso rival; pero D. Hermodoro era un señor grueso, sano, colorado y floreciente, que estimaba no poco la vida de los otros y mucho más la suya. Su caridad era tan inmensa, que si bien irradiaba sobre el linaje humano, le amparaba y le fomentaba á él más que á nadie, como su centro ó su foco. De aquí que D. Hermodoro fuese caritativo con su propio ser y con los demás seres, hasta el punto de procurar desentenderse, para que no se le indigestasen, de que los cerdos, las perdices y los pollos que le servían, habían recibido violenta muerte á fin de que él se los comiera.

Con tal condición y disposición de espíritu, su sed de venganza era atroz; pero no sabía cómo dejarla satisfecha. Lo suponía todo con previsión admirable, y descubría colosales inconvenientes. Daba ya por hecho que ciertos jaques, pagados por él, iban á espantar, nada más que á espantar al mozuelo, y á hacerle huir de la ventana y aun de la calle; pero ¿y si el mozuelo tenía valor y se resistía? Entonces, las cuchilladas y las estocadas eran inevitables; y en su mente se presentaba ya muerto el rival, cuyo espectro ensangrentado venía por la noche á tirarle de los pies y á sacarle arrastrando de la cama. Otras veces se figuraba que se entablaba proceso judicial por la muerte de Miguelito: que se descubría que él había pagado

á los asesinos; y que (no había más remedio) á él, á D. Hermodoro, le llevaban á la horca. Era tal la excitación de sus nervios, que en sueños, y aun durante la vigilia, sentía el áspero roce de la soga que empezaba á apretarle el pescuezo.

La fuerza benéfica de estos remordimientos anticipados no hubiera consentido jamás que se proyectase nada contra Miguelito, si el pacífico mercader no hubiese tenido un secretario, muy pícaro y muy adulador, que privaba con él, que le dominaba, y á quien él confiaba todas sus penas y planes, pidiéndole consejo. El secretario presumía de valiente, y el medio que más empleaba para ganarse la estimación y la amistad de su amo, era referirle sus aventuras, atrevimientos, proezas y peligros.

La ocasión se ofrecía pintiparada para lucirse y prestar un gran servicio al mercader. Aseguróle el secretario que él se encargaba de ahuyentar al mozuelo sin hacerle apenas daño. Y D. Hermodoro, diciendo que no, sin comprometerse, explicando siempre su intención de que no pasase el caso de lo que pudiera calificarse de *bronca* incruenta, consintió en lo que el secretario tramaba, y éste quedó comprometido á dar cima á un acto que, si bien algo violento, no podía tener consecuencias muy serias, por ser contra débil enemigo.

VII

Sin recelar desaguisado, Calitea y Miguel estaban, como de costumbre, hablando, una noche, á la reja. La calle era estrecha y tortuosa, pero en el cielo sin nubes relucían millares de estrellas. La luna creciente bañaba la amplitud del espacio en resplandor apacible y tenue. Las casas, que entonces no tenían más de un piso, no impedían que la luz penetrase en la calle, y en ésta no reinaba la oscuridad, sino grata penumbra

El silencio y el reposo eran completos.

Calitea, refrenando, con no estudiada ni aprendida maña, toda exigencia audaz y todo arrojo de su novio, sabía entretenerle con su charla y hacer que las horas volasen como por encanto.

Eran ya las dos de la madrugada.

Una sola cosa enojaba, á veces, al galán y le ponía enfurruñado. Calitea, sin atinar y sin querer acaso disimularlo, le trataba con tono protector y con un afecto que tenía algo de maternal; como la hermana mayor, aunque ella no lo era, trata al hermanito menor mimado. El se resentía tal vez, sin declarar su resentimiento porque le hubiera humillado, de que ella jugase con él como con un niño; pero pronto conjuraba ella la pasajera nube, haciéndole comprender que si gustaba de él como de precioso juguete, también le tomaba por lo serio, le estimaba como joya y le consideraba como á hombre de quien podían esperarse los más nobles hechos.

Aquella noche había habido una de estas pasajeras nubes, y Calitea, á fin de disiparla, dilató la conversación, adrede y más que de costumbre. Había hablado con gravedad de sus proyectos; de todo cuanto él debía ambicionar y era capaz de conseguir.

Volviendo luego á las risas y á los juegos, porque la formalidad muy continuada la aburría y le infundía temor de aburrir, Calitea ponderó la pequeñez del pie de su novio y se empeñó en demostrar que no le tenía mayor que el de ella. Para esta demostración, después de obtener de Miguel, bajo palabra de honor, la promesa de que le devolvería un objeto que iba á darle prestado, se quitó un chapín para alargársele á través de los hierros y ver si se le calzaba.

Iba él á tomarle ya, cuando notó (lo que hasta entonces no había notado, ni Calitea tampoco por lo distraídos que ambos estaban) que dos hombres se le venían encima y se hallaban á cuatro ó cinco pasos de distancia.

Miguel echó mano á la espada; pero, aun antes de sacarla, dijo tranquilamente:

—Atrás, amigos. Y si quieren pasar, pasen pronto por la otra acera. Yo no les atajo el paso.

—Quien se va á largar eres tú—contestó entonces con voz destemplada y ronca uno de aquellos espantajos. ¡Ea... pies en polvorosa, si no quieres que te zurre la badana!

La réplica de Miguel fué sacar la espada y caer sobre el desconocido, el cual no era torpe, y, encontrando imprevista resistencia, trataba de herir de todos modos, menudeando las estocadas con incansable fuerza de brazo y con alguna destreza. Por dicha era mucho mayor la destreza de Miguel, y paraba siempre con calma y primor inverosímiles en mozo tan de corta edad y de tan dulce aspecto.

Todo fué rápido: obra de tres ó cuatro minutos. Las estocadas que dió el jaque, si no se hubieran quedado en el aire, hubieran podido poblar un gran cementerio. Miguel, por lo pronto, se limitaba á parar y no respondía. Al fin, el jaque se echó á fondo con tan descompuesta furia, que se descubrió sin atinar á reponerse. Miguel paró bien, y con cierto desdén de gran maestro y para terminar el lance con poca tragedia, atravesó al jaque el brazo, del cual, mal herido, se le cayó la espada.

El jaque fué entonces quien echó á correr, abandonando el campo y dejando en él un reguero de sangre.

El otro desconocido, que era, según se supo después, el secretario de D. Hermodoro, aunque estaba con la espada desnuda, ó porque no tuvo tiempo, ó de pura longanimidad, no la había esgrimido: y, apenas vió que huía su valeroso compañero, cuando consideró que no era vergüenza el huir y trató de imitarle. Con turbación no pequeña anduvo algo lento y vacilante, y Miguel tuvo tiempo de llegar hasta él y de sacudirle de plano con la espada dos ó tres azotes, diciéndole: «¡Arre! ¡arre!» como si fuese una acémila.

Despejada ya la calle, Miguel recogió la espada caída y se la trajo á Calitea, quien había presenciado el suceso, harto sobresaltada al principio y después maravillada y complacida hasta lo sumo.

—Guarda esa arma—dijo el galán—y cuélgala en tu cuarto como trofeo.

Recibió Calitea la espada entre risa y lágrimas, y con impulso irresistible sacó ambos brazos á través de la reja, cogió entre sus manos la cabeza del mozo, se la acercó cuanto pudo, y cubrió de precipitados besos su frente, sus mejillas, sus párpados y sus bucles de oro.

—¡Viva! ¡Viva! ¡Hermoso mío! Señor y rey de mi alma! Pero... vaya... es necedad... es delirio... no, no quiero que expongas tu vida... sin razón y sin gloria. Esta calle es medrosa y solitaria á altas horas de la noche. No volveré á salir á la reja. Ven á casa de día. Mi madre te aguantará; no te pondrá mala cara: acabará por quererte como yo te quiero. Las vecinas, ¿qué importa que te vean? ¿Es pecado tener novio?

Hablaba Calitea tan á escape, que Miguel no podía interponer palabra.

De repente lanzó Calitea un grito de terror.

—Mira, mira, es un tropel de rufianes, de asesinos, que vienen contra ti.

En efecto; eran seis los jaques que en silencio y en buen orden de batalla avanzaban entonces.

El secretario, á retaguardia, los seguía, anhelando vengarse de los azotes.

Había tenido de reserva á toda aquella gente en una taberna cercana, y había venido nada más que con uno la primera vez, creyendo la empresa fácil y á fin de recoger solo los laureles. Ahora acudía con todas sus fuerzas, menos el que en la taberna quedaba herido.

—No te asustes, Calitea—dijo Miguel—ya te probé que no soy manco. Ahora te probaré que tampoco soy tonto. ¿Para qué aventurarme contra media docena de matones?

—Huye—exclamó ella.

—Eso no, pues no faltaba más—repuso Miguel, y tocó un silbato, que sonó agudamente en el silencio de la noche.

—Lejos para no estorbar y cerca para acudir en sazón, me guardan las espaldas las dos mejores espadas de este reino— añadió sin quedar ocioso mientras hablaba; porque se lió la capa al brazo izquierdo, desenvainó la espada, se puso en guardia y aguardó la acometida; amparando la espalda contra la reja misma, detrás de la cual se agitaba Calitea como furiosa y enjaulada leona. Hubiera salido á la calle, á gritar, á pedir socorro, á defender á su amigo sin saber de qué suerte, si no guardase la llave de la puerta su madre, que dormía encerrada y que solía acostarse del lado no sordo y no despertaba aunque el universo se hundiese.

Calitea apelaba al único recurso que se le ofrecía; y, como si su voz tuviese poder de aterrar, gritaba á los jaques:

—¡Atrás, infames! ¡Atrás, cobardes asesinos!

Luego con más altos gritos, clamaba:

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Que me le van á matar!

No porque la hubiesen oído, sino porque oyeron el silbato, dos hombres aparecieron por la dirección opuesta á la que los jaques habían traído.

Estos cercaban ya á Miguel. Algunos llevaban broqueles: otros esgrimían espada y daga.

Toda la agilidad portentosa de Miguel hubiera sido inútil, si no acude tan pronto la gente que llamó en su auxilio.

—Hola—dijo cuando los vió:—á mí, Leoncio; á mí, Tristán, y sacudid recio.

Brava pelea se trabó entonces.

La imprevista llegada de aquellos dos hombres aturdió y descompuso la banda de los que cercaban á Miguel.

El secretario, que se había quedado detrás para exponerse menos, fué el primero sobre quien cayó uno de los recién llegados; pero el secretario, en vez de defenderse, se puso en fuga, y, como si le brotasen alas en los pies, desapareció volando de aquella, en su ya trocado sentir, horrorosa escena. Nadie le persiguió, porque había que acudir á mayor peligro y vencer á contrarios de más alientos.

Pronto se repusieron los jaques del desorden ocasionado por la sorpresa. También ellos tenían su negra honrilla, y eran seis contra tres. Bien notaron en seguida que eran estos tres tan diestros como valientes; pero en la retirada, á más de la vergüenza, había acaso, con tan obstinados contrarios, no menor peligro que en resistir.

La continuación de la batalla se hizo, pues, inevitable, si bien tomó aspecto muy otro del que al empezar presentaba.

Sin más pérdida que la leve herida de uno de ellos, los jaques se replegaron hacia la acera opuesta, haciendo cara á los tres que ahora en fila los atacaban.

Grandes desgracias y muertes hubiera habido allí, ya que nadie acudía á separar á los combatientes, á pesar del estruendo que metían con el choque y el ludir de las espadas, con el crujir y restallar de los golpes en los broqueles, y con sus muchos reniegos y maldiciones, si el tabernero, que era avisado y piadoso, al ver al herido que le dejaban en casa, y al notar que los otros jaques iban resueltos á proseguir la riña para tomar el desquite, no hubiera salido á escape y dado cuenta de todo al señor corregidor, el cual, por extraordinario, andaba rondando la ciudad con gente de armas de á pie y de á caballo. La misma asistencia del señor corregidor en la ronda hacía presumir al tabernero, que todo lo olía y todo lo calculaba, que pudiera recelarse algo grave.

En efecto, el corregidor acudió al lugar de la batalla con la mayor diligencia. La calle se puso de bote en bote, rebosando de corchetes y de alguaciles.

Ambas huestes beligerantes depusieron las armas y se rindieron á la autoridad.

El corregidor, personaje de muchas campanillas, como que había sido nada menos que ayo del rey, se apeó del caballo que montaba y se dió á buscar á alguien, como si buscase al peor de los alborotadores.

Miguel, recatándose, se había refugiado al pie de la ventana de Calitea.

El corregidor llegó allí, se dirigió á Miguel é hizo ademán de ir á agarrarle por una oreja.

Miguel le dió un empellón, y le dijo riendo:

—¡Estate quieto, viejo chocho!

Entonces el corregidor, en vez de agarrarle la oreja, le tomó la mano y se la besó, lleno de profundo respeto.

Sorprendida oyó Calitea, aunque pronunciado en voz baja, el diálogo siguiente:

—¿Y cómo no he de estar chocho, señor, cuando, ni tu augusta madre, ni las señoras infantas, tus hermanas, me dejan en paz un instante, desde hace algunos días? Saben que todas las noches te escapas de palacio, y no vuelves hasta las dos ó más tarde: ignoran dónde vas, y se afligen con el temor de que ocurra el mayor de los infortunios. Por tu culpa ando yo de ronda á mis años. Ganas me dan de ser insolente contigo, y de llamarte el príncipe de menos juicio que hay sobre la tierra.

—¡Bueno! Echame un sermón ahora, como cuando me tomabas la lección y yo no la sabía; pero déjate de averiguaciones y castigos. A esos galopines que han peleado contra mí, que se los lleven á dormir á la cárcel, pero que los traten bien y que les den de cenar y libertad mañana. Así lo quiero y lo ordeno. Que no sepan de fijo, aunque lo sospechen, que han cruzado conmigo las espadas.

—Y gracias á Dios que llegué á tiempo.

—¡Gracias á Dios! Pero también sin ti hubiéramos salido airosos. Vete ya con tu gente y déjame.

—Pero señor, ¿por qué no te vuelves á palacio? ¿Por qué eres tan poco prudente?

—Vete, te digo.

—¿Y á quién dejo por aquí?

—A nadie. Me basta y me sobra con Tristán y Leoncio.

—Señor, ¿te recogerás pronto? ¿Escarmentarás?

—No escarmentaré; pero me recogeré antes de media hora, si me dejas. Vete: ya sabes que te quiero mucho; pero

déjame en paz. Mi madre y mis hermanas se irán acostumbrando á mis vuelos y los tomarán con más calma en lo sucesivo.

A poco de terminar esta conversación, la calle se veía otra vez sin gente y muy tranquila. El rey estaba solo á la reja de Calitea.

VIII

Mucho me alegraría yo de poder evitarlo ó remediarlo, pero no parece sino que el mismo diablo lo hace, á fin de que me caiga encima, con algún fundamento, la censura de varios críticos que acusan á mis heroínas de que discretean demasiado. Sólo diré, y válgame por disculpa, que yo no he inventado esta historia: que esta historia es verdaderamente popular y tradicional; y que no es sólo á D. Juan Fresco á quien se la he oído, sino también á gañanes y á mujeres del pueblo. Todos, con más ó menos arte, prestaban á Calitea los sentimientos y pensamientos que voy á expresar aquí.

Sobre ser ella discretísima, era decidida, imperiosa, y en el hablar no menos expedita que doña Eduvigis, aunque mil veces más oportuna. Hablaba asimismo tan briosa y rápidamente, si alguna pasión la agitaba, que no había medio de interrumpirla ni de contradecirla. Era menester oirla hasta el fin sin desplegar los labios.

No se extrañe, pues, que Miguel, en quien hemos descubierto tan egregia persona, escuchase á Calitea en silencio, aunque impaciente, y que ella, con acento conmovido, pero con entereza, se expresase así:

—Mi señor y rey: No califiques, por Dios, de desacato la noble libertad de mis palabras. No te ofendas aunque te lo diga: tú me has engañado taimadamente; pero no me quejo: te lo perdono: es más, te lo agradezco con toda mi alma. No hu-

bieran nacido en ella sin tu engaño tan risueñas esperanzas. Sin tu engaño jamás la hubieran hechizado tan celestiales ensueños. Muy triste es el despertar y el volver á la realidad de la vida: pero yo tendré valor para sufrirlo todo. Quiero suponer que, enamorada de ti, fuese yo capaz de perder el pudor y la vergüenza; de echar á rodar mi reputación y mi recato; de desafiar la ira del cielo; de faltar á todos los mandamientos divinos. No hablaré, pues, ni de religión, ni de moral, ni de honra. No me jactaré de mi virtud, ni de mi honestidad, ni de mi soberbia siquiera. Todo voy á darlo en este momento como perdido por causa tuya. Aún hay algo que es imposible dar por perdido. No: yo no me resignaré jamás á transformar la peregrina historia, que me había forjado, en el más vil, ordinario y rastrero de los sucesos. No puedo ser ya, primero tu guía, casi tu iniciadora, ni el estímulo de tu ambición, ni la causa de tu elevación, y tu mujer legítima luego: pero no me allanaré ni me humillaré nunca hasta ser tu manceba. No me vuelvas á ver. No me busques. No turbes la paz de mi pecho. Sea un sueño para ti lo que entre nosotros ha pasado. Mi resolución es firme é inquebrantable. Yo pensaré en ti, y te recordaré y amaré tu recuerdo, como algo que no es real ni de esta esfera y mundo en que vivimos, sino de otros mundos inasequibles y de regiones remotas y aéreas, donde los duendes y las hadas habitan. Pero en este mundo real, bien puedes darme por muerta para ti, porque yo, señor, por muerto, por desvanecido y por hundido, te tengo. ¡Adiós para siempre!

Así dijo; y, sin aguardar contestación, se retiró Calitea de la ventana y cerró las puertas de madera.

El rey se quedó en la calle atortolado y confuso.

JUAN VALERA.

(Se concluirá.)

LA HIJUELA DEL PARNASILLO

I

El *Parnasillo* ha tenido, como debía tenerlos, sus cronistas y sus historiadores... ¡Y qué historiadores! ¡¡Y qué cronistas!! Del célebre café, ó para hablar con más exactitud, de la botillería famosa, en que se reunieron tantas veces nuestros grandes poetas del segundo tercio de este siglo (y aun del primer tercio y todo), han dejado descripciones y noticias imperecederas los más insignes prosistas de aquella época misma.

El Parnasillo, merced á esas noticias y á esas descripciones, y gracias á infinitas referencias que, más ó menos indirectamente, hicieron en las páginas de sus obras novelistas, biógrafos, críticos y hasta dramaturgos, vive y vivirá eternamente...; se trata, por supuesto, de una eternidad relativa. Para los que sin haber alcanzado aquellos tiempos, conocimos de vista y aun tuvimos la honra de tratar á muchos de los aludidos poetas, el Parnasillo, no había sido una tertulia, sino casi una institución. Los amantes de nuestras glorias literarias no pueden menos de mirar como respetabilísimo *Areópago* una reunión de celebridades, en la que alcanzaba protección un joven desconocido á quien nombraban *Antonio García Gutiérrez*, y donde se admitía con benevolencia á un tal

Pepe Zorrilla, muchacho que, de no malograrse, había de hacer algo bueno.

De cómo se formó el Parnasillo nada sabemos; cuantos de él dicen alguna cosa, lo dan ya como existente. De cómo terminó su vida, tampoco estamos enterados; las alusiones, las anécdotas con él relacionadas se interrumpen bruscamente desde que el conde de San Luis, protector decidido de literatos y de poetas, mejoró las condiciones, nada envidiables por cierto, en que vivían los españoles dedicados al cultivo de las letras.

En la *Historia de España* de Lafuente, continuada por Valera (1), se lee lo siguiente:

«Pronto, antes de la muerte de Fernando VII, se fundó como un club ó círculo de poetas y de literatos, donde se trataban y daban á conocer entre sí, tanto los ya famosos como los que aspiraban á serlo.

»Este círculo estuvo, durante muchos años, en el pequeño café del Príncipe, que vino á llamarse por esto el Parnasillo. Allí asistieron y por allí pasaron los más de cuantos ya descollaban ó descollaron después en las letras, en la política, en el foro, en la tribuna y en las artes. Allí se daban los títulos de poeta que en el teatro contiguo solían conquistarse.»

Del Parnasillo salió el proyecto de la fundación del *Ateneo;* del Parnasillo salió también la apertura del Liceo, pero ni aquel centro que todavía existe, ni la gran boga que logró *El Liceo*, del cual hoy casi no queda ni memoria, fueron causa inmediata de que se disolviese el Parnasillo.

No; ni las veladas literarias y artísticas del Liceo, ni las científicas discusiones de los ateneistas podían disolver una tertulia, que en 1834 había celebrado el triunfo conseguido por Martínez de la Rosa con su drama romántico *La Conjuración de Venecia*, y en 1835 la aparición de *Don Alvaro*, de D. Angel

(1) Barcelona: Montaner y Simón, editores; 1890, tomo XXII, página 295.

Saavedra, y en 1836 la victoria alcanzada por García Gutiérrez con el *Trovador* y en 1837 la aparición de Hartzenbusch con su hermosa obra *Los Amantes de Teruel.*

Por generación espontánea, si vale expresarse de este modo, hubo de nacer el Parnasillo, y de muerte natural falleció sin duda cuando achaques de la vejez en muchos contertulios y ocupaciones en otros comenzaron á producir el alejamiento de éstos y de aquéllos y concluyeron por relajar los lazos del cariño casi fraternal, que tenía unidos en años anteriores á los ancianos como Bartolomé J. Gallardo, José Carnerero, Alberto Lista, Grimaldi, con los muchachos García Gutierrez, Zorrilla, Ventura de la Vega, Rodriguez Rubí y Roca de Togores.

No sé si el insigne Adelardo Ayala y el inolvidable Eulogio Florentino Sanz y nuestro gran Tamayo, alcanzaron todavía las tertulias del Parnasillo; para mí tengo que si las alcanzaron, asistieron á sus postrimerías.

II

Muertos muchos de los asiduos concurrentes al Parnasillo, achacosos otros, ausentes muchos, arrebatados bastantes por el violento alud de los acontecimientos políticos de 1854, primer relámpago de la deshecha tempestad que, catorce años después, había de producir la caída de un trono y el triunfo definitivo de las ideas democráticas—sembradas allende los mares por los colonos de la poderosa Inglaterra sublevados contra la metrópoli, recogidas por los revolucionarios franceses y propagadas por ellos en toda Europa en una labor constante de más de medio siglo,—compréndese bien que las reuniones puramente literarias del *Cafetín del Príncipe* perdieran sus más poderosos atractivos. La política lo absorbía todo, y ade-

más todo lo enconaba. El cultivo de la literatura, como profesión única, estaba aún muy lejos de ser provechoso, á pesar de la protección que, como es sabido, quiso dispensarle el conde de San Luis, cuyos excelentes propósitos ni llegaron á ser del todo realizados por el iniciador, ni tuvieron continuadores.

Refiriéndose á la situación de la literatura patria en los primeros años del reinado de Isabel II, dice el ya citado historiador:

«El desdén con que Fernando VII había mirado las ciencias y la literatura, el recelo con que le acusan de haber considerado los estudios serios, cerrando en ocasión las Universidades y abriendo escuelas de tauromaquia, y el poco estímulo que se dió. durante su reinado, á todo trabajo de especulación y de imaginación, todo esto paralizó el ingenio de los españoles, mas no logró secarlo. Se diría que lo tuvo represado como fuente cuyos caños se tapan.»

De los gobiernos de Isabel II no puede decirse, en justicia, lo mismo; pero, con excepciones muy contadas y, por lo tanto, muy honrosas, entre las cuales debe ser mentada en primer término la del ya nombrado conde de San Luis, no hicieron los ministros constitucionales en pro de la patria literatura mucho más que Fernando VII. Aun el mismo Sartorius y los pocos en quienes se vió el decidido empeño de oficiar de Mecenas, solamente hallaron para proteger las letras el fácil recurso de emplear en las oficinas del Estado á los literatos, llevando á los que para ello tenían condiciones y aptitudes, desde los tranquilos y apacibles campos de la poesía, al terreno quebrado y agreste de la política.

Y ¡cuántos, cuántos que acaso habrían dado días de gloria á nuestra escena, pasaron por ella con deplorable rapidez y desaparecieron arrastrados por la impetuosa corriente de los acontecimientos políticos!

Cierto, muy cierto que no todo serían pérdidas en aquellos cambios de rumbo de muchas inclinaciones; todavía re-

cuerdo que, en las columnas de un famosísimo periódico, *El Padre Cobos*, apareció por los años 1855 la siguiente noticia comentada, con toda la gracia y toda la mala intención que constituían lo más característico de aquel semanario:

«Los señores (aquí los nombres que omito, porque no hacen falta para el caso, y porque si alguien desea conocerlos puede buscarlos en la colección de *El Padre Cobos)* Don Fulano de Tal y Don Perengano de Cual, han decidido abandonar el cultivo de las letras, para dedicarse á la política.

»Mucho gana con esto la política; pero, ¡oh dolor!, mucho más ganan las letras.»

No sé, ni me importa, si en los casos á los cuales *El Padre Cobos* se refería, ganaron las letras con la retirada de aquellos cultivadores; pero estoy seguro de que en muchas ocasiones fué un bien para todos que ciertos aficionados á la literatura y á la poesía emprendieran derroteros distintos en que dar empleo á su aplicación ó á su diligencia.

Esas causas y otras muchas, cuya averiguación no es de este sitio (ni en todo caso sería de mi competencia), debieron de producir la disolución de aquella tertulia, de memoria venerada. Los sucesos de 1854, perturbando muy hondamente la manera de ser de la sociedad española, trajeron á la vida del país elementos nuevos y sacaron á luz la *joven democracia* con tanto entusiasmo saludada entonces por González Brabo. Muchachos de mucho porvenir, de grandes alientos, de aspiraciones nobles, entusiastas y decididos, que se llamaban Emilio Castelar, Cristino Martos, Francisco Pi y Margall, Nicolás Rivero, Cánovas del Castillo y muchos otros contribuyeron con su palabra elocuente en las reuniones públicas, con su pluma en los periódicos, á imprimir caracteres de *modernismo* (dicho sea con perdón de la *Academia Española)* al movimiento iniciado por los *doce hombres de corazón,* en el Campo de Guardias, y secundado pocos días después por las masas populares.

Por aquel entonces no existían ya ni el famoso y benemérito Grimaldi, ni Bartolomé José Gallardo, ni Estébanez Calderón;

habíanse lanzado resueltamente á la política los Campoamor, los Pastor Díaz, los Gil y Zárate; Arolas estaba retraído, Tassara desempeñaba funciones diplomáticas en no sé qué Estado de América, Bretón de los Herreros apenas salía de la Academia Española, que lo había nombrado su secretario perpetuo. Con Alcalá Galiano, alma y vida del Ateneo, con Martínez de la Rosa, secuestrado en el Congreso, con el duque de Rivas, solicitado por tareas ministeriales, con D. A. Durán y D. Juan Eugenio Hartzenbusch, recluidos en su querida Biblioteca Nacional, con García Gutiérrez, nombrado poco después director del Museo Arqueológico, no era posible contar para el sostenimiento de aquella tertulia que por sí misma murió, como por sí misma y espontáneamente había nacido.

Para los viejos, para los valetudinarios, para los que habían dado á su tiempo y á su país cuanto podían darle, aquellas visitas al café del Príncipe, aquellas animadas controversias en que lo literario iba casi siempre mezclado con lo política, eran demasiado; para los jóvenes, para los recién llegados exuberantes de vida, con todo el vigor de la savia nueva y de las nuevas ideas, aquellas discusiones ante un auditorio de media docena de oyentes, en un recinto estrecho y ruin, eran muy poco. Los viejos, por consiguiente, abandonaron, uno tras otro, aquella reunión en que no podían reverdecer las glorias de otros tiempos, ni reproducirse encantos que habían pasado para no volver; los jóvenes llevaron y esparcieron el verbo de la revolución política y literaria por las cátedras del Ateneo, por las tribunas de los clubs... y el cafetillo del teatro del Príncipe (que ya no se llamaba del Príncipe, sino Español) quedó desierto; solamente se veía concurrido por escritores y artistas, por literatos y poetas en las noches de *estreno;* como templo solitario en que únicamente resuenan las notas del órgano y se oyen las preces del sacerdote y se aspira el perfume del incienso en días solemnes consagrados por la Iglesia al santo á quien en aquel sitio se rinde culto.

No todos los asiduos y constantes contertulianos del Parna-

sillo eran tan viejos y tan achacosos que hubiesen de renunciar de grado ó por fuerza al trato con amigos y compañeros; ni tan entusiastas de la política y de sus azares que huyesen de toda reunión literaria. Residuos de aquella tertulia del café del Príncipe y residuos de gran valer, quedaron, según la locución vulgar, como sin sombra, cuando el Parnasillo comenzó á venir á menos y recorriendo breve período de decadencia acabó por desaparecer lo mismo que desaparecen todas las instituciones humanas.

Aquellos residuos formaron el núcleo de una agrupación nueva, y alrededor de ese núcleo se agregaron muchos jóvenes, á la sazón completamente desconocidos, pero que empezaban entonces con el ardimiento y con la fe propios de la juventud su carrera de periodistas ó de literatos.

Las manifestaciones de la vida literaria eran entonces más numerosas que antes lo habían sido; los horizontes abiertos al escritor más dilatados, y la profesión del periodismo comenzaba á ser, si no como fin—porque á eso no había llegado todavía—como medio, una de las más apetecibles para los que soñaban con carreras gloriosas y rápidos encumbramientos.

A esa agrupación formada por los rezagados, ó lo que tal vez sea más exacto, por los perseverantes contertulios del café del Príncipe y por la nueva generación literaria que, en rededor de aquellos representantes de *anteriores promociones,* se había formado, le doy la denominación, que no sé si es muy propia, pero que me parece significativa, de *La Hijuela del Parnasillo.*

III

La Hijuela del Parnasillo celebraba sus reuniones, que eran diarias y solían durar catorce ó quince horas, en el café Suizo.

Allí, en lo que ahora solemos llamar el *Suizo Viejo,* porque posteriormente á la época de que hablo se abrió al público el *Suizo Nuevo* (que ya no es *Suizo,* sino *El Diván,* según tengo entendido), á la derecha de la entrada y en rededor de las mesas próximas á la puerta que hoy da acceso á la repostería y al salón de señoras, estaban siempre desde la una de la tarde hasta las dos de la madrugada,—ó algo más cuando ocurrían sucesos extraordinarios,—varios representantes de la literatura, del periodismo ó de las artes.

Claro es que esos representantes no eran los mismos á todas horas; unos entraban y salían otros; éstos eran relevados por aquéllos, como se relevan los individuos de ciertas hermandades para alumbrar al Señor en las Cuarenta Horas; pero había algunos aficionados que estaban en todas las guardias y no se dejaban relevar.

En determinados días y en determinadas horas de cada día era más numerosa la concurrencia; pero en cualquier día y á cualquiera hora, estaba seguro, quien allí fuese, de encontrar en su puesto á los constantes.

Por la tarde, desde la una hasta las tres; por la noche, después de las ocho y hasta las ocho y media ó las nueve, y después de la salida de los teatros acudían al café la mayor parte de los contertulios, y el número de ellas aumentaba considerablemente, en los días de toros, poco antes de la corrida; y en las noches de estreno, poco después de la función.

La tertulia de última hora no la tenía fija para abandonar el café. Uno á uno iban despidiéndose los poco trasnochadores y allí permanecían los demás hasta que los camareros comenzaban á limpiar la vajilla y á disminuir la luz y á cerrar ventanas y puertas.

Salían entonces aquellos parroquianos de última hora en bullicioso grupo, que proseguía en la calle la discusión, casi siempre literaria, política algunas veces, en muy pocas ocasiones científica, iniciada en el café acaso en las primeras horas de la tarde.

Y así, andando y discutiendo, ya deteniéndose algunos minutos en mitad de la acera donde á nadie estorbaban, ó en medio del arroyo donde ningún carruaje había de incomodarles; ya continuando sin rumbo fijo y á la ventura su camino; bien encaminándose á la *Rueda,* establecimiento que ya no existe, como que ni siquiera existe el callejón de Peligros en que se hallaba, bien al *Casinillo,* según trataban de tomar un sencillo chocolate ó de cenar opíparamente y sin grandes dispendios; unas veces acompañando todos al que vivía más lejos, el cual en muchos casos desde la puerta misma de su casa se volvía para acompañar á los otros, *hacían tiempo* hasta que los barrenderos de la villa, levantando por todas partes nubes de polvo, anunciaban, poco poéticamente por cierto, la proximidad de la blanca aurora y hacían de todo punto imposible la permanencia en la vía pública.

La aparición de los barrenderos y el trotecillo de las burras de leche venían á ser la voz de mando: «rompan filas», y ponían brusco acabamiento á tales veladas.

He hablado de *La Rueda* y de El Casinillo. *La Rueda* era un establecimiento que permanecía abierto á toda hora, y en cuya puerta había un farol, en el cual aparecía, con caracteres muy visibles, esta leyenda: *En diez minutos se sirve chocolate.* Los diez minutos solían ser treinta, y el chocolate solía no ser chocolate; pero el consumidor, que á tales horas no tenía otros establecimientos adonde acudir, aceptaba resignado lo que allí le daban, y cuando se lo daban. Pero entiéndase bien que se lo daban previo el pago del chocolate pedido.

El Casinillo ó *La cocinilla del Casino,* como otros lo llamaban, era eso precisamente: la cocina ó la *antecocina* del Casino de Madrid. A dicha cocina se entraba por la calle de Gitanos (hoy Arlabán), y allí, mediante el desembolso de una cantidad relativamente módica, era posible cenar muy bien algunas noches. Como que aquellas cenas estaban aliñadas y dirigidas nada menos que por el personal de cocineros, subcocineros, pinches, etc., etc., del Casino de Madrid, al frente de los cua-

les figuraba siempre una celebridad culinaria como el insigne Farrugia ú otro de igual ó superior jerarquía en el arte de Brillat-Savarin.

Si los socios del susodicho Casino consumían todas las provisiones que para su servicio había llevado el jefe de cocina, los parroquianos del *Casinillo* se quedaban sin cenar; pero si, como ocurría casi siempre, las provisiones no se habían agotado, allí estaban á disposición de los concurrentes de última hora.

Muchas veces, en la mayor parte de las noches, sucedía que el consumidor no podía escoger, y se limitaba á tomar lo que el cocinero le daba; pero como todo era bueno, *de confianza,* y estaba bien hecho, no era esa dificultad de mucha monta.

No eran, sin embargo, esos momentos del amanecer, ni la hora de buscar cena, los más á propósito para estudiar lo que he denominado *La Hijuela del Parnasillo.*

Al grupo de esos trasnochadores, muchos de los cuales alardeaban de continuar la tradición de la *bohemia literaria,* (hasta el punto de que uno de sus representantes más conspicuos y más justamente celebrados, el insigne *Floro, Moro, Godo* (1), se llamaba á sí mismo, en son de broma, *Rey de los bohemios)*; pertenecían algunos de los concurrentes al Suizo; pero no todos. Ese grupo constituía, por la tanto, lo que podría ser clasificado como una variedad de la especie y dar asunto para otro examen ó para un estudio distinto. En la reunión que, para proceder lógicamente, trato de tomar en conjunto, había trasnochadores y había también madrugadores; conocí á muchos que se acostaban al alba, y traté á otros muchos que con el alba se levantaban; supe de aficionados al juego y oí hablar de algunos á quienes el juego no agradó nunca. Allí, en la reunión constantemente renovada del Suizo,

(1) D. Florencio Moreno Godino, inspirado poeta, de mucha entonación y gran fibra; excelente prosista y conocido literato, con cuya firma se honran aún en esta época muchas publicaciones importantes.

sólo había artistas y literatos; allí iban el inolvidable Ortego, cuyas caricaturas alcanzaron justa popularidad, y el buen Perea, el dibujante mudo, que se hacía entender mejor que los que hablaban mucho. Allí estaban con frecuencia Casado del Alisal y Antonio Gisbert y Sans, que entonces comenzaban á ser famosos y que tanto habían de serlo después.

Contertulios eran entonces, ó lo fueron después (en un período que no bajó de catorce años), Manolito Palacio, el poeta popularísimo de los periódicos democráticos; el ingenioso Luis Rivera, el incisivo é inimitable Roberto Robert; el ocurrente Ramón Rodríguez Correa, á quien todos sus amigos llamaban entonces, y han seguido llamando, Correíta (1); el antes mencionado Florencio Moreno Godino y su inseparable el agudísimo Ulpiano Segarra Balmaseda; Eduardo de Inza, uno de los hombres de conversación más chispeante que he conocido, y que sólo puedo comparar, por la espontaneidad y por la abundancia con que brotaban los chistes de aquellos labios nunca cerrados, con nuestro Luis Taboada de hoy; si bien este *causeur* de ahora tiene la ventaja de que también es chistoso escribiendo, y Eduardo de Inza solamente lo era hablando; pero hablando lo era muchísimo.

Y recordando aquellos chistes, ¿cómo no decir algo de los innumerables que, á granel, surgían en rededor de aquellos veladores de mármol? Muchos de ellos, la mayor parte de ellos se han perdido; cuantos los oíamos los celebrábamos con ruidosas carcajadas, que muchas veces terminaban para volver á comenzar, y los olvidábamos después. Los mismos que los habían dicho eran los primeros en olvidarlos. No era aquella

(1) Después de escritas estas líneas ha fallecido *Ramón Correa*, el autor de la preciosa novela Rosas y Perros; muy deplorable es para mí que la premura del tiempo concedido á la corrección de pruebas haga imposible consagrar mayor espacio á la grata memoria del que murió siendo *oficialmente:* Consejero de Estado, Ilmo. Sr., caballero de no sé cuántas órdenes; pero que fué siempre para sus amigos que tanto le queríamos, *Correíta*.

época la de los ocurrentes y chispeantes de oficio que están empollando como gallina clueca durante mucho tiempo las agudezas que desean *improvisar* en determinado día, y que, para hacer que venga á cuento su improvisación, tienen que apelar al conocido recurso del que preguntaba á los circunstantes: «¿No han oído Vds. un tiro?»; y que seguía diciendo, luego de afirmar todos no haber oído nada: «pues, á propósito de tiro...», y enjaretaba su relación. Ni Roberto Robert, ni Ulpiano Segarra, ni Eduardo Inza, ni Marcos Zapata, presumían de graciosos; quizá—y sin quiza—nunca supieron que lo eran, y solamente llegaron á sospecharlo á fuerza de oirlo decir á los otros. Eran graciosos—lo mismo que todos los que lo son de veras—como era poeta Ovidio, ó como hablaba en prosa, sin enterarse, el personaje de Molière. Capaces habrían sido de estarse toda la vida diciendo chistes sin caer en la cuenta de que tuviera gracia lo que decían.

Muchos de esos chistes, ya lo he dicho, se dieron por todos al olvido, y perdidos están en su mayor parte. Algunos, más afortunados—si esto es fortuna—fueron recogidos por algún curioso que después los *encajó* como de cosecha propia en tal periódico festivo, ó en cual colección de chascarrillos, como *Las Mil y una barbaridades*, ó *El Libro de los chistes*, ó *La Floresta del ingenio*, ó *El Tesoro de epigramas*, etc., etc., porque son innumerables los libros y folletos de esa índole que en España se han publicado tomando como punto de partida *El Sobremesa* ó *Alivio de caminantes*, de Timoneda.

IV

Por aquellos años existían en Madrid dos tertulias de café que disfrutaban verdadera celebridad: la de los literatos, en el *Suizo;* la de los políticos, en la *Iberia*.

Se hablaba de crísis ministerial, se procesaba á un perio-

dista ó bien lo encarcelaban ó lo deportaban sin procesarle, procedimiento más rápido y más sencillo, y, por consiguiente, más al uso entonces; circulaban noticias misteriosas de próximas alteraciones del orden público; susurrábase algo de pronunciamientos militares, y al café de la Iberia acudían los políticos de profesión que, con sus conversación y sus comentarios, producían zumbido semejante al de un enjambre numerosísimo de abejas colosales. Se disponía el estreno de una obra dramática, fracasaba una comedia de autor célebre, se trataba de la aparición de un periódico nuevo ó de la publicación de un libro de versos, y animábase extraordinariamente el café Suizo, donde solían verse entonces caras que no se veían allí casi nunca. Individuos había que eran ambidextros, quiero decir, que pertenecían á la una agrupación y á la otra; tales eran por ejemplo, los redactores del periódico *Gil Blas*, que como políticos concurrían á la *Iberia* y como literatos al *Suizo;* aunque, á decir verdad, más á su gusto y más en su sitio se hallaban en este café que en el otro.

Del café de la Iberia, de aquellas tertulias políticas, porque eran varias, á las que concurrían entre otras personas graves y de respetabilidad, D. Cirilo Alvarez, Olózaga, Escosura, y á que asistían también chicos brillantes y de grandes esperanzas como Paco Silvela, Santiago de Liniers, Pepe Herranz, nada quiero decir (aunque podría decirse mucho y muy curioso), porque aquellas tertulias no eran ya *hijuelas* del Parnesillo. La verdadera, la legítima heredera de aquel Parnasillo, fué sin duda la que formaban en aquel rincón del café Suizo; Correíta y Roberto Robert, Eduardo Inza y Florencio Moreno Godino, Manolo Palacio y Luis Rivera, Pellicer y Forteza, Fernández Bremón y Antonio Ramiro, Eusebio Blasco y el Doctor Thebussem (cuando *per accidens* se encontraba Madrid), Manuel Matoses y Enrique Pérez Escrich, Ulpiano Segarra y Puente y Brañas... y muchos más, porque la enumeración resultaría interminable, y no es posible mencionarlos á todos cuando, como estoy haciéndolo ahora, se escribe de memoria.

Pertenecían además al grupo muchos literatos que, ya por deficiencia de su salud, ya por ocupaciones de que no les era dable prescindir, ya por otros motivos, concurrían al café muy de tarde en tarde. Tal sucedía, por ejemplo, con el insigne Narciso Serra, que, poco tiempo después, se vió casi imposibilitado de salir de casa; otro tanto pasaba á Cazurro, á Cisneros, á Pérez Cossío (el Doctor) y á muchos otros que, ora alejados de Madrid por razón de sus cargos, ora obligados á cumplir obligaciones como periodistas, visitaban poco asiduamente á sus compañeros del Suizo, donde eran acogidos siempre con francas y ruidosas y expresivas manifestaciones de cariño.

¡Y cuánto ingenio y cuánto donaire y cuánta sal se derrochaba en aquel círculo reducido!

Muchos de aquellos chistes, muchas de aquellas ocurrencias, puede afirmarse que la mayor parte de ellos, por referirse á circunstancias del momento, aun siendo muy ingeniosas y de gracia peregrina, perdieron su oportunidad, y hoy no sería posible reproducirlas con buen resultado; algunos cuentos, en que eran protagonistas varios personajes de entonces, personajes cuya injustificada notoriedad se ha desvanecido, carecerían ahora de la salsa picante que por entonces les prestaron las circunstancias; numerosos chascarrillos de los allí improvisados, y que por su carácter general son aprovechables en toda época, se han repetido mil y mil y mil veces en gacetillas de periódicos, cuando había gacetilleros, ó en la sección de *casos y cosas*, y otras análogas, cuando se suprimió la gacetilla.

Como hubo un escritor español que, impulsado por el patriotismo, recabó para su país la paternidad del libro *Gil Blas de Santillana*, que pasaba como escrito por Lesage, así podria salir un ex-tertuliano del café Suizo, que entresacara de esos centenares de chascarrillos y casos y cosas, y aun chistes de *teatro chico*, los que fueron inventados por algún concurrente á la reunión aquella, y celebrados y aplaudidos por todos los otros.

Pero ese trabajo, sobre ser muy difícil, casi irrealizable, no conduciría á nada. Muchos de los que aquellas gracias dijeron han muerto ya; si murieron famosos y celebrados, una docena más de chistes en el arsenal de los suyos no había de aumentar su fama; si abandonaron esta vida oscuros ú olvidados, no habría de sacarles de esa oscuridad y de ese olvido la noticia, algo trasnochada, de que habían dicho cosas muy graciosas en un círculo de amigos. Por otra parte, desde Ulpiano Segarra hasta Eduardo Inza, desde Roberto Robert hasta Marcos Zapata, no hubo uno solo que diera importancia á sus chistes, ni mucho menos que se figurase que aquello podía valer algo. Los decían, sembraban de ellos la conversación (aunque el símil resulte cursi y pasado de moda, es exacto), como los pájaros llenan con sus trinos el campo; sin pensar, ni remotamente, en que aquellos gorjeos y aquellos trinos aumenten los encantos de la hermosa alborada.

Sería necesario además, que al emprender tan dificultosa tarea, se procurase establecer división entre lo publicable y lo no publicable; de esto último habría mucho; aún no han transcurrido diez meses desde que en el saloncillo de un teatro de Madrid escuché la lectura (no había más que hombres oyendo) de una composición muy escandalosa, que alguno de los presentes atribuía nada menos que á Quevedo, y otros achacaban á Narciso Serra, y muchos á Miguel de los Santos Alvarez, y que, en realidad, fueron improvisados por un estudiante (estudiante entonces) que concurría como aficionado y admirador á las reuniones de aquellos regocijados poetas y artistas.

Por las razones ya expuestas y por otras muchas que no juzgo necesario exponer, renuncio á realizar ese trabajo y dejo que corran sin nombre de autor ó como hijos de quien ningún parentesco tiene con ellos, ocurrencias graciosas, dichos agudos, picantes epigramas, cuentos saladísimos, cuyo origen conozco y de cuyo nacimiento fuí testigo. No quiero, ni debo, sin embargo, renunciar también á reproducir alguna de esas ocurrencias, no las más graciosas, ni las más desconocidas, porque

esa elección sería imposible, sino las que más fielmente pintan y definen los especialísimos caracteres de aquella reunión extraña á la que he dado el nombre de *Hijuela del Parnasillo*.

V

Razones de conveniencia y aun tal vez exigencias de la cortesía, que seguramente no se ocultarán á la perspicacia del que leyere, han de obligarme en algunos casos á omitir nombres propios; con nombres propios ó sin ellos anticipo la declaración sincera de que sólo voy á contar lo que yo mismo he visto y he oído; porque *anch'io* figuré, bien que en última fila, entre aquellos parroquianos del Suizo.

Entre ellos figuraba también un poeta de grandes alientos y de mucha confianza en su propio valer, y que solía decir, aludiendo á una frase popularizada por aquel entonces en una novela de Eugenio Sué á la sazón muy en boga: «*Nadie tiene derecho á lo necesario mientras no tenga yo lo superfluo.*»

Del mismo poeta que, por más señas, pertenecía al grupo de los trasnochadores á quienes anteriormente he aludido, se dijo que muchas noches deploraba con amargura que no sobreviniese *ni un mal incendio con que él pudiera pasar entretenido un par de horas.*

También concurría á la reunión, y era por cierto de los más asiduos y de los más perseverantes, *Ulpiano Segarra Balmaseda,* de quien puede afirmarse, con justicia, que es el autor, ó cuando menos el inspirador, de las dos terceras partes, lo menos, de cuantos chistes hay repartidos en casi todas las piezas en un acto que se estrenaron en su tiempo. Allí, sentado á la mesa del Suizo, animado siempre por una sonrisa mesurada y hasta grave, y á la que daba mayor gravedad la poblada y espesa y algo descuidada barba, que casi por completo

ocultaba el rostro de Segarra; rostro del cual solamente se veían dos ojos no muy grandes, pero sí muy vivos, permanecía Ulpiano largas horas charlando y charlando con distintos interlocutores y diciendo un chiste á cada palabra y comentando con un epigrama ó con una salida inesperada cuanto le decían.

Segarra fué quien, burlándose de la nube de cantares—inocentitos y ñoños casi todos ellos—con que nos agobiaban poetas sietemesinos y enclenques (de cuerpo y de inspiración) muy abundantes entonces, lo mismo que ahora, escribió entre otros los *cantarcitos* siguientes:

«Pajarillos picoteros
que en la enramada cantáis,
pajarillos picoteros,
¡buenos pájaros estáis!

—

»Al lucerito del alba
mis penillas le conté,
y me contestó el lucero:
«¿A mí que me cuenta usté?»

De Ulpiano Segarra es también un chiste que luego se ha repetido mucho.

Entregó una vez al camarero, para que cobrase, un duro; el mozo, después de haber mirado la moneda y de hacerla chocar violentamente sobre el mármol del velador, la devolvió á Segarra diciéndole:

—Este duro es falso.

—¿Falso?—preguntó el parroquiano.—¿En qué lo ha conocido V.?

—Pues qué—contesta el mozo sonriéndose y repitiendo la operación de chocar el duro sobre la mesa;—pues qué, ¿no oye V. el sonido?

—¿Y no puede ser falso el velador?—volvió á preguntar sencillamente Segarra.

De aquella tertulia salió también la noticia de que en cierta

reunión aristocrática se acababan los sombreros nuevos á las diez de la noche; noticia que comunicó á sus compañeros, en medio de grandes explosiones de risa, Leandro Pérez Cossío, redactor de *La Correspondencia de España,* uno de los hombres de conversación más amena que ha habido y á quien llamábamos *El Doctor,* por su aspecto serio, su andar reposado y porque usaba invariablemente gafas con armadura de oro.

Era cosa de reventar de risa oyendo contar al Doctor, que por cierto era muy amante de la monarquía, cómo había perdido un hermoso gabán en una recepción de palacio. Habíalo estrenado para asistir con el decoro debido al baile regio; lo dejó no sé dónde, porque nunca he asistido á regias solemnidades y no estoy al cabo de esas cosas, pero lo dejó en alguna parte, donde se dejaban los abrigos; cuando llegada la hora de salir fué á buscarlo, no lo halló, encontrando en su lugar uno muy viejo y de los que se compran en ropería. Inquirió, gestionó, puso anuncios en los periódicos; todo inútil: el autor, consciente ó inconsciente, del cambio no se dió por entendido. Resignóse, pues, ¿qué había de hacer sino resignarse?, el bueno de Pérez Cossío á dar por aceptado el trueque, y encargó al sastre que le volviese el gabán para que á lo menos no pareciera tan traído y tan llevado. Al día siguiente el sastre le dió la desagradable noticia de que el gabán estaba ya vuelto.

Y sobre el tema del cambio de su abrigo, le ocurrieron al Doctor tan sabrosos comentarios, que no hubo en el café quien no celebrase aquel contratiempo del amigo á quien todos queríamos mucho.

Otro *causeur* (lo digo así porque no hallo palabra equivalente en castellano), otro *causeur* deliciosísimo, era Eduardo Inza, á quien antes he mencionado. Inza comunicaba, á cuanto decía, una gracia peculiar suya; un no sé qué, una expresión que prestaba á su movible fisonomía el gesto, el fruncimiento de los labios y que era reforzado por la mímica *sui generis* á que recurría siempre aun para decir una puerilidad ó cualquier extravagancia. Por eso, las graciosas ocurrencias de

Eduardo Inza perdían mucho cuando no eran dichas por él, y, por regla general, lo perdían casi todo leídas.

Inza inventó—porque seguramente fué invención suya, aunque él afirmaba tenazmente que había sucedido—aquella contestación del sereno, á quien preguntaba una señora la causa de un alboroto grande que en la calle se oía, y que respondió:

«Nada; es un señorito que le ha robado la capa á otro: ¡cosas de ellos!»

Y de Eduardo Inza es también la respuesta de otro sereno que, para justificar su ausencia del sitio en que le correspondía estar, dijo á un vecino:

«Mire, señorito; púsose malo el *carboneru* y fuime á llamar al *médicu,* y, *sin embargo,* no estaba.»

De un escritor muy ingenioso, pero excesivamente obeso, decía Inza: «Señores, ese hombre abusa del espacio.» Y en otra ocasión, aseguraba que había visto en la sastrería, que para tomar medida de chaleco al mismo ciudadano, se comunicaban el maestro y el oficial, empleando una honda.

—¿A quién ha saludado V.?—le preguntamos en una ocasión, y nos dijo:

«A Fulano (otro sujeto que tenía fama de tragón), que lleva á su hijo más pequeño para comérselo fuera de puertas.»

En el Suizo oímos á Eusebio Blasco aquello de: *Presento á V. á D. Fulano de Tal, uno de nuestros primeros subtenientes;* y lo de: *Perengano tiene en Madrid una casa de la cual se ha comido ya dos pisos,* y otros varios que utilizó después en algunas de sus comedias.

En cierta ocasión elogiaban en el café la limpieza admirable con que el célebre Leotard, que á la sazón trabajaba en el Circo de Rivas, saltaba de un trapecio á otro, y Roberto Robert interrumpió, diciendo: «Algo más admirable que eso he hecho yo; he saltado desde el almuerzo de un lunes hasta la cena de un jueves sin tropezar en un garbanzo.» De esta ocurrencia se han hecho en pocos años muchas ediciones. No

se han hecho menos de otra ocurrencia que algunos años después tuvo Marcos Zapata.

Formaba el aplaudido poeta, que entonces no era aplaudido, aunque sí poeta; formaba, digo, parte de la redacción de un periódico, cuyo propietario era, según la frase del mismo Zapata, muy tímido para el pago. Cansado Marcos de trabajar gratis y de gestionar inútilmente el cobro de sus sueldos devengados, que solicitaba un día y otro, recibiendo contestaciones parecidas á las que podrían darse á un mendigo importuno, hizo publicar en otro periódico la siguiente noticia:

«Nuestro querido compañero en la prensa D. Marcos Zapata se ha separado de la redacción de (aquí el nombre del diario), por no estar conforme con la *marcha administrativa* del mismo.»

De Marcos Zapata es también un chiste que no ha muchos días vi reproducido por centésima vez en un diario madrileño. —Dió para pagar al mozo del café una moneda de dos pesetas; el mozo se la rechazó diciéndole que era falsa, y Zapata, que no tenía más dinero, le preguntó muy azorado: *Pero, ¿las dos son falsas?*

Mal debía de andar de intereses el inspirado autor de *La Capilla de Lanuza*, cuando entró en el mismo café (siempre el *Suizo Viejo)*, con un su amigo. Este pidió que le sirvieran un *bistek*.

—¿Sólo ó con patatas?—preguntó el mozo.

El parroquiano, á quien sin duda convenía no extralimitarse en el gasto, preguntó:

—¿Qué diferencia hay de precio?

—Poca cosa—respondió el mozo;—el *bistek* solo, cuesta cinco reales; con patatas, seis.

—¿De modo que por las patatas ponéis un real?

—Eso.

—Bueno; pues tráeme el bistek sin patatas.

Ya iba á separarse el mozo para cumplimentar la orden re-

cibida, cuando Marcos Zapata le hizo seña de que se detuviera, y le dijo en voz baja:

—Oye, á mí me traes un *bistek*... sin carne.

El diálogo tan conocido:

—«¿Tienes ahí dos ó tres duros que necesito?

—Aquí no los tengo.

—¿Y en casa?

—Todos bien, muchas gracias,»

salió también, como tantos otros con que hoy se rellenan almanaques americanos y se surten semanarios festivos, de aquella inolvidable tertulia.

No para un artículo, para algunos tomos darían materia, y materia en verdad interesante y curiosa, las anécdotas y los episodios en que aquellos hombres, de los cuales muchos ya no existen y muchos otros, casi todos, han sido célebres en la política ó en las letras, en las ciencias ó en las artes, aparecieron como actores principales, ó como *partes de por medio*. El marqués de Albaida y D. Nicolás Rivero; D. Laureano Figuerola y Federico Balart; Calvo Asensio y Figueras; casi todos los hombres que durante el período de catorce años, desde 1854 á 1868, figuraban ya ó aspiraban á figurar en literatura ó en política, sobre todo en literatura, han pasado con más ó menos asiduidad por aquella tertulia en que había siempre conversación grata, sincera alegría y movimiento y vida y ruido y buen humor jamás alterado.

Quien tuviese á mano la pluma primorosa con que el insigne Mesonero Romanos escribió las *Memorias de un setentón,* podría ir preparando para dentro de algunos años otras memorias, que, bien pensadas y bien escritas, habrían de reunir, por su asunto, casi tantos atractivos como aquéllas.

Borrascosas fueron sin duda aquellas épocas de que nos habla, con su gracejo característico y con la encantadora sencillez de su prosa, *El Curioso Parlante;* pero no lo ha sido menos la que comprende alzamientos, como el de 1854, reacciones como la de 1856, movimientos revolucionarios como el de 1868, y que

tuvo por terminación y acabamiento la restauración de 1875.

Las figuras de los hombres que, bien en primera fila, bien desde más humilde puesto, influyeron más ó menos directamente en la marcha de aquellos acontecimientos y dirigieron la opinión y cautivaron á las muchedumbres, son figuras de verdadera importancia histórica y que necesariamente despiertan interés. Por esto, repito, con el *rótulo* mismo ó con otro rótulo diferente, hay que escribir un libro, que pueda ser, por su contenido, como la continuación del de Mesonero Romanos.

VI

Como el pronunciamiento de O'Donnell y el triunfo del partido progresista en 1854 fueron causas determinantes de la disolución de *El Parnasillo,* la revolución de Setiembre de 1868 fué golpe de gracia para la *Hijuela* del mismo.

La perturbación producida en la vida nacional por los sucesos de Julio separó bruscamente los elementos heterogéneos de que se componía la tertulia del café del Príncipe; el trastorno que el advenimiento de la democracia causó en todas las esferas de la sociedad española desunió á los que en el Suizo se juntaban diariamente.

Diputados los unos, oradores de club los otros, gobernadores estos, empleados en Ultramar aquéllos y diplomáticos los de más allá, diseminároнse por toda la haz de la tierra los elementos que á formar aquella agrupación habían contribuido, y con esto desapareció por completo la descendencia legítima y directa de *El Parnasillo.*

Posteriormente se han formado agrupaciones análogas; casi todas con carácter, por decirlo así, oficial, como asociaciones reglamentadas, por ejemplo la *Asociación de Escritores y Artistas,* cuyo nacimiento y cuyo definitivo arraigo se debió, en

primer término, á la iniciativa eficaz y á la perseverancia incansable del laboriosísimo *Campo y Nava,* de grato recuerdo para cuantos lo trataron, y una de las figuras más simpáticas del periodismo español contemporáneo. De la misma índole son el *Círculo de Bellas Artes* y el *Círculo Artístico-literario*. Pero esas sociedades, cuyos individuos pagan (ó deben pagar) mensualmente sus cuotas y acuden á su círculo, como al Ateneo los ateneístas, ó los comerciantes á sus *Centros,* para leer los periódicos, ó escuchar conferencias, ó jugar una partida de carambolas, no es ya la tertulia del café, espontáneamente formada, sin reglamentos que determinen los deberes y los derechos de los socios, sin presidencia que dirija las discusiones, ni conferenciantes que monopolicen la atención de todos y secuestren á los demás el uso de la palabra.

Más semejanza con aquellas tertulias del café del Príncipe y del Suizo ha tenido otra que, con el título, un tanto epigramático, de *Bilis-Club* era conocida hace poco años. Aquélla, no obstante, más que agrupación de literatos, era una reunión de buenos amigos, entre los cuales había algunos que cultivaban las letras. De modo que, en justicia, podía decirse de ellos aquello tan sabido:

«Ni son todos los que están,
ni están todos los que son.»

No; ni todos los que concurrían al *Bilis-Club* eran literatos, ni todos los literatos concurrían al *Bilis-Club*. Ni es posible ya que todos los literatos madrileños concurran á un sitio mismo para verse y tratarse.

Desde que García Gutiérrez y Hartzenbusch y Gil de Zárate y el duque de Rivas (que aún no era duque de Rivas) se reunían en el Parnasillo, hasta hoy, ha aumentando muchísimo el número de literatos. Ahora, solamente los que cultivan la literatura dramática pasan de doscientos.

Y nada digo de los periodistas, que podrían formar hoy un ejército numeroso.

El periodismo ha comenzado á ser ya entre nosotros verdadera profesión, decorosamente retribuida; en épocas anteriores el periódico era para las empresas arma de combate, para el redactor camino de notoriedad; hoy para las empresas es industria, para el redactor puede ser posición digna y hasta medio de vivir con relativo desahogo.

Mientras fué ocupación interina, ejercicio provisional, medio de llegar á elevados cargos políticos, eran casi todos los periodistas muchachos jóvenes, ganosos de darse á conocer y de salir pronto del trato con las cuartillas. Y los jóvenes, aun militando en partido político diferente y defendiendo contrarias ideas, podían ser amigos, hasta hermanos; ni la envidia los separaba, ni los desunían los celos. Ahora hay periodistas viejos, y hay muchos, y existen entre unos y otros malquerencias y rencores, que si no les impedirían agremiarse si eso les conviniese, serían obstáculo invencible para formar lazos de fraternidad y de compañerismo.

Eso dificulta mucho hoy, eso mismo imposibilitará mañana la formación de agrupaciones como las que nacieron cuando Alberto Lista, ese maestro de tres generaciones, enseñaba á Espronceda y á Ventura de la Vega, y como la que nosotros, los discípulos de éstos, constituimos muchos años después.

Los tiempos han cambiado mucho, los sucesos toman ahora direcciones muy distintas. Se formarán sociedades literarias y habrá reuniones de escritores y de artistas; pero de las que estaban formadas por amigos inseparables, que como hermanos disputaban y también se querían como hermanos, puede decirse, con el infortunado Becquer (que también era de la *Hijuela del Parnasillo*),

«Esas, no volverán».

A. SÁNCHEZ PEREZ.

POR FRANCIA...

I

Explicaciones.

Confieso que cuando me decidí á ordenar las *notas* de mi diario de viaje, en el artículo sobre la *Enseñanza en París* (1), ni por asomo me imaginaba que había de hacer lo propio con las relativas al resto de mi excursión por Francia. Ordené aquéllas por estimar que acaso podrían revestir cierto interés en razón del asunto mismo, condenando para mis adentros á *cartera perpetua* todas las demás, salvo las que hubieran de aprovecharse aquí y allá en estudios y artículos. De haberlo *pensado antes,* aunque no sé si mejor, la relación de la excursión... pedagógica hubiera empezado por la primera parte del presente trabajo, respondiendo así á la marcha seguida en el viaje. Pero la cosa ya no tiene remedio. Después de publicado el artículo á que me refiero, por razones que no sabría explicar, he creído conveniente completar el trabajo de ordenación y *limadura* de las notas todas sobre enseñanza, y si en aquél incluí lo relativo á pedagogía en París, en éste irá la pedagogía y algunas cosas más en... provincias, ó si se quiere en los departamentos, ó con más exactitud aún, en algunos departamentos de Francia.

(1) Véase el número de Agosto último de La España Moderna.

II

En marcha.—Por España.

Salimos de Oviedo el día 6 de Junio... En la mejor disposición de ánimo que el lector puede imaginarse, para hacer un viaje en tercera, y en la amable y hasta discreta compañía de unos tratantes en vinos. Como que salíamos poco menos que de la cárcel. En efecto, un preso, después de pasar larga temporada en el más incómodo calabozo, no creo que tome con más placer y ansia la puerta de la prisión que nosotros el tren, después de haber pasado cinco inacabables días examinando á cerca de trescientos muchachos..., los cuales todos dicen lo mismo ó casi lo mismo. ¡Los exámenes! ¡Oh gabela, formalismo insípido, tormento de alumnos, desesperación de profesores, preocupación de padres, trámite que convierte en oficinesca la función de enseñar y en burocrática la ciencia!... ¡Lástima, lástima de esa *Liga internacional contra los exámenes* de que nos hablaba M. Lavisse en la Sorbona! Porque no hay remedio; mientras haya exámenes, y lo que es peor, mientras sean *necesarios*, hay que renunciar á hacer de la enseñanza algo más serio y sustancial... que lo que es; es decir, la *preparación mecánica para los exámenes*.

Pero dejemos esto. Lo cierto es que tomamos el tren con gusto, como una tabla, más ó menos dura, pero tabla al fin, de salvación.

En España no hicimos más paradas que las indispensables. Sólo aprovechamos unas horas para visitar á Burgos. Pero ya comprenderá el lector que no se trata aquí de entretenerle describiéndole una vez más el Espolón, la Catedral, la capilla del Condestable, la Cartuja, ni las Huelgas. Por mi parte, no puedo ofrecerle ninguna novedad en punto á arte. Relacio-

nado, aunque de lejos, con el arte, sí pudiera decir algo, algo muy curioso ó que á mí me lo pareció de veras. Como que no se me borrará nunca el recuerdo de los dos *cicerones* con quien tropezamos en la hermosa ciudad castellana. El uno, hombre del siglo, es el distinguido y amabilísimo pertiguero (?) de la Metropolitana. ¡Qué erudición! ¡Qué conocimientos! ¡Qué sonrisas! ¡Con qué entusiasmo nos despedía! Apretando la diestra del amigo Sela, por la que se deslizaba la propina, exclamaba: «¡Oh! No debían Vds. marcharse hoy de Burgos. Créanme, caballeros; aquí cada piedra de la calle es un recuerdo histórico.» El otro se viste por la cabeza; también muy amable. Nos enseñó lo que tenía que enseñar, leyendo en voz baja en un libro pequeño y muy grueso, que yo creí al principio sería un devocionario y que luego resultó ser... la *Guía*, en la cual se enteraba de cuanto nos decía. El hombre debe de ser nuevo en el oficio. Figúrese el lector que al oir á uno de nosotros cierto elogio hiperbólico que suele hacerse de la cabeza *divina* de un santo..., se quedó estupefacto, en una pieza, y preguntó...: ¿Cómo saben Vds. eso? ¿Lo han leído en un libro como éste? Y señalaba el libro que hasta aquel momento había tomado yo por un libro de oraciones.

Y hago gracia al lector de todo lo demás. Incluso del lenguaje *culto* con que regaló nuestros oídos un apuesto carabinero que allá hacia Rentería se metió en nuestro coche. Al lado de él, ¡cuán discretos, finos, comedidos y bien hablados los tratantes en vino que tuvimos de compañeros desde Oviedo hasta Villamanín, si no recuerdo mal!

III

En Bayona.—El Liceo.

El día 8 llegamos á Bayona, donde empezó nuestro trabajo... pedagógico. Tiene Bayona un hermoso ejemplar de un

género de establecimientos de enseñanza, que en Francia, como en todas partes, revisten grandísimo interés, pero que en Francia tienen un carácter muy particular. Me refiero al *Liceo,* que aquí en España llamaríamos, por el grado de la enseñanza á que pertenece, *Instituto*. El Liceo de Bayona ocupa una situación magnífica, verdaderamente excepcional. Mejor que los de Pau, de Tarbes, Toulouse, Poitiers y aun que alguno de París. En efecto; el Liceo de Bayona hállase situado á uno ó dos kilometros del pueblo, hacia un frondoso paseo, y en medio de un espléndido parque, lleno de magníficos árboles y con grandísimas praderas admirables para la organización de los juegos á *plein air,* que en Francia empieza á ser una costumbre nacional. El edificio, de reciente construcción, y hecho *ad hoc,* es una de tantas obras dedicadas á la enseñanza por el esfuerzo constante de la tercera República. Lo componen varios cuerpos, tiene numerosos patios amplios excelentemente dispuestos, y luego, con más lujo que algunos, lo que suelen tener todos, á saber: oficinas, clases (bastante bien aireadas y orientadas), salas de estudio, de esgrima, dormitorios estilo cuartel, etc., etc. Lo más saliente de este hermoso edificio ya lo he indicado... Es su situación topográfica, que permite fácilmente, si el profesorado quiere, vencer todos los defectos terribles que el sistema de los Liceos franceses tiene, contrarrestando el *surmenage* intelectual, la hacinación de los dormitorios, etc., etc., con los constantes juegos en el parque, al aire libre.

IV

La enseñanza secundaria.—Ojeada general.

Sería pesado é insulso hablar aquí de todos los Liceos que hemos visto en Francia, ni exponer las consideraciones recogidas de labios de algunos de sus profesores. Prefiero resumir

brevemente la impresión que de todos he sacado, aprovechándome, sobre todo, de nuestra larga conversación con el censor del Liceo de Bayona y con el Jefe de la enseñanza secundaria, Sr. Rabier.

La enseñanza de los Liceos franceses corresponde de lejos, en sus términos generales, á nuestra segunda enseñanza. Pero es: 1.° Más rica en matices, pues hay, al lado de una enseñanza *clásica*, con lenguas muertas, la llamada enseñanza *moderna*, con lenguas vivas y ciencias, y por último, los *Liceos de señoritas*. 2.° Más sólida: se revela esto en sus programas amplios, comprensivos y de elevado espíritu; revélase, además, en el alto grado de cultura que en Francia tienen las gentes ilustradas. Y 3.° De un carácter más educativo, por necesidad.

Este último supuesto, es el que más interesa en una visita á los Liceos franceses. En efecto; aun cuando el profesorado de segunda enseñanza en Francia no tuviera idea reflexivamente formada de la misión educativa del Liceo, no tendría más remedio que darse cuenta de ella en la práctica por una razón muy sencilla: por *el internado*.

El internado, es verdad, impone necesariamente una misión educativa al Liceo francés. ¿Cómo vivir al lado de cien ó más muchachos, vida común, días y días sin proponerse hacer algo en lo relativo á su educación, á la formación entera de su carácter? Lo que hay es que mediante el internado la misión educativa entra en la enseñanza con mal pie. El internado, esto es, la separación del joven de la vida de familia, cuando más lo necesita, para llevarle al acuartelamiento que la vida colegial supone, entraña ya un supuesto antipedagógico de la peor especie. Basta sin duda recorrer cualquiera de los Liceos de Francia, el de Bayona ó el de Pau, el de Luis el Grande ó el de Montaigne en París, para comprender lo que digo. Admira uno la riqueza de medios, lo soberbio de las instalaciones, lo amplio de los parques en algunos...; pero en cuanto se pasa á los *dortoirs* y se contempla aquellas filas de camas, que por bien dispuestas que estén resultan siempre

hacinadas; cuando se escucha de tiempo en tiempo el redoble del tambor llamando á las gentes á esta ó á aquella ocupación (la misma invariable de día en día), no falta más que contemplar las filas regulares de los fusilitos del ridículo y depresivo batallón escolar (1), colocados en el depósito, para creerse, no en una casa de educación de ciudadanos pacíficos, sino en el cuartel donde se *instruyen*

los hombres de mañana,

los hombres de la *revancha,* capaces de embarcarse en busca de aventuras con cualquier Napoleón I ó III ó hasta con cualquier Boulanger romántico.

Que lo del internado es malo, pedagógicamente hablando, y que contribuye como pocas cosas á relajar los vínculos de la familia, facilitando la tarea del padre á costa de su influjo benéfico, lo reconocen los mismos profesores franceses y lo sostienen sus eminencias pedagógicas. Pero hay obstáculos, hoy por hoy, insuperables que impiden pensar en Francia en destruir el internado y sustituirlo, como ha hecho la Escuela Alsaciana de París, por el sistema tutorial ó de vida en familia con los profesores. Uno de los más distinguidos pedagogos de Francia, con quien hablamos de estas cosas, nos lo decía. En primer lugar, la familia francesa es muy... *metida en sí,* muy recogida, egoísta si se quiere. El francés, que es tan obsequioso, tan amable, tan fino, no puede resistir en su familia haciendo vida de miembro de ella á ningún extraño. Por otra parte, el internado es un medio de defensa de la enseñanza laica. Mientras las congregaciones religiosas estén por esos mundos de Dios ofreciendo á los padres las facilidades que ofrecen para desprenderse de sus hijos, á cambio de una módica remuneración; mientras haya padres que encuentran

(1) Los batallones escolares están hoy en completo descrédito en Francia por fortuna. Ahora aquí empezamos, por lo visto, con los batallones infantiles. ¡Siempre tan adelantados y oportunos!

superior á la vida de familia la vida de acuartelamiento ó conventual de los colegios, el Liceo francés, que lucha á brazo partido con los centros de enseñanza congregacionistas, tiene que mantener el internado con todas sus funestas consecuencias...

V

Un paréntesis.—Lourdes.

Después de andar en Pau poco menos que á paraguazos con toda una gavilla de mozos que se quería apoderar de nuestras maletas y que se empeñaba en llevarnos á este ó aquel hotel...; después de visitar el Liceo y el castillo...; de contemplar embelesados el magnífico y soberbio anfiteatro de los Pirineos, con su blanca corona de nieves y de nubes, una calurosa mañana de Junio, precursora de segura tempestad, llegábamos al amplio y larguísimo andén de la *gare* de Lourdes. La curiosidad, una curiosidad despertada de mil modos y por mil motivos, nos hizo detenernos en ese lugar que tantos conceptúan santo, y que el genio habilidoso de los franceses convirtió en la más amena y entretenida de las estaciones de verano. Es realmente interesante Lourdes, el balneario místico.

Yo no sé el efecto que podrá hacer aquella avenida, larga, interminable, cuajada de hoteles y atestada de comercios donde se expende todo cuanto el genio *bisuteril* de Francia es capaz de crear, en el espíritu preocupado del hombre de fe; no se me alcanza qué impresión producirá en el alma sencilla del que siente *algo raro* en Covadonga, en el Pilar ó en Monserrat, y se emocione bajo las bóvedas de Toledo, de Burgos ó de León, la contemplación de la arquitectura modernísima, de ocasión, de confitería, en suma, de las dos iglesias de

Lourdes... Lo que sí sé es el efecto que en mí produjo, y que por no echármelas de hombre, ó porque no se crea que me las quiero echar de tal, me guardo allá muy en el fondo del alma, donde se guardan los sentimientos más hondos y más profundos, lo mismo los que provocan disgusto que los que producen placer indeleble. Yo estoy seguro de que por buena fe con que se quieran contemplar ciertas cosas, aunque se haya sentido emoción al ver en la cueva mil cirios ardiendo en honor de *Notre-Dame blanche* y doscientas personas de rodillas; y se haya calculado la fuerza inmensa de la fe consoladora de incurables, al ver la incesante cadena de enfermos que se inclinan á beber el agua que al pie de la roca milagrera se hizo brotar, experimentando en fin cierto escalofrío en la cripta, donde un oportuno letrero impone *silence,* y donde cientos de personas murmuran al oído de los sacerdotes los pecados cometidos... toda persona que vea algo, que no esté ciega, tienen que sentir una impresión muy distinta, de desagrado, de disgusto, por no decir otra cosa, al ver lo que allí se ve en todas partes, lo que flota en todos los sitios, lo que sirve quizá de supremo resorte á tanto movimiento y á tanta vida...

Un paseo por Lourdes enseña mucho. Un viaje *pedagógico* puede, en verdad, recoger hondas sugestiones al pie de la *Grotte,* estudiando la llegada incesante de los creyentes y de los *touristes.* No diré yo que Lourdes represente lo que Zola quiere; un estado actual de la conciencia religiosa, de la crisis científica. No pica, en mi opinión, tan alto, lo que en Lourdes puede pasar: lo místico de Lourdes es más *terre á terre;* pero, con todo eso, Lourdes deja ver cómo andamos aun de cultura, cómo influye en las gentes de todas clases lo maravilloso más primitivo, y cómo se entiende por todos los que en Lourdes van á beber la salud del cuerpo, el favor divino.

Y no hace falta, en verdad, recordar todo el conjunto de explotaciones mercantiles que en Lourdes tienen su asiento: medallas, vírgenes, rosarios, pastillas, pasteles, cirios, estampitas y... cantimploras. Basta una cosa: basta un paseo con la

vista por el interior de las iglesias. La del Rosario y la Cripta tienen sus paredes literalmente llenas de inscripciones, que forman en junto un poema... mixto de una porción de cosas, desde la sinceridad más *naïve* hasta lo que Vds. quieran. Allí, allí está grabado, en mármoles de colores, lo que es Lourdes para la sociedad contemporánea. *Merci, Notre-Dame,* por tal cosa... por tal otra. *Merci,* dice una, *por haber dado muerte cristiana á mi padre y fijado mi porvenir. Merci... ¡Action de graces à Marie!,* dice otro, *pour les honneurs rendus à Cristophle Colon en el 4.me centenaire, 1892.* ¿Se quiere más?

¡Ah! ¡Sí! querría uno que aquello hubiera resultado de otra manera, que el perfume poético de la iluminada Bernardeta se hubiera conservado puro en aquellos montes hermosos y agrestes!...

Cuando íbamos á abandonar la Gruta, el cielo encapotado, ceniciento, se deshizo en agua... Una lluvia torrencial, con acompañamiento de relámpagos y truenos, descargó sobre nosotros. Nos refugiamos en los locales destinados á los baños... Aprovechando un claro, la emprendimos á escape por el Lourdes antiguo, cruzando cerca del comercio cuyo reclamo consiste en ser de un *hermano de Bernardeta*... Unos momentos después estábamos en la estación otra vez. No había un alma... Un silencio absoluto reinaba en el andén... y seguía lloviendo, lloviendo... Serían las seis de la tarde y apenas se veía. El trueno se dejaba oir de cuando en cuando á lo lejos sobre Nuestra Señora del Rosario... ¡Qué hermoso, qué hermoso y qué triste! Una hora interminable pasó todavía antes de llegar el tren que nos debía conducir á Tarbes. Los cuatro amigos, sentados en uno de los bancos del andén, no hablábamos ni una palabra. Al fin llegó el tren deseado. Nos colocamos como pudimos, pues venía atestado de gente, y á poco dejábamos á Lourdes envuelto en medio de densa niebla. El agua torrencial azotaba con fuerza los vidrios de los coches...

VI

La Academia ó Universidad de Toulouse.

Día 10 de Junio.—A las doce de la mañana llegamos á Toulouse, donde pasamos tres días ocupadísimos y muy aprovechados. Tenía esta bella población, la más grande del Mediodía de Francia y la más española de las grandes poblaciones francesas, un interés particularísimo para nosotros. Hay en ella una Academia universitaria, ó, como decimos aquí en España, una Universidad con sus facultades de Derecho, Letras, Ciencias, y Medicina y Farmacia. Depende de ella una facultad de Teología protestante con residencia en Montauban. La Academia universitaria de Toulouse es un precioso ejemplar de una Universidad de provincia, de las concurridas por el elemento estudiantil de Francia. En ella, como en Lyón, como en Burdeos, se advierte y comprueba algo que puede consignarse en honor de Francia. A pesar de ser Francia el país centralizado por excelencia, á pesar de tener por capital París, no se halla allí reconcentrada la vida científica y universitaria en la capital, no. En Toulouse hay movimiento, hay animación, hay empuje. Su Universidad no es una rueda del gran mecanismo burocrático de la enseñanza; es un centro con vida propia, con originalidad relativa, que cuenta con un profesorado ilustrado y poseído de su papel. Más es; en Toulouse se tiende, como en Lyon, como en Burdeos, á afirmar la descentralización universitaria, á oponerse á la absorción parisién. Basta leer los *Rapports* anuales y los *Compte rendus* de los trabajos de las facultades para convencerse de lo que digo.

Nuestra visita en Toulouse se contrajo principalmente á dos de las facultades que hay allí instaladas: la de Derecho y

la de Letras. Ocupan ambas edificios contiguos, de reciente construcción y muy bien entendidos. Todo ello se reduce á una gran crujía donde están las cátedras y las salas de actos y á hermosos y frondosos jardines. Este detalle de los jardines conviene consignarlo muy expresamente. Casi todos los grandes establecimientos de enseñanza que he visitado en Francia, en vez de los patios conventuales de muchas de nuestras Universidades, tienen un jardín ó varios admirablemente cuidados y sin que nada pase. Los estudiantes, naturalmente, los respetan. Debieran tenerlo en cuenta los jefes de nuestras Universidades é Institutos que tiemblan ante la idea de abrir de par en par y á todas horas los jardines de la casa...

En Toulouse nos presentamos sin carácter verdaderamente oficial. Esto no fué obstáculo para que obtuviéramos todos los informes necesarios. Al día siguiente de nuestra llegada por la mañana, nos dirigimos á la Facultad de Derecho. Nuestro propósito era ver al señor Rector; pero no hizo falta. Un portero muy fino nos indicó que no estaba el Rector allí á la sazón, pero que en aquel momento salía de su clase el profesor de Derecho internacional, á quien podíamos ver. Así lo hicimos. Le pasamos las tarjetas y eso bastó. M. Merignac (que así se llama) nos introdujo inmediatamente en el salón de profesores. Aún no se había despojado de su vestidura académica cuando nos recibió, sosteniendo nuestra conversación durante hora y media. Fué en verdad una de las conversaciones más interesantes, de cuantas mantuvimos en el viaje con la gente universitaria. De ella sacamos la impresión fiel y exacta, luego confirmada, del estado de renovación inicial en que está todavía, la reforma *pedagógica* de las facultades de Derecho. El profesorado empieza á darse cuenta de la necesidad de remover obstáculos y de dar á los estudios otro alcance; pero el profesorado de las facultades de Derecho en Francia (regla general), no es un profesorado penetrado en lo íntimo de la misión pedagógica de la enseñanza superior.

M. Merignac, no sólo nos dió las noticias que le pedimos

acerca de la organización general de la enseñanza, sino que nos presentó á gran número de sus compañeros, entre ellos al profesor de Derecho civil que explica también Derecho comparado, comprendiendo el Derecho civil español, y luego nos acompañó para visitar las cátedras, las oficinas y la biblioteca.

Lo mismo las oficinas que la Biblioteca de Toulouse, merecen especial mención. Las oficinas por lo admirablemente instaladas. Con una matrícula enorme, de más de mil alumnos, con el movimiento que todo esto supone, las oficinas tie nen un secretario y un oficial, y no hay en ellas el hacinamiento de espedientes, papelotes... y polvo, que parece obligado en tales casos.

En sencillas y limpias estanterías, llenas de bonitas cajas de color verde, se encuentran todos los documentos, incluso los expedientes personales de los alumnos, escritos estos en tarjetas mil veces más manejables, más útiles y menos molestas que esos papelotes imposibles que no sé qué peregrino ingenio inventó para nuestras operaciones universitarias, y en los cuales hay una de firmas del *interesado*, del *secretario*, del *jefe de negociado*, del *rector*... que asusta y confunde.

La Biblioteca es magnífica, rica y muy bien dispuesta. Tiene una gran colección de revistas francesas y extranjeras, y todo ello se halla constantemente al servicio de los estudiantes, que es lo más importante.

En la facultad de Letras, nos recibió un joven profesor á quien yo conocía de antiguo: especialista en lengua y literatura inglesa, y publicista muy fecundo. Llámase H. Dumeril y es hijo del que fué hasta hace poco decano de la misma facultad. M. Dumeril salía de su curso privado cuando llegábamos á la facultad. De él recibimos amplias noticias de la organización de los estudios de Letras. Por él empezamos á ver confirmadas nuestras noticias acerca del estado de renovación, en parte ya realizada, de esta rama de la enseñanza superior francesa. Las facultades de Letras en Francia están ya pene-

tradas de la alta misión científica y pedagógica á la vez de la enseñanza profesional; reina en ellas el espíritu vivificante de la libertad del profesor para enseñar sin sujeción estricta á programas fijos, y del estudiante para aprender según sus fundamentales aficiones.

VII

M. E. Merimée.

Estar en Toulouse visitando la única Universidad de Francia, que tiene entre sus enseñanzas una cátedra de *lengua y literatura españolas,* y no preguntar por el profesor encargado de ella, y siendo éste un hombre tan conocido en la literatura como M. E. Merimée, marchar de Toulouse sin verle, cosa es que nosotros no podíamos hacer. Así es que en cuanto M. Dumeril nos indicó si tendríamos gusto en ver al insigne profesor, al entusiasta de España, inmediatamente aceptamos, y de la facultad de Letras nos dirigimos al domicilio de M. Merimée, que no está lejos. Vive éste en una casa alegre y agradable, con bello jardín, en medio del cual tiene aquél su despacho. Nos recibió en seguida, saludándonos en correcto... mejor, en *familiarísimo* español. M. Merimée representa unos cincuenta años; es alto, de fisonomía franca, abierta, comunicativa, de mirada penetrante y alegre. El tipo es francés *(midi),* pero es un francés que habla como un español y que vive como... un español... ilustrado por supuesto. Así, según él vive, es como un literato puede llegar á dominar una literatura y un idioma extranjeros. En efecto, Merimée tiene por compañeros constantes, no sólo á los castellanos eminentes del siglo de oro, sino á los de los demás siglos... pasados... y los del presente; Merimée, que cuenta en sus armarios de libros á Lope, Calderón, Quevedo (sobre quien ha hecho una monogra-

fía, reputada como de lo mejor que se ha escrito sobre el gran satírico), Tirso, Moreto, Moratín, Santa Teresa, San Juan de la Cruz, Fray Luis de León, etc., etc.; tiene cerca de su mesa á Galdós, Valera, Armando Palacio, Pereda, la Pardo Bazán, Campoamor, Castelar, Núñez de Arce, etc., y, por fin, recibe LA ESPAÑA MODERNA y lee todos los días *El Liberal, La Publicidad,* de Barcelona, y cuando salen, *Blanco y Negro* y no recuerdo qué otro periódico satírico.

M. Merimée nos habló largo rato con entusiasmo de España. En medio de calurosos elogios me preguntó por Galdós, por Pereda... por todos los contemporáneos, citándonos sus libros más conocidos y recordándonos hasta pasajes de ellos. Fué aquel un momento delicioso y halagüeño para nuestro desinteresado amor nacional...

... A la noche paseábamos por la hermosa calle de Alsacia y Lorena, en dirección ya del hotel de la Posta, donde parábamos, cuando de repente sentimos unos brazos amigos que nos estrechaban fuertemente al par que oíamos en castellano de Madrid ó de Toledo: «¡Oh caballeros, buenas noches! ¿Dónde se va á estas horas?» Nos volvimos sorprendidos á ver quién era el inesperado compatriota. Era M. Merimée, un español casi, un español en verdad que honraría á España.

VIII

En Poithiers.

Tengo que dar un salto enorme en mis notas. De Toulouse fuimos á París, y de París, una noche calurosa, de las pocas verdaderamente calurosas que habrá habido en este *frío* verano, emprendimos nuestro regreso hacia España, con ánimo de detenernos en Poithiers para visitar su Universidad y ver así un tipo de *Academia Universitaria* de proporciones reduci-

das, á fin de compararla, no con París, pero sí con Toulouse ó con Burdeos (que veríamos y vimos después), universidades *grandes*.

Serían las cuatro de la mañana cuando el tren se detuvo en la estación de Poithiers. Tiene esta hermosa é interesante ciudad una posición parecida á la de Pau. El ferrocarril va por el fondo de un valle y Poithiers se encuentra en lo alto de una meseta. Para llegar al pueblo es preciso subir y subir largo rato por una empinada carretera interrumpida por series de escalones. La vista verdaderamente deliciosa que según se sube se va gozando, compensa en parte el trabajo de la subida. A la hora aquella en que llegamos, la ciudad, dormida aún, aparecía algo triste. La soledad en las calles era completa. Sólo cruzaba por ellas tal ó cual madrugador.

Cualquiera creerá que nos metimos en un hotel á descansar... pero no hicimos tal. Fuimos al hotel, sí, á hacernos breve *toilette* y luego (serían las cinco) nos lanzamos á ver el pueblo. Tiene su encanto especial visitar un pueblo, por primera vez, á esas horas. Después de todo, lo que Poithiers encierra de más interesante para el *tourista*, es á saber: Poithiers mismo, y además sus preciosos templos, á esa hora se ve perfectamente. Pues á ver eso dedicamos el tiempo, en espera del momento oportuno para visitar al rector. Estuvimos en la catedral, templo gótico del siglo XV, con sus tres naves paralelas y su ábside, ni por tanto girola, luego fuimos á Santa Radegunda, iglesia románica muy interesante, con su cripta en el fondo, donde se venera el cuerpo de la Santa. Es este un lugar hermoso en el cual (y no en Lourdes) se puede experimentar la impresión esa especial de los lugares religiosos que una tradición respetabilísima reputa santos. Por fin entramos en el pequeño templo de Notre-Dame, que es un ejemplar interesantísimo del estilo romano-bizantino del siglo XI; sobre todo su fachada, riquísima en ornamentación y perfectamente conservada, es digna de verse.

IX

M. Compayré

Nos dirigíamos á la casa de M. Compayré, el rector en la actualidad de la Academia universitaria de Poithiers, cuando en un suplemento extraordinario de un periódico nos enteramos del asesinato de M. Carnot. M. Compayré, que nos recibió inmediatamente, pues del Ministerio le habían anunciado por comunicación oficial nuestra visita, estaba afectadísimo. Tenía sobre la mesa de su despacho el telegrama en que el ministro le anunciaba la triste nueva, y con una emoción grandísima nos lo presentó.

M. Compayré es un insigne pedagogo, no es meramente un profesor como cualquier otro. Si no estoy equivocado, debió ser de los que auxiliaron á Ferry en su campaña de reformas, representando con Buisson, Pecaut, Liard, Guillaume, la tendencia, hoy ya triunfante, de secularización de la enseñanza y de reconstrucción pedagógica. Es además un publicista muy distinguido, que ha escrito sobre historia de las doctrinas pedagógicas, sobre educación cívica, sobre historia de las universidades y sobre otras cuestiones particulares de su ciencia. Entre los estudios publicados primero en Revistas y luego en un grueso volumen, debo citar uno sobre cosas de España, que M. Compayré conoce bastante; ese estudio trata de un pedagogo español: el Sr. Giner de los Ríos y de una de las obras más modestas, pero á la vez más fecunda en excelentes resultados: la *Institución libre de enseñanza,* cuyo espíritu aplaude el profesor francés con entusiasmo y sin reserva alguna.

Por otra parte, M. Compayré no contrae su acción y su influjo personal á la enseñanza... militante y á la propaganda;

durante algún tiempo su actividad manifestóse en el Parlamento como diputado, interviniendo eficazmente en los trabajos legislativos relativos á la instrucción pública.

Según he dicho ya, el rector de Poithiers nos esperaba. En su virtud, lo tenía todo dispuesto, según nos dijo desde el primer momento, para que pudiéramos desempeñar nuestro cometido pronto y bien. Y así fué; después de hablar de nuestra misión á su país, de aplaudir nuestro punto de vista en la cuestión de los exámenes, de recordar á sus amigos (Giner, Cossío...) de España, de referirnos mil interesantísimos detalles de su viaje á Chicago y de su visita á las principales universidades norteamericanas, M. Compayré dispuso que su secretario particular nos acompañase á las distintas facultades, á fin de que los decanos, según tenía dispuesto, nos condujeran y nos dieran cuantas noticias y datos pudiéramos necesitar...

X

La Universidad.

Es esta una de las visitas á edificios é instalaciones de enseñanza de que estoy más satisfecho. En efecto, la Universidad ó Academia de Poithiers con su facultad de Derecho, Letras y Ciencias, es una *pequeña* universidad, modesta... y rica, de apariencias nada ostentosas, pero en el fondo sólida y bien constituida. No hay los lujos de París, de Burdeos, de Toulouse mismo, pero ¡qué importa! Hay todo lo necesario para enseñar bien y mucho. Lo monumental brilla por su ausencia; nada de escaleras que cuestan un sentido, ni de salones decorados, ni de fachadas imponentes, pero en cambio hay buenas clases, buena biblioteca, excelentes laboratorios.

Todo ello es en rigor de fecha recientísima, como que la instalación universitaria aún no está terminada. Merced á una subvención del Estado y al esfuerzo del Municipio, los antiguos edificios van poco á poco desapareciendo, sustituyéndolos otros nuevos. Hoy por hoy, la facultad de Derecho ocupa todavía un edificio antiguo, pero que se reformará muy pronto. La facultad de Letras ocupa ya gran parte de su edificio nuevo. La facultad mejor instalada, y que por las razones dichas en el párrafo anterior, podía servir de modelo... mejor mil veces que el derroche descabellado, por ejemplo, de la Universidad de Barcelona, es la facultad de Ciencias. Ocupa la parte completamente nueva. Total, tres cuerpos con un jardín común central: uno de ellos para las ciencias físicas, otro para las naturales y otro en fin para las matemáticas. Cada cuerpo de edificio tiene: 1.°, un aula ó anfiteatro amplísimo, lleno de luz; 2.°, los gabinetes repletos de instrumentos, de colecciones; 3.°, el de ciencias físico-químicas; tres laboratorios: uno para el profesor, otro para el trabajo *personal* de los alumnos, y otro, en fin, para investigaciones científicas de los especialistas.

Allí se trabaja de seguro.

También merece mención especialísima la biblioteca de las facultades. La visitamos con mucho detenimiento, acompañados de los decanos de Derecho y de Letras y del inteligente y amabilísimo bibliotecario. Está instalada (provisionalmente aún) de un modo adecuado para que estudiantes y profesores puedan aprovecharse de ella. Tiene, como las de Toulouse y Burdeos, riquísima colección de revistas. Tiene además una inmensa colección de tesis doctorales de todas las principales universidades del mundo (Alemania sobre todo), perfectamente ordenada por un procedimiento originalísimo, invención del sabio bibliotecario.

XI

Descentralización universitaria.—Emulación.

Ya al hablar de Toulouse lo dije, pero la visita á Poithiers me obliga á insistir sobre el fenómeno á que me refiero. En Poithiers, como en Toulouse, como en Burdeos, como en Lyon, y, según parece, en todas las universidades departamentales, existe hoy una tendencia fortísima á afirmar la vida local y autónoma. Hay entre ellas una especie de emulación, de competencia sana, que se dirige á conquistar al público, á ganar en el concepto general científico... Esa emulación se traduce en enseñar mucho, en enseñar bien, en poner cada vez más alto y mejor la reputación de seriedad en la enseñanza, de solidez en la ciencia: tradúcese también en el esfuerzo económico constante para transformar todo el material universitario. ¡Ah! En esa Francia tan rica y tan culta, el Estado destina el dinero á manos llenas para edificios, libros y colecciones; y los Municipios hacen esfuerzos pecuniarios tan gigantes como el de Lyon, crean cursos y los sostienen como en Toulouse y contribuyen con sumas inverosímiles para un Municipio de una población de 30.000 almas como el de Poithiers, para construir los edificios de la Universidad.

Una de las preocupaciones que he podido advertir como más general en el profesorado de los departamentos, es el tener alumnos, atraer la juventud, y para conseguirlo, no se hace lo que suele hcerse en algunas partes, á saber: *levantar el brazo* en los exámenes y ser *transigentes* durante el curso, sino trabajar de firme y con alma, procurar instalaciones cómodas y adecuadas y poner muy alto el rigor de la enseñanza.

XII

En Burdeos.

Antes de volver á España visitamos también la Universidad ó Academia de Burdeos, con sus instalaciones modernas y ricas, su hermosísima biblioteca... pero no creo necesario insistir en poner en *limpio* mis notas. Después de haber hablado de la Academia Universitaria de París (única) y de haber descrito una Universidad *grande* y otra *pequeña* de los departamentos, en el estilo rápido, y... *al vuelo* en que necesariamente tiene que escribirse esto, referir lo visto en Burdeos resultaría quizá monótono y no de gran interés. Sería preciso meterse á hacer ciertas consideraciones, comparando, señalando detalles... y alargando más de lo conveniente este artículo, para que la notas de Burdeos fuesen algo más que una repetición casi de lo dicho sobre Toulouse.

Y como de Burdeos nos vinimos á Oviedo, casi de un tirón, sin tropezar más que... con la Aduana, hago aquí punto final.

ADOLFO POSADA,
Profesor en la Universidad de Oviedo.

FRAY JERÓNIMO SAVONAROLA

II

EL CARNAVAL EN FLORENCIA (1)

Es uno de los sucesos más conocidos, puede decirse que es el único por el que la generalidad sabe que existió *Savonarola*. Fué la organización de un espectáculo especial é inusitado, al que se dió el carácter de fiesta religiosa, significativa del triunfo del genio del cristianismo sobre el espíritu del paganismo: debiéndose celebrar el último domingo de Carnaval, en contraposición al desorden y desvarío de los tiempos paganos. El Carnaval tenía entonces para los italianos el mismo y seguramente mayor atractivo que en nuestros días; y al anuncio de dicho espectáculo y fiesta, acudió á Florencia un gran concurso de forasteros y muchísima gente de las ciudades y aldeas vecinas: no se hablaba de otra cosa más que del anunciado espectáculo, del fervoroso fraile su promovedor y organizador, y de la significación de la fiesta renovando el enardecimiento de la fe de los primeros siglos cristianos.

Llegó el día prefijado: en medio de la plaza levantóse una elevada pira, y por remate un colosal maniquí figurando el Carnaval con todos sus atributos. En aquella gran hoguera

(1) Véase el artículo primero de La España Moderna, Setiembre, pág. 43.

debían arrojarse y reducirse á cenizas todas las obras de arte y de literatura pagana ó con tendencia á ella, de antemano recogidas ó que allí se presentasen. Desde por la mañana, saliendo en procesión y esparciéndose por los barrios ocho mil muchachos llevando en la mano una pequeña cruz roja, recorrieron la ciudad, como última requisitoria, en busca de los objetos *anatematizados,* entendiéndose por tales, como se ha dicho, los de arte y lujo reputados profanos, libros y manuscristo licenciosos, dibujos, pinturas y estatuas representando desnudeces ó asuntos mitológicos, adornos inútiles de las mujeres, cuyo valor material debía destinarse á limosnas, y el precio de estos últimos resultó tan abundante que fué suficiente para fundar cuatro Montes de Piedad en alivio del pueblo... pero las obras de bellas artes y de literatura debían ser irremisiblemente quemadas. El entusiasmo fué tan extraordinario, que hoy no puede menos de parecernos ó una exageración de la historia, ó como una especie de vértigo social, tanto más inconcebible cuanto más violentas eran las contrarias y generales corrientes. Allí se vió á *Baccio della Porta,* después el célebre Fr. Bartolomeo, y á su amigo *Lorenzo di Credi,* cómo ellos mismos llevaron sus propias obras, tachadas de impureza, para arrojarlas al fuego; y muchísimos otros artistas imitaron su ejemplo. Ricos ciudadanos y magnates, conocidos poco antes por su amor á las bellas artes, enviaron desapiadadamente á la hoguera pinturas y estatuas compradas á gran precio... Aquello se transformó en un montón de obras de arte, muchas de ellas de un mérito de primer orden : muchísimo de lo producido por los artistas del Renacimiento estaba allí; y no solamente las obras modernas, sino estatuas antiguas, entre éstas algunas Venus, á las cuales se les había dado el nombre de mujeres que en Florencia llamaron la atención por su hermosura y por sus desórdenes, por ejemplo, la bella *Bencina,* la *Morella,* la *Bina...,* etc., todo debía reducirse á ceniza; libros y manuscritos de *Petrarca, Bocaccio* y otros poetas antiguos, razón por la cual son de extremada rareza

las primeras ediciones de sus obras : hasta muebles ricamente labrados y tallados y de gran precio fueron llevados al *altar de la purificación,* cuyo nombre se dió á la hoguera.

A la hora señalada para lo que puede decirse el *sacrificio artístico,* ó, si se quiere, para aquella especie de *auto de fe,* promovido por un gran desvío de sentimiento y de pasiones, y concebido por una gran idea, no podía ser menor lo grande del artístico desastre.

Púsose en marcha la fúnebre comitiva, que siempre, aunque en son de fiesta y alegría, reviste tristeza cuando su objeto es inmolar reos ó víctimas; y víctimas eran allí las preciosas obras de arte. Nada faltó á la mayor solemnidad del extraño espectáculo, y jamás cosa semejante concebida : siendo muy notable que aquel acto se verificase desposeyendo á las masas populares del inconsciente furor que siempre las domina en los momentos de realizar una destrucción, mayormente habiendo sido azuzadas, en cuyo caso es muy difícil contenerlas y enfrenarlas : allí sucedió todo lo contrario ; masas populares inconscientes, inteligencias privilegiadas, corporaciones, gremios, clero secular, órdenes regulares, todo obedecía á un plan calculado : el ardor de *Savonarola,* en su proyecto de radical destrucción, más por lo que aquel arte trascendental significaba que por lo que en sí eran aquellas obras de arte, parecía como que hubiese concentrado en sí todo el fuego, y toda la vida de los florentinos todos, por la docilidad con que le seguían y la espantosa frialdad con que le secundaban.

Llegó el momento fatal para el arte y feliz para *Savonarola,* como el del triunfo de sus predicaciones. En la procesión iban delante los niños, lo cual pudiera interpretarse como símbolo de la inocencia de muchos de aquellos objetos colocados ya sobre la pira; seguíales el clero y las órdenes religiosas, después de éstas, las jóvenes vestidas de blanco, seguidas por sus madres; cerrando la procesión una muchedumbre de peregrinos y pueblo: en el centro y á los lados, los artistas llevando las grandes obras del *arte nuevo,* del arte, á juicio del fer-

voroso fraile, no esencialmente cristiano. Era aquello un desfile de pinturas y de estatuas que se llevaban á ser quemadas á mayor gloria de Dios, que tal así sinceramente creían, en términos que hasta fué destruido el bello niño Jesús que con una mano daba la bendición y con la otra señalaba la cruz y la corona de espinas, obra del insigne y célebre *Donatello*. Cuando todos hubieron llegado al lugar del sacrificio, se prendió fuego á la pira. Y entre tantos artistas eminentes, tantos esclarecidos aficionados y amantes de las Bellas Artes, no se oyó ni un solo suspiro, ni un grito de dolor, ni una mal reprimida exclamación de sentimiento, ni siquiera un gesto que revelase la menor pena por la destrucción de tantas maravillas del arte. Casi tan triste como la pérdida de aquellas obras sería para nosotros aquella fría indiferencia y la desconsoladora convicción con la cual se cometía aquel acto. Un arrebato popular, se comprende; una irreparable perdición, puede ser acusable; un brutal desahogo puede ser lógico, aunque nunca legítimo: atendiendo á los tiempos, hasta se concibe la destrucción *iconoclástica*... pero no el desastre artístico realizado en Florencia por *Savonarola*, si no se hace un gran esfuerzo en conocer la gravedad de la tendencia de la época aquella y del estado de las costumbres, y aun así, quizá medios menos violentos hubieran podido adoptarse para remediar los males y daños que radicalmente quisieron cortarse, y, que en último resultado, brevemente retoñaron con parecida tendencia y con igual pasión por aquel carácter pagánico, á pesar de aquella destrucción en que no todo pereció, y mucho menos las ideas, que el fuego no las consume. Pudo parecer á muchos, juzgando por lo sucedido, asegurado el triunfo de aquella predicación: pero aparecieron otros artistas: germinaba un espíritu contrario, por más que sofocado: aumentaba el número de los enemigos de *Savonarola*, que tenerlos es condición de los hombres que valen, y éstos sólo esperaban una oportunidad para la explosión.

Esa fiesta del Carnaval en su sentido religioso, el espec-

táculo dado por *Savonarola,* había sido para él un día de triunfo; pero también fué el último día de su satisfacción.

Condensábase y aglomerábase sobre él la tempestad. Recordábase que cuando Pedro de Médicis, con ayuda de los aventureros de la Romanía, intentó dos veces volver á Florencia, puesto de acuerdo con sus partidarios, y descubierta la conspiración, el *Gonfaloniero Bernardo del Nero* y otros fueron condenados á muerte. Desde entonces los *Piagnoni,* ó secuaces de *Savonarola,* que motivaron aquella condena, perdieron mucho terreno en la opinión pública: su jefe empezó á ser mirado como intrigante, cuyas pasiones desmentían sus palabras, y que anunciaba como un enviado de Dios á Carlos VIII; y lo que más pesaba en su contra era el atrevimiento con que reprendía la conducta de la familia del Sumo Pontífice Alejandro VI, el tan conocido Rodrigo Borgia (mejor dicho, Lenruoli Borgia, ó Borja, cuyos italianizados apellidos, como de familia valenciana, debían ser, como no falta quien así lo supone, *Llansol* y *Borjes).* El Papa le formó un proceso de herejía, le prohibió la predicación y excitó contra él á los partidarios de los Médicis á la oligarquía y la envidia de las demás Ordenes. Protestó el fraile contra la condena de que era objeto, y con fecha 20 de Setiembre de 1497 le escribió lo siguiente: *Dígnese Vuestra Santidad indicarme qué es lo que he escrito ó dicho que requiera retractación, y yo libremente lo haré.* Y continuó predicando con más fervor y ante mayor número de oyentes, cuanto más se burlaban de él los llamados *Compagnacci.*

Sucedió que un fraile muy elocuente de la orden de San Francisco, rival de la de Santo Domingo, nombrado Francisco de Pulla, le retó y desafió á que probase la verdad de sus predicaciones con un milagro, ofreciendo entrar con él en una hoguera, atravesándola en una longitud de ochenta pies por un espacio de solos tres pies de anchura, asegurando que Dios protegería su ministro y quemaría el de Satanás. Dícese que la iniciativa del juicio ó prueba del fuego había partido de *Savonarola* tal vez en un momento de entusiasmo y como rasgo

de elocuencia, y que el franciscano Pulla la recogió y la aceptó: partiese del uno ó del otro, lo cierto es que, formalizado el reto, se estuvo á punto de ejecutarlo á contento general del pueblo. La multitud, siempre aficionada á los espectáculos, sean cuales fueren, y mayormente gratis, lo acogió con júbilo, preparó la hoguera, prendió fuego á la leña, y los dos frailes, ante un gran gentío, se preparaban á probar de parte de cuál de ellos dos estaba la razón, porque el pueblo no dudaba de lo irrecusable de la prueba. *Savonarola* empezó por discutir y retroceder, y Pulla le dijo: *Yo seré quemado contigo, pero habré hecho un gran servicio á la santa Religión.* Al ver que *Savonarola* titubeaba y se resistía á la prueba, muchos de sus discípulos y secuaces, hombres y mujeres, se ofrecieron á sufrirla por él, y en especial Domingo de Pescia. Exigió *Savonorola* que su contrincante ó retador entrase con la Hostia consagrada, pero los Franciscanos se opusieron á ello tenazmente; y pasándose el día en tales disputas é indecisiones, sobrevino por la tarde una gran lluvia que apagó la hoguera y dispersó la multitud.

Poco basta para que los que han sido mirados por el pueblo como sus ídolos, de repente lo sean también como el blanco de sus iras...: la historia nos ofrece de continuo tales ejemplos. El entusiasmo popular, viéndose burlado, abandonó á su profeta, á quien faltó la fe, y se transformó en cólera y deseos de venganza: el motín y la revolución rugía en todas partes; fué asaltado el convento de San Marcos, del cual continuaba *Savonarola* siendo prior; *fray Jerónimo* fué insultado: *Baccio della Porta* acudió con quinientos hombres armados, y espada en mano intentó defenderse dentro de la misma iglesia y junto al altar donde *Savonarola* se había refugiado; pero no permitió resistencia alguna, diciendo que un ministro del Señor no debía emplear más armas que las espirituales; que si había rehusado morir como fanático, quería morir como cristiano.

A tal punto llegados los sucesos, y sin que ofreciese temor la fuerza de sus secuaces, la señoría de Florencia pudo

ya dejarle prender y enjuiciar. Quince de sus enemigos fueron los jueces: sometido al tormento para que confesase la falsedad de sus revelaciones, desmintió, por el contrario, las calumnias, sosteniendo que no se creía inspirado, fundándose únicamente en las Santas Escrituras; que no le movió ni la codicia ni la ambición, sino el deseo de cooperar á la convocación de un Concilio para la reforma de las costumbres, como en los tiempos apostólicos. Condenósele á ser quemado vivo, juntamente con Fr. Domingo y Fr. Silvestre Marufi: y cuando el Obispo, al degradarlos, declaró que los separaba de la Iglesia, como herejes, añadió *Savonarola: «De la Iglesia militante»,* y expiró con la confianza de entrar en la *«triunfante»:* su ejecución ó suplicio se verificó el día 23 de Marzo, según unos, ó de Mayo, según otros, del año 1498. Sus cenizas fueron arrojadas al Arno, y las orillas del río se cubrieron de gente, buscando en ellas y en sus arenas los restos y carbones para conservarlos como reliquias: su fama de doctor y de mártir y elegido como bienaventurado, tomó incremento y consistencia al correr la voz del milagro de una estatua de piedra ó de madera, la cual había levantado un brazo, y con un dedo señaló el alma de *Savonarola* llevada al paraíso por unos ángeles: y el pueblo, que todo lo cree, lo creyó, y seguramente muchos hubieran jurado haberlo visto.

Dice César Cantú, que la muerte de *Savonarola* no fué un asesinato religioso, sino político: y mientras era maldecido por unos como impostor y demagogo, le veneraban otros como santo. Francisco Meyer de Jena, que en 1836 ha publicado muchas cartas de Alejandro VI, presenta á *Fr. Jerónimo Savonarola* como el precursor de Martín Lutero.

Aquel suceso motivó que viéranse de repente aparecer escritos y pinturas significativas y medallas, en todo lo cual *Savoranola* aparecía adornado con los títulos más gloriosos: poco tiempo después, Rafael, en su famosa pintura *la disputa del Santísimo Sacramento,* en el Vaticano, lo colocó entre los Doctores de la Iglesia; su retrato figuraba en la iglesia de Santa

María Novella, en una de las vidrieras de colores en la que está representado Jesucristo predicando, y el nacimiento de Santo Domingo: Santa Catalina de Ricci le invocaba en sus oraciones; San Felipe Neri, que conservaba su retrato en su cuarto, rogaba á Dios que su memoria no fuese reprobada. Los historiadores *Menard* afirman que no lo fué, en efecto; que el proceso *Savonarola* fué revisado y anulado, y esparciéronse sus imágenes y medallas, designándole con los títulos de doctor y mártir; y durante más de dos siglos, el día del aniversario del suplicio, los jóvenes cubrían de flores el lugar manchado con aquel acto.

El citado Cantú, en sus aclaraciones, se extiende muchísimo en lo referente á tan interesante personaje; pero son tan extensas y minuciosas, que su extracto las desvirtuaría; y como de otra parte en nada alteran la principal esencia de lo indicado, en cuanto á su personalidad, celo y fervor religioso, y mucho menos en lo concerniente al efecto de su predicación respecto á las bellas artes y sus trascendentales consecuencias, se puede prescindir de dichas aclaraciones; con lo dicho queda tratado el punto principal, y después de esto, venimos á parar á las preguntas del principio y algunas consideraciones. ¿Fué acaso *Savonarola* un ciego fanático, un místico inspirado, un iconoclasta furioso, un sincero proclamador de la pureza de la fe, un ferviente reformador de las costumbres, un cristiano ejemplar, un humilde fraile, un político ambicioso, un indómito heresiarca, un héroe, una víctima ó un martir? ¿Qué consecuencia produjo el vehemente predicador en la manifestación espléndida del sentimiento de lo bello, preparada por los artistas de los siglos XIII y XIV, dejando trazada la senda á los del siglo XV y del XVI? Y aquí digo y pregunto: ¿Fué *Savonarola* causa ó efecto? No pudo ser causa, porque predicó, declamó y se esforzó en destruir lo que dió motivo para cuanto dijo y llevó á cabo á consecuencia de sus ideas; fué, pues, efecto de una causa dada y motivada por otros, como sucede siempre en semejantes casos y sucesos, los

cuales responden á las necesidades sociales y corresponden á los tiempos. Y sigo preguntando: ¿Qué le hubiera sucedido á *Savonarola* si exclusivamente se hubiese concretado á las manifestaciones artísticas inconvenientes, encauzando de nuevo el arte cristiano, trascendental bajo este punto de vista, encaminándolo á la genuina y propia y decorosa y debida expresión del sentimiento religioso, depurándolo de su carácter de belleza ó reminiscencia pagana?... ¿Si se hubiese esforzado sencillamente á su empresa, aunque con todo el ardor de la convicción, por la persuasión y la necesidad de la reforma de las costumbres, pero vedándose terminantemente entrar en el orden en que gira la política... esa cosa, según frase feliz de un escritor valiente, *que debe valer muy poco cuando Dios la abandonó al dominio del hombre;* indicándolo con las sabias palabras: *Dad á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César;* vedándose tocar todo lo candente, todo lo ajeno de su idea, y de lo cual podía prescindir como orador, como fraile y como sacerdote?

Así, tal vez hubiera sido posible y probable su triunfo, quizá más radical y más duradero, y siempre con la ventaja de librarse de las represalias de sus enemigos é interesados en el gobierno del Estado, los cuales más ó menos tarde habían de procurar la perdición de su contrario, sin atender á lo justo y motivado de lo que combatía y defendía; de los abusos que señalaba y de los desenfrenos, desórdenes y extravíos que anatematizaba.

No hay que dudarlo; como sucedió entonces, como hoy sucede, como sucederá mañana y siempre, y nunca con escarmiento, al tocarse las cuestiones políticas se empañan y comprometen los éxitos de las que pudieran tratarse sin inmiscuirse ni rozarse con aquéllas. Por desgracia es muy sabido que no siempre es posible su total separación; que en muchos casos son de tal género sus relaciones, que es imposible desenlazarlas; pero también es cierto, y doblemente lamentable, que muchas veces, que aun cuando estén por su índole separadas,

se hace un esfuerzo en unirlas, se violenta su identificación, se intenta y se logra presentarlas compenetradas, como dependientes unas de otras, para soliviantar los ánimos, para interesar en ellas como medios ó resultados, de los cuales podrían dejarse libres y ajenas. Cierto es que en algunos casos esas relaciones pueden ser afines y muy íntimas, como precisamente lo demuestra el asunto mismo de que se trata, como algunos otros podrían igualmente demostrarlo ya en bueno como en mal sentido. Pero de unos sucesos históricos en períodos especiales y causas particularísimas, formular un pensamiento y arraigar una convicción general de continua aplicación, esforzándose en querer presentar la índole de la cosa como incontrovertible fondo de verdad, simpre lo mismo, en todo, en todas partes y en todas épocas, y no distinguir bien la gravedad del extravío de la importancia del desvarío, de la lícita facultad en lo que sea opinable, media mucha distantancia, lo separa mucha diferencia y en no verlo así es en lo que se equivocan muchísimos, por rutina propia de la gente de cortos alcances, y no pocos que á sabiendas y con aviesas miras sostienen y mantienen la violenta tensión de la animosidad en extremos de asequible y fácil armonía. ¡Eso es un mal! ¡Y mal gravísimo, tanto mayor cuanto menos trazas lleva de remedio! Separando la vista de esa sensible y desgraciada campaña, volvámosla á nuestro asunto.

Hemos de tener por indiscutible, como cuestión de hecho, que *Savonarola,* más ó menos duradero y de mayor ó menor importancia y consecuencia, obtuvo un éxito contra el arte acentuadamente pagano; un éxito contra la dinastía y el poder de los Médicis; un éxito á favor de la política y gobierno popular; un éxito llamando la atención de Europa, y conjurando en contra suya los poderosos de Italia y Roma frente á frente. Abondonando los de índole distinta del asunto de que se trata, y que no deben en este caso interesarnos, concretemos la atención á los concernientes á las bellas artes.

No puede decirse que *Savonarola* pensase en crear una es-

cuela de nuevo carácter, ni mucho menos de nueva y desconocida tendencia, en armonía con sus ideas y sentimientos, porque, sobre no ser esto posible, no necesitaba de otra cosa más que de impeler á los artistas hacia lo conocido ya, hacia lo que se amoldaba á sus proyectos y respondía á sus intentos: porque su arte tenían las obras de los artistas del siglo XIII y del XIV, y de gran parte del XV: para comprender lo que esto significa, basta recordar los nombres y las obras de *Cimabue, Gaddi, Pisano, Buffalmaco, Lapo, Giotto, Fra Giovanni, Massolino, Lippo, Simone, Vanni, Orcagna, Starnina, Mino, Ghiberti, Verrochio, Donatello* y muchos más, cuyos nombres se omiten para no prolongar la enumeración de todos ellos. A la predicación, á la tendencia y al indicado rumbo evidentemente razonado en fuerza del desvío por el cual se corría, ofrecíase el ejemplo de las obras de arte de los maestros saturados, dígase así, del estilo rígido y de la mística inspiración del arte de la Edad Media, no contaminados aún del sabor clásico del arte pagano, ni siquiera por los acentuados esfuerzos hacia la exageración del naturalismo.

Ancho campo ofrece, sin duda, este punto á la controversia para sostener, con sólido y con aparente fundamento, reñidas polémicas, en lo tocante á los artistas llamados *trecentistas*, arquitectos, estatuarios, escultores, orífices, repujadores y pintores, por lo general simultáneas en ellos todas las manifestaciones artísticas; considerándolos precursores de los de *mil quinientos*, y del esplendor del arte al terminar dicho siglo y empezar el *décimosexto:* aduciendo en consecuencia, que, si tales precursores fueron, á la vez hubieron de preparar la inclinación del arte del lado á que se inclinó luego. Esta observación, que parece un argumento en firme, se destruye con facilidad profundizando el asunto, y demostrando que el extravío en las bellas artes, sobre todo en el arte religioso, punto culminante del asunto, pudo ser debido precisamente al olvido de las máximas y sentimientos de los precursores; y á causa de haberse descubierto con posterioridad los ejemplares

del arte del paganismo, revistiendo de novedad aquellas viejas ideas, olvidadas y desconocidas por su destrozo y ocultación en las ruinas de los monumentos arquitectónicos, y arrojadas al fondo de las aguas aquellas delicadas estatuas, revividas por el genio del Renacimiento, el cual, saboreando las obras literarias de los autores clásicos, y empapándose en la belleza de las plásticas labradas por el cincel griego, prendados de ella, se esforzaron en hacer lo que aquellos artistas hicieron, impresionándose, imitando y copiando, y adecuando... pero no se esforzaron en hacer como ellos hicieron; y unida esta equivocación á otras complicaciones, resultó un grave error trascendental: ante aquel arte, indudablemente bello, y superior á todo lo conocido, y ni hasta hoy en estatuaria sobrepujado, el espíritu del Renacimiento padeció un arrebato, quedó como deslumbrado, y se dejó llevar de su impulso sin el debido discernimiento, sin duda inconscientemente, supuesto que no parece resultar se hiciese esfuerzo alguno en distinguir qué clase de fuerza y de sentimiento religioso, y qué clase de potencia de espíritu patriótico había producido aquellas obras de arte; parangonando aquellos móviles con los suyos, y con su sentimiento distinto y su espíritu diverso, para poder producir cosa semejante; cuidando menos aún de medir la distancia que mediaba de una á otra época, y hasta lo encontrado de las corrientes de las ideas y de los sentimientos. Y como mal podían adecuarse unas cosas á otras, resultó que aun cuando el arte del Renacimiento de los siglos XV y XVI en el sentido de que se trata, contenga en su esencia excelentes condiciones... porque en arte, y en el orden de lo bueno, éste siempre es idéntico á sí mismo... el arte del Renacimiento, aunque contenga obras de mérito relevante, lo cual ni niego, ni puede negarse, y de apropiada aplicación en algunos casos, sin embargo, el inconsiderado abuso y general adopción como gusto reinante y predominante en muchos otros casos por su desacertada aplicación, resulta como un arte *híbrido*, en no pocos anacrónico, en bastantes de todo punto inconveniente

y hasta detestable, por más que muy revestido de riqueza y de aparente belleza se ofrezca, en todos aquellos en que la reminiscencia y la tendencia pagana no puede ni debe ostentarse, ni siquiera trasparentarse, antes bien, todo lo contrario.

Ya se sabe, huelga indicarlo, cuán difícil era, puede decirse imposible, que el sentimiento artístico, la explosión del genio pudiese permanecer sujeta á los estrechos límites de leyes coercitivas, y supeditado á la severidad de un cánon trazado cual ejemplar modelo, como las esfinges, las cariátides y los colosos egipcios; ó como el arte religioso ruso, que es, en suma, una especie de industria artística (permítase la disonante frase), y que se explota en las poblaciones de *súsdal* y *arsamáss,* abasteciendo todo el Imperio, y los puntos á que alcanza aquella creencia religiosa, y hasta las colecciones de los aficionados, en las cuales quedó como vinculada la práctica de ese arte que puede calificarse *abyzantinado,* cuya tradición y fiel imitación dura desde la disidencia lamentable de los Padres de la Iglesia en los célebres Concilios de Nicea, Constantinopla, Efeso y Calcedonia, la que ocasionó el cisma de Oriente y la separación de las Iglesias latina ó católica, y la griega ó rusa cismática. El arte obedeció entonces á los impulsos que recibía y de los que no pudo prescindir ni separarse; así como, obedeciendo al móvil de las ideas del Renacimiento, no podía seguir los ejemplares de aquel primitivo misticismo, ni los de la época más rígida de la Edad Media: tampoco niego, ni puede negarse, que aquel arte adolecía de alguna exageración, á la que no podían amoldarse las nuevas tendencias en punto á la belleza: ni menos eran tampoco las diversas apreciaciones referentes al particular, cuando la controversia venía indicada ya, como se ha dicho, por aquellos Padres, iniciada por San Justino, y removidas por San Clemente de Alejandría; San Gregorio, San Jerónimo, San Ambrosio, San Agustín, San Crisóstomo, San Cirilo, Theodoreto y otros, en pro y en contra respecto á la belleza moral ó material de las sagradas imágenes... de lo que resultó que el *arte mystico* pu-

diese incurrir, como incurrió, en la inconveniencia exagerada de dar demasiada importancia al espíritu y á la idealización en perjuicio de la belleza, de la forma y de la naturalidad, fiando en la sencilla fe de los fieles. Mas como esa prudente línea divisoria es la más difícil de trazar y conocer, de ahí resulta la gran dificultad en contenerse en un límite sin tocar en el otro; de ahí resulta la exageración en uno y otro sentido; y de esto se desprende, que, raras veces, la obra de arte se sostenga en el equilibrio de carácter que á su condición corresponda. En aquella época, la del Renacimiento, como en todas, el arte no podía permanecer estacionario, ni tampoco retroceder á una rigidez y severidad poco armónica con el nuevo modo de ser social. El sentimiento artístico, á la vez que intuitivamente debía conocer el secreto impulso que le agitaba, no debía tampoco desconocer su procedencia; pero en la lucha para exteriorizar su modo de sentir, no se daba clara razón de cuál debía ser su natural y debida tendencia, al salir de un período y entrar en otro casi sin punto de contacto; considerando á los artista en tales dudas, incertidumbres, deseos y zozobras, y haciéndonos cargo de tales circunstancias, casi podría acentuarse el juicio, que no sabrían qué hacer al encontrarse con los descubrimientos de los restos del arte griego y romano, lo cual produjo un efecto parecido al de prender fuego á bien preparada cima, cuya explotación casi es instantánea. Los artistas, quizá, no llevaban ni la remota intención de acentuarse paganos en la manifestación y exteriorización de su sentimiento; tal vez el mismo violento esfuerzo en contrariarles les empeñó más y más en aquella tendencia, ¡quién sabe! ¡quién puede apreciar con exactitud la fuerza de las circunstancias, los efectos de la atmósfera que se respiraba, la presión de los tiempos! Graves pueden ser los errores que se cometan juzgando sucesos de tan remota fecha, y que difícilmente se conocen con la necesaria claridad.

JUAN O'NEILL.

VIDA LITERARIA

DE

DON ENRIQUE DE VILLENA

(SEGUNDA PARTE) (1)

III

TRATADO DE LA FASCINACIÓN

Tócanos hablar ahora de una de las obras más curiosas y originales del nieto de Enrique II; obra que, empezada y casi concluida en 1422, fué definitivamente retocada en este año ó en el siguiente (1425): de su *Libro del Aojamiento* ó *fascinología* (2).

También aparece enviado á su grande amigo Valera, con la siguiente carta que empieza este escrito: «Johan Fernandez: yo DON ENRIQUE tio de nuestro señor el Rey é uno de los

(1) Véanse los números de LA ESPAÑA MODERNA correspondientes á Julio y Setiembre del presente año.

(2) Es el último opúsculo que contiene el citado códice S. 126; consta de 11 hojas, de igual letra que los anteriores y con este principio: «Aqui comiença el tractado del ojo ó de façinacion fecho por el muy virtuoso señor DON ENRIQUE DE VILLENA.» Está dividido en nueve capítulos. Por un manuscrito bastante incorrecto, copia hecha por D. Rafael Floranes de un códice más moderno que el de la Biblioteca Nacional, ha sido impreso este tratado en la *Revista Contemporánea*, t. IV, páginas 405 á 422 (1876). Sin embargo, algunas variantes que ofrece este texto con respecto al S. 126, merecen estudiarse antes de rechazarlas definitivamente; aunque la mayoría son errores bastante groseros, propios del original que tuvo presente Floranes.

del su Consejo, vos envío mucho saludar, é cierto fágovos saber que sábado pasado cercano, III Calendas Junii (ó sea el 30 de Mayo) á una hora y dos grados desa noche, una vuestra rescebí carta con é por Miguel Ruys, escudero de mi casa, é por ella entendí vos fuera aplacible la breve declaracion que sobre las Escripturas (1) en las epistolas que vos envié, fice; de que dubdaba non poco por ser tan breve y mal compuesta en quien podia clarescer con cuanta se fizo priesa.»

Esta obra, *spécimen* de otra más extensa que se proponía escribir (2), fué compuesta en Torralba, en cuatro días, según manifiesta, habiéndola empezado el mismo día 30 de Mayo y la tenía ya terminada el 3 de Junio.

Modificada después para ser enviada á su destino, aparece dividida en solos nueve capítulos, en los cuales desarrolla la materia del modo que vamos á indicar.

Sabido es en qué consiste la vulgar creencia que motivó el escrito del señor de Iniesta: esto es, el daño causado en el hombre y hasta en los animales, por el simple efecto de la mi-

(1) Debe de ser la *Exposición* del versículo 4 del Salmo VIII, de que se acaba de hablar.

(2) En la carta que hizo anteceder á su *Tratado de la Consolación*, para ponderar DON ENRIQUE la prisa que se dió en componerlo, dice á Valera: «E fué cerca de vos mudo y vaco la péñola *de continuar el tractado de la fascinología*, es á saber, sermon del ojo, siquier aojamiento, que á vuestros preces y para vos avia començado, distinguiéndolo en tres partes é cada una de aquellas en treinta capítulos lo dividiendo. E ya á la primera doce tenía cumplidos capítulos, trayendo por autoridades famosos doctores, cuándo y cómo y por quién la fascinación fue sabida, conoscida, divulgada y actualmente parescida. E aún están así aquellos pocos y primeros capítulos esperando subseguir los otros en la división prometida». Algo hubo de alterar después este plan, como se ve por lo arriba expuesto; pero nunca renunció á componer la obra extensa; pues en el cap. I (f. 2) de la que hoy conocemos, dice al citado Valera: «Con todo eso, tanto fuí incitado por vuestras gratas incitaciones ó invitaciones, que tomé osadía de escrebir alguna desto cosa, non en paga mas por señal, con entención que si el vagar consintiere, dello faré un tractado, la ayuda permisa divina, é vos lo enviaré.» Lo mismo advierte en el cap. IV (folios 6 y 6 v.): sin embargo, probablemente habrá dejado incumplida su promesa.

rada de ciertas personas ó de irracionales. Pero oigamos á DON ENRIQUE tratar técnica é históricamente el asunto. «Muchos filósofos y grandes letrados fablaron del ojo, donde se deriva aojar, que en latín decimos façinare, y por aojamiento facinacion, y pocos dieron la causa dello, y fueron menos los las causas alcanzantes de sus remedios preventivos, çegativos é subsecutivos, si quier, curativos. Los más, empero, concuerdan de aquéllos sean algunas ponçoñas tanto venenosas en su complexion y tan apartadas de la ebrasía, que por vista emponzoñan el aire y los á quienes aquel aire tañe é lo reciben por atraccion inspirativa» (1). «E la tal venenosidad de complexion, más por vista obra que por otra via, por la sotileza del pus visibo que su impresion de más lexos en el aire difunde. E tiene distintos grados según la potencia del catador y la disposicion del catado. E por esto más en los niños pequeños tal acaesce daño mirados de mandada vista por abertura de sus poros y fervor y calidez de su sangre abondosa, dispuesta á rescibir la impresión» (2). «E el tal acto ó recepcion dicen aojamiento ó facinacion: desto mueren asaz personas y otros adolescen de manera que non saben de que les viene, y non les prestan las comunes medicinas sinon aquellas que para esto son especiales y propias, y cuidan muchos que las palabras dañan en esto más que el catar, porque ven que si alguno mira á otro que le bien paresca é lo alaba de fermoso ó donoso, luego paresce daño en él de ojo, si quier, de facinacion» (3).»

«Contra este daño usaron de tres maneras de remedios los sabidores, y hoy se face en lo que dello se alcanza. Una, ante del daño, preservativamente: é otra para conoscer el daño recebido cuando es duda si es facinación: otra para despues de cognoscido, para lo quitar y librar dello el paciente. Cada

(1) Cap. I, folios 2 y 2 v.
(2) Id., f. 3.
(3) Cap. II, f. 3.

una destas *maneras* por tres *vías* fue proveida y usada de los antiguos, é agora los modernos: por *supersticion*, por *virtud*, por *cualidad*» (1).

Acerca de la primera *via preventiva*, enumera el autor varias prácticas de los árabes, persas y judíos, como poner al seudo enfermo manezuelas, sartas de conchas, pedazos de espejo, libros pequeños, dineros agujereados, avellanas llenas de azogue, dar ciertos saltos y otros varios medios en los que DON ENRIQUE no quiere ocuparse con tanta extensión como podría, «buscando, dice, las razones de todo esto y sus principios y los inventores contar y los tiempos en que lo fallaron y primero usaron, que está asaz claro en estorias antiguas, porque non sea visto mostrar dotrina perniciosa y contra á la divina ley, en la cual me delecto y tales suspectiones aborresco» (2).

Tampoco se entusiasma gran cosa con ciertos nombres judíos ó hebreos que servían para la *segunda vía preventiva*, ó sea la *de virtud*, por *no usarse entre cristianos dellos;* pero sí menciona otros remedios que emplean éstos, como «traer coral y fojas de laurel y raíz de mandrágora y piedra esmaltada y jacinto y dientes de pez y ojo de águila y mirra y bálsamo» (3).

Por *calidad*, que es la *tercera vía preventiva*, dice que «mandan traer buenos olores, así como almizcle, ámbar»; buenas aguas, como muscada, de azahar, de romero y buenas unturas, como el ungüento de alabastro, el *tiblo* del aceite» y otras, «según más largamente contó Cleópatra, mujer de Marco Antonio, en el *libro de sus afeites* (4)». La autoridad no puede ser más auténtica.

En cuanto á la *segunda manera*, ó sea la de conocer la fascinación, se verificaba por los mismos tres procedimientos,

(1) Cap. III, folios 3 v. y 4.
(2) Id., f. 5.
(3) Cap. IV, f. 5 v.
(4) Id., f. 6.

esto es, por la vía de superstición, de virtud y de calidad. Los medios propios de la *primera* son bien groseros y primitivos, aunque «según oí decir (habla DON ENRIQUE) á un sabidor morisco, que decían el Xarafí, el Viejo de Guadalajara, aún algunas reliquias desto han quedado. Pero tales cosas (añade) en nuestra ley son defendidas como supersticiosas y contrarias al buen vevir: é por eso en esto non me detengo (1)». «Y paso á la *segunda vía,* virtud, por la cual, ansí por palabras, como suspensiones y untamientos y entienden algunos que paresce luego si el daño es por esta causa.» Como uno de estos medios, cita el que puso Rabi Aser (2) en el *Açobala* «que dexó en Toledo escripta de su mano»; y consiste en grabar algunas letras hebreas en tierra de alfarero y ponerla en la mano del enfermo, el cual, al dormir gemirá entre sueños si el mal es de ojo. «E maestro Asday Crestas (3), que fue en este tiempo, añade DON ENRIQUE, me contó viera colgado al cuello el salmo que comienza: *aser ays,* que entre nosotros dice *beatus vir* (4), que luego el paciente sudaba si era de ojo; é si non sudaba parecia su complexion estar mal concertada por el daño de facinacion recebida.» «Aun por virtud de suspensiones, aplicaciones fablan los que tales fallan esto, como poniendo sobre los pechos la piedra de cazduro que se falla en el estómago del oso face venir los ojos en lágrimas al pasionado; é poniendo en el dedo suyo esmeralda, se escurece su color á poca hora (5).»

(1) Cap. v, f. 7.

(2) Rodríguez de Castro, en su *Bib. Rabínica* menciona un Rabí Aser que fué presidente de la Academia de los judíos de Toledo, pero no cita obra alguna suya.

(3) Es probable que sea Rabi Chasdai Qresqas, como escribe R. de Castro, natural de Zaragoza, traductor de una obra de Algacel, titulada: *Pesos de la justicia,* y que vivia aún en 1478, ó bien otro Rabí de la misma familia, algo anterior llamado Rabí Qresqas Descolar, que tradujo al hebreo la *Summa Medicinal* de Arnaldo de Villanova y que manuscrita de letra de principios del siglo XV, existe en el Escorial.

(4) Es el salmo I.

(5) Cap. v, folios 7 y 7 v.

«Por la *tercera via,* y segun y cierta se conoce calitativamente así en la catadura del enfermo que la tiene turbada y ama tener los ojos bajos y estar echado y non sentado se fuerza, y estar pensoso, y sospirar de vagar, y tener cuidado sin saber de qué, y sentir quejo en el corazon, y escurescimiento, y dolerse en el cuerpo como en non querer comer, ni tener señales de especial acostumbrada dolencia, ni saber causa nombrada, prestarle poco las comunes melecinas. E aun fállanle á las veces frio y súbito se muda en calor y alterándose por veces trocadas y sudores que le vienen non razonables y luego lo dejan, y aprieta las manos y absconde los pulgares, y bosteza á menudo y tiene el oir más agudo que de antes y estriñese de vientre; y tales accidentes muestran daño de ojo haber esto causado (1).»

Ultimamente, para reparar el daño, y sabido ya que sea aojamiento, que es la *tercera manera,* dice el señor de Iniesta que se usan las mismas tres vías, pero muy diversamente según los lugares, y con la circunstancia de que los medios preservativos, ya indicados, son al mismo tiempo curativos; ó lo que es igual, sirven también para esta tercera manera. «Así lo afirma Maestre Marsilio (2), que fue en este nuestro tiempo físico del Duque de Milán, en su *Experiencias (sic),* en el capítulo *De cura fascinatione.*»

Los remedios que los antiguos usaban por la primera vía ó de *superstición,* para la manera curativa eran «bostezar en nombre del enfermo muchas veces fasta que le cruxian las barillas: é esa hora decian que era ya quitado el daño. E otros lo pasaban en balanzas con un canto grande y lanzábanlo en el agua corriente, y aun lavábanle el pie derecho con agua de Runia y dábanla á beber á gallina que non oviese bebido, que era salud ó señal de salud, y si non la bebía era de muer-

(1) Cap. VI, f. 7 v.

(2) Este Maestro Marsilio parece que fué padre del célebre Marsiglio Ficini, filósofo platónico florentino, uno de los más ilustres y decididos campeones del Renacimiento.

te. E otros lo safumaban con hierba cur y con astrologia redonda y con péñolas de abuvillas y de lechuzas, y otros le abriraban las sobrecejas con sebo de encebras untado; y algunas destas cosas han quedado en uso en este tiempo: é tal cosa non ha por bien la Iglesia católica, é por ende, usar non se debe por fieles y creyentes (1)». Por *virtud* (segunda vía) y por nombres, «obraban, segun puso el dicho Rabí Zag Irrach (2) en su *Tabla*, que si dan á beber el nombre mayor de las cuatro letras que se dicen de la *hunayan* con agua rosada desleido que sea escripto en escudilla de madera con azafran y canfora y lágrimas del paciente, que lo sana del ojo malo aquel año. E Rabí Zaraya, á quien decían *Enferrez*, que fue en este tiempo me contó probara algunas cosas, *Cabalot* entre ellas; que tomara un ramo de lulaf y diciendo sobre él *caddis*, y escribiendo en una de sus fojas el nombre de Sant Delfón el angel; é dando á beber al enfermo facinado del polvo desto, quel sanaba. E decia más que asentandol en la teba de rostro al *hebal* y diciendo *Adonay heloyn* siete veces que avia remedio por virtud destas palabras. E por cierto en estas obras que por virtud de palabras se obran, grandes secretos alcanzaron los ebraiquistas. Esto fizo la gran antigüedad de aquella lengua, donde descienden las otras lenguas (3)».

En cuanto á los modernos, «buscaron remedio por las virtudes de las piedras y de las hierbas y de los miembros de los animales, así como poner fojas de alfabaca en las orejas y traer uñas de asno montés, que dicen onagro, y sortijas de uña de asno doméstico, verga y colmillo de lobo y piedra y diamante en el dedo y oler ysopo y *lilium convalium* y traer lana de naquera *(sic)* en la mano: é todas estas cosas han propiedad para ésta y facen provecho cognoscido, como recita el dicho

(1) Cap. VII, f. 8 v.

(2) De un judío de este nombre y de sus obras escritas por orden del Rey Sabio, entre ellas, una *Lámina universal*, habla largamente Rodriguez de Castro, en su *Bib.*, I, 116 y siguientes.

(3) Cap. VIII, f. 9.

Maestro Marsilio en el libro nombrado. Fué físico muy famoso en su vida, é ovo experiencia de muchas virtudes de natura, conformes á las complexiones de agora en proporcion atractiva, é dejó despues de algun tiempo fama en práctica donde vivió. E léese hoy en las escuelas la exposicion que fizo sobre Avicena, segun me contó Maestre Pedro Tursiniano, que fue su compañero (1)».

En fin, por *cualidad,* curaban el aojamiento aplicando al paciente sobre el corazon paños de escarlata mojados en agua rosada con sándalo; con hacer que tenga en la mano un *hueso de marfil* y coral al cuello; no dejarle estar sólo; darle dictamo á beber; regar la casa con zumo de hiedra y vinagre; estirar los miembros del enfermo á menudo, hacerle desperezarse y otros varios.

No terminaremos este ya largo extracto y análisis sin transcribir el siguiente notable pasaje: «E los físicos de agora, saben en esto poco porque desdeñan la cura de tal enfermedad diciendo que es obra de mujeres y tiénenla en poco. E por eso no lo alcanzan las diferencias y secretos déllo que se alcanzan parando en ello mientes. Empero todas estas cosas son en la y de la filosofia alcanzadas, á quien pertenesce pescutrar, saber investigar y dudar y solver las divinas y humanas questiones y penetrar los secretos dellas»; lo cual prueba que el buen sentido existía también entonces y que no todos eran tan soberanamente crédulos como Don Enrique.

El cual de nuevo ofrece tratar más extensamente la materia y explicar cómo esta fascinación obra también en las cosas *insensadas,* como piedras, objetos de vidrio y vasos, los cuales, «loándolos de fermosos se quiebran por sí, y árboles secarse; y tales extrañezas entonce destas y de otras mayores poner las soluciones, según los autores que desto fablaron (2)».

Tal es el famoso libro de Don Enrique de Villena: care-

(1) Cap. VIII, folios 9 y 9 v.
(2) Cap. VIII, fol. 9 v.

ce, como se ve, de todo mérito literario, pero no se dirá lo mismo acerca de su importancia en otro orden de ideas, especialmente considerado como elemento de información sobre su autor. Pero no seamos demasiado severos con él, viéndole creer ciegamente en el *mal de ojo;* no le exijamos un criterio independiente (quizá demasiado independiente) como el nuestro, ó el de nuestro tiempo, olvidando la época en que vivió, la atmósfera social que le envía, ciertas imposiciones cuasi dogmáticas, al menos como entonces se consideraban, la tradición científica de esta y otras creencias no menos absurdas; y entonces no extrañaremos que, en vez de enderezar su obra á combatir la creencia en tan imaginaria enfermedad, se ocupe muy seriamente en su estudio, ó, mejor dicho, en el estudio de los autores que habían escrito acerca de ella.

Muéstrase en este breve tratado el de VILLENA pródigo en citas, mezclando, como de costumbre, la erudición clásica y sagrada con la profana, representadas aquí por San Pablo, San Jerónimo, San Isidro, San Bernardo y Platón, Aristóteles, Virgilio, Aulo Gelio, Casiodoro y Vegecio; otros ya nombrados en anteriores libros, como Alberto Magno y Felipe Elefante; los árabes Aben Ruiz (Averroes) *Comento de sopno et vigilia* (1), Farese ben Exia *(Philahanaptia mayor),* Aben Reduan (2) *(Gayat Alhaquin),* Cantaf el Indiano, Muçaf Alzimar el Corto; los hebraistas Rabi Zag, ya citado, Rasech Enoch llamado el *Maestro de Girona* (3), y Rabí Asser de Toledo (4)

(1) Transcribo los nombres y títulos tal como los escribe don Enrique.

(2) Según Casiri *(Bib. árab.-hisp.*, 1.°, p. 193) se llamaba Abu Hassam Ali ben Redhuan, egipcio que murió el año 460 de la Hégira (siglo XII). La obra citada por el de Villena será la que Casiri tutula *Artis Logice.*

También escribió unos *Comentarios sobre Galeno* (Casiri, 1.°, p. 249).

(3) Quizá sea uno que no hace más que mencionar Rodriguez de Castro (Ob. cit. I, 50, col. 2.ª) DON ENRIQUE le atribuye una *Tabla.*

(4) Se le menciona como Presidente de la Academia toledana de judíos en el siglo XI ó XII.

(Açobala); Bernardo Gordonio (1), el español Egidio Zamorensis (2), y, por fin, otros para mí desconocidos; como Basilógrafo *(De las propiedades de las cosas)*, Caumente *(Avarices)*, Fisiólogo, *(De fictiis, ligaturis et signa)*, Aprocacio *(Quiranidas)*, Balihano, á quien atribuye un *Muçaf Alçimar* (3) y dos obras anónimas: una titulada *De proprietatibus animalium*, quizá traducida de Aristóteles, y otra, si no leo mal, *Consino-Grosea*.

IV

LA «ENEIDA» Y OTRAS VERSIONES

Silencio absoluto hallamos sobre la vida de DON ENRIQUE DE VILLENA durante algunos años, hasta que en 1428 aparece trayendo al idioma de Castilla el admirable poema latino. No era nueva en él la idea de traducir á Virgilio: había concebido el proyecto y aun empezado á ejecutarlo, allá en 1417, cuando borrajeaba su *Arte de trovar*, inducido por las excitaciones de su amigo el gran Don Iñigo López de Mendoza, marqués de Santillana (4).

Pero sin duda aquellas *curas familiares*, *movible fortuna*

(1) Sólo cita DON ENRIQUE de él el capítulo *De venenis*, sin decir de qué obra que debe de ser la titulada *Lilii Medicinae*, traducida por un anónimo en castellano, según afirma D. Nic. Ant. *(Bib. Vet*, 2.°, p. 344.)

(2) Según Nic. Ant. *(Bib. Vet*, 2.°, p. 371) su nombre era Juan Gil de Zamora, vivió en el siglo XIV y escribió *De arte mágica, matemática, ciencia astrológica*, etc.—DON ENRIQUE menciona la titulada *De remediis venenosorum* que no cita Nic. Antonio.

(3) En este opúsculo no resulta muy claro si el de VILLENA atribuye á Balihano este libro, ó si es la persona citada antes con el nombre de Musaf Alzimar el Corto; pero en una glosa de su traducción de la *Eneida* adjudica á Balihano «el libro que los arábigos llaman Muçaf Alzimar».

(4) Así se dice en los *Apuntamientos* y extracto del *Arte de trovar*, donde se expresa también que esta última obra fué escrita en un inter-

y *adversidades* que le sobrevinieron y de que tanto se lamenta, fueron causa de que, dando de mano á semejante trabajo, llegase hasta á olvidarse de que lo había intentado. Decimos esto porque en la *Advertencia* antepuesta á la obra, se afirma que la hizo á ruegos del infante Don Juan, rey de Navarra y después de Aragón con el dictado de segundo. Habiéndose hecho leer este príncipe la *Divina Comedia*, observó que Dante celebraba al poeta mantuano, confesando deberle mucha doctrina (1). Hizo buscar, en consecuencia, el poema de éste, y no hallándolo en romance, ni aun quien quisiera traducírselo, escribió entonces con gran interés al de VILLENA para que hiciese la versión; «y magüer el dicho DON ENRIQUE era ocupado en otras cosas, por captar su benivolencia, púsose al trabajo desta obra por le inclinar se acordase do le desagraviar de su heredat que le tenia tomada contra justicia (2)».

---

medio robado á otras *cosas arduas*, viniendo de esta suerte *á ser un trabajo reposo de otro trabajo*. Habia además dicho el Marqués de Santillana, en carta dirigida á su hijo don Pero Lasso, que á su ruego é instancia primero que de otro alguno, se habian vulgarizado en Castilla algunos libros, «asi como la *Eneida* de Virgilio»; y el ilustre Amador de los Ríos (*Ob. del M. de Santillana*. Madrid, 1852, pág. 644), á fin de armonizar estas palabras del Marqués con la *Advertencia* que precede á la *Eneida* de DON ENRIQUE, supone debe de entenderse que Don Iñigo unió sus instancias á las del rey Don Juan para más obligar al de Villena, si es que no sugirió al mismo Infante, cuyo bando seguia en 1427, la idea de que pidiese á DON ENRIQUE la traducción. Mas si lo que se dice en el *Arte de trovar* es cierto, son dos las indicaciones hechas al traductor de Virgilio con el intervalo de diez años: una por el Marqués de Santillana en 1417 y otra por el rey de Navarra en 1427.

(1) Son varios los pasajes en que el Alighieri alaba á Virgilio; pero el Rey debió de referirse á los versos 82-87 del Canto I:

O degli altri poeti onore e lume,
Vagliami il lungo studio e il grande amore
Che m' ha fatto cercar lo tuo volume.
Tu se' lo mio maestro e il mio autore:
Tu se' solo colui, da cui io tolsi
Lo bello stilo, che ma' ha fatto onore.

(2) En 29 de Noviembre de 1425 falleció en Valencia el tío de DON ENRIQUE, don Alonso, duque de Gandía, sin sucesión. Su estado de Riba-

Empezó con gran ardor su trabajo en 28 de Setiembre de 1427, en el que empleó, según él mismo dice, un año y doce días, alternando con dicha traducción otras tareas literarias que ya se mencionarán (1).

No llegó, sin embargo, á ver el Navarro la obra de su

---

gorza, se dió á este infante don Juan, ya rey de Navarra, ó se apoderó de él (Zurita, *An.*, tomo III, f. 174.—Mariana, XX, 14); y este heredamiento y acaso algún otro en Aragón serían lo que, al parecer con derecho, reclamaba el ex Maestre. Hízole la petición claramente al mismo Don Juan en la carta dedicatoria de la obra que se examina arriba, sin morderse la lengua acerca de la obligación del Rey, pues, ponderando la prisa que se había dado en obedecer su mandato, le dice: «Piense vuestra Real Superioridad, si agora que non soy tractado de vuestra clemencia con aquella humanidad *que justicia y derecho requiere*, é aquel deudo paternal que en vuestra Real alcanzo Casa, fuí tan animoso á la complacencia, qué faré cuando miráredes de catadura piadosa, *cumpliendo aquella satisfaccion á que soes tenudo*. Por cierto esa hora cantará mi lengua grandes loores, é fará resonar vuestro nombre; cuanto Caliope graciosamente otorgarme quiso enfundiré en la recordacion de vuestra gloriosa fama.» Y en la *glosa* á este pasaje, añade, que habiendo muerto su padre Don Pedro en vida de su abuelo, heredó después, al fallecimiente de éste, el otro hijo don Alonso, tío como va dicho de Don Enrique. «E falleció el dicho Don Alfonso sin fijos, venía toda la dicha heredad derechamente al dicho Don Enrique, la cual le tomó é ocupó non debidamente el Rey de Navarra, diciendo, que pues el dicho Don Alfonso, tio de Don Enrique, falleció sin hijos, tornaba la heredad al dicho Rey de Navarra, que dice que le fizo dello traspasamiento; y aquí recuerda la restitucion dello, á que está atenido.» (Bib, Nac. M. 16, f. 2 v.) Pero todas las reclamaciones fueron estériles y nada pudo conseguir por aquella parte; tampoco fué más feliz por la de Castilla.

(1) «E estuve en aquella primera treslacion un año y doce dias, non tanto por la graveza de la obra, como por otras ocupaciones que se enterpusieron y caminos que trajeron dilaciones. E aun otras traslaciones que durando ese mismo tiempo fice, ansí como la *Comedia* de Dante, que vulgaricé en prosa castellana; é la *Retórica nueva* de Tulio, é otras obras menudas, por enterponer algún trabajo solazoso non tan grave como la *Eneida* comenzada.» En la *glosa* de este lugar, añade: «La graveza de la obra requirió tanta dilación, mayormente mezclándose en ella muchos destorvos así de caminos como de otras ocupaciones que le cumplian de entender... E pues por ella fue fecho, en ella fue despendido (el tiempo) y fue comenzada año de mil y quatrocientos y veinte y siete á veynte y ocho dias de Setiembre.» (Bib. Nac. Hh-32, fols. 17, 19, v. y 20.)

tío, porque *antes que fuese puesta en pergaminos é bien escripta*, y con un dibujo en la portada representando al mismo rey en su trono y á DON ENRIQUE en actitud de presentarle su traducción, surgió gran discordia y guerra entre el rey de Castilla y el de Navarra; y el ex Maestre «abstúvose de le facer tanto beneficio, ni haber con él comunicacion en este presente, reservándola por la comunicar á otros caballeros del reino (1)».

De los distintos códices antiguos que se conocen de esta versión ninguno está completo, pero se completan mútuamente los fragmentos existentes en diversas Bibliotecas (2),

(1) *Advertencia* que precede á la versión.

(2) MSS. de la *Eneida*.

Códices M-16 y M-17 de la Bib. Nac. de Madrid, conteniendo íntegros los seis primeros libros de la obra, con las *glosas* á tres de ellos y preliminares. Ultimamente se ha completado este manuscrito con una copia del que sigue.

Códice existente en la Bib. Nac. de París, con los nueve últimos libros del poema virgiliano (desde el IV inclusive). Es un volumen en folio de 312 hojas, en papel, letra del siglo XV, núm. 7.812, según la numeración antigua y 207 del *fondo español*, en la moderna. Tiene este manuscrito al fin la siguiente nota: «Este dicho libro de la Eneyda escrivio Juan de Villena, criado del Señor ynyego lopes de Mendoça senyor de la Vega. E lo acabo sabado primero dia de Setiembre en la villa de Guadalfaxara, anyo del nacimiento de nuestro salvador Jhsuxpto de mil e quatrocientos e treynta e seys anyos»; lo que fué causa de que D. Eugenio de Ochoa creyese al describir este manuscrito *(Catál.*, pág. 375) ser obra la traducción del mencionado Juan de Villena. La descripción exacta de este códice fue hecha primero por D. Marcelino Menéndez y Pelayo, en su estudio sobre los traductores españoles de la *Eneida*, en el tomo 9 de la Bib. Clásica (Madr., 1879) y después por M. Alfredo Morel-Fatio en su *Catalogue des manuscrits espagnols de la Bibliothèque Nationale*. París, 1881, p. 237.

En la Bib. Colomb. hay un manuscrito (AA-144-8) del siglo XV, de 148 hojas, foliadas de manos de Gallardo, en fól. á dos col. que contiene también los seis primeros libros de dicha obra, faltándole los preliminares y los tres primeros capítulos y gran parte del IV del libro I de la misma. Este códice, aunque tuvo los principios, nunca alcanzó más extensión que la actual, según acredita una nota del *Registrum* de D. Fernando Colón, fundador de la Biblioteca.

La Reina Católica poseyó un manuscrito de *las Eneidas de Virgilio*

de modo que podemos formar idea cabal de su contenido.

Titúlala: *Traslado del latín en romance castellano de la Eneida de Virgilio*. Hizo la dedicatoria en forma de carta al Rey, y ornó su obra con profusión de notas marginales que el autor llama *glosas,* sobre puntos científicos, históricos,

---

de Don Enrique de Villena, como consta por el *Inventario* publicado por D. Diego Clemencín. *(Memoria de la Real Academia de la Historia,* t. 6.°, p. 455.)

Los códices M-16 y 17 de la Nacional son dos tomos en fol. let. del siglo pasado. El 1.° de 303 fojas, es copia de otra hecha ó terminada en 18 de Junio de 1442 por un Martín Sánchez. Empieza: «Magüer en la de yuso puesta figura (falta, pero debía de estar en el original del siglo xv) sea historiado que Don Enrique presenta esta traslación al Rey de Navarra por cuya instancia la fizo y así lo dice en la rúbrica, non gela presentó porque antes que fuese puesta en pergaminos...», etc.

En el medio de la plana tiene en letras encarnadas: «El rey de Navarra asentado en su silla y sus gentes y Don Enrique que le presenta la *Eneida* romanzada», y más abajo: «Traslado de latín en romance castellano de la Eneyda de Virgilio la cual romanzó Don Enrique de Villena por mandado é instancia del muy alto é poderoso señor el señor Rey Don Juan de Navarra.» Entre estos dos rótulos hay el espacio para el dibujo. Siguen las razones porque el rey quiso la traducción, luego la carta que ocupa hasta el resto de la hoja 3. El proemio empieza al fol. 3 vuelto, con este título: «Síguese el prohemio ó preámbulo por dar mayor noticia de la obra y dificultad della», y termina en el folio 18 recto, todo con numerosas glosas marginales. Vida de Virgilio; elogio de la *Eneida;* advertencias sobre el orden que se sigue en la versión y libro i. El ii empieza en el fol. 50 y el 3.° al 180 v.

En la misma Bib., Nac., (Hh-32) está hoy el códice de las *Glosas*, sin la traducción, procedente del archivo de la catedral de Toledo, donde tenía la marca: *Cajón 103, núm. 24.* Es en folio, de 480 hojas y dos más de principios para la *tabla;* de letra del siglo xv muy metida y á dos columnas. Empieza: «Aquí comiençan las glosas sobre el primero, segundo y tercero libro de la Eneyda de Virgilio que fizo D. Enrique de Villena.» No contiene las glosas de la carta-dedicatoria (también faltan en él otras varias en diversos sitios) que se hallan en el M. 16, empezando desde luego con las del *Prohemio.* En cambio es mucho mejor texto, pues las glosas del otro están llenas de desatinos, por no haber entendido el copiante el original muchas veces.

Por último, también en esta Bib., hay unos *Ayuntamientos sacados de las notas de* Don Enrique de Villena sobre Virgilio, por el P. A. Burriel (Dd. 48, pág. 35).

gramaticales y mitológicos; estos últimos en su inmensa mayoría.

La traducción hecha en prosa, siguiendo el orden del original en cuanto á la división en libros; pero cada uno de estos aparece subdividido, para que pueda leerse con menos fatiga, dice, en varios capítulos, que en algunos como el libro VII ascienden á 34, si bien otros, como el V sólo contienen 17, sumando todos ellos 366, «quantos días hay en el año: y así leyendo el perezoso lector cada día un capítulo, al cabo del año lo leyó todo (1)».

Explicando el mismo DON ENRIQUE el sistema seguido en su traslación, dice no haberla hecho literal, sino lo bastante libre para acomodar las ideas del modo que más elegante fuese en la lengua castellana, sin omitir, por eso cosa alguna del original, antes bien, ampliándolo para mayor claridad y supliendo algunas expresiones «acullá subintellectas, si quier, imprícitas ó escuro puestas, según claramente verá el que ambas lenguas latina y vulgar supiere y hubiere el original con esta traslación comparado (2)». No obstante esta declaración y, aunque en general la traducción es fiel, procurando en ella interpretarse con exactitud el pensamiento del poeta latino no siempre lo comprendió bien, como se ve, entre otros por el pasaje que Pellicer menciona (3).

Como muestra del lenguaje daremos el principio de la *Eneida,* según DON ENRIQUE, y por este fragmento se verá no sólo de qué género son las amplificaciones que ofrece, sino que á pesar de su afirmación en contrario, suprimió los cuatro primeros versos, empezando desde luego con el *arma virumque cano.*

«Yo, Virgilio, en versos cuento los fechos de amras y las virtudes de aquel varon que, partido de la troyana region y

(1) Bib., Nac.; M. 16, f. 14 v.
(2) Idem, id.
(3) *Ensayo de una Bib. de trad., esp.;* pág. 79.

ciudad, fuidizo, veno primero, por fatal influencia, á las de Italia partes, á los puertos, si quier, riberas ó fines del regno de Lavinia; por muchas tierras y mares aquel trabajado, si quier, traido afanosamente por la fuerza de los dioses, mayormente por la ira recordante de la cruel Juno; el cual pasó muchos peligros y padeció grandes afruentas en batallas, en tanto que se disponia la edificacion de la romana ciudad (1).»

De otra cosa se alaba el señor de Iniesta, y es de haber sido el primero en traducir la obra de Maron por entero. «En Italia, dice, algunos vulgarizaron esta *Eneida,* pero diminutivamente, dexando muchas ficciones poéticas sólo curando de la simple historia en la mayor parte, sobre todo en el v libro, sobre los Juegos que Eneas fizo en Sicilia (2); y otros del italiano, en francés y en catalán la tomaron ansí menguada como estaba en el italiano (3): pero nunca alguno hasta agora la sacó del mismo latín, sin menguar ende cosa alguna, salvo el dicho Don Enrique (4).»

Mas á pesar de lo satisfecho que el autor parecía hallarse de su obra, nada más cierto también que ella contiene grandes defectos, no ya solo de interpretación, sino principalmente de estilo y de lenguaje.

En casi todas las obras del ex Maestre de Calatrava, que van mencionadas, se ha censurado aquél hipérbaton extravagante que afea los períodos que debieran de ofrecer más inte-

---

(1) Bib., Nac.; M. 16, f. 18 v.

(2) Por eso él dividió este canto además en distinciones para referir extensamente estos juegos que Eneas hizo celebrar en el sepulcro de Anquises.

(3) Amador de los Ríos *(Obras del M. de Santillana,* pág. 643), se inclina á creer que Don Enrique se refirió acaso el extracto en lengua toscana titulado: *Libro di Virgilio il qui parla d' Enea troyano,* que poseyó el autor de los *Proverbios;* y Pellicer *(Ensayo,* pág. 71), sospecha que puede aludir á una versión en prosa hecha en el siglo xiv, mencionada por el poeta Apostolo Zeno, ó bien á una en verso que hacia 1426 hizo Tomás Cambiatore.

(4) Bib., Nac.; M. 16, f. 14 v.

rés: en esta obra tal manía es llevada al extremo, añadiéndose otro no menor defecto, cual es el frecuente uso de palabras propiamente latinas ó latinizadas. Al observar este hecho constante en los escritos de nuestro personaje, pudiera presumirse si la continua lectura de los clásicos habría influido en él hasta el punto de hacerle olvidar el nativo, é insensiblemente dejarse arrastrar á tan extraño idioma. Pero no puede abrigarse esta duda: él mismo se encarga de desvanecerla. Como á su grande admirador y discípulo, Juan de Mena, algunos años después, le parecía á Don Enrique la lengua castellana humilde y ruda para expresar las ideas por escrito; declara no hallar en el romance vulgar vocablos equivalentes para «exprimir los angélicos concebimientos virgilianos»; y así, en esta obra, no sólo abusó de las transposiciones y giros exóticos, comunes á las demás, sino que, como va dicho, conservó en su traducción muchas frases latinas, vistiéndolas á la española y resultando por todo ello casi ininteligible tan lóbrego y enmarañado lenguaje. Aquello, podríamos decir con el sesudo autor del *Diálogo de la lengua*, «es más escribir mal latín que buen castellano». No llevó más lejos en el siglo XVII aquel otro gran apóstol de las tenebrosidades de idioma su culta-latini-parla, como la bautizó Quevedo, ni afectó más desprecio á los que llamaba patos del aguachirle castellana; ó sea, á todos los que escribían con naturalidad y claridad. En este concepto Don Enrique de Villena viene á ser el Góngora de la décimaquinta centuria.

En las *Glosas* que puso á los tres primeros libros de la *Eneida* (únicas que han llegado á nosotros), muestra, como de ordinario su vasta lectura, pero también su pedantesco afán de moralizar aun en las ocasiones menos á propósito para ello.

Don Enrique tenía cariño á estas glosas, pues la primera es para recomendar á los que copien su *Eneida* que no lo hagan sin ellas. Son en su gran mayoría aclaratorias del texto de Virgilio en la parte mitológica, destinándose á contar las

vidas y milagros de los dioses, semidioses y héroes mencionados por el cisne de Mantua y sirviéndose para ello casi exclusivamente de la *Historia Troyana* de Guido de Columna y de la *Historia Florita* de Micer Armenio, cuyas obras cita á cada paso.

A los diversos sucesos y materias que toca el poema latino, busca también DON ENRIQUE una interpretación alegórica, viendo representados, ya las edades del hombre, ya los vicios ó las virtudes ó ya la brevedad de la vida, en los edificios, gentes, lugares y acciones que en la *Eneida* figuran. Singularmente en el libro III se acentúa esta tendencia doctrinal y propósito de aplicar á la vida la narración virgiliana, y el mismo autor tiene cuidado de advertírnoslo en el prohemio ó introducción que le antecede.

Faltan, en cambio, las referencias á su tiempo, que tan interesantes y útiles hubieran hecho estos comentarios. También son relativamente escasas las glosas de otra naturaleza, como las gramaticales y especialmente algunas etimológicas, que aunque no sean enteramente aceptables, hacen sentir la parquedad con que el ex Maestre nos las ofrece (1).

Las científicas son también en número exiguo. Entre las

(1) Como muestra, véanse estas dos referentes á las palabras *ceda* y *congruo*.

«*Çeda*. Deste vocablo usan los escribanos cuando cojen algun contracto ó carta quel primer cogimiento escriben con los testigos, dia y año, y las fuerzas principales de aquello llaman *çeda*, y ceda viene de *scheda*, y viene *cédula* donde, que quiere decir pequeña ceda; y ampliadamente úsase deste vocablo nombrado cualquier minuta, si quier, primero original que después se ha de reducir en mejor forma; y por ende llamó al primer original çeda, dando á entender que aun se habia de poner en mejor letra y forma, segun ya es dicho en algunas glosas de suso» (Bib. Nac.: Hh. 32, f. 19 v.)

«*Congruo*. Este vocablo se tomó de las grullas, que van ordenadas en su vuelo, una en pos de otra por derecho orden; é por esto las cosas que ordenadamente se siguen, son dichas *congruas*, así ordenadas como las grullas». (Hh. 32, f. 21 v.) No será esta la etimología de la palabra, pero tampoco es más satisfactoria la de Varrón, según el cual, se deriva de *ruo*, antepuesta una y con el prefijo *con*.

más curiosas hay una sobre los vientos y sus nombres (f. 26); otra casi toda de Astronomía, que por cierta falta en el códice de Toledo, pero que trae el M-16 de la misma Biblioteca Nacional, y pertenece al cap. XII del libro II, y otra sobre la misma materia colocada fuera de su lugar en el manuscrito toledano. Algunas, tocantes á costumbres, indumentaria antigua, ceremonias religiosas y otras prácticas, sobre todo, las relacionadas con la superstición romana, merecen ser leídas. Sobre ninguna materia científica parece tener DON ENRIQUE ideas propias; pues en Astronomía y Meteorología, por ejemplo, se limita á exponer las opiniones de Aristóteles, Ptolomeo y sus comentadores árabes y judíos.

En una de ellas, hablando de las tempestades, dice que «son tañidas las campanas en el tiempo nublado, porque el son grande de aquéllas conmueva el aire fasta la region mediana y non consienta congelacion de piedra, que se ha de facer en aire reposado (1)».

Glosas referentes á la descripción de los lugares recorridos por el fugitivo Eneas, hay pocas, y esas de bien escaso interés. Quizá deba exceptuarse solamente la que sigue alusiva al arribo de los troyanos á la isla siciliana y á sus erupciones volcánicas. Pertenece al cap. XXI del libro III.

«E tornando al principal propósito, cuenta Eneas las singularidades de aquel monte de Ethna, cerca del cual estaba surgido, diciendo que algunas veces lanza escura nube fasta el cielo, de fumo negro como pez, é otras veces lumbrosas centellas es á saber ígnidos é aun llamas tan altas subientes, que parecen lamer las estrellas, si quier, llegar á ellas... é otras veces los pedaços de la peña ígnidos lanzando con centellas, é algunas de ellas padecieron tanta ignición, que salen como fondidas é vitrificadas, é face tan esquivos gemidos en la impulsión de ellas que parescen que sierva desde su fondo; y porque los leedores mejor entiendan esto, porné su despusi-

(1) Bib. Nac.: Hh. 32, f. 194 v.

cion según hoy está. Es aquel monte de gran altura, é tiene grande circuito el ruedo de su falda; é desde el suelo fasta el tercio del monte es poblado de casas, de heredades é de viñas é de huertas; é el tercio segundo dél, es cubierto de nieve la mayor parte del año, é el tercio postrimero fasta su cima, es cubierto de ceniza, é encima es un gran llano, como piramis truncada la punta. E en aquel llano es una boca redonda como de pozo, pero es tan grande como un gran villa, é entra derecho aquella boca como pozo fasta el abismo, é por mitad de aquella boca sale continuamente fumo espeso é ceniza y cae della en el circuito del monte. E algunas veces cuando face viento meridional, lanza la ceniza fasta en Calabria, y, algunas veces lanza fuego con llama é otras se enciende tanto, que fallan las piedras fondidas por la boca como vidrio, y desciende por el monte; é ansí acuerda en tiempo del rey don Fernando que llegó este fuego cerca de Catania, é ovieron de salir allá con las procesiones é reliquias, rogando á Dios que les librara de aquel peligro. E pueden subir por la ceniza poniendo tablas en que pongan los pies é llegar fasta la cima por el gran fedor de sufre que lanza é calor ígnida (1).»

Las glosas propiamente históricas tampoco tienen mayor importancia, empezando por la *Vida de Virgilio,* en la que ha recogido todas las consejas y patrañas que en su tiempo corrían sobre el Mantuano, á quien supone *enseñado* en las cien ciencias que según él forman un total de los conocimientos humanos.

Este voluminoso trabajo revela, sin embargo, mejor que ningún otro el genio y carácter literarios del nieto de Enrique II. Al fin del libro III, llama la atención de los lectores sobre las glosas que han de venir, especialmente las del libro VI, «en que sembró Virgilio tantos secretos so el integumento poético, que sino los ingenios más elevados é que alcanzan angélicos concebimientos, entender non lo pueden».

(1) Hh. 32, f. 452 v.

Como es de presumir, el catálogo de autores citados en estas *glosas,* es abundante; y como su enumeración sería ya enojosa, la trasladaremos al fin de este estudio, donde se procurará dar un ensayo de biblioteca de DON ENRIQUE DE VILLENA.

Durante el año de 1428 en que tradujo *La Eneida,* hizo también el de VILLENA «la traslación de la *Comedia,* de Dante, á preces de Iñigo López de Mendoza; é la *Rhetorica,* de Tulio, *Nueva* (1), para algunos que en vulgar la querían aprender; é otras obras menores de *Epístolas y Arengas* y principios en la lengua latina, de que fué rogado por diversas personas, tomando esto por solaz, en comparacion del trabajo que en *La Eneyda* pasaba, é por abtificar el entendimiento y disponer el principal trabajo de la dicha ENEIDA (2)».

Escribir en tan corto plazo todas estas obras, indica á la vez mucha asiduidad en la labor y no poca facilidad en componer, sobre todo teniendo en cuenta que durante este tiempo tuvo, como asegura, muchos *destorvos,* así de caminos *como de otras ocupaciones en que le cumplia de entender.*

Ninguna de estas versiones parece haber llegado hasta nosotros. Respecto de la primera, hay quien cree que debe de serlo cierto códice heterogéneo existente en la Biblioteca del Escorial, que más bien semeja trabajo de pedagogo para enseñar á traducir el italiano (3).

---

(1) Por la *Retórica nueva* se entienden los cuatro libros sobre ella, dirigidos por Cicerón á Herenio, según alguno, en oposición al tratado *De Inventione,* obra también del gran orador, llamada *Retórica antigua,* la cual tradujo después el ilustre obispo de Burgos D. Alonso de Cartagena.

(2) Bib. Nac.: Hh. 32, folios 19 v. y 20.

(3) El Sr. Navarro en el *Arte cisoria,* p. lxviij, procura combatir la opinión de Amador de los Rios, quien en su *Hist. crit. de la lit. esp.,* t. VI, p. 31, no habia conceptuado cuerdo adjudicar esta obra ó fragmento á DON ENRIQUE DE VILLENA. Al Sr. Navarro no le parece bastante fuerte argumento el que se deduce de estas palabras puestas al fin del códice: «Pensé, como habia dicho arriba, declarar tres cánticos; pero porque lo pasado va más prolixo de lo que creia *e non será poco si aque-*

Contiene el manuscrito varias disertaciones literarias sobre los géneros de poesía, sobre la derivación y semejanzas del castellano con la lengua latina; una explicación de la escritura y pronunciación italianas con aplicación á *La Divina Comedia;* la traducción puramente literal *del primer canto solamente* de esta obra y un breve comentario sobre los versos del poeta florentino. Pero ni el estilo de este trozo es parecido siquiera al de DON ENRIQUE DE VILLENA, ni éste se limitó á verter en el patrio idioma sólo una tan exigua parte de aquel gran poema épico.

No se conocen (1) más obras del ex Maestre de Cala-

---

llo se leyere sin estudio, non curo más de glosar. Quiero solamente declarar la letra de un tersete que está casi á la fin del *Infierno,* porque tiene vocablos oscuros, *e aún me paresce* que con esto se podría probar *si entiende la lengua toscana* (*a*)», fundándose en que así como DON ENRIQUE no puso glosas más que á tres libros de su *Eneida,* pudo también cortar este otro trabajo. Pero la *Eneida* está *completa;* completa tenía que estar también la *Divina Comedia* (ó al menos no poder demostrarse que no lo estuviese, lo cual no sucede con el texto aducido); la observación sólo puede, pues, ser aplicada á las *glosas*, y ni aun á éstas; pues si bien hoy no conocemos más que las de tres libros, esto no quiere decir que el DE VILLENA no haya puesto más, ni en ninguna parte se afirma semejante cosa; antes al contrario, en algunas el autor mismo alude á los libros 6.°, 7.° y 9.° que, ó bien no escribió al cabo, ó no han llegado á nosotros. Habiendo, pues, afirmado DON ENRIQUE que había hecho la traducción de todo el poema italiano, y habiéndolo también asegurado el marqués de Santillana, es evidente que tal versión no puede ser el corto fragmento de El Escorial, diciéndose en él que nunca tuvo más extensión. Esto, dejando á un lado que el Sr. Navarro, en vez de combatir á Ríos, debiera de empezar por establecer la razón ó razones de por qué ha de ser tal fragmento de DON ENRIQUE y no de otro cualquiera, entendiéndose que dicha razón ha de ser distinta de la de su existencia, porque si no el día menos pensado puede hallarse otro fragmento (ó obra completa) de igual clase, y habría que atribuirlo también al Sr. de Iniesta y así sucesivamente.

(1) D. Nicolás Antonio menciona un tratado titulado *De rebus philophicis et moralibus,* existente en la biblioteca del conde de Villaumbroso, en un códice en folio que también contenía otras obras de diversos autores. (Bib. Vet., II, p. 222). Se ignora el paradero de esta obra.

(*a*) Lo cual demuestra que no fué literario el propósito que presidió á esta versión.

trava, porque otra que se le venía adjudicando, hace ya tiempo que se puso en claro no ser suya (1), ni tampoco puede atribuírsele, al menos en la redacción que ostenta, el tan celebrado en estos últimos tiempos, *Tratado de Astrología,* que adquirió no hace mucho y conserva nuestra Biblioteca Nacional (2).

EMILIO COTARELO.

(Se continuará.)

---

(1) Es el *Triunfo de las donas* que Amador de los Ríos demostró ser producción de Juan Rodríguez del Padrón, y como suya, se ha impreso por primera vez en la excelente edición de las *Obras* de aquel poeta, publicada por el tan erudito como juicioso escritor D. Antonio Paz y Melia en la *Colección de los bibliófilos españoles.* Madrid, 1884, páginas 83 y siguientes.

(2) Es un tomo en gran folio, escrito en letra del siglo XV, de 48 hojas, algunas de pergamino y una lámina plegada de pergamino también, al final del códice. Están algo estropeadas las primeras páginas, pero sin inutilizar el texto que es á dos columnas.

Empieza al reverso del fol. 1.°: «Aquí comienza el tratado de astrologia que fizo don Enrique de aragon señor de yniesta el qual es despartido con las tablas y muchos pasos de su invencion.»

Al resto del fol. 2 principia, sin más advertencia: «Alano, doctor famoso y poeta speculativo, fablando de la ociosidat en el prohemio del comento astrologal sobre Tolomeo, dise: la vida sin fruto peor es que muerte.» Al fin: «E acabose de escriuir en la muy noble cibdat de Segouia, á veynte dias del mes de Abril, en el año de la natiuidat de nro. saluador ihuxpo de m. cccc. XXVIII, por su criado andres rodrigo.»

Pero este criado no es de DON ENRIQUE, sino del obispo de Burgos, según el mismo declara en el prólogo, al hablar de cómo es propio del amor del servidor imaginar en qué hará servicio á su señor; y prosigue: «Por ende *pensé,* mediante la bondad de Dios, *de enderezarvos* por seruicio del cauallero don Enrique de Aragon, señor de Iniesta, que vos copiló esta parte de la astrologia, *escogida con las muchas piesas y pasos de su invencion,* poderos loar y catar en uestro obispado de Burgos; por quanto soplico á los leyentes auer atencion, y, si bien non trasladé, *sométolo á correccion de santa Iglesia.* Et por ende aquesta será partida en dos partes: en la primera *trataré* de los helementos en general y de cada uno en special. Et en la segunda parte trataré de todos los cuerpos spericos *(sic),* según sus movimientos. Et para esto proseguir *porné* primeramente dos capítulos. En el primero *diré* en qué manera Dios crió el mundo, por dar comienço en este tratado *á mi rason.* En el segundo,

diré de el alma principiada, es perpetua y es medio con el cuerpo composicion de todas las cosas que Dios crió». El tercer capítulo trata de los elementos en general. El cuarto, destinado á definir la Astrologia y su origen que pone en Adán, es muy curioso. En los siguientes, examina elemento por elemento: tierra, agua, aire, fuego. Luego sigue hablando de los planetas: del sol, de la luna, de los eclipses de ambos, de los movimientos de los astros y del zodiaco.

Sobre materiales, pues, que supone enviados por Don Enrique al obispo de Burgos, y que, de haber existido, no serian ciertamente anteriores á 1428, ni tampoco de este año, que dedicó á las traducciones, como acabamos de ver, y que siquiera darian el nombre usual del autor, trabajó su obra Andrés Rodriguez que acaso seria clérigo. Pero del egregio señor de Iniesta, no hay una línea siquiera: no se halla ni el más insignificante vislumbre de su estilo peculiar, inconfundible con el de ningún otro, como no sea el de Juan de Mena. Además, el autor de este tratado no es muy devoto de la verdadera Astrologia, ó sea la judiciaria, tan cara al de Villena. Todo lo que el códice contiene es Astronomia pura, con arreglo á los conocimientos de aquel tiempo.

En mi sentir, Rodriguez escribió su tratado algunos años después del que suena en el códice de la Nacional, aprovechando quizá algunos apuntes ó extractos (pero no en todos los capítulos) que hubiese Don Enrique compuesto para el obispo de Burgos.

CRÓNICA CIENTÍFICA

Reforma en la segunda enseñanza.—El nuevo plan.—El sistema cíclico y la bifurcación.—Las asignaturas: el latín y las lenguas; la geografía y la historia.—Las ciencias exactas y físico-naturales.—Los estudios filosóficos y literarios.—Las nuevas asignaturas: la Antropología. — Los libros de texto.—El precio de la enseñanza. —El trabajo del alumno.—Disciplina, profesorado y régimen.—La transición.

A la enseñanza estaba dedicada esta crónica, aun antes de aparecer la que pudiéramos llamar cuestión del día, que tal nombre merece la relativa á las reformas de la segunda enseñanza; pues si no con la intensidad de la actual, merece el asunto, en estos primeros días de Octubre, la atención que exige su anual renovación al afectar á la casi totalidad de los que á la vida científica se consagran; es además adecuada introducción y justo prólogo de esta labor anual que, suspendida en los meses estivales, renace en los primeros días del otoño.

Retiramos por hoy una interesante información que, acerca de los estudios universitarios, su estado actual, sus necesidades y modificaciones, habíamos llevado á cabo merced á la amabilidad y trabajo que de su parte habían puesto la totalidad de los sabios catedráticos y pedagogos á quienes nos habíamos dirigido, y dedicaremos la actual crónica á examinar, con la brevedad que el tiempo, los medios y las ocupaciones nos permiten, la importante reforma que el Sr. Groizard ha realizado en la segunda enseñanza.

Indiscutiblemente, lo primero que surge al ver publicado el decreto, al considerar la valentía que su realización supone y al recordar las infructuosas tentativas y las necesidades no satisfechas de tantos años, es un sincero aplauso al ministro que le suscribe; en nada ha de amenguarle el análisis y la crítica que necesariamente exige, pues la obra personal, la labor del ministro, está cumplida declarando que era precisa la reforma y que él la realiza, que marchábamos atrasados en este punto capital de la cultura patria, y que él propone los medios de recuperar el tiempo perdido; que nos regía un plan único por sus anacronismos en toda Europa, y que á su iniciativa se deberá el que podamos colocarnos en la misma fila si no al mismo nivel. Esto es bastante si no sobrado para que el nombre del Sr. Groizard figure con el de Moyano, entre los organizadores de la enseñanza patria, pues no hay, seguramente, desde 1857, labor más general y modificadora.

Porque juzgamos que el primero en reconocer que su obra es de dirección y método antes que de detalle, es el Sr. Groizard, expondremos lo que á nosotros nos parece que debe modificarse ó completarse, y las impresiones que en varios de los múltiples puntos concretos que abarca nos sugiere la nueva organización; esperando fundados en la vida política y científica de su autor, que no pretende implantar en absoluto un organismo cerrado é inmutable, sino que ha de recoger y avalorar las indicaciones todas que justa y razonablemente se le dirijan, porque esta colaboración anónima é impersonal es siempre, pero más en materias de enseñanza, algo así como la adaptación al medio y el cambio recíproco de relaciones entre los nuevos organismos y aquellos con que ha de vivir y desarrollarse. Ejemplo elocuente y de un valor incontestable, por ser idénticos sus términos y rigurosamente comparables, le tiene en el recuerdo de aquella famosa información, la más completa seguramente que en la materia se ha realizado, llevada á cabo en Francia, para implantar la nueva organización de la segunda enseñanza en 1880, en la que tomaron parte

trescientos seis establecimientos oficiales y privados y que dió origen al magistral informe del vice-rector de la Universidad de París, M. Gréard, con el cual se hizo viable desde 1885 el actual régimen de enseñanza.

***

El *sistema cíclico* y la *bifurcación* del bachillerato, son, sin duda, las dos novedades del nuevo régimen, y como tales merecen una justificación que elocuentemente da el ministro en el bien escrito preámbulo que precede al articulado. El método cíclico de enseñanza implica el desarrollo armónico de las facultades, por cuanto cada ciencia supone el ejercicio preponderante de un orden de operaciones mentales: así, la historia natural con la descripción y clasificación crea el hábito de la relación y comparación; la física y la química el del análisis; la matemática el del razonamiento deductivo, y cada orden de conocimientos el que es propio á su criterio de investigación. Además, fundado en el gran principio biológico de que la función crea el órgano, se requiere en la pedagogía moderna el no interrumpido ejercicio de cada determinada labor, que es la base del sistema, si bien en otro orden de consideraciones influye é informa el mismo principio la tendencia á suprimir la perturbación que en este sentido crean las largas vacaciones por la pérdida del hábito.

La supresión de las asignaturas cerradas, verdadera ciencia repartida en actos, alzándose el telón en primeros de Octubre cayendo rápidamente en fines de Mayo, para no volver á contemplar aquel panorama complejo y terminado de cada materia que se ofrecía al alumno como cuadro acabado, era absolutamente precisa y merece alabanza su sustitución por la ascensión—como dice el preámbulo—gradual del conocimiento, la división de los estudios ó asignaturas en series de cursos, cada vez más amplios y perfectos; la repetición, en suma, del

ejercicio que crea el hábito y produce la asimilación, acabando para siempre con el grave error de las asignaturas por masas cerradas, de golpe y en un solo curso, que abruman la inteligencia del alumno y producen ofuscación más que verdadero y claro conocimiento.

La ciencia debe presentarse ante el alumno en la segunda enseñanza, como una serie de fotografías de un objeto que, empezando por una reducida y general, acabe por otra amplificada y con gran riqueza de detalles en la que se definen y especializan los variados términos que sucesivamente han ido apareciendo. Este método ha creado la gran cultura alemana, donde se sigue con exageración, según algunos que no tienen en cuenta los resultados obtenidos, método que copió Francia especialmente desde la reforma de M. Duruy en 1865, que estableció los tres ciclos en la enseñanza secundaria con objeto de que cada uno comprenda todas las materias, figurando en el primero los más indispensables en la vida; método que adoptó Italia al reorganizar su enseñanza bajo las bases alemana y francesa, de las que copió la organización.

La justificación de la bifurcación es innegable. El saber total, ó la ciencia y las prácticas de la vida, ó el arte, siendo imposible ser conocidos y estudiados por todos, hace preciso que cada cual tome su parte en la obra común, mas al propio tiempo es menester que cada uno de los cooperadores sepa y practique como en boceto la obra común; es decir, todo hombre necesita de una cultura general como miembro de una sociedad determinada y de una cultura especial ó profesional. La enseñanza primaria sirve al primero de estos fines, la superior al segundo; siendo la segunda enseñanza período de transición entre una y otra ha de participar de este carácter mixto.

La solución dada á la necesidad expuesta en la actual reforma es por hoy la más satisfactoria, y así se cumple el propósito del ministro de no dar á los jóvenes que no han de seguir carreras facultativas una enseñanza que no necesitan, ni de-

terminados estudios propiamente clásicos, ni ciertos perfiles científicos en el conocimiento, precisándoles, por el contrario, terminar cuanto antes este período general educativo para entregarse á las técnicas y manualidad de las profesiones y oficios que les esperan.

El problema ha sido resuelto ciertamente en otras partes de distinto modo, dependiendo el criterio de las necesidades mismas de cada país. Así, Italia creó sus Institutos Técnicos, de los que hoy cuenta más de ochenta y á los que acude la juventud escolar en número mayor que á los clásicos, pues en 1889, por ejemplo, mientras los Liceos de Roma contaban mil ciento cincuenta y cuatro alumnos, los Institutos Técnicos llegaban á mil quinientos treinta y ocho; en nuestra patria nadie se atrevería á sostener por hoy la necesidad de establecimientos análogos.

*
* *

En las *materias* fijadas como objeto de la enseñanza ha existido sin duda un espíritu de amplitud y generalidad que da un verdadero carácter enciclopédico y una extensión que no alcanza ningún otro plan de Europa, al que ha de regir en nuestro país. Hay varias asignaturas nuevas, no sólo en España, sino en toda Europa, en este período de la enseñanza: de algunas se dirá que están ya en los años preparatorios de la bifurcación y especialización, pero aun dentro de esos son muy especiales y técnicas en este grado de la instrucción.

Seguramente que correlativas y dependientes de las reformas realizadas, se han de llevar á efecto las que exigen las facultades y carreras, y pensando en esto ciertamente, se ha trazado el cuadro de asignaturas y el carácter de cada enseñanza y materia, pero no es de creer que se resuelva de plano el problema de la admisión y de los cursos preparatorios con los dos años de estudios especiales que formarán el grado superior del bachillerato, pues tanto por la diversidad de es-

tudios y carreras, como por la tendencia á la autonomía que hoy domina en todos los grados de la enseñanza, sólo los claustros y personal docente de cada cuerpo han de fijar lo que consideren necesario como período de prueba y admisión en sus estudios, tomando sólo la preparación secundaria como base de la misma, pero no como su fin y totalidad.

La ecuación y predominio de la enseñanza clásica ó de la moderna se ha resuelto, si no con un absoluto acierto y una tendencia práctica y utilitaria, sí con un sentido ecléctico que intenta conservar la armonía entre ambas tendencias y que guarda quizá un exagerado respeto al clasicismo y á la filosofía. Para ello se han tenido en cuenta, sin duda, los planes de enseñanza de Francia, Italia y Alemania, y especialmente el de las dos últimas, donde hay un exceso de lo clásico, si bien más aparente que real, pues en el imperio sajón, si es cierto que el latín y el griego, por ejemplo, se estudian en seis y tres cursos respectivamente, hay que tener en cuenta que la enseñanza dura nueve años, tres preparatorios que forman el primer ciclo, ó *Vorschulklassen* y seis superiores, ó *Gymnasialklassen,* y en Italia no debe olvidarse tampoco que el bachillerato se hace en ocho años, divididos en los cinco llamados de Gimnasio y en los tres de Liceo.

Sin pretender estudiar la *cuestión del latín,* (1) que es aquí tratada por pluma y criterio más competente que el mío, puede afirmarse que los cuatro años que á su estudio se dedican son excesivos en este período de cultura general, y no se cite el caso de Alemania donde se cursa en seis años, cuatro de gramática y dos de literatura latina, ni el de Italia, donde se da en los ocho con treinta y cinco horas semanales en los primeros años, pues en ambos países, así como en Francia y Rusia, donde recientemente se ha reforzado su estudio, el espíritu de los pedagogos está enfrente de tal exceso de latín con

(1) Véase, en este mismo número el artículo titulado *La Enseñanza del Latín en España,* por D. Miguel de Unamuno.

detrimento de otras materias más precisas. En el nuevo plan francés de enseñanza moderna se ha suprimido en absoluto.

Además de las razones generales contra la amplitud de un estudio tan especial en un período de cultura general, en nuestra patria podían aducirse otras. Bien estaría el latín, en los preparatorios de carreras que como las de Filosofía y Derecho lo necesitan, más seguramente que las de ciencias, donde también se exige una ampliación de literatura latina que resulta inútil en absoluto, pero mejor hubiera sido el estudio de las lenguas vivas, porque bien se siga una carrera, ora no se continúen los estudios después del grado de bachiller, son de gran utilidad las lenguas vivas, máxime cuando dada la pobreza científica actual de nuestra patria, de fuera ha de venirnos todo ó casi todo lo que á ciencia se refiere, y de fuera ha de venir la influencia que nos levante de esta nuestra postración.

Como lo expuesto es de absoluta certeza, y como lo es igualmente que ni el naturalista ha de consultar las obras de Plinio, ni el médico las de Galeno, ni el ingeniero las de Vitrubio, sino que ha de acudir á obras y fuentes escritas en *lenguas vivas,* no podrá negarse la pobreza del estudio de éstas con la prolija abundancia del latín. Sólo el francés, y éste en dos cursos, representa el estudio de esta sección tan vital é importante en la vida moderna, idioma que se dará en dos años de clase alterna, constituida seguramente, como hasta hoy, por una exposición de gramática comparada que dará los resultados hasta el día obtenidos, que permiten afirmar que el estudio del francés en los Institutos es *absolutamente inútil.* Véase cómo en Alemania con cuatro cursos y en Italia con tres se han obtenido resultados en el estudio práctico de esta lengua, y aplíquense aquí sus procedimientos para que al menos nuestros bachilleres lean y traduzcan, ya que no escriban y hablen, un idioma del que han de recibir nueve décimas de la cultura profesional y técnica. No se olvide que hoy podría decirse, como los antiguos dómines, que el que no sabe francés está exento de tener sentido común.

El que peor librado, sin duda, sale en el decreto es el *castellano:* solo, aislado y con personalidad propia, no aparece por parte alguna; va vergonzantemente como apéndice ó muletilla del latín, y esta es tal vez la falta más grave, el contraste mayor que el nuevo plan presenta con todos los de Europa, es una ley para España, con la menor cantidad de español. Ya sé que hay gramática comparada hispano-latina y un curso de preceptiva que felizmente sustituye á la retórica, y al fin una literatura general y española, pero esto no basta. Nuestra clásica y nacional lengua castellana, exigía del legislador no menores respetos que en cada país ha obtenido la suya: Alemania repite *todos* los años su lengua patria, independiente del latín y del griego, aislada, propia y exclusivamente estudiada, repartiendo la mitad del bachillerato á la gramática y la mitad á la literatura nacional, llegando en los últimos años á un estudio y un análisis tan completo de sus poetas y literatos, que el quinto año de su *Gymnasial-Klassen* lo dedica al estudio de las obras de Schiller y Goethe exclusivamente. Italia rinde igual culto á su lengua nacional, cursándola en los ocho años con treinta y cuatro horas semanales en los primeros años y doce en los últimos, especializando tanto, que al igual que el imperio alemán, el reino de Italia obliga á sus bachilleres á pasar el séptimo año con el estudio y análisis del *Purgatorio* de su gran Dante, y la historia literaria hasta los tiempos de la Arcadia. Francia, con el gran sentimiento de su nacionalidad, rinde culto á su idioma en todos los años de su bachillerato clásico y en todos los de ciencias y letras. Si así lo hiciéramos aquí, si hubiera un año dedicado al *Quijote* y otro á los dramas calderonianos, á las comedias de Alarcón ó á las obras de Jovellanos, todos sabríamos nuestro castellano y no se daría el caso de que un doctor en filosofía y letras (perdone el Sr. Menéndez y Pelayo la noticia) invitara á la *inauguración de la abertura* de una sociedad.

En la *Geografía* se ha separado, como es científico y justo, la parte física de la puramente descriptiva ó política, pasando

la primera á la sección de ciencias donde podrá ser explicada por los licenciados en la facultad que posean la capacidad, oficial al menos, de que carecen los que venían desempeñando una asignatura para la que no tenían preparación alguna, en tanto que en la Facultad de Ciencias se cursaba cosmografía, astronomía, la meteorología en la física, la verdadera geografía física en la geología, y la botánica, zoológica y etnográfica en las respectivas asignaturas, sin que bastara preparación tan completa para poder desempeñar una asignatura que sólo en dicha Facultad se estudiaba.

Si con la división se ha cumplido una necesidad y se ha realizado una mejora, puede creerse incompleta la obra por no seguirse aquí el sistema cíclico que se cumple en las demás materias y por la exigua proporción en que se dan los conocimientos geográficos, reducidos los descriptivos á un solo curso, insuficiente á todas luces tratándose de materia tan extensa, y que como toda exposición de hechos y datos debía ser preferida en la segunda enseñanza á otras materias menos reales y concretas, como lo son las ciencias filosóficas desenvueltas á expensas de la supresión de las demás. Comparativamente vemos también que Francia desarrolla la geografía en seis cursos completamente graduales, y si esto puede parecer excesivo no lo son sin duda los cuatro cursos de Alemania y los tres de Italia, dedicándose en todas partes uno al menos á la geografía patria, otro á la europea y otro á la general, por el orden citado, empezándose muy racionalmente en Berlín, por ejemplo, por la topografía y descripción de la ciudad y alrededores, continuando la ampliación sucesiva del círculo de estudio hasta exponer la general del globo.

La misma acumulación de estudios nuevos ó la ampliación innecesaria de otros que redujo la geografía ha servido para no poder ampliar el estudio de la *Historia*. Un sólo curso de lección alterna es ofrenda harto mísera de la generación presente á la brillante historia de nuestra patria, que exigía lo menos los cuatro que un pueblo como la Germania,—sin his-

toria, como decía un gran historiador,—dedica á la suya y á la general; ejemplo también seguido por Francia y que ha copiado Italia, naciones donde se expone en cinco cursos, empezando por la patria y las civilizaciones orientales, y siguiendo paralelamente el desarrollo propio y el ajeno, hasta llegar á los tiempos actuales.

La relación y seriación que por necesidad y costumbre se establece entre la geografía y la historia, no ha sido tenida en cuenta en el nuevo plan, que coloca en el primer año las dos asignaturas, y es obvio, de puro sabido, que el escenario debe conocerse antes que la obra, que mal podrán darse cuenta de muchos fenómenos históricos los que no conocen siquiera el lugar donde se desarrollaron, los que olvidan la clásica frase de considerar la geografía como uno de los ojos de la historia.

Donde se ha realizado un progreso de valor positivo y real es en el concepto que el Sr. Groizard señala como norma de los estudios históricos; y es de tal importancia este punto, que bien pueden dispensarse las críticas anteriores, que en último término sólo á la cantidad se refieren por la importancia de la mejora en lo que á la calidad concierne y al método importa; hoy día el criterio histórico se ha transformado por los estudios sociológicos y etnográficos, se ha convertido la historia de los reyes en historia de los pueblos; de aquella estéril relación de batallas y sucesiones en armonía con la creencia de los tiempos, en que formaban las acciones del rey el cuadro entero y la vida nacional sólo el término final vago y oscuro, se ha pasado á estudiar las manifestaciones todas de un pueblo y de una época, como estudia la sociología los usos y costumbres, las leyes y las relaciones todas de una raza.

***

Donde el nuevo plan no tiene que temer el más minucioso análisis y la más severa crítica, es, sin duda, en las *ciencias*

exactas y *físico-naturales;* allí parece haberse movido el legislador como en terreno propio, y más que la obra de un jurisconsulto parece ser la de un naturalista ó un matemático: precisión en los límites de cada asignatura, claridad y sencillez en el concepto y desarrollo de la misma, orden y método progresivo en su enseñanza, todo esto se ha reunido en el desarrollo de su plan de estudios.

En *Matemáticas,* los tres cursos en los estudios generales, y los dos en los de ampliación, cumplen con la exactitud debida á la ciencia de que tratan; protestarán, sin duda alguna, de la amplitud de la materia, pero puede estar seguro el Sr. Groizard de la bondad de su obra en un país como España, en que los números asustan á la mitad de los españoles, siendo esta una de las causas del estado económico de nuestra hacienda; como fin, es preciso que sepamos sumar, y como medio, que la gran gimnasia intelectual que el estudio matemático lleva consigo, la mejor lógica y el más superior de los métodos racionales, sin duda alguna, forme parte de la instrucción de nuestra juventud. Ese aumento de las matemáticas es tan justo, que todas las naciones habían llegado á él antes que nosotros; Alemania las conserva en todos los años gimnasiales que constituyen la verdadera instrucción secundaria; Italia estableció un completo ciclo del primero al último de sus ocho años, fijando concretamente las materias de cada curso, y dándose en geometría, por ejemplo, uno de los libros de Euclides; excesiva reglamentación que le pone por bajo de nuestro nuevo plan; Francia las exige, no sólo en el bachillerato restringido, sino en las dos ramas del completo; la ampliación no es, pues, una novedad más que en nuestro país, y una novedad necesaria.

En el concepto y desarrollo de cada asignatura, el decreto ha roto la falsedad del criterio en que se explicaban, dándose á los alumnos lo que ante todo es un medio de investigación y de auxilio de las otras ciencias como un estudio con finalidad propia: el exigir que se insista en la parte aplicativa y útil

dejando lo abstracto y teórico, es el método didáctico en estas ciencias. La supresión de una porción de teorías abstrusas y sólo propias del alto análisis, y la explícita declaración de prescindir, siempre que posible sea, de multiplicar los teoremas y corolarios y dar el concepto amplio y general, terminará seguramente con el abuso que la intrusión del escolasticismo teoremático y de minucia venía cometiendo en la enseñanza de las matemáticas. Los más complejos conceptos del cálculo pueden hacerse asequibles á los alumnos; así, decirle que la derivada es el límite de la relación del incremento de la función á el de la variable, será darle unas palabras sin fijarle una idea; pero explicarle gráfica y sencillamente este concepto, será seguramente tan fácil y provechoso. A eso tiende el criterio del ministro de Fomento, y por eso le aplaudimos en este punto sin reserva alguna.

La enseñanza más real y útil de todas es seguramente la de la *Física* y *Química*, el niño antes de razonar ve el hecho y el fenómeno, la repetición de los mismos origina el deseo de conocer su ley y su causa, y en ninguna ciencia como en esta vive el alumno la vida real y ve la necesidad de las mismas. La duplicidad de los cursos en los dos períodos es necesaria, y la posibilidad de estudiarlas sin haber acabado la educación matemática completa, los primeros cursos deben ser de ciencia práctica sencilla y experimental; la explicación matemática, el desarrollo de las leyes, vendrá en los de ampliación, y lo único que puede preguntarse es si la física al menos, no debía de repetirse en los estudios generales, como se hace en las tres naciones cuyos planes de enseñanza venimos comparando en sus términos generales con el nuestro. El mayor inconveniente para los buenos resultados del estudio de estas asignaturas será la falta de material y experimentación, pero las nuevas generaciones de profesores de esta materia son seguramente de las más aptas para cooperar á la obra del reformador de la enseñanza, sustituyendo la escasez de recursos con la riqueza de la explicación y la sencillez de los procedimientos.

Hase dicho que la filosofía de este siglo es la filosofía natural, que las grandes revoluciones en las ideas científicas la *Historia Natural* las ha realizado y así se explica la importancia y la dificultad de resolver el problema de la enseñanza elemental de materia tan importante. Por lo dicho serían absueltas antes que conocidas las deficiencias en este punto, pero felizmente está desarrollada su enseñanza de acertada manera en los cinco cursos en que la divide y sólo una de sus asignaturas, la antropología, está mal colocada y clasificada, resultando de aquí mal establecidas las relaciones con las otras materias del grupo.

Los Cuadros de historia natural, que por su enunciación resultan una novedad, no lo son en el fondo; al duplicar la enseñanza de la historia natural, ha sido preciso, con muy buen acuerdo, rebajar de categoría, por decirlo así, la antigua asignatura, adaptándola al año elemental en que se halla colocada, y subirla en la Ampliación, al figurar en el período de este nombre. El carácter no aparece bastante claro en sus términos, pues de un lado cabe la presunción de verdaderos cuadros de la naturaleza en el sentido de las enseñanzas del gran Humboldt, si bien sistematizados y expuestos bajo unidad de criterio, para que resulte eminentemente didáctica la exposición: sin embargo, de aceptar nosotros este criterio sintético y general, pudiera intentarse por algunos presentar una sinopsis de la materia, resumiendo en las clasificaciones analíticas la exposición y enseñanza de las ciencias naturales; nosotros creemos, con sabios profesores de la materia, que el criterio del Sr. Groizard es el primero.

Los dos cursos de ampliación que comprenden, el uno Mineralogía y Geología, y el otro Botánica y Zoología, cierran el ciclo de esta enseñanza, y salvo la redacción poco ajustada á la glosología científica, al decir que el primero se explicará á base química y el segundo á base anatomo-fisiológica, llenan todas las necesidades exigidas, y más teniendo en cuenta el buen consejo que se da á muchos catedráticos, que olvidan-

do su misión didáctica y la fase actual de la ciencia, convierten la historia natural en un catálogo interminable y aburridísimo de nombres y caracteres, contrariando la buena tendencia que señala el decreto de que el estudio general biológico y de relaciones naturales entre los seres, predomine sobre el puramente descriptivo y morfológico.

Complemento del estudio anterior general, es el de la *Organografía* y *Fisiología*, en que se ha transformado el de fisiología é higiene, con ventaja en el cambio y supresión de esta última parte, que necesariamente, por su carácter aplicativo y concreto impropio de la enseñanza secundaria, no podía ser otra cosa que una serie de inútiles vulgaridades, como bien saben todos los profesores actuales.

En nuestro nuevo plan, si el carácter cíclico no se manifiesta tanto como en el alemán ó italiano, hallamos más equilibradas las materias, que en Italia se hallan excesivamente desarrolladas en el sentido de la biología y en Alemania tienen un criterio taxonómico, impropio de esta enseñanza elemental y sintética.

Como complemento y demostración aplicativa de las ciencias físico-químicas, figura ó debe figurar tan sólo la *Agronomía*, pues el carácter concreto y tecnológico ó profesional de esta materia le excluyen en absoluto de la segunda enseñanza en todos los planes europeos y americanos, excepto el nuestro; de todos es conocido el criterio y las esperanzas que el establecimiento de esta materia hizo concebir sobre la influencia de su difusión en el mejoramiento y progreso de la principal riqueza patria, y por todos se reconoce la ineficacia de tal reforma: el Sr. Groizard no se atreve á suprimir la agricultura ó á transformarla terminantemente en tecnología general, y se vale de una transacción, añadiendo á la agronomía las nociones de las principales industrias, preparando de este modo la transformación definitiva.

***

Por lo que hace á la *Psicología,* el señor ministro de Fomento no da á conocer su pensamiento; se limita á indicar que ha de tener un carácter elemental, con lo cual sale del aprieto en que el estado actual de esta ciencia le coloca. Pero bueno fuera que aun con estos temperamentos de prudencia hubiese hecho alguna indicación que salvase á la asignatura á que venimos refiriéndonos de las nieblas de la metafísica, que son la desesperación de los jóvenes estudiantes, y explica la ignorancia que de estos estudios se tiene. Menester es que la psicología descienda de esas alturas, si lo son, en que algunos la colocan, y sea más bien el conocimiento de los hombres. De este modo será provechoso su estudio para la vida, al par que deleitable para el alumno, ya que nada interesa al hombre como el hombre mismo.

Por análogas razones parécenos inconveniente el desarrollo excesivo que á los estudios filosóficos se les da en el nuevo plan de enseñanza. En particular, la asignatura de *Sistemas filosóficos* estimamos no servirá para cosa alguna, si se exceptúa el que sea un plantel de pedantes. Su valor pedagógico es nulo; no puede ser gimnasia de la mente y será pasto de la memoria.

En Francia sólo se dedica un año á los estudios de filosofía; Italia sólo tiene tres asignaturas en los tres últimos años, y en Alemania, el país de la metafísica, no figuran los estudios filosóficos para nada, á no ser que se tengan por tales las enseñanzas de la religión y la exposición de la Biblia.

Respecto á la *Lógica,* bueno fuera que en las notas aclaratorias ó determinantes del carácter que han de tener las enseñanzas, se dijese que ha de ser la lógica, no estudio divorciado de la realidad y conjunto de abstracciones ininteligibles, sino el conocimiento del procedimiento de indagar—lo mismo una función fisiológica que la comisión de un delito—y el método de probar, lo mismo un teorema de matemáticas que una alegación en derecho.

De la *Etica,* la nota aclaratoria nada nos dice. Sin embar-

go, creemos que, considerando como estudio aparte el derecho, se hace en este caso la etica sinónimo de moral, restringiendo por tanto su extensión y acaso dándole un carácter más bien individual que social.

Sin duda, obedece á este criterio el añadir á la asignatura de Sociología, las ciencias éticas, para que en este caso se atienda al carácter social de la moral que antes queda olvidado. Pero nos parece mal la componenda. La sociología, aparte del barbarismo del término con que Augusto Comte la bautizara, entiéndese al presente como el conjunto de ciencias sociales, y, por tanto, las llamaban antiguamente ciencias éticas (Moral y Derecho), por ser ciencias sociales, quedan incluidas en el grupo y no han de ponerse aparte.

Constituye una de las novedades, por el nuevo plan introducidas, el estudio de la estética, ausente también de todos los planes de estudio extranjeros, formando, en unión de «la historia elemental de las literaturas, y especialmente de la española», el grupo de los estudios literarios. Hemos de hacer notar la redundancia que se comete al titular la asignatura «estética y teoría del arte», siendo, como en realidad son, iguales ambas cosas; comprenderíamos que se titulara «Estética é historia del arte», y, ciertamente que de ese modo, alguna mayor utilidad y sentido práctico hubiese tenido el estudio de una asignatura que, tal como se ha instituido ahora, no tiene gran importancia para la generalidad de los alumnos.

Respecto de las historias de las literaturas, hubiera sido de desear que el nuevo plan imitara en dos cosas á los planes de casi todas las naciones extranjeras, colocándola en los estudios generales, pues esa materia sí que importa á cuantos se dediquen á cualquier rama del saber, siendo como es un pedazo viviente de la historia patria, y, sustituyendo la historia de las literaturas extranjeras de menor importancia indudablemente, con una mayor cantidad de literatura española.

*
* *

Las *nuevas asignaturas* no han sido excogitadas todas ellas con igual suerte y razón equivalente, ha predominado en su elección una marcada tendencia hacia un grupo de ciencias verdaderamente nuevas y de discutible necesidad en su gran desarrollo dentro de éste período de la enseñanza: nos referimos á las ciencias sociales, grupo de materias que no figuran en ningún plan aisladamente y que dan en el nuestro la nota más revolucionaria que presenta. La *Sociología* especialmente, unida como va á las llamadas ciencias éticas, pudo perfectamente prescindirse de ella, entre otras razones, porque se desdobla esta asignatura en sus dos factores genéticos, la antropología de un lado, ya que una rama suya es la sociología comprendida en lo que se llama etnografía general, y la ética y el derecho del otro según se consideren las relaciones y las leyes en la segunda parte de la asignatura.

De las materias que hacen su aparición en el estudio de nuestros bachilleres con más títulos y mejor criterio, es, sin duda alguna, la *Antropología*, no sólo por la amplitud sintética de sus límites, por ser el verdadero puente y unión de las ciencias naturales y las sociales, sino porque su criterio informa, de un lado, al naturalista, dentro de cuyo dominio cae el objeto de su estudio; de otro, al médico, porque le da las relaciones del individuo que él estudia aislado, con los demás seres de la naturaleza; por otra parte, al abogado, haciéndole ver el concepto del sujeto para que se ha realizado el derecho, y por muchas al sociólogo, al economista y al hombre de cultura general dándoles el conocimiento de la humanidad en conjunto, y de las razas, los pueblos y las civilizaciones en sus variedades y relaciones.

Pero si la creación de la antropología era de justicia y necesidad, indispensable de todo punto es que se fije más clara y terminantemente su posición, que se establezca que es el nexo entre las dos secciones de las ciencias naturales y las sociales, y que tanto su estudio como su enseñanza, sea común á ambas. Tenemos la convicción que en la gran cultura y el liberal

criterio del ministro no ha cabido la pretensión de modificar ni falsear el concepto claro, preciso y terminante que hoy tiene la antropología: esta ciencia es hoy, después de la vaguedad que durante siglos han tenido sus límites, la historia natural del hombre, hecha monográficamente é informada en los métodos tan fecundos de las ciencias naturales; estudia el hombre como animal el más complejo de la serie, utilizando de la anatomía y fisiología lo que puede tener relaciones con el resto de los seres, y le estudia como ser pensante y de razón, pero descubriendo en sus más elevadas manifestaciones analogías y diferencias, ya entre las diversas razas del mismo, ya como término superior de la escala; le estudia, en resumen, con el criterio taxonómico que lo hace siempre la historia natural.

Reduciendo sus límites á lo que la severidad científica exige, quedan aún sobrados elementos de investigación dignos de llamar la atención de todos, porque en ellos se vinculan los más interesantes problemas que la filosofía natural trata de resolver.

A reintegrar, pues, á la antropología en su verdadera función, deben tender los trabajos que se hagan; á demostrar que no es antropología anular la conciencia humana para reducirla á un funcionalismo de aparato; que no destruirán á las ciencias morales y políticas los estudios antropológicos; que siempre habrá criminales insustituibles por locos; que mejor que Gall, Lombroso y Mantegazza figuran en la ciencia Blumembach, Broca y Quatrefages; que la antropología es algo más que ciencia de cárceles y adivinos y algo menos que lo que tiende á ser en manos de determinadas escuelas. Que es final, única y exclusivamente la historia natural del hombre.

Si las razones puramente científicas no bastaran para que el Sr. Groizard coloque la nueva ciencia en disposición de ser explicada por los naturalistas,—aunque á nuestro amplio criterio no se puede cerrar *a priori* á los filósofos, sino declararla terreno libre y campo neutral,—pueden añadirse razones lega-

les y de equidad, que las hay sobradas. En España, los únicos que *oficialmente saben* antropología—y este es por hoy el criterio legal para explicar una ciencia—son los doctores en ciencias y en medicina; la única cátedra que de la materia poseemos hállase establecida en el Museo y facultad de Ciencias naturales, y los únicos laboratorios y museos en las citadas facultades; todos los libros y trabajos que acerca de tales conocimientos han visto la luz en España por naturalistas y médicos, van firmados, y, finalmente, á las dos categorías pertenecen exclusivamente los antropólogos y psico-físicos de nuestro país, entre los que figuran á la cabeza Antón, Olóriz, Pulido, Salillas, Simarro, Aranzadi, Vera, Jiménez de la Espada, Galdo, Velasco, y otros que son conocidos en la ciencia y en la cultura patria.

Respetando la unión que la ley establece entre el Derecho usual y la antropología, resulta la anomalía de que explicarían las materias de ambos cursos los licenciados en letras, que no estudian próxima ni remotamente ninguna de las materias y que quedarían excluidos los que á ellas se dedican, naturalistas y abogados. Al buen juicio del Sr. Groizard bastaba la presentación del dato para juzgar de las consecuencias. Evitaríase este problema si la antropología fuera agrupada y se considerara como lo es, el complemento de la organografía y fisiología, quedando otro grupo muy natural y exacto de la sociología, la etica y el derecho. No nos extendemos más para demostrar que en la bien hecha explicación del concepto de la antropología, estarían las mejores razones para demostrar las afirmaciones que dejamos hechas.

*
* *

Ocúpase el decreto de la cuestión de textos, importante siempre, y aún más hoy que tan desorganizada y embarullada anda, fijando algunas prescripciones dirigidas á cortar y dificultar abusos de todo el mundo conocidos.

Digno, muy digno de llamar la atención es lo referente á los programas, sobre todo pensando en la existencia de una enseñanza libre cuyos alumnos no tienen otra garantía que el tal programa. Pase aún el que no haya texto fijado en algunas asignaturas; pase aún el que por considerarse aquí en España atentatorio á la profesional libertad, cosa que no ocurre en el extranjero, no se ponga en práctica el programa general y obligatorio, pero lo que no puede pasar, lo que no es permitible, es que un profesor se ponga á explicar una cátedra, sea de la asignatura que sea, sin tener un programa claro y terminante hecho y definido, que ponga de manifiesto el criterio que ha de informar la explicación; evitárase así el que un catedrático pueda, con el nombre de una asignatura, tratar la materia que á las mientes le viniere, para colocar por ejemplo, algún librito de antemano escrito, cuyo asunto se relacionara, reminiscentemente, con el de la ciencia á su explicación encomendada; y además se dará el medio de poder usar la enseñanza libre, uso imposibilitado de otro modo. Que se señale y determine lo que en concepto del profesor comprende cada asignatura; que se señale y determine el plan de la misma; que se fije su extensión, y luego ya se encargarán los alumnos libres, si no hay un texto ajustado en un todo al programa, de buscar lo que para contestarle sea preciso; y es aún más importante esto dado que generalmente el criterio de los profesores es exclusivista é intransigente; exclusivismo é intransigencia que forman la barrera que impide la adquisición del programa general.

Es muy de tenerse en cuenta también la extensión y precio de los textos; siendo verdaderamente poco racional que haya, como ocurre hoy, textos de asignaturas del bachillerato de dos tomos, y que cuestan más de veinte pesetas; libros mayores y de más alto precio que los de las mismas facultades. Es la segunda enseñanza de tal índole, que importa, más que el particular estudio del alumno, la explicación del profesor; y aquí hemos de hacer notar la lamentable equivocación que en Es-

paña se padece al equiparar é igualar la labor del profesor universitario con la del profesor de segunda enseñanza; la del primero es una labor de investigación, de exposición, algo así como una iniciación de la materia de estudio, fundándose en esto que en algunas asignaturas y en algunos puntos de Francia por ejemplo, no tengan dichos profesores más que una hora de explicación semanal; por el contrario, el catedrático de segunda enseñanza es preciso que esté más en contacto con sus alumnos; que viva más con ellos la vida del estudio; que la mayor parte de éste consiste en la explicación; que haya, en fin, dos y tres horas de clase diaria.

Mucho podría hacer para alcanzar todo esto el reciente decreto; bastante podría reformar el actual modo de ser de las cosas, mas tenemos nuestros temores de que no han de variar mucho. Tememos que los textos sigan siendo materia de explotación y de abuso; explotación justificada en parte por la mezquindez de las retribuciones dadas á los profesores; tememos que esta lucha económica encendida por los libros de texto, no ha de poderse apagar, no ha de desaparecer con el decreto del Sr. Groizard.

***

Aunque no es esencial y aun puede decirse que no forma parte del mismo plan de enseñanza, diremos algunas palabras sobre el *problema económico* de la misma ya que ha sido uno de los más discutidos puntos de la reforma. Aquí toda la razón, sin atenuaciones ni distingos, está de parte del ministro, es más, ha cumplido con exceso, si en hacer el bien pudiera usarse este modismo, la labor á que estaba obligado. La creación de las matrículas absolutamente gratuitas para los desheredados de la fortuna y ricos de la inteligencia, merece la gratitud de esa clase media y laboriosa que en los límites de la pobreza se esfuerza y se consume para dar una posición

y crear una vida digna y honrada á sus hijos: el pensamiento y la obra hubieran sido completados, si venciendo la repugnancia que á primera vista puede tener por su tendencia socialista, hubiera el Sr. Groizard reducido las matrículas de honor á lo que su verdadero nombre indica, honoríficas pero onerosas, aumentando de este modo las benéficas y gratuitas. Cada alumno aventajado de buena posición cumplía dos obras dignas de premio, la suya propia debida á su labor é inteligencia, y la benéfica y tutelar que ejerciera pudiendo designar un condiscípulo pobre que gozara de las ventajas materiales que la labor del pudiente compañero le proporcionara, ya que á él le quedaba el doble premio de la inteligencia de su cerebro y la caridad de su corazón. Si el Sr. Groizard lo hiciera no se alzaría una sola protesta, y crearía un vínculo nuevo de compañerismo y amor entre los compañeros de instituto, fortaleciendo de ese modo esa vida íntima, base firme de la disciplina que trata de restablecer.

Prescindiendo de todos los países anglo-sajones donde la enseñanza se paga cara por el concepto mismo que de la misión del Estado en esta esfera tienen aquellos pueblos, en parte alguna resulta más barata la instrucción secundaria y facultativa que en España. En Italia, país comparable al nuestro en su desgraciada situación económica, la enseñanza secundaria cuesta 10 liras por asignatura, 30 de inscripción, y derechos varios de biblioteca y prácticas en los años gimnasiales y el doble de estas cifras en los de Liceo, que equivalen á los preparatorios del nuevo plan; además, como ocurre en el resto de Europa, los alumnos de colegios particulares tienen un recargo por derechos de inspección y examen.

***

Fundamental cuestión es en la pedagogía moderna la relativa al *trabajo del alumno,* la que fija, por así decirlo, el ho-

rario del estudiante, marcando la presión ó intensidad de trabajo á que puede ser sometido sin llegar á producir por excesiva la fatiga intelectual, ni por escasa la falta de hábito y la consiguiente atrofia de todo órgano sin función.

Fácil será demostrar que en este punto ha de sufrir reformas el decreto resolviendo más acertadamente este problema del trabajo intelectual, que si cae dentro de la psicología por completo, atañe también á la fisiología y á la pedagogía, ya que en último término es un problema de fisiología cerebral al mismo tiempo que una de las cuestiones de más empeño en la ciencia de la educación al señalar los límites físicos á que ésta puede llevarse.

No es de extrañar, por otra parte, que en una reforma general no resulte satisfecho por completo este punto de dinámica cerebral y economía de la inteligencia, que más concretamente se llama la cuestión del agotamiento ó *sur menage* intelectual, que tanto preocupa á los pedagogos y fisiólogos modernos; problema tan complejo, heterogéneo, trascendental y de tan necesaria solución, que á él dedican sus esfuerzos pedagogos y fisiólogos, legisladores y maestros, médicos y naturalistas; problemas que vincula en sí y por su simple enunciación exige un dinamismo intelectual como el que tan diversos elementos pueden aportar y aunar en colosal esfuerzo, exiguo á su pesar, dada la enormidad de la empresa; problema que prácticamente se resuelve en un aterrador dilema; ó estudia, trabaja y lucha con exceso, en cuyo caso se inutiliza por forzar su máquina y agotar sus recursos, ó no lo hace y resulta inútil y vencido en las actuales condiciones de la vida moderna.

Con cierta razón se han asustado los padres en vista del aumento real y efectivo que á los alumnos se impone: no es tan exagerado como se ha dicho por periódicos que debían hacer más seriamente esta clase de informaciones, pero sí es bastante mayor que el anterior, y superior también al que pesa sobre los escolares alemanes, italianos y franceses; no

está sólo en el aumento, sino en la distribución del trabajo, el inconveniente del nuevo plan, pues mientras en el primer curso con alumnos de nueve y diez años, exige treinta y siete ho-horas y media semanales de clases con ocho diversas asignaturas (contando de una hora las tres clases especiales, pues si no resultan cuarenta y tres horas y media), en el quinto y sección de morales, quedan reducidas á diez y ocho con tres asignaturas. El contraste es evidente y la necesidad de invertir el orden absoluta, no sólo por las horas, sino por la multiplicidad de materias; pues obvio es á todos los que á la enseñanza se dedican, que más dificultad presentan ocho asignaturas alternas, no tan sólo que cuatro, sino que tres diarias, por la variedad de atención y de método, por la necesidad de cambiar de asunto y tema con tanta frecuencia.

Para que se vea el contraste y la diferencia bastará poner en un cuadro las horas semanales que se exige á los alumnos en los tres países comparables con el nuestro.

Años.	1	2	3	4	5	6	7	8	9
España.....	37 ½	37 ½	32 ½	34 ½	18 18	21 21	»	»	»
Alemania.....	18	20	22	25	25	28	30	30	28
Francia.....	23	23	25	23 ½	25	24 ½ 26	»	»	»
Italia.....	21	21	23	25	25	24	24	24	»

Las deducciones y los comentarios dejámoslos íntegros para que los Sres. Groizard y Vincenti las expongan en la *Gaceta* con la urgencia que el caso reclama.

* * *

Exigiría un espacio del que ya no es posible disponer en esta Crónica y precisaría un tiempo con el que no podemos contar, el análisis de lo que á *disciplina, profesorado y régimen* de la enseñanza se refiere; prescindiremos, por tanto, de la ma-

yoría de las notas tomadas y de las observaciones hechas, y apuntaremos sólo á *cálamo currente* las notas principales y los puntos críticos ó singulares de la reforma.

—¡Hermosa aspiración es sin duda la del restablecimiento de la *disciplina* escolar en las bases de convivencia y relación de profesorado y alumnos, tan hermosa como impracticable por ahora dado el atomismo y la indiferencia que existe en los organismos todos de la enseñanza!: restablecer ya que no las antiguas relaciones escolares, otras informadas en el criterio de la vida moderna, seria labor que por sí sólo haría imperecedero el nombre del ministro que lo llevara á cabo; gran triunfo sería crear unidades de enseñanza, espíritu de fraternidad y solidaridad que hace un todo de alumnos, profesores y escuela, establecer lazos que mantengan unidos, que impriman carácter, por así decirlo, á los procedentes de una misma escuela.

El intentarlo sólo merece gran respeto y á ello tienden seguramente la nueva organización de los claustros, la liberal declaración de su autonomía perdida, la tendencia á la supresión de exámenes y hasta ese esbozo de vida común que con el internado se pretende llevar á la práctica. Idea esta última que está por hoy en litigio, pues suprimido el internado en los gimnasios alemanes, y con tendencia á ello en los liceos franceses, sólo queda el sistema de la tutoría inglesa, puesto en práctica en Francia por los terroristas de la Revolución, más paternales y románticos de lo que se cree al distribuir los alumnos de la entonces naciente *École Politechnique,* entre los «padres de familia sensibles y buenos patriotas», para que ejercieran la tutela que el Estado no podía llevar á cabo directamente. Basta la disquisición anterior para que se comprendan las serias dificultades que la creación de organismos tan complejos como los internados habían de presentar.

Otra de las buenas corrientes de la reforma, es la formación de esas historias escolares que se crean por los artículos 54 y 55, con lo cual ganará en extremo la disciplina y la ense-

ñanza, iniciándose además la supresión de los exámenes, verdadera lotería escolar, muy española, en la que la suerte decide lo que sólo debe ser resultado de la constante labor de los ocho meses de curso.

Si por muchos ha de ser aplaudida la obra de los señores Groizard y Vincenti, por nadie más justa y obligatoriamente que por el profesorado; pocas veces una reforma ha tenido tan en cuenta sus intereses, y nunca les ha favorecido tan directamente ni ha depositado en ellos tan absoluta confianza: con razón puede decirse que la reforma debe el ser al ministro, pero deberá la vida á los catedráticos.

Al tratar de los textos dijimos el carácter que, á nuestro entender, es propio del profesorado de segunda enseñanza; por eso aquí sólo diremos que el aumento de labor que se les asigna no la hace alcanzar el límite de que no bajan en toda Europa. Alemania, por ejemplo, les exige un trabajo mínimo de diez y ocho horas semanales, y generalmente sube á veintitrés.

La creación de los *ayudantes* que debiera haberse definido concretamente asignándoles el carácter de repetidores ó maestros de conferencias y prácticas, es otra de las reformas que es preciso no queden en la ley sin llevarse á la práctica, y este temor es posible por la absoluta libertad que se da para su nombramiento al catedrático; mejor hubiera sido hacerlos obligatorios, pues seguramente que no ha de nombrar ayudante el que no se proponga trabajar, y reconocida su necesidad, nada más justo que asegurar su existencia.

Vienen á ser los ayudantes el lazo de unión entre el profesor y el discípulo, la extensión de las funciones pedagógicas de aquél y el plantel de donde podrían salir los maestros con práctica y condiciones para la enseñanza, desapareciendo así el temor de que no sepa llenar tan alta misión el que solo ha demostrado, cuando más, que conoce la ciencia pero no que sabe transmitirla. Otra ventaja de los ayudantes especiales y personales, es la desaparición que se impone de los auxiliares

generales y á los que se les exije el desempeño de seis y ocho asignaturas completamente diferentes y para las que no pueden estar preparados, dada la amplitud que hoy alcanzan todas las ciencias. Consérvense enhorabuena los auxiliares numerarios como el grado superior de los ayudantes; pero ¿cuál es la razón de existencia de la categoría intermedia ó de los supernumerarios? Ni las funciones ni el sueldo difieren de las del ayudante, y en todo resulta clara la asimilación de ambas categorías.

La materia relativa al ingreso en el profesorado y oposiciones, no es para tratada aquí: bástenos pedir que se aclaren y lleven á la práctica los artículos á ello referentes, 13, 14 y 15, y congratularnos del turno de oposición entre ayudantes para el ingreso en el profesorado, así como hacer constar que no es una imprudencia el dejar á los catedráticos la elección de ayudantes, pues más garantías de acierto ofrece la designación del que elige su continuador y colaborador que la echa por un ministro que no puede conocer tan detalladamente las condiciones del aspirante.

Terminemos lo que á la parte fundamental y orgánica de la reforma se refiere, con la manifestación de que lo relativo al material no creemos que pase de un buen deseo y una halagüeña promesa del ministro que suscribe la reforma.

*
* *

Reforma tan radical y compleja en la enseñanza, *transformación* de un régimen gastado y anacrónico en otro vigoroso, y *adaptado* á las exigencias y á la cultura actuales, exigen un estudio completo para hallar la fórmula de transición y los medios de implantarle. Que el Sr. Groizard ha hecho mucho en este sentido, sería negarlo (1) oposición sistemática y

(1) Al corregir estas pruebas podemos afirmar que ha hecho demasiado transigiendo con injustas peticiones que hacen imposible todo progreso y reforma.

no crítica respetuosa é imparcial; pero que, sin duda, por ser imposible salvar todos los escollos, han quedado algunos, resultaría complacencia y adulación el callarlo.

Los errores ó deficiencia en esta parte son accidentales, pueden salvarse con muchísima más facilidad que los relativos al fondo mismo de la reforma, y por eso bastará indicarlos sin comentario alguno.

La censura por la precipitación con que se trata de implantar el decreto, contestada está con la mejor prueba del movimiento, andando; de los numerosos Institutos de España parece ser que sólo tres han presentado algunas dudas, y han pedido prórroga para realizar el cambio; pocas veces una organización transformada se habrá adaptado tan rápidamente á las nuevas condiciones de existencia; por eso no resulta pedante la satisfacción que esto parece ha causado al ministro de Fomento, sino cumplida y justa vanidad de hombre de gobierno.

¡Cómo desearíamos no haber leído en la *Gaceta* la 7.ª base adicional y todo lo relativo á personal en los institutos de Madrid! Dígase si la Corte exige una organización especial y un sistema propio en materias de enseñanza, y quedaremos satisfechos y sin el temor de ver falseadas las leyes y reglamentos siempre que de cátedras de Madrid se trata. Créanos el señor Groizard: ó no está clara la *Gaceta* en este asunto ó los profanos al mecanismo oficinesco del negociado de Institutos desconocemos los fundamentos que se han tenido, de un lado para hacer la distribución de grupos, de otro para designar los profesores que han de desempeñarlos, ora para no explicar el turno á que corresponden las seis vacantes de Madrid, ó ya, el porque una sola corresponde á oposición, y, finalmente, la prisa en hacer un concurso reduciendo contra toda ley los términos á la mitad del plazo taxativamente marcado. Piense un poco el Sr. Groizard y corrija si existe un error que á su honrada conciencia será el primero en repugnar.

Como detalles finales vayan unos cuantos: los bachilleres

de 1897-98 sabrán oficialmente la mitad del francés que por la ley se exige.

Los que obtengan el certificado en 1897, está dispensados hasta de saber si existió el Imperio romano y si Francisco I rigió á Francia ó gobernó la Asiria, pues se les dispensa la historia universal.

En este año estudiarán los del cuarto grupo antiguo, la física, sin conocer nada de geometría, cosa un tanto difícil y apurada.

Las asignaturas á elegir en el cuarto curso, son realmente una sorpresa para los mismos alumnos. Resultarán bachilleres sin conocer ni el concepto de la historia natural, que debía ser obligatoria, y no el derecho usual, que al fin es una novedad en la enseñanza y una especialidad más profesional.

La 7.ª regla de la base 3.ª, permite que se matriculen en aritmética, al propio tiempo que en geometría, ó en ésta, con la física ó la historia natural.

La base 5.ª podrá crear antagonismos entre los profesores de dibujo de los Institutos y Escuelas de Bellas Artes, aparte que cabe una justa economía en suprimir ó no crear en los Institutos de poblaciones con escuela, dichas materias, que seguramente no contarán ni con los medios y con las facilidades que aquéllas pueden ofrecer al alumno.

Y basta de análisis y examen de una reforma que si por su importancia todo lo merece y exige, resulta verdaderamente abrumadora para los lectores y el autor de la presente *Crónica*.

LUIS DE HOYOS SÁINZ.

LA ENSEÑANZA DEL LATÍN EN ESPAÑA

Las recientes reformas que el señor ministro de Fomento ha introducido en la segunda enseñanza, han provocado como beneficioso efecto inmediato el de agitar la opinión acerca de asuntos de ordinario olvidados, si bien es cierto que más que razones pedagógicas se aducen argumentos administrativos y entra en juego de cuenta más que el cuidado por la cultura del espíritu, el temor de padres y profesores á molestias y transtornos.

Hallábame ordenando las siguientes notas cuando la ocurrencia de la reforma me ha decidido á precipitar su ordenación y publicación. No espere el lector hallar aquí más que indicaciones y sugestiones, meros puntos de reflexión que ha de desarrollar por sí mismo, pues no creo que entre tanto como ha de solicitar su atención le sobre tiempo para prestármela si me pongo á desarrollar el asunto latamente.

I

¿Por qué se estudia latín? ¿Para qué sirve? He aquí dos preguntas íntimamente conexionadas. La respuesta á la primera, como la que se da á todo *por qué*, justificará la tradición

de su enseñanza; la contestación que se dé á la segunda, como la de toda pregunta de finalidad, ha de servir de punto de arranque para todo ulterior progreso en ella. Estudiado el por qué de existir de las cosas, su razón suficiente, aprendemos á respetar lo tradicional, y estudiando su finalidad limitamos ese respeto. Es evidente que según sea el fin que á la enseñanza del latín se asigne, así variará el modo de enseñarlo y su dosis, y si resultara que la utilidad que reporta el saberlo no vale lo que el aprenderlo cuesta, deber profesional sería enseñarlo lo menos posible. Deber profesional, sí, porque las obligaciones verdaderas del profesor público son para con la sociedad á cuyo servicio la enseñanza se endereza y no estricta, sino mediatamente, para con el gobierno que le paga y le da la pauta oficial de su conducta. No se deben sacrificar las propias convicciones á un irracional respeto á las convenciones oficiales, ni renunciar á evitar un mal desertando del campo por un escrúpulo necio.

Mas dejando esta digresión espinosa vuelvo á preguntar: ¿por qué se estudia latín? Contestando á esta pregunta, decía el conocido filólogo francés Sr. Bréal, que por sorprendente que pueda parecérnoslo, no ha mucho que se la formuló por vez primera. Cosas que se hacen tan naturalmente, tienen de ordinario razón de ser profunda; nadie se pregunta por qué hay gobierno, justicia, leyes. Durante largo tiempo el latín fué sinónimo de instrucción; sin aquel no podía darse ésta, constituída casi por entero de literatura latina, sagrada ó profana. No es de extrañar, pues, que no ocurriera á las mentes desde luego el punto de utilidad; negar la necesidad del latín hubiera sido negar la de la enseñanza.

Derrumbado el imperio romano continuó siendo el latín, durante la Edad Media, lengua universal de doctos y letrados, un latín bárbaro, macarrónico, pero latín al cabo, y latín á que deben su vida nuestros romances. Lo que se llama bajo latín fué en gran parte una lengua artificial, de clérigos, un volapük, pero un instrumento indispensable de cultura. Era

entonces su conocimiento tan necesario como utilísimo ha sido posteriormente el del francés, pero aquella su necesidad ha desaparecido al dejar de ser el latín lengua universal, no siendo de la Iglesia católica.

El Renacimiento, al resucitar la antigüedad clásica y soñar con volver á ella á los pueblos, dió nuevo empuje y arranque al estudio de las lenguas y literaturas clásicas. Entonces se estudió el latín para sorberse y asimilarse la cultura antigua, para cobrar á su contacto fuerzas con que caminar al ideal. Era un medio de dar unidad á esfuerzos diseminados y forma á informes anhelos del espíritu.

Era tal la importancia que merecidamente se daba al conocimiento de las lenguas clásicas, que para preparar á la juventud á su estudio avezándola al tecnicismo gramatical de ellas, se redactaron en parte las primeras gramáticas de lenguas vulgares, punto éste de grandísima importancia. No conoce ni su propia lengua quien sólo ella conoce. El hombre no reflexiona en lo propio sino al ponerlo en parangón con lo ajeno. Maestros de lengua helénica fueron los primeros que dieron la primera y ruda forma á la gramática latina para preparar á los romanos al estudio del griego, y maestro de latinidad fué el que primero trazó los lineamientos de la gramática castellana, que hasta hoy conserva la honda huella de su origen, dando con ello motivo á sinnúmero de errores. Don Andrés Bello hizo un esfuerzo por sacudir de nuestra gramática ese vicio de origen en aquel monumento admirable de lógica aplicada, en su «Gramática de la lengua castellana», en en cuyo prólogo decía, que «si como fué el latín el tipo ideal de los gramáticos, las circunstancias hubiesen dado esta preeminencia al griego, hubiéramos tenido probablemente cinco casos en nuestra declinación en lugar de seis, nuestros verbos hubieran tenido no sólo voz pasiva, sino voz media, y no habrían faltado aoristos y paulo-post-futuros en la conjugación castellana.»

Cuando fueron disipándose los sueños del Renacimiento y

dando éste sus frutos, sustituyó al cabo al humanismo la ideología, representada sobre todo en el respecto que aquí más nos importa en la escuela de Port-Royal. Sucedió entonces que así como se revistió á la ideología jurídica de la forma del derecho romano cristalizado en las *Pandectas*, identificándolo ó poco menos con el derecho llamado natural y supuesto ideal y eterno, así en parte sirvió el latín de receptáculo de ideología lingüística. De esta época arrancan multitud de sutilezas ociosas acerca del verbo único, de si hay ó no artículo en latín, etc., gran parte del tecnicismo gramatical hoy usado y ese fárrago de nebulosos castillos en el aire que se llamaba ha poco gramática general.

Lengua universal el latín primero, instrumento de regeneración después, vaso de ideologiquerías más tarde, su enseñanza ha tenido fines algo diferentes en el decurso de los siglos. Y hoy ¿para que sirve?

II

Del *por qué* de las cosas suele depender su *para qué*, de su razón suficiente, ignorada á menudo al hombre, saca éste su finalidad, lo cual quiere decir lisa y llanamente que cuando algo persiste el hombre busca en qué aprovecharlo aun cuando persista sólo en virtud de inercia, así como se suele hallar nuevo empleo á un órgano que perdió su función congénita. Difícilmente se renuncia á lo que ha costado trabajo adquirir. Una de las mayores abnegaciones y de las más útiles en la ciencia, es la abnegación de saber olvidar, porque sin olvido no hay progreso ni ciencia posibles. A todas horas se oye el fatal aforismo de que «el saber no ocupa lugar», al cual, aun cuando no fuera error á la letra, porque el saber ocupa lugar, se podría siempre oponer este otro: «el aprender ocupa tiem-

po» y el tiempo es oro. Una vez recibido el legado del latín no había más remedio que hallarle finalidad, la generación que le había aprendido no podía renunciar á enseñárselo á la siguiente.

La verdad es que aquí, aparte de los sacerdotes que lo aprenden para entender sus libros y su breviario, el que estudia latín ó lo hace á la fuerza para hacerse bachiller y olvidarlo luego ó lo estudia espontáneamente para hacer oposiciones á cátedras, es decir, para enseñarlo. En realidad no se aprende más que para enseñarlo. Habrá algunos que acaben por tomarle gusto, los más lo cultivan para poder sacar del Estado ó de los particulares un sueldo por enseñarlo y se cuidan tan poco de la utilidad que su conocimiento puede reportar en la vida á los alumnos como el caballo que saca agua de una noria del destino que da á ésta su amo.

El resultado de la enseñanza del latín lo conocemos todos. Queda como memoria de ella el recuerdo de pesadas horas de vela, de horas de hastío revolviendo las hojas de un diccionario y mareándose en un montón de sinónimos castellanos para un solo significado latino, de dulces siestas echadas sobre el *Tityre, tu patulae,* etc., ó sobre el *Humano capiti cervicem,* de quebraderos de cabeza en la ingente labor de ordenar *a priori,* es decir, sin saber antes el significado de las voces, aquellos fatigosos textos que parece revolvieron y desordenaron adrede los romanos para atormentar á los niños de las generaciones futuras con tal rompe-cabezas. Sólo se recuerda esto y el suspiro de alivio que se lanzó al salir del potro de los gerundios, complementos, oraciones de siendo, de estando y de habiendo. Los más de los hombres sinceros declararán que creen perdido, ó poco menos, el tiempo que les hicieron dedicar al latín, y si hay algunos que lo aprovecharon son garbanzos de á libra que no deben entrar en cuenta.

Que mucho del mal éste estribe en lo poco del tiempo disponible y en el abandono ulterior de su cultivo, es indudable; pero no lo es menos que al enseñarlo hay que tener en cuenta

esas dos circunstancias *inevitables* y sobre todo que al desarrollarse y acrecentarse todas las demás disciplinas humanas el estudio del latín ha menguado en importancia. Al disminuir el tiempo que puede y debe dedicársele en la segunda enseñanza general tiene que variar no sólo la cantidad sino la calidad de su enseñanza, pues las cosas al reducirse de tamaño tienen que cambiar de forma. Y sin embargo, hay el empeño de enseñar en dos cursos lo que en un tiempo en largos años, y siguen dándose farragosas reglas, útiles cuando era útil saber escribir latín, inútiles hoy que no se puede pretender tal cosa.

Todos los días, desde que se inició fuera de aquí la campaña contra el latín, surgen nuevos campeones en su defensa, sin que falte la ponderación de las excelencias de la educación literaria que llaman clásica. No es mi objeto meterme en este vasto terreno, plagado de encrucijadas y trampas, pero no puedo callar que creo no basta enseñar latín á los niños para darles cultura clásica.

A los clásicos, dígase lo que se quiera, no los entienden ni aun traducidos; había que ponerles en disposición de traducir no una lengua, una civilización entera. Todo el que quiera ser sincero declarará que le aburrió la lectura que de los clásicos hizo de niño.

Por otra parte, las literaturas modernas, superiores á las clásicas, sustituyen, y hasta con ventaja, á la educación que se pretende dar con los clásicos latinos.

Y no sigo por este camino, puesto que los límites que me he trazado, con la esperanza de volver más por extenso sobre ello, me obligan á ser sobrado dogmático en las afirmaciones. Baste decir que *dado el tiempo á que está necesariamente reducido el estudio del latín y el amenguamiento relativo de su importancia en virtud del desarrollo de las demás disciplinas, no cabe enseñarlo como hasta aquí* NI PARA EL MISMO FIN, si es que fin claro y definido había.

III

La tradición de la enseñanza del latín, bastante debilitada y desprestigiada en la conciencia de la opinión pública, se remozó cobrando nueva vida al nacer la lingüística histórico-comparativa. El pasado ha recobrado nuevo interés como germen y razón de ser del presente, la tradición como base de todo progreso. La doctrina de la evolución ha hecho que se considere todo momento como punto de un proceso en que halla su justificación, todo hecho como un producto y que se busque en el génesis de las cosas la explicación de éstas. Exponer cómo se formó esto ó lo otro es dar su razón de ser y desplegar su contenido. El principio de unidad y la doctrina de la evolución son hoy las ideas madres en la ciencia. Se ha ensanchado y robustecido el concepto de la vida introduciéndose, así como el de organismo, por todas partes; hasta tal punto de abuso, que pasan no pocas veces por explicaciones meras metáforas tomadas de la fisiología.

Las lenguas se nos han mostrado como organismos vivos, aplicándose al estudio de su proceso de vida las doctrinas generales de la evolución y el más riguroso método inductivo. Todo esto se pasa hoy de puro sabido, nadie desconoce *en principio* el desarrollo que alcanza el método histórico-comparativo en la filología. Y así como el derecho romano, destronado de su posición de acabado tipo en la ideología jurídica, recobró nueva importancia merced á los trabajos de la escuela histórica, singularmente los de Savigny, y gracias no ya al *Digesto* sino á su proceso de formación y á la historia del derecho, así ha adquirido la lengua latina nuevo interés al ser estudiada en su proceso formativo.

Al mismo tiempo el proceso lingüístico refleja el del pensa-

miento; la gestación y crecimiento de los vocablos, los de las ideas que expresan y hasta hay más y es la parte principalísima que la lengua juega en la formación del pensamiento humano. La lingüística ha de ser uno de los instrumentos más eficaces, el más eficaz acaso, de la investigación psicológica allí donde cesa el concurso de la fisiología; en la lingüística ha de buscarse una de las principales fuentes del estudio del *allgeist,* del espíritu colectivo, del alma de los pueblos y del desarrollo superior psíquico del hombre, del que debe á la sociedad (1), pues si los movimientos físicos del cuerpo son cuerpo de las sensaciones, los vocablos son cuerpo de las ideas.

Esta manera de considerar al lenguaje desde un punto de vista científico trae sus peligros y entre ellos el principal que, como dice Spencer, muchos filólogos han hecho de las lenguas, que son en fin de cuenta instrumentos, lo que los indios asombrados de la labor del arado inglés hicieron de este, pintándolo y erigiéndolo para adorar como ídolo un instrumento. Pero este es mal que la ciencia misma lo cura, pues hay una verdadera *virtus medicatrix scientiae* y es la ciencia como la lanza aquella que curaba las heridas que hacía.

El conocimiento científico de una lengua, en su génesis y vida, hace que nos demos conciencia de lo inconciente en nosotros, y si bien es cierto que la gramática científica no nos enseña á hablar como la fisiología no enseña á digerir, así como ésta sirve de base á la higiene y á la patología que enseñan á preservar y curar enfermedades, así sirve aquélla de base á verdaderas higiene y patología lingüísticas. Esto aparte de que robustece y eleva á la inteligencia el que se dé cuenta de su íntimo funcionamiento.

La instrucción filológica sirve para vigorizar la mente de los jóvenes y contribuye á dotarles de uno de los dones más

(1) Las que se llaman facultades superiores, ó sea las formas más elevadas de la inteligencia, son debidas en su origen al estado social, á la influencia de la sociedad humana sobre los individuos, influencia que toma cuerpo en el lenguaje, lazo espiritual de los miembros asociados.

raros, del *sentido científico,* pero tal instrucción hay que darla para que sea provechosa en concreto y en vivo, sobre *hechos inmediatos,* aplicada al idioma propio, al español en nuestra patria.

IV

El estudio del latín puede ser hoy provechosísimo si se le endereza al mejor conocimiento de nuestra propia lengua. Por esto es de alabar el que el señor ministro diga en el nuevo decreto que el objeto de los estudios de latín y castellano es adquirir «el dominio teórico y práctico, fundado sobre el conocimiento de la matriz latina, del idioma patrio, ya en su origen y estructura íntima, ya en la composición del discurso ó elocución (1), ya en el juicio elemental de las obras literarias y que introduzca un curso de *gramática comparada hispano latina* en que se desarrolle» un estudio de la derivación general fonológica y morfológica del castellano con respecto al latín. ¡Bien por el señor ministro!

Hasta ahora se llegaba en España hasta obtener el grado de doctor en filosofía y letras sin haber estudiado *de hecho y oficialmente* más castellano que el de la escuela de primeras letras, á pesar de haber en la segunda enseñanza una cátedra de latín y castellano, en que se repetía el estudio de la gramática empírica de nuestra lengua. Se cursaba latín, francés, griego, hebreo ó árabe y sánscrito, y apenas se oía una palabra sobre el proceso de formación de la lengua en que se pen-

(1) ¡Lástima que la composición del discurso sea cosa muy distinta de la elocución á pesar del decreto! Tampoco se sabe que son los elementos fonético-*filológicos* de la declinación y conjugación *clásicas* (¡otro disparate!) de que habla el decreto. ¡Qué falta hace que se sepa algo de todo esto!

saba. Algunos suplían por sí la deficiencia oficial: en la Universidad Central ha venido dedicando el Sr. Sánchez Moguel gran parte de sus cursos de historia de la literatura española al estudio de la historia de la lengua en que esa literatura está escrita, labor benemérita, perseguida con ahinco y premiada con frutos.

Y no sólo no se estudiaba oficialmente filología románica, ni aun española, sino que en oposiciones de latín se daba más á menudo el caso de que un opositor se corriera por los cerros de Úbeda remontándose en comparaciones y filologiquerías más ó menos aventuradas hasta las alturas del sánscrito ó á las casi inaccesibles de la madre lengua ariana que el que bajara del latín al castellano; era más frecuente ascender al latín pre-clásico que descender al bajo latino; se oía hablar alguna vez del canto de los sacerdotes salios, no de los juramentos de Luis el Germánico. Y es que las maravillas de la filología comparada empezaron á descubrirse por arriba y que antes de enseñarnos cómo se formó nuestra conjugación castellana nos hablaron de aquella tan linda tricotomía del monosilabismo, la aglutinación y la flexión, que puso en moda un filólogo hegeliano, Schleicher, y era que al saber que éramos arios nos encontramos como niños con zapatos nuevos y sin saber dónde meter nuestro arianismo.

Hay muchos que creen que la mayor utilidad científica del latín aplicado al castellano, es la de hallar las etimologías de los vocablos de éste. Y aquí conviene que paremos la atención á esto de las etimologías, pues lo merece.

Está muy arraigada la manía de las etimologías y es muy frecuente creer que sin ellas apenas hay definición posible. Es tal la maldita influencia del nombre que enquista al concepto que expresa, lo ahoga y casi mata después de haberle dado vida, y no pocas veces oímos dar como objeción en contra de una manera de entender un concepto, la de que ha roto con la etimología de su nombre. Una de las mayores ventajas del empleo del griego en el tecnicismo científico es que como *están*

en griego los vocablos, no sirven de ancla que sujete la idea á su primera forma impidiéndole el desarrollo. El nombre *estética* se aplica hoy á una idea que no corresponde á la originaria, y es indudable que si el *psico* de *psicología* evocara en nuestra mente espontánea é inmediatamente asociaciones de ideas tan vivas, arraigadas y tenaces como las que evoca el nombre *alma,* la psicología habría perdido parte de sus progresos. En el nombre, que es su carne, llevan los conceptos la mancha del pecado original.

La verdadera *etimología* consiste en estudiar el proceso de significación de un vocablo, su semiótica, la evolución de su sentido (1). Pero desgraciadamente, así como ha progresado tanto el conocimiento de la fonética y de la morfología, de las alteraciones de los sonidos y las formas, ha adelantado poco el de la semiótica, de las alteraciones del significado.

Es tal la preocupación por la etimología entendida á la antigua, que he oído decir á persona cultísima, que es más útil el estudio del griego que el del latín porque de aquel se sacan los términos científicos, ¡como si nos importara más conocer la formación, tantas veces caprichosa (2), de la jerga científica, que la formación espontánea y fresca de la lengua común y cotidiana, la de las necesidades de la vida! Si el griego no sirviera más que para el tecnicismo científico aviado estaba.

Y dejando esta digresión, paso á indicar, lo más brevemente que pueda, los resultados, tanto generales como especiales,

---

(1) No habría estado mal que en el decreto á lo del estudio de la derivación general *fonológica* y *morfológica* se hubiera añadido la *semiótica* ó *semiológica*. Pero este estudio, el más atractivo y fecundo, está casi olvidado.

(2) El número de disparates en la invención de términos científicos es enorme. Las voces *sociología, criminología, kilómetro,* etc., son, tomándolas *en cierto sentido, estrecho y* PEDANTESCO, verdaderos desatinos, pero hacen el mismo servicio que las formadas con toda corrección académica. De *desatinos* de esta clase están llenas las lenguas literarias; y no pasa de niñería basar en ellos argumentos y objeciones.

que produciría en la cultura de los jóvenes la enseñanza científica del proceso formativo del castellano.

*
* *

Como resultados generales tendríamos su efecto en la cultura y gimnasia del espíritu. Sería un curso de verdadera lógica inductiva aplicada. A partir de hechos fácil é inmediatamente asequibles, de la lengua misma que habla, se ejercitaría el alumno en el saludable rigor del método inductivo. Así se despertaría, si es que dormía en él, el *sentido científico*, que brotando del común, se le opone no pocas veces, y tal vez se lograra quebrantar en él ese empeño de apelar á cada paso al sentido común, con el cual se pone en ridículo en una sociedad en que nadie mira más que á simple vista á aquel que exponga lo que vió al microscopio (1).

Iría á la vez aprendiendo el alumno á sujetarse á los hechos, á los hechos vivos, á buscar en ellos mismos su razón de ser, á comprender que la ciencia exige saber observar, tener paciencia y esperar á que las cosas se expliquen á sí mismas, sin forzarlas, á penetrarse sobre todo de esta verdad tan desconocida: que la ley no es cosa distinta del hecho. Aprendería á no deformar los hechos para plegarlos á sus ideas sino éstas á aquéllos. ¡Cómo se entusiaman algunos de

(1) Un joven estudioso y que pasa por culto, decía en cierta ocasión que la palabra *nada* no pudo significar nunca *cosa nacida, algo* (del latín *nata,* participio de *nascere)* porque eso de que un vocablo que quiso decir *algo* haya venido á querer decir *nada «está contra el sentido común»*. Le hubiera bastado recorrer el *Poema del Cid* ú otro monumento antiguo y leer allí *hombre nado, mujer nada,* etc., para no hacer caso de ese *sentido común,* que se reduce á ignorancia.

aquella antigua etimología de *intelligere* sacándola de *intus legere,* leer dentro; ó la de *lex* de *ligare,* atar, porque cuadran con sus conceptos! Y, sin embargo, ni la *u* de *intus* puede cambiar en *e,* ni su *s* en *l* delante de otra *l*, ni un nombre como *lex,* cuyo tema simple es *leg,* es probable derive de un verbo derivado en *a* como *ligare.* ¡Qué lección de método la de ver que basta ordenar las formas sucesivas de un vocablo para ver su origen, que no hay que fiarse del oído, que la apariencia engaña (1)!

El estudio de la evolución lingüística serviría además para sacudirse de la ideología lingüística, la cual contribuirá á quebrantar el prestigio de toda ideología. El darse cuenta de que la relación entre el género gramatical y el sexo de los animales es una relación secundaria y accidental, ¿no es una brecha abierta en la ideología?

Además de todo esto, los principios de la evolución orgánica, la lucha por la vida, la adaptación al medio, la selección, la desaparición de los intermedios, la correlación de partes, la instabilidad de lo homogéneo, etc., todo ello se ve en la lingüística con menos trabajo que en la botánica ó en la zoología porque se dispone más á mano de elementos más manejables. Con un encerado y una colección de textos basta para las experimentaciones y observaciones que conducen á conocer en vivo la ley de evolución. ¡Qué fecundas enseñanzas las que se desprenden del estudio de los sufijos de derivación muertos y vivos, de los sufijos latinos que al perder su función, su aplicabilidad á nuevos casos, se han atrofiado en castellano, donde forman con el nombre á que se unen una compacta unidad indisoluble!

---

(1) Lo primero que se ocurre al pensar en el origen de la voz geográfica *Santander* es que sea San Andrés, y esto es, sin duda, lo que ha hecho inventar una abadía de tal santo. Sin embargo, *Santander* pasando por *Santandero, Santanderio, Sant Amterio* y *Sant Ameterio, cada uno de cuyos cambios puede ilustrarse con multitud de ejemplos análogos,* no es más que San Emeterio, uno de los patronos de la ciudad.

Y si vamos al estudio de la evolución del sentido de los vocablos se abren nuevos horizontes. Aquí los hechos son palpitantes de vida, los cambios se verifican ante nosotros, en pocos años.

Tomemos un ejemplo, el vocablo *persona:* ¡qué de enseñanzas en el proceso de su significación desde que designaba una vocina de resonancia, luego la que iba unida á la careta que usaban los actores romanos y la careta misma, más tarde el personaje representado en el drama, después el papel que representamos en la escena de la sociedad humana, y por último en el escenario de nuestra propia conciencia!

***

Si de los resultados generales del estudio filológico del castellano pasamos á los especiales nos encontramos con que es un medio de dar á nuestra lengua literaria precisión, fecundidad y libertad.

Al considerar á cada vocablo como un producto, como el término de un proceso, adquiere el tal vocablo precisión, pues vemos en él su pasado, su tradición, su historia; su sentido se llena y como que se preña; á las veces pierde vaguedad para adquirir contornos limpios, otras veces gana una cierta vaguedad que le da flexibilidad mayor. Sírvanos de ejemplo no un vocablo, una frase, *entrar de hoz y de coz.* Cuando se averigua que el vocablo *hoz,* usado en algunas regiones en el sentido de encañada, garganta ó desfiladero (lo usa Pereda y es el sentido que lleva en el apellido La Hoz) deriva del latín *fauce,* garguero, que es de donde sacamos el diminutivo *hoc-ico,* y cuando se averigua que *coz* es el latín *calce,* calcañar ó talón, que ha cambiado en el uso corriente de signifi-

cado por la misma razón que decimos *dar un palo,* averiguado eso, ¿no adquiere precisión la frase «entrar de hoz y de coz» es decir «de hocico y de calcañal», «de pies y de cabeza»? (1)

Contribuiría además el conocimiento del proceso de formación del castellano á dar á la lengua literaria la fecundidad y libertad que tuvo en su infancia, en tiempo de Berceo y en otros posteriores. Porque está muy generalizado el prejuicio de creer que no hay más palabras legítimas que las contenidas en el Diccionario *oficial,* que éste es el arca cerrada y sellada del caudal de nuestra lengua, que debe proscribirse toda voz no contenida en él, que la función de la Academia es *decretar* lo que ha de ser tenido por buen castellano. Y está tal prejuicio tan extendido y tan arraigada la idea que hace de la Academia una corporación legislativa cuyos acuerdos obligan, que padecen del prejuicio los que más combaten á ese instituto. Los periodistas que han dicho más horrores de la Academia escriben como mansos corderos *subscriptor* y *septiembre* y otros desatinos análogos y acuden al Diccionario como á código de última instancia (2).

El castellano ha perdido fecundidad, casi ningún escritor se permite formar nuevos derivados dentro de la índole del

(1) Otro ejemplo. Se cree de ordinario que *malogrado* es *mal logrado,* y aún lo he visto escrito así. En averiguando que es *mal augurado, malum auguratum* (análogo al italiano *sciaugurato),* de mal agüero ó augurio, víctima de un mal destino, el vocablo adquiere en la mente nuevo relieve.

(2) Al discutirse en la prensa el nombramiento para académico de un filólogo, mejor ó peor, en frente de un literato de fama, y al criticar luego acerbamente el que salga un ciempiés cuando ha querido hacer obra filológica una corporación en que predominan los literatos, *aficionados* algunos á filología, grandes estilistas otros pero deplorables hablistas, al discutir aquello y criticar esto, pusieron de relieve el lío que llevan en la cabeza en tratándose de cosas de lengua y lo absurdo que resulta querer hacer de la Academia un panteón de celebridades literarias y dejarle encomendada la labor lingüística, como si fueran mejores conocedores de las funciones de la digestión los que de mejor estómago gozan.

idioma, inventar voces nuevas, y cuando se permite alguno hacerlo, valiera más se contuviese. Españoles hay que envidian esa facilidad de que gozan los alemanes en idear nuevos vocablos; y si aquí no se hace lo mismo es en gran parte por ignorancia de la formación viva del léxico castellano.

Hay otro resultado, y de no poca importancia, que nos traería el estudio de la historia del castellano. Vemos en ella dos procesos de formación, el popular y el literario, dos capas de latín en nuestra lengua. Muchos vocablos latinos tienen en castellano dos representantes, el uno popular, el vocablo que rodando de boca en boca y de oído en oído vino poco á poco, *ab origine,* con la lengua misma, transformándose, el vocablo que vivió en la lengua popular hablada desde que el pueblo hablaba aquí latín, y otro representante del mismo vocablo latino, que es el que más tarde trajeron los letrados del latín escrito á los libros y de éstos pasó al pueblo, el que entró por los ojos. A esto llaman los franceses *doublets,* dobletes, y pondremos como ejemplos: *derecho* y *directo, tilde* y *título, letrado* y *literato, entero* é *íntegro, diseño* y *designio, hastío* y *fastidio, pardo* y *pálido,* etc.

El estudio de este doble proceso, de las influencias mutuas de la lengua popular sobre la literaria y viceversa, de su mezcla en un terreno común, de sus alternativas concesiones, todo esto serviría para que los jóvenes que van á bachillerarse aprendieran á no desdeñar los llamados disparates del pueblo ni las acepciones que vienen del arroyo, aprendieran que vale más remozar la lengua literaria en la fuente viva del habla popular que en los estanques miasmáticos del arcaismo. Sería una lección provechosísima la de que mucho de lo que hace el pueblo al modificar las voces literarias es seguir aplicando á éstas las leyes que sacaron al castellano del latín y continuar el movimiento de vida que la lengua escrita tiende á paralizar, que al hacer el pueblo, de *persona, presona,* sigue á los que hicieron del *percontari* latino nuestro *preguntar,* que al decir *acetar* por *aceptar* habla como nuestros padres que di-

jeron *recetar* por *receptare,* que el plantarle, en fin, una *p* á *setiembre* (¿y por qué no á *siete?)* es el colmo de la pedantería y de la ignorancia de las leyes biológicas de una lengua. No sería poco poder quebrantar los cimientos de la pedantería bachilleresca, del afán de *épater le bourgeois,* como dicen nuestros vecinos, de dejar turulato al hortera con majaderías cual aquellas de que el frío no existe y la sal no es sal. ¿Cuándo se estudiará la lengua del pueblo, sus disparates inclusive? Apenas se ha emprendido aún el estudio del castellano vivo, del habla de cada región, no tenemos *un inventario de voces castellanas,* no un diccionario-código de los que hacen de cedazo (1).

Este modo de estudiar el castellano nos llevaría al conocimiento de su patología, de sus enfermedades y de que no es la menor de ellas la *literatismitis.* Aprenderíamos que hay grandes escritores que suelen estropear la lengua más que el pueblo, que es más funesta que todas las desviaciones patológicas del instinto la razón raciocinante aplicada á la lengua, el afán de un escritor cualquiera por remozar su lengua si ya no puede remozar sus ideas (2).

***

Pero para estudiar la gramática comparada hispano-latina, no basta coger la española y la latina y hacer de ellas

(1) Conviene distinguir entre voces literarias, populares y popularizadas. Así, v. gr., *estricto* es voz literaria, *estrecho,* popular, y *distrito* popularizada (en forma popular sería *distrecho.)* El pueblo suele usar *sinificar* por *significar* pero á nadie se le ocurriría inventar un *aseñiguar,* que sería, según la fonética popular histórica, el representante del *significare* latino, (como *averiguar, santiguar, atestiguar, amenguar* de *verificare, sanctificare, testificare, minuficare.)*

(2) El decir en singular *metamorfosis* y en plural *metamorfoseos* es un desatino mayor que decir *méndigo, périto, presona* ó *ivierno.*

picadillo mezclando los cachos en un pisto, no basta presentar correspondencias, sino trazar series. Y es que para hacer la historia del castellano ni basta el latín clásico, el que se enseña en las aulas, ni aun es el más útil; porque el latín clásico es un dialecto literario, en gran parte de estufa, no la fuente misma latina viva de donde brotaron los romances. En el ingente número de despropósitos que constituyen la desdichadísima parte etimológica, ó lo que sea, del último Diccionario de la Academia, en medio de la sencillota y cándida ignorancia de la filología romance que allí se revela (1), en medio de ello brilla el desconocimiento ú olvido más absoluto del bajo latín. Así es que se dicen cosas como que *corazón* viene de *cor* y *cabeza* de *caput*.

Para el estudio histórico del castellano lo importante es el bajo latín, el período de intensa vida interna, de rapidísima transformación por que pasó el latín popular á la caída del imperio romano, aquel período de tanta fecundidad, de tanta riqueza en la derivación de nuevos vocablos. Nadie es capaz de sacar *cupe* de *cepi*, si no acude al *capui*, ni nadie encontrará en los clásicos el *exturpitium* de donde ha venido nuestro *estropicio*. Para aclarar los orígenes del castellano, el Ducange es mucho más útil que el Forcellini.

Y lo más útil en la enseñanza sería una colección por orden cronológico de trozos bajo-latinos hasta los documentos medio-evales castellanos, como los fueros de Cillaperil, de Belorado, de Palenzuela, y de trozos castellanos desde el «Poema del Cid» en adelante. En Francia se ha introducido este sistema en la segunda enseñanza y aquí sería más fácil porque el castellano se ha separado menos que el francés de la madre común á ambos, y ha cambiado menos, hasta tal punto que mientras para un francés es el estudio de la lengua de la «Chanson de Roland» tan difícil como el de algunas lenguas

(1) Para redactar la parte etimológica ni siquiera han debido de leer el «Lexicon» de Diez.

modernas extranjeras, cualquier español medianamente culto llega con poco esfuerzo y un breve glosario á entender en pocos días el «Poema del Cid».

V

«Todo eso está bien», podrá acaso decir alguien; «todo eso está bien, pero ¿cómo llevarlo á la práctica?» Y sacará á relucir en seguida todo eso de la tierna edad de los alumnos de segunda enseñanza, de su poca preparación y de la madurez de entendimiento que cree hace falta para penetrar esas que se le antojan intrincadas profundidades.

A los que no conocen, sino á lo más por encima ó de oídas, los procedimientos y métodos filológicos les asusta lo más exterior y fútil, el tecnicismo nuevo, como los que desconocen el hebreo lo creen difícil por tener una escritura tan peregrina. Al mismo tiempo son víctimas de la ilusión que nos hace creer que porque en nuestra mente se engendra confusión al choque de ideas nuevas con las ya arraigadas en ella, igual confusión ha de producirse al entrar los nuevos conceptos en una mente limpia como tabla rasa.

Los partidarios de la vieja escuela ponderan á menudo los excelentes resultados que ella les ha dado en la enseñanza, y apelan á su experiencia. Nada más vano y falaz que lo que llaman muchos experiencia de sus años, en que se corroboran y robustecen los errores. Un médico viejo jamás se convence de que se le hayan muerto muchos enfermos porque los ha matado. Quien no ha aplicado toda su vida más que un solo procedimiento, no tiene experiencia ni aun de él. Y muchos no aplican otros porque la indolencia y la rutina les aferra á aquel conocido proverbio que formula la quinta esencia del conservatorismo: más vale lo malo conocido que lo bueno

por conocer. Hay, sí, una tradición eterna, una experiencia inconmovible de los siglos; pero ésta es la que el progreso forma, como los ricos terrenos de aluvión se forman de los acarreos de los ríos que en sus crecidas barren la capa superficial. Mas dejando por puro sabido esto de las falacias de la rutina, hay que hacer observar que los maestros que aplican los métodos tradicionales podrán alegar que han conseguido aprendan sus discípulos *lo que ellos quisieron enseñarles*, pero que lo puesto en tela de juicio es precisamente la utilidad final de esto que les han enseñado. Con su método consiguen el resultado que se proponen, ¡convenido!, pero lo que se niega es la validez del tal resultado. Es como cuando se dice que los antiguos humanistas aprendían latín sin filología comparativa ni las fonéticas al uso. Es cierto, pero no se trata de hacer humanistas á la antigua.

Una razón del desprestigio en que para muchos han caído los modernos procedimientos, estriba en que ha habido quienes han pretendido aplicarlos para conseguir los resultados antiguos, quienes han querido hacer que los adelantos de la filología sirvan para fines extraños. Es como si algún *modernista* (que suelen ser los menos *modernos)* pretendiera hacer un pintor enseñándole óptica y sin darle un pincel á la mano, y en vista de su fracaso se pronunciara la inutilidad de la óptica. Es cierto que con los nuevos métodos no aprenderán tal vez á entender mejor los clásicos, como no lo conseguían ya con los antiguos empequeñecidos, pero aprenderán otra cosa acaso más útil.

Al mal de esa aplicación torcida de la filología, en que se pretende variar de procedimientos sin variar de fin en la enseñanza del latín, se une el mal mucho mayor de que se meten á aplicar lo nuevo quienes apenas lo conocen ó lo conocen mal, saliéndose de sus casillas para meterse en camisa de once varas, haciendo un *totum revolutum* de lo antiguo y lo moderno sin entender ni lo uno ni lo otro, olvidados de aquello y no enterados de esto, ó dejándose llevar de la últi-

ma novedad sin prudencia alguna. El método tradicional es compacto, coherente, cristalizado, tiene la solidez que da el tiempo; el nuevo está en gran parte en vías de formación y la enseñanza debe progresar, pero á remolque.

Se dice que la aplicación de los nuevos métodos exige más inteligencia en el estudiante y es un error. Es más inteligible, menos confuso, más sencillo, como todo lo que es más racional. Se reduce á clasificar bien los hechos. Sea, por ejemplo, el estudio de los verbos irregulares. De ordinario se aprenden en listas, confiándolos á la memoria, y si acudimos á la «Gramática castellana» de la Academia, veremos la inevitable confusión en que se cae empeñándose en clasificar las conjugaciones irregulares tomadas en conjunto. Clasifíquense en vez de los verbos irregulares las irregularidades de los verbos y la confusión se disipa; porque sólo conduce á confusión pretender clasificar las combinaciones binarias, ternarias ó cuaternarias de varios elementos en vez de clasificar éstos. No hay clasificación científica donde no va precedida de análisis.

Toda la labor del maestro se reduce á fijar bien los hechos y ordenarlos, alinearlos, para que se expliquen á sí mismos. Basta escribir en el encerado series de formas convenientemente dispuestas para que surja la ley, que no es cosa que se distinga realmente de los hechos mismos, sino la generalización de éstos. En un caso dado, en un vocablo, pueden ocurrir varios cambios entrecruzados; el análisis los desenreda. Lo primero es fijar los hechos, fijarlos con exactitud, definirlos, demarcarlos, y esta labor es una de las mejores lecciones de lógica. No hay cosa más difícil que conocer hechos, como que es el fin último de la ciencia. Recuerdo haber leído no sé en qué libro que *á las veces cambia la o latina en ue*. He aquí un hecho, pero un hecho confuso, vago, indefinido, un hecho no fijado científicamente. Porque el hecho, es que la *o* latina breve ó larga por posición cambia en *ue* cuando recae sobre ella el acento tónico, y aun quedan delimitaciones ulteriores.

Así como mueren más personas de miedo al frío que del frío mismo, hace más daño en la enseñanza el miedo á la razón que la razón. Con el pretexto de lo tierno de la inteligencia del niño no se le robustece ésta.

No sólo es fácilmente asequible á la inteligencia de los alumnos de segunda enseñanza el procedimiento lingüístico, sino que sirve á la vez para ayudar á su memoria. No hay, en efecto, más mnemotecnia verdadera y viva que la asociación espontánea y natural de las ideas sobre la base de la asociación de las cosas, no hay memorialines, ni coplas, ni fórmulas que valgan lo que vale el enlace lógico de los conceptos paralelo al enlace objetivo de los hechos. Es mucho más fácil aprenderse cinco leyes fonéticas y ver en cada caso su entrecruzamiento, que aprenderse veinticinco reglas en que se formulan combinaciones binarias ó ternarias de aquellas leyes. Y lo que no quepa en la memoria se lleva apuntado en el bolsillo; éste, éste sí que es el gran principio de mnemotecnia sana.

Como los alumnos estudian francés además de latín tienen ya tres términos de comparación, lo cual contribuye á que conozcan mejor cada uno de ellos.

Debe además tenerse en cuenta el elemento emocional. Lo que cansa y se estudia á disgusto se aprende mal. Gran parte de los pobres resultados de la enseñanza del latín deben achacarse al hastío que produce á los muchachos la lectura de cosas que no les interesan (1).

El elemento emocional se halla en la enseñanza filológica del castellano, poniendo mil veces al alumno en camino de gozar en descubrir algo, de sorprender una derivación castellana. Durante algún tiempo pude experimentar el goce que les producía á unos muchachos, jovencitos aún, el *descubrir* el representante castellano de una palabra latina.

(1) He renunciado á emplear en mi cátedra de griego la *Andbasis* de Jenofonte como texto de sintaxis, que lo es excelente, porque he visto que los alumnos se aburren de aquella monótona y fatigosísima relación, tan lánguida que da sueño.

Enderezando el estudio del latín, y no del latín clásico sólo, al conocimiento histórico del castellano, pero con juicio y ciencia, se prepararía á las generaciones futuras para que hicieran un uso más racional y seguro de su lengua, que adquiriría así mayor precisión, fecundidad y libertad. A la vez ganarían no poco en cultura intelectual.

Se habría conseguido un inapreciable resultado aun cuando sólo se lograra que aprendieran á ver hechos, á inducir de ellos leyes, aun cuando se limitara el fruto á que sacaran un concepto vivo, robusto, arraigado, rico, de que la lengua es un organismo cuyo proceso no sufre imposiciones caprichosas y cuya fuente brota del pueblo que la habla.

El mayor obstáculo para la reforma no son las condiciones del alumno, son las del maestro; y entre éstos no es el elemento joven menor rémora que el otro.

MIGUEL DE UNAMUNO

Salamanca, Setiembre de 1894.

REVISTA CRÍTICA

ENTRE los varios trabajos que recientemente han aparecido sobre materias de nuestra historia literaria, pocos ó ninguno merecen tanta atención como el libro que en lengua alemana ha publicado el crítico italiano Dr. Arturo Farinelli con el título de *Grillparzer y Lope de Vega* (1).

Es el Dr. Farinelli una de las personas más conocedoras de nuestra literatura que en toda Europa (sin excluir nuestra propia España) pueden encontrarse. Y este conocimiento, con ser tan exacto y preciso en los pormenores y tan penetrante en el conjunto, no hace de él lo que comúnmente se llama un *especialista,* porque en el Dr. Farinelli se da el caso admirable de poseer con igual perfección y dominio todas las demás literaturas de Europa, cuyas mutuas relaciones estudia y expone con profundo sentido crítico, haciéndolas servir para el adelanto de aquella ciencia, nacida de ayer y ya robusta y potente, que podemos llamar filosofía de la historia literaria ó síntesis histórica de las literaturas.

Es común achaque de los que emplean sus conatos en este estudio de las corrientes literarias, preferir el punto de vista de la indagación histórica y meramente exterior al juicio perso-

(1) *Grillparzer und Lope de Vega* (Berlin, 1894). *Verlag von Emil Faber.*

nal y vivo de la obra de arte, por donde viene el crítico á dar importancia á pormenores de ningún valor estético y á preferir lo curioso á lo bello. Pero en esta como en otras muchas cosas también se distingue del vulgo de los eruditos el Dr. Farinelli, pues su intuición artística, su genial capacidad de percibir el elemento poético, su espíritu ágil y luminoso, italiano en fin, nos pasma tanto como su variadísima cultura; y el tacto y fina perspicacia con que aprecia y sorprende los más fugitivos accidentes de la creación artística y penetra en su misteriosa elaboración, es hoy una cualidad tan rara, que merece celebrarse y señalarse todavía más que el rigor del método y la riqueza de las comparaciones en que el libro abunda. Puede lograrse esta copia de material y esta ordenación severa con estudio pertinaz y bien encaminado, y es labor esta de las monografías literarias que de ningún modo está vedada á la medianía inteligente y educada en buenos métodos; de lo cual dan testimonio tantos y tantos libros de este género como diariamente aparecen en Alemania y en otras partes, libros útiles todos, necesarios muchos de ellos, herramientas bien confeccionadas sin duda, pero á cuyos autores nadie se sentirá inclinado á atribuir la más pequeña partícula de ingenio. Todo lo contrario sucede con los libros del Dr. Farinelli. Por ellos circula una llama ligera y sutil de entusiasmo artístico, que renueva la materia erudita, que la transfigura, y que no sólo ilumina el fenómeno literario, sino que en algún modo le presenta vivo y concreto, con un grado de plasticidad notable. Alemán por el fondo de su educación y por la lengua en que más de continuo escribe, es intelectualmente ciudadano de todas las repúblicas literarias de Europa, y ha permanecido fiel á todas las tradiciones clásicas de orden, lucidez y amena disposición de la materia, que en Italia misma comienzan á olvidarse un poco, merced al preponderante influjo germánico, que por otra parte ha hecho á nuestros hermanos el beneficio de emanciparlos de la dictadura francesa, que nosotros no hemos sacudido todavía.

El Dr. Farinelli, que es en cierto sentido el más germanizado de los modernos eruditos italianos, puesto que escribe el alemán como segunda lengua nativa, es, sin embargo, de los más latinos en su gusto y estilo, y realiza en su persona la fusión de las mejores cualidades de la gran escuela en que se formó y del nativo espíritu de su raza. Todos los estudiosos de las cosas de España debemos regocijarnos de la aparición inesperada de un colaborador de tan raro mérito, que parece providencialmente suscitado para trabajar en la triple alianza literaria que á todos nos importa tanto.

Para estimar debidamente el libro acerca de Lope y Grillparzer, conviene advertir primeramente que no es un trabajo aislado, sino que en el pensamiento de su autor forma un episodio de obra mucho más extensa, y de la cual ya han aparecido considerables fragmentos. Tal obra es nada menos que la historia de las relaciones literarias entre España y Alemania, iniciada por Farinelli en su eruditísima tesis doctoral *Spanien und die spanische literatur im lichte der deutschen Kritik und Poesie* (Berlín, 1892); trabajo, sin embargo, que su autor considera como mero ensayo.

La parte publicada alcanza en doce capítulos hasta Herder, y nos conduce, por decirlo así, hasta las fronteras del romanticismo. Si lo anterior á ésta grande época literaria no es lo más rico ni lo más interesante, es en cambio lo más oscuro, lo más difícil y lo primero que importa desentrañar. ¿Cómo empezaron á conocerse intelectualmente ambos países, enlazados en el siglo XVI por la relación política del Imperio, pero tan remotos ó desemejantes por lengua, costumbres, tradiciones y hábitos de pensamiento? El Dr. Farinelli responde satisfactoriamente á esta cuestión en un estudio histórico-comparativo, al cual nada encontramos comparable, salvo el muy análogo de Morel Fatio sobre la manera cómo los franceses han conocido y juzgado á España desde la Edad Media hasta nuestros días. Es imposible reducir á breve compendio un trabajo cuyo mayor mérito estriba en la riqueza de los detalles y en el arte con que están

enlazados, sacando partido hasta de las más fugaces indicaciones. Intentaremos, sin embargo, dar alguna idea del plan y contenido de esta tesis, que es preliminar indispensable de la monografía sobre Grillparzer y Lope, y de todos los demás libros que han de seguirla.

Salvo la influencia, común á toda Europa, de algunos escritores hispano-latinos (Orosio, como historiador apologético, San Isidoro, como escritor enciclopédico, Pedro Alfonso, como cuentista), puede decirse que Alemania y España se ignoraron recíprocamente durante la Edad Media. La embajada de Juan de Gorz á Córdoba en tiempo de Otón el Grande, y la relación que hizo de su viaje, es, sin duda, el documento más antiguo que por excepción puede alegarse. La pretensión de Alfonso X al imperio, más bien que á la historia de Alemania pertenece á la de Italia, donde el Rey Sabio tuvo muchos y fervorosos partidarios. Sólo por vía de la epopeya francesa, llegaron á oídos de los *minnesinger* alemanes algunos nombres geográficos de la Península más ó menos desfigurados. Así, en el *Parsifal* de Wolfram de Eschenbach se menciona á Munsalvaesch (Montsalvatge), Salvaterre (Salvatierra), Zazamanca (Salamanca, y Azaguz (Zaragoza). Sólo la peregrinación compostelana atraía á España algunos alemanes. Pero de español que visitase alguna parte de Alemania y diera razón de su viaje no consta ninguno anterior al cordobés Pero Tafur, que entre sus *Andanzas por diversas partes del mundo avidas*, estuvo en 1438 y 39 en Basilea, Estrasburgo, Maguncia y Colonia, y describe con entusiasmo las orillas del Rhin: «E esta es sin dubda la más fermosa cosa de ver del mundo, la ribera del Rhin, de un cabo é de otro tantas villas gruessas, é tantas cosas notables, é tantos castillos é tan espesos que ha hombre vergüenza de lo decir.» Y de los alemanes juzga que son «gente muy sotil, mayormente en estas artes que dicen mecánicas».

Casi contemporáneos de las *Andanzas* de Tafur son dos viajes alemanes por España: el itinerario harto seco de Jorge de Ehingen (1457) y el mucho más interesante y copioso del

bohemio León de Rosmithal (1466), traducidos é ilustrados en éstos últimos años por el Sr. Fabié. El Dr. Farinelli resume hábilmente el contenido de éstos viajes, en los cuales no insistimos, por ser bastante conocidos en España, así como el de Nicolás Poplau de Breslau (1484), traducido con otros análogos por el Sr. Rozanski.

Las verdaderas relaciones en todos las órdenes de la vida comienzan cuando el emperador Carlos V reune entrambos pueblos bajo su cetro. Limitándonos aquí al punto de vista literario, conviene señalar la primera influencia del pensamiento alemán en el español, manifestada por nuestros erasmistas y escritores de la Reforma: los Valdés, Enzinas, Díaz, Servet y tantos otros. El humanismo español en la primera mitad del siglo XVI participa de los caracteres del humanismo alemán, tanto ó más que de los del italiano. Después de vencida la Reforma, aconteció todo lo contrario pero todavía á fines de aquella centuria quedaban vestigios de erasmismo. La acción del cristianismo filosófico de Erasmo sobre las ideas de los españoles del Renacimiento, fué mucho más honda que la de todas las sectas protestantes juntas.

El común empleo del latín como lengua científica facilitaba la aproximación en el campo teológico y filosófico, pero las literaturas vulgares de ambos países continuaban incomunicadas y mutuamente ignoradas. Algunas obras españolas consiguieron, sin embargo, pasar el Rhin, y antes que otra ninguna la incomparable *Celestina*, que ya desde 1520 podía leerse en alemán, traducida, no del original, sino del italiano, con extrañas y curiosísimas variantes, de que ya los lectores de esta Revista tienen conocimiento. El *Amadis* no apareció en alemán hasta 1569, traducido de la versión francesa de Herberay des Essarts, obteniendo la misma boga que en todas partes, hasta el punto de ser trasladado á las tablas su argumento en 1587, en el teatro de Dresde.

La novela española penetró en Alemania, no sólo por versiones en lengua vulgar, sino por traducciones latinas. Gaspar

Barth, profundo conocedor de nuestra lengua, trasladó sucesivamente la *Celestina* con el título de *Pornoboscodidascalus,* la *Diana* de Gil Polo (no la de Jerónimo de Texeda, como da á entender el Dr. Farinelli) con el título de *Erotodidascalus Sive Nemoralium,* y aun para su versión de uno de los *Ragionamenti* del Aretino, tomó por texto, no el original italiano, sino el arreglo español del beneficiado Fernán Xuárez, llamado *Coloquio de las damas.* A estas versiones mencionadas por el Dr. Farinelli, deben añadirse las de Gaspar Ens que puso en latín *El Pícaro Guzmán de Alfarache,* abreviándole mucho, pero intercalando en él el *Lazarillo de Tormes.* Este mismo Gaspar Ens, autor ó compilador de una porción de libros de facecias, es el traductor latino de *El Licenciado Vidriera* de Cervantes *(Phantasio cratumenos sive Homo Vitreus),* según reciente y feliz descubrimiento del joven profesor holandés F. de Haan, residente hoy en la Universidad americana de Baltimore. Háblase también vagamente de una traducción latina del *Quijote* hecha en Alemania, pero lo cierto es que hasta ahora no ha sido descrita por nadie.

El primer género, pues, de nuestra literatura conocido en Alemania fué nuestra gloriosa novela clásica. Además de las citadas, tuvo gran séquito entre los cortesanos el libro de las *Guerras civiles de Granada,* de Ginés Pérez de Hita, y las justas y torneos, cuadrillas de aventureros, divisas é invenciones que en tal obra se describen sirvieron de modelo para fiestas análogas en Viena y otras cortes alemanas.

Fuera de los novelistas, un solo escritor español tuvo en la Alemania del siglo XVI gran número de lectores, como los tenía en Francia y en Inglaterra, donde se supone que la imitación de su estilo influyó en el desarrollo del *eufuismo.* Era éste el ingenioso y agudo moralista, el cáustico y punzante observador de la vida cortesana, Fr. Antonio de Guevara. De su *Reloj de Príncipes,* de sus *epístolas* que se llamaban *áureas* por la excelencia de sus documentos, de su *Menosprecio de la corte y alabanza de la aldea,* de todas sus obras profanas, en suma,

corrían numerosas traducciones, ya en latín, ya en alemán.

Por otra parte, la actividad de la próxima imprenta española de Amberes contribuía á la difusión de nuestros libros en su propio texto original, haciéndose cada día más frecuente el conocimiento de la lengua; y ya en el siglo XVII no es sólo traducciones lo que hay que registrar. En un género, á lo menos, en la novela realista, es visible el predominio del gusto picaresco español, modificado sin duda conforme á las condiciones de la raza, pero conservando siempre el carácter, en alguna manera poético, que en España tuvo, como idealización de la vida libre y vagabunda. Desde 1615 hasta 1670, aparecieron siete ediciones alemanas del *Guzmán de Alfarache,* traducido ó más bien libremente adaptado por Egidio Albertino, á quien se considera como padre de la novela picaresca en Alemania. En pos de él vinieron *El Lazarillo, La Pícara Justina, Rinconete y Cortadillo.* Casi toda nuestra literatura picaresca podía leerse en alemán á fines del siglo XVII. El *Simplicissimus,* de Grimmelshausen, obra capital del género en Alemania (1669), si no es precisamente *el último retoño de la extensa familia española,* como sostiene F. Antoine en una tesis reciente, es, á lo menos, un digno camarada de los pícaros españoles, aunque con alma alemana, con ideal alemán, con cierto género de candor y simplicidad que contrasta con la brutal franqueza de los nuestros. Así como Grimmelshausen es en la Alemania del siglo XVII el más calificado imitador de nuestra novela picaresca, así en el satírico Moscherosch, autor del *Philander de Sittewald* (1644), predomina la imitación de Quevedo, cuyos *Sueños* había leído en la versión francesa del Sr. de La Geneste.

No podemos seguir al Dr. Farinelli en los innumerables y curiosísimos detalles que da sobre todo esto, no menos que sobre las traducciones é imitaciones de nuestras novelas idealistas (pastoriles, de aventuras, etc.), y sobre el notable conocimiento que de libros españoles lograron Harsdöffer y otros escritores alemanes de mediados del siglo XVII. Nunca fué más

íntima la comunicación entre ambas naciones que en tiempo de la guerra de Treinta Años. Es cierto que la literatura española vivía entonces de su propio fondo sin recibir más influencia extranjera que la italiana que constantemente la había acompañado desde el siglo XV. Pero hubo españoles del siglo XVII que acertaron á ver con exactitud el estado político, ya que no el literario, de Alemania. Saavedra Fajardo, por ejemplo, que asistió al Congreso de Münster, tiene una bella página sobre el carácter de los alemanes, en sus *Empresas Políticas*. Lo peregrino y difícil de la lengua se oponía á la difusión de los libros alemanes en España, sin contar con que la literatura germánica del siglo XVII estaba en visible decadencia y producía muy pocas obras que pudiesen franquear el horizonte nacional. Pero si es cierto que no hubo en el siglo XVII escritores españoles imitadores de los alemanes, dos de nuestros polígrafos más insignes de aquella centuria, Nierenberg y Caramuel, eran, aunque nacidos en Madrid, alemanes de origen; y entre los jesuítas del colegio Imperial nunca faltaron profesores alemanes, especialmente de matemáticas puras y aplicadas.

Son rarísimos (si es que alguno existe) los viajes á Alemania, escritos por españoles del siglo XVII, pero en cambio abundan los de alemanes por España, y de los principales hace extracto y atinada recensión el Dr. Farinelli, completando esta parte de su trabajo con la exposición de las ideas de los alemanes del siglo XVII sobre España y la cultura española, tal como se deducen del *Polyhistor* de Morhof (1682) y de otras compilaciones eruditas. No olvida la estimación en que Leibnitz tuvo á Suárez y otros escolásticos nuestros. Y presenta muy curioso extracto de la disertación de Postel *De linguae Hispanicae difficultate elegantia et utilitate* (1704), que es un panegírico entusiasta de nuestra literatura. Nuestra lengua parece á Postel muy superior en majestad, no sólo á todos los dialectos derivados del latín, sino á las lenguas de todas las naciones *(et omnium gentium linguas superet longissime)*.

Sus poetas son de tan *divina sublimidad*, que apenas ceden á los griegos y latinos. Hasta el *Polifemo* de Góngora le parece cosa elegantísima, y no duda en elogiar á sus farragosos comentadores. Se cree feliz con la posesión de algunos libros castellanos de los más corrientes: *ipse possideo* repite á cada paso muy satisfecho. A sus ojos nadie ha sido más culto historiador que Mariana, ni ha escrito de política mejor que Saavedra. En copia y excelencia de comedias veremos á toda Europa. Casi parece mezquino el elogio que hace de Cervantes *in sua elegantissima et numquam satis laudata satyra quae vulgo sub nomine Don Quixote de la Mancha fertur*, cuando á renglón seguido le vemos llamar nada menos que *divino* el *Macabeo* de Miguel de Silveira. Pero sus predilectos son indudablemente los satíricos y moralistas del siglo XVII, el *suave* y *copioso* Zavaleta, el *gravísimo* y *filosófico* Quevedo (á quien atribuye hasta la única cualidad de que carece, la de ser fácilmente inteligible, *intellectu facilis)*, y sobre todo Baltasar Gracián, que es su ídolo, á quien no se harta de llamar *unicus, summus, omni encomio maior*, que con su *Criticón* llenó de estupor el universo mundo *(non tantum patriam ipsius sed universum orbem stupefit)*. Es característico de los alemanes este culto por nuestro agudísimo y original pensador. Cuán grande ha sido su influencia literaria y pedagógica en Alemania bien lo prueba la reciente y notabilísima monografía de Carlos Borinski, *Baltasar Gracián und die Hofliteratur in Deutschland*, de que quizá otro día daremos cuenta á nuestros lectores. ¿Y quién ignora que en nuestros tiempos Schopenhauer ha dado nuevo realce y brillo á la fama de Gracián, tomándole bajo su protección, traduciendo al alemán el *Oráculo Manual y arte de prudencia*, é invocando hasta en la más capital de sus obras filosóficas *(El mundo como voluntad y como representación)* la autoridad del *Criticón*, que califica de obra *incomparable*. En cambio quizá no llegarán á una docena los españoles que han leído íntegra esta memorable novela filosófica.

La Alemania del siglo XVII que tuvo tan cabal conocimien-

to de nuestra novela y de nuestra prosa satírica, ¿conoció de igual modo nuestro teatro, cuyo estudio había de florecer allí, andando el tiempo, más que en parte alguna, sin exceptuar la misma España? La contestación tiene que ser casi negativa. La comedia española, apenas fué conocida de los contemporáneos alemanes, sino á través de las imitaciones francesas (Corneille, Rotrou, Scarron...), é italianas (Cicognini...), ó bien por el repertorio holandés en que abundan más las imitaciones de nuestros dramas. Pero el conocimiento directo y la justa estimación del teatro español no empieza hasta la *Dramaturgia* de Lessing, y prosigue con nuevos bríos y entusiasmo en la escuela romántica. De todos modos, el Dr. Farinelli reune, en un capítulo de los más nutridos, todos los vestigios del drama español en Alemania, durante el siglo XVII, sin olvidar, entre otras muchas curiosidades, la influencia de los *autos sacramentales* de Calderón en las representaciones latinas que se hacían en los colegios de jesuítas.

Y ahora penetramos, siguiendo las huellas de nuestro autor, en terreno más conocido cual es el siglo XVIII. Aquí convendría ampliar algunos puntos. Por ejemplo, la guerra de Sucesión atrajo á Viena una emigración bastante numerosa de partidarios del Archiduque, entre los cuales hubo algunos escritores y hasta un reformador pedagógico, el conde Manuel de Torres. La historia todavía muy oscura de esta emigración en sus relaciones con la cultura alemana, debiera escribirse, puesto que algo hubo de contribuir á la aproximación entre ambos pueblos. Lo cierto es que en los primeros decenios del siglo pasado se nota más fraternidad entre los eruditos de ambos países, y es frecuente encontrar juicios sobre libros de España (obras latinas principalmente) en los periódicos literarios de Alemania. Mayans fué colaborador de las *Acta Eruditorum* de Leipzig, y allí publicó sus famosas *Nova literaria ex Hispania*, que tanto excitaron la bilis de los redactores de nuestro *Diario de los literatos*. En Hannover, por intermedio de David Clement, hizo imprimir el mismo Mayans el *specimen* de catá-

logo de su biblioteca, que contiene los libros de Gramática y Humanidades. También es alemana la edición más completa de sus Epístolas latinas. Como aquel varón verdaderamente docto estaba en correspondencia literaria lo mismo con Voltaire y Muratori que con Gerardo Meerman ú Otto Mencken, contribuyó más que nadie á hacer conocida en el extranjero la cultura española, y gracias á sus recomendaciones fueron puestas en alemán algunas obras clásicas nuestras como la *República literaria* de Saavedra Fajardo, que tradujo con doctas y juiciosas ilustraciones el profesor de Leipzig Juan Erhard Kapp, el cual á su vez ejerció algún influjo sobre la educación de Lessing.

Pero los hechos más memorables de este período, son el desarrollo de la crítica cervantesca, y el prestigio cada día creciente del *Quijote* (sobre lo cual puede consultarse la monografía especial de Dorer, *Cervantes—Literatur in Deutschland);* y los trabajos hispanistas del gran Lessing (1), que alguna vez pudo equivocarse en sus primeros juicios, v. gr., en el elogio que hizo de la soporífera *Virginia,* de Montiano y Luyando, pero que en su libro inmortal de la *Dramaturgia Hamburguesa,* presentó un excelente análisis de la comedia *El Conde de Essex,* y fijó con mano certera algunos de los caracteres del teatro español en su parte formal; y extendiendo luego su curiosidad á otros ramos de nuestra literatura, tradujo el libro tan genial de nuestro filósofo Huarte, *Examen de ingenios,* del cual ya corría por Alemauia, desde 1612, una versión latina de Joaquín César Aschaus, y cuyas ideas fisionómicas y frenológicas parecen haber ejercido en el ánimo de Lavater alguna influencia, según observación sagaz del Sr. Farinelli. El impulso de Lessing fue en esto tan poderoso y fecundo como en todo. En el estudio del teatro español le siguió Cronegk, que hizo además algunos ensayos de traducción de nuestros líricos, especialmente de Castillejo.

(1) Hay sobre ellos especial disertación de B. A. Wagner *(Zu Lessing's spanischen studien)* en un programa de Berlín (1883).

Multiplicáronse los viajes por España: el bohemio Rafael Mengs, que en parte pertenece á España como estético y preceptista, nos impuso por medio siglo su dictadura artística, con el apoyo de su grande amigo, mecenas y editor, D. José Nicolás de Azara, amigo también y protector de Winckelmann. El P. Andrés visitó á Viena, y dejó escrita la relación de su viaje literario. Bertram, Meinhard, Schiebeler y otros comenzaron á ejercitar la crítica periodística sobre obras españolas. Y, finalmente, en 1769, apareció el primer compendio alemán de historia de nuestra literatura, superior por muchos conceptos al libro español que le sirvió de base, y á cuanto nosotros poseíamos. El profesor de Gotinga Dieze, tomando por base el raquítico librejo de los *Orígenes de la poesía castellana*, de D. Luis José Velázquez, le hizo crecer con sus eruditas adiciones hasta formar en volumen, casi triple, su muy estimable *Geschichte der spanischen Dicktunst*, que sirvió de guía á los hispanistas hasta la publicación de la obra de Buterweck. Compárese el libro de Dieze con los de Sarmiento, Lampillas y los PP. Mohedanos, y se verá cuánta ventaja les lleva, aunque fué trabajado con muchos menos subsidios bibliográficos que los que podían tener á mano nuestros críticos de la pasada centuria. Con ser tan meritorio el trabajo de Dieze, es cierto que apenas traspasa los límites de la erudición externa y formal, pero en su calidad de inventario prestó un servicio muy positivo, lo mismo que los trabajos de vulgarización y las traducciones y los análisis de Bertuch, especialmente en el *Magazin der spanischen und portuguesieschen Literatur* que publicó desde 1780 á 1782. Bertuch distaba mucho de ser un compilador adocenado. Su traducción del *Quijote* es la que corrió con más aprecio antes de la de Tieck, y no adolece de tan groseras faltas de interpretación como éste da á entender. De Quevedo tradujo los *Sueños*, *El Buscón* y las *Cartas del Caballero de la tenaza;* de Lope, la *Gatomaquia;* de Villegas, parte de las *Eróticas;* de Iriarte, las *Fábulas Literarias;* del P. Isla, el *Fray Gerundio*, y de varios autores españoles y portugueses,

comedias, tragedias y entremeses, por lo general con buena elección, aunque Bertuch nada tenía de poeta.

El modesto trabajo de Bertuch y Dieze vino en apoyo de las geniales y clarísimas intuiciones de Lessing, y el gusto español fué ganando terreno cada día, aun en el ánimo de los escritores que parecían menos propios por su índole para recibirle. La lectura del *Quijote* provocaba una reacción contra el sentimentalismo prosaico de la novela inglesa, y Wieland escribía en 1764 el *Don Silvio de Rosalva*.

Lessing había hecho la iniciación dramática: faltaba la iniciación épica, y ésta era gloria reservada al grande espíritu de Herder, poeta y filósofo á un tiempo, primer apóstol de la poesía popular é intérprete soberano de las que llamaba *voces de los pueblos*. No conoció nuestra poesía épica en sus más puros manantiales, sino en las ingeniosas falsificaciones artísticas de fin de siglo XVI, pero traduciendo libremente el *Romancero del Cid*, le naturalizó en Alemania, donde continúa siendo libro popular. ¡Qué no hubiera hecho, si en vez del *Romancero* hubiese conocido el *Poema!* Y aun de los romances es bien sabido (y en la edición de Vögelin puede verse materialmente comprobado) que no los tradujo de los versos originales, sino de la amanerada prosa de la *Bibliothèque Universelle des Romans*, donde en 1783 habían aparecido lastimosamente calumniados y desfigurados. Pero el alma de Herder era tan apta para comprender lo épico, que supo encontrar algunas partículas de legítima poesía tradicional en aquel fárrago pedestre que él transformó y ennobleció dando á esos cantos una falsa apariencia primitiva que ha fascinado á grandes críticos que no eran hispanistas de profesión ni habían estudiado de raíz estas cosas. Aquel famoso *collar de perlas*, por ejemplo, que hoy nos hace sonreir un poco en la *Estética* de Hegel, no se aplica más que á las traducciones de Herder, únicos romances que Hegel había leído en todos los días de su vida. Verdad es que todavía hay literatos españoles que andan en esto tan adelantados como Hegel,

y sin la disculpa, que Hegel tuvo, de ignorar la lengua.

Pero poco importaba este error de la primera hora: en pos de la falsa poesía popular tenía que venir el conocimiento de la verdadera, que ya el instinto de Herder presentía ó adivinaba á través de las rapsodias que le servían de texto. Precisamente á la crítica alemana pertenece la gloria de haber hecho el deslinde. Pero sin el *Cid* de Herder, publicación amena, fácil y popular, de un hombre de genio, ¿quién sabe si hubiera llegado á germinar en el espíritu de Jacobo Grimm el pensamiento de la *Silva de romances viejos* (1885), primera edición formal de la parte verdaderamente épica de nuestros romanceros?

Pero no anticipemos especies, ni traspasemos los límites que á este primer estudio suyo ha marcado el Dr. Farinelli. Con el *Humanismo* de Herder, grande amigo de España y de su poesía, como lo demuestran los artículos de la *Adrastea,* y hasta las *Cartas* sobre la filosofía de la Historia, termina realmente el período ante-romántico.

Este breve anuncio bibliográfico no tiene la pretensión de extractar ni de analizar siquiera la primera memoria del Sr. Farinelli. Los trabajos de detalle no se prestan á este género de reducción: hay que tomarlos íntegros. Con decir que el Sr. Farinelli indica puntualmente los lugares principales de sus obras en que cada escritor alemán habla de España, y hasta los artículos de periódicos del siglo pasado que tratan de cosas españolas, bien se comprenderá lo inmenso de su labor, y la imposibilidad de que sea completa. Pero es, sin duda, riquísima, y lo será mucho más con las adiciones que el autor prepara. En cuanto á la continuación de la obra, diremos lo que á nuestros oídos ha llegado. Como desde fines del siglo XVIII la materia crece portentosamente, el Dr. Farinelli prefiere ya tratarla en forma de monografías, á las cuales sirva de centro la persona de cada uno de los grandes escritores alemanes en sus relaciones con España. Así, tendremos en breve un estudio sobre *Guillermo de Humboldt*

y España, otro sobre *Goethe* y *Cervantes* (considerando principalmente esta relación en el *Wilhelm Meister)*. A éstos seguirán: «*Platen* y *Calderón*», «*Tieck*», y otros muchos ya comenzados ó esbozados. De este modo podrá seguirse cada una de las manifestaciones del hispanismo alemán en su completo y orgánico desarrollo. De este género de monografía es ya brillante ejemplo la de *Grillparzer* y *Lope*, á la cual quizá cuadraría mejor este título más general y comprensivo, *Lope de Vega en Alemania*, puesto que leyendo este libro adquirimos cabal conocimiento del modo con que la crítica y la poesía alemanas han comprendido, juzgado é imitado al más nacional de nuestras poetas.

Ya lo veremos en el próximo artículo, que será complemento del presente.

M. MENÉNDEZ Y PELAYO.

LA LITERATURA

CASTELLANA Y PORTUGUESA [1]

A los Sres. Eligio de Münch-Bellinghausen y Adolfo Federico de Schack.

Esperando que lo llevaréis á bien, mis muy estimados amigos y compañeros, me permito poner vuestros ilustres nombres á la cabeza de estas páginas, que por excitación vuestra me he decidido á reunir y volver á dar á luz.

Un acreedor poco amable, la vejez, me aconseja que revise mis cuentas y las liquide. No puedo negar que esta revisión, que empecé hace ya treinta años con la comprobación más reposada, la más rica experiencia y el más maduro juicio que en ella he alcanzado á poner, no me ha conducido en muchas cosas más que á conclusiones subjetivas é hipotéticas. Esta revisión, digo, me ha producido un penoso sentimiento.—¡Imagen, aunque sólo sea en miniatura, de la vida y los esfuerzos del hombre!

Así es que os ofrezco, en general, meras páginas otoñales.

(1) Al dar á luz por primera vez en castellano este libro, que es sin duda el más importante y fundamental de todos los que fuera de España se han publicado sobre nuestras cosas, creemos necesario llamar la atención sobre su fecha (1859) para que no se haga cargo á su sabio y profundo autor por omisiones inevitables en aquel tiempo, ó por algún yerro inci-

pero no tan sólo seca hojarasca, sino también entre ella tal cual fruto maduro y acaso simientes para nuevas producciones. Tales son, por lo menos, mi deseo y mi esperanza.

He procurado ordenar estos ensayos, que han aparecido casi todos en forma de trabajos de crítica ó de información, con largos intervalos de tiempo, de manera que guarden entre sí una especie de conexión pragmática; he fundido en uno los que se refieren á los mismos objetos para evitar repeticiones (como sucede con los referentes á la exposición de la literatura castellana de la Edad Media, de Bouterwek y de Clarus, ó los que tratan del Romancero de Durán), pero estoy muy lejos de querer dar un todo orgánico, una historia completa de los períodos y ramas, y de las literaturas española y portuguesa de que trato, sino tan solamente «Estudios». Estos alcanzarán su objeto si pueden ser de utilidad para las creaciones artísticas de personas adornadas con felices dones naturales, como vosotros, mis estimados amigos.

Tampoco podía ni quería alterar la forma original de los trabajos, pero he corregido estos ensayos y críticas como lo exige el estado actual de la ciencia y como me capacitan y obligan á ello los estudios que después de haberlos escrito he

---

dental que procuraremos subsanar en las notas. Nada de esto atañe al fondo del libro, que conserva hoy todo su valor positivo, y es sin duda el primero que debe leer todo estudiante de literatura española para impregnarse en su elevado espíritu, que en éste como en otros libros alemanes tan bellamente contrasta con la manera superficial y desapacible con que han solido juzgar de nuestras cosas los críticos franceses é ingleses. Y es cosa muy digna de lamentarse que mientras la obra de Ticknor (por ejemplo), que no pasa de ser un apreciable manual bibliográfico, de crítica puramente externa y vulgar por todo extremo, anda en manos de todos, y es citada como un oráculo, las luminosas enseñanzas de Wolf son letra muerta para la mayor parte de los españoles, y casi nadie, salvo Milá y Fontanals, ha llegado á penetrarse de su alcance y trascendencia. Para completar los *Studien* daremos luego coleccionadas las demás monografías, ya muy difíles de reunir, que durante su larga vida publicó sobre nuestras cosas aquel príncipe de los *hispanistas*, no sólo de Alemania, sino de toda Europa, á quien nuestra nación nunca agradecerá bastante el amor que la tuvo y lo mucho que le debe.—(Menéndez y Pelayo.)

hecho: en una palabra, como si ahora los volviera á escribir. Puedo decir, por lo tanto, que apenas ha quedado aspecto alguno sin rectificaciones y adiciones, que han tenido que rehacerse completamente partes enteras, pues ¡cuánto material nuevo se ha dado á conocer desde entonces! ¡cuánto se ha modificado últimamente la historia literaria en sentido propiamente científico!—Entre estas adiciones hay algunas de verdadera extensión, como la referente al segundo período de la historia de la literatura castellana hasta el fin de la Edad Media, que se añade al ensayo acerca de la traducción española de la obra de Bouterwek.

Creo así haber cumplido, según mi leal saber y entender, con lo que debo, no sólo á la ciencia y á mí mismo, sino además á vosotros, mis estimados amigos, para hacer de esta manera que no os arrepintáis de vuestro consejo.

FERNANDO WOLF.

I

RESEÑA GENERAL DE LA POESÍA CASTELLANA DE LA EDAD MEDIA

1. *Historia de la Literatura Española,* escrita en alemán por Bouterwek, traducida al castellano y adicionada por D. José Gómez de la Cortina y D. Nicolás Hugalde y Mollinedo. Madrid, imprenta de D. Eusebio Aguado, 1829. 4 tomos: I, XI y 276 páginas (1).

Antes de que en el año 1804 apareciera la *Historia de la Poesía y la elocuencia españolas*, de Bouterwek, fuera de algunas pocas noticias y trabajos acerca de dos de las obras más conocidas de la riquísima literatura española (trabajos y noticias esparcidos acá y allá), la única obra completa en cierto modo, que acerca de este objeto existiera en Alemania, era la traducción que hizo Dieze de la *Historia del Arte poético español,* de Velázquez. Si se compara esta obra (cuyo original compuesto conforme á un plan defectuosísimo y muy unilateral, y sin espíritu alguno ni crítico ni pragmático, apenas ha ganado cosa alguna con el fruto de la gran lectura de su erudito traductor) con el trabajo de Bouterwek, no se dudará ni un instante en conceder al último la merecida fama de haber abierto entre nosotros un nuevo camino, y haber proyectado luz en este caos mediante un juicio mucho más recto y una exposición ajustada á los hechos. Desde entonces se ha trabajado mucho en Alemania por la difusión de la literatura española; algunas de sus partes han sido puestas en su debido realce por notables críticos y expuestas de manera ingeniosa y acabada. Se ha facilitado y fomentado no poco el estudio de la literatura española en sus fuentes mismas por haberse impreso en prensas alemanas

(1) De los *Wiener-Jahrbüchern der Lit.* Bd. LV, pág. 243 y siguientes; LVI, pág. 239 y siguientes; LVII, pág. 169 y siguientes; LVIII, pág. 220 y siguientes; LIX, pág. 25 y siguientes (1831-1832).

las más notables obras de esta literatura en su lengua original, y á la vez antologías trabajadas con gusto y delicadeza (1) junto á útiles manuales de Gramática y Lexicología. Excelentes traducciones se han hecho para que los que desconocen la lengua original ó no la poseen suficientemente, se hallen en disposición de poder formarse un concepto bastante exacto del espíritu y de las joyas de esta literatura, de tal manera que, en este campo, los literatos alemanes no tan sólo no ceden á los de ninguna otra nación, sino que son los que más alabanza merecen en este respecto, si exceptuamos á los mismos españoles (2).

A pesar de todo lo cual, la obra de Bouterwek sigue siendo la única que se extiende sobre todo el contenido de la amena literatura de España, y la que ha merecido y merece aún ser guía de nuestros historiadores de la literatura en esta jurisdicción de ella (3). Hasta los literatos de los países de Europa que con Alemania son los más cultos, Francia é Inglaterra, se han contentado con traducir á sus respectivos idiomas la obra de Bouterwek para llenar de ese modo como mejor podían sen-

(1) Podemos envanecernos con razón en este respecto de la excelente y no bastante estimada y utilizada *Floresta de rimas antiguas castellanas* de nuestro docto Böhl de Faber, verdadero tesoro en lo que hace relación á la lírica de la antigua España, y obra aún no superada por ninguna de las colecciones hechas en la madre patria.

(2) Estos mismos nos dan testimonio de ello. (V. *Ocios de españoles emigrados*, Enero 1827, pág. 97). Así, el más grande de los críticos españoles, Durán *(Romancero general*, 2.ª ed.; Madrid, 1849, 8.°, t. I, pág. VIII), dice: *Alemanes son los que mejor han publicado la historia de nuestra literatura y teatro; los que sabia y filosóficamente han reimpreso, comentado y juzgado algunas de nuestras crónicas.* Podemos afirmar, sin vanidad nacional, que por nuestros esfuerzos han fijado su atención en la literatura española y aprendido á concederle el debido aprecio los franceses y los ingleses.

(3) Eichhorn, Wachler, etc., en las secciones que á la literatura española dedican en sus obras más generales, citan casi únicamente á Bouterwek como garantía. Posteriormente ha aparecido una traducción alemana de la *Historia de la Literatura en España*, de Ticknor, con adiciones por N. H. Julius (Leipzig, 1852, 8.°, 2 tomos), que sobrepuja con mucho en riqueza de materiales y en perfección á la obra de Bouterwek mismo.

sibles lagunas de sus literaturas propias (1). Ni en España misma ha aparecido, después del precitado ensayo de Velázquez, ninguna historia de la literatura nacional que satisfaga y la abarque toda, pues las beneméritas obras de Sarmiento y Sánchez se limitan sólo á sus más antiguas épocas, para cuya historia nos presentan en general una contribución estimable, sin por eso trabajar el material mismo. La *Historia Literaria de España*, escrita por los hermanos Mohedano (2) con difusión exenta de plan y erudición falta de gusto, no puede traerse á cuenta, puesto que sólo llega hasta Pomponio Mela en nueve tomos en 4.° y parece que sucumbió bajo su propio peso, ¡verdadera mole indigesta! Finalmente, los compendios que se hallan como introducción á las *Poesías Selectas castellanas*, de Quintana, y á la *Biblioteca Selecta de literatura españo-*

(1) Sismondi, en la parte de su obra acerca de la literatura de la Europa meridional, que trata de la española, de tal modo ha seguido en la selección y ordenación de los materiales y hasta en los juicios mismos á Bouterwek, que más bien puede pasar esa parte por una refundición de la obra alemana que por un trabajo propio.—Los *Études* de Viardot apenas son otra cosa que un arreglo de los apéndices y disertaciones literarias que acompañan al *Arte Poética*, de Martínez de la Rosa; y Puibusque, en su *Hist. Comparée des litt. esp. et franc.*, sólo se ocupa por extenso y con fundamento en aquello en que se tocan ambas literaturas.

(2) *Historia Lit. de España,* por los PP. Fr. Rafael y Fr. Pedro Rodríguez Mohedano; 3.ª ed.; Madrid, 1779-85, 9 vols., 4.° No contiene datos más utilizables ni nuevas noticias la obra del abate Javier Lampillas, titulada *Ensayo Hist.-apologético de la lit. esp. contra las opiniones preocupadas de algunos escritores modernos italianos.* Trad. del ital. por doña Josefa Amar y Borbón; 2.ª ed.; Madrid, 1789, 7 vols., 4.°; obra que, como ya lo indica su título, fué lanzada con todo derecho á la palestra contra la presunción y la insipiencia, pero que no pasa de alabar lo patrio con toda falta de gusto y de crítica, sin acertar en la justa medida y recalcando en lo ¡ya conocido con difusión fatigosa é inútil erudición. ¡Y, sin embargo, se han repetido las ediciones de estas dos obras! La verdad es que el patriotismo y la paciencia del público español merecían ser satisfechos con algo mejor.—Recientemente ha publicado Gil y Zárate un útil compendio de la historia de la literatura española en la segunda parte de su *Manual de Literatura* (6.ª ed.; París, 1853). Se espera una historia de la literatura española completa y crítica de D. José Amador de los Ríos, de la cual se han impreso ya cuatro tomos.

la, por Mendibil y Silvela, son muy recomendables como tales compendios, están trabajados con escrupulosidad y gusto, y, sobre todo, los juicios de Quintana son notables y sensatos; pero como se mantienen precisamente dentro de los límites de un bosquejo ú ojeada, no llenan el vacío de una historia pragmática y completa de la literatura nacional española hecha por un indígena de España (1).

Esto es lo que movió á los señores D. José Gómez de la Cortina y D. Nicolás Hugalde y Mollinedo á acogerse á la obra de Bouterwek para hacer menos sensible aquel vacío de su literatura patria, mediante una traducción de esta obra, traducción muy enriquecida y elaborada según un plan más vasto, y conseguir de esta manera excitar á un estudio muy abandonado por desgracia en estos tiempos, y dar ocasión á ulteriores investigaciones (2).

Hubiera sido muy de desear que estos dos señores, en vez

---

(1) Parece superfluo advertir que la obra de Bouterweck ha envejecido en todas sus partes y no es hoy más que una curiosidad histórica, siendo este artículo de Wolf lo que principalmente ha contribuido á enterrarla. Como manual la ha sustituido generalmente la obra del norte-americano Jorge Ticknor (última de las ediciones revisadas por el autor, la de 1863), muy mejorada en la traducción castellana de D. Pascual de Gayangos y D. Enrique de Vedia, y en la alemana del Dr. Julius, con adiciones del mismo Wolf, que deberían añadirse á las muy extensas y preciosas que lleva el *Ticknor* Castellano, si éste llegara á reimprimirse.

Por lo tocante á la Edad Media que es hasta ahora el período más estudiado de nuestra historia literaria, aunque no sea ni con mucho el más importante (sobre todo desde el punto de vista estético) poseemos la obra riquísima de D. José Amador de los Ríos, que en siete volúmenes alcanza hasta el tiempo de los Reyes Católicos, y que sean cuales fueren sus defectos inevitables en labor tan colosal, es un monumento que honra el nombre de su autor y la erudición española.—(M. y P.)

(2) «Deseosos de suplir esta falta», dicen en el prefacio (pág. 4.ª), «ofre»cemos la presente versión castellana, bien persuadidos de que podrá tal »vez servir de estímulo á la juventud para dedicar algunos momentos á tan »útil y deleitable estudio, descuidado tiempo hace en España más que »en parte alguna, tanto por la serie de guerras y trastornos políticos, que »desgraciadamente han entorpecido los buenos estudios, como por la falta »general de buena educación, consecuencia precisa de aquellos males.»

de limitarse á una traducción corregida y aumentada de la obra de Bouterwek, hubiesen llevado á cabo, sobre la base de ésta, otra enteramente nueva, para lo cual no les faltaba, siendo españoles y viviendo en la capital de España, ni ocasión ni estímulo, contando á la vez con múltiples relaciones y con tesoros esparcidos y enterrados en las bibliotecas y conventos de su país, tesoros aún no utilizados por la masa de los doctos. Porque, á no pecar de parcialidad, no puede negarse que tienen que aparecer muchas faltas esenciales en el trabajo de nuestro compatriota. Así, por ejemplo, la historia del período más antiguo y del más moderno de la literatura española, es tan fragmentaria é incompleta que pone ante los ojos una notable desproporción en el trabajo; la influencia de las literaturas extranjeras sobre la española, y sus mutuas relaciones, sobre todo en la Edad Media, no están siempre mostradas como debieran ni puestas en debido realce; no está bien trazada la línea divisoria entre la poesía popular y los orígenes de la creación propiamente artística, ni tampoco comprendidas y explicadas con la suficiente claridad la coexistencia y la acción mutua de una y otra; es muy deficiente la historia del desenvolvimiento y progreso del arte histórico y de la elocuencia, etc., etc., faltas todas estas que no pueden subsanarse con simples ampliaciones y apéndices, sino que demandan una refundición del trabajo que lo abarca por completo. Así como no vacilo en declarar sin ambajes ni rodeos, que á pesar del innegable y gran servicio que ha prestado la obra de Bouterwek, y á pesar de lo mucho que en la traducción la han enriquecido, sigue siendo un piadoso deseo el que tengamos una historia pragmática de la literatura española que agote en cuanto quepa el contenido de ésta; estoy, sin embargo, muy lejos de hacer buena la conducta de aquellos que, con ese cuidado por las menudencias que nos caracteriza á los alemanes, procuran escatimar á nuestro compatriota su bien adquirida fama, mediante maliciosos reproches de insignificantes equivocaciones, y empañar la memoria de uno de nuestros más dignos y notables eruditos, malo-

grado tempranamente para la patria y la ciencia, con inculpaciones hueras, escritas con tan osada indiscreción como torpe ignorancia.

Debemos más bien regocijarnos de la honrosa confesión de sus méritos hecha en el país mismo cuya literatura expuso con tanto ingenio y gusto; estimar en sus traductores la discreción con que, sin prejuicio nacional alguno, rinden homenaje á la obra de un extranjero acerca de su propia literatura, y mostrarnos reconocidos al exquisito cuidado con que se han esforzado por traducir y completar la obra de nuestro compatriota, si bien se debiera mejor haber deseado y esperado de ellos otra totalmente nueva y propia. Tiene además el libro en que nos ocupamos otro interés propio nuestro en absoluto; se nos aparece como una renovación del lazo espiritual de dos naciones hermanadas, no sólo por la raza, sino más aún por su esencia íntima; como una renovación del tradicional saludo de los españoles á los alemanes: *¡Somos hermanos!* Repetimos cordialmente este saludo, tanto tiempo ha olvidado. ¡Ojalá, por esta adopción de la obra alemana en España, acabe de disiparse en ésta el influjo fatal que por tanto tiempo ha ejercido sobre la poesía española aquella mezquina escuela del llamado clasicismo francés! ¡Ojalá los puntos de vista del alemán, libres de todo dogmatismo de escuela, su profunda concepción del espíritu privativo de los españoles y la estimación acertada en que tiene sus obras maestras, cosas que sólo pueden esperarse de una nación de espíritu análogo, sirvan para que éstos se aparten de esos errores que por el falso brillo de una pulcritud avara y de una finura de escuela sin profundidad ni animación alguna, les han llevado tan lejos, que se han engañado respecto á sí mismos, y por las burlas parciales de Aristarcos de pobre fantasía, han dejado pasar, cual si fueran cizaña farragosa, las flores exuberantes y frescas de las orillas del Guadalquivir y el Manzanares! Mas también para los amigos que en Alemania tiene la literatura española es una publicación muy atendible la traducción de que tratamos, porque contiene, además de va-

rias rectificaciones y adiciones pequeñas, algunos extractos más extensos de obras que, cuando el autor escribió la suya, aún no se habían impreso y eran conocidas tan sólo de nombre, hasta tal punto, que las notas del traductor forman más de la mitad del primer tomo. Me parece, por lo tanto, que he de hacer un servicio á los muchos que entre nosotros aprecian la musa española y no pueden servirse de este libro, caro y poco difundido, si consigo que puedan pasarse sin él, dándoles acabada cuenta de las más importantes y significativas adiciones de la traducción, á la vez que procuro completarlas mediante el caudal de mis propias lecturas. Porque me pone en disposición de llevar éste á cabo la riqueza que nuestra Biblioteca Real atesora en obras las más raras de la literatura española, obras que, aun en la misma España, es difícil haberlas á la mano.

Ante todo, por lo que hace á las relaciónes de la traducción con el original alemán y por lo que se refiere á la constitución del libro, es de notar que consta éste de tres partes: la primera contiene el texto de la obra, que en general está bien entendido y vertido con fidelidad y elegancia; la segunda incluye las notas del original; la tercera, y para nosotros la más importante, las notas y adiciones de los traductores. Las primeras se señalan en el libro por medio de cifras y mediante letras las segundas. Respecto á estas últimas se expresan así los traductores en el Prefacio (pág. v): «Pero es preciso confesemos que »aunque el autor trata de nuestra poesía con alguna extensión, »deja en todo lo demás un vacío que nos ha sido preciso llenar; »pues habla tan ligeramente de la mayor parte de nuestros »historiadores, oradores y de algunos ramos pertenecientes á »la literatura, que de no suplir este defecto, se nos incluría, »con razón, en el número de los traductores rutineros y adoce»nados.» Ya se ha indicado previamente que aun á la historia de la poesía, en el sentido más estricto, que es lo que Bouterwek trató más por extenso, han puesto apéndices importantes. Se expresan con toda moderación y mostrando una justa estima respecto de los méritos de nuestro compatriota (páginas v y vi):

«Lejos de censurar en el autor algunos descuidos y omisiones, »reconocemos desde luego que han procedido de escasez de da»tos y noticias sobre ciertas materias y nunca de falta de ta»lento; pues en casi todo cuanto dice son tan exactas sus citas, »tan atinadas sus reflexiones y tan juiciosa su crítica, que »muy poco nos ha dejado que hacer, y sí mucho que admirar »en un extranjero, en cuya nación las costumbres, el gusto y »el lenguaje difieren tan esencialmente de los nuestros.» Han cuidado no menos de que el libro aparezca con una exterioridad digna, y puede decirse que lo han conseguido, porque resulta ser uno de los más hermosos productos de las prensas españolas, tanto por la corrección y elegante impresión, como por la bondad del papel. Se han añadido además reproducciones en grabado de los manuscritos más importantes de que han hecho uso, por lo cual deben estarles agradecidos los aficionados á la paleografía española.

No puede pasarse en silencio el apoyo y ayuda que los traductores han hallado para su obra en la Real Academia de la Historia, por comisión de la cual se ocuparon en la redacción de un *Diccionario biográfico de españoles célebres;* y, sobre todo, en el digno y docto director de la misma, D. Martín Fernández de Navarrete, persona que por sus obras propias, por haber fomentado y editado notables escritos de otros, por la sabia dirección que da á la docta corporación que preside, y por la rara complacencia y el agrado con que comunica á los curiosos sus vastos conocimientos y grandes tesoros literarios, ha adquirido grandes y duraderos méritos para con su patria y para con la ciencia en general.

El único tomo que hasta hoy ha aparecido, el primero (según el prospecto, la traducción ha de constar por lo menos de tres tomos) contiene la historia de la literatura española desde fines del siglo XIII hasta principios del XVI (el primer libro del original alemán, páginas 27-144). Ha sido suprimida la introducción de la obra alemana (páginas 3-24), así como algunas apreciaciones religiosas y políticas del autor, que procediendo

de un protestante, han movido á los traductores á excluirlas ó mitigarlas, ya por consideraciones de lugar y tiempo, ya por partir de otro punto de vista que el de aquél, como católicos y españoles que son éstos. Acerca de ambas cosas se explican en su prefacio: «En cuanto á las cuestiones políticas y teológicas »á que alguna vez se resbala Bouterwek con la licencia acos»tumbrada en el país en que escribió, como no son de nuestra »inspección, ni pertenecen directamente al objeto que nos he»mos propuesto, nos ha parecido conveniente y necesario el »omitirlas, del mismo modo que la introducción que pone á su »obra, por no ser más que una repetición de lo que escribieron »Velázquez y el P. Sarmiento.»

Sigo también, en cuanto á la introducción del original alemán, el mismo ejemplo de los traductores españoles; pues, por una parte, contiene resultados que se deben presuponer en general conocidos, y por otra nos ofrece, respecto á la poesía de los trovadores, puntos de vista insuficientes y que se han rectificado no poco por las importantes y más modernas obras de Raynouard, Rochegude, Fauriel, los hermanos Schlegel, y, sobre todo, del profundo Díez.

Antes de pasar á las particularidades, debo detenerme algo en el desenvolvimiento de la literatura nacional española en general, en la determinación de sus períodos y épocas, y del carácter distintivo de cada una de éstas. Porque no me parece ni bastante definida ni bien determinada la división establecida por Bouterwek y que siguen sus traductores.

La literatura nacional española se divide, como las de la mayor parte de los pueblos europeos modernos, en dos grandes períodos principales; el uno antes y el otro después de principios del siglo XVI. El primero, que se extiende hasta la constitución de la moderna monarquía española bajo los Reyes Católicos y que podemos llamar aquí, con más derecho que en otra parte, medioeval, se subdivide á su vez en dos grupos ó épocas menores: desde las primeras creaciones artísticas en romance castellano, hasta los tiempos de D. Juan II de Castilla, época que puede lla-

marse castellana en estricto sentido. Reposa por completo sobre base nacional y arraiga en la poesía popular espontánea. De ésta, la más antigua poesía popular, es natural que no se hayan conservado ni las formas originarias ni en general monumentos muy antiguos, puesto que vivió durante siglos en boca del pueblo y empezó á ser notada cuando la poesía artística halló que eran dignos de su atención estos caracteres del pueblo, es decir, allá á principios del siglo XVI. Entre estos tardíos monumentos se han de incluir los tan renombrados romances que pueden referirse al carácter épico-lírico de la más antigua poesía popular española. Deben, por lo tanto, sus formas ser consideradas como de formación análoga á las más posteriores, y se puede aceptar como su medida fundamental, y la de la poesía castellano-española en general, los versos de redondilla, como artificio impuesto por el organismo de la lengua y el carácter del pueblo (1).

Que la poesía artística castellana de este período nutría sus raíces en la poesía popular, surgía de elementos populares y mantenía el carácter fundamental de la nación, á pesar de todas las influencias de las direcciones generales de la época y de las modificaciones aportadas á ella por los pueblos vecinos, es cosa que se muestra ya en los más antiguos de sus documentos que han llegado hasta nosotros, los dos poemas del Cid, el *Poema* y la *Crónica rimada del Cid*. Los dos, aunque pertenecientes sin duda alguna á la poesía artística, presentan aún huellas de sus principios populares y de haber tenido por germen los romances del pueblo. Se reconoce en ellos, sobre todo en su complexión formal (las largas series asinartéticas y las

(1) Esta doctrina métrica dista mucho de ser hoy generalmente aceptada, pero su discusión nos llevaría muy lejos, y por otra parte el punto no está resuelto. Hay tendencia, sin embargo, á volver á la teoría de Grimm del *verso épico largo*, y abandonar la del octosílabo primitivo que sostuvieron siempre Wolf y Durán. Vid. el magistral tratado del Dr. Milá y Fontanals, *De la poesía heroico-popular castellana* (Barcelona, 1874.)—(M y P.)

Tiradas monorrimes), influencias extrañas, la de la poesía eclesiástica y la de la épica, de los franceses septentrionales y meridionales. Así es que se caracterizan de una parte por los esfuerzos encaminados á alcanzar en ellos una concepción y una conformación épicas, y de otra por una falta de premisas y medios de cultura que permitan dar desenvolvimiento más amplio y constitución más sólida á elementos puramente populares y espontáneos. Este doble carácter ostentan más ó menos casi todos los productos de la poesía artística castellana que pueden incluirse en este período. Esforzábanse bajo la influencia del ideal común eclesiástico-caballeresco de aquellos tiempos, por tratar épicamente la materia recibida de tradición ó que se presentaba de otro modo, y conforme á esto se producían poemas épicos, eclesiásticos y caballerescos, como las leyendas de santos y las referentes á la Virgen María, del eclesiástico Gonzalo de Berceo; las leyendas de María Egipciaca y de los tres Reyes Magos (del siglo XIII); el poema caballeresco de Alejandro Magno, de Juan Lorenzo de Segura; el de los «Votos del Pavón», el de Apolonio de Tiro (tal vez del siglo XII) (1), etc., etc. Pero no tanto la elección del asunto como la forma que se le solía dar, las estrofas de alejandrinos monorimos imitados de los franceses, versos llamados franceses por los españoles, ó sea los pareados, nos muestran la influencia de la poesía eclesiástica latino-medioeval y la de la poesía caballeresca francesa. Por lo demás, tales poemas están totalmente libres de influjo arábigo é impregnados de colorido nacional.

Junto á estos poemas más ó menos épico-populares, desarrollóse ya desde los tiempos de Alfonso X de Castilla la poesía artística erudito-didáctica.

La literatura nacional castellana recibió poderosísimo impulso en más de una dirección de este rey sabio ó más bien

(1) Por la lengua y por la versificación es imposible suponerle anterior á la mitad del siglo XIII.—(M. Y P.)

docto (1). El creó la poesía española por su introducción de la lengua patria como idioma de la corte y por la crónica nacional escrita en este lenguaje bajo su cooperación; su corte fué el foco de la erudición que entonces había en España, y hasta la producción poética, en que tomaba parte el rey, adquirió, por lo tanto, una dirección más didáctica; él sembró la primera semilla de la lírica artística y cortesana que dominó en el siguiente período por el favor con que acogió á los trovadores y por sus mismos poemas, compuestos conforme al modelo de los de éstos en lengua gallega, y él fué quien introdujo en esta lírica artística versos más cortos, las coplas de arte mayor, redondillas octosílabas, aplicándolas en los poemas en lengua castellana *(Libro del tesoro ó del candado)* que se le atribuyen (2).

Junto á aquella dirección épico-idealista fué haciéndose cada vez más dominante la didáctica, que se atenía más á lo real y que á menudo, con un tinte irónico ó satírico, se aliaba por admirable modo con la mística religiosa. La cultivaron durante el siglo XVI el infante D. Juan Manuel, el arcipreste de Hita, Juan Ruíz, López de Ayala, etc. También la lírica artística fué por ellos más desarrollada de lo que estaba.

En la segunda época, desde el reinado de D. Juan II de Castilla hasta los tiempos de los Reyes Católicos, ó hasta el fin de la llamada Edad Media, la dirección lírica se antepone á la didáctica que tanto se había desarrollado. La formación preparada por Alfonso X de una lírica cortesana según el modelo de la de los trovadores, pero que sólo podía ejercitarse en el dialecto gallego, lírica que de tiempo atrás florecía en lemosín en las cortes del conde de Barcelona y del rey de Aragón, y en gallego, en la del rey Diniz de Portugal, pudo tomar cuerpo en dialecto castellano por primera vez en la corte de D. Juan II,

(1) Ambos nombres mereció con toda justicia, aunque no el de prudente *(sage)*.—(M. y P.)

(2) El *Libro del Tesoro*, lo mismo que los demás versos castellanos atribuidos á Alfonso el Sabio están reconocidos hoy por apócrifos. Ya volveremos sobre esto.—(M. y P.)

aunque bajo el influjo de la lírica cortesana gallega y junto á aquélla, para la que los mismos castellanos se servían del dialecto de Galicia. Ya se había hecho apto para ello el castellano por sus ensayos en la versificación de metros líricos y cortos y en el artificio artístico de las estrofas, y sólo se necesitaba, para llamar á la vida á esta flor de la poesía de los trovadores, un príncipe y una corte tan poéticos y caballerescos como D. Juan II y su círculo de cortesanos. Esta lírica cortesana de Castilla es muy semejante, en cuanto al tono y el contenido, á la provenzal, sobre todo á la más tardía; es preferentemente una poesía de conversación, que se mueve en el estrecho círculo de la galantería cortesana y dentro de los límites del buen tono de entonces, padeciendo, por lo tanto, de pobreza de ideas y de monotonía. Resulta mucho más pesada y dura que la legítima de los trovadores, porque entonces la fuerza vivífica del ideal caballeresco y de la galantería, había sido paralizada ya por el predominante prosaísmo y por la supremacía que la actividad del entendimiento tomó sobre la de la fantasía. Imagen de esta cerrada sociedad cortesana y de su típica poesía de conversación ó entretenimiento poético nos da la colección más antigua, el *Cancionero* que formó Juan Alfonso de Baena, escritor palaciego y poeta de la corte de D. Juan II, el cual contiene las producciones de la sociedad poética de la corte de los reyes Juan I, Enrique III, y, sobre todo, Juan II de Castilla, producciones á las veces en gallego, pero sobre todo en lenguaje castellano. Otra colección análoga posterior á esta y que contiene producciones escritas en castellano por la sociedad poética de la corte del rey Alfonso V de Aragón (I de Nápoles), es la del *Cancionero de Lope de Stúñiga*. Entre la muchedumbre de estos poetas cortesanos, cuyas obras se diferencian tan poco entre sí y acusan tan poca individualidad que de hecho apenas se distinguen unas de otras más que por sus títulos, poetas que, como es natural, jamás han podido pasar de los Cancioneros, adquieren algún realce, sobre todo, Micer Francisco Imperial, los marqueses de Villena y Santillana y Juan de Mena, que escribieron

también grandes poemas didáctico-alegóricos en que se muestra el esfuerzo por imitar á modelos de la antigüedad clásica y á italianos, sobre todo á Dante (por lo que fueron llamados tales poetas *dantistas)*. Estos forman el eslabón mediante el cual pasamos á la transformación que por virtud de la influencia italiana se verificó en el siguiente período.

Aun cuando la poesía artística castellana y sobre todo la lírica se desenvolvió bajo la influencia de la poesía cortesana provenzal y más próximamente de la gallega, conservó, sin embargo, no tan sólo una peculiaridad fundada en la diferencia del carácter nacional, sino que también imprimió éste aun en las mismas formas imitadas. Porque si bien éstas tenían que desenvolverse conforme al principio artístico, en una versificación que se acomodara á estrofas típicas más complicadas, á una urdimbre más artística de las rimas llenas y á una aplicación de las más cortas para la expresión lírica (canto), no podían, sin embargo, penetrar en el organismo del habla castellano ni suplantar á las arraigadas redondillas los metros usuales en el provenzal, el lemosín y el gallego (sobre todo los tan empleados versos de diez sílabas) (1), metros estos de pies yámbicos. Continuó, pues, siendo la medida normal en lírica castellana las redondillas populares de seis y ocho sílabas. Por reduplicación en las primeras se engendraron los versos de arte mayor, y éstos, lo mismo que las redondillas octosílabas, versos de arte real, se entremezclaban á las veces con los versos de pie quebrado *nacidos de aquéllos*. Las estrofas construidas por estos metros cortos, las coplas de arte mayor, de arte real, redondillas, canciones, villancicos, glosas, etc., sustituyeron por completo á las estrofas extranjeras y fatigosas de los alejandrinos. Es tanto más importante dejar sentado este robustecimiento de las formas nacionales, cuanto que la lucha por y contra ellas es uno de los momentos más culminantes del período siguiente.

(1) De once, según la cuenta castellana é italiana.—(M. y P.)

En este período, además, por la información cada vez más rica de la vida política y del estado social, la prosa española se desarrolló para el estilo pragmático y la composición artística, como se ve en los cuadros satíricos de costumbres *(Corbacho)* del archipreste de Talavera Alonso Martínez de Toledo, y mejor aún, en la magistral novela dramática *La Celestina*, en la que lo mismo que en las representaciones pastoriles de Juan de la Encina, hallamos el germen del futuro drama nacional en su doble dirección, la ideal y la real (1).

El segundo período principal—que ha de bastar bosquejarlo aquí, por ser más conocido y por la riqueza de su contenido—puede muy bien dividirse á su vez en otros dos grandes grupos ó épocas; es á saber, el uno desde principios del siglo XVI hasta mediados del XVIII, y el otro hasta el presente.

La primera época comprende el más variado desarrollo y las más exquisitas flores de la literatura española; su degeneración, después de haber alcanzado el punto culminante de la edad de oro del rey Felipe II, degeneración debida á esfuerzos excesivos acompañados de creciente agotamiento, y por fin la completa decadencia; pasos todos estos que van á la par con los del desarrollo del estado político y social de la monarquía española. Los gérmenes plantados á fines de la época precedente maduraron en ésta hasta dar la más rica mies, mientras el suelo, agotado, pudo dar savia á la buena semilla resistiendo á la zizaña.

Con la formación de una monarquía universal española y su extensión por el mundo antiguo y por el nuevamente descubierto, adquirió la conciencia nacional española fuerza y expansión. Aragoneses, catalanes, andaluces, etc., todos ellos se sentían, tanto como los castellanos, en frente del extranjero, ante todo españoles, y el habla de Castilla, centro de la mo-

(1) Clarus en su apreciable *Exposición de la literatura española de la Edad Media*, ha descrito este período. Acerca de esta obra he escrito en las *Blättern für lit. Unterh*, 1850, núm. 229-234.

narquía y asiento de la corte, fué la lengua escrita general en España. Desde este punto puede hablarse en estricto sentido de una literatura española.

Uno de los primeros efectos de este vigorizarse de la conciencia nacional fué la estima que se dió á la poesía popular; en ella habían sido celebrados los antiguos héroes nacionales, en ella resonaban todavía los frescos acentos de la lucha con los moros de Granada, y en el pecho de todo habitante cristiano de la península hallaba un eco el grito de júbilo que provocó la completa y final sumisión de los hereditarios enemigos de ocho centurias. Era natural, por lo tanto, que empezaran á coleccionarse los antiguos romances populares, abandonados á sí mismos durante siglos; que hasta los poetas artísticos fijaran su atención en ellos y los tomaran, cuando menos, por temas de sus glosas poéticas, y que los imitaran y aprovecharan con fines didácticos los versificadores eruditos como Sepúlveda. Llegaron los romances á la masa del público en hojas volantes, se imprimieron en Cancioneros, y por fin aparecieron en colecciones propias los Romanceros, y antes de que transcurriera un siglo se puso de moda el hacer romances, y en romances cantaron á porfía los más grandes poetas, y en romances volvieron á reflejarse los sucesos más significativos de la vida y la poesía nacionales (1).

(1) Como por una parte los romances han llegado á nosotros en la forma en que fueron notados y coleccionados desde la mitad del siglo XV, y como por otra parte la influencia de la poesía popular sobre el desarrollo de la literatura nacional se hizo notar primeramente en el curso de los siglos XVI y XVII, según mi parecer es precisamente entre estos dos períodos principales donde debe colocarse la historia de la poesía popular española, como cosa que se ha de tratar por separado y formando cuerpo de doctrina, tanto más cuanto que las modificaciones que se verificaron en ella por la reacción de la poesía artística no alteraron su carácter esencial y cuando más engendraron variedades de ella. De esta manera coloco aquí como apéndice á la literatura española en la Edad Media mi historia de la poesía de los romances, como un todo separado. Las huellas de las especies puramente líricas de poesía popular en la Edad Media se ponen de manifiesto en los pasajes correspondientes de la exposición de la lite-

De este retorno de la atención á la poesía popular, y de la necesidad de objetivar poéticamente la vida nacional, que cada vez se desarrollaba con más riqueza, surgió la creación más brillante y más rica de la poesía artística de este período y de la literatura española en general: el drama nacional. Puesto que después de los primeros ensayos, encaminados á emancipar las representaciones dramáticas de las iglesias, de las salas de sociedad, de las fiestas ó de las plazas del mercado—de donde se desenvolvieron más tarde géneros especiales, autos, entremeses, pasos, etc.—y encaminados á redondear las acciones dramáticas y llevarlas á lugares destinados á ellas *(los corrales)*, apoderóse de esta tarea un genio como Lope de Vega; y concibiéndola y resolviéndola completamente dentro del espíritu de su nación, fué el creador de la comedia española y de la escena popular. Más felices que los demás pueblos de lengua románica, los españoles se vieron preservados por este genio de las serviles imitaciones de formas extrañas y faltas de vida, á pesar de que no faltaron entre ellos intentos de doctos versificadores que procuraron suplantar por otras las creaciones originales y vívidas del espíritu nacional. Fué una fortuna el que, apenas hubo surgido avasallador, un genio tan rico y tan fecundo, haciendo como la naturaleza germinar á la semilla, creara una escuela poética, que siguió en este espíritu, y que se hallaran entre sus continuadores algunos de primer orden como Téllez (Tirso de Molina) y Alarcón. Ni fué menor gracia para la comedia española el que, no bien pasó de su juventud turbulenta y apasionada á su segundo estadio, el de madurez y reflexión, se dedicara á ella un talento tan extraordinario como el de Calderón, dotado de grande entendimiento y de un espíritu que mantenía dentro de límites de moderación y tino, á una fantasía creadora repleta de fuerza y exuberancia, espíritu, por lo tanto,

ratura de este período; su más rico desenvolmiento en tiempos posteriores, en chanzonetas, letrillas, seguidillas, y las subespecies de jotas, tiranas, polos, etc., es cosa que exige una exposición especial, que queda reservada á otros.

y organización verdaderamente artística. Por él alcanzó el drama nacional su punto culminante; por este espíritu predominante en sus sucesores, Moreto, Rojas, etc., se preservó de una rápida decadencia; y cuando fué arrastrado en la caída de la monarquía y la decadencia de la nación, aún brillaba en él, en sus creaciones populares, una chispa del prístino espíritu nacional. Los mismos Candamo, Cañizares y Zamora eran aún españoles, y aunque en su comedia de figurón no presentaban más que una caricatura de la antigua comedia española, todavía era posible descubrir en los desgastados rasgos de esta tardía nieta alguna semejanza con la arrogante hermosura de su antepasada ascendiente (1).

Mientras que la literatura dramática se mantenía así en la más estrecha relación con la poesía popular, y en gran parte se servía de sus formas (casi todas las partes no líricas de las comedias están en romance) hasta llegar á ser popular en el más elevado sentido, de tal modo que su historia ha de entretejerse con la de la poesía popular, el desarrollo de la poesía lírica se apartaba cada vez más decisivamente de ésta. Cierto es que las antiguas formas nacionales predominaron largo tiempo, como ya se ha notado, aun en la poesía cortesana, y buena prueba de ello son los poemas de los *Cancioneros generales* de Fernández de Constantina y Hernando del Castillo, poemas compuestos casi todos en el viejo estilo nacional y en el tono de la poesía cortesana, de conversación y cancioneros que, más bien que libros propiamente de cantares cortesanos, son misceláneas de las producciones poéticas que estaban más en moda. Cierto es que junto á las nuevas formas italianas, que iban ganando valimiento (2), y aun después que lograron la victoria, hallaron

(1) El Sr. A. Fr. de Schack nos ha proporcionado una obra maestra en su *Historia de la literatura y del arte dramático en España*. Véase aquí mi artículo «Sobre la historia del drama español».

(2) Cf.: *Contribución á la Bibliografía de los Cancioneros y á la Historia de la lírica española en la corte del emperador Carlos V,* de F. Wolf. Viena, 1853, 8.°—Este documento, tan importante para la historia del período de

las antiguas un defensor tan obstinado y de talento como Castillejo. Pero á pesar de todo esto llegó á formar época en la lírica española la imitación de la lírica italiana de la escuela de los humanistas, imitación ya iniciada en el precedente período y debida á las relaciones cada vez más estrechas entre España é Italia y al estudio de la antigua literatura clásica, que despertaba nuevamente, y á la sacudida del espíritu moderno que no dejó de tocar á España. Puesto que en cuanto siguieron al introductor de esta novedad, Boscán, un poeta tan agradable y maestro de la forma como Garcilasso de la Vega, y un espíritu tan sólido y de cultura tan clásica como el de D. Diego Hurtado de Mendoza, quedó decidido el triunfo de la nueva escuela clásico-italiana, y adquirieron derecho de ciudadanía en la lírica española los versos italianos de once y siete sílabas, enteros y quebrados, con acentuación ascendente y descendente, las estrofas sin rima, versos sueltos, la forma poética italiana de los sonetos, las *ottave rime*, las *terzine*, las *canzoni*, canción real ó á lo italiano, etc., etc. Después que se hubieron apaciguado las rudas parcialidades de los partidos combatientes, el de los secuaces de la vieja manera nacional y el de los que acataban el nuevo modo italiano, y la imitación se hubo convertido en un verdadero enriquecimiento de la técnica formal conservando la originalidad española, pudieron engendrarse en hermosa fusión obras de arte tan perfecto como las poesías de Hernando de Herrera, de Fray Luis de León, de Hernando de Acuña, etc. Entre las nuevas adquisiciones formales merece citarse en particular la novela pastoril (Montemayor, Gil Polo, etc.), compuesta medio en prosa, medio en verso, ya por españoles, pero sobre todo por portugueses, que escribieron en castellano: género que tuvo por modelo la *Arcadia* de Sannazaro.

---

transición en que nos ocupamos, como que es el único hasta hoy conocido, contiene el poema en antiguo estilo nacional junto al nuevamente arreglado en forma italiana, como lo dice ya el título mismo del Cancionero: «Assí por ell arte Española, como por la Toscana.»

(Se continuará.) FERNANDO WOLF

OBRAS NUEVAS

Academia Mexicana. — Antología de poetas mexicanos, publicadas por la Academia Mexicana, correspondiente de la Real Española.—12 pesetas.

Alarcón (M. A.)—Apuntes históricos sobre la villa de Torrijos (Toledo) y sus más esclarecidos bienhechores. En 4.°, 353 páginas. — 3 pesetas.

Alcalá Galiano (J.) — Panoramas orientales; impresiones de un viajero-poeta. En 4.°, 47 páginas. —1 peseta.

Alcofurado (M).—Cartas amatorias de la monja portuguesa Mariana Alcofurado, dirigidas al conde de Chamilly, capitán del ejército francés. En 4.°, 42 páginas.—3 pesetas.—Tirada 200 ejemplares.

Alcover (J.)—Poemas y harmonías. En 8.°, 139 páginas y 5 láminas. —2 pesetas.

Aleu (M. L.)—Nociones de contabilidad general del Estado. En 8.° menor, 78 páginas.—1,50 pesetas.

Almanaque festivo ilustrado para 1895. En 8.°, 224 páginas.—1 peseta.

Baudelaire (C).—Los paraísos artificiales. En 8.°, 374 páginas.— 3 pesetas.

Biblioteca arábigo-hispana, tomo IX. — Index librorum de diversis scientiarum ordinibus quos a magistris didicit abu Bequer ben Khair ad fidem codicis escurialensis arabice nunc primum ediderunt indicibus additis, Franciscus Codera, J. Rivera Tarrago. Tomo I. En 4.°, 466 páginas.— 20 pesetas.

Boletín de la Real Academia de la Historia, tomo XXV, cuadernos 1 á 3, Julio á Setiembre de 1894. En 4.°, páginas 1 á 256.—Cada cuaderno 1,25 pesetas.

Boussoni (A.)—Prisiones españolas; estudios penitenciarios, visitas á la cárcel modelo. En 12.°, 16 páginas.—0,50 pesetas.

Broutin (C. L.)—El arte de la esgrima. En 4.°, 179 páginas, un retrato y 24 láminas.—6 pesetas.

Burell (J.) y Maupassant (G de).— Páginas de oro; cuentos. En 8.°, 30 páginas—0,20 pesetas.

Cabezas Moriel (R.)—El juego ante el derecho constituido, el derecho constituyente, la moral, el interés y la conveniencia pública y privada. en 8.°, 30 páginas.— 1 peseta.

Cappa (R.)—Estudios críticos acerca de la dominación española en América: tomo XII, parte tercera: *Industria naval*. Vol. III. En 8.°, II-366 páginas.—3 pesetas. —Contiene: Expedición de Anson.—La industria en el Perú,

1745-1824.—Piratas del Pacífico. —Callao.—Industria en el Atlántico.—Piratas corsarios.—La industria en Cuba.

Catálogo de la Biblioteca pública municipal de Jerez de la Frontera. En 4.° mayor, 3 hojas preliminares, 318 páginas á dos columnas.—No se pone á la venta.

Colección de documentos inéditos para la historia de España, por el marqués de la Fuensanta del Valle, de la Academia de la Historia y de la de Ciencias Morales y Políticas: tomo CX. En 4.°, 512 páginas.—12 pesetas.—Contiene: Correspondencia de los príncipes de Alemania con Felipe II y los embajadores de éste en la corte de Viena (1554 á 1598).—Vol. IV. Desde 12 de Enero de 1570 á 23 de Agosto de 1572.

Colección de escritores castellanos, tomo CV. Obras completas de D. Angel Saavedra, Duque de Rivas, coleccionadas de nuevo por su hijo D. Enrique R. de Saavedra. Tomo I. En 8.°, XXXII-487 páginas, con retrato del autor.—5 pesetas.

Colección de libros raros que tratan de América. Vol. XI. Tres tratados de America (XVIII). Relación histórica, política y moral de la ciudad de Cuenca, población y hermosura de su provincia, por el Dr. D. Joaquín de Merisalde y Santisteban, corregidor y justicia mayor de ella.—Razón sobre el estado y gobernación política y militar de la jurisdicción de Quito en 1574, por Juan Pío de Montufar y Frasco, gobernador y capitán general de las provincias de Quito.—Diario de todo lo ocurrido en la expugnación de los fuertes de Bocachica y sitio de la ciudad de Cartagena de las Indias en 1741, formado de los pliegos remitidos á S. M. (que Dios guarde) por el virrey de Santa Fe, D. Sebastian Eslava, con D. Pedro de Mur, su ayudante general. En 8.°, 256 páginas.—3 pesetas.

Congreso geográfico hispano-portugués-americano, reunido en Madrid en el mes de Octubre de 1892. Tomo II. En 4.°, 638 páginas y dos mapas.—15 pesetas.

El casco del rey D. Jaime el Conquistador. Monografía crítico-histórica, por el barón de las Cuatro Torres, conde del Asalto. En 4.°, 32 páginas á dos columnas y grabados.—2,50 pesetas.

El descreído, novela original. En 8.°, 308 páginas.—2,50 pesetas.

España Moderna (La). Revista de España. Director, J. Lázaro. Agosto 1894. En 4.°, 206 páginas.—2,50 pesetas.—Sumario: La enseñanza en París, por Adolfo Posada.—Humoradas, por Ramón de Campoamor.—El Congreso de los Diputados, por R. Becerro de Bengoa.—Hamlet y Don Quijote, por Iván Turguenef.—España fuera de España, por V. Barrantes.—Crónica científica, por Luis de Hoyos Sáinz.—Crónica internacional, por Emilio Castelar.—Luis Vives (conclusión), por A. Lange.—Obras nuevas.

Gante (E.)—El último romance. En 8.°, 280 páginas y un retrato.—3 pesetas.

García Valero (E.)—No (madeja) do. En 4.°, 18 hojas y 5 láminas. Escudo en la portada.—5 pesetas.

Gautier (T.)—Madama de Girardin y Balzac. En 8.°, 303 páginas.—3 pesetas.—«Colección de libros escogidos», tomo 132.

Groizard y Gómez de la Serna (A.)—El Código penal de 1870 concordado y comentado: tomo V. En 4.° mayor, 771 páginas.—15 pesetas.

Jackson Veyán (J.)—¡Allá va eso!, versos. En 4.°, 308 páginas.—3,50 pesetas.

Lange (A.)—Luis Vives, por A. Lange, autor de la *Historia del materialismo:* traducción directa del alemán, revisada por Marcelino Menéndez y Pelayo. En 4.°, 160 páginas.—2,50 pesetas.—Bi-

blioteca de Jurisprudencia, Filosofía é Historia.

Manzaneque (M.)—Característica terapéutica y especialización clínica de las aguas termales de La Garriga (provincia de Barcelona). En 8.°, 31 páginas.

Millares (A.)—Historia general de las islas Canarias. Tomo v. En 4.°, 300 páginas.—3,50 pesetas.

Molins (A. E. de).—Diccionario biográfico y bibliográfico de escritores y artistas catalanes del siglo XIX; apuntes y datos, cuadernos 36 á 40. En 4.°, á dos columnas (tomo II, páginas 413 á 572).—Cada cuaderno 1 peseta.

Montenegro (A.)—Arte de la explotación del agua en pozos, fuentes y alumbramientos, convirtiendo en subterráneas las torrenciales. En 8.°, 279 páginas con grabados.—4 pesetas.

Olavarría (D. A.)—Estudios histórico-políticos, 1810 á 1889, por Luis Ruiz; un carabobeño, R. B. Ríos (Domingo A. Olavarría). Valencia (de Venezuela). En 4.°, 289 páginas.—3 pesetas.

—Historia patria: estudio histórico-político en refutación de «El manifiesto liberal de 1893», por Luis Ruiz (Domingo A. Olavarría). Valencia (de Venezuela).—En 4.°, 147-XLIII páginas.—3 pesetas.

Orio y Rubio (M.)—Libro de problemas aritméticos, algebráicos y geométricos, ordenados, razonados y detalladamente resueltos: parte 4.ª, problemas aritméticos y algebráicos. En 4.°, 387 páginas.—6 pesetas.

Palasí (F.)—El diablo y el pecado original. En 12.°, 31 páginas.—0,20 pesetas.

Prota y Carmena (M. I.)—La eucaristía y la virginidad; biografías compendiadas de las santas vírgenes más devotas del Santísimo Sacramento. En 8.°, 478 páginas.—4 pesetas.

Quadrado (J. M.)—Ensayos religiosos, políticos y literarios, por don José María Quadrado. Segunda edición. Tomo II. En 4.°, 500 páginas, en tela.—5 pesetas.—Comprende: Escritos políticos, primer período 1843-1846.

Retana (W. E.)—Bibliografía de Mindanao (epítome).—En 8.°, 69 páginas.—1 peseta.—Tirada de 500 ejemplares.

Revista internacional: Director, J. Lázaro. Agosto de 1894. En 4.°, 69 páginas.—3 pesetas.—Sumario: La hechizada (novela), por J. Barbey d'Aurevilly.—La rachel, por Teófilo Gautier.—De Heine, por J. A. Pérez Bonalde.—El vino y el haschich, por Carlos Baudelaire.—Ya has olvidado, por Heine.—Las ánimas del purgatorio, por Próspero Merimée.—Leconte de Lisle, por León Barracand.—Lourdes, por M. T. de Wyzewa. El sultán Mulaj Hassán, recuerdos personales, por L. Ordega.—Dos nuevos académicos franceses.—Alberto Sorel, por A. Rambaud.—Pablo Bourget, por Emilio Faguet.

Ríos González (C.)—Novísima recopilación de leyes y disposiciones gubernativas, relativas al Ministerio de Hacienda (de Chile), Valparaíso. En 4.° mayor, XXX-511 páginas.—10 pesetas.

Riva (E. de la).—Por meterse en casa ajena; juguete cómico en un acto y en prosa, original. En 12.°, 20 páginas.—0,50 pesetas.—Biblioteca teatral infantil.

Segalá Estalella (M.)—De la ránula. Tésis del doctorado. En 4.°, 144 páginas.—2 pesetas.

Soto Hall (M.)—El ideal, por Máximo Soto Hall. En 8.°, 146 páginas y retrato del autor.—1 peseta.

Tous y Fera (R.)—El Papa y los católicos españoles. Consideraciones sobre la peregrinación obrera española y sus consecuencias. En 8.°, 211 páginas.—1,50 pesetas.

Valbuena (A.)—Ripios ultramarinos por D. Antonio Valbuena (Miguel de Escalada). Segundo montón. En 8.°, 288 páginas.—3 pesetas.

Vega (R. de la).—La verbena de la

Poloma ó el boticario y las chulapas y celos mal reprimidos; sainete lírico en un acto y en prosa, música del maestro D. Tomás Bretón. En 8.°, 44 páginas.—1 peseta.—Galería dramática de Hidalgo.

Verdades (J.)—Chirlata-Club (prontuario de incautos.) En 4.°, 63 páginas.—1 peseta.

Villar y Peralta (L.) y Martínez Acacio (J.)—La mujer casada y el Código civil. En 8.°, 138 páginas.—2,50 pesetas.

Yxart (J.)—El arte escénico en España. Vol I. Introdución. La tradición.—La decadencia.—El drama. — Echegaray, Gaspar, Sellés, Feliú y Codina.—Nuevas direcciones dramáticas. — En el extranjero.—En España.—Pérez Galdós, etc., epílogo. En 8.°, 364 páginas.—5 pesetas.

Ziur (O.)—Fascinación y adivinación. El secreto de Onofroff al alcance de todos. En 8.° menor, 38 páginas.—0,50 pesetas.

Zorrilla (J.)—Poesías escogidas de D. José Zorrilla, publicadas por la Real Academia Española. En 8.°, 179 páginas.—1 peseta.

Zúñiga (N. A.)—El totalismo, clave de la religión, de la filosofía y de la historia, etc., etc. Tres tomos. En 8.°, XXXI-564, 560 y 342 páginas.—9 pesetas.

INDICE

	Págs.
La Buena fama, por Juan Valera	5
La Hijuela del Parnasillo, por A. Sánchez Pérez	33
Por Francia, por Adolfo Posada	57
Fray Jerónimo Savonarola, por Juan O'Neill	77
Vida literaria de Don Enrique de Villena, por Emilio Cotarelo	91
Crónica científica, por Luis de Hoyos Sáinz	115
La enseñanza del latín en España, por Miguel de Unamuno	144
Revista crítica, por M. Menéndez y Pelayo	167
La Literatura castellana y portuguesa, por Fernando Wolf	182
Obras nuevas	204

España moderna

AÑO VI NÚM. LXXI

LA ESPAÑA MODERNA

REVISTA DE ESPAÑA

Director: J. LÁZARO

NOVIEMBRE 1894

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE A. AVRIAL
San Bernardo, 92.—Teléf. 3.074

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

LA BUENA FAMA

IX

A diversas personas he oído yo la historia que trato de fijar para siempre en estas páginas, dándole forma adecuada. En lo esencial la historia es siempre la misma: sólo varía por tal ó cual menudencia, y más aún por ciertas explicaciones y aclaraciones, que ni la vieja aldeana, ni el mozo de mulas saben dar, y que D. Juan Fresco, hombre ilustrado y muy filósofo, pone en abundancia.

Yo entiendo que conviene adoptar un término medio; y así, aunque no me limitaré, con el modo escueto y por el estilo mondo y lirondo que los rústicos usan, á referir los lances extraños que luego sobrevienen, sin tener al lector algo prevenido, todavía, en obsequio de la brevedad, he de suprimir aquí las dos terceras partes de las filosofías, moralidades y razonamientos que mi tocayo prodiga.

Ya dije que el rey se quedó turulato al oir el discurso de Calitea. En esto convienen todos. El caso no era para menos.

Había sido educado este joven príncipe hábil y severamente por su señora madre, dechado de reinas viudas. El refran escolástico, sin embargo, tiene razón que le sobra : *Quod natura non dat Salamanca non prestat.* El esmero de la madre hubiera valido poquísimo sin las nobles prendas de carácter,

inteligencia é ingenio, que naturalmente adornaban al rey. Como el labrador en terreno fértil, bien podían exclamar y exclamaban los maestros, con arrogancia y con júbilo, que no trabajaban en balde y que era su *azadonar para ganar*. El rey aprendía todo lo que le enseñaban y adivinaba el resto. A los diez y ocho años, cuando verdaderamente tomó las riendas y empezó su reinado, ya sabía cuánto entonces había que saber del *trivio* y del *quadrivio*, y poseía además extraordinarios conocimientos en historia, leyes y otras ciencias políticas. Los cortesanos, entusiasmados, veían en él á un Salomón flamante.

Y no se crea que, por el afán de cultivar el espíritu, se había desatendido la educación del cuerpo. Aprendiendo la danza, arte que enlaza la música con la gimnástica, y es como el guión entre lo que debe aprender el alma y los corporales ejercicios, el rey había adquirido soltura fina ó sea agilidad y gracia en sus movimientos y ademanes, lo cual realzaba su gallardía y su belleza. Era capaz de luchar como el oso, á pesar de la esbeltez aristocrática de su persona. Corría como el galgo, brincaba como la ardilla, nadaba como la trucha, y montaba á caballo con firmeza y primor, domando los potros más bravos y cerriles.

En lo tocante al manejo de las armas ya hemos visto lo que sabía hacer cuando las circunstancias lo requerían.

Engolfadísimo en sus estudios; prestando seria atención y empleando horas y horas en el gobierno de la monarquía, que estaba floreciente con su desvelo y su tino, y solazándose en la caza, á la que tenía mucha afición, y en la que robustecía sus miembros, y aun los fatigaba para hacer luego más grato y profundo el reposo y el alimento más apetecible y más sano, nuestro joven príncipe, ¡oh insólito prodigio!, cuando conoció á Calitea, la primera vez que se escapó de palacio, de noche, y á hurtadillas de su madre, acababa de cumplir veintidós años, y hasta entonces no se había acordado para nada de que había mujeres. Sus dulces é inocentes amores con Calitea fue-

ron el estreno práctico, la doctrina inicial que recibió sobre este punto.

Importa que se sepa que el clero secular y regular, los consejeros y magistrados, algunos palaciegos vetustos y bastantes señoronas devotas, rígidas y principales, ponían por las nubes la honestidad y pureza del rey, á quien, sobre declararle doctor y celebrarle como á valiente y diestro en las armas, preconizaban por Santo. Pero, en cambio, y eso que no era entonces *fin de siglo,* había no pocas damas, guapas, elegantes y alegres, harto mal avenidas y aun picadas de aquel retraimiento del monarca. Las más prudentes le llamaban hurón, y la mayoría de ellas, que era levantisca y desaforada, prescindía del comedimiento que se debe á los sujetos augustos; inventaba mil patrañas para desacreditar al rey; se reía de su austeridad, y hasta llegó á calificarle de papandujo.

Fácil es inferir de lo expuesto cuánto se alborotaría aquel cotarro, y la sorpresa, el asombro y la envidia que se apoderarían de todo él, apenas vino á traslucirse, si bien de un modo vago, merced á lo circunspecto y sigiloso que era el corregidor, que el egregio niño, de quien se burlaban por suponerle cosido á las faldas de su madre, sin buscar otras faldas á que coserse ó hilvanarse, había sacado los pies del plato, se había ido, muchas noches, á correr aventuras por las calles de la ciudad, y hasta había tenido citas amorosas y andado á cuchilladas.

Reconociendo ya aquellas damas que en el rey había elementos para todo, cantaron la palinodia sobre lo más agrio de las censuras, y se limitaron á murmurar del mal gusto de su majestad, dando por averiguado que galanteaba á alguna mozuela zafia y plebeya. A fin de ennoblecer las regias aficiones, enseñando estética, ciencia cuyo nombre no se había inventado aún, pero que ya existía, las damas, que eran ó que presumían de ser más bellas, redoblaron su afán en adobarse y emperejilarse cuando se mostraban en fiestas y reuniones, y aun enviaron por elixires, aguas de olor, sahumerios y nue-

vas galas, á Milán, á Florencia y al propio París, que ya empezaba, en aquella edad remota, á ser el laboratorio de las mudas y de los afeites, y el taller y el foco de las elegancias femeniles.

X

El rey, á quien, fuese el que fuese su verdadero nombre, seguiremos llamando Miguel, ó más bien D. Miguel, para no ser irrespetuosos, no dejaba, entre tanto, de pensar en Calitea, cuya beldad, evocada por el recuerdo, eclipsaba la de todas las damas que eran el ornato y el orgullo de la corte.

El, al pronto, se había enojado bastante de la repentina brusquedad con que la joven le había despedido.

—¿Qué culpa, decía para sus adentros, tengo yo de haber nacido rey? Y por lo demás, por el disimulo ó el engaño con que oculté que lo era, ella misma confiesa que estuvo muy en su lugar; que hubiera sido yo tonto de capirote si le digo en seguida, mira que soy el rey; que me perdona el no habérselo dicho, y que de tan leve falta, si lo fué, nació la ventura de que, durante algunos días, hemos gozado. Ahora bien, ¿á qué tanto desvío á los pocos minutos de haberme mostrado el más entrañable afecto? Es evidente que yo no puedo ni debo hacer de Calitea mi reina, pero...

Y aquí tomaban las regias cavilaciones un giro tan enmarañado y nebuloso, que yo no atino á trazarle con palabras. Luego sus pensamientos volvían á aclararse y se resumían en estas cláusulas.

—No; yo no la creo ladina, ni fríamente astuta y calculadora. No me despidió para prenderme mejor en sus redes, haciéndome formar un concepto elevadísimo de su virtud. Pero ¿quién sabe?... Sus propósitos eran leales... de buena fe... Y,

sin embargo, ¿por qué ha de persistir en ellos? ¿Por qué no ha de quebrantarlos y rendirse si me obstino en obsequiarla y en pretenderla?

Después de discurrir así, nuestro D. Miguel fué no pocas tardes, entre dos luces, á la catedral, y se estuvo horas de plantón, junto á la capilla de su santo patrono. Calitea no pareció nunca. Le paseó la calle á ver si ella salía á la reja ó volvía para entrar en su casa. Tampoco tuvieron buen éxito estas tentativas.

El rey se dio á sospechar que estaba haciendo un papel ridículo. Si las damas y los caballeros de su corte llegaban á descubrir que él suspiraba por una costurerilla que no le hacía caso, aunque le rondaba la calle, las burlas iban á ser crueles y á darle inmortal reputación de memo. Cesó, pues, en sus rondas, pero no desistió de la empresa.

Como era celosísimo de su dignidad y muy avisado, no cayó nunca en la tentación de escribir cartas á la muchacha, quejándose en verso ó en prosa de sus ingratitudes. *Verba volant, scripta manent.* Omnímoda confianza le infundía Calitea, pero, á pesar de ella, podía caer cualquiera de las cartas que él escribiese entre las manos de algún curioso, y, si bien entonces aún no había periódicos, circular en copia, y al cabo ser insertada en las Crónicas y en los Anales, á fin de que, hasta en los venideros siglos, se enterase todo el mundo de su sandez.

El rey, pues, no escribió carta ninguna. Halló mejor y menos comprometido recurso.

Leoncio, el principal de sus escuderos, era un hidalgo de edad provecta, que había servido al rey su padre; tenía facha tan grave y señoril que inspiraba veneración, y su mente, á par que abismo insondable para esconder problemas, era oficina muy apta para resolverlos. D. Miguel había averiguado, porque era difícil que nada se le ocultase, que su augusto padre había tenido bastantes devaneos, y que Leoncio había terciado en ellos como cauteloso y eficaz paraninfo.

El rey confió á Leoncio todos sus pesares y le encomendó que le buscase el conveniente remedio.

Calitea, en aquella confusión de la noche de la pendencia, no había visto sino el bulto de Leoncio, de modo que éste pudo sin dificultad introducirse en casa de la joven, bajo el plausible pretexto de encargarle que bordase un magnífico terno que para cumplir cierto voto debía él regalar á la iglesia de los monjes benedictinos.

Mientras examinaba muestras y dibujos, en repetidas visitas y sin acabar de decidirse, no tardó Leoncio, con su venerable aspecto y sus finísimos modales, en ganar la confianza de Calitea, y cuando creyó llegada la sazón oportuna, con toda la habilidad y pericia del hombre más experto y curtido en las artes *proxenéticas*, descubrió quién era, los mensajes melifluos que traía y los fervorosos anhelos y atrevidos pensamientos de su majestad.

Terrible fué el desengaño. Calitea, sin descomponerse ni alterarse, zapeó muy de firme á Leoncio, y hasta hubo de afear, con bonitos circunloquios, que doraban la píldora, que en aquel oficio ruin se emplease persona tan encopetada, tan entrada en años y al parecer de tanto respeto.

Ello es que Leoncio volvió al rey con las orejas gachas y harto afligido del mal éxito y del peor recado.

Aún no desistió el rey, que era tenaz y estaba prendadísimo de Calitea. Ocurriósele que tal vez un rico presente la ablandaría. *Dádivas quebrantan peñas*, pensó; y sin más reflexiones, envió á Leoncio tres ó cuatro días después con un rico presente.

Nadie hubiera podido desempeñar esta comisión con mayor delicadeza que la desempeñó Leoncio. Pidió á Calitea perdón de su audacia, se disculpó del oficio que había ejercido por la fidelidad y gratitud que debía á quien le enviaba, y dando á entender que el rey reconocía y respetaba la entereza y la virtud, y que, si bien seguía enamorado, sufriría en silencio y no volvería ya á perseguir á la esquiva señora de

su alma, le enviaba, como final despedida, aquel recuerdo, y le suplicaba humildemente que le aceptase.

Dicho esto, sin dar tiempo á contestación alguna, Leoncio se despidió y se fué, dejando sobre la mesa de la costura, un sencillísimo estuche donde se encerraba un costoso aderezo de perlas y diamantes.

Pasaron tres días sin que Calitea se diese por entendida de haber recibido las joyas.

El confidente decía al rey:

—Señor, el triunfo es ya seguro. El pez tragó el anzuelo. Tu espléndido venablo atravesó, al fin, el empedernido corazón de aquella leona; pero debes refrenar tu impaciencia. Parecería en esta ocasión muy poco magnánimo apremiar para el pago: ir al punto á cobrar la res que va herida.

Al día siguiente de pronunciado este lacónico discurso, el rey, previa concesión de audiencia, tuvo que recibir á un pobre sacerdote muy conocido por sus virtudes y vida ejemplar, y que se llamaba D. Prudencio.

El sacerdote no hizo más que entregar silenciosamente al rey un pliego cerrado y sellado.

Creyó el rey que sería un memorial y que el clérigo pediría que le hiciesen canónigo.

No sabemos qué despertó, no obstante, su curiosidad; y abrió pronto el pliego y se enteró de su contenido.

Su sorpresa fué grande y mayor su despecho. Aunque sabía reprimirse, se mordió los labios de rabia, y aun hay historiadores que afirman que, á pesar de su moderación y buen tono, se le escaparon cuatro reniegos.

El pliego contenía tres hojas, y decía la principal:

«¡Señor! A tamaña generosidad no debe Calitea responder con groserías. Acepta, pues, el presente y le agradece con toda su alma; pero no acierta á darle más digno empleo que el que declaran los documentos adjuntos.»

Uno de estos documentos era la tasación de las joyas y la declaración del joyero más acreditado de la capital de

haberlas comprado, pagando diez y ocho mil ducados por ellas.

El otro era un testimonio fehaciente, donde, con todos los requisitos, fórmulas y reglas que entonces se empleaban, el tesorero del Hospital general afirmaba, para la exactitud de las cuentas y resguardo de D. Prudencio, aunque bajo sigilo, á fin de no ofender la modestia de su majestad, que había recibido, por orden y mandado de dicha augusta persona, y hecho ingresar en caja, la suma de diez y ocho mil ducados.

Después de esto, el rey se dió por vencido, por burlado y por desahuciado; procuró borrar la imagen de Calitea, de su corazón y de su memoria, y se esforzó, aunque en vano, por figurársela, más que entera y honradísima, engreída, soberbia y loca.

Leoncio era quien no quería cejar. Lamentando lo deslucido que iba á salir del primer empeño en que por acreditado zurcidor de voluntades le había puesto el rey, y emperrándose en que hubiese función de desagravios, se atrevió á insinuar el rapto de Calitea.

El rey, que tenía muy buena pasta, no se incomodó, pero rechazó la insinuación con risa. Aunque apenas había cursado el arte de amar, salvo en los prolegómenos y parte especulativa, daba él por cierto que en tan deleitosa asignatura no debía entrar la violencia para nada, sino ser todo armonía, alegre cordialidad y mutuo consentimiento y abandono. Nada de lágrimas. Nada de quejas. Por eso sostenía él que Tarquino, Apio Claudio y otros tiranos por el estilo, habían sido unos solemnes majaderos; ó bien, adelantándose en escepticismo histórico á Masdeu y á Niebuhr, dudaba de cuanto se dice que les ocurrió con Lucrecia, con Virginia ó con otras doncellas ó matronas cogotudas, suponiéndolo invención, calumnia de los republicanos y demócratas; lo que ahora llamamos una *filfa*.

De aquí que el rey sólo aceptase como juicioso el consejo implícitamente encerrado en cierta coplilla vulgar que entonces se oía en boca de las cocineras al compás del almirez en

que majaban los aliños para sus guisos. La coplilla responde con toda exactitud á ésta, no menos famosa en nuestro idioma:

Me han dicho que no me quieres,
No me da pena maldita,
Que la mancha de la mora
Con otra verde se quita.

En el fondo, el rey, á pesar de su despecho, no quería ni podía persuadirse de que hubiese Calitea dejado de amarle. Tampoco se le ocultaba que la esquivez sublime de aquella mujer le dolía de veras en lo íntimo del corazón y le daba *pena maldita:* pero era joven, nada quejumbroso y menos inclinado á melancolías, por donde, sin aprobar las premisas de la copla, aprobó la consecuencia y se echó á buscar *moras verdes.*

Poco trabajo le costó hallarlas. En su corte casi sobraba verdura, y pronto notó su majestad que estaba en intrincado bosque de zarzas y de moreras.

Leoncio, cargado de laureles, olvidó por completo su primer descalabro, y, muy orondo con las victorias que se alcanzaban de continuo, formó lista de ellas, no menos larga que la que saca hoy Leporello en la ópera de *Don Juan.*

Se diría que el rey trataba de recobrar el tiempo perdido. En grande tomaba el desquite. Bien podían llamarle tardío, pero cierto.

Como era natural, los prelados, los sacerdotes, las beatas, otras muchas personas formales y la reina misma, se afligieron y se escandalizaron de todo esto; pero como pasaron tres años, y no hubo enmienda, tuvieron al fin que resignarse y acostumbrarse.

D. Miguel, por dicha, no se dejaba dominar por ninguna señora: no tuvo en aquel tiempo *camarillas,* y sus amoríos y deportes no le impidieron seguir gobernando con acierto, gloria y fortuna.

El reino todo, en paz y en orden, prosperaba por su industria y comercio.

En un país vecino, había un pueblo bárbaro, muy belicoso, entregado á la rapiña, y dado aun á supersticiones gentílicas.

Hubo que hacer la guerra á dicho pueblo para acabar con sus depredaciones, y el triunfo de D. Miguel fué rápido y brillante. Sometió á toda aquella gente feroz, se enseñoreó de su territorio, y redujo territorio y gente á buen régimen político y á vivir culto y decoroso.

Mucho le valieron en tan alta ocasión los frailes de Santo Domingo y de San Francisco, que empezaban ya á figurar en el mundo, compitiendo por mostrarse blandos y amorosos con los amigos de la fe cristiana y avinagrados y crudos con los que no la reconocían ó renegaban de ella. Aquellos benditos Padres acudieron al país recién conquistado, como gorriones á la parva que desmenuzó el trillo, y en un periquete catequizaron miles y miles de semisalvajes y edificaron iglesias y monasterios suntuosos.

Por este y por otros indicios, que se irán notando más adelante, D. Juan Fresco rastrea la época de esta historia y la coloca en los primeros veinte ó treinta años del siglo XIII.

A par de los frailes, si bien por más profanos medios, concurrió á la civilización de las tribus conquistadas un ilustre duque, sabio en todas las artes de la paz y de la guerra, y á quien D. Miguel, después de la conquista, en que le ayudó como general, puso allí por gobernador y virrey.

La duquesa se quedó en la corte, y como era la señora más lucida, graciosa y linda que en ella había, logró detener los caprichosos revolteos de su majestad, no de otra suerte que la rosa, emperatriz de las flores, consigue que se pose, se quede como dormida entre sus frescos pétalos, y se embriague con su miel y su aroma, la más inconstante y alborotada mariposilla.

El rey veneraba al duque y le comparaba con Marco Aurelio, el cual, á pesar de ser tan sabio, nunca cayó en la cuenta de los extravíos de Faustina.

En alabanza de la conducta del duque en el virreinato, su

majestad le escribía cartas cariñosas y lisonjeras, siendo los párrafos más dulces los que inspiraba y dictaba la duquesa misma, mejor sabedora que nadie de lo que halagaba y enorgullecía á su marido.

Entiéndase, sin embargo, que el rey, si bien tenía por la duquesa constante predilección, distaba mucho de concederle un afecto exclusivo. A la duquesa no le faltaban rivales, y descollaba entre todas cierta alegre cantarina que había venido al Norte desde Sicilia, en pos de la resplandeciente y trovadoresca comitiva de un soberano que, según D. Juan Fresco, no pudo ser otro que Federico II de Suabia, emperador de Alemania.

En resolución, el rey se divertía á más no poder; pero como era amable, generoso, claro espejo de valentía y llano y alegre en su trato con los humildes, el pueblo le idolatraba, y lejos de condenar, aplaudía y reía sus travesuras. Los sujetos timoratos, aunque no podían hacer la vista gorda, porque su majestad procedía con harto poco disimulo, tenían que disculparle, y pensaban con esta intención en Carlo Magno, en el Santo rey David y en otros grandes monarcas, que habían pecado como él, con la diferencia de que él, en vez de matar á los Urias, los colmaba de atenciones y de beneficios.

En medio de esta vida algo escandalosa, D. Miguel no lograba olvidar á Calitea. Aquellos primeros castos amores le parecían más bellos que cuantos después había tenido. La iniciación había superado para él todo el ulterior y pleno conocimiento de los misterios. La casi divina ventura, que la iniciación prometía, jamás se había realizado.

D. Miguel, no obstante (menester es confesarlo aunque nos sea muy simpático), empleaba, tal vez involuntariamente, las sutilezas más refinadas del egoísmo para evaporar el amor de Calitea en la alquitara de su pensamiento y reducirle á vago sueño deleitable. La superioridad con que brillaba Calitea en su memoria dependía, según él, de la luz de la aurora de la vida que en su memoria la iluminaba. Tal superioridad

no debía de existir en el mundo visible. Y así, para no tocar el desengaño y para que su grato sueño no se disipara, D. Miguel, por amor al recuerdo de Calitea, procuraba no saber de ella, ni oirla mentar, ni volver á verla nunca. Hasta le entraba miedo á veces de que, el día menos pensado, después de transcurrir mucho tiempo, volviese él á encontrarla, por casualidad, ajada, jamona, mal vestida, casada con algún pobre diablo, y rodeada de seis ó siete chiquillos, poco limpios, y más feos y ordinarios que su padre. ¡Cómo se desvanecerían entonces todas las ilusiones! No: lo mejor era que, en la realidad, y para él, Calitea hubiese dejado ya de existir.

XI

A pesar de tan cómodas imaginaciones y de aquellos vagos y pérfidos deseos de D. Miguel, que soñaba con la desaparición real de Calitea, á fin de conservar mejor su recuerdo poético, pasaron tres años, y Calitea siguió existiendo. Calitea llegó á estar más hermosa que nunca.

La expresión de su semblante era más noble por la pasión que en él se reflejaba, y realzaban el hechizo de toda su persona la santa resignación con que sufría un amor sin esperanza, y ese mismo amor, tan firme y constante como su orgullo, y no menos arraigado en el alma que el propósito de no ceder á él rebajándose.

La más viva y profunda fe religiosa era el consuelo de Calitea. Abandonar el cuidado y el aseo de su gallardo cuerpo y dejar que su espíritu se hundiese en ociosa melancolía ó se consumiese en estériles quejas, hubiera sido para ella el mayor de los pecados: ingratitud para con Dios, menosprecio de los dones que de Dios había recibido, desdeñarlos y arrojarlos de sí con satánica rebeldía. Así es que ella siguió culti-

vando su espíritu, como si nada la atormentase, y no dejó de mirar, ni un día siquiera, por la salud, agilidad, limpieza y hermosura de su cuerpo, como si fuese la víspera de su boda, como si no tuviese pleno convencimiento de que ningún mortal había de poseer aquellos tesoros! El cielo se los había confiado, y hubiera sido ofender al cielo echarlos á la basura. Si un poderoso magnate entrega á su mayordomo, para que los custodie, dijes riquísimos, un vaso de oro con esmalte ú otro objeto por el estilo, ¿estará bien que el zopenco del mayordomo tire al muladar todas estas cosas para hacer gala de magnánimo y de desprendido?

Al llegar á este punto, D. Juan Fresco declama mucho contra Luis Veuillot y contra los santurrones sucios y las beatas hidrófobas; pero yo prescindo de sus declamaciones y paso adelante.

Calitea, aunque acicalada y lindísima, esquivaba ya las fiestas y reuniones. Cesaron de perseguirla los mancebos. Sus antiguas amigas la abandonaron. Su aislamiento no podía ser mayor. Apenas salía de su casa sino de madrugada para ir á la iglesia, y siempre con su madre.

Su crédito de bordadora subió como la espuma. Aunque trabajaba y velaba, no daba abasto á tantos pedidos. La vieja criada llevaba á su destino las obras que Calitea iba terminando. Y de esta suerte ella y doña Eduvigis vivían, si bien humildemente, con bastante desahogo.

La casa de Calitea, aunque pequeñita, era alegre, bien ventilada, sana y propia: única finca que de los derroches de su padre había podido salvarse. Nada había que no estuviese ordenado y limpio en aquella casa, situada en la parte más alta de la ciudad, que como todas ó casi todas las ciudades famosas, es claro que había sido fundada sobre siete colinas.

La susodicha vieja criada era una fiera para el trabajo: condimentaba y sazonaba platos tan sabrosos que despertaban el apetito de la persona más desganada y más romántica; y aun le sobraba tiempo para emplearse en el manejo de la aljofifa,

de la escoba, de los zorros y del estropajo, por manera que las cacerolas y los peroles relucían como el oro, suspendidos en la pared de la cocina; en los muebles de las alcobas y del estrado se podía cualquiera ver la cara: era una delicia contemplar sábanas, manteles, toallas y demás ropa blanca, puesto todo en dos enormes arcas, y lavado, planchado y sahumado con alhucema; y los suelos estaban tan fregados y tan bruñidos, que daban ganas de comer en ellos natillas.

A espaldas de la casa había un corralón no menos atendido que el resto. Elevadas tapias erizadas de bardas y con honores de muros, le guarecían hasta de las miradas escrutadoras de cualquier vecino. Y allí Calitea, en libre abandono, en horas de solaz y recreo, y compitiendo por su actividad con la sirvienta, lo convertía todo en ameno y diminuto jardín, salvo un rincón hacia el lado opuesto á la casa, donde en recinto capaz, que un encañizado formaba, se veían gallinero y palomar encima, y no pocos palomos, gallinas y pollos.

Podían regarse las plantas y las flores de aquel jardín con el agua dulce de un pozo que en su centro se parecía. En lo hondo del pozo, que era en verdad muy hondo, sonaba de continuo el agua. Era un arroyo caudaloso, era casi un riachuelo que bajaba por allí despeñado, y cuya corriente cobraba mayor caudal, rapidez y frescura en el estío por el tributo del hielo que se derretía en muy cercanas y encumbradas montañas.

Como se ve, el retiro de Calitea no era penitente, ni había necesidad de ello. La penitencia en Calitea hubiera sido curarse en salud, y lo contrario de miel sobre hojuelas. Hartas penas tenía ella en el alma.

Su vida era solitaria y triste, aunque muy apacible.

Ni D. Hermodoro, el más terco de sus perseguidores, acudía ya á visitarla. Con la sospecha de haber incurrido en un conato frustrado de crimen de lesa majestad, andaba D. Hermodoro, aterrado y huido, y nada queria ya saber, ver ni oir de Calitea. Al tuno del secretario, que fué su seductor y su

cómplice, le había enviado de comisionista á países remotos, á fin de quitarle de su presencia, sin hacer de él un enemigo.

Doña Eduvigis y D. Prudencio habían intervenido en el asunto del aderezo de perlas y diamantes, y se admiraban y enorgullecían del desinterés y de la virtud de Calitea; pero callaban todo lo ocurrido, porque ella así lo exigía, á su madre por cuanto hay de más sagrado en el mundo, y por el sigilo de confesión al presbítero.

No bastó tanto misterio á evitar que se entreviesen un poco y cundiesen por el barrio ciertos asomos del sublime desdén de Calitea, lo cual y la conducta ejemplarísima que observó ella desde la noche del alboroto, le conquistaron la consideración y el respeto de las gentes, aunque apenas de vista la conocían, pues no se trataba con nadie.

Sólo D. Prudencio, confesor de ella y de su madre, les hacía frecuentes visitas. Era este señor un carcamal de cortos alcances, tan lleno de preocupaciones como de virtudes. Doña Eduvigis le escuchaba y le obedecía como á infalible oráculo; pero Calitea confiaba poco en su saber y no atendía sus consejos, aunque le veneraba.

La rígida soberbia, tomando por disfraz la humildad y armándose de las virtudes mismas que en D. Prudencio brillaban, hacía odioso á D. Prudencio, porque le despojaba de todo indulgente amor al prójimo, cuyos pecados y vicios se complacía él en exagerar y en fustigar ásperamente.

A menudo decía:

—No hay que enojarse. Voy á hablar con libertad cristiana.

Y todo el que oía este preámbulo tenía que precaverse, como se precavían, no hace muchos años, los que oían decir en una ventana—¡agua va!—al pasar por las calles de varias ciudades en que no había aún alcantarillas.

Con la mejor intención, con el fin recto y sano de corregir á los pecadores y de mejorar las costumbres, D. Prudencio lanzaba por aquella boca sapos y culebras: mil suciedades y mil venenos.

Harto sabía él que Calitea amaba é idolatraba al rey: pero no discurrió nada tan á propósito para curarla de aquella pasión sin ventura como referir escandalizado todos los lances amorosos de su majestad, hiriendo y martirizando el pobre corazón de la muchacha con el aguijón de los celos.

Otras veces, en aquellos íntimos coloquios, prevalido de lo que él llamaba libertad cristiana, en la que se atrevía Calitea á sospechar que entrase por algo la mala educación, D. Prudencio denigraba las travesuras juveniles del rey, abominaba de su relajación y desenfreno, y le calificaba de pillete y de casquivano, pronosticando que todos sus súbditos acabarían por odiarle ó por despreciarle, en apoyo de lo cual citaba en latín sentencias de la Escritura, como, por ejemplo: *Simia in tecto rex stultus in solio suo:* un rey necio en su trono es una mona en un tejado.

Calitea perdía entonces la paciencia y se revolvía furiosa contra el detractor de su ídolo. ¡Cuán bella estaba en aquellos momentos! Parecía de mayor estatura al erguir la cabeza, y puesta de pie: el rubor encendía la tersa tez de su rostro; sus grandes y negros ojos centelleaban; se le veían mejor, al hablar, la nacarada blancura de los dientes y la fresca lozanía y gracioso movimiento de los labios; y la emoción entusiasta agitaba las airosas curvas de su firme pecho. Su voz temblorosa, pero vibrante y argentina, resonaba elocuentemente en defensa y en alabanza de su dulce amigo. Ella refería sus hazañas; hablaba de su prudencia y valor en los combates y de su bondadosa templanza en la victoria; contaba los asilos y las escuelas que había fundado, los caminos que había abierto y los templos y monumentos que había erigido; describía las naciones bárbaras que había domado y la mudanza dichosa que obró en ellas la cultura; y encarecía, por último, la sencillez, la llaneza y la inagotable generosidad con que el rey socorría á los menesterosos sin humillarlos, y la esplendidez con que enriquecía y honraba á los sabios, á los trovadores y á los artistas.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!—exclamaba aquí D. Juan Fresco, interrumpiendo la narración.—¿Quién no se alegraría de ser rey, y sobre todo de ser buen rey, para ser celebrado y adorado así por una súbdita tan guapa? ¡Ah, nunca, nunca—añadía luego citando á uno de nuestros mejores poetas—

> Tan sublime modelo
> de estro feliz, de inspiración divina,
> mostró Casandra en los dardanios muros
> ni en las lides olímpicas Corina!

XII

Las moralidades feroces en que D. Prudencio solía desatarse contra el padre de Calitea causaban á su hija mayor enojo aún, porque veneraba y amaba la memoria de su padre, aunque no le había conocido; porque era harto más difícil defenderle; y porque doña Eduvigis, acaso por admiración condescendiente hacia el clérigo, se convertía en eco de cuanto el clérigo afirmaba. A pesar del acendrado amor al marido, por quien suspiraba al cabo de los veinte y pico de años de haberle enterrado, y á quien llamaba, á todas horas, mi queridísimo Adolfo, la bendita señora, sin poderse refrenar, acompañaba siempre á D. Prudencio y entonaba con él á dúo un piadoso responso de vituperios y anatemas contra el difunto.

Menester es confesar que, si en esto, prescindiendo de la fe ciega en el director espiritual, cabe alguna disculpa, doña Eduvigis la tenía. Su queridísimo Adolfo le había hecho poco caso; le había sido infiel con frecuencia; se había casado con ella por casarse; jamás le había confiado sus pesares, sus planes, ni sus secretos, si los tuvo; jamás había realizado con ella la santa comunicación y la estrechísima unión de las almas, que hacen verdaderamente sacramental el matrimonio; y, por últi-

mo, había consumido en vicios y en extravagancias casi todo el dote que aportó ella y los bienes que él tenía.

D. Adolfo, no obstante, á quien hablando en castellano, me parece que debemos llamar Don, era la bondad misma; cautivaba las voluntades con su afabilidad y dulzura; y competía por lo valiente con el Cid, por lo leal con un perro y por lo generoso con el Magno Alejandro. Sus defectos no eran defectos, sino sobras: sobra de alegría, sobra de afición inteligente hacia todo lo hermoso y deleitable, y sobra de confianza en la misericordia del cielo. De todo lo cual resultaba un sujeto extraviado y manirroto: lo que llaman vulgarmente un perdido, pero de gran ser y sumamente simpático.

Varias veces había adquirido mucho dinero, mas en seguida le gastaba, con rumbo de gran señor, en conquistas, en limosnas, en obsequiar á sus amigos y conocidos, y en divertirse y holgarse. Su situación crónica y ordinaria era, pues, estar á la cuarta pregunta.

En aquella edad, ya por alguna hazaña memorable, ya por la empresa que se ponía en el escudo, ya por calidad ó virtud en que sobresaliesen, los caballeros tomaban apellido ó título significativo y sonoro. Y así como hubo el caballero del Cisne, el del Lago, el del Aguila rapante, el del Penacho de oro, el de la ardiente Espada y el del Brazo de hierro, á D. Adolfo le llamaron el Caballero de la Bolsa vacía: título que él aceptó como justo y gracioso, aunque ya le tenía un trovador contemporáneo suyo: pero ¿en qué siglo y en qué reino ó república, no ha habido caballeros y trovadores que le merezcan?

Para la mejor comprensión de esta historia, aunque verdadera, algo confusa y desfigurada por el indocto vulgo, conviene poner aquí en resumen, si bien con las aclaraciones é interpretaciones de D. Juan Fresco, algo de lo que Calitea pudo sacar en claro de la vida de su padre, oyendo lo que decían doña Eduvigis y D. Prudencio.

Según parece, en aquella misma sangrienta batalla en que el famoso Saladino venció é hizo prisionero á Guy de Lusignan,

se vió tan cercado de infieles el Caballero de la Bolsa vacía, que, después de pelear como acosado león, cayó mal herido y tuvo que rendirse.

Cautivo ya, le llevaron á Damasco; y como el mal olor de la pobreza penetra y ofende las narices más tabicadas, los muslimes que le habían cautivado olieron pronto que nadie daría un ardite por su rescate, y le vendieron á un mercader parsi ó güebro, devotísimo de Zoroastro, y que comerciaba en sedas, perfumes, especierías y piedras preciosas. D. Adolfo, que, según hemos dicho, poseía el don de gentes, se ganó á escape el aprecio y el cariño del mercader, tuvo vara alta en su casa, y le acompañó en sus viajes. Ambos, embarcándose en una nave que zarpó de Ormuz, traspusieron á la India oriental y visitaron sus más antiguas y magníficas ciudades.

No es del caso referir aquí los inauditos sucesos, los lances de amor y fortuna y las interesantes impresiones de D. Adolfo en aquellas regiones del aurora, casi dominadas entonces por los Guridas, que habían suplantado á los indignos y débiles sucesores de Mahamud de Gasna.

Bástenos saber que D. Adolfo se hizo por allí grande amigo de un sujeto muy importante que era ya amigo de su amo. Su buen humor, su despejo y sus chistes cayeron tan en gracia á aquel señor indio, que continuamente quería tener á D. Adolfo en su compañía; y, como ya era anciano, y sin hijos, se dió á querer á D. Adolfo como quiere un padre.

Y fué lo más singular que este señor no era un cualquiera, sino uno de los más prodigiosos sabios y magos que ha habido en Oriente. Gustaba mucho de los cristianos, cifrando su mayor gloria en descender del más ilustre de los tres reyes magos que vinieron al portal de Belén. El se jactaba de ser el cuadragésimo nieto del que nosotros llamamos Melchor, aunque en la India tenía otro nombre. Lo que es yo ni afirmo ni niego esta descendencia, pero no me explico por qué se enfurecía tanto D. Prudencio cuando de ella se hablaba. Los reyes magos fueron personas de carne y hueso; y, como no consta

que hiciesen voto de castidad, bien pudieron dejar sucesión que hasta el siglo XIII se perpetuase.

Como quiera que ello sea, este sabio sobresalía de tal suerte en su ciencia intuitiva, tan superior á las groseras ciencias experimentales, de que hoy en Europa nos envanecemos, y era tan hábil en las artes taumatúrgicas, que las dos profetisas Elena Blavatsky y Ana Besant, el coronel Olcott, el doctor Francisco Hartmann y otros teósofos, han puesto últimamente en moda por acá y en América, que nadie le daba otro nombre que el altamente honorífico y repleto de significado de Criyasacti, ó como si dijéramos, el poder creador por quien los conceptos más atrevidos, que nacen en lo profundo del espíritu, salen fuera de él y aparecen en el mundo visible, con figura, consistencia, movimiento y vida.

A fin de hacerse cargo de lo que es este poder y calcular su extensión, es indispensable entender que, en grado infinitamente superior, y con acción no lenta y metódica, sino casi instantánea, se parece algo al poder que ejerce un hombre docto en química, mecánica y otras ciencias europeas, cuando somete á su voluntad, aunque de un modo burdo y trabajoso, algunas energías de la naturaleza. Pero, ¿qué valen sus potingues, aparatos y maquinarias, en comparación de lo que estos magos de Oriente inventan y producen? Más adecuado símil será decir que tales invenciones y producciones ó creaciones son como las del poeta y las del artista, si bien con la notabilísima diferencia de que las del mago tienen realidad y verdad, y las poéticas y artísticas sólo son remedo de la verdad; verosímiles ó digamos de mentirijilla.

Para llegar á saber y á hacer lo que sabía y hacía Criyasacti, había sido indispensable abismarse en la profundidad de los más recónditos estudios y tener una vida inmaculada y austera; pero no se oponía esto á que Criyasacti, en vez de ser tieso y adusto, fuese facilitón y campechano, muy aficionado á reir y más alegre que unas sonajas. Nada le agradaba tanto como las chuscadas y las burlas con tal de que pudiese

sacarse de ellas alguna provechosa enseñanza y no redundasen en perjuicio de tercero.

Y no hay que extrañar esta inclinación de Criyasacti, ya que hasta los santos han sido á menudo alegres y chistosos. ¿Y por qué han de estar en oposición la santidad y la alegría? ¿Por qué no ha de tener gracia quien está en gracia de Dios? Quédese la tristeza para el delincuente, para el envidioso y para el tramposo; y el que no tiene remordimientos, ni envidias, ni ambiciones, ni deudas, sea todo regocijo. ¡Cuán lindamente expone todo esto el Padre Boneta, en el sabroso libro que dió á la estampa sobre la virtud de la eutrapelia y las sales, chistes y agudezas de los santos!

En fin, Criyasacti era chusco, pero benéfico; era un encantador de buena índole y muy regocijado.

Merced á este regocijo, á la serenidad de espíritu que los filósofos llaman *ataraxia,* á una vida casta y muy ordenada y á la dieta ó alimentación de sólo vegetales, huevos y leche, Criyasacti, en vez de malograrse, alcanzó la avanzadísima edad de ciento veinte años y algunos meses. Pero, como en este mundo no hay nadie á quien no le llegue su hora, llegó al cabo la del último vástago de la dinastía mediatizada de los Melchores, y sin dejar sucesión, expiró tan suavemente como había vivido, entre los brazos de su amigo D. Adolfo, á quien instituyó universal heredero de sus bienes, salvo los libros, que D. Adolfo no hubiera podido entender, y las baratijas y chirimbolos de magia, que no hubiera sabido manejar; todo lo cual fué recogido por la congregación de magos de la que era Criyasacti gloria y orgullo.

Viéndose D. Adolfo huérfano y rico, se hartó de estar en la India y se volvió á Damasco con el mercader güebro, de quien no era ya esclavo, sino socio. En Damasco, tuvo grandísimo deseo de volver á tierra de cristianos; arregló sus asuntos de alparcería con su socio el mercader; se despidió de él con lágrimas y muy cariñosos abrazos, y se vino á Europa.

Primero, en la gran ciudad de Constantino, y después, en

Sicilia y en Italia, ora en Mesina, ora en Palermo, ora en Nápoles y ora en Roma, Florencia, Milán y Venecia, vivió don Adolfo con tanto boato y tan á lo príncipe, que pronto devoró casi toda la hacienda que Criyasacti le había dejado y volvió á ser el Caballero de la Bolsa vacía.

Entonces fué cuando, algo compungido, buscó refugio en su patria; se propuso recogerse á buen vivir, aunque no lo cumplió, como ya sabemos, y se casó con doña Eduvigis.

Tales, en compendio, son las noticias que Calitea pudo recoger de su madre y de D. Prudencio. Para ello tuvo que descartar no pocas fábulas calumniosas que D. Prudencio forjaba sin querer, arrastrado por sus preocupaciones y por el odio que profesaba á Criyasacti sin haberle visto.

En vez de suponerle nieto quadragésimo del rey mago Melchor, sostenía que era, como Merlín, hijo del diablo.

—¿Quién sabe—decía á veces—si no descendería Criyasacti del propio Merlín, el cual me consta que estuvo en la India perfeccionándose, ó mejor diré, endemoniándose más en sus artes y fabricando aquel gigante monstruoso, llamado Gargantúa? Merlín era más enamorado que un mico, como se ve de sus amores con Viviana, quien, á despecho del infernal poder del encantador, le tuvo encerrado en la Floresta de Brocelianda, donde el caballero Galbán le halló hecho un gurrumino. Lo probable es, pues, que Merlín dejase bastardos en la India, en el mucho tiempo que allí estuvo.

Contra estas atrevidas suposiciones, fundadas en historias ó consejas disparatadísimas que corrían entonces por toda Europa, nada replicaba Calitea: pero se apesadumbraba en extremo del constante empeño del clérigo en injuriar la memoria del amigo y espléndido bienhechor de su padre, y en ocasiones contradecía á D. Prudencio para defender al mago indio.

Así, por ejemplo, cuando D. Prudencio aseguraba, como si lo viese, que Criyasacti estaba ardiendo en vivas llamas, allá en los quintos infiernos, Calitea sostenía que Dios no podía

haber condenado á una persona tan buena, la cual, si bien ella no creía que estuviese en el cielo, no era temerario, sino piadoso entender que se encontraba en unos á modo de Campos Elíseos, no lejos de la mansión de los precitos, pero donde la vida de ultratumba se pasa muy á gusto y con bastante regalo, en compañía de Aristóteles, Platón, Virgilio, Averroes, el propio Saladino y otros varones preclaros y virtuosos, que, por más que no conociesen ó no aceptasen la ley de Moisés, ni la ley de Gracia, vivieron con honestidad y decencia, según la ley de la revelación primitiva y según los preceptos y orden de Melquisedec.

Sosteniendo además que había *magia blanca,* Calitea defendía á Criyasacti de las tremebundas acusaciones de D. Prudencio, quien afirmaba que no había sino *magia negra*, obra del diablo; de suerte que, en lo único en que aprobaba la conducta de D. Adolfo, era en no haberse dejado seducir y en no haber aprendido palotada de aquella ciencia maldita, sin duda por no querer untarse, ni volar al aquelarre, ni comer niño crudo, ni firmar con su sangre un execrable pacto con Lucifer.

XIII

Por fortuna, vivía, á la sazón, en aquella ciudad, cierto personaje, que, á pesar de la oposición de D. Prudencio y de doña Eduvigis, visitaba con frecuencia á Calitea, y le daba más favorables informes y mejores noticias de su padre y de los amigos de su padre.

Era este personaje un muy anciano médico y filósofo griego, llamado el doctor Teódulo, que había venido á establecerse allí, emigrando de Constantinopla, cuando los latinos se apoderaron de aquella ciudad y destronaron al emperador Ducas Murzuflo.

D. Adolfo, por recomendación de Criyasacti, que había estado en correspondencia científica con el doctor Teódulo, conoció y trató á este sabio, é intimó con él desde que estuvo en Constantinopla, de vuelta de Damasco.

Ya en la ciudad, donde se realizan los casos que relatamos, habiendo hallado D. Adolfo á su antiguo amigo, la amistad de ambos se hizo más íntima.

Duró la amistad hasta la muerte violenta que dieron á don Adolfo aquellos desalmados fulleros; pero antes había él confiado al doctor cuanto podía confiarle. Criyasacti le había vaticinado que tendría una hija hermosísima, y él no dudó nunca de que la tendría; y, como recelase, según la mala vida que llevaba, que podría acabar en mala muerte, encomendó al doctor Teódulo que si él moría, entregase á su hija cierto presente, que al efecto puso en su poder, y que, según las instrucciones de Criyasacti, no había de recibir la niña hasta el día mismo en que cumpliese veintitrés años.

Llegó al fin dicho día, que era el del solsticio de estío, y el doctor Teódulo, que había solicitado y obtenido de Calitea cita para una larga conferencia á solas, acudió á visitarla cuando estaba el sol en el meridiano, que fué el momento en que ella nació, y antes de enseñarle y de entregarle lo que traía para ella en una cajita, que vendría á tener una tercia de largo, le echó el discurso que procuraremos con toda fidelidad reproducir aquí:

—En esta ocasión solemne—dijo el doctor—en que vas, ¡oh gentil Calitea! á recibir y á guardar un objeto que, por medio de tu padre, el propio Criyasacti te regala, es menester que yo te diga algo de Criyasacti y disipe los escrúpulos que las habladurías de D. Prudencio pueden haberte inspirado. Criyasacti fué un mago profundísimo, el más profundo y portentoso que durante muchos siglos se ha conocido; pero fué mago blanco y natural, y jamás tuvo trato con el diablo. No es de extrañar que se haya lanzado tan ridícula calumnia contra él, que al fin era pagano, cuando entre católicos han sido

acusados de lo mismo varones tan católicos y piadosos, como Gerbert, que fué Papa, bajo el nombre de Silvestre II, y cuando hoy acusan á un frailecito de San Francisco, inglés de nación, al hermano Rogerio, que empieza á aturdir á todas las gentes con lo mucho que sabe, averigua y descubre. Prescindamos de esto: y con la intención de que penetres el verdadero sentido de las cosas, sin gastar yo saliva y tiempo en dibujos, y fiándome, como me fío, en la rapidez de tus entendederas, que todo lo cogen al vuelo, te explicaré concisamente lo que es magia legítima, y la distinguiré de lo que el vulgo confunde con ella, y que nosotros debemos llamar, ora magia falsa y heterodoxa, ora magia soez y villana. Esta última es la sola diabólica: las otras dos merecen calificarse, la una de divina y la otra de pseudo-divina.

Hablaré primero de la magia diabólica ó dígase brujería.

La brujería es de tres clases. La más vil, aunque también la más disculpable, si cupiese en ello disculpa, es la que nace de la ignorancia, de la miseria y de los padecimientos de la plebe. La asiduidad y dureza del trabajo, la falta de abrigo contra el rigor y las inclemencias de las estaciones, el hambre, la abyección y los malos tratamientos, suelen engendrar nefandos odios contra el Creador y contra sus obras, y mover á muchas personas á que por desesperación se den al diablo. Estas personas constituyen la mayoría de los brujos y de las brujas; y ya con realidad, que no he de discutir aquí, ya por extravío delirante, y ya en visiones y sueños producidos por infames linimentos y bebedizos, ven y hablan al diablo, acuden á sus saraos y tertulias, bailan con él, oyen sus misas, entonan sus letanías, celebran ritos asquerosos para adularle, y le consultan las bellaquerías, delitos y liviandades que quieren cometer y que cometen.

—Espero que el Sr. D. Prudencio me hará el favor de creer que Criyasacti no era brujo de esta clase.

Calitea sonrió moviendo la cabeza, y el doctor Teódulo prosiguió:

—Brujos de otra clase, y los peores, en mi sentir, son los que, valiéndose de la destreza, de la fuerza, de los secretos científicos ó de las artimañas que poseen, encantan y seducen á los tontos, mienten, estafan, medran y triunfan á costa de ellos, y aun á costa de los avisados, y sólo miran al provecho propio. Estos ayudan á Satanás y Satanás los ayuda; aunque no le ven jamás, están obsesos por él; y, aunque no le hayan firmado pacto alguno, tienen con él pacto implícito. No seré yo, por último, quien niegue que ha habido, hay y habrá letrados y doctores, de voluntad débil, perversa ó inclinada al pecado, que, á impulsos de la codicia, de la ambición, de la sed de deleites ó del deseo de ser amados de alguna mujer, firman un contrato con el demonio y le venden el alma. Después que estos tales se divierten y consiguen cuanto se les antoja, suelen arrepentirse y encomendarse á Dios ó á algunos Santos, y acaban por salvarse, á pesar del contrato, dejando al diablo, que les ha servido de paje, espolique y tercero, burlado y con un palmo de narices. El célebre Teófilo, cuya historia está escrita en todos los idiomas, y sobre el cual compuso una comedia cierta monja alemana, es hasta hoy el más notable ejemplo de esta travesura: ejemplo que yo considero nocivo, porque es feo faltar á lo pactado, aunque se pacte con el demonio, y porque envalentona á los pícaros á pactar con él, para engañarle y chasquearle, cuando pueden ser ellos los que se lleven chasco.

Abandonemos ya estas impurezas y hablemos de la magia blanca, limpia y legítima.

—Hay una beldad soberana que lo hermosea todo, una luz que todo lo ilumina, una voluntad que todo lo mueve, y una esencia inteligente que todo lo llena, que todo lo penetra y que todo lo ordena y dirige. No hay hombre que, por mucho que estudie y sepa, atine á comprender sino muy vagamente á este Ser infinito. Debemos contentarnos con formar de El el incompletísimo concepto que cabe en nuestras almas, dando á este concepto cuantas buenas cualidades podemos concebir

en nosotros elevándolas luego á la infinita potencia. Nuestras almas, no obstante, son nobilísimas, como hechas á imagen y semejanza de Dios, y allí, en el abismo de ellas, si penetramos bien con el pensamiento, abstraído de todas las cosas exteriores, está Dios tan cerca de nosotros, que llegamos inmediatamente á El. Estame atenta, hija mía, porque lo difícil de entender estriba en esto; y yo no quisiera inducirte en error.

—Te escucho con la mayor atención—dijo Calitea.

Y prosiguió el doctor Teódulo:

—Ya comprenderás que para lograr la ventura, durante nuestra vida mortal, de columbrar á Dios en el abismo del alma, y aun de unirse con El de un modo inefable, no bastan nuestras pobres facultades humanas. Es menester el auxilio del Todopoderoso, su gracia, y por nuestra parte la fe y la caridad más puras. Tan alta unión se alcanza sólo por milagro. La ciencia que trata de esto se llama la mística, y en nuestra edad ha enviado el cielo á la tierra un pasmoso y seráfico doctor, que lleva el nombre simbólico de Buenaventura, y que entiende y lee en esa ciencia como nadie. Para llegar á Dios así, no se llega por el saber, sino por el amor: no es natural, sino sobrenatural el camino. Criyasacti jamás tuvo la arrogancia impía y abominable de confundir su magia con la mística. Su magia nada tuvo de sobrenatural. Fué natural toda ella. Con una vida virtuosa y recogida, con la introinspección y estudio del alma propia y con el posible conocimiento de sí mismo, ahondó hasta donde humanamente puede ahondar nuestro entendimiento limitado, y vió en aquella luz, que está en el ápice de la mente y que ilumina á todo hombre que se esfuerza por verla, no sólo los primeros principios, los axiomas, y ciertas verdades absolutas, que la razón universal ó el entendimiento agente pone como prólogo de su libro divino, sino también muchos capítulos de ese libro, cerrado y sellado con siete sellos para la generalidad de los hombres, que se emplean en intereses y deleites vulgares ó que viven en la admiración somera

de lo material y visible. Con este saber, incomparablemente superior al de los empíricos que hubo y que habrá en lo venidero, Criyasacti vió la conformidad de cuanto en los seres exteriores perciben los sentidos con lo que son ellos en sí, y aunque nunca entendió lo que es la sustancia de ellos, no la convirtió en Dios, ni la convirtió en ilusión y fantasmagoría, sino que descubrió varias de las cualidades y muchas de las leyes que ordenan y enderezan estos seres al fin y al propósito bendito con que Dios los crió. No se infiere de esto que tuviese Criyasacti el don de profecía; pero sí tuvo previsión racional de multitud de sucesos, con no menor claridad y certidumbre que aquellas con que un buen astrólogo pronostica los eclipses ó la aparente situación que tendrán las estrellas del cielo, dentro de unos cuantos siglos, en tal día y á tal hora. No por eso se ensoberbeció Criyasacti, ni incurrió jamás en la espantosa locura de negar á Dios ó de negarle la conciencia para adjudicarse él lo divino y consciente, ni de hacer del Universo un sueño vano para que el todo sea el Unico, y venga el Unico á parecerse á la nada. Jamás aceptó mi excelente amigo esos absurdos sistemas de otros sabios de la India, que tuvieron tanto éxito en Alejandría, con Anmonio Sacas, Plotino, Jámblico y Proclo, y que, según él preveía, habrán de ponerse muy de moda entre los pueblos cristianos y europeos, allá hacia el siglo xx de nuestra era.

En suma, y para no cansarnos más, el doctor Teódulo demostró á Calitea, que le oía con recogimiento y que le entendía muy bien, que Criyasacti había sido un mago natural, juicioso, creyente en Dios, aunque pagano, y enemigo del diablo, á quien echaba la zancadilla en punto á saber y hasta á producir cosas que tenían traza de prodigio, por lo ingeniosas y nada comunes que eran.

Después de esto, abrió la cajita, sacó lo que había dentro y se lo enseñó á Calitea.

Era una pequeña estatua, figura de mujer, ó muñequita, al parecer de barro pintado, y de una tercia de altura. Su cara

era bastante linda y su traje oriental y rozagante. En la mano derecha tenía una trompetilla de metal y en torno de las sienes unas ínfulas, también metálicas. En la trompetilla había un letrero, en letras indias, que decía, según el doctor tradujo, *La Buena fama;* y en las ínfulas, otros dos letreros más largos, que, interpretados por el doctor, rezaban: *Quien me tiene, aunque me pierda me tiene,* y *quien me pierde no me tiene aunque me tenga.*

—Ya te harás cargo—dijo el doctor—que á tu padre, que no tenía buena fama, á causa de sus calaveradas, y á pesar de lo bueno que era, de nada podía valerle esta muñequita, que estaba destinada para ti.

—Es muy mona—dijo Calitea—pero ¿sabes tú de qué puede valerme?

—Yo lo ignoro, y tu padre también lo ignoraba. Es un secreto, que nunca quiso revelar Criyasacti y que sólo vendrá á saberse el día en que su plan se realice.

—Luego hay un plan ligado con la existencia de esta muñequita.

—Sin duda que le hay, por más que nadie atine á adivinar cuál sea. Ello dirá, andando el tiempo. Refrenemos nuestra curiosidad por ahora.

—¿Y qué tiene por ahora de extraordinario esta muñequita?—preguntó Calitea.

—A la simple vista—respondió el doctor—es como todas las otras; pero yo sé que hay en ella varias propiedades singularísimas. Esta muñequita, hija mía, no se puede romper, ni quemar, ni abollar, ni destruir hasta que su misión se cumpla. El encanto, que puso en ella Criyasacti, con la fuerza de su voluntad, es superior á todas las fuerzas mecánicas, físicas y químicas, de que puede disponer el hombre, en nuestros días. El mandato imperativo, que ha legado en ella Criyasacti, la hace inquebrantable, invulnerable, incontundible, incombustible é indestructible. Contra la póstuma sujestión *criyasáctica* nada pueden puñales, martillos, prensas, líquidos corrosi-

vos, hogueras y fraguas con soplete. La muñequita está sujestionada, y mientras no haga lo que la sujestión le prescribe, ni el diablo mismo puede acabar con ella.

XIV

Por ser recuerdo de su padre y regalo de la persona tan distinguida que le favoreció y protegió, y asimismo porque la muñequita era primorosa en comparación de las que entonces se fabricaban, Calitea le tomó mucho cariño, y la colocó sobre el bufetillo que tenía en su alcoba. En los ratos de ocio, se deleitaba en contemplarla, esperando tal vez que de pronto descubriese alguna habilidad ó hiciese alguna gracia. Pero en balde: la muñequita no tenía cuerda, ni mecanismo interior; era inerte y muda, y no sabía cerrar y abrir los ojos, ni decía *papá* y *mamá*, como las muñecas de ahora. Calitea no dejaba de reconocer esta sosería, pero estaba prendadísima de la muñeca.

Su extraño aspecto y el venir de manos del doctor Teódulo dieron muy mala espina á doña Eduvigis, no bien se informó de todo. Viendo además lo que gustaba Calitea de la tal muñeca y lo mucho que la miraba, doña Eduvigis se alarmó doblemente y no tardó en contar cuanto sabía sobre el caso á su confesor D. Prudencio.

Este se puso las manos en la cabeza, lleno de terror.

—Es lástima—decía—que una niña tan santita, tan honrada y tan virtuosa, se exponga á perder su alma por tratarse con herejes, con brujos y con griegos, que casi es peor. Los griegos son embusteros y traidores. *Timeo danaos et dona ferentes,* lo cual significa que nadie debe fiarse de los griegos ni aceptar sus regalos. Ese doctor Teódulo debe de ser tan pérfido como Sinón; y, no lo dudes, así como en el Caballo de Troya estaban encerrados Pirro, Ulises y otros crueles guerreros,

que causaron el incendio y la ruina de aquella famosa ciudad, en esa muñequita hay encerrada una legión de demonios.

—¡Ave María Purísima!—dijo doña Eduvigis, santiguándose y muy asustada.

—No te asustes, noble amiga—repuso D. Prudencio.—Yo exorcisaré la muñequita endemoniada y le sacaré del cuerpo los malos.

Después se puso á reflexionar: se dió una palmada en la frente, é hizo esta pregunta:

—Pero ¿no me dijiste que la muñequita es obra del mago Criyasacti?

—Sí que lo dije.

—Pues entonces mis exorcismos no bastan. La muñequita no es sólo hormiguero de diablos, sino amasijo de abominaciones y quinta esencia de los siete pecados mortales. *¡Delenda est Carthago!* ¡Anatema! ¡Anatema! Es indispensable destruir la muñequita, romperla, arrojarla al fuego, achicharrarla y aniquilarla.

Poco tardó doña Eduvigis en convencerse de necesidad tan clara y tan urgente.

—Seamos—decía á D. Prudencio—los destructores de este ídolo, de esta imagen de una falsa divinidad indiana que se nos ha metido en casa de rondón. Pero importa hacerlo sin que se entere Calitea, que no lo consentiría.

—Llámame—dijo él—cuando Calitea esté dormida. Yo vivo muy cerca; vendré volando, y exterminaremos la muñeca.

Aquello fué una muy sigilosa conspiración, en la que fácilmente pudo conseguirse que la cocinera también entrase.

Concertado todo, ocurrió, á los dos ó tres días, que la pobre Calitea se quedase velando hasta el amanecer para acabar de bordar una magnífica dalmática que le habían encomendado con mucha priesa.

Como cayó en la cama, rendida de cansancio, su dormir era profundísimo y prometía durar hasta las diez ó las once de la mañana.

A las siete, acudió D. Prudencio, llamado por la cocinera.

Sin pérdida de tiempo; provista doña Eduvigis de una vela encendida para ver sin abrir la ventana; armada la cocinera de las tenazas y el clérigo escudado por el Breviario, los tres conspiradores entraron en silencio y de puntillas en la alcoba de Calitea. Alumbró doña Eduvigis el lugar del bufetillo en que estaba la muñeca; la cocinera cogió la muñeca con las tenazas, desplegando la agilidad y prontitud que tenía para coger ratones; y, hecho esto, se salieron todos de la alcoba, sin despertar á la joven, cerrando la puerta sin ruido, y llevándose la muñeca á la cocina.

Allí, la cocinera, que era robusta, empuñó la maja del almirez y descargó sobre la muñeca golpes furibundos; pero ¡oh maravilla!, la muñeca no se quebró, ni se deformó, ni se abolló siquiera.

—¡El cuchillo! ¡Emplea el cuchillo!—gritó D. Prudencio, que se había quedado lejos, por lo que pudiera ocurrir, y diciendo para su capote: *qui amat periculum in illo perit.*

Tomó la cocinera el cuchillo, asestó con todas sus fuerzas una puñalada al corazón de la muñeca, y la hoja de acero saltó como vidrio, quedando incólume aquel enorme *átomo,* creación estupenda de Criyasacti.

—¡El hacha! ¡El hacha de cortar leña!—exclamó doña Eduvigis, dominada ya por el furor de tan descomunal combate.

La cocinera, no menos furiosa, agarró el hacha con ambas manos, y sacudió un diluvio de hachazos sobre la muñequita, que yacía por el suelo, inerte, sufrida y callada. Lo único que se logró fué que el filo del hacha se mellase y que el mango se hiciese astillas.

Aquella pasiva y estoica resistencia, aquella virtud conservadora, depositada allí por la prepotente voluntad de Criyasacti, infundió mayor asombro en los que anhelaban destruir la muñeca que si hubiera salido de su seno una tempestad de truenos y de relámpagos.

A la cocinera, que aún tenía el cabello negro como la endrina, empezaron de súbito á salirle canas; las pocas, que alrededor de la calva le quedaban á D. Prudencio, se le pusieron tan tiesas que parecían las púas de un erizo; y doña Eduvigis daba diente con diente, tiritaba con el frío de la calentura, y temblaba como si viniese de las minas del azogue.

La cocinera, sin embargo, tenía mucho denuedo y estaba ansiosa de vencer.

Trajo, pues, un trozo gordo de encina, multitud de palitroques y un manojo grande de secos sarmientos, los echó en la chimenea, y avivó y fomentó el fuego. La leña chisporroteaba y crujía, levantando llamas como colosales serpientes.

Volvió entonces aquella heroína á coger la muñeca con las tenazas y la plantó en el centro de las llamas.

Pocos minutos después, las llamas expelieron la muñeca, lejos y con violencia tamaña que la hicieron caer sobre la cabeza de D. Prudencio, quien se desmayó pusilánime. Por dicha, la cocinera que no perdió la sangre fría, acordándose de que había nacido en Viernes Santo, y de la virtud terapéutica, que, según creencia popular inveterada, tiene toda mujer que nace dicho día, en el zapato del pie izquierdo, se quitó el suyo y le aplicó en las narices al paciente. Apenas éste le olió cuando se recobró del síncope.

La muñeca no le había hecho más daño que un chichón muy pequeño. La muñeca continuaba inofensiva; pero había salido del fuego entera y sana como antes. En lugar de tener tizne, relucía con mayor limpieza.

—Pasado este breve incidente, los tres conspiradores, inspirados por idéntica idea, dijeron á la vez:

—¡Echémosla al pozo!

No era riachuelo el que corría entonces por su fondo; era impetuoso torrente, formado por la nieve que en las próximas montañas se derretía.

La intrépida cocinera llevó, pues, al pozo la muñeca, y sin compasión la arrojó en él.

Doña Eduvigis y D. Prudencio, reanimados ya, inclinándose sobre el ancho brocal, y con los espejuelos calados, fueron testigos oculares y pudieron dar fe de que la muñeca cayó en el agua y fué arrebatada por la rapidísima corriente.

Doña Eduvigis dijo:

—De seguro que no para ya hasta la mar.

—Hasta el Averno, has de decir—enmendó D. Prudencio—porque de allí ha salido; y porque (según sentencia, no tengo bien ahora en mi perturbada memoria, si del profano ó del Apostol) *facilis est descensus Averni*.

JUAN VALERA.

(Se concluirá.)

LA LEYENDA Y LA REALIDAD

ACERCA DE

DON ENRIQUE DE VILLENA

I

MUERTE DE DON ENRIQUE DE VILLENA

Los últimos años de su vida los pasó Don Enrique en la misma oscuridad á que se había condenado mucho antes. Rara vez visitaba la corte, donde no era muy acopte por su fama de hechicero y también por otras causas. Tenía D. Juan II que saldar algunas cuentas con su egregio tío, que se presentaría ante él siempre quejumbroso y pedigüeño; solicitando ya enmienda á la pérdida de sus heredamientos en Castilla, ó ya reparación de lo que los aragoneses le habían usurpado; y aquél, que encontraba bueno acumular riquezas sobre riquezas y honores sobre honores en la persona de su favorito, no hallaría forma de contentar á su pariente, prefiriendo verle quejoso y desterrado.

En 1434 hallábase la corte en Madrid, y aquí vino el de Villena, no sabemos con qué motivo, aunque sí que en esta villa le sorprendió la muerte. Una calentura violenta, dimanada de la enfermedad de gota en pies y manos que hacía dos años le atormentaba, fué la que, tras de algunos días de padecimiento,

le arrebató la vida el 15 de Diciembre del citado año de 1434 y á la edad de cincuenta (1).

D. Juan mandó hacerle suntuosos funerales, cohonestando con estas postreras honras las ningunas que en vida le tributara. Sepultáronle en la iglesia del convento de San Francisco, «junto al altar mayor, al lado de la Epístola» (2): enfrente, en lujoso mausoleo de mármol blanco, estaban las cenizas del célebre viajero madrileño Ruy González de Clavijo, las que en 1475 fueron desalojadas para colocar en su lugar los restos de aquella tan maltratada reina doña Juana de Portugal, segunda esposa de Enrique IV (3). Siglos después aún existía en dicho convento el sepulcro de piedra de DON ENRIQUE, con su bulto ó estatua, según dice Quevedo, habiéndose al parecer salvado de la gran reforma que la iglesia sufrió en 1617, aunque no sobrevivió á la demolición de 1760, para la construcción del actual suntuoso templo. Con esta demolición, cenizas de reina, escritor y viajero desaparecieron entre los escombros... ¡Eran polvo!

De su esposa doña María de Albornoz apenas ha llegado á nosotros noticia alguna (4). Anulada por el Papa la sentencia de divorcio pronunciada en España, se ordenó á DON ENRIQUE

(1) F. P. de Guzmán: *Gener. y Semb.*, XXVIII.—Zurita: *An.* 3.°, página 227.

(2) Idem., id.

(3) Flórez: *Rein. catól.*, 2.°, p. 786.

(4) Entre los *Apéndices* que ilustran la *Crón. de D. Alvaro de Luna* (edición de Sancha) hay una donación otorgada por D.ª María de Albornoz, hija de D. Juan de Albornoz, á favor de D. Alvaro de Luna, *su primo*, de las villas de Albornoz, Beteta, Torralba, la casa de Ribagorza, las villas de Alcocer y Salmeron con todos los heredamientos que tenia en tierra de Moya, Utiel y Requena, para que fuese todo suyo, en atención á que estaba sin hijos y á que era el más inmediato pariente. Otorgóse ante Gonzalo García de Ocaña, en Alcocer, á 15 de Marzo de 1732. Confirma D. Juan II esta donación en Arévalo á 2 de Abril de 1438. Parece que vivia aún dicha señora, pues la llama «mujer que fué de Don ENRIQUE DE VILLENA.—Otra confirmación en Madrid, á 4 de Agosto del mismo año, cita Salazar y Castro (*Casa de Lara*, I, lib. 6.° p. 507).

volviese á hacer vida maridable con ella. Debió de efectuarlo, aunque, como dice la *Crónica* (1), «cuanto en uno duraron siempre vivieron mal avenidos».

Lo que el ex maestro no tuvo en su mujer fué sucesión (2). Fuera de matrimonio dejó dos hijas: doña Beatriz de Aragón ó de Villena, que estuvo concertada de casar con el famoso don Pedro Girón, maestre de Calatrava, aunque no llegó á efectuarse la boda; y doña Leonor, nacida en 1430. Entró esta última en un convento de Valencia, donde cambió su nombre por el de Sor Isabel de Villena, en 1445; y compuso en lemosín un libro titulado *Vita Christi,* por el estilo de los escritos de Sor María de Agreda. Murió siendo abadesa en 1490. A ésta dedicó el trovador Bernardo Fenollar su *Istoria de la Pasio de nostre senyor Iesu Christ,* publicada en Valencia en 1493 (3).

II

RETRATO

En cuanto á su físico, fué Don Enrique «pequeño de cuerpo é grueso; el rostro blanco é colorado», según Fernán Pérez de Guzmán que le conoció. El mismo escritor dice también con singular laconismo que «era muy inclinado al amor de las mu-

(1) *Crón. de D. Juan II,* año I, cap. IV.—Hartzenbusch (ob. cit., página 132) niega que Don Enrique se volviese á reunir con su mujer. Sin embargo, nada más cierto, pues vemos que en lugares de ella escribe algunos de sus tratados·

(2) Id.—Nic. ant. *Bib. Vet.;* 2.°, p. 344.

(3) Salazar y Castro: *Advertencias históricas*, p. 79.—Pellicer: *Ensayo*, p. 64. El libro mencionado arriba, fué impreso dos veces; una de ellas en 1497 con el siguiente colofón: «A loor honor e gloria de la sanctissima Trinidat fonch stampat lo present vita xpi a jnstancia de la Reueret sor Aldonça de mont sorium abbadessa del monestir deles monges d'la trinidat de la insigne ciutat de Valecia: e imprimit per Lope de la Roqua alema e acabat en la dita ciutat a xxij de Agost enlo any de la natiuitat de nostre senyor. M. cccc. Lxxxxvij. Deo gracias.» Fol. l. got.

jeres», y que «comía mucho». A esta destemplanza, corroborada indirectamente por algunos pasajes de su *Arte cisoria,* se atribuye que haya contraído la podagra ó gota que le afligió en sus postrimerías.

El retrato moral del señor de Iniesta nos lo dibujó Alvar García de Santa María, en estas breves palabras: «Este caballero fué muy gran letrado é supo poco en lo que le cumplía (1).» El señor de Batres, añade que «porque entre las otras ciencias é artes se dió mucho á la Astrología (Astronomía) algunos burlando decían que sabía mucho en el cielo é poco en la tierra (2)»; frases que ya se habían aplicado dos siglos antes al gran D. Alfonso el Sabio.

Su carácter indolente y su falta de valor personal en tiempos como aquellos, fueron causa de que (usando las palabras del segundo de aquellos escritores) estuviese «en pequeña reputación de los reyes de su tiempo y en poca reverencia de los caballeros».

III

QUEMA DE SUS LIBROS

Este asunto del auto de fe ó quema de los libros de Don Enrique de Villena, no es de los más fáciles de resolver, aun hoy que ha desaparecido la pasión que dominaba á los que se ocuparon en explicarlo, guiados acaso unos, y sin acaso otros, por informes falsos. Procedamos nosotros tomando las noticias en la verdadera fuente.

Que Don Enrique había llegado á reunir una biblioteca que para entonces debía de reputarse rica y selecta no será especie nueva para quien haya leído lo que antecede. Zurita

(1) *Crón. de Don Juan II,* año XXVIII, cap. 8.°
(2) *Generaciones y semblanzas,* XXVIII.

asegura que era una de las famosas de todas ciencias que hubo en España y que se estimaba por un muy rico tesoro (1). Esta librería desapareció por las causas que expone la *Crónica de Don Juan II*, en estos términos: «El rey mandó que le fuesen traídos todos los libros que tenía (el de VILLENA), los cuales mandó que viese Fray Lope de Barrientos, maestro del Príncipe, é viese si había algunos de malas artes; é Fray Lope *los miró é hizo quemar algunos é los otros quedaron en su poder* (2).»

Como, en realidad, desempeñó el dominico (3) tan delicada comisión, es hoy punto menos que imposible apre-

(1) *An. de Arag.*, lib. XIV, cap. 22. También el *Comendador griego* en las glosas de que hablaremos pronto, afirma que *dejó muchos libros de varias y diversas doctrinas.*

(2) Año XXVIII, cap. 8.°

(3) D. Fray Lope de Barrientos, nació en Medina del Campo en 1382. Estudió en Salamanca; profesó en la Orden de Santo Domingo y fué el primer catedrático de prima de teología en aquella Universidad. De allí pasó á ser maestro del príncipe, después Enrique IV, y confesor del rey. Fué, en 1438, nombrado obispo de Segovia; trasladado á la silla episcopal de Avila en 1442, y después, en 1445, á la de Cuenca, en donde falleció en Mayo de 1469. Gozó siempre bastante influjo en la corte, especialmente en los últimos tiempos de D. Juan II y durante los primeros años de su discípulo, quien le nombró canciller mayor de Castilla.

Compuso bastantes obras, cuya lista trae D. Nicolás Antonio *(Biblioteca Vet.*, II, pág. 294), algunas muy interesantes por la relación que puedan tener con la desaparición de la biblioteca de DON ENRIQUE, y que manuscritas conservan algunos curiosos. Nuestra Biblioteca nacional posee un códice precioso que contiene las tres principales. Lleva la signatura S-10 y es un tomo en folio pequeño, letra del siglo XV, de 71 hojas actualmente, aunque según otra numeración antigua tuvo 76. Falta el encabezado y primer preámbulo (excepto los seis últimos renglones) del primero de los tratados, que se titula *Del caso y fortuna* y que llena las doce primeras hojas. El segundo tiene el rótulo: «*Tractado del dormir y despertar y del soñar*, y de las adeuinanzas y agüeros y profecía, copilado por mandamiento del cristianíssimo rey don juan el segundo de Castilla y de León por la su humill fechura su inutil obispo de cuenca, su confesor y maestro del sereníssimo príncipe D. Enrique, su amado fijo.» Concluye al fol. 40, v. y al 41, empieza el «*Tractado del diuinar* y de sus diuersas especies del arte mágica.» Termina la obra y el códice al fol. 71 v. de la numeración moderna. Encuadernado en tafilete verde. En el Museo británico hay también un códice Eg. 1868, en

ciar. El auto de fe se hizo, según el *Comendador griego* (1), en el patio de Santo Domingo el Real de Madrid; y tal atentado debió de producir disgusto en muchas personas y murmuraciones contra el Fraile, no solamente por el hecho, sino también por el destino que se dió á los libros que no fueron quemados. Diez años después, aún continuaba viva la reprobación fulminada con motivo de uno y otro, y Juan de Mena, el poeta más cele-

---

4.°, papel de 268 folios, letra del siglo XV, que contiene los tres tratados. (GAYANGOS: *Catálogo*, I, pág. 10.)

En la misma Biblioteca Nacional de Madrid hay otro códice en 8.° (V-257), en el que al fol. 16 empieza el *Libro del dormir y despertar*, en copia hecha en 1549, según en el mismo se dice. Ocupa hasta el fol. 39, y á continuación principia el *Tratado de la adivinanza ó sus especies que son las especies del arte mágica*, etc., de la misma letra, también con foliatura especial, terminando en la hoja 47. Este manuscrito encierra, además, otros opúsculos de religión y moral más modernos.

D. Nicolás Antonio cita un códice que había pertenecido al historiador Colmenares y después á D. Cristóbal de Zambrana y Villalobos, caballero de Calatrava, que contenía completo el libro *del caso y fortuna* que se titula así: *Tratado del caso y fortuna compilado por mandamiento*, etc. (como el del *dormir*), y además los otros dos. Otro códice, con las tres obras pertenecientes á la biblioteca del conde de Olivares, cita el mismo insigne bibliógrafo; y su anotador Pérez Bayer, menciona existente en El Escorial otro ejemplar del *Tratado del divinar*.

Además de las hojas que en los principios del cód. S-10 de la Biblioteca Nacional han desaparecido y que hoy no pueden suplirse por ser el opúsculo *del caso y fortuna* el que falta precisamente en el manuscrito V-257, falta también una hoja entre las 55 y 56 (la 60 de la numeración antigua); pero ésta puede completarse con el V-257 (segunda parte, fol. 24 y siguientes). En este folio, cortado estaba el árbol de las veinticinco especies de adivinanzas, y acaso por estar bien dibujado lo arrancarían, pues el códice está muy bien escrito, aunque faltan las capitales que habían de ser iluminadas.

En estos trabajos muéstrase Fray Lope erudito sin pedantería, filósofo serio, escritor correcto y hasta elegante á veces. De los tres tratados, el más curioso es el tercero y el que menos interés ofrece el *del caso y fortuna*.

(1) «Todas las obras del famosissimo poeta Iuan de Mena, con la glosa del Comendador Fernán Núñez sobre las trezientas: agora nueuamente corregidas y enmendadas.» En Anvers. En casa de Martin Nucio. Con privilegio imperial de cinco años. An. MDLII, 8.°, fol. 120. De las *Trescientas*, con la glosa, hay ediciones anteriores.

brado de su tiempo, no dudó en hacerse eco de ella en las coplas de su *Laberinto* (1), en que, después de hacer un pomposo elogio de DON ENRIQUE, exclama:

«¡Oh inclito sabio, autor muy sciente!
Otra y aun otra vegada yo lloro,
porque Castilla perdió tal tesoro
no conocido delante la gente.
Perdió los tus libros *sin ser conocidos;*
y como en exequias te fueron ya luego,
unos metidos al ávido fuego
y otros sin orden no bien repartidos.»

La doble acusación está formulada con toda claridad. El autor de las *Trescientas* inculpa á Fray Lope por haber condenado al fuego sin examen varios libros del de VILLENA y de haber distribuido caprichosamente y en malas manos los demás.

Sin duda esta acusación llegó á noticia del dominico, ya obispo de Cuenca, quien, según parece, procuró exculparse al año siguiente (2), significando haber obedecido las órdenes del rey, escribiendo estas notables palabras que dirigía al mismo D. Juan II, en el capítulo del nacimiento del arte mágica, de su *Tractado del divinar* y con ocasión de mencionar un libro llamado *Raziel:* «Este libro es aquel que después de la muerte de DON ENRIQUE *(sic),* tú, como rey cristianíssimo mandaste á mí tu siervo y fechura, que lo quemase á vueltas de otros muchos, lo cual yo puse en ejecucion en presencia de algunos

(1) *Laberinto:* Cop. 127 y 128. Esta obra, según una nota que contiene un antiguo *Cancionero* manuscrito que para hoy en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia, fué presentada á D. Juan II en 22 de Febrero de 1444.

(2) D. José Amador de los Ríos, en su *Historia* repetidas veces citada, t. VI, pág. 287, cree que la obra en que Fray Lope consignó las palabras del texto fué escrita en 1445; y por más que en los códices de la Biblioteca Nacional no hay más datos para saber la fecha de su composición que el de ser su autor obispo de Cuenca (cargo que obtuvo en 1445), no hay inconveniente en admitir aquella afirmación, y más cuando los hechos mismos la comprueban indirectamente.

tus servidores; en lo cual, así como en otras cosas muchas, paresció y paresce la grand devoción que tu Señoría siempre ovo á la religion cristiana. E puesto que aquesto fue así es de loar; pero por otro respecto en alguna manera es bueno guardar los dichos libros, tanto que estoviesen en guarda y poder de buenas personas fiables, tales que no usasen dellos, salvo que los guard asen, que en algun dia podrian aprovechar á los sabios leer en los tales libros, para defension de la fee y de la religion cristiana é para confusion de los idólatros y nigrománticos (1).»

No fué, por consiguiente, el dictamen de Fr. Lope que se quemasen todos, indistintamente, los libros de DON ENRIQUE, ni ninguno: cumplió un mandato soberano, y, como encargado de hacer el escrutinio, es de presumir que no abusase de su facultad en los términos que supone Mena, en lo cual faltaría además á su notoria ilustración. El docto Mariana se guarda también mucho de inculpar á Barrientos (2), y tal fué la opinión ilustrada de España hasta el siglo XVII y, sobre todo, el pasado, en que algunos, como el P. Feijóo, inducidos por las censuras contenidas en el libro apócrifo titulado *Centón Epistolario*, atribuido á un Fernán Gómez de Cibdareal, que se llama médico de D. Juan II (3), prodigaron al prelado dominico las más

(1) Bib. Nac.: S-10, fol. 49.— *Todas las ob. del famossis. poeta Juan de Mena,* edic. cit., fol. 120. Este texto ofrece algunas ligeras variantes del que hemos reproducido tomándolo del manuscrito antiguo.

(2) «Sus libros, por mandado del rey, fueron entregados para que los examinase á Lope de Barrientos, fraile de Santo Domingo, maestro que era del príncipe D. Enrique. El hizo quemar parte de ellos, de que muchos le cargaban, ca juzgaban se debian aquellos libros que tanto costaron conservar sin peligro y sin daño, para que se aprovechasen de ellos los hombres eruditos. Respondió él por escrito en su defensa, excusándose con la voluntad y orden que tenía del Rey, al cual él no podía faltar.»— *Hist. de Esp.*, XX, 7.°

(3) Feijóo en el *Teatro crítico*, t. VI, disc. 2.°—El sabio benedictino se apoya, principalmente, en la Epístola LXVI de dicho libro, que aparece dirigida á Juan de Mena, y dice así: «No le bastó á DON ENRIQUE DE VILLENA su saber para no morirse, ni tampoco le bastó ser tio del Rey para

acres invectivas, tachándole de ignorante y de ser el principal autor de la quema de Santo Domingo, donde supusieron haber desaparecido hasta las obras escritas por el mismo

---

no ser llamado por encantador. *Ha venido al Rey el tanto de su muerte;* é la conclusion que vos puedo dar será, que asaz Don Enrique era sabio de lo que *á otros cumplía, é nada supo en lo que le cumplia á él.* Dos carretas son cargadas de los libros que dexó que al Rey le han traido, é porque diz que son mágicos ó de artes non cumplideras de leer, el Rey mandó que á la posada de Fr. Lope de Barrientos fuesen llevados; é Fr. Lope, que más se cuida de andar del Príncipe que de ser revisor de nigromancias, fizo quemar más de cien libros que no los vió él más que el Rey de Marroecos, ni más los entiende que el Deán de Cibdá-Rodrigo; ca son muchos los que en este tiempo se fan dotos faciendo á otros incipientes: é peor es que se fazan beatos faciendo á otros nigromantes... Muchos otros libros de valía quedaron á Fr. Lope que no serán quemados ni tornados. Si Vuestra Merced me manda una epístola para mostrar al Rey, para que yo pida á S. S. algunos libros de los de Don Enrique para vos, sacaremos de pena el ánima de Fr. Lope, é el ánima de Don Enrique avrá gloria que no sea su heredero *aquél que le ha metido en fama de brujo é nigromante.*»

Me he abstenido de citar este libro, cuya autenticidad pocos sostendrán hoy en serio y que hay que negar, después de leer lo que acerca de él escribieron en pro y en contra, Mayans, Llaguno, Quintana, Ticknor, el marqués de Pidal, Castro, Ríos, Rizzo, Puiggarí y otros más brevemente; y, sobre todo, después del atento y detenido examen de las cartas mismas. No es este el lugar de exponer largamente las mil razones que militan en pro de esta opinión; pero aun sin salir de esta misma epístola, y, prescindiendo de lo infundado de la acusación de ignorancia lanzada sobre Fr. Lope por quien, al mismo tiempo le escribe humilde y respetuosamente (Cartas 84, 97 y 99 del *Centón)* y se declara médico suyo, contiene otros defectos y errores imposibles de cometer por quien aparece siendo testigo presencial de los sucesos. Ningún *tanto,* es decir, noticia, de la muerte de Don Enrique pudo venir al rey, porque ambos se hallaban en Madrid cuando falleció aquél; las frases de «que el de Villena era sabio en lo que á otros cumplía é nada supo en lo que le cumplia á él», están copiadas textualmente de la Crónica de D. Juan II (año XXVIII, cap. VIII); acusa á Fray Lope de ser el autor de la fama de brujo dada á aquél, y en la epístola 8.ª, que se supone escrita á principios de 1427, esto es, muchos años antes de que Barrientos tuviese entrada en la corte, habla el supuesto bachiller de esta fama de *brujo,* como vulgar y corriente entre toda clase de personas. Descuidos son estos que, si fáciles de cometer por quien escribe dos siglos después de los sucesos con ánimo de atraer la atención, imposibles de todo punto en escritor coetáneo.

Don Enrique, acusaciones que, como se ha visto, no tienen fundamento serio (1).

Que Barrientos no se haya servido ampliamente de los manuscritos dejados por el de Villena, en la composición de sus obras, aunque quizá con mejor criterio que el que hubiese usado éste, cosa es que no nos atreveríamos á asegurar; antes al contrario, lo extraño de las materias sobre que versan dichas obras, tan propias de las inclinaciones del autor del *Libro del Aojamiento* y la misma cita que de los de Don Enrique hace el dominico, inducen á creer que aprovechó las noticias por aquél allegadas (2).

Tampoco afirmaremos que no haya tenido parte en la des-

(1) Aun en el siglo xxvii, algunos autores graves, que creyeron en la autenticidad del *Centon Epistolario*, como el insigne D. Nicolás Antonio, no se atrevieron á echar el injusto sambenito sobre el obispo de Cuenca (*Bib. Vet.*, 2.°, pág. 221 y sigs.)

(2) Sin embargo, en las dedicatorias al rey de sus tratados *del dormir* y *del divinar* manifiesta haberlos escrito por orden del monarca, lo que podría explicar de otro modo su existencia. Dice en el primero de aquellos opúsculos: «Rey cristianísimo, príncipe de grant poder. Después que la tu omill fechura indigno y inútil obispo de Cuenca te envió copilado el *Tractado de la fortuna*, le enviaste mandar que copilase otro tractado de los sueños é de los agüeros...» En la carta dedicatoria del último, se expresa así: «Rey cristianísimo, príncipe de grant poder. Por quanto en el tractado de los sueños que para tu alteza copilé se hace mención de la adevinanza y non se pusieron en él las especies del adevinar ó adevinança, por lo cual tu señoría me envió mandar que dello te copilase otro tractado, en lo cual se muestra bien tu virtuosa condición y real deseo en querer saber lo que á todo rey y príncipe pertenesce saber; ca non lo sabiendo, non podrías por ti juzgar y determinar en los tales casos de arte mágica, cuando ante tu alteza fueren denunciados, y por esta causa todos los príncipes y perlados deben saber todas las especies y maneras de la arte mágica, porque no les acaesca lo que soy cierto que á otros acaesció, condemnar los inocentes y absolver los reos. Por ende, poniendo en execucion tu real mandamiento...», etc.

El *Tratado del dormir* lo divide en tres partes. En la primera explica qué cosa es dormir y cuáles son sus causas y las del despertar; investiga en la segunda lo que sea el soñar, causas y también las de las visiones que se tienen durmiendo ó velando, y dedica la tercera á los agüeros y adivinanzas, proponiendo además varias cuestiones sobre estas mate-

aparición de las obras puramente literarias que, como parece, compuso el señor de Iniesta. Sin dejar de ser el dominico persona ilustrada, pudo, con su criterio cerrado de sacerdote, considerar las composiciones poéticas como pasatiempos in-

---

rias, sin profundizar ciertamente gran cosa en ellas, por supeditar el propio discurso á las autoridades que alega.

Más importante por todos conceptos es el *Tratado del divinar*, que aparece dividido en seis partes. «En la 1.ª se dirá si es posible ó imposible que haya adevinança ó arte mágica. En la 2.ª se determinará donde ouo pendencia *(sic)* ó nascimiento esta arte. En la 3.ª se declarará que cosa es divinança. En la 4.ª se determinará en que manera pecan los que della usan. En la 5.ª diremos cuantas son las especies de la adevinança ó divinar, en la 6.ª se moverán y soltarán las dubdas ó questiones que pueden ocurrir cerca del divinar y de sus especies.»

Además del libro de *Raziel* menciona Barrientos otros dos libros herméticos la *Clavícula de Salomón* y el *Libro del arte notoria* que acaso habiran pertenecido á la librería de Don Enrique.

Fray Lope se pronuncia resueltamente contra la eficacia del arte mágica, cuya práctica dice es pecado mortal.

Las especies de adivinanza son, según Barrientos, veinticinco, en cuyo número, así como en la clasificación de las mismas se diferencia de Don Enrique, que las había elevado al de cuarenta, como más adelante diremos. Fr. Lope las separa en tres grandes grupos, que son: 1.º, aquel que comprende las que tienen por objeto llamar á los malos espíritus por expresa invocación; 2.º, el de las que enseñan á hacerlo sin expresa invocación, por sola consideración de la disposición de alguna cosa, y 3.º, el que comprende las adivinaciones por propia operación, sin invocación, para que se nos manifieste alguna cosa oculta.

En el primer grupo están comprendidas cinco especies: «prestigio, sueño, nigromancia (*a*), phiton y figuras parescientes con las cosas que no tienen ánima. Y de esta quinta especie nacen y dependen otras cinco especies; conviene á saber: geomancia, que se hace con piedra... hidromancia, que se faze en el agua... erimancia, que se faze en el aire... piromancia, que se faze en el fuego... *auspicius* ó *auspicium* que se face en el acatamiento de las aves.»

«De la segunda especie y principal (2.º grupo) nascen y dependen dos especies: la 1.ª la astrología, la 2.ª agüeros.

»De la tercera especie principal (3.º grupo) nascen otras que se llaman de las suertes; y de estas nascen otras tres, conviene á saber: aromancia, peculancia, egromancia. Y de esta tercera especie y postrimera

(*a*) Falta el nombre de esta especie en la enumeración, pero consta en el capítulo especial que le consagra.

útiles, y como inútiles condenarlas al fuego. Sin embargo, no debemos desconfiar de hallar algún día más escritos de D. Enrique, como se han ido hallando los que hoy conocemos (1).

IV

OPINIONES ACERCA DE DON ENRIQUE

Si prescindiendo por un momento del juicio que podamos formar de D. Enrique de Villena, en vista de los escritos suyos y noticias de su vida llegadas á nosotros, queremos conocer el que mereció á sus contemporáneos, veremos que en general son grandes las alabanzas que, al menos por su ciencia, le dedican. Así, si se ha de creer á un autor de aquella época

---

nascen otras cinco: la 1.ª que se faze con puntos, la 2.ª que se faze con plomo, la 3.ª con cédulas, la 4.ª con dados, la 5.ª con libros.»

Sigue examinando el autor cada una de estas especies de adivinanzas con muy buen sentido y excelente doctrina; y los últimos capítulos los destina á tratar de las dudas que en esta materia pueden ocurrir, siendo la primera que propone la de «si es lícito adivinar y juzgar por el juicio de las estrellas». En resolución, reprueba la astrología judiciaria, pero no la predicción del tiempo.

Es también curiosa la octava en que resuelve «que no es lícito inquirir ni en el astrolabio ni por las estrellas sobre las cosas hurtadas», bien al contrario de lo que sostenía el Rey Sabio (*Part.* VII, tít. XVII, ley 9.ª, y título XXIII, ley 3.ª).

Igualmente se pronuncia contra la prueba del agua hirviendo ó del hierro candente para averiguar deudas ocultas, y se opone asimismo á otras preocupaciones que en su tiempo serían harto comunes. En resumen, Fr. Lope se acredita en esta obra como hombre superior, contrastando su buen juicio con la excesiva credulidad de Don Enrique.

(1) Cuando los PP. del Escorial publicaron el *Arte cisoria* no se conocían más obras de D. Enrique que los *Trabajos de Hércules* y el *Arte de trovar*. Pellicer dió noticia de los tres primeros libros de la *Eneida*, que fueron completando los descubrimientos de Gallardo y Ochoa (si bien éste no supo lo que había descubierto). Los traductores de Tickuor fueron, si no me engaño, los primeros que dieron noticia del resto de las obras que hoy poseemos.

llamado Pedro Carrillo, mencionado por Zurita (1), era D. Enrique reputado como uno de los mayores sabios de su tiempo. De otros varios elogios queda ya hecha mención. Juan de Mena, además de los versos laudatorios ya citados con distinto motivo, estampaba en su *Laberinto* (2) estos otros:

Aquel que tu vees estar contemplando
en el movimiento de tantas estrellas,
la fuerza, la orden, la obra de aquellas,
que mide los cursos de como y de cuando,
y övo noticia filosofando
del movedor y los conmovidos,
de fuego de rayos, de son de tronidos
y supo las causas del mundo velando;
Aquel claro padre, aquel dulce fuente,
aquel que en el Cástalo monte resuena,
es Don Enrique señor de Villena,
honra de España y del siglo presente.

El insigne marqués de Santillana, dedicó á la «Defensión de D. Enrique deVillena, señor doto é de excelente ingenio», una composición alegórica, donde el autor, como Dante, se halla sólo, de noche, al pie de un collado

Selvático, espeso, lejano á poblado,

sin más camino que una senda que siguió, viendo á su paso «fieras disformes é animalías brutas»

salir de unas cuevas, cavernas y grutas
faciendo señales de gran tribulanza.

Vió otros monstruos, todos con inequívocas muestras de dolor, hasta llegar á la cumbre del monte en que lloraban las nueve hermanas, suelto el cabello, lamentándose de haber perdido sobre unos veintidós poetas y escritores, desde Homero, y, por último, á D. Enrique, á quien llaman columna de su templo.

(1) *Anales de Arag.*, tomo III, pág. 227.
(2) Coplas 126 y 127.

Después de considerar el Marqués, al de VILLENA, como *el mayor de los sabios* del tiempo presente, prosigue de este modo:

> Este, desde el tiempo de la su puericia
> amó las virtudes y amaron á él,
> venció la pereza con santa codicia
> y vió los preceptos del Dios Emanuel:
> sintió las visiones de Ezechiel,
> con toda la ley de sacra dotrina:
> pues *¿quién supo tanto de lengua latina,*
> ca dubdo si *Maro* se iguala con él?
> *Las sílabas cuenta y guarda el acento*
> producto y correcto; pues en *geumetría*
> Euclides non ovo tan gran sentimiento,
> ni hizo Atalante en *estrología.*
> Oyó los secretos de *filosofía*
> y los fuertes puntos de naturaleza;
> obtuvo el intento de la su pureza
> y profundamente vió la *poesía.*
> Las sonantes cuerdas de aquel Anfion
> que fueron de Tebas muralla y arreo,
> jamás non ovieron tanta perfeccion
> como los sus cursos melifluos yo creo,
> pues de los más sabios algunos no leo,
> ni jamás he visto que así los entienda
> de su gran loqüela reciben enmienda
> los que del árbol coronan laureo (1).

Reverso. ¿Sería DON ENRIQUE efectivamente tan inhábil para las cosas del mundo como dicen Pérez de Guzmán y San-

(1) *Cancionero gen. de Castillo,* edic. de los biblióf. esp., tomo I, página 87. Amador de los Ríos *(Ob. del M. de Santillana,* pág. 107) dice que estas tres coplas pertenecen á la *Comedieta de Ponza,* fundándose en que los manuscritos que vió de la *Defunsion* no los traen. Pero la verdad es que si se suprimen queda incompleta y defectuosa la composición; porque después de haber empleado veinte coplas para llegar á D. ENRIQUE, apenas dicen las Musas nada de él, siendo el objeto y asunto de la obra. Por eso parece mejor texto el del *Cancionero,* siendo posible que el mismo poeta ó ya los copistas de sus poesías, aprovechasen estas tres medianas coplas para elogio del rey D. Alfonso de Aragón, á quien, desde luego se comprende, no cuadran tan exactamente como á D. ENRIQUE.

ta María? Aunque las autoridades son grandes, quizá antes de fallar sobre este extremo deba de considerarse que no tuvo verdadera ocasión de probar de una manera decisiva su ineptitud. Víctima toda su vida de sucesos imprevistos y para él adversos, ve deshechos todos sus cálculos primero con la muerte de Enrique III que le arrebata el Maestrazgo y hace imposible su estancia en Castilla, después la de D. Fernando de Aragón que también le arroja de este reino, y, por fin, la guerra entre ambos reinos cuando se proponía conquistar el aprecio del hermano de Alfonso V, que le obliga á renunciar á este último recurso.

Hay además un documento digno de tenerse en cuenta al tocar este punto. Es la carta dedicatoria que el mismo DON ENRIQUE dirige al rey de Navarra con su versión de la *Eneida*. No parece sino que, anticipándose al juicio que sobre él habían de formular aquellos dos escritores, trata de desmentirlo y pretende desvirtuar la creencia que se tenía de su inutilidad. Dice al rey que en su servicio quisiera ocuparse en cosas distintas de las científicas, y añade: «Por cuanto los del presente tiempo han por detestable que las grandes y generosas personas en esto se ocupen, cuidando ciegos de su ignorancia, que los dedicados á la sciencial cultura non entienden de las mundiales cosas y agibles tanto como ellos, y por esto los menosprecian, desviando de les encomendar administraciones activas. Y ya que esta opinión conozca errónea (1), por me conformar á la practicada usanza de aquéllos, y al menos por común opinión de los más aprobada, me desvié y desvío cuanto puedo de tractar, decir ó escribir scientificas cosas, contra mi propia inclinación, y *la forma recibida de la superior influencia.*»

(1) También al fin de su *Libro del Aojamiento* declaraba ya algunos años antes: «E non podria alguno con verdat y razon decir que á las grandes personas tales ocupaciones scientificas non convengan ni á su magnificencia se esto requiera; ca por cierto mucho mejor á los en dignidad puestos y por linaje sublimados esto conviene.» (Fol. 11.)

¿Fué Don Enrique poeta? Las palabras de Mena y del marqués de Santillana parecen indicar con bastante claridad que el señor de Iniesta hizo versos. Pérez de Guzmán dice también que «fué muy sotil en la poesía», y el célebre Juan Alfonso de Baena, en una composición dirigida contra Diego de Estúñiga en controversia poética, le dice:

> En Buitrago é en Villena
> aprendiste el deitar (1).

Es decir, que imitaba los versos del marqués de Santillana, señor de Hita y *Buitrago,* y de Don Enrique, á quienes reconoce como dignos modelos en el arte de poesía, si no es que, al menos por lo que se refiere al segundo, alude más bien á los preceptos contenidos en su *Arte de trovar*.

La misma idea expresaba poco después el rey de armas de don Juan II y poeta, Fernán Móxica, al exclamar:

> Mas Enrique de Villena
> con el baron de la Vega,
> alumbren mi mano ciega
> faciendo conclusion llena (2).

A la verdad, el genio del autor del *Arte cisoria* era lo menos poético del mundo, y quizá estos testimonios de contemporáneos suyos deban de tener una interpretación distinta de la que comúnmente suele dárseles.

Pero si el ex Maestre de Calatrava compuso versos, hoy nos son desconocidos. Ni el fragmento del poema (presunto) de las *Fazañas de Hércules* que copia D. José de Pellicer (3) puede atribuírsele con algún fundamento, ni mucho menos es exacto que llorase en metros la prematura muerte del príncipe de

(1) *Cancion. de Baena:* Madr., 1851, núm. 425, pág. 472.

(2) Ríos, ob. cit.; t. VI, pág. 170. D. Nicolás Antonio *(Bib. Vet.,* t. II, fol. 146 núm. 159) dice que el ingenio poético de Don Enrique no era inferior al de ninguno de sus contemporáneos.

(3) *Bib. de sus obras,* pág. 119.

Viana (1), ni en fin, son suyos, sino del marqués de Santillana los que por equivocación le atribuyeron los traductores y anotadores de Bouterweck.

D. Gonzalo Argote de Molina, en su edición del *Conde Lucanor,* obra de D. Juan Manuel, manifiesta haber conocido los versos del de VILLENA, que serían, según él, de arte menor. Pero es muy extraño que los coloque como tan vulgarizados cual los de D. Alfonso el Sabio, D. Juan II y el marqués de Santillana (2), (también es chocante esta mezcla); y no es menos extraño que hubiese además tenido en su poder el libro de *Coplas* y *Rimas* del mismo D. Juan Manuel, que por cierto ofrece publicar, aunque no lo hizo. Si lo que asegura fuese verdad, habría poseído Argote dos de las obras más deseadas de los amantes de las letras españolas.

---

(1) El Sr. Navarro, en su edición repetidamente citada, pág. XLV, dice que el doctor Andrés en su *Aganipe,* «da cierta noticia sobre composiciones poéticas de DON ENRIQUE que en ningún otro biógrafo hemos hallado, diciendo así:

> En trágicas si dulces cantilenas,
> del príncipe Don Carlos las cadenas
> y su temprano y triste acabamiento
> cantaron sus dulcísimas Camenas.

El doctor Andrés de Uztarroz se refiere en estos versos, no á DON ENRIQUE, sino al *apolíneo gremio* de los poetas aragoneses. Mal podía, pues, el Sr. Navarro hallar en ningún biógrafo tal noticia, ni mal podía DON ENRIQUE cantar el temprano y triste acabamiento del príncipe D. Carlos, habiendo fallecido, como dejamos dicho, en 1434, y habiéndole sobrevivido el Príncipe nada menos que veintiocho años, pues murió en 23 de Setiembre de 1461.

(2) El pasaje es el siguiente. Hablando de las dos redondillas que contiene el *Libro de Patronio,* deplora que se abandone esta clase de metro á pesar de las quejas de Castillejo y teniendo en su favor «el ejemplo de este príncipe (D. Juan Manuel) y el de otros caballeros muy principales castellanos, que se pagaron mucho de esta composición, como fueron el rey D. Alonso el Sabio, el rey D. Juan el Segundo el marqués de Santillana, DON ENRIQUE DE VILLENA y otros de los quales leemos coplas y canciones de muy gracioso donaire». (V. el *Discurso sobre la poesía Castellana,* de Gonzalo Argote de Molina, impreso al fin de su edición del *Conde Lucanor,* Sevilla, Hernando Díaz, 1575; reimpreso en Madrid, Diego Díaz de la Carrera, 1642, ambas en 4.°)

V

CREENCIAS SUPERSTICIOSAS DE DON ENRIQUE.—SU FAMA DE BRUJO.—CONCLUSIÓN

En diversos lugares de este bosquejo se han visto pruebas y ejemplos de la supersticiosa credulidad de DON ENRIQUE DE VILLENA.

En vano es que se intente negar por los modernos, achacando á ignorancia común de su tiempo, las imputaciones y censuras que por tal razón le dirigen sus contemporáneos. Escritor tan grave y tan ilustrado como Fernán Pérez de Guzmán sabía bien lo que decía, cuando, sin dejar de admirar y aplaudir la extraordinaria aplicación al estudio del ex Maestre de Calatrava, añade:

«E ansí en este amor de las escripturas, no se deteniendo en las sciencias notables é católicas, dexóse correr á algunas viles é raeces, artes de adevinar é interpretar sueños y esternudos y señales, é otras cosas tales que nin á príncipe real é menos á católico cristiano convenían (1).»

No podrían dirigírsele cargos muy severos por su ciega creencia en la astrología, en atención á que no sólo en su tiempo era aquélla general, sino que lo fué aun siglos después y arrastró hasta á los hombres más eminentes tanto españoles (2) como extranjeros. Por eso no debe de admirarnos que halle tolerables los más infelices sucesos de la vida con tal

(1) *Generac. y Semblanzas,* XXVIII.

(2) En la misma época de DON ENRIQUE DE VILLENA vemos que hombres tan importantes como el maestre de Santiago, D. Lorenzo Suárez de Figueroa, suegro del marqués de Santillana, «seguíase mucho por astrólogos», al decir de Pérez de Guzmán, el cual añade en otra parte que al *Buen Condestable*, Ruy López Dávalos, «aplaciale mucho oir astrólogos, que es un yerro en que muchos grandes se engañan». *Gener. y Semb.*, V y XVI.

que se acomoden á *los principios estrológicos*, como él decía (1), cuando vemos que los aplica á su misma persona. DON ENRIQUE como Dante, creía deber á la superior influencia de los astros su inclinación á la *sciencial cultura*. De ello se ufana, y en el comentario ó glosa á un pasaje suyo en que terminantemente lo afirma, escribe estos curiosos renglones:

«Esto dice por cuanto en su nacimiento estovo el Sol en Aries, que es casa de Mares, é según es escripto en los *Juicios de astrología*, cuando esto así acaesce, el nacido es naturalmente inclinado á ciencia é facilmente la puede alcanzar. E Juanis Hispalensis en sus *Isabogas* (2), ha hecho desto especial mincion, é por esto el dicho DON ENRIQUE naturalmente era mucho enclinado á las scientíficas cosas é darse al trabajo dellas, por aquella influencia solar en su nascimiento recibida. Con todo esto, visto que los de su tiempo, por la mayor parte non se pagaban de ciencia, ni avían por bien que los grandes señores é personas de estado curasen de las sciencias é se diesen al trabajo dellas, fué causa por esto que se detenía cuanto posible le era de entender en ello, por satisfacer á las comunes voluntades é decires vanos, pero non podie tanto abstenerse que la celestial fuerza alguna muestra non ficiese (3).»

Otros pasajes de credulidad astrológica hay en las obras del señor de Iniesta, como uno curioso que se halla en sus glosas á la *Eneida* y que además se refiere á la fundación fabulosa de Toledo (4).

---

(1) Véase más atrás, el tratado de la *Consolación*.

(2) Es el Juan de Sevilla que tradujo además del tratado *De scientia astrorum*, de Alfergán, la *Iságoge astrológica*, ó sea *Libellus isagogicus Abdilazis, id est, servi gloriosi Dei, qui dicitur Alcabitius ad magisterium iudiciorum astrorum interpretatus*, que se imprimió en Venecia en 1481, 8.°, y otras obras. De él hablan Nic. Ant. *(Bib. Vet.*, 2.°, página 370 y sig.), y Rodrig. de Castro *(Bib. Española*, t. 1.°, pág. 103.)

(3) Bib. Nac., M-16, f.° 2.

(4) Bib. Nac., Hh-32, f.° 181 v. y 182.—En estas mismas glosas hablando al f.° 151 del *Palladion* y sus virtudes, que los antiguos atri-

Tampoco habría mucho que reprenderle por su devoción á los delirios alquímicos y artes transmutatorias. Estaba demasiado arraigada y enseñoreaba hartos espíritus *d'élite* esta falsa ciencia para que el de VILLENA no fuese también sojuzgado por ella. Tan antigua y abundante es la literatura hermética que, aun entre nosotros, ofrece no escaso caudal para dar amplia materia de estudio á los modernos eruditos (1). No muchos años después de la muerte de DON ENRIQUE, hombre de tanto prestigio político y tan superior como D. Alonso Carrillo, arzobispo de Toledo, se empeñó con tanto afán en el estudio y práctica de la alquimia, que consumió en experiencias las rentas de aquella opulenta mitra y su fortuna propia, muriendo pobre y endeudado (2). En el siglo XVII tenían nuestros gobernantes guardados cuidadosamente á más de un embaucador que había de fabricar oro de las más viles materias (3). En las obras que conocemos de DON ENRIQUE no son infrecuentes las citas de esta clase, como se ha visto. En el capítulo segundo del *Arte cisoria* menciona, y, por supuesto, prestándoles crédito, varios textos de este linaje, como son el *Libro de Raziel*, que fué quemado entre los demás suyos, como nos informa el ejecutor Fr. Lope de Barrientos; otro libro, que él llama *de Trebid* (4), el *Tractado de las trasmutaciones que*

---

buían á la influencia estelar bajo la que había sido fabricado, añade: «E bien podría traer aquí que constelacion era aquella en que era fecho ó se podría fazer porque oviese aquella virtud, y déjolo por dos cosas: lo uno por abreviar estas glosas segund la manera comenzada; lo segundo por no descubrir estos secretos que non convienen con la opinion católica. Pero el que lo quisiere saber lea en el *Libro de las Elecciones* que fizo Zael y allí lo fallará.» Hh 32, f.° 151.

(1) El sabio catedrático de la Universidad de Barcelona, D. José Ramón de Luanco, ha empezado á reunir en su obra *La Alquimia en España* (Barcelona, 1889, t. 1.°) los principales escritos de los adeptos españoles, acompañando su trabajo de eruditas disquisiciones críticas y bibliográficas.

(2) Pulgar: *Claros varones,* XX.

(3) *Memorial histórico español,* tomos 13 y 14, p. 117 y p. 27.

(4) Es indudablemente el llamado Thebid (Tabet ben Corah), célebre médico que vivió en Bagdad por el siglo X y que tradujo al árabe muchas

fiso Hermes, que es dicho Enoc, la *Philanaptía Mayor*, que en otra parte atribuye al árabe Aben Exia, y alguna otra.

Más reprochable es ver en él otras supersticiones vulgares; como su fe en la bibliomancia, de lo que hemos visto curioso ejemplo en la *Consolatoria* á Valera (1); su creencia en los agüeros (2), en las *imágines magicales* (3), en que *hay mujeres que por sola catadura matan* y que otras *mirando en el espejo facen en él máculas y señales;* que en *la vista infecta lobina veyendo primero al homme fácelo la voz perder;* que *cuando alguno cata en los ojos del vizco duelen los ojos suyos* (4), y otras aún más extrañas.

De esta clase son las contenidas en dos pasajes de su *Arte cisoria*. En el primero, al hablar del cortador del cuchillo en cuanto al aliño de su persona, dice que debe traer «guarnidas de sortijas que tengan piedras ó engastaduras valientes contra ponzoña é aire infecto, así como rubí é diamante é gir-

---

obras griegas y las compuso también originales. Don Enrique aquí no cita obra; pero en las *Glosas* á la *Eneida* menciona el tratado ó *Libro de sus imágines (De imaginibus)* vertido en latin por el famoso Juan Hispalense, en cuyo idioma acaso lo leería el señor de Iniesta. (V. al fin, *Biblioteca de* Don Enrique de Villena.)

(1) Véase más atrás.

(2) Hablando de la ciencia augural, dice en una de sus *glosas* tan mencionadas fol. 54 del cód. Hh. 32 de la Biblioteca Nacional): «E magüer tenga alguna raíz de verdad, pues que la Iglesia los defiende (los agüeros), los católicos non deben en ello parar mientes, obedeciendo los eclesiásticos mandamientos.» Y en el fol. 177 del mismo manuscrito, al referir algunas señales naturales que se ofrecieron á Eneas, añade: «Este agüero tal se llama mudo, á diferencia de los agüeros que por voz, canto ó grito ó alfor facen su demostracion. Y quieren decir algunos autores que destos señales así maravillosos más se demostraban en el tiempo de los gentiles que en el presente porque conosciesen que avia Dios, de quien estas operaciones desviadas del curso común de natura procedían... E estas cometas todavía son mostradoras de daño, según Tolomeo ha dicho en el *Juicio de las Cometas*, y si muestran bien es con gran daño...», etc.

(3) Biblioteca Nacional, Hh. 32, al fol. 285 vuelto hay un pasaje á ellas referentes.

(4) *Libro del aojamiento:* fol. 2 vuelto.

gonça é esmerarda é coral é olicornio é serpentina é besuhar é pirofiles: la que se face del corazon del ome muerto con veneno é cocho, siquier endurecido ó lapidificada en fuego reverberante. Esta traía (añade) Alixandre sobre todas consigo, según Aristótil en su *Lapidario,* cuenta (1)».

El segundo de los textos indicados es como sigue: «Afuera destas cosas dichas, que se comen por vianda é mantenimiento é placer de sus sabores, se comen otras por melecina, así como la carne del ome para las quebraduras, é los huesos é la carne del perro por calzar los dientes, la carne del tasugo (tejon) viejo por quitar el espanto é temor del corazon..., la carne del abuvilla para aguzar el entendimiento, la carne del caballo para facer ome esforzado, la carne del leon para ser temido, la carne de la ensebra (zebra) para quitar pereza (2).»

Casi no es posible descender más bajo en punto á credulidad. Muchas de estas ridículas supersticiones debieron de ser imbuidas á Don Enrique por aquellos árabes y judíos con quienes mantenían amistosas relaciones, según él mismo nos informa, mencionando de paso algunos como el morisco Xarafí el Viejo de Guadalajara y los hebraistas maestro Asdai Crestas, médico, y Rabí Zaraya, á quien llamaban *Enferrez.* El conocimiento de sus respectivos idiomas y literaturas que estos y otros correligionarios suyos suministrarían al nieto de Enrique II, iría contrapesado con no pocos errores y extravagancias en que habían caído estas razas entonces degradadas (3).

---

(1) *Arte cisoria,* cap. 3.°

(2) Ibid., cap. 6.°

(3) Sin embargo, á veces parece querer salir de tan viles errores, como se observa en la glosa del capítulo xv del tercer libro de la *Eneida,* referente á varias supersticiones de la antigüedad. Advierte que «no sean mal edificados los lectores cuydando que yo sienta alguna cosa desto contado, que solamente los nombres dellos alcancé de doctores católicos que han fecho mincion dellos, detestando estas vaticinaciones ansí Alberto Magno en su *Especulo* y en el *De Erroribus gentilium,* como otros». Las supersticiones á que alude son de las más groseras, como «ladrido

Para DON ENRIQUE, que todo lo convertía en sustancia, es decir, en materia de ciencia, hasta las malas artes eran objeto de clasificación sistemática. Así, en sus *Glosas* tantas veces citadas establece la división siguiente, que da por resultado la averiguación de que son cuarenta, nada menos, las ramas del oculto saber.

«La cabeza y totalidad de las vedadas ciencias es la mágica, de la cual salieron cuatro principales, que son: Matemática, Prestigia, Maleficio, Encantacion.

»De Matemática salieron diez, que son: idromencia, aqumencia, piramencia, igromancia, spatulamancia, fulguraria, aromancia, tomularia, sonórica y auspicia.

»De Prestigia salieron seis, que son: alsoncoria, pulsoria, congrigatoria, transformatoria, pasionaria, ludibria.

»De Maleficio salieron diez, que son: mediaria, sopniaria, invocatoria, nigromancia, stricatoria, fibriaria, egearia, sortilegio, amatoria, vastatoria.

»De Incantacion salieron tres: empérica, imprecatoria y ligatoria.

»De nigromancia (1), salieron cuatro, que son: atomancia, conomancia, pedagomancia, orumancia.

»De stricatoria (2) salieron dos: tursoria y fascinatoria. De conomancia, salió una: lutimancia. Y así son cumplidas las cuarenta vedadas...»

A pesar de lo crecido del número, todavía no parece haber comprendido DON ENRIQUE en su clasificación todas las artes magicales, y aun excluyó algunas adivinatorias, como la as-

---

de los canes, aullidos de lobos, amor de los gatos, sonido de las casas; temblor de los miembros, amatar de las lumbres, socarradura de ropa, tinguido de las orejas, roido de las flamas del fuego, gruñir de los puercos y las otras maneras que son desta condición».—Bib. Nac., Hh-32, fólios 411 y 412.

(1) Una de las secundarias que por su importancia es susceptible de subdivisión.

(2) Otra de las ciencias inferiores, también subdivisible.

trología que él considera noble y lícita, pero que el obispo Barrientos, el *ignorante* y *supersticioso,* como le califican los modernos, equipara á la *peculancia* ó á la *egromancia.*

Por todos estos motivos, estudios, escritos, amistades y por las circunstancias mismas de su existencia, logró Don Enrique formarse una reputación muy poco halagüeña, ya en vida, como se deduce de las palabras que al rey D. Juan dirige D. Fray Lope, al calificar los libros del señor de Iniesta.

Poco tiempo después de su muerte ya se le eleva á la categoría de maestro de artes mágicas, pues por tal le reconocen *los veinte sabios cordobeses,* que se dicen escogidos y designados por él á su partida de la ciudad andaluza, en una curiosa carta que le escriben pidiéndole noticia de algunos de los escondidos secretos que el ex maestre poseía (1).

En este singular documento, en el que llaman á Don Enrique *biblioteca sciencial* y *no conocido por los reyes de la tierra,* como poco más ó menos había dicho antes Juan de Mena, hablando los supuestos cordobeses de las maravillas que el maestro sabía hacer, se expresan de este modo:

«Recordándonos bien quando ante nosotros fecistes descender las palomas que pasaban por el aire volando, é las tomábamos á nuestro placer las que queríamos, dexando las otras por virtud de palabras, é fecistes embermejecer el sol, ansí como si fuese eclipsado, con la piedra heliotropia, é nos contastes cosas por venir, que despues avemos visto, con la piedra chelonites, é vos escondistes de nuestra vista con la hierba andronemo, é congelastes é fijastes el mercurio con la salsedumbre de las aguas agudas que habíades separado, é fecistes tronar é llover dentro en la cámara con el baxillo de arambre en forma de calentador, é condensastes é congelas-

(1) Esta carta y su respuesta, en gran parte extractada, hállase en la Bib. Nac., L-122, y fueron mencionadas por Ríos en su *Hist. crít.* y literalmente copiadas por el Sr. Luanco en su erudito libro *La Alquimia en España,* tomo I, pág. 9 y siguientes.

tes el aire en forma de esphera lucía con el zumo de la hierba y el opio esparcido (1).»

La contestación de DON ENRIQUE es una jerga alquímica muy pesada y muy necia, en la que ni siquiera se procuró imitar el estilo del autor de *Los Trabajos de Hércules*.

Con el transcurso del tiempo la reputación de nigromancia y brujería adjudicada á DON ENRIQUE fué afirmándose, no ya entre el vulgo, sino aun en algunos escritores. Así, en la última mitad del siglo XVI el candoroso cronista de las Ordenes militares escribía refiriéndose al de VILLENA:

«De la Judiciaria y Necromancia supo tanto que se dicen y leen cosas maravillosas que hacía, con tanta admiracion de las gentes, que juzgaron tener pacto con el Demonio. *Compuso muchos libros de estas sciencias,* en los cuales, aunque había muchas cosas de grande ingenio y artificio útiles á la República, había otras de mal ejemplo y sospechosas de que su autor *tenía el dicho pacto* (2).»

Pocos años después, el P. Mariana apuntaba igualmente el hecho, sin pronunciarse en pro ni en contra (3), y no mucho más tarde el P. J. Román de la Higuera, en su *Historia de Toledo,* refiere la siguiente anécdota, quizá forjada por él y que copia Pellicer:

«Disputábase en Escalona, villa de D. Alvaro de Luna, en presencia del rey, sobre quién había sido más valeroso, si Aquiles ó Héctor. Acaloráronse tanto las partes en defensa de su opinión, que vinieron algunas veces á las manos, aunque

---

(1) *La Alquimia en Esp.*, pág. 10.

(2) Rades: *Crón. de Calatr.*, fol. 66 v.—Cosa parecida decía cerca de un siglo antas el *Comendador griego*, al escribir: «Dióse al estudio de la ciencia, y supo mucho, no sólo en la poesía, filosofía, astrología, más aún en el arte de la mágica, tanto que se cuentan del cosas maravillosas.» *Todas las obras* de Juan de Mena, edic. cit., fol. 119.

(3) «Se tuvo por cierto que por el deseo que tenía de saber, no dudó de aprender el arte condenada de nigromancia.» Y en otro lugar: «Fué dado á las letras en tanto grado, que se dice aprendió arte mágica.» Mar.: *Hist. de Esp.*, XIX, 8.°, y XXI, 7.°

el rey los apaciguaba metiéndose por medio. Viendo estas porfiadas contiendas D. Enrique de Aragón, marqués de Villena, llamado *el Astrólogo,* gran defensor de Héctor, dijo:—Veamos si los aquilistas tienen tanto ánimo para defenderse, como lengua para parlar. Y aún no lo hubo acabado de decir, cuando vieron entrar por la sala una fantasma, echando bocanadas de fuego, que con voz alterada y ronca, dijo:—¿Quién de vosotros osa decir ser más fuerte Aquiles que Héctor?—Y los que más constancia ponían en decirlo y defenderlo fueron los primeros que huyeron.»

Más adelante añade el anotador de Cervantes otra conseja tomada de un autor del siglo XVI, y fué que queriendo el famoso Suero de Quiñones ver á Satanás «el marqués de Villena, en virtud de su nigromancia, le hizo comparecer y servir á la mesa de maestre-sala, y después de visto y reconocido por nuestro caballero aventurero con grande temor y espanto, desapareció (1)».

Por último, son conocidos los cuentos vulgares de la *sombra* (2) y de la *redoma,* á que aludía antes de Espronceda y acaso también antes de Quevedo, este cantar popular, que no tiene muy claro sentido:

Como el marqués de Villena
te llegará á suceder:
se picó en una redoma
y no le valió el saber.

Don Enrique de Villena figura como héroe en muchas obras literarias, antiguas y modernas, siendo más ó menos

(1) El *Quijote,* anotado por D. Juan Antonio Pellicer. Madrid, Sancha, 1797, parte 1.ª, tomo III, páginas 234 y 237. El autor que primero escribió este cuento fué Luis de Pineda en su *Libro de los chistes.* (V. *Sales españoles,* recogidas por el diserto literato D. Antono Paz y Melia, *Primera serie,* Madrid, 1890, p. 272.

(2) Según la conseja, recogida por Alarcón, Don Enrique habría engañado al mismo diablo, entregándole en vez de su persona su sombra; por lo que luego tuvo que andar sin ella. El cuento de la *redoma* en la que el ex Maestre se introdujo hecho *tajadas para ser inmortal,* lo reco-

desfigurados su caráter y los sucesos de su vida. Tales son, entre otras, las comedias del siglo XVII *El Rey Enrique el Enfermo* de seis ingenios; *La Cueva de Salamanca*, de D. Juan Ruiz de Alarcón, *Lo que quería ver el Marqués de Villena*, de Rojas Zorrilla, y *Porfiar hasta morir*, de Lope de Vega, que más particularmente se refiere á los trágicos sucesos del supuesto criado del ex Maestre, el célebre Macías.

Incidentalmente figura en el drama y en la novela de don Mariano José de Larra, ambos sobre las aventuras del trovador galaico, titulados respectivamente, *Macías* y *El Doncel de D. Enrique el Doliente;* y, en fin, Hartzenbusch le llevó también á la escena en su famosa comedia de magia, *La Redoma encantada.*

Terminemos este quizá demasiado largo estudio sobre la vida y las obras del nieto del rey Enrique II. No conocemos aún todos sus escritos; pero difícilmente, aunque aparecieran los demás, podrían hacer variar, al menos en sus líneas esenciales, la figura de este singular escritor, en quien se contrarrestaban las buenas y malas cualidades, originadas éstas por la exageración de las primeras. Así, de su amor á la ciencia, de su inextinguible sed de saber, dimanó su excesiva credulidad y su curiosidad poco discreta, que le condujo á la inútil investigación de problemas y misterios inasequibles á la humana inteligencia, haciendo que su discernimiento se empobreciese y debilitase á medida que su memoria se enriquecía y poblaba. El perfecto conocimiento de los idiomas del Lacio

---

gió Quevedo en su *Visita de los chistes,* en 1622.—V. *Ob. de Quevedo,* en la Bib. Riv., t. I, pág. 339.

También se le atribuye la formación de una cabeza encantada, hecha de metal, imitación, sin duda, de la que se supone fabricada por el célebre Alberto Magno, y semejante á la que Don Quijote vió en Barcelona.

y de Toscana y su cariño hacia ellos, que le impulsaba á calificar de *angélico* á Virgilio y de *seráfico* á Dante, le llevan al extremo de intentar adaptarlos á su lengua materna, que le parece tosca y pobre, sin comprender cuál y cuán grande es su peculiar belleza, y le convierten en creador de aquel preculteranismo, que ya entonces empezó á entorpecer la buena marcha del castellano literario.

Sin embargo, que su influjo fué grande y en general beneficioso para las letras y las ciencias españolas, es cosa que no puede negarse. Sus huellas se advierten en el ilustre marqués de Santillana, el más inmediato de sus discípulos, quien en su célebre carta histórico-literaria al condestable de Portugal y en el prólogo de sus *Proverbios,* se vale de las noticias y observaciones que el de VILLENA le había comunicado en su *Arte de trovar* y acaso en otras obras que hoy no conocemos; Juan de Mena, otra gran figura de este tiempo, se muestra tan admirador suyo que hasta su estilo imita. Ya hemos hablado de su fecunda campaña literaria en Cataluña. El mismo nos dice, y no una sola vez, que hizo traer libros de varios puntos, especialmente de Florencia, metrópoli entonces de las letras, cuyos libros comunicaba á sus amigos despertando en ellos el gusto por las bibliotecas. El estudio de la lengua latina se extendió entre las más elevadas clases, de modo que diez años después de su muerte ya no se hubiera quejado el rey de Navarra de no encontrar traductor de la *Eneida,* pues lo mismo el rey D. Juan II, que su gran privado, que el marqués de Santillana, que el conde de Haro, que los Riberas y otros muchos personajes de gran cuenta, hubieran podido satisfacer su deseo. Hasta aquel viejo conde de Plasencia, el último y el más encarnizado de los enemigos de D. Alvaro de Luna, prorrumpió espontáneamente cuando le anunciaron el trágico fin del Condestable, en las palabras de Simeón: *Nunc dimittis servum tuum...* ¡Tan familiarizado estaba con la lengua de Horacio!

Los mismos errores de D. Enrique sirvieron para que

Fr. Lope de Barrientos compusiese sus obras, que, por ser de quien eran y de orden de quien se habían compuesto, contribuirían seguramente á desarraigar algunas ideas supersticiosas comunes entonces á todas las clases sociales.

Por último, mantuvo el de VILLENA la tradición científica oriental (¡lástima que no hiciese lo mismo con la literaria!), recogiendo libros que ya entonces serían raros, concediendo su amistad á los *sabidores* moros y judíos, cultivando su lengua y meditando sobre sus doctrinas.

EMILIO COTARELO.

BAJO LOS AUSTRIAS

ACADEMIAS LITERARIAS DE INGENIOS Y SEÑORES

I

Desde que Fernández de Navarrete ilustró una de las ediciones del *Quijote* de Cervantes, hechas por la Real Academia Española, con la hasta ahora mejor biografía que se ha escrito del *Príncipe de los ingenios* de España, por la copia de documentos con que la enriqueció, andan curiosos y atareados los eruditos de la historia del siglo áureo de nuestra literatura, por completar ó al menos detallar mejor el cuadro que el diligente biógrafo dibujó sobre las *Academias literarias* de aquel tiempo, por considerarse que no habría faltado con su asistencia á ellas el que tantos títulos de honor mereció á las lisonjas de sus contemporáneos, á pesar de las vivas emulaciones de clase que concitó contra sí. Poco habla Cervantes de estas Academias en sus obras, aunque recuerde á Vicente Espinel, laureado en la famosa de Madrid. Lope de Vega sí nos dice que Cervantes era del número, al menos, de los que frecuentaban las que se celebraron en casa del conde de Saldaña: pues en una de sus cartas al duque de Sessa, su Mecenas, le daba cuenta de haber leído unos sonetos en ella, sirviéndose de unos anteojos del famoso manco de Lepanto, «que parecían huevos estrellados mal hechos». Basta, pues, esta cita y la

que en una de sus *Novelas ejemplares* hace Cervantes, para justificar el interesante estudio que Navarrete esbozó, aunque él no conoció la célebre correspondencia entre el Fénix de los ingenios y el gran Mecenas del reinado de los dos últimos Felipes austriacos. De todas maneras, con aquel motivo y sin aquel motivo, contribuirá siempre á la ilustración de nuestra historia literaria, que tan lento paso lleva en la arena de la investigación documental, y, por lo tanto, es y será de perenne importancia cuanto sobre ellas aporten los trabajos de la exploración más diligente.

El dictado común de *Academias* aplicóse en los dos siglos XVI y XVII, y ha seguido aplicándose hasta nuestro tiempo, á una multitud de actos literarios de diversa índole, y á los que dió ocasión la suma cultura que entonces alcanzaba nuestra sociedad española y la frecuencia con que por la Iglesia, el Estado, las municipalidades y toda clase de corporaciones religiosas y civiles, y hasta en los íntimos recreos de la familia en sus esparcimientos domésticos, se solía celebrar todo suceso preeminente del momento y todo fasto glorioso y digno de recordación. La canonización de los santos, las fiestas solemnes de la liturgia y de la fe, la fundación de nuevos institutos religiosos, las victorias alcanzadas por los héroes del cristianismo en las empresas generosas y sublimes de la dilatación del Evangelio por medio de las misiones, la liberación de los cautivos y otros triunfos de la caridad, las varias efemérides augustas en el nacimiento, enlace, viajes ó muertes de los príncipes reinantes, el holocausto rendido por el férvido entusiasmo de la nación á los nombres que hacía ilustres é inmortales el esplendor de las victorias militares, y otra multitud de sucesos dirigidos al engrandecimiento del nombre español, todos se prestaban á solemnidades públicas de mayor ó menor duración, y en las cuales se daba un lugar indispensable y privilegiado al concurso de las letras, ora con la celebración de *Academias* ó certámenes poéticos, ora con la representación pública y gratuita en plazas y encrucijadas de alegres come-

dias, en que la flor de las musas y del arte castellano causaba la embriaguez y la admiración del pueblo.

Las Universidades de Alcalá, Salamanca y Valladolid fundaron, entre el número no excesivo de sus actos públicos, los de las *Academias* literarias, en las cuales Diego Ramirez Pagán, Francisco de Figueroa, llamado *el Divino*, Marco Antonio de la Vega, y otros eximios poetas, ciñeron solemnemente á su frente el frondoso laurel del Pindo. La casa del Almirante de Castilla, en Rioseco; la de Hernán Cortés, en Castilleja; la del duque de Alba, en las riberas del Tormes; la del arzobispo D. Hernando de Aragón y la del duque de Segorbe y del conde de Fuentes, en Zaragoza; la del duque de Alcalá, en Sevilla; la del conde de Mora, en Toledo; la del de Buñol, en Valencia, y la del sabio arzobispo D. Antonio Agustín, en Tarragona, estuvieron por mucho tiempo constituidas en *Academias*, si bien de índole privada, y durante todo el siglo XVII apenas hubo ciudad importante y culta en España que dejara de dar á los vuelos de la estampa la noticia de algunos de estos actos, celebrados con motivo de cualquiera festividad local.

¿Podían llamarse verdaderamente *Academias* á todas y á cada una de estas manifestaciones? Si se estudian algunos de nuestros antiguos *Cancioneros*, más bien parecen las colecciones formadas en estos pasatiempos generosos y nobles del ingenio, que por la paciente acumulación y los trabajos de la curiosidad. Algunos de estos son anteriores á nuestro contacto con Italia, de donde indudablemente trascendieron á nuestro país las Academias formales y las costumbres académicas que después por tanto tiempo imperaron en España. En tal caso habría que volver al tiempo de los trovadores y al contagio y propagación de la poesía provenzal y sus moldes por la Península, para indagar el origen de aquellos sucesos literarios. Pero esta resultaría tarea inútil. Aunque desde el siglo XIII al XV, la lengua castellana, símbolo de la unidad nacional de España, preponderase sobre todos los dialectos y li-

teraturas regionales en la Península, hasta la gran revolución que se verificó al comenzar el siglo XVI, así en el habla vulgar, como en la elocución poética, en la métrica y en las demás formas y accidentes de la poesía, no hubo una literatura verdaderamente nacional: la rica y vasta literatura que desde Garcilasso y Hurtado de Mendoza, hasta Calderón de la Barca y Solís, llegó á una altura tan considerable, que rivalizó con las clásicas de la antigüedad, y con razón será llamada siempre el apogeo de nuestra civilización.

De 1474 existe, publicado en Valencia, uno de estos certámenes literarios en honor de la Virgen María, en el cual estuvieron juntamente representados los poetas que presentían la innovación, que no llegó á verificarse hasta un cuarto de siglo después, los poetas castellanos y valencianos que se hallaban en el vigor de las formas, que fueron después objeto de las disputas y de las sátiras de dos escuelas de progreso y resistencia, y los que por *summum* de toda cultura aún rindieron al latín, por mucho tiempo, un culto casi idolátrico, que todavía inspiraba á los Reyes Católicos el deseo de solicitar de Italia maestros, para que en él adoctrinasen á sus hijos y á los hijos de todos aquellos magnates que después de la conquista de Granada habían necesariamente de trocar, para lo porvenir, la espada por la toga. Estos últimos exaltaron al supremo prestigio del mérito literario á nuestro gran humanista Antonio de Nebrija. Pero el certamen de 1474, celebrado en Valencia en honor de la Virgen, no era, en todo el rigor de la palabra, una verdadera *Academia*, ni tampoco lo fueron los demás certámenes, que, entrados muy bien los años del siglo consecutivo, y medio después de la tentativa de la ciudad del Turia, en la del Bétis, siempre Atenas de España, y bajo la iniciativa del cardenal de San Calixto, D. Alonso Manrique, arzobispo de la metropolitana hispalense, del obispo de Escala, D. Baltasar del Río, y del duque de Béjar, D. Pedro de Zúñiga, se promovieron, de 1531 á 1533, para conmemorar y festejar las solemnidades eclesiásticas del filósofo evangelista so-

litario de Patmos, de la doliente Magdalena arrepentida, de la conversión del apóstol de las gentes San Pablo, y de los gozos de Santa Catalina; en ellos fueron premiados, por algunas de las composiciones presentadas al docto concurso, «el *estudioso estudiante* Gómez de León», el «*virtuoso escolar* Miguel de Soto», y otros alumnos aplicados de las escuelas de humanidades, que poco más tarde ilustraron los nombres insignes del maestro Juan de Mellara y de Francisco de Medina. Eran estos actos singulares y aislados, no sometidos á ningún principio de una disciplina sistemática y permanente, ni dirigidos á más fin que á gallardear libremente en las horas de un día en los torneos de la imaginación y del talento. Pero la idea de *Academia* implica otras circunstancias; por lo cual no estuvo bien aplicada esta denominación á *certámenes* tan efímeros y pasajeros.

Academias eran aquellas asambleas organizadas con cierta estabilidad de existencia, periodicidad de actos y regularidad de funciones y de personas, que, como las que existían en Italia desde el siglo del Dante y Guido Cavalcanti, argüían la reunión periódica de unos mismos miembros sometidos á una elección previa, para cambiarse el grato sabor de sus producciones literarias ó comunicarse recíprocamente la miel de sus ideas ó los atractivos de sus estudios y descubrimientos. Italia, desde su origen, las modeló á la pauta de las que existieron en la antigüedad clásica, y de que se forma idea por las revelaciones y anécdotas de las *Noches Áticas*, de Aulo Gelio, y por las *Saturnales*, de Macrobio, y así, con varias denominaciones, á veces estrafalarias y excéntricas, fueron llegando hasta los albores del Renacimiento, y á aquel principio de nuestra edad moderna, en que pontífices y potentados las sostuvieron y aun decoraron con sus nombres. Nosotros, establecidos triunfal y sólidamente en aquella península, pudimos imitar, ya que no emular, las que en Pavía, con nombre de *los Confiados*, en Ferrera con el de *los Elevados*, en Sena con el de *los Declarados*, en Venecia con el de *los Lucidos*, y

en Florencia, Nápoles, Bolonia y Perussa, con títulos semejantes tuvieron por académicos á Ariostos y Sannazaros, Bembos, Guicciardinos, Frascatores y Maquiavelos.

Ningún fenómeno sociológico súbitamente se desenvuelve en la historia, y todo hecho que en ella alcanza trascendencia é importancia, ha de ser el producto de una larga preparación. La tendencia á dominar en Italia que la casa real de Aragón cultivó desde los tiempos del conde Raimundo Berenguer en el siglo XII, y que fijó en sus anales, en el terreno político, efemérides tan sangrientas como la del reinado de Pedro III, el Grande, en Sicilia y en el religioso pontificados disidentes, como los de Pedro de Luna y Gil Muñoz, poco á poco fué fundando el edificio de su supremacía y dominación sobre la otra península mediterránea, atravesando por vicisitudes las más varias. Hasta que un príncipe de Castilla renovó en las cortes de Zaragoza y Barcelona la sangre de la dinastía que había de conducir más pronto ó más tarde á la total fusión de las coronas peninsulares, á fin de constituir entre las dos más considerables, entre sí fundidas, un núcleo de poder suficiente á la importancia de cualquiera empresa, no brilló en el solio de los Jaimes un monarca, como Alfonso V, capaz de constituir la leyenda de la dominación sobre aquel país, tan disputado por todas nuestras rivalidades seculares. Conquistada Nápoles, erigida sobre la silla de San Pedro en Roma otra casi dinastía de Pontífices españoles con Calixto III y Alejandro VI, llegó la hora suprema de hacer fértil el mutuo contacto y de prestarnos las recíprocas influencias de la sangre y la cultura. Pero este momento no alcanzó á realizarse ni bajo Alfonso V de Aragón, ni bajo el Papa Calixto. Tuvo que brillar en los montes y riberas de la abrupta Calabria la espada flamígera del Gran Capitán; tuvo que regir de nuevo la barca del pescador otro Papa Borja, Alejandro VI, que inundó á Roma de clero español, y aun hubo que establecer en Nápoles un gobierno tan ilustrado y duradero como el del marqués de Villafranca, D. Pedro de Toledo, que dió sus hijas al trono de los Médicis,

para consolidar aquel comercio y comunidad de sangre, de ideas, de sentimientos y de costumbres, con el que vino necesariamente para una y otra península el contagio de la promiscuidad. Hízose allí nuestra habla preponderante, y ésta tomó de la italiana los moldes que dieron nuevas formas á la poesía y nueva elocución á los pensamientos. El progreso de la cultura intelectual en unas y otras provincias marchó paralelo y simultáneo, y acá nos asimilamos de Italia todas aquellas cosas que estimulaban el desarrollo de la nuestra, del mismo modo que en Italia se entró en contacto con nosotros en otras vías de civilidad también nuevas para ella. De cualquier modo, las letras italianas en aquel tiempo sintieron nuestra protección; pues si la Reina Católica ya trajo de allá á Pedro Mártir y Marineo Siculo, el Gran Capitán favoreció á Sannazaro, Carlos V al conde Baltasar Castiglione y el marqués de Villafranca á Luis Tansilo, acaso por esa enseñanza que nos daban.

Uno de los medios que Italia poseía para fomentar el progreso literario, era el de aquellas *Academias* ya bien organizadas y sometidas á bases y disciplinas que hacían sus producciones más fructíferas, y con programas sistemáticos para abarcar por entero los dominios del saber y del arte. En nuestro país sólo existían las puramente poéticas y literarias, y éstas de condición limitada y casi puramente doméstica, como las mismas á que en Alba de Tormes había asistido y en que había tomado parte el marqués de Villafranca, instituida por el Duque de Alba, D. Fadrique, para adelantar la enseñanza de su nieto el gran duque de Alba, D. Fernando, y de que Boscán nos dejó documentos vivos é irrefragables más tarde al publicar en sus *obras* algunos de los floridos entretenimientos en que hicieron gala de vena poética y festiva el propio Duque de Alba abuelo y sus hijos, nietos y deudos, D. Hernando y D. García de Toledo, éste virrey que fué de Sicilia, el Prior de San Juan y el Clavero de Alcántara, Gutiérre López de Padilla, más tarde mayordomo del príncipe D. Felipe, D. Luis

Osorio de Ulloa, señor de Valdonguillo, y entre estos y otros caballeros é ingenios, el portugués Feliciano de Silva, el catalán Juan Boscán de Almovagar y el ilustre toledano, príncipe de la poesía española, Garcilasso de la Vega. A semejanza de éstas habrían sido las *Academias* del almirante de Castilla en Rioseco, y las del Arzobispo D. Hernando de Aragón en Zaragoza, y aun extremando el concepto, las celebradas anteriormente bajo Enrique IV y la reina Isabel. Todas fueron seminarios de una generación poética exaltada, que hizo en España, aun antes de nuestro contacto íntimo con Italia, la revolución literaria del Renacimiento, base de todo nuestro ulterior apogeo intelectual.

II

Más semejanza con las de la península italiana tuvieron la Academia que en Sevilla fundó Fernando Colón, el hijo bastardo insigne del descubridor glorioso del Nuevo Mundo, y la que también en la misma ciudad sostuvo en sus propias casas y en las de Castilleja de la Cuesta el no menos glorioso conquistador del imperio de los Moctezumas, Hernán Cortés, primer marqués del Valle de Guaxaca. Fernando Colón era un espíritu muy culto bajo las propias disciplinas de su padre, el cual le había instruído en los mismos conocimientos que él profesaba y que se compadecían con su arte de navegante. El cemento de esta instrucción fué siempre científico en toda la extensión de la palabra, y como su padre, Fernando se individualizó, sobre todo, como gran cosmógrafo. Cuando murió Cristóbal Colón, y después de haber visitado segunda vez las conquistas de su padre, en unión del primogénito heredero, Fernando Colón hizo extensas y largas excursiones por diversos países de Europa: visitó los liceos académicos de más renombre de Italia,

Francia, Alemania y aun Inglaterra; adquirió el mayor número de cuantos libros produjo su tiempo en toda clase de conocimientos humanos, y, aunque también en sus mocedades rindió con los versos de su numen algún tributo á las fugitivas bagatelas del amor y sus afectos, entrado en edad madura todo el tesoro de su saber y de sus experiencias, trató de condensarlo y hacerlo prolífico y útil, creando en Sevilla un *Gimnasio* y una *Academia* especial para el cultivo de las ciencias en que él especulaba. Sus *Academias* se nutrían con la asistencia de los hombres que profesaban sus mismos conocimientos, y no siendo sus producciones tan brillantes, ni ingiriéndose en la tradición popular como las puramente literarias, el tiempo las oscureció casi del todo, no dejando á la posteridad sino algunas insuficientes reminiscencias.

El genio y la educación de Hernán Cortés, por el contrario, eran distintos. Sus *Academias,* fundadas para recreación de su senectud y alivio de sus desengaños, fueron íntimas, particulares, domésticas. De ellas tampoco se hubiera sabido nada, después que el tiempo destruyó su memoria, sin la advertencia casual de uno de sus concurrentes, el obispo de Comenge, D. Pedro de Navarra, el cual tuvo placer en recordarlas en su *Diálogo de la preparación de la muerte,* publicado en 1567 y dedicado al muy magnífico Sr. D. Francisco de Eraso, primer secretario del Consejo secreto del rey Felipe II. Este prelado decía que, entre las Academias de varones ilustres que durante los tiempos de su mocedad seguían á la corte del emperador Carlos V, era una, y no de las postreras, la casa del notable y valeroso Hernán Cortés, engrandecedor de la honra é imperio de España, cuya conversación amena y erudita cultivaban muchas personas distinguidas de diversas profesiones, admiradoras del conquistador de Méjico por su gran experiencia y hechos memorables. En el número de sus contertulios se hallaban el cardenal Poggio, el experto dominico Pastorello, el arzobispo de Cagliari, el docto Francisco del Río, el prudente Juan de Zúñiga, comendador mayor de

Castilla, el grave y cuerdo Juan de la Vega, el ínclito D. Antonio de Peralta, el marqués de Falces, D. Bernardino, y su hermano, el de excelente juicio D. Juan de Beaumont y otros no menos famosos caballeros de aquel tiempo. «Hasta el orden que se seguía en tales juntas, añade el autor mencionado, era curioso. El postrero que llegaba era el encargado de formular el tema, sobre el cual los demás disertaban, tratándose con este motivo las materias más varias y curiosas.» Tanta fué la doctrina que el sabio obispo recogió de aquellas asambleas periódicas y frecuentes á que asistía, que se vió en el caso de confesar paladinamente que ninguno de los argumentos de sus *Diálogos* era extraño á los pensamientos allí surgidos, de los que aún podría escribir más de doscientos discursos que no decayeran en variedad, novedad, interés y sustancia.

Como se ve, Navarra habla de varias *Academias* que en España había en tiempos del emperador; pero los escritores contemporáneos no nos dejaron particularizadas más noticias de su existencia. Lo que sí se sabe es que, aun muerto Hernán Cortés, aquellas tertulias literarias sostuvieron por mucho tiempo su animación, amparadas por doña Juana de Zúñiga, la marquesa del Valle, su viuda, y que todavía, en 1549, el exquisito buen gusto poético del tiempo desfogaba en ellas su humor áticamente epigramático, bajo la musa festiva y cáustica de D. Diego Hurtado de Mendoza, *el Embajador*, de Gutierre de Cetina, *el Entretenido*, y de otros ingenios retozones y alegres, que para ellas escribieron la *Paradoja en alabanza de las Narices*, el *Panegírico de La Pulga* y otros disparates semejantes. En estas tertulias se educó el segundo marqués del Valle, D. Martín, que adornó los timbres de su cuna con el favor frecuente de las musas, así como todos sus hermanos.

Con la academia de Hernán Cortés se enlaza en la historia literaria del siglo XVI la del duque de Alba, D. Fernando, no ya adolescente como en tiempos de su abuelo D. Fadrique, sino coronado de laureles y trofeos en las guerras del emperador, y de palmas inmortales de estadista esclarecido en el

gobierno político de Flandes. No sabemos de dónde Gracián pudo sacar la noticia de que este magnate «mandó que los libros se quitasen á los hombres que lo son y se relegaran á los pajes y doncellas de labor»; porque lejos de eso, toda su vida la pasó en comunicación frecuente y asidua con poetas y literatos; en los ejércitos imperiales, con Garcilasso de la Vega, D. Hernando de Acuña, D. Lope de Salinas y los demás poetas-soldados que batallaban en la hueste de Carlos V; en Flandes, con Arias Montano y los teólogos que de orden de Felipe II prepararon é imprimieron *La Políglota,* en las prensas de Plantino en Amberes, y en España, con los que formaron *La Arcadia,* de su nieto y sucesor D. Antonio, y con los que concurrían á casa del marqués de Portalegre, D. Juan de Silva. El duque presidió siempre estas últimas Academias, cuyos miembros, según en el nobiliario de la casa de Silva se consigna, eran D. Juan de Borja, hijo del cuarto duque de Gandía y que fué después conde de Ficalho y de Mayalde, mayordomo mayor de la emperatriz; D. Fadrique de Portugal, comendador de los Santos, hijo del conde de Odomira; D. Juan de Zúñiga, comendador mayor y grande de Castilla, á quien vimos en las Academias de Hernán Cortés, príncipe de Pietra Persia; D. Juan Idiáguez, comendador mayor de León y presidente de Ordenes; D. Cristóbal de Moura y Corterreal, primer marqués de Castel-Rodrigo; D. Juan de Ayala, comendador de Moratalla; el conde de Miranda, D. Juan de Zúñiga, duque de Peñaranda; D. Pedro Enríquez de Acevedo, conde de Fuentes; D. Enrique de Guzmán, conde de Olivares; D. Diego de Mendoza, embajador de Roma; D. Francisco de Rojas, marqués de Poza; D. Gómez Dávila, marqués de Velada, y el duque de Feria, D. Gómez Suárez de Figueroa. De esta *Academia,* en que fueron recibidos muchos ingenios de España y Portugal, después de su conquista, formóse colección de versos, que casi un siglo después trató de dar á la estampa el industrioso literato portugués, residente en Madrid, Manuel de Faria y Souza. En ella se celebraron las exe-

quias literarias á la muerte de la reina doña Ana de Austria en 1580, y en sus sesiones privadas se leyeron los únicos versos del rey Felipe II, por los que ha llegado á la posteridad la noticia de que aquel austero monarca también los hacía en sus parcos, ratos de ociosidad y recreación.

A la muerte del duque de Alba, aquella Academia continuó subsistente, siguiendo siempre en funciones en la corte de Felipe. Pero ni Leonardo de Argensola, que la conoció, hallándose aquella en Monzón, con motivo de la reunión de su Parlamento, dió algunas nuevas nociones de ella á la de los *Ociosos*, fundada por las condesas de Guimerá y de Eril, que se reunía en Zaragoza, de 1608 á 1610, y de la que fué asistente el rector de Villahermosa. «Acuérdome, decía éste, que en el año de 1585, en las cortes de Monzón, paraban en una misma casa el conde de Fuentes, D. Pedro Enriquez de Guzmán, que es hoy gobernador de Milán, y D. Jerónimo de la Caballería. Tenía D. Jerónimo tercianas y bajaba el Conde á su aposento. Acudían allí D. Juan Pacheco, que fué después marqués de Cerralvo, D. Juan María Ajaccio, caballero italiano eclesiástico, que asistía á la corte por la duquesa de Lorena, y de quien andan impresas algunas buenas poesías, D. Juan de Albión y yo, aunque en edad y entendimiento no podía concurrir con ellos. Pasaban allí las siestas, tratando cosas muy dignas de ser sabidas. El Conde discurría de las guerras pasadas y presentes, como tan gran capitán; D. Juan Pacheco, en los autores latinos, que los entendía muy bien, traducía y comunicaba algunas oraciones de Tito Livio; Ajaccio recitaba hermosos versos suyos; D. Jerónimo de la Caballería, que por larga experiencia y grande entendimiento podía hablar en todo, ponía sal en todo; D. Juan de Albión preguntaba y dudaba con mucho juicio, y yo oía con atención, y puedo asegurar que, aunque no eché de mí toda la ignorancia, desterré parte de ella.»

Aun estas mismas *Academias* podrían ser calificadas más bien de tertulias literarias que de instituciones, siquiera fuesen

particulares y privadas, para correspondencia y propagación de la común cultura. Era aquel tiempo el en que había España llegado, en virtud del poderoso movimiento intelectual que los Reyes Católicos dieron á la nación unificada, á la cima extrema de su civilizacón. En todos los ramos del saber rayaba la ciencia española, con gran supremacía sobre la de todo el resto del continente, á la altura que acusaron nuestros intrépidos navegantes y cosmógrafos de la escuela naval de Sevilla que siguieron el rumbo de los descubrimientos geográficos en el Oceáno y en el Pacífico, y los sabios polemistas que opuso Trento á la invasión de la nueva filosofía que tenía su base en la rebelión flagrante contra la autoridad, la unidad y la infalibilidad de la Iglesia Católica Romana. Las bellas letras eran la manifestación más universal, espontánea y brillante de aquel grado de cultura, y se profesaban por todos. Muchos de los soldados de los ejércitos del César y de Felipe II, vencedores en el Albis, en Pavía, San Quintín y en Lepanto, eran poetas. Los nuevos gobernadores de las nuevas provincias del Nuevo Mundo, que llevaban la balanza de Astrea y las olivas de Palas sobre sus cotas de malla, para civilizar conquistando, eran poetas. Poeta era el alto y bajo sacerdocio; poetas los reyes, los grandes y los ministros; poetas los doctores de las escuelas maestras y los empleados de la administración; poeta, el menestral y las demás clases inferiores, atadas por la desigualdad de la suerte á todas las servidumbres. Como por el ejemplo de las Academias descritas se demuestra, las clases más elevadas imprimían el tono y el impulso. Y si ya al obispo de Mondoñedo, D. Antonio de Guevara, sin adquirir nota de descortés, no habría sido lícito escribir á un Condestable de Castilla, como D. Iñigo de Velasco: «Agora, que estais en la guerra, bien se sufre que escribais en papel grueso, los reglones tuertos, la tinta mala y la letra sucia y borrada, porque los buenos guerreros más se precian de amolar las lanzas que de cortar las péñolas», no podría menos de serle con general aplauso consentido por todos, que presu-

miera más de sus timbres literarios que de los honores obtenidos por las armas por los generales de más genio, como cuando decía al Gran Capitán: «Más honra me dais vos, señor, en llamarme sabio y virtuoso, que os doy yo en llamaros duque de Sessa, marqués de Bitonto, príncipe de Squilace, y, sobre todo, Gran Capitán; porque á mi nobleza y virtud y sabiduría no la puede empecer la guerra; mas vuestra potencia está sujeta á la fortuna.»

Tenían ya, y siguieron teniendo aún por mucho tiempo después, muchos prelados y grandes de Castilla y de otras provincias ó estados de la nación, casas y posesiones de recreo, en las cuales el descanso y la vida de la familia, lejos de las obligaciones de la mitra, del bastón y de los códigos, invitaba á los dulces esparcimientos del espíritu. Cada una de estas residencias, no era sólo un verdadero museo del arte como los que la Reina Católica atesoró en el alcázar de Segovia y Carlos V en el de Toledo, en los palacios de Aranjuez y El Pardo, sino que se convertían en verdaderas Academias, invitándose á su hospedaje, así á la dorada juventud del deudo de la sangre en los dos sexos, como á los ingenios, admitidos en la íntima servidumbre. Ya se ha hablado de *La Abadía,* del duque de Alba en las riberas del Tormes. Juan de Mallara describió *La Florida,* de D. Pedro López Portocarrero, en Sevilla, en el camino de la Algaba y en frente de Sant Hierónimo. En el mismo lugar, Rodrigo Caro hace mención de las recreaciones urbanas y campesinas de los marqueses de Tarifa, y Góngora del palacio de Umbrete, que con las mismas aficiones animaba el arzobispo cardenal D. Fernando Niño de Guevara. El portugués Faria y Souza describió en sonoras octavas *La Quinta de Santa Cruz,* fundada en 1560, cerca de Oporto, por el obispo D. Rodrigo Pinheyro, y otra descripción poética, no menos famosa, hizo Lope de Vega, del monte y recreación de *La Tapada* de los duques de Braganza. La nueva Academia que se fundó en Alba, en el último tercio del siglo XVI, cambió el denominativo de *La Abadía* por el de *La Arcadia,* tomado

del nombre poético *Arcas* que se dió á D. Diego de Toledo, duque de Huéscar, é hijo del *Júpiter Albano,* ó sea el duque don Fernando, cuyo primogénito *Anfriso*, D. Antonio, fué luego el heredero de los Estados del Gran Duque. *La Arcadia* y su vida íntima, social y literaria fué el alma del primer libro que escribió Lope de Vega. Quevedo nos dejó sonetos consagrados á *La Huerta,* del duque de Lerma, en Madrid, y un poema Baltasar Elisio de Medinilla á la posesión de *Buenavista* del cardenal arzobispo de Toledo, D. Bernardo de Sandoval y Rojas, á las orillas del Tajo. Como estas fueron otras recreaciones académicas de aquel tiempo, como *La Burlada,* del obispo de Pamplona D. Antonio Venegas, *La Heredad,* del conde de Salinas, junto al Duero, y hasta *El Jardín,* de Lope de Vega, en la antigua calle de Cantarranas, de Madrid. Todos estos eran pequeños Parnasos, y núcleos de donde esplendían los rayos de aquella exuberante cultura literaria que por entonces disfrutó España, y que de tan abundantes veneros derramaban sus límpidas aguas por las demás esferas de aquella sociedad, desde las religiosas hasta las casi mendicantes.

La libertad, que era el distintivo de estas tertulias literarias, mal se compadecía con la disciplina de una institución reglamentada, y en esto hubo luego modificaciones considerables que cada vez tendían con mayor empeño á imprimirlas el carácter de generalidad en las ciencias, de que era modelo la célebre *Crusca* en Italia. Nunca se consiguió esto, sin embargo. Desde su génesis, estas asambleas literarias, de cualquier modo que estuvieran constituidas, tomaron en España carácter y signo propio, no saliendo de la esfera florida y amena de la poesía y de las bellas letras. Tan enérgico fué el impulso, que llegaron á marcar este mismo sello en las que Zúñigas, Girones, Guzmanes y Fernández de Castro, virreyes de Nápoles y de Sicilia, presidieron en los propios palacios de su residencia en aquellos gobiernos, parecidos á efímeros reinados, y las que desde la instalación de nuestra bella infanta doña

Isabel Clara Eugenia, la hija predilecta de Felipe II, en la gobernación política de Flandes, abrieron, en Bruselas, una larga serie de actos análogos, que no terminaron, ni por los sucesos desgraciados del conde de Azumar en las guerras, ni por la extrema debilidad á que llegó aquel mando en manos del marqués de Caracena.

Antes de acabar el siglo XVI, y cuando el Duque de Alba había muerto y no lograba el conde de Fuentes, heredero único de su prestigio militar, como el último gran soldado formado en su escuela, ser también sucesor del gran Toledo en el irresistible influjo que ejerció en todo su siglo, fundáronse, con carácter entre público y privado, otras varias *Academias* aún más regulares que las ya descritas; pero no sólo en Madrid, sino en Telodo, en Sevilla y en Valencia. No las autorizaba el nombre de ninguno de aquellos personajes que habían adquirido en la opinión la preponderancia despótica de un prestigio sobresaliente, como el de Hernán Cortés y los Toledo; pero indudablemente, y por cautelosa industria, se dirigían á crear una base de poder sostenido en la fuerza de la inteligencia, creyéndose que este había sido uno de los arbitrios que habían contribuido al constante influjo preeminente que el Duque de Alba ejerció en todo el discurso de su vida. No habiendo ocupado ninguno el vacío que dejaron con su óbito el Duque de Alba y el marqués de Santa Cruz, los dos hombres de más peso que habia en España en el último tercio del siglo XVI, y teniendo en perspectiva, dada la avanzada edad del rey Felipe II, un reinado nuevo, un príncipe de escasa energía personal y un campo sin límites de ambición, con fines más políticos que literarios fundóse la Academia de Madrid, llamada *La Imitatoria*, en 1586. Desde luego, atrajo á su seno muchos ingenios y muchos próceres, é introdujo la novedad de que tomaran sus miembros un nombre convencional á semejanza de los de las Academias de Italia, en lugar de los nombres arcádicos, que habiendo perseverado desde los tiempos del dulce SALICIO y del docto NEMOROSO, todavía prevalecían en

la ARCADIA que ya se estaba celebrando en la Abadía de Tormes, cuyo numen era el juvenil y monstruoso genio de Lope de Vega, y en donde, del mismo modo solapado, se trataba de crear al nieto y sucesor del Gran Duque, el duque D. Antonio Alvarez de Viamont y Toledo, como éste se firmaba, por medio de un gran partido literario, una posición semejante á la que había obtenido su ínclito antecesor. Concurrieron á *la Imitatoria* grandes, títulos y ministros del rey, entre los más celebrados ingenios que residían en la corte, y Argensola, que, á pesar de su extremada juventud conquistó puesto en ella, tomó el sobrenombre de *Bárbaro*, con alusión á doña Mariana Bárbara de Albión, á quien entonces pretendía para casarse. *La Imitatoria*, á pesar de todo, ni prosperó, ni tuvo vida dilatada. Conocido el velado fin político que sus fundadores ocultaban bajo el dorado disfraz de las letras, otros influjos todavía prepotentes se interpusieron en su camino, y haciendo sospechosa la Academia á la opinión general, desatáronse contra su existencia todo género de obstáculos y rivalidades. El mismo Argensola aludió á estas persecuciones en aquellos versos que dicen:

«Y si del ocio huyendo por recreo
Busca la discreción de la Academia
Y en ser humilde tiene su trofeo:
Le sigue y le persigue la blasfemia,
Como si fuera público enemigo:
¡Tal es el precio con que el vulgo premia!»

Mas el esfuerzo contenido en Madrid fué de rebote á emplearse en Valencia, y allí surgió en 1591 otra Academia, la de *Los Nocturnos*, en que si había más ingenios que príncipes, éstos andaban por debajo de la cuerda. Sus asociados tomaron también sobrenombres académicos: Gaspar de Aguilar, el de *Sombra;* D. Jaime de Aguilar, *Niebla;* el maestro Antonio Juan Andreu, *Vigilia;* Fernando de Valda, *Cometa;* don Guillém de Belvis, *Lluvia;* Miguel Beneito, *Sosiego;* Francisco Boyl de Canesmar, *Recelo;* D. Francisco de Castro, *Consejo;*

D. Guillém de Castro, *Secreto;* D. Guillém Ramón Catalá, *Reposo;* D. Pelegrí Catalá, *Cuidado;* D. Bernardo Catalá de Valeriola, que fué su presidente y en cuya morada se celebraban las sesiones, *Silencio;* Maximiliano Cerdá, *Temeridad;* Tomás Cerdá de Tallada, *Trueno;* Fabián Cucalon, *Honor;* D. Francisco Desplugues, *Descuido;* Gaspar Escolano, el insigne historiador, *Luz;* Martín Fajardo, *Oscuridad;* el Maestro Gregorio Ferrer, *Industria;* D. Luis Ferrer y Cardona, *Norte;* D. Pedro Frígola, *Espía*; Pedro Vicente Giner, *Cautela;* Estacio Gironella, *Resplandor;* Fray Pedro Gracián, *Peligro;* D. Manuel de Ledesma, *Recogimiento;* Micer Juan José Martí, *Atrevimiento;* D. Gaspar Mercader, *Relámpago;* Evaristo Mont, *Soledad;* Jerónimo Mora, *Sereno;* Micer Juan Andrés Núñez, *Lucero;* Jaime Orts, *Tristeza;* D. Juan Pallás, *Olvido;* Fernando Pretel, *Sueño;* Micer Andrés Rey de Artieda, que luego usó el nombre arcádico de ARTEMIDORO, *Centinela;* el licenciado Bartolomé Sebastián, *Estrella;* el canónigo D. Francisco Tárrega, *Miedo;* Juan de Valenzuela, *Asombro;* Mosen Lorenzo Valenzuela, *Tiento*, y, finalmente, Juan Yagüe de Salas, no quiso cambiar por otro nuevo su nombre arcádico y de batalla de *Pindauro*.

Aunque la *Academia de los Nocturnos* tuvo aparentemente una apacible existencia, y su influjo en los círculos de la corte parecia que debía ser nulo, no dejó de llamar sobre sí la opinión, á pesar de haber caído, como todas las de su género, á los cuatro años de vida (1891-1894). El marqués de Denia, don Francisco de Sandoval y Rojas, que era el que se movía detrás de aquella asociación de literatos, tuvo después ocasión de mostrar su gratitud, en prueba de que le había sido eficaz, á Catalá de Valeriola, enviándole desde la presidencia de los *Nocturnos* al corregimiento de Leon, donde murió en 1608. Aunque posteriormente las Academias regionales no le fueron tan importantes como las de Madrid, con todo, siempre procuró en aquella parte, de donde procedía su cuna y estado, tener un pie fijo en estos círculos de la inteligencia, ya en el que fundó el conde de Buñol, D. Gaspar Mercader, con los li-

cenciados de los *Nocturnos* en su famoso *Prado de Valencia,* ya en el que con el nombre de *Montañeses del Parnaso* presidió en 1616 el famoso poeta dramático D. Guillém de Castro. De cualquier modo, la virtualidad de estas asociaciones, si como propagadoras de la cultura intelectual eran de sumo precio, como instrumento político podían hacerse peligrosas.

Claro es que todos los que concurrían á sus actos no estaban llamados á conservar sus nombres en la fama de la posteridad, como Aguilar, Castro, Rey de Artieda, Yagüe de Salas, Tárraga y Mercader; pero cuando en 1608 se celebró el certamen promovido en las fiestas de la canonización de San Luis Beltrán, el *Prado Valenciano* de la ciudad del Turia pudo concurrir con las obras poéticas de treinta ingenios distinguidos, hijos suyos, y aun no escribieron todos los que en tal tiempo podían hacerlo en aquella hermosa población.

III

Las indicaciones político-sociales que hemos ido derramando al presentar el cuadro de las *Academias* de ingenios y señores durante el primer gran siglo de nuestro apogeo literario, harto refleja el sentido oculto, además del impulso meramente expansivo y civilizador del espíritu nacional, que animó desde su origen á esta clase de reuniones. Eran los que siguieron al reinado de los Reyes Católicos tiempos de suma disciplina civil, en que no tenían fácil modo para revelarse las parcialidades, que existen siempre en todo Estado, ya sea velado y oculto el fuego de sus luchas, ya se muestren peligrosamente con los caracteres que engendra de ordinario la perturbación social. Agremiándose en estas íntimas asambleas, se compenetraban los pensamientos, se identificaban las ideas, se creaban robustas fuerzas para toda clase de empresas, y se

adquiría la preponderancia de un poder efectivo y de una efectiva autoridad. Estas asociaciones habían sido ya cultivadas en Castilla, á donde las importó el infante de Aragón, don Enrique de Villena, por la casa de Mendoza, desde los añejos tiempos del almirante D. Furtado, de quien heredó el prestigio y los talentos el celebérrimo marqués de Santillana; y, adelantándose en ellas la luz de la inteligencia á las combinaciones de la política y á las conquistas de la espada, de aquel foco de viva lumbre salió el impulso que dió al trono de Aragón un príncipe de Castilla, D. Fernando el de Antequera, con lo que se preparó para más tarde la unión de las dos coronas. De aquel foco salió, bajo Enrique IV, el cambio de dinastía, y con la sublimación de doña Isabel la Católica al trono arrancado á *la Beltraneja,* se marchó de etapa en etapa á la conquista de Granada, á la subordinación política de Navarra, á la solución de todos los problemas de la unidad nacional, y, justamente con éstos, á las demás pindáricas empresas que comienzan con el descubrimiento del Nuevo Mundo y acaban en las guerras de límites pirenaicos con Francia, en la dominación de Africa y en la conquista de Italia. Todo esto había sido fruto abundante y precioso de aquel movimiento de asociación literaria que promovieron D. Enrique de Villena y los Mendoza de Castilla, que preponderaron desde el almirante don Furtado hasta el Gran Cardenal de España, preponderancia que duró más de un siglo y que llevó á la coronación de Zaragoza una corte espléndida de los trovadores de todas las lenguas del Mediodía y otra corte semejante con Alfonso V de Aragón á las jornadas marítimas de Nápoles.

Conquistada Granada y realizado el problema de la unidad nacional, los Mendoza terminaron su papel. Pero la misión civilizadora de España no había concluido, y á un movimiento literario, el representado por el marqués de Santillana, y los moldes de la poesía antigua de nuestros *Cancioneros,* sucedió otro movimiento literario más intenso todavía precedido de estos actos de asociación, el que se representa en nuestro Re-

nacimiento del siglo XVI con Garcilasso de la Vega á la cabeza. Y como á un movimiento literario reemplazó otro, á una casa impulsora y poderosa como la de los Mendoza sucedió otra, la de los Toledo, que, sosteniendo su supremacía desde las guerras de Navarra, la disputaron á aquel Gran Capitán, Gonzalo Fernández de Córdoba, que también la prentendía, y que fué á buscarla á Italia entre los laureles marciales del Garellano y Cerinola. Fernando V dió á los Toledos castellanos la ventaja que negó á los Córdobas andaluces, y en tanto que el héroe legendario de la bizarra expedición á Calabria pasó de Italia á sus Estados oscuros de Aguilar á terminar sus días, la casa de Toledo, en la orfandad del trono, en la proscripción del Rey Católico y en las alteraciones de las comunidades de Castilla, tomó ya para sí el papel influyente y directivo que consolidaron más y más bajo Carlos V, aquel gran duque don Fernando, tan genial soldado como estadista, y aquel marqués de Villafranca, que ensayó en Nápoles la larga normalidad de un gobierno regular y tranquilo, coadyuvando entrambos á dar á la política, á los intereses y á la supremacía de España sobre todo el continente, la base de unidad y de poder oneroso y robusto que disfrutó por dos siglos.

La casa de Alba puso más de relieve el ejemplo que ya había dado la de Mendoza, y, no sólo apoyó su fuerza en la escuela de la política y de sus alumnos militares, sino en la impetuosa ponderación de la fuerza de la inteligencia. Desde los tiempos del duque D. Fadrique, ya disputó al almirante el predominio de las Academias y el influjo sobre los poetas. Las aulas de su nieto D. Fernando, bajo la dirección del maestro Diego de Mendoza, y en la compañía asidua de Boscán y Garcilasso, renovaron en España los modelos de Italia, y el duque D. Fernando se educó, creció, tomó las armas y marchó á los ejércitos del César rodeado de una multitud de caballeros que promíscuamente profesaban las letras y las armas, y que llevaron al fragor de los campamentos el dulce y templado arrullo de las musas. Todo el siglo duró esta unión estrecha entre unos

y otros elementos de las fuerzas nacionales, y este predominio de los Toledos que las presidían en ambas manifestaciones, que las disciplinaban y hacían de ellas el uso más eficaz y prudente. ¿Qué mucho que los llamados á heredar el influjo que los Toledos habían ejercido, después de la muerte del gran duque, conquistador de Portugal, trataran de poner de su parte esta fuerza de la inteligencia organizada y representada en las disciplinas y en la unión de las Academias? Los Toledos aún quisieron conservar su monopolio en la *Arcadia* de Alba de Tormes; los Silva, de la casa del príncipe de Eboly, en la *Imitatoria* de Madrid; y los Sandovales que se dibujaban en el horizonte, como verdaderos sucesores del poder que la herencia del largo reinado de Felipe II les ofrecía, daban alientos en Valencia á los *Nocturnos*. El conde de Fuentes, el *Menalca* de la *Arcadia* de Lope de Vega, hacía morir perseguida la *Imitatoria* de Madrid y rodeados de obstáculos los *Nocturnos* de Valencia. Pero esto no evitó las sentencias del destino. Felipe III llegó al trono: el jefe de la casa de Denia fué investido con la plenitud del poder real en el ministerio universal de la monarquía; la *Arcadia* quedó reducida á un mero floreo de una novela pastoril é inocente, y el conde de Fuentes fué enviado, para alejarle de las pretensiones del poder, á gobernar las armas en el Milanesado.

No por esto abandonó el omnipotente valido duque de Lerma la cuerda que había de sujetar á los arbitrios de su poder, así la fuerza de la inteligencia, como la disciplina académica de los que profesaban las letras, en aquel tiempo en que los alumnos de Apolo se habían dilatado y extendido tanto en toda la península, que á la muerte de Felipe II existían tres mil ingenios que hacían versos en todos los dominios de España, y entre los que se contaban numerosos prestigios superlativos. El primer ensayo de nueva *Academia Madridense* que se hizo en 1602, frustróse luego con la mudanza de la corte á Valladolid, de lo que el arbitrio mal aconsejado de aquel gobierno no sacó sino las sátiras un poco vivas de Góngora y otros in-

genios al Esgueva y sus arrastres. Mas, de retorno á Madrid, pensóse nuevamente en restaurar aquellas asociaciones, acaso para contener la oposición maligna con que ya las letras juzgaban de todas las cosas que del poder emanaban. Sugirió entonces la idea de su fundación á su hijo segundogénito, Diego Gómez de Sandoval, comendador mayor de Calatrava, caballerizo mayor del príncipe de Asturias, gentilhombre de la cámara del rey, primer gentilhombre de S. A. y capitán además de una de las compañías de los Hombres de Armas de Castilla, á quien había casado en 1603 con la heredera de la casa del Infantado, y que, por lo tanto, desde luego tomó el título de conde de Saldaña. Gozaba éste de gran reputación entre la juventud apolínea. Todos los poetas le consideraban como su Mecenas. De la servidumbre de su casa era el poeta dramático Luis Vélez de Guevara, y de las montañas de Burgos vino á servirle de paje, el precoz y peregrino ingenio de D. Antonio Hurtado de Mendoza. Jacinto de Aguilar y Prado le titulaba *Apolo presente de la nación española;* Andrés Claramonte y Corroy *amador de las armas y letras, y honrador de los ingeniosos y virtuosos;* Miguel de Cervantes Saavedra le había consagrado una de sus canciones apologéticas, y en el *Viaje al Parnaso* decía de él:

«Tú, conde de Saldaña, que con plantas
Tiernas pisas del Pindo la alta cumbre,
Y en alas de tu ingenio te levantas;
Hacha has de ser de inextinguible lumbre,
Que guíe al sacro monte al deseoso
De verse en él, sin que la luz deslumbre.»

Lope de Vega no le era menos propicio. En su epístola al Doctor Gregorio de Angulo, le escribía:

«Veréis también las décimas divinas
Del Apolo en servicio de Saldaña
Y á Dafne en hojas de esmeraldas finas»;

y aun, haciéndose lenguas de él, como de quien le andaba be-

biendo los vientos, en una de sus cartas al duque de Sessa, bien que trasteando á éste con suma habilidad para no despertarle la vena de los celos, le decía: «Ayer hallé al conde de Saldaña en una calle acaso: hacía días que no le veía. Cierto que es un retrato de su padre: discreto, amoroso, cortés, dulce, afable y digno de particular consideración en esta edad.»

Su Academia se abrió el sábado, 19 de Noviembre de 1611, poco tiempo después de la muerte de la reina doña Margarita, que tan querida y admirada había sido en toda España, pareciendo, por lo tanto, aquel honesto recreo proporcionado á la falta de otras fiestas, con los lutos verdaderos que comportaban igualmente el rey, la corte y la nación. Fué muy bien recibida de ingenios y señores, éstos por homenaje al hijo de quien disponía á la sazón de toda la monarquía, aquéllos con esperanzas de protección no más disimuladas. En un romance muy ingenioso, leído en una de sus sesiones por Claramonte y Corroy, se citan los Grandes y Títulos, jóvenes y viejos que fueron asistiendo á sus sesiones. Eran de los más asiduos el duque de Cea, sobrino del Mecenas, el duque de Pastrana, el conde de Salinas, el príncipe de Squilace, los marqueses de Alcañices, Povar, Peñafiel, Almazán, Velada y Orani, los duques de Híjar y de Medinaceli, y los condes de Lemos, de Olivares, de Villamor, de Rebolledo y de Cantillana. Compitiendo con el Mecenas, que en casi todas las sesiones leía versos propios y hacía leer á los poetas de la servidumbre de su casa, allí recitaron lindas composiciones Alcañices y Salinas, Squilace y Lemos, Olivares y Rebolledo. De ingenios no hay que decir: Lope, Quevedo, Cervantes, Liñán de Riaza, Góngora, Salas Barbadillo, D. Gaspar de Teves, el valenciano Aguilar, Hernando de Biezma, D. Pedro de Mendoza, Anastasio Pantaleón de Ribera, Ledesma, Gabriel de Barrionuevo, D. Francisco Vivanco, el sevillano Rioja, el portugués Silveira, Argensola, Mendieta, el licenciado Riche, el jurista don Francisco de la Cueva y Silva, Juan Pardo y Rivadeneyra, Tomé Hernández, Agustín de Vargas, Julián de Armendáriz, y

otros muchos de esta fama. En la primera sesión, cuando llegó su vez á la poesía, leyeron, por el orden que aquí se indica, el paje del conde D. Antonio Hurtado de Mendoza, el mismo conde de Saldaña, su criado Luis Vélez de Guevara, D. Francisco de Quevedo, D. Luis de Góngora, D. Francisco de la Cueva, Lope de Vega, D. Pedro de Mendoza, Gabriel de Barrionuevo, Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo, Pedro Liñán de Riaza, D. Gaspar de Teves, el marqués de Alcañices y el comediante Andrés de Claramonte.

Lope se apresuró á dar al duque de Sessa noticia de esta Academia, y le decía: «El de Saldaña ha hecho una Academia y es esta la primera noche: todo cuanto se ha escrito es á la honra de la reina, que Dios tiene. Voy á llevar mi canción, queme han obligado á escribir, bien que temeroso de mi ignorancia entre tantos ingenios.» Debióle quedar escozor sobre si podría picar al duque su inclinación hacia la Academia de Saldaña, y en otra del 23 de Noviembre del mismo año de 1611 le añadía: «No he podido, Señor Excelentísimo, cobrar las canciones de Hortensio, y así van esas mías en su lugar. Haga V. E. lo que los deseosos, que, esperando la dama, gozan con la criada que traía el recado de que no venía. Yo las escribí para la Academia del señor conde de Saldaña. Fué la primera el sábado pasado.» Y siempre temeroso de suscitar en el duque celos que le perjudicasen, dando á continuación su puntita y nota crítica y maliciosa á la noticia, proseguía: «Llamónos á las seis y vino á las diez. Salieron tales los poetas de hambre, cansancio y frío, lodos y quejas, que no sé si habrá segunda; aunque me hicieron secretario y se repartieron sujetos.» La segunda, y muchas segundas, no obstante, se celebraron, y Lope volvió á escribir á Sessa: «La Academia del sábado fué razonable: sólo tuvo malo para mí salir á hora que no lo fué de escribir á V. E., y hoy, con San Andrés y Caballero, y algo de ser miércoles, se ha rodeado el espacio que había menester para otras cosas. En ella estuvieron Feria y Pastrana, D. Antonio de Avila y otros de menor jerarquía. No se disputó nada;

porque era fiscal el de Saldaña y es más bien intencionado que el rector de Villahermosa. De poetas no digo: ¡buen siglo está! Muchos están en ciernes para el año que viene, pero ninguno hay tan malo como Cervantes, ni tan necio que alabe á *Don Quijote.*»

En 2 de Marzo de 1612 ya el aspecto de la Academia, tan apacible en un principio, iba cambiando bajo el estímulo de las rivalidades que la solicitud del favor y del aplauso engendraba entre la siempre irascible familia de Apolo. Y Lope escribía al duque: «Las Academias están furiosas: en la pasada se tiraron los bonetes dos licenciados. Yo leí unos versos con unos anteojos de Cervantes, que parecían huevos estrellados mal hechos.» A la carta siguiente todavía añadía *Belardo* á su munífico *Lucindo*, dando á entender que desde que tales disputas surgieron jubiló sus hábitos sacerdotales del peligro de una *Batracomomisquía* improvisada: «Sólo me cuentan de las Academias, donde acuden todos los señores y muchos de los poetas. Esta última se mordieron poéticamente un licenciado, Soto, granadino, y el famoso Luis Vélez. Llegó la historia hasta rodelas y aguardarse á la puerta. Hubo príncipes de una parte y de otra.» Para estos agravios, además de las discusiones académicas que siempre encendían la pasión de los oradores, daba fácil pábulo lo que se llamaba *el vejamen*. Era esta una censura festiva que se hacía frecuentemente en versos improvisados sobre cada uno de los oradores y poetas que habían tomado parte en la sesión, que con este vejamen terminaba. En esta clase de obras, en que se hicieron famosos Anastasio Pantaleón de Rivera, Alfonso de Batres y D. Jerónimo de Cancer y Velasco, la chispa epigramática solía herir las fibras de la más dormida y mansa susceptibilidad: de aquí los enojos: con todo el vejamen fué siempre la salpimienta, el entremés, el sainete de estos actos, y no sólo perseveró en las Academias, sino que se transportó á los certámenes de un día. Después de los desórdenes referidos en la Academia de Saldaña, y remachando más el clavo, Lope volvía á escribir á Sessa,

ya entrado Mayo : «La Academia dura, los señores la honran: yo no voy á ella, aunque siempre envío un soneto á la Virgen, dama de mis años, y pluguiera á Dios lo hubiera sido en los pasados. Danme mis guantes, que es propina de aquel acto, y como á jubilado me los envían.»

Para completar el cuadro, que tímidamente bosqueja Lope en sus epístolas á *Lucindo,* Góngora, á pesar de estar muy bien quisto de los Sandovales, enjaretó contra la Academia uno de sus punzantes sonetos satíricos, y Saldaña, aunque tan aficionado á las musas, como se vió al año siguiente en las fiestas de Lerma, para las que escribió una comedia y otra su cuñado el conde de Lemos, dió por terminados en su casa aquellos ejercicios. Fueron los primeros que sintieron la determinación los mismos que habían provocado el conflicto, temerosos de enojar á aquel astro hermoso del favor y del poder, en quien todos mantenían esperanza de ventajas y protección. No necesitaban, sin embargo, los Sandovales aquellos estímulos para dispensarla á los literatos y poetas, y nunca se vió tal número de éstos condecorados, ya con cargos y prebendas eclesiásticas, ya con hábitos de las órdenes, ya con puestos palatinos, políticos ó particulares, proporcionados á cada posición y capacidad. Ni aun su bolsillo particular estaba cerrado para las necesidades de los indigentes. El conde de Saldaña era tan accesible, que Anastasio Pantaleón de Rivera le pidió en cierta ocasión, por medio de unos versos, *un corte de vestido de paño,* al par que le enviaba *un vidrio de camuesas en conserva.* Después, durante la enfermedad que prematuramente llevó al sepulcro al joven vate, fué siempre visitado y espléndidamente socorrido por el duque de Cea, sobrino de Saldaña, y por el de Híjar. Otro Sandoval, el cardenal D. Bernardo, á la sazón arzobispo de Toledo, pensionaba á Cervantes, Espinel, Salas Barbadillo y Elisio de Medinilla. La disciplina entre el duque de Lerma y su familia y los literatos que seguían su partido, quedaba asegurada siempre por medio de aquella *Esclavonía del Santísimo Sacra-*

mento, fundada pocos años antes en la iglesia de Jesús Nazareno, al lado y en los mismos terrenos de la *Huerta* del valido, á la cual el vínculo de la religión añadió un grado más de firmeza al objeto político-social que en aquellas asociaciones se perseguía.

Disuelta la Academia del conde de Saldaña, otro prócer estimulado por el ruego de sus amigos, que los tenía numerosísimos entre los de su clase y entre los ingenios, proyectó y abrió en el mismo año de 1612 una nueva *Academia,* á la que de su propio apellido se le dió el adjetivo de *Selvage*. Era este magnante D. Francisco de Silva, hermano del príncipe de Mélito, duque de Pastrana, que fué de embajador á los matrimonios con Francia, y del conde de Saltes, todos, como él, *Mecenas de las letras y Alejandros de las armas y amantísimos príncipes*, según los calificó Claramonte y Corroy. De este D. Francisco, escribió Cervantes Saavedra en su *Viaje al Parnaso:*

«Este gran caballero, que se inclina
A la lección de los poetas buenos
Y al sacro monte con su luz camina;
Don Francisco de Silva es por lo menos:
¿Qué será por lo más? ¡Oh edad madura
En verdes años de cordura llenos!»

A la *Academia Selvage* asistieron también desde el primer día, como reza Pedro Soto de Rojas en el Discurso preliminar de los *Desengaños de Amor*, «los mayores ingenios de España que al presente estaban en Madrid», y con ellos la flor de la juventud ilustre y opulenta. Volvióse al uso de los nombres de convención, que en la de Saldaña se habían proscrito, y Soto de Rojas dice que él tomó el de *el Ardiente,* del que había usado en su tiempo el excelente poeta portugués Luis de Camoens, á quien también imitó en la elección del tema de su primer discurso leído en aquella asamblea sobre *La Poética y perfecta medida del verso castellano*. Así como la de Saldaña tomó por patrón y abogado á San Julián, arzobispo de Tole-

do, la *Selvage* encomendó su protección religiosa á San Benito Casinense, padre del Yermo, á quien Lope hizo su canción correspondiente, como antes la había hecho á San Julián. En su primera reunión el mismo Lope leyó su discurso sobre *El Arte de hacer comedias,* y de otros discursos semejantes leídos en otras sesiones Jacinto de Aguilar y Prado publicó más tarde su *Epítome de algunos papeles en diferentes asuntos en la ilustre Academia de Madrid.* También D. Alonso Castillo Solórzano dió á la estampa su *Fábula de Polifemo, á lo burlesco,* dirigida á la Academia, atrevimiento en que Góngora, siempre picajoso y mal sufrido, vió alusiones é injurias para él, que fueron nuevo motivo para volver á las disensiones de la de Saldaña. Lope habló como de la otra de esta Academia al duque de Sessa, y expresó que algunos de los jóvenes de la grandeza, más amigos de burlas que de letras, metían el rescoldo entre los vates para inflamarlos unos contra otros. Ello es que, si por este motivo algunos ingenios quedaron descontentos de los que por su posición concurrían á las Academias á título de Mecenas, Lerma, que no veía con buenos ojos aquella asociación, se apresuró á prohibirla. Así se deduce de una epístola de Cristóbal de Mesa al canónigo de Santiago D. Pedro Fernández de Navarrete, el escritor político de *La Restauración de España;* así de otro pasaje del doctor Cristobal Suárez de Figueroa en su *Plaza universal de todas las ciencias,* y así de la silva de Lope de Vega á Juan de Piña, que publicó en *La Filomena,* aunque Suárez de Figueroa contrajo toda la responsabilidad al terrible *genus irritabile vatum.*

Los versos de Cristóbal de Mesa son los del siguiente pasaje:

«Que el príncipe que más os precia y nombra,
Ni os favorece, ni las obras premia,
Aunque de ellas parezca que se asombra.
Si alguno de ellos hace una Academia,
Hay sectas, competencias y porfías,
Más que en Inglaterra y en Bohemia.

Algunos hemos visto en nuestros días,
Que mandádoles han poner silencio
Como si escuelas fueran de herejías.»

Suárez de Figueroa, por su parte, añadía: «En esta conformidad descubrieron los años pasados (escribía en 1615) algunos ingenios de Madrid semejantes impulsos, juntándose con este intento en algunas casas de señores, mas no consiguieron el fin. Fué la causa quizá porque, olvidados de lo principal, frecuentaban solamente los versos aplicados á diferentes asuntos. Nacieron de las censuras, fiscalías y emulaciones no pocas voces y diferencias, pasando tan adelante las presunciones, arrogancia y arrojamientos que por instantes, no sólo ocasionaban menosprecios y demasías, sino también peligrosos enojos y pendencias, siendo causa de que cesasen tales juntas con toda brevedad.» D. Francisco de Silva, al disolverse su *Academia selvage*, remitióse á su carrera de las armas, pasando á servir en el ejército de Lombardía, y allí logró entre los soldados de la patria, «morir, según refiere Vicente Espinel, en su *Escudero Marcos de Obregón*, como valentísimo soldado, y con él muchas virtudes que le adornaban». Las musas que él había cultivado no le fueron ingratas, y algunos de los alumnos de su *Academia*, sobre todo Cristóbal de Mesa y Pedro Soto de Rojas, derramaron sobre su sepulcro y sobre su memoria, á manos llenas, las rosas pálidas y encendidas que forman la corona inmortal de las Pimpleas.

No todos cometieron la tontería del portugués Manuel de Faria y Souza, que, por no haber tenido entrada en ellas, se vanagloriaba luego de que «jamás solicitó Academias, ni otros tribunales, que son notorias aduanas de las musas». Pellicer reconoció más tarde, hablando de la restauración de estas asambleas literarias hecha por D. Francisco de Silva y el hijo del duque de Lerma, «que fueron el tiempo que duraron un semillero de los más lúcidos ingenios cortesanos». Ni aun bajo el concepto político fueron completamente estériles. Cierto

que no lograron los alcances grandiosos de las que sustentaron los Mendozas del siglo XV y los Toledos del siglo XVI; pero no por eso estuvieron desprovistas de algunas fructuosas iniciativas. En Valencia, la del célebre *Prado* del conde de Buñol; en Zaragoza, la *Pítima de los ociosos*, de las condesas de Eril y de Guimerá, y en Huesca, la de los *Anhelantes*, impulsaron todo el movimiento político-social que dió por resultado, bajo el cetro de Felipe III, la total expulsión de los moriscos de la península y las empresas atlántico-africanas del marqués de San Germán. La de Huesca exhortó, además, con el más vivo empeño, á Felipe III á empresas militares en Asia, teniendo por norte la conquista de Jerusalén y el sepulcro de Cristo. Pero ya nuestro poder no estaba para estas teologías.

IV

Entre las Academias, que acabamos de citar, fundadas en algunas provincias, consta la llamada de los *Anhelantes*, cuyo asiento residía en Huesca. Otras hubo en Barcelona, como la de *los Desconfiats*, otras se estatuyeron en Lisboa, entre ellas las de *los Generosos*, las de *los Anónimos* y la de *los Ocultos*, que precedieron á la de *los Singulares*. Durante el gobierno de los Lemos en Nápoles sostuviéronlas permanentes allí con sobrada concurrencia de señores y de ingenios, y en Lima, del Perú, la *Academia Antártica* brilló de una manera espléndida durante el mando del marqués de Cañete, don García Hurtado de Mendoza. En Sevilla fueron igualmente notables las de la Casa de Pilatos, presididas por el duque de Alcalá, D. Fernando Afán de Rivera, y aun la de la casa del pintor Francisco Pacheco. Todas estas Academias, exentas de la dirección política íntima de las de Madrid, tuvieron el

carácter apacible y templado, que hablando de ellas tanto encomió Argensola. Su intento era hacer una confección ó masa de diversas profesiones, no ruda é indigesta, como la que dice Ovidio, sino odorífera. «En estas juntas, Argensola escribía, todos somos maestros y discípulos; todos mandamos y obedecemos, comunicando todas las profesiones diversas y tomando cada uno lo que ha menester para la suya.» Mas, como antes dijimos, su principal empleo era la poesía.

La más importante de éstas fué la de los *Anhelantes* de Huesca. Celebró su primera junta el 14 de Agosto de 1610, y se votaron en dicho día los cargos de presidente, fiscal y secretario, acordándose que sus reuniones se celebrasen los sábados á las cuatro de la tarde. Diez fueron sus fundadores: don Justo de Torres, primer presidente, que tomó el nombre de *el Ausente,* el doctor Mompeón, *el Callado;* Vicencio Clemente, *el Olvidado;* el doctor Ram, *el Solitario;* Martín de Luna, *el Humilde;* Juan Miguel de Luna, *el Melancólico;* Jorge Salinas, *el Tardo;* Martín de Burgunda, *el Desdichado;* Diego Antonio Fermet, *el Casto,* y Sebastián Canales, *el Presto.* En la misma sesión fueron admitidos otros cuatro socios: frey Luis Coscón, del hábito de San Juan, que tomó el apodo de *el Alegre;* Martín de Molina, *el Agenado;* D. Jerónimo de Heredia, *el Disuadido,* y Vicencio Castilla, *el Umberjal.* Se acordó premiar las obras y escribir las sobresalientes en el *Libro dorado.* La Academia tomó por protectora á la señora doña Sabina Aznares, de quien Fermet, *el Casto,* andaba enamorado, y para la reunión del sábado 28, que fué la segunda, se señalaron sujetos: primero, al *Callado* (Mompeón) un soneto en alabanza al piadoso celo que el rey ha tenido en la expulsión de los moriscos; segundo, al *Melancólico* (Martín de Luna), cuatro octavas consolando á Fabio «que ha perdido mucha hacienda por la expulsión», y los demás á este tenor. Este Fabio no era otro que el obispo D. Pedro de Apaolaza, y como se le hubiera indemnizado dándole la mitra arzobispal de Zaragoza, el 20 de Noviembre la Academia celebró sesión solemne extraordinaria

en su obsequio, leyendo composiciones poéticas diez y siete de sus miembros, pues la Academia crecía de sesión en sesión en el número de sus afiliados. Todos los sucesos políticos de aquel tiempo encontraron resonancia en sus actos é hizo algunas manifestaciones públicas, como la de asistir en corporación á las solemnidades de la Semana Santa el año 1611.

En nuestros dominios extrapeninsulares en los dos mundos, un mismo impulso de cultura y un mismo procedimiento político daban aliento á este género de instituciones, que por su peculiar amable carácter se atraían el afecto y la simpatía de los pueblos. No fueron todas guerras de Arauco las que los heroicos Hurtados de Mendoza, de la casa de Cañete, sostuvieron en uno y otro virreinato del Perú. Al menos, si durante el del marqués D. García, éste tuvo siempre en una mano empuñada la espada de Marte y en la otra la balanza de la justicia, deidad tenía en su casa capaz de sostener é impulsar por sí el progreso de la cultura intelectual. Esta era su propia mujer, la marquesa de Cañete, fundadora en Lima de la *Academia Antártica*. El número de sus asociados fué extraordinario, y entre ellos contáronse ingenios de primer orden como Pedro de Oña, el autor del *Arauco domado,* el P. Fray Diego de Ojeda, de la *Cristiada,* y Diego Mexía que lo fué del *Parnaso Antártico*. Entre los demás miembros se contaban el Dr. Francisco de Figueroa, Pedro Montesdoca, Juan de Sedeño, Francisco Duarte de Cuadros, Juan de Salcedo Villandrando, Miguel Cabello, Juan de Portilla, Gaspar de Villarroel, D. Diego de Avalos, el traductor de las *Heróidas Ovidianas,* Luis Pérez Angel, Antonio Falcón, Diego de Aguilar, Cristóbal de Arriaga, D. Pedro Carvajal, y otros á quien la ilustre Mecenas se complacía en elogiar en hermosos tercetos, dignos por su robustez de la lira clásica de Argensola ó de Rioja, en tanto que ella dejaba su nombre rodeado de oscuridad. No le valió, no obstante, la delicada atención de su modestia; cuando con la vuelta de su marido á España, terminado el trienio de su gobierno, la Academia Antártica, por la voz de Diego Mexía,

mas en su nombre, le consagró aquel soneto apologético que dice:

«La antigua Grecia, con su voz divina,
Celebra por deidades de Helicona
Nueve poetisas, dándoles corona
De yedra y lauro y rosa y clavellina.
Próxila, Mirta, Anita, Mira, Erina,
Nósida y Telesida, que se entona
Con dulce canto, y Safo, á quien pregona
Su Lesbos, como Tebas á Corina.
Mas ¡oh matrona! honor del mismo Apolo.
La clavellina y rosa y lauro y yedra
En todo siglo sólo á ti se debe:
Pues siendo la deidad de nuestro polo,
Te adorarán en su Parnasia piedra
Las nueve Musas y las griegas nueve.»

En Nápoles había dejado fama literaria tan elevada como la de la grandeza de su carácter y el prestigio de su justicia el conde de Lemos, D. Fernando de Castro, que murió en medio de la autoridad de su mando. Sus exequias fueron tan solemnes como las que poco antes se habían celebrado por la muerte de Felipe II, y no sólo se escribió de ellas libro curioso por Giulio Cesare Capacci, sino que en él, desde la pág. 74, se acopiaron las alabanzas métricas que en honor á su memoria le dedicaron las musas académicas y no académicas de la hermosa ciudad Parthenopea. Diez y seis poetas latinos y diez y seis poetas italianos tejieron aquel ramillete de recuerdo imperecedero: entre estos poetas se hallaban los Tancredi y Pappadoca, los Pastorello y Montesano, los Caraffa y Pignatelli, los Sagri y Carpignano, que demostraba que, con los poetas populares, tomaron parte en aquel duelo los que ostentaban los títulos de la antigua nobleza napolitana, como el duque de Bisacuá y los que llevaban los timbres de la Iglesia como el obispo D. Vico, Paolo Reggio. Cuando á su vez fué nombrado gobernador de aquel reino otro conde de Lemos, D. Pedro Fernández de Castro, que allá llevó una cohorte de poetas castellanos en los servicios domésticos de su persona, en los

políticos de su estado y en los militares de las armas, la antigua *Academia de los Ociosos*, fundada por el cardenal Brancaccio, adquirió nueva emulación, con lo que le cupo el honor de ser llamado el restaurador de las obras civilizadoras que bajo el inolvidable reinado de D. Pedro de Toledo fueron instituidas. De nuevo se vió gallardear allí la lira de Garcilasso y de Herrera en mano de Argensola y Guevara al lado de las de Juan Bautista Marini y Ardonio María Palumbo; y, como Lemos reuniese aquellas Academias en su palacio, apresuráronse á concurrir bajo su presidencia, cedida por el marqués de Villa, su príncipe, los príncipes de Stigliano de la casa Caraffa, los de Ricci de la de Capua, los de Cariati y Rocca Romana, los duques de Sarmonetta y Nocera, y otra multitud de magnates de la sangre de los Spinelli y Caracciolo, y otras no menos ilustres. A Lemos cupo la fortuna de esta restauración, que el conde D. Bernardino de Rebolledo elogió poco más tarde en otro individuo de la misma familia, el también conde de Lemos, D. Francisco de Castro, que siendo virrey de Sicilia imprimió nuevo impulso y nueva vida, poco antes de restituirse á España, á la *Academia de los Acheros* que arrastraba vida lánguida en Palermo.

Fuera de la *Academia del Parnaso*, que en Valencia presidió en 1616 D. Guillén de Castro, y para la que Juan Yagüe de Salas hizo un resumen de su poema *Los Amantes de Teruel*, que leyó en la segunda sesión, ni en Madrid, ni en los otros reinos de la Península, se intentaron ensayos de constitución de otras nuevas. Hubo con frecuencia en varias partes certámenes literarios, algunos de mucho interés, como el que en Toledo se verificó en 1605, en celebridad del nacimiento de Felipe IV, á que concurrieron treinta y cinco poetas castellanos, estando á su cabeza, en honor al cardenal arzobispo iniciador, el mismo Lope de Vega. Pero aunque con Lope concurrieron doña Clara de Barrionuevo, doña Isabel de Figueroa y los familiares de la casa de Lope, Baltasar Elísio de Medinilla, Juan Piña, el doctor Gregorio de Angulo, D. Sebastián de Cés-

pedes y Meneses, Gaspar de Barrionuevo y Julián de Armendáriz, los demás no correspondían, ni en mérito, ni en fama, á lo que en aquel tiempo debíase esperar siempre del grado de brillantez á que había llegado nuestro Parnaso. En el de San Juan de Aznalfarache, junto á Sevilla, que se verificó en 1606, en las fiestas de Santa Leocadia, por iniciativa de D. Diego Ximénez de Enciso, sólo se ofreció la particularidad de que la presidiera D. Nuflo de Colindres, teniendo por secretario á Miguel de Cervantes Saavedra, y por fiscal á D. Juan Ruiz de Alarcón. Otra cosa fué en 1610 el certamen de la capital del Bétis para solemnizar la beatificación de San Ignacio de Loyola, acto que presidió el asistente de la ciudad marqués del Carpio con el obispo de Bona D. Juan de la Sal, el conde de Palma, D. Félix de Guzmán y otros señores y ministros de varias Ordenes religiosas; pues á él no se desdeñaron de concurrir con sus poesías Francisco Pacheco, Rodrigo Caro, Antonio Ortiz de Melgarejo, D. Luis de Góngora y Miguel Cid, entre otros diez y siete ingenios andaluces. Zaragoza publicó pregón de certamen en 1608, para celebrar la elevación de D. Jerónimo Xavierre á la púrpura del Sacro Colegio, siendo los jueces D. Antonio Xavierre, rector de la Universidad, y el doctor Agustín de Santa Cruz y Morales y Secretario Lupercio Leonardo de Argensola, y otro en 1619 por la Presidencia de la Suprema Inquisición en favor de fray Luis de Aliaga. Todos los poetas del antiguo reino concurrieron á estos certámenes; pero no fueron actos de las Academias aragonesas entonces en vigor, sino de la Universidad cesaraugustana. El mismo carácter singular y no académico tuvieron en Granada en 1610, otro certamen también en la beatificación del fundador de la Compañía de Jesús, y el de Fonz, junto á Lérida, en 1616, por la inauguración de un templo consagrado á la Virgen. Todos estos certámenes son el testimonio de la extensión que en la Península había alcanzado por aquel tiempo la cultura literaria, pues no había pueblo grande ni chico que para estas ocasiones no dispusiera de una ó dos docenas de ingenios.

Después de la sucesión de Felipe IV, las *Academias,* por aquel tiempo extinguidas, procuraron restaurarse, como base y principio de aquel partido político siempre fiel á los Lerma, que dióse por derrotado y vencido con la proscripción del duque, con la prisión de Osuna, con el suplicio del marqués de Siete Iglesias y con el trágico asesinato del conde de Villamediana. Aquel partido que permaneció vivo durante los veinte años del ministerio del conde duque de Olivares, hasta que logró al cabo echarse sobre él y devorarle, no estaba formado sólo de grandes, títulos y ministros: una gran parte de él lo constituía parte numerosa de los poetas que habían asistido á las academias de los Silva y de los Saldaña, que se habían inscrito en la milicia cívico-religiosa de la Esclavonía del Santísimo Sacramento, y que había disfrutado y sido sierva de las pensiones del cardenal D. Bernardo de Sandoval; y, aunque el peso de los años venció á muchos, como á Góngora y Pantaleón de Rivera, otros como Quevedo y López de Zárate, sobrevivieron á las miserias y á las luchas del destino. El último de estos dos poetas, hechura del marqués de Siete Iglesias, había sido oficial de la secretaría de Estado. Muerto trágicamente su protector en el suplicio, se retiró de la covachuela y arrastró toda su vida con impertérrito valor la pobreza, hasta casi la indigencia, por no ser servidor del que había sido de su bienhechor verdugo. De 1621 á 1626, se hicieron muchas tentativas para resucitar las Academias, poniéndolas bajo la presidencia, ya del duque de Cea, ya del de Híjar, y algunas se celebraron con mucha concurrencia y aplauso de señores é ingenios; pero el Conde Duque dió á Cea un empleo superior en el ejército de Monferrato, no utilizando á Híjar por no reconocerle alientos de rival. Al marqués de Velada tratóse también de erigírsele en campeón de los literatos, por su inclinación á las musas, y aun en Abril de 1625 se le hizo presidir una Academia; pero él tuvo por más cuerdo aceptar luego el gobierno de Orán que le fué ofrecido. D. Francisco Sebastián de Medrano intentó fundar *La Peregrina,* con programas aná-

logos á los que servían de base á las de Italia; también hubo medio de obstruir su obra, hasta hacerle desistir de ella, dejándola en proyecto.

El Conde Duque, conociendo las inclinaciones del rey, procuraba tenerle rodeado hasta en su servidumbre y en la de la reina, el príncipe, y los infantes D. Fernando y D. Carlos, de aristocráticos poetas y oficiales de la servidumbre, como los marqueses de San Felices y de Palacio, Jáuregui, Salcedo Coronel y Bocángel Unzueta. Con ellos y con otros, que merecían igualmente su confianza, consentía la celebración de aquellas Academias íntimas de palacio á las que asistían Villaizán, Cáncer, Coello, Calderón y Moreto, y de la que sólo á la posteridad han llegado nimias tradiciones. También para divertir á la corte, en 1637, dispuso la *Academia burlesca del Buen Retiro;* pero en cuanto á *Academias* formales siempre tuvo razones de gran peso para impedir su constitución. Los poetas entonces se congregaron en algunas tertulias privadas, como las que tenían en su celda el P. Fr. Hortensio Félix Paravicino, con asistencia de su hermano el conde de Sangrá D. Francisco Paravicino; las que presidía D. Jerónimo de Cáncer y Velasco; las de la casa de D. José Reynalte, caballero del hábito de Santiago, y la que en su casa de campo de los Maudes, celebraba D. Facundo Cabeza de Vaca, con el conde de Irinquien, un hijo del conde de Saldaña, como él llamado D. Diego Gómez de Sandoval, que luego heredó el título de duque de Lerma, D. Juan Manso de Zúñiga, D. Diego Altamino y D. Pedro de Velasco, del hábito de Alcántara; pero los actos de estas tertulias, ni trascendían á los círculos de la opinión, ni ejercían la menor influencia en el movimiento de las ideas generales.

Olivares siguió en esto un rumbo diametralmente opuesto al de los Mendoza del siglo XV, al de los Toledos del siglo XVI y al de los Sandovales del reinado de Felipe III. Los ideales progresivos de la nación estaban interrumpidos. En el apogeo del poder á que habíamos llegado, se había pronunciado una

acelerada decadencia. El edificio necesitaba puntales, y no torres al viento. La literatura, como todo, se había viciado, y estaba en todo su imperio el elemento desolador de la sátira. ¿A qué desatar más tempestades? Por desgracia, lo que se contenía en Madrid no podía de igual modo contenerse por todas partes. La actividad literaria, que aquí se dirigía á otros horizontes por medio de los presentes certámenes que se celebraban para distraer los ingenios, haciéndolos confluir á la avaricia del premio, ya cantando santos canonizados y entradas de príncipes peregrinos y efemérides de la familia real, no podía ser encauzada ni contrariada de sus corrientes, del mismo modo en otras esferas; y en las Academias de Lisboa y de Barcelona, que antes fueron citadas, la congregación de los literatos que tomaban los apellidos simbólicos de *los Desconfiats,* de *los Anónimos* y de *los Ocultos,* èran núcleos de otras tantas conspiraciones contra el poder soberano de España y la unidad de la patria. De estas Academias al cabo alumbró el trueno y el rayo, cuando á la retirada á Loeches del último gran ministro de aquella dinastía, cayó sobre las coronas de España la conflagración universal, que se había tramado en Francia y de que fué cómplice toda Europa.

V

Aun entre los horrores de las guerras peninsulares y extrapeninsulares y de las insurrecciones que amargaron los últimos años del reinado de Felipe IV, el poder de la inteligencia se obstinó en preparar, al menos, las soluciones reparadoras del porvenir. En medio de la decadencia espantosa á que las letras patrias habían venido, asombra el número portentoso de los que las cultivaban; ¡á doce mil llega el número de los que por sus nombres tenemos recogidos en nuestro Catálogo de

los poetas de los siglos XVI y XVII! Academias con actos públicos frecuentes se celebraban por todas partes: en Valencia, presidía la *de los Soles,* el conde de Elda; otra, titulada *el Alcázar,* el marqués de Villatoreas, y durante el gobierno del Duque de Veragua, éste las congregó y presidió en su palacio de las márgenes del Turia, como antes las había presidido en Cádiz. Hazañas y la Rua ha escrito un libro con la descripción de las que se reunieron en Sevilla, desde la famosa de San Juan de Aznalfarache, hasta la *Universidad de la Tontería.* La de *La Alhambra* de Granada estuvo veinte años en funciones, animada siempre por los Trillos y Figueroa, los Cuevas y Benavides, y los Zurillos de Peralta. En Salamanca y Alcalá las renovaban cada año sus respectivas escuelas maestras, y muchas se solemnizaron con particular y admirable frecuencia en poblaciones de segundo, tercero y cuarto orden, como Tarragona, Lérida, Écija, Antequera, Ronda, Baeza, Badajoz, Baena y hasta el Campo de Criptana. Algunas de estas *Academias* festejaron asuntos dignos de recordación: en la del Alcázar de Valencia, se conmemoró solemnemente la muerte de Calderón de la Barca; en otra de las de la Alhambra se dió el parabién al duque de Alburquerque, D. Francisco Fernández de la Cueva, general de la caballería en Rocroy, por su vuelta feliz del gobierno de México; pero estas eran excepcionales; el mayor número se perdía entre elogios profanos á los santos ó en bagatelas de la más efímera actualidad. ¡Qué distintos sus ideales con los que las dieron principio durante el reinado de Carlos V! Pero ellas no hicieron sino cumplir con los decretos inexcrutables del destino. Con Carlos V las asociaciones literarias nos ayudaron á subir hasta la mayor cima de nuestra grandeza histórica; con Carlos II á bajar hasta la triste soledad y servidumbre que vino á pesar sobre España desde 1701 hasta la hora feliz de las revoluciones regenadoras de nuestro siglo. Esta, pues, es y será siempre la dura ley y la perpetua evolución de la historia.

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN.

LOS POETAS ÉPICOS CRISTIANOS

MILTON

I

De los acontecimientos señalados que registran los anales de Europa, el mayor y de consecuencias más graves, fué,—después de la irrupción de los bárbaros y expulsión de los sarracenos,—la Reforma: porque el descubrimiento de América no pertenece á la historia europea, sino á la del mundo.

Al destruir la irrupción de los bárbaros la simétrica y artificiosa unidad del Imperio romano, creó un dualismo que sólo la fe cristiana supo reducir, confederando á la raza invasora con las invadidas, á los hombres del Norte con los meridionales. De esta armonía espiritual bajo el yugo de una creencia común, nació la esplendorosa *Era católica,* que comprende toda la Edad Media y el período más noble y floreciente del Renacimiento. No bien aparece la Reforma, el dualismo resurge y se produce la escisión, ya irremediable; como que desde los dominios de la conciencia se extiende á todas las manifestaciones del pensamiento y se propaga en todas las esferas de la actividad intelectual, artística, moral y social.

No hay movimiento revolucionario donde no se observen fenómenos atavísticos. La revolución religiosa fué regresiva y funesta al progreso, en cuanto desunió á las razas latina y sajona, factores esenciales de la civilización europea, y reavivó viejos antagonismos, que existían latentes y amortiguados. Mediante la Reforma, el cuerpo europeo tuvo dos almas enemigas.

Considerada la Reforma por encima, en una de esas parti-

cularidades que saltan á los ojos de cualquiera, puede atribuirse, y la atribuyen ciertos autores, á la lascivia de Lutero y Enrique VIII, bien como se atribuye á la Cava la pérdida de España, ó á Elena la de Troya. Sin embargo, no hay suceso que demuestre más plenamente que la Reforma la constante ley histórica de las razas. En la duradera é inconciliable contraposición de la Europa católica y la Europa protestante, no pudo influir decisivamente el pasajero delirio de dos parejas, el antojo sensual de un fraile y de un rey. Ramas del tronco humano tan opuestas en su sentir filosófico, estético y social como la latina y la sajona, buscaron en la Reforma caminos por donde andar sin volver á encontrarse nunca,—excepto para luchar sin tregua ni misericordia, como todavía lucharon hace veinticinco años y como volverán á luchar fatalmente á la primera ocasión propicia.

Cuando los sucesos históricos reconocen causas tan hondas, de acción y eficacia tan permanente, acaban siempre por producir una obra artística que expresa lo más íntimo de su contenido, la esencia de su totalidad. Esta obra artística fué para el Catolicismo la *Divina Comedia;* para la Reforma, *El Paraíso perdido*. Conociendo los dos poemas y comparándolos, se pueden caracterizar las dos religiones que los inspiraron, y afirmar rotundamente la necesaria inferioridad artística de la Reforma. Y si de la comparación de los dos poemas pasamos á la de los poetas que los llevaron en la fantasía y les dieron ser, notaremos más claramente aún extrañas diferencias en el vigor y calidad de su espíritu y la libertad, energía y espontaneidad de su inspiración. Comparaciones semejantes valen ellas solas por diez tratados teológicos que diluciden los problemas de la gracia, la jerarquía eclesiástica y las indulgencias.

En sentimiento y pensamiento; en impulso y vuelo genial; en imaginación, corazón y alma, Dante es fruto del Catolicismo, como Milton de la Reforma,—la cual no ha conseguido producir después un artista más grande ni que la encarnase mejor. Dante y Milton son poetas-tipos y hombres-tipos de sus respectivas razas y religiones: lo que de ellos puede afirmarse, afírmese también de ellas: retratadles, y las habréis retratado. Piérdase y bórrese la historia y el recuerdo de ambas razas, pero consérvense las obras y la biografía de Milton y de Dante, y por inducción reconstruiremos la leyes generales á que dócilmente obedecieron ambos admirables fenómenos.

Siendo los dos poetas tan desiguales en potencia artística, la crítica todavía reune sus nombres, declarando así implícitamente

la identidad de su significación étnica y religiosa.—Si no es permitido colocar á Milton á la altura de Dante, conviene reconocer que á su manera expresa lo mismo, y contribuye á probar con evidencia que las letras son algo vivo y arraigado en las entrañas de la historia y de la sociedad.

II

Venía el cisma de Inglaterra preparándose y anunciándose sordamente desde el período de los Plantagenetos, mucho antes de que la rosa blanca y la bermeja se tiñesen juntas en sangre.

Así que el pueblo inglés tuvo que renunciar á su sueño de dominar el continente,—apoderándose de Francia y extendiendo sus conquistas á otros países europeos,—desahogó en luchas internas sus bríos, sus instintos de orgullo, de independencia y hasta de ferocidad. La guerra civil entre los partidarios de York y los de Lancaster, si pudo distraer algún tiempo á una gente sobrada de vigor sanguíneo y de energía muscular, no bastó para gastar las impetuosas fuerzas de esa misma gente, poco refinada, incapaz de escepticismo, dura, tenaz, aferrada á sus convicciones y resuelta, no sólo á mantenerlas á todo trance y contra viento y marea, sino á imponerlas con el hierro y el fuego. La verdadera lucha, la lucha encarnizada y mortal de Inglaterra, debía ser la religiosa.

El instinto de independencia que existía en el pueblo, animaba también á los monarcas: de ellos partieron los primeros conatos de emancipación. Desde la época normanda anduvieron enzarzados los reyes de Inglaterra y los Pontífices; el clero, rico y fuerte, hacía sombra al poder secular, y las reyertas entre la autoridad civil y la eclesiástica eran ásperas y continuas. Tenía el primer Plantageneto, Enrique II, depositada omnímoda confianza en el canciller Tomás Becket, su brazo derecho, el hombre de su corazón. La Iglesia invistió á Becket con la dignidad de Primado de Inglaterra, y apenas hubo ceñido la mitra, transformóse el fastuoso y disipado magnate en religioso austero, el complaciente cortesano en inflexible celador de los derechos eclesiásticos, el campeón de las prerrogativas de la realeza en adalid de Roma. Sentencióle á muerte su rey y señor; pero la sangre de Becket, al salpicar el claustro de Cantorbery, infundió en muchos corazones ardentísima fe católica: fué verda-

dera semilla de mártires. En el siglo XII, al ocurrir tan memorable suceso, primera chispa de inextinguible hoguera, el Papa era de los dos adversarios el más temible. Sobre el sepulcro de Santo Tomás de Cantorbery llovía milagros la gracia, y contra el sacrilegio se alzaba la cólera popular. Necesitáronse cuatrocientos años para que cambiase enteramente la faz de las cosas.

Contenidos los reyes por el temor, no siempre sostenidos por la opinión de sus súbditos—que opinión había entonces, y en tales materias más que ahora—no cejaron, sin embargo, en ir atacando el poderío de la Iglesia romana, tarea en que les ayudaron los excesos y desarreglos del clero, sus exorbitantes pretensiones, que ni los historiadores católicos niegan. Ricardo *Corazón de León,* el héroe de Palestina, ve amagar á su cabeza la excomunión mayor; Juan *Sin tierra* es puesto en entredicho con todo su reino; el Papa desliga á sus súbditos del juramento de fidelidad, les entrega como buena presa al rey de Francia, y Juan, al saberlo, jura *por los dientes de Dios* que expulsará de Inglaterra á la Iglesia de Roma. Eduardo I se ve en el caso de contender con Bonifacio VIII por la soberanía de Escocia, y los barones ingleses declaran que si el Rey pudiese ceder en tal cuestión, allí estaban ellos para no sufrirlo. En cambio Eduardo III, el de la Jarretiera, ante la amenaza del terrible entredicho, reconoce la superioridad del poder temporal sobre el espiritual. En vano intenta restablecer y consolidar las franquicias de la corona: estréllase en la oposición del clero, y bajo su reinado se ve á uno de los barones más altivos y encumbrados pedir perdón descalzo y de rodillas, por leve ofensa, al obispo de Norwich. Con Enrique IV la tirantez es ya tan insufrible, que los barones acorralan y dan caza como á fieras á los emisarios portadores de bulas pontificias.

Al lado del regalismo levantaba cabeza la herejía teológica. Viclef regresaba de una excursión á Roma dando al Papa el dictado de *Anticristo,* y sosteniendo en Oxford proposiciones heterodoxas y de libre interpretación de las Escrituras. Muerto Viclef, se desparraman por Inglaterra legiones de predicadores laicos, censores de las costumbres del clero, de la vida social y de los dogmas de la Iglesia. Eran los *Lolardos*. Sus rígidas doctrinas anunciaban ya el puritanismo. ¡Detalle característico, que retrata bien á tal linaje de herejes! Los Lolardos sostenían que el ejercicio de ciertas profesiones,—entre otras la de joyero,—debía vedarse con rigor, pues sirven únicamente para inducir al pecado.

Entonces se proyectó por primera vez sobre el horizonte de la

Gran Bretaña el rojo resplandor de las hogueras. A su calor se inflamó más y más el fanatismo de los Lolardos. Ni el fuego, ni los calabozos, ni la ingeniosa tortura, consiguieron sino embravecer á aquellos sectarios apasionadísimos. Se refiere de uno de ellos que, al sacarlo semivivo de entre la leña ardiendo y ofrecerle el indulto, se precipitó nuevamente en las llamas, donde pronto se oyeron estallar sus carnes y derramarse sus intestinos. Era el siglo xv.

Así se templaba, con la persecución, la férrea voluntad sajona, que tales muestras había de dar de sí en tercas disputas y en implacables lides. Nuestra Inquisición es espantajo de chiquillos, terrorífica pero inofensiva silueta esbozada sobre la pared, si la comparamos á la horrible tragedia de la Gran Bretaña, donde salieron á escena los titanes y las furias.

Al advenimiento de la violenta y cruel dinastía de Tudor, estaban en plena fermentación los ánimos y las conciencias. Al mismo tiempo se preparaba un nuevo elemento de guerra y perturbación. Si la autoridad real había ganado terreno sobre la eclesiástica, iba perdiéndolo ante la feudal y popular, que representaba el Parlamento; y desde las disensiones, ya añejas, que provocó la *Carta Magna,* los monarcas cedían mal de su grado á la creciente fuerza de la opinión nacional, cada día más segura de sí misma Instintivamente sentían los reyes la necesidad, ó de apoyarse en el poder religioso, ó—medida más radical aún—de asumirle. Quizá les estorbaba á los reyes una religión como la católica, que tanto cooperó, según el testimonio nada sospechoso de Macaulay, á fortificar el sentimiento de igualdad y libertad, borrando las diferencias entre el amo y el siervo, el normando conquistador y el sajón conquistado. En sentir del autor de la *Revolución de Inglaterra,* al espíritu del Catolicismo apostólico romano debió la nación inglesa sus instituciones modelo, su temprana y firme organización política.

Subió al trono la dinastía de Tudor manchándose en la inocente sangre del conde de Warwick, y si viésemos en los acontecimientos secretas disposiciones del cielo, ó supusiésemos que el cielo hace pagar á justos por pecadores, creeríamos que el infausto sino de Catalina de Aragón fué castigo providencial de haber sido el suplicio del infeliz mozo prisionero condición de las regias bodas. Mas ni parecían nuevas en Inglaterra tales inhumanidades, ni Fernando de Aragón las reprobaba, siempre que conviniesen á sus fines.

Enrique VIII es de los reyes cuyo temperamento se ha estudiado mejor, porque pesó mucho en la historia de su país. La Reforma,

que se infiltraba é iba cundiendo desde el reinado de los padres de Enrique VIII, no tuvo al principio más declarado adversario. El fué quien excitó á Luis de Baviera á que achicharrase á Lutero, y quien, sin temer manchar de tinta el regio armiño, escribió la apología de la Iglesia de Roma. Por un cambio que produjeron de consuno el ansia de ejercer el poder absoluto y el desenfreno de unos sentidos impetuosos, que no se calmaban con los lances de la galantería y los deleites hurtados, sino que, inspirando bárbaros celos, exigían la posesión oficial de la favorita, consagrada por el matrimonio y sancionada por el patíbulo,—Enrique VIII llegó á ver en las tendencias de la Reforma la base que necesitaba su sueño de tiranía ideal. Bien quisiera contemporizar con Roma; acaso no había muerto del todo en su alma la antigua fe; pero los sucesos y las pasiones le empujaban al cisma, y el paso dado por el rey tenía que ser decisivo en una nación como la inglesa, que abrigaba aún la convicción de hallarse identificada con sus soberanos.

Si analizamos los respectivos papeles que desempeñaron la monarquía y el pueblo en la crisis del pensamiento religioso de Inglaterra, reconoceremos que la fe ciega, el entusiasmo vehemente, el sincero fanatismo, fueron patrimonio de las masas, mientras los reyes, ó más desengañados ó más calculadores, sólo pensaron en explotar el estado de los ánimos en beneficio de su autoridad. Los reyes cayeron en la cuenta de que Roma tenía exigencias y el clero vicios, cabalmente cuando el clero y Roma atacaban ó mermaban los privilegios reales; y así supieron sacar de la rebelión espiritual del pueblo, la soberanía espiritual del rey. Las pingües rentas confiscadas á las abadías; el fruto del pillaje de los monasterios; las haciendas y casas de los señores católicos, dieron rico botín á la corona. No se proponían los reyes cooperar á la emancipación de la conciencia nacional, sino á que la conciencia nacional, sacudiendo el yugo del Papa, se doblegase á otro yugo.

Mil veces se ha repetido que las revoluciones, ya desatadas, no obedecen á su impulso inicial, sino á otros imposibles de calcular anticipadamente. Pone en juego el que desencadena una revolución fuerzas tan superiores á su fuerza propia, que al intentar dirigirlas ó contenerlas ve que más fácil sería encauzar un torrente con la palma de la mano. Emanciparon los reyes la conciencia religiosa sacudiendo el yugo de Roma, pero al emanciparla provocaron la revolución religioso-política, y por desenlace el regicidio.

Pudo sin embargo Enrique VIII creer que había logrado plenamente sus fines. Ni al exterior ni al interior de su reino halló oposi-

ción que seriamente contrarrestase el omnímodo poder que se arrogaba. Sobre las ruinas humeantes del Catolicismo inglés fundó la Iglesia nacional, restableciendo en provecho suyo la gerarquía eclesiástica; y dueño de atribuciones tan extensas que ningún mortal las anhela mayores, le fué dable, como dice Macaulay, mandar á la hoguera por herejes á los confesores de la escuela reformista, y ahorcar por traidores á los que reconociesen la supremacía del Papa. Enrique se declaró cabeza de la improvisada Iglesia, y sumo juez en lo espiritual y en lo eclesiástico: un decreto suyo redujo á tres los siete Sacramentos, y otro hizo saber á todos sus vasallos que en realidad Cristo estaba presente en la Eucaristía. La hoguera, jamás apagada, siempre rutilante en el siniestro Smithfield, aguardaba á los que negasen la infabilidad regia. Protestantes y católicos mezclaban sus ayes de agonía y sus invocaciones á Jesús, á fin de que abriese á su constancia las puertas del cielo. El innovador religioso, el lector de la Biblia, el que alzaba las manos para profetizar, tenía que habérselas con la persona del monarca, que había fijado límites al cisma, y amojonado la heterodoxia. Mientras él vivió, dijo á la Reforma "de aquí no pasarás„. La disidencia contra la Iglesia oficial anglicana, el partido que pudiéramos llamar la izquierda herética, no empezó á inquietar á la corona hasta los reinados de Eduardo VI y de la excelsa Isabel.

Agonizaba entre tanto el Catolicismo. Los últimos acontecimientos que pudieron haberse vuelto en ventaja suya, y realmente actuaron en su daño, fueron el advenimiento al trono de María Tudor y el cautiverio y degollación de la Estuarda. La hija mayor de Enrique VIII, con destreza y suerte, lograría restaurar la fe católica, pero no hizo más que recrudecer con la dureza de los castigos el ardor de los creyentes nuevos. Desquite grande tenía que tomar María, ultrajada en la honra de su madre, tratada de hija incestuosa y espúrea, obligada á devorar la afrenta y á llorar el desamor paterno, herida en sus creencias, en lo más sagrado y vivo, como mujer, como católica, como princesa real: no era mucho que al empuñar el cetro quisiese ajustar terribles cuentas atrasadas: y sin embargo, la que la historia baldona con el dictado de *Sanguinaria,* dueña de los destinos de su hermana y rival, no la cortó el pescuezo, como hizo Isabel con María Estuardo. Mas para condenar é infamar á María Tudor y para pedir la hermosa cabeza de la reina de Escocia, encanecida por el sufrimiento; para cantar himnos al pie del trono cuando el rey servía sus preocupaciones, para rugir y maldecir si de ellas se apartaba, estaban allí presentes y vigilan-

tes los puritanos. Desde que María Estuardo sucumbe, bien se puede decir que la lucha religiosa y política en Inglaterra se libra entre dos sectas protestantes: los puritanos y el anglicanismo.

III

No comprendiendo á estas sectas no se comprende á Milton, que si nunca optó resueltamente por ninguna de ellas, si no fué oficialmente episcopal ni *santo,* en su fisonomía moral y literaria reunió y mostró alternativamente los caracteres distintivos de las dos creencias que se disputaban la herencia del Catolicismo.

De los anglicanos ó episcopales diríamos, para definirlos en pocas palabras, que eran el Catolicismo mutilado y echado á perder; la forma material ó cáscara del Catolicismo, con su jerarquía, sus ceremonias, su liturgia, su ritual, pero despojado de esa idealidad sublime que para los ojos de la carne tiene forma de paloma y el alma nombra, con misterioso respeto, *Espíritu Santo.* Eran la Iglesia sin inspiración y sin temblor divino; la Iglesia sin profetas, sin ascetas, sin vírgenes, sin martirologio, sin leyenda, sin las maravillas del arte y los prestigios de la historia; la Iglesia á obscuras, metamorfoseada por algún maligno encantador en institución civil, puesta al servicio del monarca, esclavizada á sus antojos. Al nacimiento de esta Iglesia habían presidido dos poderosos elementos: el instinto de orden y la fuerza de la costumbre. El rey y sus consejeros, particularmente Cranmer, querían organizar la protesta, evitar la anarquía religiosa, inseparable entonces de la política; el pueblo, mal deshabituado aún de las formas del culto católico, se complacía en volver á encontrarlas en la nueva religión. Había en ésta cierto sentido de moral familiar, práctica y casera, que se avenía bien con las inclinaciones y el estado intelectual del pueblo inglés, pueblo nada ateniense, que, poseyendo ya el teatro de Shakespeare, iba olvidándolo, y en cambio devoraba con avidez los fastidiosos tratados teológicos de Wiclef y de Lutero.

El modo de ser de los puritanos es conocido; basta para ello el retrato de mano maestra, á lo Rembrandt, que Macaulay trazó. Al repartirse las vestiduras de Cristo, los despojos del Catolicismo sentenciado, los anglicanos tomaron para sí lo externo,

los puritanos lo interno, pero desfigurándolo y torciéndolo, incapaces de apropiarse ese fluido delicadísimo que, como el éter, todo lo envuelve, llena los intersticios y favorece la transmisión de las fuerzas; esa aura del cielo que llamamos *caridad*.

Más ajenos á ella todavía los puritanos que los episcopales; beodos del Antiguo Testamento, de sus cóleras, sus justicias y sus sangrientos exterminios; intolerantes hasta el delirio en nombre de la libre iniciativa religiosa, los puritanos, según los describe el historiador inglés, "sujetaron sus modales y costumbres á un código parecido al de la Sinagoga en sus peores tiempos; y la rígida secta, en su vestir y andar, estudios y distracciones, ajustóse á aquellos principios que los fariseos profesaban, cuando, preciados de manos limpias y anchas filacterias, censuraban al Hijo de Dios poniéndole de bebedor de vino é infractor del reposo sabático. Para los puritanos era pecaminoso ornar con festones los árboles de Mayo, brindar á la salud de los amigos, soltar halcones, cazar venados, jugar al ajedrez, rizarse el pelo, almidonar la gola, tocar el clavicordio y leer el poema de *La Reina de las Hadas;* pueriles reglas que de fijo encontraría insufribles el jovial Lutero, y necias el filósofo Zuinglio, y que envolvían la vida secular en sombra y tristeza más profunda que la del claustro. Y como quiera que también la ciencia y la elocuencia eran para los puritanos sospechosas y hasta aborrecibles; como algunos rigoristas se resistieron á enseñar la gramática latina, en odio á los nombres de Apolo, Baco y Marte; como las bellas artes sufrieron proscripción, y el órgano fué declarado instrumento supersticioso, y disoluta la música de las mascaradas de Ben Johnson, y la mitad de los mejores cuadros ingleses idolátrica, é indecente la otra mitad, no quedó cosa buena que los puritanos no destruyesen...„ "Conocíase á los nuevos sectarios por su paso, su traje, su pelo aplastado, su porte serio y solemne, su cara de pocos amigos, sus ojos fijos en el cielo, su hablar gangoso, y la jerga especial que usaban...„ Más que pintada está en estos párrafos esculpida la odiosa y risible fisonomía del puritanismo, y es inútil que el propio Macaulay, en su estudio literario sobre Milton, emprenda una apología de tan antipática gente, encareciendo su constancia, su fe, su energía, su utilidad para el cumplimiento de la evolución política inglesa.

Por inevitable consecuencia de los sucesos, los puritanos se inclinaban á la república, como habían de inclinarse después, dentro de la república, á la dictadura y al terror militar. Ya Isabel Tudor, celosa de su autoridad como un hombre, había visto con sor-

presa y enojo que se infiltraban en el Parlamento elementos puritanos, y enterádose, con mayor impaciencia aún, de que aquellos sectarios la dirigían pullas y acerbas sátiras. Mientras no dejó con la vida la corona, les cortó los vuelos: pero al subir al trono los Estuardos, levantaron cabeza más decididos que nunca. En los primeros años del reinado de Jacobo I poseían esa organización compacta y esa disciplina inflexible que caracterizan á los partidos radicales y extremos.

Cada día ganaban prosélitos, si bien entonces sólo pretendían alzar su Iglesia independiente al lado de la anglicana ó nacional. Hallábanse prontos á ejercer la propaganda á toda hora y de todos modos, por la predicación, por la Biblia, por el ejemplo, por la espada, por la ley, por el fuego, por la muerte. Odiábales el hijo de María Estuardo, presintiendo quizá cuán funestos habían de ser á su estirpe, ó recordando—aunque nunca descolló por el amor filial—que las doctrinas puritanas habían contribuido á empujar á su madre al patíbulo. Mientras enseñaba á su heredero que los puritanos eran sediciosos, ingratos, perjuros, mala hierba que urgía arrancar, á menos que quisiese conservarles para ejercitar la paciencia, como Sócrates á su insufrible esposa,—los puritanos, en voz baja, repetían que el príncipe de Gales era de los suyos y que cuando heredase el trono, se verían grandes cosas. Mas el David en ciernes murió súbitamente, y los puritanos, ya recelosos de que fuese por veneno, se confirmaron en la sospecha notando que el rey apenas guardaba luto, ni daba señales de aflicción. Con tal ocasión y motivo, empezaron los puritanos á creer divorciadas su causa y la del trono.

Indignábales el fausto y alegría de la corte, la disipación y lujo de la reina Ana, las artísticas fiestas en que, rodeada de damas jóvenes y hermosas, aparecía en grutas fantásticas vestida de india ó de nereida, ó arrastraba por los salones sedas bordadas, encajes de plata y un diluvio de pedrería sobre el mal velado seno. Clamaban contra la abominación de que en palacio pululasen juglares, poetas y músicos, y el rey gustase de las riñas de gallos y saliese de caza con gran escolta y ladradora jauría, y en la mesa prefiriese los platos regalados y los vinos exquisitos á las lentejas y al agua pura. Y no contento Jacobo con solazarse, beber y triunfar, quería que se solazase el pueblo, para mayor escándalo en domingo, y escribía y publicaba una obra titulada *Tratado de las diversiones públicas*... Obscuras intrigas cortesanas; favoritos ensalzados y caídos; una vida íntima digna de reprobación, contribuyeron

sin duda bajo Jacobo I al desprestigio de la monarquía; pero eran razones secundarias, pues su sucesor Carlos I poseyó y ejercitó todas las virtudes domésticas, y, sin embargo, no evitó el destronamiento y la muerte en el cadalso.

Cuanto rodeaba á Carlos I, fué á los puritanos aborrecible. La reina era católica—ellos decian *idólatra*—y tenía la avilantez de oir misa y de confesarse. El favorito, duque de Buckingham, incurría en el pecado de elegancia y bizarría caballeresca; pereció asesinado por un fanático. Los rigores del arzobispo Laud contra la secta envenenaron mas y mas la llaga del rencor puritano. Irritóles Laud erigiendo templos suntuosos, como los de los *papistas,* restableciendo la pompa del culto, la música y las ceremonias, disolviendo los *conventículos,* prohibiendo la impresión de hojas volantes con jaculatorias y exhortaciones, y quemando los frenéticos libros de la secta. Perseguidos, acosados, atados á la picota donde les cortaban las orejas, les hendían las narices y les marcaban con hierro candente las mejillas, los puritanos comenzaron á emigrar. A centenares se refugiaron en Holanda: otros no se creyeron seguros y libres sino en el continente americano.

Los que se quedaron en la patria, se apercibieron á luchar, comprendiendo que ya no cabían juntas en el territorio inglés dos confesiones religiosas más enemigas entre sí de lo que nunca lo fueran católicos y protestantes. Mal conocería el tesón de los puritanos, su soberbia, su convicción cerrada y activa, quien se imaginase que la prisión, la picota, la ignominia, el tormento, podían hacerles ceder un ápice. Era el bando puritano de esos que en la paz y en la prosperidad se roen, gastan y disuelven por sí mismos, porque la rigidez y exageración de sus principios no resiste al embate de la realidad, pero que con el estímulo y la aureola del martirio lo arrollan todo y triunfan siempre. Facciones semejantes no serían peligrosas jamás, si nadie les opusiese obstáculo alguno, á no ser las protestas del buen sentido y las saludables flechas de la risa. Tomar por lo serio á los puritanos, fomentar sus manías torturándoles y estancando su ser de padecer, era el medio seguro de electrizarles. Se les persiguió, como se perseguía entonces en Inglaterra por cuestiones religiosas, como se había perseguido á los católicos bajo Isabel, encerrándoles en mazmorras donde, al subir la marea, entraba una legión de ratones á devorar al prisionero; como se había perseguido á los protestantes bajo María, quemándoles con leña verde; como se persigue donde se dan la mano la ferocidad natural, la rudeza de las costumbres y el sombrío fanatismo. Y de la persecución salió

el Parlamento *Largo,* Cromwell, la guerra civil, el destronamiento, el palco de Whitehall, la república.

Era Carlos I resuelto defensor de la Iglesia anglicana, á fuer de soberano imbuido en las doctrinas de la monarquía absoluta con el ejercicio de los dos poderes. Creía de buena fe que contra los rebeldes que pretendiesen atentar á los sagrados privilegios de la corona, todo era lícito, y sólo culpable la concesión. Alimentaba el propósito de unificar la religión nacional en Inglaterra y en Escocia, y someter á reglas comunes toda manifestación religiosa en ambos reinos, suprimiendo disidencias y particularismos. No había contado con la condición selvática é indómita de los escoceses, ni con la resistencia pronta, audaz y fiera de la secta presbiteriana. Lo mismo fué intentar Carlos que los escoceses se conformasen á la liturgia anglicana, que reunirse ellos como en virtud de conjuro mágico, lanzar un grito de guerra y adoptar el famoso pacto del *Covenant,* obligándose á mantener, contra todo y contra todos, la forma de su culto. Minado ya el poder de Carlos I y semieclipsada su estrella, el *Covenant,* como la célebre *Federación* francesa, fué realmente el primer estampido de la revolución.

Ni pudo Carlos desbaratar con las armas á los juramentados de Escocia, ni con la diplomacia impedir que se convocase el Parlamento en Inglaterra. Doble hidra se alzó, vomitando fuego, ante el desdichado rey. Con alta previsión política había comprendido lord Wentworth, conde de Strafford y principal consejero de Carlos, todo el empuje de la tempestad que se venía encima, y combinado un plan que prestase á la institución monárquica inglesa el vigor y solidez que tenían ya las de España y Francia. Quería organizar un ejército permanente y reducir á mera fórmula la representación nacional. Sagaz era el designio, pero lo olfatearon los puritanos, y la convocatoria del Parlamento que se llamó *Largo* después, echó á rodar la combinación de Strafford, y su cabeza.

Fué aquel Parlamento el desquite de la facción tanto tiempo oprimida y maltratada, la ola del radicalismo que se desbordaba imponente y bramadora. Puritana era la mayoría del Parlamento, puritano el primer *speaker,* Lenthall, y ante aquella asamblea de correligionarios y amigos presentáronse las víctimas de la Inquisición política, ó sea de la *Cámara estrellada,* los puritanos mutilados, sin orejas, espantosos, enseñando sus cicatrices y cosechando ovaciones y recompensas. Allí fué traído también Strafford, el enemigo de la libertad, entregado por su rey y señor á la venganza revolucionaria; allí fué arrestado, juzgado, sentenciado á muerte;

allí resonaron clamores de alegría saludando de antemano su degollación; y la sentencia se ejecutó, á pesar de las prórrogas solicitadas por Carlos, reducido ya á rogar á sus súbditos que no le quitasen el amigo más fiel. Fué la de Strafford muerte noble y altiva, de verdadero *caballero* cristiano, y al entregar su cabeza al verdugo hízolo con tan serena bizarría, que Carlos pudo exclamar desde el fondo del alma: "Strafford es más feliz que yo.„

Destacábase ya entonces la figura de Oliverio Cromwell. Popular desde que hizo uso de la palabra en el Parlamento, y no porque la adornase florida elocuencia ni selecta retórica, sino por el áspero fervor, la recia energía y la dórica sencillez de sus discursos, era Cromwell de ilustre familia, caso frecuente en estos tribunos revolucionarios; descendía de aquel Tomás Cromwell tan funesto á los católicos bajo Enrique VIII, y además llevaba sangre de la familia de Estuardo en las venas. Encerrado desde muy joven en su granja solitaria y triste, padecía accesos de melancolía religiosa, y había practicado la devoción á la manera puritana, sin dulzura, sin efusión, sin piedad, sin conceder nada á lo que tiene la vida de amable y risueño. Siempre metido en si, había llegado, después de incesantes lecturas de la Biblia, al iluminismo y al furor.

La historia, que reconoce y admira el genio de Cromwell gobernante, sólo una vez en su vida nos le muestra desfruncido el tétrico gesto: es en el instante de firmar la sentencia del rey, cuando embadurna con oblea, riendo á carcajadas, el rostro del comisionado del Parlamento que titubea en estampar la firma, y lleva la mano al coronel Ingoldsby, pellizcándole familiarmente para que firme también. Facecia del patíbulo, jovialidad de verdugo santurrón, á la cual prefiero las melancolías y las neurosis del Protector, cuando huye de aposento en aposento de su palacio perseguido por las Erinas, las perras rabiosas que destrozan el corazón del que vertió sangre.

A los cuarenta años dejaba Cromwell su campestre retiro, y se ganaba nombre y popularidad. Cuando la lucha pasó de las tribunas á los campos de batalla, se reveló soldado heroico é infatigable, gran capitán, capaz de organizar un ejército, de enloquecerlo, de arrastrarlo á la victoria. El vulgo suponía que los soldados de Cromwell eran de otra casta que los demás hombres, tal vez de acero, tal vez de granito, y que ni las espadas les herían, ni les rendía el cansancio. Lo que sostenía á los guerreros de Cromwell, los famosos *Santos, ó costillas de hierro,* mezcla singular de militares y teólogos, era su piadosa obcecación. Asegura Macaulay que

en el campamento de los *Motilones* ó *Cabezas redondas* nunca se vieron jugadores ni borrachos, ni se oyeron blasfemias, ni se cometieron latrocinios ó impudicias, pero que en cambio la vista de una imagen de Nuestra Señora, pintada en un vidrio, les enfurecía como al toro el rojo trapo, infundiéndoles ansia de destrucción y delirio de muerte.

En esta horda casta y bárbara debió de fermentar, envuelto en vapores de sangre, el regicidio. El terreno estaba preparado. No me explico la sorpresa y el asombro con que algunos historiadores hablan de la violenta muerte dada á Carlos I. ¡El hacha del verdugo había segado ya tantas gargantas de personas de familia real ó que habían ceñido corona, empezando por la misma abuela del desventurado monarca! Involuntariamente el pueblo debía de hallarse familiarizado con la idea de que un rey puede morir en público cadalso, y que hasta está muy expuesto, por su jerarquía, á tan triste fin. Tampoco acierto cómo se pone en duda que Cromwell había resuelto de antemano desembarazarse del rey, ni por qué se supone que el fanatismo es incompatible con la ambición.—Carlos I sucumbió dejando en las imaginaciones engrandecido su recuerdo y en los corazones impresa la huella de sus ternuras de padre, de su resignación de cristiano, de su entereza de caballero y hombre. Un poeta español [1] pone en boca de Milton la siguiente pintura de los últimos momentos del rey:

«¡Ah! bien recuerdo su figura esbelta,
su negro traje, su mirar severo,
su adusta faz, su cabellera suelta,
y su paso pausado y altanero.
Los que al cadalso á Carlos conducían
llevaban los sombreros en la mano:
asustados esclavos parecían,
pendientes de la voz de su tirano.
Del tablado fatal subió las gradas
con firme y desdeñoso continente:
y clavando en el pueblo sus miradas
cruzó las manos y dobló la frente.
Impenetrable máscara el semblante
del verdugo de Carlos encubría;
y mirándole el rey un breve instante,
dijo con entereza y energía:
La justicia que el rostro se recata
ha perdido la paz de la conciencia;
su cobardía y su maldad delata,
y en alta voz proclama mi inocencia.»

1 Larmig: *Querellas del vate ciego.*

Muertes como esta,—y la de Carlos fué más bella aún de lo que aparece en las citadas estrofas; nadie ignora sus detalles conmovedores;—actúan, á despecho del raciocinio, como argumento poderoso en favor de una causa. El comentario de la tragedia de Whitehall fué un libro titulado *Eicon basilike*, ó sea *La imagen del Rey*, libro que se creyó obra del mismo Carlos I, y que era á la vez mansa apología de sus actos, patética exhortación á sus hijos, resignada despedida al mundo, desahogo de religiosa piedad, elegía y plegaria. Los corazones se ablandaron; la humanidad engendró le realismo; la compasión, la poesía hablaron en favor del ajusticiado, y los atroces puritanos fueron vencidos por las lágrimas de los que, teniendo hijos, comprendían cuanto dolor encierra el beso de despedida del que va á morir y les deja solos. Cromwell pensó seriamente en contrarrestar la acción del peligroso libro, más nocivo á su causa que las espadas y mosquetes de los *caballeros*. El encargo de refutar al muerto recayó en John Milton.

EMILIA PARDO BAZÁN.

(En el próximo número la 2.ª parte).

DIEGO VELÁZQUEZ

SEGUNDA PARTE

V

Entre las diferentes distracciones que se ofrecían á Felipe IV para consolarle de la pérdida de su hijo, ocupaba la caza desde hacía mucho tiempo, y continuó ocupando, lugar muy principal. Este ejercicio había despertado siempre gran afición en la corte de España y M. Justi nos da curiosos pormenores de cómo se cazaba entonces. El tren y las jaurías del rey pasaban por los mejores de toda Europa. El monarca mismo era un cazador infatigable, osado hasta la exageración é impávido ante el peligro. Más de una vez había corrido riesgo su vida, y su hermano ó las personas de su séquito habían tenido que correr á auxiliarle. Un día que echó pie á tierra para seguir entre los matorrales á un jabalí herido, la fiera le hizo frente, y tuvo que defenderse de ella y rematarla á cuchilladas. Como la reina y sus allegados le dirigieran, con este motivo, algunas reconvenciones, no quiso oir nada, y ordenando vivamente que en lo sucesivo se le dejara á él solo salir del paso, habló en esta ocasión con mayor animación y verbosidad que había mostrado nunca. A fin de satisfacer sus gustos, se había hecho arreglar á su capricho, en un término muy abundante en caza, la *Torre de*

la Parada, que decoró enteramente con tapices y cuadros de asuntos cinegéticos, encargados á los mejores artistas. Están allí representadas las diferentes maneras de cazar, entre otras una que no se usaba más que en España: la *Tela real*. En una comarca propia para el caso y elegida para este efecto, se cerraba un gran espacio de terreno con telas sostenidas de trecho en trecho por estacas. Dejábase una abertura de unos doscientos pasos, hacia la cual empujaban á la caza los ojeadores. Cuando creían haber reunido ya bastantes piezas, cerraban la abertura, y en medio del primer recinto se formaba otro nuevo con dos ó tres vallas de lienzo más elevadas. Allí era donde atacaban á las piezas los cazadores invitados á la partida y donde el rey las daba el golpe de gracia. Cada año solía haber tres de estas cacerías, que ocasionaban un gasto de más de 80.000 escudos (1). Velázquez, como fiel historiógrafo, no podía menos de trazar algunos de los episodios pintorescos de aquel ejercicio, de que tan apasionado era el monarca.

Se concibe la dificultad de reunir en una misma composición todos los elementos de semejantes episodios, para formar con ellos un conjunto. Muchos artistas lo habían ensayado sin buen éxito, y en el Museo mismo del Prado puede verse la inutilidad de sus tentativas. Los dos cuadros de Cranach, que representan las cacerías de Carlos V en Moritzburgo, en 1544, no son más que obras incoherentes y confusas, casi grotescas; y otro cuadro de P. Sneyers—una pintura á vista de pájaro que carece de todo mérito artístico—no da más que una idea muy imperfecta del asunto que quería representar. Por el contrario, Velázquez, con su viva inteligencia, comprendió todo el partido que podía sacarse de estas escenas. Sin duda había acompañado muchas veces al rey en las cacerías, y viendo el placer que hallaba en ellas, se había prestado con

(1) Se empleaban cerca de 300 personas, y las telas, que se traían de Flandes, formaban la carga de más de 20 carromatos.

su amabilidad habitual á los caprichos de Felipe IV. Documentos citados por M. Justi acreditan, en efecto, que el artista, no sólo pintó para el rey naturalezas muertas, en que se veían reunidas muchas piezas de caza, sino también astas de ciervo, de grandes dimensiones, que procedían de animales muertos por el monarca. Aunque muy deteriorada, la *Caza del jabalí* de la National Gallery (núm. 197)—la colección de sir Ricardo Wallace posee una reducción mejor conservada, con ligeras variantes,—nos presenta, á la vez que una imagen fiel de la *Tela Real*, un cuadro resumido de la España de entonces; de las costumbres y de los tipos más característicos de todas las clases de la población en aquella época.

La escena, que se desarrolla á lo largo, está presentada con tanto gusto como habilidad. El recinto circular, circunscrito por las telas, ha sido instalado en un paisaje de severo aspecto: una especie de llanura inculta, con ondulaciones, dominadas á su vez por un ribazo escarpado, entre cuyos repliegues crecen matorrales negruzcos, retamas y algunas encinas achaparradas. La hierba, corta y escasa, deja ver á trechos la blancura brillante de la arena. Muchos jabalíes reunidos en el recinto, son perseguidos ó atacados por caballeros armados de lanzas, y junto al conde-duque de Olivares, al cual se reconoce fácilmente, el rey, montado en un corcel bayo, resiste la acometida de uno de aquellos animales con un venablo guarnecido de una media luna de acero. Por encima de las telas, se divisa, á la derecha, lo alto de cuatro carrozas de la corte, donde están sentadas las damas convidadas á la fiesta, y en una se ve á la reina Isabel. No lejos de ellas aparecen los alabarderos, encargados de protegerlas en caso de necesidad. Fuera, la multitud abigarrada de los curiosos se agolpa en primer término, sobre un montículo. En todas partes se revela la animación y lo heterogéneo de una concurrencia numerosa, reunida para gozar de una diversión que le recuerda su fiesta nacional, esas crueles corridas de toros que, á despecho de la dulcificación de las costumbres, han llegado á nuestros días. Aquí se ven caba-

lleros parados, allí muchachos subidos en los árboles para ver mejor, acullá criados que cuidan de caballos, mulos y grandes perros de caza. Entre los espectadores circulan mendigos atareados y al acecho; uno de ellos, á los pies del cual está tendido otro de sus compañeros, bebe en una calabaza. Al lado hay dos señores vestidos con gran elegancia, el uno de rojo, con gorguera blanca, sombrero negro y botas flexibles; el otro, que tiene la mano apoyada en la cadera, lleva un justillo rojo, una gran capa gris, mangas y calzón blancos y una pluma blanca también en el sombrero. Entre ellos, como para hacer resaltar la riqueza de su atavío, hay un eclesiástico vestido todo de negro y con el gran sombrero tradicional. Lo alto del lienzo está ocupado por una faja estrecha de cielo azul oscuro con nubes grises y algunas luces más vivas. La poderosa aunque neutra tonalidad de aquel cielo algo pesado y de aquel paisaje rudo y triste, se contrapone á las matizadas coloraciones de las figuras y realza más aún su brillo. Estas figuras—hay más de ciento, sin contar los personajes más lejanos, ni los animales—están tan bien agrupadas, tan bien reproducidas en sus actitudes y sus fisonomías propias, y tienen tal variedad de vida, que no se cansa el espectador de contemplarlas. Por deliciosas que sean nuestras figuras del Louvre (núm. 1.734), indicadas algo sumariamente, con una pincelada ligera, y plantadas como al azar, no pueden dar idea de aquellas imágenes. Y es de notar que, con profusión tan grande de pormenores, todos interesantes y todos exquisitos, el cuadro tiene unidad perfecta; tanto los valores como las manchas están felizmente repartidos, las coloraciones son francas y las transiciones discretamente combinadas. Se ve que es obra de un pintor en plena madurez y que no tiene otra preocupación que la de satisfacerse á sí mismo, sin sombra de adulación cortesana; pues el rey se destaca tan poco, que cuesta trabajo distinguirle entre los caballeros que le rodean. Aquel espíritu tan abierto, aquellos ojos que veían tan bien y aquella mano que amoldaba con tanta oportunidad su trabajo á las cosas, obran

de concierto y se armonizan para mantener el equilibrio perfecto del cuadro. Sin llegar jamás al amaneramiento, Velázquez nos da la ilusión de un arte que se despliega naturalmente como se abre una flor, y nunca, á mi juicio, pintor alguno ha debido de gustar en tan alto grado el placer de crear á profusión y con encanto semejante, la vida en sus manifestaciones más diversas.

Hacia la misma época, en un cuadro, si no mejor, al menos de un orden más elevado, iba á dar Velázquez una muestra todavía más cumplida de su inteligencia y su talento; nos referimos al cuadro de la *Rendición de Breda*, conocido generalmente con el nombre de *Cuadro de las lanzas*. El hecho de armas que representa era propio para exaltar el patriotismo de la nación. Fué la única acción brillante del reinado, y á causa de la importancia de la plaza y de las dificultades de la empresa, los generales españoles vacilaban en comenzar el sitio, cuando Felipe IV dirigió á Spínola esta lacónica orden: «Marqués: tomad á Breda.—Yo el Rey». Emprendióse entonces la lucha con ardor y tenacidad extraordinarias por una y otra parte; lucha académica, en cierta manera, en la cual, ante los ojos de toda Europa, fueron puestos en juego por jefes dignos de medir sus armas, todos los recursos de la estrategia. Los canales, los diques, los trabajos inmensos de circunvalación realizados activamente durante un año entero, obligaron por fin á los sitiados á aceptar una capitulación, muy honrosa para ellos, que firmaron el 2 de Junio de 1625, efectuándose tres días después la entrega de las llaves de la ciudad. Se comprende el entusiasmo con que fué recibida aquella gran noticia en Madrid, donde se celebró el suceso con ceremonias religiosas, festejos públicos y obras teatrales escritas *ex profeso*, por Calderón entre otros. Algunos años después, el rey, que se ocupaba en reunir en el palacio, recién construido, del Buen Retiro, tapices y cuadros que representaran los hechos militares gloriosos de su reinado, no olvidó un episodio tan lisonjero para su amor propio.

Entre las obras del mismo género que habían sido encargadas ya á diferentes artistas, para decorar aquel palacio, sería injusto no mencionar una pintura de Eugenio Caxesi, en la cual parece que el antiguo rival de Velázquez, señaló á éste el camino que debía seguir. Este gran lienzo, algo olvidado por la crítica, y que representa á Girón, gobernador de Cádiz, rechazando una tentativa de desembarco de los ingleses, presenta, en efecto, cualidades de primer orden, que sorprenden en el autor de tantas composiciones decorativas ó religiosas muy medianas. Esta vez el asunto está claramente concebido y expresado de una manera muy real. Caxesi representó á Girón, que se hallaba enfermo de gota, en un lugar elevado adonde se había hecho trasladar, y donde, con aire sereno, da órdenes á sus lugartenientes. En el vasto panorama que se desarrolla ante los ojos, el artista nos muestra el mar cubierto por los navíos de la flota inglesa, y la campiña en la cual los habitantes, unidos á las tropas regulares, rechazan vigorosamente hacia sus buques á los enemigos que habían desembarcado. El dibujo y la tonalidad misma son de una firmeza notable, y aunque algo fría, la escena está muy exactamente definida y localizada. Pero con medios semejantes y con veracidad superior aún, Velázquez iba á revelarnos toda la distancia que separa al talento del genio.

El asunto que iba á tratar había sido abordado ya varias veces por otros pintores. Apenas se efectuó la capitulación de Breda, la infanta Clara Eugenia, gobernadora de los Países Bajos, hizo venir de Nancy á Callot para que tomara sobre el terreno, bajo la dirección de los ingenieros militares, apuntes que se conservan hoy en la Albertina. Pieter Sneyers, que era un especialista en este género, tomó igualmente sobre el terreno los datos de la vista panorámica de Breda y de sus alrededores, que se encuentran al presente en el Museo del Prado. Por último, algunos años después, un pintor de talento, José Leonardo, discípulo de Caxesi, recibió el encargo de ejecutar para el Buen Retiro un cuadro sobre la *Rendición de Breda,*

que hiciera juego con el episodio del *Desembarco de los ingleses* pintado por su maestro. Aunque con apariencias de realidad, la manera que tuvo de representarlo es absolutamente contraria á la verdad histórica. Impulsado por un sentimiento de vulgar adulación, Leonardo pintó, en efecto, á Spínola á caballo, recibiendo con aire desdeñoso las llaves de la ciudad que le presenta el conde Justino de Nassau, humildemente prosternado en el polvo, desarrollándose en el fondo un paisaje cualquiera que nada tiene que ver con Holanda. Por el contrario, como lo atestigua un relato semioficial publicado poco después de la capitulación por un jesuíta de Amberes, el P. Hugo, los sitiados obtuvieron las condiciones más honrosas y salieron de la plaza á tambor batiente y banderas desplegadas (1). Con su natural generosidad, Spínola prodigó á su rival desgraciado los testimonios de la cortesía más exquisita, saludando con amabilidad á aquel anciano de cabellos blancos. A ejemplo de su general, según el citado historiógrafo, los españoles tributaron las mismas consideraciones á los vencidos. «Entre los vencedores, dice el P. Hugo, no hubo palabra alguna que disonara; sólo se veían rostros que sonreían en silencio.»

La inexactitud cometida por Leonardo en su lienzo envolvía, pues, una inconveniencia gratuita, propia para desagradar al rey y á cuantos sabían cómo habían ocurrido las cosas. Se dió á Velázquez el encargo de restablecer la verdad histórica en otro cuadro de análogas dimensiones, que fué expuesto en el Buen Retiro junto al de Leonardo. El artista, que era tan caballeroso, acogió con júbilo aquella ocasión que se le presentaba para rendir homenaje á la memoria de Spínola, que á consecuencia del sitio de Casal había caído en la desgracia más injusta. Velázquez conservaba un agradecido recuerdo de las simpatías que halló en el general durante la travesía de Barcelona á Génova, que hizo con él cuando realizó su primer viaje á Italia. Tal vez tomaría entonces algún croquis de

(1) *Obsidio Bredana,* por el P. Hugo. Amberes, 1629.

aquel caudillo, al que luego pudo recurrir, pues en el cuadro de *Las lanzas* el parecido de Spínola con los demás retratos suyos es asombroso. Antes de comenzar su cuadro, se proveyó Velázquez de todos los datos que podían ilustrarle. No sólo puso á contribución la vista topográfica de Sneyers y la relación detallada del P. Hugo, sino que probablemente recogió en la corte noticias de testigos presenciales del memorable hecho de armas que se había encargado de representar. Sea como quiera, su obra presenta una exactitud absoluta.

Es bien conocida esta hermosa composición, en que el maestro, inspirándose sólo en la verdad, supo dar tan felizmente á la escena toda su significación pintoresca y moral. Por encima de los personajes presentes se desarrolla el vasto panorama de la ciudad, con sus fortificaciones, las dos corrientes de agua que se reunen, y más cerca los bastiones y trabajos levantados por los sitiadores en mitad de una llanura inmensa, que allá en el horizonte va á confundirse con el cielo. Los dos estados mayores están formados uno frente á otro; á la izquierda, los holandeses, menos numerosos; á la derecha los españoles, y en medio, en el espacio que dejan libre, los dos personajes principales atraen naturalmente la mirada. El conde de Nassau, ligeramente inclinado, entrega las llaves de la plaza á Spínola, que con aire amistoso le pone afectuosamente la mano en el hombro, como para consolarle. Sin alegoría ni convención alguna trillada, la disposición es tan clara, los hechos están tan perfectamente especificados, que el espectador menos enterado del asunto comprende á primera vista de qué se trata. A poco que prolongue el examen, todos los pormenores contribuyen á confirmar su impresión. El aire y la luz circulan á oleadas por todas partes, envuelven y bañan los objetos y dan realce á los diversos personajes y á los diferentes grupos. En cuanto á la armonía, en que dominan los tonos castaños y azules difundidos por el cuadro, aunque moderada, es muy vivaz. Una infinidad de coloraciones diversas realzan la dominante y se unen ó se

oponen á ella con oportunidad exquisita. El fondo gris azulado del cielo y del horizonte presenta ese tono ligero, matizado, indefinible, familiar á Velázquez, y del cual se destacan tan francamente las figuras con claridad y vigor; debajo aquella faja de terrenos de una coloración neutra, aceitunada, sirve como de sostén y de reposo, en el centro de la composición. Aquí y allá humaredas rojizas ó blanquecinas, sombras que aparecen en la llanura, estandartes que flotan, casacas multicolores, toda la diversidad de contrastes que pueden presentar entre sí los verdes y los rosas, los amarillos y los grises hierro, vienen á reforzar la tonalidad general y la animan sin romper la unidad del conjunto. ¿Y qué decir, en fin, de aquella ejecución incomparable, siempre apropiada á los objetos, proporcionada á sus respectivas distancias, siempre libre, elegante, llena de abandono, de gracia y de seguridad? Tras esta facilidad aparente se oculta una habilidad maravillosa; pero, á decir verdad, cuesta trabajo descubrirla y parece que no hay nada más fácil que copiar este lienzo, tan propio para atraer á cualquiera que maneje los pinceles. Sin embargo, los que han cedido á esta tentación, han aprendido por experiencia propia cuántas dificultades encierra semejante empresa. Regnault, que parecía mejor preparado que nadie para llevarla á cabo, lo experimentó como otro cualquiera: «No he visto nada comparable á este hombre,—escribía con su entusiasmo expansivo.—¡Qué colorido, qué encanto, qué aspecto tan nuevo y original! Es una pintura joven, sana, nacida sin esfuerzo, sin trabajo, sin dificultades. ¡Quisiera tragarme á Velázquez entero!» La digestión no dejó de ser laboriosa, y algunos días después, cuando se vió frente á frente con aquel modelo, comenzaron los apuros. «Decididamente, no es esto cosa fácil, pero nos apasiona—escribía de nuevo—y trabajamos todos los días desde las ocho y media de la mañana, hasta las seis de la tarde (1).»

(1) *Correspondance de H. Regnault:* Cartas á su padre, 24 Setiembre 1868.—París, 1872.

A pesar de éste ardor, y por interesante que pueda parecer á los que no han visto el original, ó habiéndole visto no han conservado de él más que un vago recuerdo, la copia de Regnault—que pertenece á la Escuela de Bellas Artes,—sorprende por su frialdad, por un no sé qué de artificial, de inerte y de helado. El color es superficial y un poco vano, y el lienzo no presenta, ni el aspecto magnífico, ni la riqueza de pormenores del original.

Si por tantas cualidades diversas, la obra de Velázquez es á propósito para cautivar á los artistas, merece igualmente llamar la atención de todo hombre de gusto, y, por los pensamientos que sugiere, tiene el valor de un documento histórico de los más interesantes. ¡Qué de contrastes entre los representantes de las dos naciones enemigas, reunidos en uno de esos momentos solemnes que deciden de los destinos de los pueblos! A pesar de su derrota y de las penosas pruebas del sitio, los vencidos hacen todavía buen papel. Firmes y correctos en su porte, se comprende que nada podrá triunfar de aquella tenacidad que debía asegurarles su independencia. Y del lado de los españoles, en cambio, ¡qué distinción natural, qué desenvoltura en las actitudes, qué belleza en muchos de aquellos varoniles rostros! Se ven reunidos allí algunos de los tipos más característicos de aquel valiente ejército, aguerrido en todos los campos de batalla de Europa; caballeros jóvenes y elegantes y capitanes encanecidos en la guerra, como el conde de Balanzón, que apoyado en su muleta acude á ver de cerca á los que le han privado de su pierna. Detrás de ellos están los soldados de los viejos tercios, cuyas lanzas, que han dado nombre al cuadro, rayan el cielo á intervalos casi regulares. En sus rostros curtidos, en su marcial aspecto, se reconoce á aquella infantería española «cuyos cuadros vivientes, parecidos á torres, pero á torres que saben reparar sus brechas», nos ha descrito tan exactamente Bossuet, como observa M. Justi. Hasta fijándose en los trajes mismos, los contrastes no son menos instructivos y sería fácil señalarlos también en-

tre los dos jefes, el uno rechoncho, un poco torpe, con ademanes lentos y pesados; el otro alto, arrogante y con aquella gracia y aquel talante benévolo que es como el adorno de su triunfo. También es un signo de los tiempos el que aquel jefe de rebeldes y de herejes haya podido, aun derrotado, ser admitido á tratar, bajo semejante pie de igualdad, con el representante del rey católico, tan pagado de la nobleza de su raza y de los derechos de su corona. Todas estas ideas, todos estos sentimientos y muchos otros, acuden en tropel, y como por sí mismos, al espíritu en presencia de esta pintura sincera, que los expresa en un lenguaje tan sencillo como noble, que es el mismo de la historia. El orden y el movimiento, la gravedad y la mesura, todas las secretas conveniencias que exige un asunto de esta especie, se agregan al encanto de la pintura en esta obra magnífica, que demuestra la inteligencia del artista tanto, por lo menos, como su talento.

VI

Desgraciadamente, las ocasiones de tratar asuntos semejantes eran raras. De ordinario, el pintor de Felipe IV estaba absorbido por el movimiento de la corte y por las ocupaciones de su cargo. Además de los retratos del rey, tenía que hacer los de la familia real y los de las personas que rodeaban al monarca. En ocasiones, le fué preciso desempeñar tareas bien penosas. Mas, por desagradables que pudieran ser, las cumplía siempre con la misma conciencia y la misma habilidad. Entre las más repulsivas puede contarse la obligación de retratar á los enanos y á los bufones del rey. La singular costumbre de divertirse con estos seres desgraciados, había sido muy general antes de aquella época en las distintas cortes de Europa; pero comenzaba ya á decaer, salvo en España, don-

de continuaba muy en boga. En el Louvre figura el retrato del enano de Carlos V, cuya fisonomía, áspera y chavacana, reprodujo con tanta fidelidad Antonio Moro. Felipe II gustaba más todavía que su padre de rodearse de estas caricaturas humanas, y en su reinado, una mujer barbuda, un hombre todo cubierto de pelos crespos y rizados y otros monstruos de diversas clases, gozaron sucesivamente de su favor. Felipe IV mostró á su vez igual depravación del gusto en este particular. Como si no tuviera bastante con todas las variedades de imbecilidad, de orgullo, de bajeza ó de codicia que podía observar entre sus cortesanos, había hecho reclutar para su palacio una verdadera colección de abortos de la naturaleza y de fenómenos. Por un refinamiento de crueldad, se les hacía beber á estos pobres seres, para excitarlos y hacerles reñir unos con otros, á fin de que resultasen aún más ridículos. Como por una alusión involuntaria á estos groseros instintos de un soberano que jamás desarrugaba el ceño, sacó Calderón á la escena en *El Médico de su honra*, á un rey que promete á su loco cien escudos cada vez que le haga reir, pero á condición de que por cada mes en que no lo consiga, le hará sacar un diente. Estos seres extraños y deformes, los *hombres de placer* del rey, como se les llamaba, formaban una especie de colección de animales raros; se les trataba como á los perros de palacio, junto á los cuales vivían las más de las veces, y, para dar la medida de su estatura, gustaban los pintores de representarlos al lado de aquellos animales.

En el Museo del Prado hay nada menos que siete retratos de cuerpo entero de estos bufones, pintados por Velázquez. El de uno de ellos, conocido con el nombre de Barbarroja, está tratado sumariamente, como un boceto; viste un traje de color rojo ladrillo y una capa gris; su aire es sombrío y extraviado y tiene en la mano una espada. Otro, de fisonomía inquieta y socarrona, llamado, por irrisión, D. Juan de Austria, tiene junto á sí, esparcidas por el suelo, diversas piezas de armadura, y, como para justificar su apodo, el artista ha figu-

rado en el fondo una batalla naval, queriendo recordar, sin duda, la victoria de Lepanto. El tercero, un enano que respondía al nombre de *Antonio el inglés,* se creía un personaje de importancia y se había satisfecho su vanidad dándole un magnífico traje de seda amarilla con dibujos recamados, un sombrero adornado de plumas y botas con vueltas. Aparece con aire arrogante y provocador, y se ve que está orgulloso de superar un poco en altura, estirándose cuanto lo permite su talla, al perrazo que tiene cogido de un cordón. El cuarto, Sebastián Morra, es un verdadere bruto, una especie de lisiado, cuyos rasgos duros y huraños nos presenta fielmente Velázquez. Sentado en el suelo, visto de frente en escorzo, con los dos puños apoyados como muñones sobre sus piernas rudimentarias, se diría que medita alguna maldad. La factura es ruda y la casaca de un verde sombrío, sobre la cual lleva una capa color rojo vinoso, es el atavío más adecuado para aquel tronco deforme rematado por un rostro tan maligno. La faz del quinto es, por el contrario, completamente inofensiva, casi inteligente, con sus grandes ojos, su ancha frente y su fino bigote retorcido. Tenía éste también su manía; le gustaba jugar al sabio, y Velázquez le ha pintado absorbido en sus pensamientos. Gravemente vestido de negro como un doctor, está instalado en el campo con su escribanía, sus libros y sus cuadernos, y tiene sobre las rodillas un *infolio* casi tan grande como él. Este *Primo*, como se le llamaba, era uno de los favoritos del rey, y acompañaba á la corte en todos los viajes. Olivares, que con el tiempo se hizo tan sombrío como su amo, gustaba de llevarle á su lado en su carroza.

Con su sinceridad absoluta y su perfecto conocimiento del rostro hnmano, Velázquez ha dado escrupulosamente á cada una de estas imágenes su carácter particular. Salvo en la última, se adivina en estas víctimas de los caprichos regios algo así como el rencor del oficio de bufones que les estaba impuesto, una expresión de rebeldía y de amenaza. Más de una vez, en efecto, usando de las libertades que se les concedían, se les

vió poner en ridículo á los más elevados personajes de la corte y vengarse á su manera, á fuerza de insolencias y de groserías, de los insultos á que ellos mismos estaban expuestos. Pero todavía son mejores los otros dos retratos, que pertenecen á esta misma clase. Verdad es que no se trata ya de bufones ni de locos, sino de simples y de idiotas. Uno de ellos, el *Niño de Vallecas*, pobre cuerpo enclenque, todo encorvado, de semblante dolorido, mira vagamente hacia delante con sus ojos vacíos de expresión, impregnados de indecible tristeza. El otro, el *Bobo de Coria*, es más conmovedor todavía. Acurrucado en el suelo, sonríe tristemente á su pintor, y como si le hubiese impresionado la conmiseración que éste le demostraba, palmotea para manifestar su contento. En la contracción de su frente se adivina el trabajo que se está operando en aquel cerebro atrofiado, para seguir algún esbozo de idea que le atraviesa. Diríase que aquella inteligencia rebelde se ha abierto á la piedad que ha encontrado en un alma noble y elevada. De esta suerte, con el más humilde de los modelos, supo hacer el maestro una obra conmovedora, que revela la bondad de su corazón al par que el brillo de su talento.

Los dos cuadros designados con la denominación, enteramente imprevista, de *Esopo* y *Menippo*, nos presentan en cambio personajes muy poco interesantes. En el pensamiento de Felipe IV, que los había encargado á su pintor, estaban destinados á decorar la *Torre de la Parada*, haciendo juego con un *Heráclito* y un *Demócrito*, obras muy medianas de la juventud de Rubens, á las que esta vecindad favorecía poco. Aunque los nombres están poco justificados y los tipos son muy desagradables, estos dos lienzos, ejecutados al final de la vida del artista, figuran entre los mejores que pintó. Son, á la verdad, meros estudios cuyos modelos pertenecían á esa categoría de cínicos y de insolentes, que abundaban en la España de entonces, como lo atestiguan sus propias novelas. *Esopo*, es un viejo bohemio, de tinte bilioso, con cabello cano, abundante y enredado como maleza. La mueca de su boca acentúa más

aún la ironía burlona de sus ojuelos. Cubierto con una hopalanda parda, y despechugado, tiene en la mano un librote, y, á sus pies, junto á una manta, una cubeta de agua pura á la cual tenía motivos para recurrir este personaje tan poco grato, pues lo que se ve de su ropa interior es más que sospechoso en punto á limpieza. El personaje que hace juego con él, *Menippo*, es un baladrón de peor especie todavía; éste no tiene ya ropa blanca que mostrar, pero se envuelve orgullosamente en su capa negra, raída por la miseria. Con su cara patibularia, su aire picaresco é insultante, su barba canosa, mira descaradamente al espectador, y su nariz de borracho protesta contra el cántaro de agua colocado junto á él. Muchos oficios, y no todos honrados, ha debido desempeñar antes de encontrar asilo en las antesalas de Felipe IV y de ejercitar su donaire cáustico á expensas de los cortesanos. Se comprende que gana á fuerza de insolencia el menguado salario que, de una manera muy irregular, le pagarían las arcas reales.

En estas diferentes obras, la franqueza de las actitudes y el sello individual de las fisonomías están plenamente esclarecidos por la grandeza de la factura y la misma sencillez de las composiciones. A veces, las figuras se destacan sobre un fondo uniforme; otras veces, como en el retrato del *Primo*, un jirón de paisaje, trazado á grandes pinceladas por encima de ese fondo, deja transparentar todavía á trechos su color negruzco. Con sobriedad extremada puso el artista junto á sus modelos algunos accesorios significativos, destinados á caracterizarlos mejor. Y, sin embargo, nadie ha pintado con mayor perfección esos papeles, esos libros, esos pergaminos, esos vasos, esas armaduras, que en ocasiones añaden una nota feliz á la armonía del cuadro. Se admira con razón en Chardin esa manera cargada de color, amalgamada, esas coloraciones sabrosas, llenas al par que discretas, ese toque variado que sobresale en resumir la forma y en especificar la sustancia de los diferentes objetos que combina en las naturalezas muer-

tas, y hasta esas naderías con que un pintor de esta especie consigue manifestar su talento. Pero, ¡cuán superior no le es Velázquez por aquella ejecución tan fácil como elegante, por la suprema gracia que presta á la verdad un tan maravilloso encanto de poesía, y á la imitación más fiel cierto aire de creación!

La despreocupación absoluta con que el pintor trataba á la antigüedad, llegando hasta á dar gratuitamente los nombres de Esopo y de Menippo á dos meros estudios, la hemos visto ya en su manera de entender la mitología y conservó hasta el fin esta independencia respecto de las tradiciones. La *Venus echada,* que pertenece á lord Rokeby, no se parece en nada á la divinidad clásica á que nos han acostumbrado las obras de los maestros italianos. Extendida sobre un lecho cubierto por un paño negro, la diosa está de espaldas, pero su rostro se refleja en el espejo que le presenta un amorcillo arrodillado ante ella. Es este, que sepamos, el único estudio de mujer desnuda ejecutado hasta entonces en España, y probablemente lo pintó Velázquez por encargo del rey. Igualmente es una excepción en la obra del artista, así que en la exposición de la Royal Academy, de 1890, en que figuró este cuadro, no faltó quien negara su autenticidad. Prescindiendo de la prueba decisiva que suministra su procedencia (1), la libertad y la franqueza personalísima de la factura bastarían por sí solas para justificar el que se le atribuya á Velázquez. M. Justi observa, á este propósito, que semejante desnudez no hubiera sido del gusto del honrado Pacheco si hubiera vivido entonces, puesto que aconsejaba á los pintores no recurrir á modelos femeninos más que para el rostro y las manos. «En cuanto á lo demás, decía, pueden valerse de yesos, de dibujos ó de grabados de maestros extranjeros.»

Pacheco al adoptar esta reserva, no hacia más que acomo-

(1) Esta *Venus del espejo* figura en los inventarios del palacio Real de Madrid en 1686, y pueden seguirse sus vicisitudes hasta que llegó á manos de su poseedor actual.

darse á su papel oficial de censor y de custodio legal de las reglas establecidas. La Inquisición castigaba, en efecto, con la excomunión al autor de todo cuadro lascivo, sin perjuicio de una multa de quinientos ducados y de un año de destierro. Pero hasta la misma Inquisión transigía, pues Felipe II había encargado á Ticiano (verdad es que fuera de España) más de un cuadro de asunto muy atrevido, y Felipe IV, tan rígido en materia de ortodoxia como su abuelo, no se privaba de tener en su alcoba cuadros que representaban las escenas más libres, como el *Jardín del Amor,* de Rubens, al lado de la *Santa Familia* y otras composiciones religiosas que había reunido. ¿Fué por un resto de escrúpulos, como se ha dicho, por lo que Velázquez no se atrevió á presentar de frente su Venus, como lo habían hecho los maestros venecianos y el mismo Rubens? Sin detenernos á examinar explicación tan extraña, creemos simplemente que la postura que dió á la joven que le sirvió de modelo, le tentó principalmente porque ponía más de relieve la elegancia de las formas y la frescura de aquel cuerpo esbelto y flexible por el que circulaba una sangre generosa. Mejor todavía que los rasgos del semblante reproducidos vagamente en el espejo, la finura del talle y la curva fuertemente acusada de las caderas, revelan un tipo francamente español, que evoca el recuerdo de las gitanas de Andalucía.

El *Marte* del Museo del Prado se aparta más aún de la idea que su nombre despierta, y no es, á la verdad, más que un modelo de pintor, en el descanso, colocado en actitud que recuerda un poco la del *Pensador* de Miguel Angel. El artista ha tenido la idea de calarle un casco que sombrea su rostro y de colocar á sus pies una rodela, una coraza y una espada. Un paño azul vela su desnudez y aparece sentado sobre una tela de un rojo laca. Sin ser vulgares, sus formas, un poco pesadas, carecen de distinción, y el maestro las ha copiado con su habilidad ordinaria tales como las veía. En resumen, la figura está algo desprovista de carácter y carece en absoluto de estilo. En el grupo de *Mercurio y Argos,* la composición es,

por el contrario, tan sorprendente como pintoresca, y Velázquez, conservando su libertad de siempre, ha sabido darla un sesgo muy original. Anochece, y en el cielo de un azul sombrío, iluminado todavía en su base por el resplandor blanquecino del crepúsculo, empiezan á aparecer las estrellas. Bajo estas claridades dudosas, las siluetas de los dos personajes se destacan francamente, la de Mercurio arrastrándose sobre las rodillas y las manos en la sombra, como conviene al dios de los ladrones, y la de Argos abrumado por el sueño, medio envuelto en una luz misteriosa en la cual están ampliamente indicadas sus formas. El efecto es sorprendente, aunque está encerrado en una *gamma* sorda, compuesta de tonos neutros, poco definidos, pero transparentes á pesar de su intensidad; grises de hierro, castaños negruzcos, azules que se contraponen á los rojos, sin otra coloración viva que la especie de chal púrpura que lleva echado á la espalda Mercurio. El conjunto denota una obra de la plena madurez del artista, de armonía personalísima y perfectamente apropiada al asunto.

Obligado á mudar continuamente de trabajos para satisfacer los caprichos de su amo, Velázquez pasaba, á voluntad de Felipe IV, de una composión mitológica á un asunto religioso. Así fué como pintó en 1638, para la sacristía de un convento de Benedictinos frecuentado por la corte, el gran *Cristo crucifijado* que hoy se encuentra en el Museo de Madrid. En una obra de este género era forzoso, sin duda alguna, acomodarse á las fórmulas consagradas. Sin tratar de modificarle en nada, aceptó el artista el programa que le estaba impuesto. El cuerpo, flaco, estirado, visto de frente, se destaca, con su blancura de marfil del fondo, de un negro intenso. Sólo la cabeza, ligeramente inclinada hacia la izquierda y medio oculta por la larga cabellera, presta un poco de animación y de movimiento á esta silueta regular y simétrica. La ejecución, muy detenida, poco visible, revela un cuidado respetuoso. Como vivía en España, el artista no economizó la sangre, que corre en abundancia de las llagas del

Divino Mártir; mas para confesar su fe, el creyente puso en los rasgos de aquel augusto semblante un aire de resignación, al par que la majestad solemne de la muerte.

A pesar de las rigurosas reglas que presidían á la representación de los asuntos religiosos, Veláquez mostró muchas veces al tratarlos, la originalidad de que habia dado pruebas en su juventud, cuando pintó *La Adoración de los Reyes Magos*. El *Cristo en la Columna,* adquirido recientemente por la *Nacional Gallery,* nos ofrece un nuevo ejemplo. Este episodio, tomado del relato de la Pasión, no había inspirado jamás á los predecesores de Veláquez, al menos tal como se lo representó nuestro pintor. Después de haber sufrido las burlas y los insultos de sus perseguidores, el Cristo acaba de ser abandonado en la prisión por sus verdugos. Las disciplinas con las cuales le han azotado están junto á él, y sentado sobre el suelo, medio desnudo, con las manos atadas, vuelve penosamente la cabeza hacia un niño, que de hinojos cerca de él, le reza con recogimiento. Junto al niño, un ángel en pie, le hace fijar la atención en el Cristo. Salvo el castaño anaranjado y el rojo laca de las vestiduras del ángel, la tonalidad es gris, y la tristeza de estas coloraciones voluntariamente amortiguadas da á la escena un aspecto sorprendente. Mientras en el cuadro anterior, el cuerpo del Cristo aparecía flaco, estirado, en éste el artista ha dado más amplitud á sus proporciones, como para señalar mejor el contraste que ofrece aquella naturaleza vigorosa, abatida en plena juventud por los tormentos que ha sufrido.

La coronación de la Virgen—que pertenece al Museo del Prado—aunque data de los últimos años de Velázquez, nos desconcierta á primera vista por su extrañeza y por cierta semejanza con los cuadros de los pintores de la decadencia italiana, especialmente con los de Barroccio. Estos asuntos místicos, de cuya gracia un poco sosa hizo el gasto el talento de Murillo, no son á propósito para Velázquez. Mirando el lienzo más de cerca, reconocemos, sin embargo, á su autor en la

amplitud del dibujo, en la ejecución firme y flexible, en aquella manera de colocar los paños en las figuras, que deja adivinar sus formas y sus movimientos bajo las telas ceñidas ó flotantes, cuyos pliegues están repartidos con arte, sin rigidez pero sin flojedad. Los rojos y los azules que habíamos observado ya en el *Marte descansando,* son característicos de esta época de Velázquez, y en la combinación de esos rojos y esos azules con el violado, que es como su resultante, buscó el artista los elementos de una armonía nueva, cuyas coloraciones, un tanto acentuadas, difieren sensiblemente de sus tonalidades habituales, más discretas casi siempre. El tipo, muy español, de la Virgen, no está desprovisto de belleza, y su expresión encantadora está llena de una púdica gracia (1). En cuanto á las cabezas de los querubines que revolotean de dos en dos por un cielo gris, sembrado de nubes blancas, sólo Velázquez era capaz de pintar con aquella amplitud y aquella ligereza sus caras inteligentes, sus mejillas redondas y encarnadas y la rubia madeja de sus rizadas cabelleras.

VII

Este trabajo tan fácil, tan expeditivo, tan maravillosamente propio para reproducir la frescura y la animación de los rostros jóvenes, demuestra con qué superioridad hubiera podido el discípulo de Pacheco ejecutar retratos de mujeres y de niños. Pero los niños que tuvo que retratar no tenían ni apariencia de salud, ni naturalidad. Retoños tardíos de una raza empobrecida, linfáticos, paliduchos, aprisionados en las fundas ridículas que les servían de vestidos, los infantes ó las infantas

(1) Hay que confesar, sin embargo, que la sombra que cae sobre la mejilla izquierda del gracioso rostro de la Virgen, altera un poco el óvalo y hace parecer más estrecha la mejilla.

de España ofrecían á Velázquez modelos poco á propósito para excitar su numen. Amoldados desde la edad más tierna á la etiqueta de la corte, capaces de permanecer tranquilos durante horas enteras cuando asistían á las ceremonias oficiales, no debían de dejar ver en su semblante ninguna de las impresiones que experimentaban. Velázquez los retrató tales como eran, con ese aire triste y aburrido, que la vida á que estaban condenados iba dando poco á poco á sus fisonomías. Los retratos de mujeres que tenía que hacer tampoco eran atractivos. Aun prescindiendo de los tipos ingratos que ofrecían los miembros de la familia real, las condiciones de los trajes que debía reproducir el pintor no le dejaban gran latitud. Mientras que las obras de los italianos, como las de Ticiano, por ejemplo, mostraban á cuál mejor admirables criaturas en el pleno florecimiento de su robusta belleza, con su tocado elegante, su cuello descubierto, sus espaldas y su pecho desnudos, y una verdadera riqueza de ceñiduras para hacer resaltar las formas, Velázquez tenía que luchar con las prescripciones de una gazmoñería severa é intolerante. Aquellos rostros voluntariamente inertes, aquellos cuellos disimulados por gorgueras tiesas y opacas, aquellos corpiños altos, cuidadosamente cerrados, eran como un último resto de las costumbres orientales aclimatadas en España durante la larga ocupación de los moros.

A pesar de estas restricciones, el artista supo dar al retrato de Isabel de Borbón, la primera esposa de Felipe IV, algo del agrado y de la gracia que aquella francesa desterrada al otro lado de los Pirineos esparcía en torno suyo; la expresión de dulzura y de bondad que con el tiempo le ganó todas las voluntades. Pero después de la muerte de la reina, la etiqueta de la corte se hizo cada vez más despótica. Una especie de tontillos anchos y rígidos, llamados *guardainfantes*, rodeaban á las princesas de la sangre, á manera de gaviones, para que nadie se aproximara á ellas demasiado. En las danzas en que tomaban parte estaba prohibido tocar sus manos, y ni

siquiera podían adivinarse sus pies, ocultos por aquellas alambreras voluminosas. Refiere M. Justi á propósito de esto, que á la llegada á España de la archiduquesa Mariana de Austria, que á la edad de catorce años iba á ser la segunda mujer de Felipe IV (1), los comisionados de una ciudad situada en el camino, quisieron ofrecerle como presentes algunos de los productos más renombrados de la industria local, figurando entre los regalos medias de seda. Al verlas, el mayordomo, indignado por semejante inconveniencia, se las arrojó á la cara al mal aconsejado donante, diciéndole: «Deberíais saber que las reinas de España no tienen piernas»; al oir lo cual, la princesita se echó á llorar, creyendo cándidamente que en Madrid iban á amputarle las suyas.

Aparte de los personajes de la corte, Velázquez tuvo que retratar á algunos huéspedes extranjeros que permanecieron más ó menos tiempo en Madrid. En la primavera de 1637 ejecutó el retrato de María de Rohan, duquesa de Chevreuse, que, refugiada en España huyendo de las persecuciones de Richelieu, trastornó muchas cabezas. Desgraciadamente, no se conserva esta pintura. Apenas podemos señalar, entre los escasos retratos de mujeres que nos ha dejado Velázquez, más que los de tres desconocidas: el busto de perfil del Museo del Prado, conocido por el nombre de la *Sibila,* y que pasa por ser el de la esposa del pintor, del cual ya hemos hablado; el retrato de medio cuerpo de Juana de Miranda (2), una fisonomía fina y agradable, de frente despejada, ojos pardos inteligentes y aire de elegancia y de distinción naturales, tanto en la postura como en el traje; y, por último, el que forma parte de la colección de Sir Richard Wallace, la *Señora del abanico,* una figura francamente española por el tipo, los ademanes y el vestir. Alta, un poco gruesa, pero de buen aire, está de pie, vista casi de cuerpo entero, y el carmín de su tez le realzan

(1) El rey, su tio, tenia treinta años más que ella.

(2) Después de haber pertenecido á Lord Ward Dudley, ha pasado recientemente al Museo de Berlin.

más aún sus cabellos castaños, que le caen sobre la espalda, y el tono aceitunado de su traje. Sus dos manos están enguantadas; con la izquierda sujeta los pliegues de su mantilla negra; rodean su muñeca las vueltas de un rosario y en la mano derecha tiene un abanico abierto. A pesar del sencillo corte y del color severo del vestido, es éste, como ha observado M. Justi, un verdadero traje de batalla, caracterizado claramente por los tres accesorios obligados del atavío de una española: el rosario, cuyas cuentas acaba de pasar, el abanico siempre en movimiento, que sus ágiles dedos saben manejar tan hábilmente, y por último, la mantilla en que se envuelve, esa coqueta mantilla tantas veces maldita por los confesores y los maridos, y que, sobreviviendo á los edictos reales que la prohibieron, ha llegado hasta nuestros días. Los grandes ojos pardos, enigmáticos, de la dama, su expresión placentera y el corpiño un poco descotado, que deja entrever el nacimiento del pecho, completan el conjunto, cuya expresión ambigua, «mezcla de pasión y de frialdad, de frivolidad y de devoción, de franqueza y de picardía», caracteriza M. Justi de un modo muy gráfico. Al ver esta imagen tan significativa, tan bien concebida, ejecutada á la perfección y que nada tiene de común con los retratos de aparato, no podemos menos de lamentar que el artista no tuviese ocasiones más frecuentes de pintar con la misma libertad otros retratos de mujeres.

En cambio, sus retratos de hombres son muy numerosos y dan plenamente la medida de su talento. Su reunión formaría una galería casi completa de los hombres notables de España en aquella época; todas las edades, todas las condiciones, todos los temperamentos, están representados. Pero la dificultad de elegir entre tantas obras maestras nos obliga á ser concisos. Nos contentaremos con citar el lienzo, que hoy se conserva en la galería de Módena, en que aparece el rostro encantador de aquel joven duque Francisco de Este, tan obsequiado por Felipe IV durante el tiempo que fué su huésped, y que lleva en el reverso de un medallón adornado con brillantes el retrato

del rey en miniatura; el retrato del almirante Adrián Pulido (colección del duque de Arcos), figura resuelta, de anchas espaldas y sólido armazón; el del conde de Benavente (Museo del Prado), cubierto con una armadura damasquinada de oro, una fisonomía plácida de guerrero encanecido en el servicio de la corona. En Milán, en la colección del príncipe Pío de Saboya, se conserva otro retrato, identificado por M. Justi, el del viejo marqués de Castel-Rodrigo que fué virrey de Portugal. Luego viene un príncipe de la Iglesia, diplomático hábil, el cardenal Borgia, cuyo retrato figura en el Staedel's Institut de Francfort. Su cabeza extraña, angulosa, de mejillas chupadas, pómulos salientes, ojos pequeños y penetrantes hundidos en sus órbitas, verdadera cabeza de político implacable, fué pintada hacia 1640, con la sinceridad absoluta de un Holbein. A continuación debemos recordar los cultivadores de las letras y las ciencias, como Quevedo, amigo de Velázquez, una cara honrada y buena de poeta, cuya sagaz mirada se disimula tras los anteojos, ó bien desconocidos cual el *Geógrafo* del Museo de Rouen y el *Viejo* de la galería de Dresde, sin contar los retratos de personajes de la corte, los del ministro conde-duque de Olivares, ejecutados poco antes de su caída; el de Julianillo (Bridgewater House), hijo natural de Guzmán, cuyos rasgos graciosos recordarían sin duda los de su madre doña Isabel, una belleza muy admirada en Amberes en otro tiempo; por último en Dulwich College se conserva otro retrato del rey pintado en Fraga, en 1644, por Velázquez, que acompañó al monarca en su expedición á Aragón (1). El real modelo está representado hasta la mitad de las piernas, de pie, con un traje de corte, rojo claro bordado de plata, de un tono delicioso. Tiene en una mano el sombrero y en la otra el bastón de mando, lleva el bigote arrogantemente retorcido, y su actitud es resuelta, pero su semblante parece fatigado y sus manos

(1) Se ha hallado entre las cuentas del viaje la del carpintero que abrió una ventana y dispuso un caballete en el estudio improvisado por Velázquez.

adelgazadas. «Verdadera obra maestra de color y de distinción, clara y delicada como el mejor Metzu»; así juzga este cuadro Burger, que desde hace mucho tiempo llamó la atención sobre el mérito de esta exquisita pintura.

Dos de estos retratos, por su superioridad visible, merecen algo más que la breve mención á que hemos tenido que limitarnos al hablar de los anteriores. Uno de ellos ha pasado durente mucho tiempo por ser el de Alonso Cano, y todavía aparece así en el Catálogo del Museo del Prado. M. Lefort fué el primero que reconoció en él los rasgos del escultor Montañés, y M. Justi, por su parte, ha llegado á la misma conclusión. Mantañés era, como sabemos, amigo de Velázquez, que le conoció en Sevilla en casa de Pacheco. El artista le representó con el desbastador en la mano derecha, trabajando en un busto colocado delante de él que sería quizá el del monarca; pues el escultor viste en lugar de la blusa del estudio, un traje más correcto, una túnica negra ceñida á la cintura por un cinturón de cuero. Aparece de medio cuerpo, con la cabeza vuelta hacia el espectador. Aunque es ya viejo, pues clarean sus cabellos canos, su bigote es también canoso y su perilla enteramente blanca, conserva toda su energía. El semblante respira franqueza é inteligencia; la mirada, llena de fuego y de voluntad, revela al artista observador, que trata de descubrir en la realidad los rasgos verdaderamente característicos, los que debe retener y esforzarse en reproducir. El retrato es modelo de exactitud perfecta, obtenida por los medios más sencillos, con coloraciones reducidas á lo estrictamente necesario: los blancos de la gorguera y de las mangas y los negros del traje, combinados para dar un relieve y un brillo maravillosos á las encarnaciones, fuertemente iluminadas, todo contribuye en este lienzo á hacer que el efecto sea admirable.

La misma fuerza, con una sobriedad mayor aún, se revela en el hermoso retrato de Dresde, en que M. Justi ha logrado reconocer el tipo de un cierto Juan Mateos, montero mayor de

Felipe IV. De carnes un poco flojas, tinte bilioso, facciones irregulares, nariz gruesa, boca contraída, ojos pequeños y sombríos albergados bajo espesas cejas, papada que se acentúa ya bastante, cabellos canosos y cortos, las manos apenas indicadas, por traje una casaca negra de rayas alternativamente mates y brillantes con un cuello blanco, por fondo un tono gris neutro, del cual se destaca el personaje con más vigor hacia la derecha del lienzo y con más luz á la izquierda, no ofrecía, como se ve, grandes recursos á un pintor, ni le prometía gran interés; sin embargo, á pesar de aquellas coloraciones severas y de aquel tipo un tanto huraño, el retrato de Dresde figura dignamente entre los mejores lienzos del maestro. Tal vez á causa de la misma insignificancia del modelo y de la sencillez del procedimiento, las cualidades de Velázquez aparecen con mayor esplendor. No se cansa uno de admirar esa manera discreta, inimitable, de manejar el color con tanta parsimonia, de hallar en una paleta, cuya pobreza parecería embarazosa á los más hábiles, esos tonos raros, nacarados, matizados y sutiles; de obtener con esa sobriedad de coloraciones tan maravillosa riqueza. Y ¡qué motivos de admiración también en esa luz, ni amarilla, ni fría, siempre límpida y pura; en ese dibujo que no se traduce en un rasgo duro, sino que se traza con tan exacta proporción de los salientes, hasta en las inflexiones más delicadas del relieve; en aquella empastación abundante y generosa pero jamás recargada; en aquella ejecución en fin, flexible ó precisa, siempre animada, siempre inteligente y que subordina todas sus habilidades á la expresión de la vida y del carácter!

La afabilidad, el tacto y la discreción de Velázquez contribuyeron tanto como su talento á asegurarle el favor creciente del rey. Pero si poco á poco había ido adquiriendo honores, sus emolumentos no habían aumentado casi. Los apuros económicos de la corte de España se agravaban de día en día, y aunque el sueldo del pintor era muy módico, se le pagaba de un modo irregular. En 1634 le costó mucho trabajo obtener mil

ducados por diez y ocho cuadros que había entregado al rey. Aquel mismo año se casó su hija Francisca con el pintor Juan Bautista del Mazo, y Velázquez cedió á su yerno el cargo de ujier de palacio que había ocupado hasta entonces. Poco después, «encontrándose muy necesitado», como él mismo decía en un memorial dirigido á Felipe IV, reclamaba mil quinientos reales que se le debían de su sueldo, sin contar el precio de los cuadros que había pintado. En 1640, un decreto fijó sus honorarios en quinientos ducados anuales; pero el pago se hacía siempre esperar, y en 1648 los atrasos ascendían á tres mil cuatrocientos reales. El pintor tuvo que admitir una transacción con el Tesoro, por virtud de la cual el rey elevaba á setecientos ducados su sueldo á fin de que pudiera cubrir sus necesidades, y en cambio Velázquez condonaba las cantidades que se le debían por atrasos.

Sin preocuparse con esta penuria rentística, Felipe IV, lejos de contener sus gastos, se dejaba llevar de su afición á edificaciones costosas y á la adquisicion de obras de arte de todas clases. A consecuencia de las reformas hechas en el palacio de Madrid, se trató de decorar las nuevas habitaciones, de amueblarlas con lujo y de adornarlas con cuadros y esculturas, principalmente la sala octogonal situada encima de la puerta principal del alcázar. El rey soñaba con hacer algo parecido á la *Tribuna* de Florencia, instalando allí las más hermosas obras de sus colecciones. Deseaba también tener vaciados de las estatuas antiguas más célebres, y no había renunciado al proyecto, concebido ya por Felipe III, de establecer en Madrid una Academia de Bellas Artes. Velázquez, nombrado desde el mes de Marzo de 1647 inspector y tesorero del ramo de edificios, había dirigido personalmente el arreglo de la sala octogonal.

Por su gusto y por su carácter, era la persona más indicada para dirigir las adquisiciones nuevas que el rey pensaba hacer en Italia. Encargado de una misión especial para este efecto, se embarcó en Málaga el 2 de Enero de 1649, habién-

dose retardado un tanto su partida por la penuria absoluta del Tesoro.

Era entonces cosa delicada la adquisición de obras de arte. A medida que habían ido aumentando los aficionados, las ocasiones se habían hecho más raras. Para aprovecharlas, se necesitaba desplegar mucho celo y mucha diplomacia, aparte de pagar en dinero contante, y se requería también ser muy conocedor de la pintura, para no dejarse engañar por las hábiles copias que circulaban como originales. Venecia era en aquellos momentos el gran mercado de las curiosidades, y por otra parte, allí le atraía también á Velázquez su predilección por los pintores de aquella escuela. Un escritor de la época, Marco Boschini, que vió entonces al artista, alaba la dignidad de sus maneras y el agrado de su persona. En un diálogo, fingido por él, entre Salvator Rosa y Velázquez, éste último, preguntado acerca de sus preferencias artísticas, responde á su interlocutor: «Hablando con entera franqueza, debo confesaros que Rafael no me agrada en manera alguna», y como Salvator replicase: «Según eso, ¿no habrá en Italia artista á quien podamos dar la corona?» D. Diego replica: «En Venecia es donde se encuentra lo bueno y lo bello, allí están los maestros del pincel y el Ticiano lleva el estandarte (1).» Por lo que toca á la opinión de Velázquez sobre Rafael, aun admitiendo que se apoye en algún dato positivo, probablemente la exageraría, en beneficio de su causa, Boschini, cuyo fin era la glorificación de Venecia. No debemos, pues, ver en ella más que una expresión de la preferencia, muy natural por cierto, que el maestro español debía experimentar por los grandes coloristas, á los cuales le acercaba su temperamento.

De Venecia, donde no pudo comprar más que algunos lienzos del Tintoretto y de Pablo Veronés—entre ellos una *Venus y Adonis* del último,—se dirigió Velázquez, pasando por

(1) Este diálogo forma parte de un poema de Boschini, escrito en dialecto veneciano: *La Carta del navegar pintoresco,* Venecia, 1660.

Roma, á Nápoles, para presentar sus cartas de recomendación al virrey, á quien se encargaba en ellas que le facilitara por todos los medios posibles su misión. En aquella ciudad encontró á Ribera, su compatriota, á quien había conocido veinte años antes, cuando hizo su primer viaje, y que, laborioso y fecundo siempre, había engrandecido su estilo bajo la influencia del Dominiquino. Pero donde se detuvo principalmente Velázquez fué en Roma. Afluían allí por entonces pintores y escultores, y entre ellos figuraban grandes señores como Pedro de Cortona, el Calabrés y Salvator Rosa, que andaba siempre escoltado por un séquito de admiradores; bohemios tales como el Guercino y Miguel Angel Cerquozzi, famoso por sus bufonerías, y solitarios como nuestro Claudio y Poussin, cuyo carácter era tan propio para agradar á Velázquez. Este se relacionó con Algardi y Bernini, á los cuales hizo muchos encargos en nombre del rey de España. Con gran trabajo pudo reunir igualmente para el monarca, reproducciones de más de treinta estatuas antiguas, bajo-relieves, bustos de emperadores romanos y un vaciado de la cabeza del *Moisés* de Miguel Angel. Por último, consiguió que entraran al servicio de Felipe IV dos hábiles decoradores, Matelli y Colonna, después de haberse asegurado por sí mismo de que poseían las cualidades requeridas para lo que de ellos se esperaba.

Se comprende fácilmente que las visitas á los estudios y á los museos, las gestiones encaminadas á obtener autorización para ejecutar los vaciados, las negociaciones con los vendedores y los corredores con quienes tuvo que tratar, le hicieran perder á Velázquez mucho tiempo, cosa que para hombre tan activo debía de ser muy enojosa. Bien pronto iba á indemnizarse de todas estas molestias, pintando una obra maestra. Aunque el Papa Inocencio X no era muy aficionado á los pintores, se decidió á hacer una excepción en favor de aquel hidalgo español, cuyas maneras le habían encantado, y consintió en dejarse retratar por él. Mas, á fin de aprovechar mejor este honor, el artista, que probablemente no habría cogido un

pincel desde su salida de España, pensó con razón que antes debía soltarse un poco la mano. Tenía justamente á su disposición á su servidor y discípulo Juan de Pareja, que había ido con él á Italia, y el estudio, rápidamente hecho, que pintó de aquel rostro moreno, coronado por una abundante cabellera negra y crespa, señal de su origen africano, obtuvo tal triunfo cuando fué expuesto en el Panteón, que la Academia de San Lucas admitió á Velázquez por aclamación entre sus miembros.

Recobrada ya la plena posesión de sus facultades, Velázquez podía abordar con más confianza la tarea de que se había encargado. No era fácil, sin embargo, esta tarea. Aparte de que el Papa sólo podía concederle contadas y breves sesiones, el modelo cuyas facciones tenía que reproducir era poco agradable, ó, hablando con mayor exactitud, de una vulgaridad y una fealdad proverbiales. Sus cejas arqueadas y fruncidas por encima de una gran nariz, su boca grande de labios repulgados; su barba, naturalmente larga, prolongada más aun por una perilla canosa, no formaban ciertamente un conjunto propio para inspirar al pintor. Pero el artista emprendió resueltamente su trabajo, y la premura misma que se impuso sirvió para excitar su numen. El Papa está representado hasta la mitad de las piernas en plena luz, y en una postura muy natural, sentado sobre un sillón, en los brazos del cual se apoyan sus dos manos. El sistema adoptado para las coloraciones no puede ser más sencillo; la gorguera, las mangas y el roquete son blancos; el sillón, las colgaduras, el solideo y el mantelete rojos; las carnes son firmes y frescas como de un hombre de temperamento robusto, y la frente, la nariz y las mejillas aparecen lustrosas á trechos. Inocencio X contaba entonces setenta años, y al decir de sus contemporáneos tenía todavía el semblante, el aire y la voz de un hombre en toda la fuerza de la vida. El retrato, en lo que podemos apreciar, comparándole con el hermoso busto de Algardi, es de un parecido asombroso. En el calor y el im-

petu de la improvisación, el artista dió siempre en el blanco; pero, como lo demuestran las numerosas enmiendas que hizo, no rehusó, en el curso de su trabajo, mejorar su obra para hacerla perfecta. La ejecución es un prodigio de vida, de ingenio y de seguridad. Aquella es, como observaba Boschini, la hermosa maniobra veneciana del pincel, *il vero colpo venetian*, y por otra parte aquellos rojos tan variados y magníficos que hacen juego con los blancos y los grises y hacen resaltar tan bien las encarnaciones, forman una armonía de distinción y riqueza extraordinarias. Y con todo, á pesar de esta maestría, no se descubre pretensión ni amaneramiento alguno. Por excelentes que sean los medios, no se piensa en ellos, tan subordinados están á la expresion. «Aquel pobre tonto, aquel pedante gastado» como llama Taine á Inocencio X, tiene un aire magnífico. A pesar del brillo triunfante de los rojos, que dominan en este lienzo, la cabeza es lo que atrae la atención, y en aquella cara sanguínea, tan delicada y francamente reproducida, la mirada de los ojos grises azulados es lo que retiene y fascina al espectador. Centellea esta mirada, bajo las espesas cejas, y se ve en ella, al par que la clarividencia del hombre de Iglesia habituado á escudriñar en las conciencias, la perspicacia y la impasibilidad del diplomático y la autoridad del Papa, investido del poder soberano por excelencia, del que se ejerce sobre las almas. Cuando le observáis, no es él quien se entrega; por más que le contempléis fijamente, es él quien penetra en vosotros y os persigue con sus mudas é irresistibles interrogaciones. Junto á esta figura enigmática y admirable, las demás pinturas de la galería Doria, que, sin embargo encierran tantas obras maestras, parecen vagas é inertes; diríase que son fantasmas, mientras que al cabo de muchos años, el recuerdo que se conserva de la obra de Velázquez, permanece en el espíritu, radiante é indeleble.

La admiración que produjo este hermoso lienzo fué unánime. En medio de los convencionalismos rutinarios á los cuales obedecían entonces la mayor parte de los artistas italianos, pare-

cía mayor aún la vida de aquel cuadro. Lejos de dejarse arrastrar por lo que había visto en Roma, el pintor extranjero manifestaba victoriosamente su originalidad, y en lugar de las enseñanzas que había venido á buscar, era él quien daba lecciones á los otros. Para mostrarle su satisfacción, le regaló el Papa una cadena de oro con un medallón suyo colgado. La cuñada de Inocencio X, la célebre doña Olimpia, dos camareros del Papa, su mayordomo y hasta su barbero quisieron á su vez ser retratados por Velázquez, y Palomino, á quien debemos estos pormenores, añade que tales retratos, que han desaparecido, estaban ejecutados «á la valiente manera de Ticiano, con aquellos pinceles de largos mangos, de que se servía habitualmente el artista». Además de las reproducciones algo modificadas, que poseen el duque de Wellington (Apsley-House) y el Museo del Ermitage, el retrato de Inocencio X ha sido copiado muchas veces. Se conocen nada menos que quince copias antiguas, y Reynolds, después de terminada la suya, declaró que, á su juicio, la obra de Velázquez era la más hermosa pintura que había en Roma.

EMILIO MICHEL.

REVISTA MUSICAL

El Conservatorio y el Teatro Real.—Bibliografía musical.—«Les Musiciens neerlandais en Espagne du douzième au dixhuitième siècle.» «Charles Quint musicien», por M. Edmond Vander Straeten.—Antología de música religiosa española, por D. Felipe Pedrell.

Las vicisitudes de la vida humana, ayudadas por el tiempo y la muerte que todo lo cambian, han venido á colocar los dos centros principales de cultura musical de España en distintas manos de aquellas que durante muchos años habían regido sus destinos. El Conservatorio y el Teatro Real han sido blanco de constantes y duras censuras del público y de la prensa, que durante mucho tiempo han exigido reformas ó innovaciones en diversos sentidos. La terminación del contrato con el conde de Michelena y más tarde su muerte, á la que tal vez han contribuido los disgustos y pérdidas que sufrió en plaza tan codiciada, han venido á poner al Teatro Real en manos de nueva empresa, de la que es representante D. Luciano Rodrigo.

La muerte del ilustre Arrieta dejó vacante el puesto de director, que el gobierno ha conferido al célebre violinista compositor D. Jesús de Monasterio, recompensando así justamente su mérito artístico y sus eminentes servicios al arte patrio. Este cambio de decoración inicia un período de tregua á las reclamaciones de los descontentos, ganosos de ver aten-

didos sus deseos en lo sucesivo, y dispuestos al aplauso ó á la censura según el camino que sigan ambos establecimientos. Respecto al Conservatorio, el ministro de Fomento, conocedor del mundo y de los hombres, y con objeto de evitar al Sr. Monasterio la responsabilidad, ó por mejor decir la odiosidad que llevan consigo las reformas, sobre todo si ha de haber víctimas de ellas, ha nombrado una comisión para que, estudiando la organización actual, proponga las modificaciones que crea convenientes.

La idea es excelente y prueba el mejor deseo; pero sería preciso saber ante todo qué es lo que el gobierno quiere organizar en el Conservatorio, y si éste ha de ser, como hasta aquí, un centro de propaganda de la enseñanza musical, ó una escuela de perfeccionamiento de la misma; porque en el primer caso, valdría mejor dejar las cosas como están, por aquello de que vale más lo mediano conocido que lo bueno por conocer. Como vulgarizador y apóstol del Arte músico, el Conservatorio ha llenado perfectamente su fin, creando los elementos de la vida musical española actual, notable por la cantidad más que por la calidad.

Si se desea tener una escuela de perfeccionamiento, como las de Bélgica, Alemania, Austria y Francia, en ese caso hay que pensar en organizar la primera enseñanza en las escuelas primarias de modo que el ingreso en el Conservatorio exija un examen que pudiera llamarse de bachiller en música, propio de aquellos que desean dedicarse seriamente á este arte por carrera ó por gusto. Así tal vez pudiera evitarse el hecho lamentable de que un alumno que aquí obtuvo un primer premio, crea necesario ir á buscarlo de nuevo en un conservatorio extranjero. Sin salir del presupuesto actual, puede organizarse la enseñanza de Música y Declamación con pocos profesores bien retribuidos, trayendo de fuera lo que aquí no pueda encontrarse.

Esto se ha hecho en Bruselas, Berlín y Viena, donde la enseñanza musical ha llegado á mayor grado de perfección;

pero de nada servirán los trabajos de la comisión si no se adopta el principio de cortar de raíz la costumbre hoy esta blecida de dedicar á músico ó actor al que no tiene capacidad para seguir otra carrera, ó al que por falta de vigor ó de estatura no tiene condiciones para dedicarse al teatro. Sin las condiciones intelectuales y físicas necesarias, no se puede cantar ni representar bien, y un gobierno previsor debe evitar en lo posible que esa multitud de jóvenes, que hallarían honrado porvenir en una oficina ó un taller, después de haber costado grandes sacrificios á su familia, vayan á parar á un hospital ó un asilo, cuando no se mueren de hambre. De todos modos, felicitamos al señor ministro de Fomento por su buen deseo.

El Teatro Real inaugura sus trabajos bajo la dirección del nuevo empresario Sr. Rodrigo, y con gran rebaja de precios, novedad que le asegura, á lo menos por algún tiempo, la simpatía y apoyo del público, pero que puede traerle graves complicaciones si continúa la exigencia de oir estrellas de primer orden, *tenori* ó *prime donne*, cuyos precios de ajuste suben de día en día como la espuma. Cuestión es esta que no tiene solución posible si no cambia el gusto de los abonados al regio coliseo; porque, ó tienen que resignarse á oir perpetuamente las mismas obras del repertorio italiano, ó si han de admitir las modernas, no podrán comprenderlas sino cuando los artistas que las interpretan, todos próximamente de la misma fuerza, presenten la unidad del conjunto indispensable al drama lírico moderno. Para él se necesitan buenos músicos, lectores á primera vista, buenos actores y dotados además de voces robustas y capaces de luchar con las sonoridades de la orquesta y con el rudo trabajo de los ensayos. Si el público se empeña en hacer depender la suerte del Teatro Real y de la empresa que lo dirige del estado de la voz del tenor ó de la prima donna, volvemos á los tiempos preshistóricos de la ópera concierto, á aquellos tiempos en que la contralto, en traje de Alejandro Magno, electrizaba á los oyentes en su aria

compuesta de *Andante* y *Allegro* con palabras de Metastasio ó de Apostolo Zeno, los dos poetas libretistas del género. Para aquel público desaparecían el poeta y el compositor, el asunto y todo cuanto no fuera la prodigiosa habilidad de garganta del ídolo popular que hoy era un sopranista y mañana era una tiple ó una contralto.

Este es el verdadero tipo y el tiempo que he llamado de la ópera concierto, no, como alguien ha supuesto, el de la música italiana posterior á Rossini. Entonces, sobre todo en Italia, se iba al teatro para oir una ó dos arias, y el resto de la noche se pasaba jugando á las cartas ó tomando sorbete en el antepalco. Hoy, las costumbres han cambiado, y sólo entre nosotros existe ese funesto legado de colocar al intérprete en primer término, dejando en el segundo al autor y á su obra. Hoy se va al teatro para oir las óperas bien interpretadas en su conjunto, no únicamente para aplaudir la habilidad de la garganta ó la fuerza de la voz. El tiempo se encargará de arreglarlo; porque de día en día las estrellas del *bel canto* disminuyen ó valen menos, hasta que llegue el día en que los intérpretes de una obra musical, sin hacer esfuerzos fenomenales, se limiten á cantar bien su parte, siguiendo las indicaciones del compositor. Entonces los sueldos de la compañía de ópera del Teatro Real no serían un obstáculo al progreso del buen gusto y de la cultura musical española. ¡Quiera Dios que llegue pronto ese día para bien de todos!

*
* *

El conocido y erudito escritor belga M. Vander Sraeten ha publicado dos obras interesantes para la historia de nuestra música. La primera y principal, titulada *Los músicos flamencos en España desde el doceno al décimooctavo siglo,* y la otra *Carlos V músico*. La primera, que supone un trabajo de bene-

dictino, es una recopilación cronológica de todos los datos que el autor ha encontrado en sus viajes á España y en sus investigaciones bibliográficas, referentes á los músicos flamencos que han practicado su arte entre nosotros como compositores, como cantores ó tañedores de instrumentos ó como fabricantes de los mismos.

Como es natural, empieza el autor presentando como primer dato y documento de la influencia flamenca en España, el famoso canto á Santiago de Compostela de los peregrinos flamencos, conocido con el nombre de *Canto de Ultreja*, que tanto ha dado que pensar á los eruditos, sin que nadie pueda estar seguro de haber traducido á notación moderna los *neumas* en que está escrito. En mi humilde opinión, esta traducción es imposible, porque mientras no se me pruebe lo contrario, y de una manera eficaz, no por conjeturas ni suposiciones, creeré que el sistema de notación de los neumas era un procedimiento para ayudar la memoria con auxilio del ritmo y de la prosodia. Es evidente que, dada la dificultad de la teoría musical en la Edad Media, no todos los que cantaban en el coro la conocían ó tenían bastante memoria para aprender fácilmente por la transmisión oral, sobre todo en la época en que no existía otro medio de transmisión, y esto explica perfectamente que se establecieran los neumas, signos que, sin determinar precisamente la entonación, marcaban, sin embargo, si la voz había de subir ó bajar, lo cual con auxilio de las palabras era bastante para que los principiantes siguieran el coro hasta aprender de memoria el canto.

Fundo esta opinión mía en varias razones: la primera es que, cada vez que se ha traducido esta notación, las versiones de los hombres más autorizados en la materia han sido distintas y á veces casi sin analogía; la segunda es que al mismo Coussemaker le he oído decir que la diversidad de neumas y de método en emplearlos, así como la costumbre de dar el mismo nombre á distintos signos, dificultan y casi imposibilitan el poder formar una clave de traducción.

Natural es que haya sucedido lo mismo con el famoso *Canto de Ultreja*.

Grandemente preocupa á M. Vander Sraeten el nombre de flamenco, aplicado á cierto género de canto popular de Andalucía, y no solamente al de los gitanos, como han supuesto algunos, y en erudita investigación trata de averiguar qué relación ha podido haber entre esta palabra y la influencia ejercida en España por sus compatriotas músicos.

Paréceme que la cuestión se divide en dos: la primera, que consiste en saber el origen del *cante flamenco*, y la segunda en poder fijar la época en que aquel género de música empezó á designarse con tal nombre. No es este lugar oportuno para largas disquisiciones arqueológicas; pero puede asegurarse que el cante flamenco es de tradición y origen arábigo-español; y cuando no hubiera otras razones para probarlo, bastaría su semejanza con los cantos de Marruecos. Respecto á la denominación de *cante flamenco*, me parece que ha de ser moderna y posterior al siglo XVII; porque ni en la literatura picaresca de nuestros clásicos ni en las obras en prosa y verso del gran Quevedo, tan conocedor de la vida, lenguaje y costumbres del bajo pueblo, creo que se hayan empleado dichas palabras. El erudito académico Sr. Riaño cree que la costumbre de llamar al puñal ó navaja *el flamenco*, habrá sido causa de que se diga *cante flamenco* para expresar la idea de canto propio de la gente de armas tomar ó que usa navaja.

Fáltame espacio para hablar de los dos tomos del erudito belga con la detención que merecen, y me limito á consignar el agradecimiento con que nuestra patria debe corresponder á tan concienzudo y voluminoso trabajo.

Interesante y curioso es también el opúsculo dedicado á probar las aficiones musicales de Carlos V, sus relaciones con los compositores de su tiempo y los trozos de música que se suponen compuestos por él. En el catálogo de los muebles y efectos existentes en el monasterio de Yuste á la muerte del Emperador, publicado por Sterling en su libro *Cloister life of the*

Emperor Charles the V, hubiera hallado el ilustre erudito belga asunto para un capítulo más de su interesante publicación.

Réstame ahora hablar de la publicación emprendida por D. Felipe Pedrell con el objeto de dar á conocer las obras del siglo de oro de nuestra música religiosa, monumento nacional desconocido de propios y extraños por incuria nuestra, y que, gracias al entusiasmo, inteligencia y laboriosidad del ilustre maestro catalán, revelará al mundo artístico la existencia de un tesoro musical tan valioso como nuestro romancero y nuestro teatro. La publicación de la *Lira Sacro-Hispana* del venerable maestro Eslava, dió ya á conocer, aunque incompletamente, la importancia de este tesoro, porque no dió al período clásico del siglo XVI toda la extensión y estudio que su importancia exigía. Con más acertado criterio, á mi parecer, el maestro Pedrell, en los dos volúmenes publicados que contienen obras de Morales y de Guerrero, vuelve por los fueros de nuestra historia musical, defendiendo con gallardo pero razonado patriotismo, la personalidad y prioridad de Cristóbal Morales en la práctica musical y la de Ramos Pareja, como teórico y preceptista, independientes ambos y anteriores á los músicos flamencos que vinieron con Felipe el Hermoso. Lamenta, con razón, el sabio maestro catalán que los historiadores de la música hablen ligeramente de nuestro país, copiándose rutinariamente unos á otros, y no podía ser de otro modo, dado el olvido en que los españoles han tenido tan preciadas joyas del arte y la dificultad, por no decir imposibilidad, de penetrar en los archivos de nuestras catedrales.

El sistema adoptado por el maestro Pedrell en la anotación y transcripción de los dos tomos publicados conteniendo obras de Morales y de Guerrero, merece la aprobación y el elogio de los inteligentes en la materia, que pueden leer y apreciar las bellezas contenidas en estas composiciones sin necesidad de estudios arqueológicos. La biografía de Guerrero es un prodigio de laboriosidad y de erudición, y siento que los límites de este artículo no me permitan entrar en la cuestión de la

expresión musical en el género religioso y profano, tema que traté, aunque ligeramente, en el Ateneo de Madrid y en la conferencia sobre los orígenes de la ópera.

Para escribir la historia de la música española son indispensables dos datos: la Antología religiosa que hoy publica el Sr. Pedrell, y la de la música profana que se encuentra en los libros de cifra para vihuela, órgano ó guitarra, obra que tengo preparada para la publicación hace más de veinte años y que ofrecería grandes novedades, que forzosamente habían de reedificar la historia de la música en general, y principalmente la de la música española.

GUILLERMO MORPHY.

CRÓNICA INTERNACIONAL

La muerte del Czar.—Política impuesta por el asesinato de su padre.—Los partidos ortodoxos en Rusia.—La herencia del tercer Alejandro.—Su casamiento.—Su complexión y sus ideas eslavas.—La guerra de Bulgaria y las emociones que produjo en su ánimo.—Servicios prestados á la paz universal por su alianza y amistad con Francia.—Su heredero.—Ceremonias del juramento prestado por éste la primavera del año 84.—Caracteres de Nicolás II.—Necesidad que tiene de inclinarse á la libertad.—Elementos panslavistas y nihilistas puros.—Conclusión.

I

Ningún suceso como la muerte del Czar. Contemplemos, según la costumbre nuestra, personaje tan extraordinario en la hora de su desaparición. El día, en que recibí, hace años, 2 de Marzo de 1881, la noticia de haber Alejandro II muerto, trazaba yo estas palabras en mis correspondencias de América: «La política europea se une ahora, en este instante supremo, toda ella con la personalidad del nuevo czar de Rusia. Por virtud de tan grave suceso como la muerte de Alejandro II, la triple alianza de los imperios del Norte se ha hundido; la difícil amistad entre Rusia é Inglaterra se ha estrechado; y al Oriente de Europa surgen nuevas y próximas esperanzas de Grecia, y al Occidente, remotas, pero seguras esperanzas de Francia. Dos sucesos capitales, el uno

en Asia y el otro en Africa, señalan cambios profundos en la política intercontinental. En el Continente asiático abandona Inglaterra la ocupación de Candahar y en el continente africano hace Inglaterra la paz del Transvaal. Por el primero de estos actos el gobierno inglés demuestra que renuncia de todo en todo á los ensueños imperiales, avivados al soplo de la política romántica de Disraeli; por el segundo de estos actos el gobierno inglés demuestra que quiere vivir en paz con el imperio ruso, dejándole su obra de civilizar una parte del Asia, mientras él se impone á sí mismo el deber de civilizar la otra parte. Naturalmente, todas estas evoluciones de la política inglesa indican una separación de los intereses de Alemania en Europa y una inteligencia con Rusia, tanto para concluir con el Sultán de Constantinopla, como para rematar la emancipación de los griegos y de los eslavos. Pero todos estos hechos gravitan en torno de la personalidad del nuevo czar.» La paz, tan difícil, entre Francia y Rusia, como yo anunciaba entonces, ha existido durante todo el reinado de Alejandro III; las esperanzas de Francia, que llamaba yo remotas, hanse realizado en una gran parte; la triple alianza de los emperadores tardó un lustro en hundirse, pero se hundió; y Grecia se agrandó con territorios amplios, como definitivamente se constituyeron en Estados autónomos Rumania, Serbia, Bulgaria, recibiendo el Montenegro un puerto como Dulcigno, todo á expensas del imperio turco, reducido en Europa meramente á poseer Tracia y Macedonia.

II

Alejandro III perteneció decididamente al partido, que de antiguo se llamara en su imperio el partido ortodoxo. Los ortodoxos han tenido tres hombres que descollaban sobre todos: Komekof, el dialéctico; Kireyeski, el místico; Aksakof, el fa-

nático y supersticioso. Komekof era un moscovita vigorosísimo de inteligencia y de carácter; en memoria, prodigioso; en fantasía, poeta; en argumentación, guerrero; en el debate, incansable; pronto siempre á la pelea, último en la retirada; de silogismos y de invectivas armado; de tradiciones poéticas y de dilemas insalvables rico; ya encastillado en la ciencia, ya esparciéndose en el misticismo; y cuyo principal propósito se reducía en término postrero á demostrar que la razón humana está tocada de incurable ceguera para conocer la verdad, y la voluntad humana es de irremisible impotencia para cumplir el bien, no quedándole otro recurso en la tierra que acudir al auxilio de Dios, cuyo órgano es la Iglesia griega, depositaria del espíritu divino y de la divina palabra. Kireyeski, con su hermano, representaba el misticismo, el éxtasis. Filósofos, humanitarios un tiempo, tristes desventuras los habían lanzado al pie de los altares, donde padecían, se desesperaban, como náufragos sobre desiertos escollos, que han huído de una muerte súbita para encontrar una muerte lenta. Eran dos monjes; corrían á las iglesias, se arrodillaban al pie de las imágenes, absorbían su vista y su idea en la contemplación, desvaneciéndose dentro de plegarias perfumadas de misticismo; y concluidos los piadosos ejercicios, se miraban uno á otro con los ojos arrasados de lágrimas y decíanse con mutuos dichos: «pronto se cumplirán nuestros únicos deseos; pronto llegaremos al descanso eterno de la muerte.» Aksakof representaba la constante acción. Su entusiasmo era tan grande, que creía encontrar en los campos rusos el granito para fundar una sociedad perfecta, y en la reacción hacia los tiempos rusos, el único medio de acerar el carácter y esclarecer la inteligencia de su raza. Por el odio que á todos los occidentales sentía, iba vestido á lo moscovita, con pantalones anchos recogidos en botas de campana, túnicas abrochadas á lo campesino, alto gorro de pieles, que le daba, como á Rousseau en sus postrimeras extravagancias, el aspecto de armenio y persa. Llevando á extremos tan pueriles

su patriotismo, no hay para qué decir cuáles serían sus odios á todo lo genuinamente occidental. Pedro I, que había recorrido Inglaterra y Holanda en pos de civilización y de trabajo, le causaba invencible repugnancia, y no veía en él sino al perturbador de la vida rusa y al asesino de su propio hijo y al verdugo cruel que se gozaba en atormentar y rematar en persona sus víctimas y al plagiario de Occidente y al fundador de Pertersburgo, la ciudad antimoscovita, fastuosa corte de los tiranos alemanes. Y si este horror experimentaba hacia Pedro I, experimentábalo más intenso aún hacia Pedro III, hacia Catalina II, germanos de nacimiento y origen, fundadores de la dinastía que aun hoy oprime á los rusos. La vida entera de Aksakof se compendiaba en la reivindicación del espíritu nacional. Cuanto más estudiaba la historia, más crecía su fanatismo. La pasión le perturbaba. Su excesivo celo por la patria cegaba su clara inteligencia. Creía exclusivamente ruso el desarrollo de la vida popular, y era una ilusión tal creencia. De todas suertes, esta escuela elevó la personalidad del Czar, capaz de volver, por contradicciones rusas, á los altares de los dioses.

III

Pero ¡ah!, como ya hemos dicho, aconteció el horrible atentado que destrozó al padre de Alejandro, en Marzo de 1881. Con mayor compasión trata el carnicero á su res que el nihilista á su czar. Después de tal muerte se celebraron unos funerales magníficos: ningún alma viviente podía salir á las calles y á las ventanas para verlo; pero tenían mucho que ver, pues junto á los cosacos del Don, ligeros como los cuervos en sus matanzas, los árabes del Cáucaso, blancos cual las águilas en sus picachos; junto á las tropas regulares de tan correcta formación,

como los regimientos germánicos, las tribus irregulares, que parecen llegar por irrupciones violentas; los pajes con sus dalmáticas heráldicas y los oficiales de la casa imperial llevando las insignias de la soberanía, y entre ellas una diadema de brillantes por cuyo precio podría comprarse un reino; los grandes dignatarios del Estado, con sus cascos de plata, sobre los cuales tienden sus alas pájaros de oro, y los grandes dignatarios de la Iglesia, con sus capas pluviales recamadas de brocados y sus relicarios bizantinos de ricos metales y deslumbradora pedrería; vistosa comitiva de arreos deslumbradores, semejante á evocaciones fantásticas de edades históricas, que enterraban, no el cuerpo de un czar asesinado, el alma de una institución destruida. El nuevo czar llevaba por nombre de pila el mismo que su padre y por número ordinal de este nombre el tercero. Segundogénito, ni él había pensado en la púrpura, ni los suyos habían pensado á su vez que pudiera vestirla nunca. Su hermano mayor mostraba gran robustez, y se apercibía en su florida mocedad á preparar con bella y joven princesa un enlace que creía destinado á larga posteridad. ¡Ah! El frío de Rusia rompe los pulmones más fuertes, traspasa los costillares más templados; extingue el fuego de la vida en los pechos más ardientes: y el príncipe heredero, en vez de contraer un matrimonio con la prometida, contrajo una tisis que le llevó á la eternidad. En la hermosa Niza de los tísicos, á la luz del cielo meridional y á la vista del mar celeste, apagóse la vida del primogénito, quien, al contemplar á su prometida y á su hermano llorando al pie del lecho, poseídos de verdadero dolor, les sonrió con dulce sonrisa, les entrelazó las manos con cariñosa efusión, les bendijo desde el dintel de la tumba, y envolvió en la última de sus ansias el primero de los votos elevados al cielo por la felicidad de la pareja que el cielo destinaba en sus designios á ocupar bien pronto y tras pavorosas catástrofes, el trono de las Rusias. Mirando á los dos hermanos se veían dos personificaciones: en el muerto predominaba la complexión germánica, y en el sobreviviente pre-

dominaba la complexión moscovita. ¿Y cuántas veces las resoluciones mayores y más trascendentales de los omnipotentes se deben á su respectiva complexión? Uno de los principales encargos dejados á sus herederos por Pedro el Grande fué que se casaran siempre con princesas germánicas, para tener por tal medio más cerca de si la cultura alemana, única en su sentir, capaz de civilizar la monstruosa nación de los czares y de los siervos. Por tal encargo, su hija, la emperatriz Isabel, enlazó al heredero de su corona con la célebre princesa de Anhalt, y casi todos los monarcas rusos desde entonces han hecho lo mismo: llevar de Alemania las destinadas á perpetuar la dinastía de Rusia. Con una princesa de Prusia estaba casado el padre de Alejandro II y casado con una princesa de Hesse el padre de Alejandro III. Pero había una diferencia notabilísima entre las dos princesas germánicas. La madre de Alejandro II creyó siempre, como era natural, destinado su primogénito al trono, y en virtud de esta creencia le imbuyó ciertas ideas y ciertos sentimientos favorables á su raza y á su patria germánicas, mientras la madre de Alejandro III no creyó al segundo de sus hijos llamado á reinar, y no se cuidó, por consiguiente, de su educación política todo cuanto debiera, dejándola, en su imprevisión, á segundas personas, las cuales concluyeron por darle un carácter puramente ruso y principios y afectos eslavos. Luego la madre de Alejandro II tuvo un matrimonio felicísimo, en tanto que la madre de Alejandro III, una santa, enamorada con exaltación de Alejandro II, sufrió contrariedades reveladas por la boda última del czar, las cuales contrariedades dieron á su manera de vivir tal tristeza, que la condujo hasta entristecer naturalmente el alma de sus hijos. Alejandro II amaba la patria de su madre, y no amaba la patria de su madre Alejandro III. Además, rendido amador éste de su esposa, la princesa Dagmar, debía naturalmente atender á sus ideas con profunda atención y seguir sus consejos con fiel obediencia; y su esposa, hoy recién viuda, pertenece á Dinamarca, la nación ofendida por las ar-

mas y desmembrada por el poder de la omnipotente Alemania.

IV

A virtud de grandes conjunciones de la educación y de la naturaleza era el nuevo czar todo un eslavo. Lejos de tener la estatura colosal de los czares germánicos, tenía, si bien gigantesco, la estatura media de los czares tártaros. Su cabellera un poco encrespada, sus hombros anchos, sus ojos vivos, su ademán resuelto, revelaban el eslavo, á quien los fisiólogos suelen llamar árabe rubio. Y dejaría de pertenecer á la raza eslava si no sintiese irreconciliable enemistad con la raza germánica. Por tal afecto se ha guiado en todas sus acciones y por tal afecto se ha dirigido y determinado toda su vida. Revélanse los pueblos más en sus leyendas poéticas que en su historia civil, y la leyenda poética de los eslavos se reduce á dos ideas capitalísimas: la conquista de Constantinopla y el castigo de Alemania. Quizá Alejandro II aparecerá en lo por venir como el último emperador alemán de Rusia. «Alejandro III, decía yo, cuando acababa de subir al trono, si hubiera tenido en sus manos la autoridad que hoy tiene, al empeñarse la guerra fraco-prusiana, se decide por Francia. En su odio á los alemanes, prohibía hasta hablar el alemán á la corte propia y se negaba siempre á participar de las manifestaciones germánicas. Así, la bomba nihilista, que inmolara la persona del czar ruso, hirió la frente del canciller Bismarck. Entre los consejos de Pedro el Grande se halla uno maquiavélico, según el cual sus herederos deben alternativamente ayudar á Francia contra Alemania, y á Alemania contra Francia, para tenerlas débiles y sumisas á ambas. Nadie extrañará, pues, los angustiosos telegramas de la corte de Berlín á la corte de Petersburgo en el trance último, y la palabra del emperador Guillermo al

nuevo czar: «Ya sabéis que contáis siempre con fieles y leales vecinos.» Alejandro III asistió en persona, rodeado de su Estado Mayor, á la guerra eslava por excelencia, que las profecías apocalípticas de los moscovitas habían con tanto empeño preparado, á la guerra llamada por nosotros última guerra de Oriente. Si abrierais un cronicón de la Edad Media para investigar en su latín bárbaro las emociones de aquellos cruzados, á quienes la voz de los frailes exaltaban, impeliéndoles á dejar sus hogares y á vestir el sayal con la roja cruz al pecho, para encaminarse, sin saber por qué vías, con el instinto de las aves viajeras, hacia la santa Jerusalén, donde murió el Salvador, concebiríais la pasión que del eslavo se apodera en cuanto acierta de algún modo á oir desde su estepa el nombre de la ciudad de Constantino, en cuyo seno triunfó el cristianismo y surgió el dogma; y la necesidad que siente de arrancar la media luna de Osman y de devolver la bizantina cruz de Justiniano á la basílica de las basílicas, á Santa Sofía, madre inmortal de la iglesia helénica. Esta idea impulsó al heredero del trono ruso á mover el ánimo de su padre para que penetrara como libertador en el imperio musulmán, con riesgo de encender la guerra europea. A la luz de esta fe oyó el clamor revolucionario de los insurrectos bosniacos; sostuvo las declaraciones guerreras de los soberanos serbios y montenegrinos; lanzó sus ejércitos á las orillas del Danubio y sus escuadras á las aguas del Mar Negro; congregó la confederación militar en que entraban todas las naciones dispersas por la península de los Balkanes; atravesó las líneas de defensa que Turquía tiene, así en sus anchos ríos como en sus elevadas cordilleras; trazó con sangre de los suyos la línea que se extiende desde Sistova hasta Andrinópolis; holló los pasos formidables, sobre los cuales todavía corre la sombra de Trajano; mantuvo el terrible sitio de Plewna, en que tantas veces su empuje llegó á estrellarse contra la tenacidad de las tropas turcas; rindió Erzerum y Kars, hasta disolver el imperio de los califas, erigir en reinos los antiguos principados danu-

bianos, emancipar á Bulgaria, tender un puente por medio de la Besarabia y la Dobrutzka, desde la Moscovia triunfante á la Turquía rendida, dejar en pie el problema de Grecia y despertar las ambiciones de Austria, con el fin de coronarse algún día, como los héroes de Venecia ó como los cruzados de Francia, emperador de un nuevo imperio de Oriente, á las orillas paradisíacas del Bósforo, en la redimida y rebautizada Bizancio, dispuesta, según sus providenciales vocaciones, á llevar el Evangelio y el nombre griego por los caminos de Alejandro hasta los centros del Asia.

V

El Emperador Alejandro II, movido por la opinión popular, como un Presidente de república liberal cualquiera, emprendió la campaña de Bulgaria contra Turquía, como su padre, Nicolás I, emprendiera la campaña de Crimea contra Inglaterra. En la campaña de Bulgaria, por más que un triunfo total se consiguiese, imponiendo la paz de San Estéfano, se probaron muchísimas amarguras también, como asedios cual el asedio de Plewna, donde las tropas rusas experimentaron muchas contrariedades, y desastres cual el pacto de Berlín, donde las ampliaciones de territorio fueron para los enemigos de Rusia y las restricciones y los recortes para Rusia misma. Y esta guerra merece recordarse, porque á ella se debe la conversión súbita del príncipe imperial á la paz europea y á la concordia entre todos los gobiernos cristianos. Al ver Alejandro III las pobres gentes retorciéndose por el suelo y la humana sangre salpicándole la faz, entre las espesas nubes de humo y los tonantes relampagueos de fusilería, se juró á sí mismo no suscitar otra guerra porque no compensa el erguirse airado y soberbio sobre un carro de triunfo conducido al Capitolio por la vía sacra, el horror que

causa la vista de una carreta de moribundos, que agonizan segados en la flor de su juventud y divididos de sus amadas familias, estremeciéndose de dolor á las puertas de una eternidad que las anticipa el odio y la crueldad de los humanos. Este sentimiento de caridad, lo ha exaltado en términos tales á los ojos de las generaciones contemporáneas, que nunca se dolieron por la muerte de un redentor y de un tribuno los pueblos libres como se han dolido por la muerte de este tirano asiático. Con efecto, un hombre capaz de sufrir las burlas y las mofas que infligieron á su poder y autoridad los búlgaros, así como de superar sus repugnancias de autócrata omnipotente á la república y á la democracia para unirse con Francia, por amor de la paz universal, bien merece que se viertan por él copiosas lágrimas de piedad y de ternura, ya que tantas lágrimas él nos ahorrara de horror y desolación. Los fervores y entusiasmos por la paz han llegado en el mundo á extremos tales que se olvidan la crucifixión perdurable de Polonia, las persecuciones á los estudiantes porque piden aire y luz para sus ideas, el silencio impuesto á las conciencias amordazadas, los procedimientos inquisitoriales contra católicos y luteranos opresos, la expulsión de míseros judíos errantes por las estepas donde se les helaba el llanto en las mejillas y se les atería en el corazón la sangre, los patíbulos alzados contra las conspiraciones y los conspiradores consiguientes á todo despotismo, para recordar como sin él se hubieran convertido los campos europeos en mataderos y por él han brotado las cosechas bajo un cielo sin vapores de incendios, ó exterminios y han crecido á su grado nuestras fecundas libertades que se desmedráran entre conquistas y combates, los cuales no son más que un despotismo contra otro despotismo levantado en una carnicería y en un degüello sin término. Que obtenga el emperador en otro mundo la paz que ha dado en este. Y volvamos los ojos al sucesor.

VI

Una ceremonia se verificó por Junio de 1884 en Rusia, que, mostrando la ciega confianza de los poderes históricos en su duración, tambien mostraba la incurable debilidad que los aqueja y los obliga, en estos instantes supremos, á prescindir de tradiciones históricas, indispensables al esplendor y robustecimiento de las monarquías absolutas. El heredero de aquella corona, que Pedro el Grande llevara con tanto brillo, juró aparatosamente los deberes impuestos por su altísima dignidad; lo cual prueba, como decíamos antes, su confianza en la duración del principio monárquico; pero los juró dentro de Petersburgo, capital de la burocracia germánica, y no dentro de Moscou, capital del czarismo ruso, lo cual demostraba su temor á confabulaciones nihilistas y á estallidos revolucionarios, temor que acusa una irremediable debilidad en la más absoluta y más tiránica entre todas las monarquías europeas. El Kremlin oriental con sus muros negros y sus rotondas áureas; el santuario de la tradicional Asunción, ornado con los mosaicos litúrgicos; la iglesia de San Isaac, erigida en el palacio fortaleza de los czares como tabernáculo propio al poder absoluto; estos timbres varios de la monarquía rusa, parecían más natural teatro de ceremonias cortesanas, que los palacios levantados por aquel gran jefe de los occidentales y de los europeos, quien, al abrir de par en par el cerrado Imperio al espíritu moderno, mató, sin quererlo y sin saberlo, el árbol asiático de la teocracia moscovita, que no puede vivir en nuestras latitudes sociales, ni en nuestro clima espiritual. Así, la procesión que transportó las insignias imperiales por los espacios de Petersburgo, careció completamente del sello asiático, y, por tanto, del carácter pictórico admirado en las procesiones de

Moscou. El desmedido cetro, semejante á un áureo báculo de patriarca; la corona, tan parecida por su construcción á las tiaras de Persia y á las diademas de Constantinopla; el globo rematado con aquella grande águila de las dos cabezas, que parece indicar la rapacidad de los czares; tales insignias de otros tiempos y de otros pueblos pedían junto á sí los cosacos del Don, vestidos con sus pieles históricas; los sacerdotes del Oriente, recamados, cual sus ídolos, de rubíes y esmeraldas; los montañeses del Cáucaso, ceñidos con los zaragüelles de Albania; los popes de la estepa, rígidos y silenciosos como bizantinas imágenes; el armenio con sus hopalandas; el turcomán coronado por los antiguos turbantes; el tártaro en su ligero caballo; todo el cortejo de los déspotas en el Oriente misterioso y oprimido por tantas tiranías empeñadas en dorar las insignias del propio poder y las cadenas de sus infelices vasallos. La capilla del palacio invernal, poblada toda ella por uniformes á la usanza europea y trajes de corte parisiense, denotaba un predominio de las costumbres orientales, que no se compadece bien de modo alguno con la política simbolizada por el juramento prestado ante su padre y su señor, el czar de todas las Rusias, por quien se preparara desde aquel momento á recibir tan terribles herencias gravadas con tan espantosa tiranía. Una compañía de vistosos guardas estaba tendida desde las puertas del camarín imperial hasta las puertas del templo palatino. El Emperador, la Emperatriz, pasaron rodeados de sus respectivas cortes entre aquellos inmóviles soldados. El príncipe Nicolás, pues tal nombre lleva el heredero de tanto imperio, tenía á la derecha su hermana, la princesa niña, que se llama Xenia; y á su izquierda su tío y tutor, el gran duque, llamado Wladimiro. Sin duda, para indicar mejor la política de fuerza, como en estas cortes orientales no se descuida ni se desatiende perfil ninguno, vestía la vestimenta de los cosacos el príncipe heredero. Pero su tez rosada, su cabello rubio, sus ojos vagamente azules, su complexión débil, su salud incierta, su corta estatura decían bien á las claras que no basta con haber

nacido heredero imperial para conseguir de la naturaleza el férreo temperamento pedido por toda sociedad á los personificadores de imperios. Los cánticos á voces solas, que caracterizan la liturgia rusa; las cruces griegas incrustadas de reliquias y revestidas de ricos esmaltes; las capas pluviales parecidas por sus preseas y por sus adornos á los trajes de los sacerdotes y de los sátrapas asiáticos; el misal bizantino con sus iluminaciones herdticas puesto entre los candeleros de rúbrica; el metropolitano de Newgorod, quien ofrece la lustral agua en vasos, verdaderas joyas moscovitas: los repiques de las campanas, dieron por un momento á la ceremonia, que hasta entonces tenía cierto carácter occidental, visos y espejismos del Oriente. Así que llegaron á la capilla, el Emperador condujo de la mano á su hijo ante la especie de altar donde se hallan los Santos Evangelios abiertos, y le pidió que jurase mantenerse fiel al Czar, á la patria y al orden de sucesión imperial en el trono moscovista. Prestó el príncipe tal juramento, transcrito después en hoja que guardan las bibliotecas imperiales; y una salva de trescientos cañonazos anunció la prestación solemne, por las constituciones fundamentales exigida de antiguo, á los herederos inmediatos, en cuanto salen de su minoridad. Luego, el cortejo abandonó la capilla del Palacio y volvió á la sala de San Jorge. Tal sala es una galería inmensa; museo militar bajo ciertos aspectos, y bajo muchos otros templo erigido á las guerreras glorias de Rusia y de los rusos. Allí el heredero juró en presencia del estado mayor del ejército, como antes jurara en presencia del estado mayor del clero, sin duda porque ambos institutos resultan las piedras angulares sobre cuya resistencia descansa el régimen autocrático ruso. Luego hubo fuera las varias fiestas con que quiere la tiranía divertir al pueblo de su infeliz cautiverio. El Campo de Marte se trocó en real de feria. La burocracia repartió gratis, entre las ávidas manos de una muchedumbre degradada, salchichas calientes y granos de girasol tostados. Por las cucañas, cubiertas de jabón, subieron los jornaleros, en requerimiento y busca de cualquier

nonada. Rodaron, embarcadas en los tíos vivos, unas mujeres del pueblo, mientras otras se precipitaron desde lo alto de las artificiales montañas rusas, en vertiginosas carreras. El teatro ambulante, con sus cómicos de la legua y sus autos militares, divertían mucho á las cándidas muchedumbres. Aquí se bailaban los diversos bailes usados en aquella incomprensible aglomeración de pueblos que se llama el Imperio ruso; allí se representaron las pantomimas soldadescas, que tenían por principal objeto recordar las guerras en la península balkánica y en el Asia central, ó sea, el odio á los turcos y á los ingleses. El jornalero, entusiasmado con tales hazañas, apuraba el vaso de cerveza fácilmente, por la salud personal del padre Czar y por las pasadas y las futuras victorias de sus hijos. Y mientras tanto, mientras el pueblo reía y lloraba como los niños, ó cogía una borrachera por haber llegado á la mayor edad su futuro dueño, éste convidaba so las bóvedas espléndidas de su palacio, al primogénito del Príncipe imperial alemán, y le ofrecía un vino de honor, que, según aseguraban las gentes, había de ahorrar mucha sangre. Pocos imperios tan fuertes como el imperio germánico y el imperio ruso. Mas, con tanta fortaleza, no pueden decir sus herederos que habrán de gozarlos en paz. El juramentado en tal ceremonia, y por ende puesto sobre tal pavés, no recibiría, tan joven, dignidad tan vieja, si la dinamita revolucionaria no hubiera destrozado el cuerpo de su abuelo; como el otro, el Príncipe germánico, no sería en aquella sazón heredero del heredero imperial, si á Federico Guillermo IV no le roba la razón y no le acorta la vida el haberse hallado en su propio lecho á los mártires muertos por la libertad en las calles el día trágico de la gran revolución en Berlín.

VII

El nuevo Czar, que fué jurado heredero en Junio de 1884, y ha recogido su herencia en Noviembre de 1894, diez años más tarde, no pertenece como su abuelo Alejandro II á los alemanes, ni como su padre Alejandro III á los eslavos; es de su madre, y de su familia materna. Menudo, pequeño, afable, doliente, nervioso y hasta neurótico, todas las condiciones fisiológicas y físicas que le disminuyen á él, aumentan la libertad, que sólo se oculta y disminuye al abrazo hercúleo de un titán guerrero. Con todos sus errores, el Czar último buscó en su imperio el tuétano moscovita que lo sustentaba y encontró un pueblo ruso, redimido y libertado de la servidumbre antigua por los rescriptos generosos de Alejandro II. Pues bien, ese pueblo ruso, cuya existencia el tercer Alejandro afirmó, debe alcanzar la parte de libertador, que corresponda con su estado intelectual é interior le corresponda, en el segundo Nicolás. Contra el nihilismo no conozco más que un remedio, el régimen parlamentario en el grado que puedan soportarlo ahora la evolución y el desenvolvimiento rusos, como no conozco nada contra las utopías tan eficaz como sacarlas de la noche del despotismo, donde lucen á una con falsa luz fosforecente y lanzarlas en el pleno éter de la libertad del pensamiento, que las desluce y al cabo de cierto tiempo las apaga. No podrá Nicolás II invocar para el detenimiento y suspensión de las libertades un rescripto como el rescripto de su abuelo manumitiendo los siervos y una tan grande afirmación popular como la de su austero padre proclamando la existencia del pueblo ruso con su propia nativa complexión y sus tradiciones históricas. Para llenar las páginas en blanco de su reinado, y corresponder con una serie de actos al número que ocupa en la serie de czares, necesita unir

su nombre á una reforma, y no conozco la que pueda compararse con el establecimiento de un régimen liberal más ó menos amplio en tierra de caracteres tales como la tierra moscovita. Esa debilidad en la salud que tan penosa debe al joven czar parecer; esa diminución de las fuerzas hercúleas poseídas por sus antecesores; la flaqueza del ánimo y del cuerpo; la falta de aquellos sentimientos de suficiencia, que pide una dignidad como su dignidad y un ministerio como su ministerio en el mundo le imponen una colaboración activa permanente y un crecido número de colaboradores continuos, que no podrá encontrar, sino en el régimen parlamentario y en el consejo de los vasallos que hoy yacen á sus plantas, convertidos por un acto de la voluntad omnipotente y autocrática suya en verdaderos ciudadanos. Así que aparece un reinado nuevo, aparece con él en Rusia esa indomable aspiración á la libertad, que se halla en el fondo de la naturaleza humana, y que no puede borrarse sino aniquilando la justicia y prescindiendo de todo derecho. En cuanto subió Nicolás I al trono hace unos setenta y más años ahora, tuvo que asir su corona, yendo entre dos filas de soldados insurrectos que vociferaban vivas fragorosos á la española Constitución de Cádiz, y para divertir el espíritu público de tales hipnotizaciones tuvo que levantar un despotismo asiático y que mantener una perpetua reacción en Europa. ¿Dónde hallaría Nicolás II fuerza para ese despotismo y el auxilio constante de la reacción universal, rota y deshecha? Pues, con igual imposición las circunstancias pesaron sobre Alejandro II, hijo de Nicolás, que creó las asambleas provinciales y apeló á la redención del esclavo para satisfacer al espíritu público y dar un paso en el camino de las reformas progresivas. Y con eso y con todo, le mataron el día mismo en que diera solemne autorización para promulgar el Código constitucional de su pueblo. Y el mismo Emperador, que acaba de morir, se halló con un código fundamental apercibido en el día primero de su reinado, cuya promulgación le imponían los hechos con su lógica incontrastable; y para huir

de ella tuvo que dilatarse por el continente asiático, á riesgo de chocar con Inglaterra; y que caer en brazos del pueblo francés, á riesgo de tropezar con Alemania. Peligrosos podrían resultar nuevos intentos de agrandar los dominios asiáticos, que tocan á sus naturales términos, é imposible convivir con una República, tan liberal como la francesa, sin riesgo de contagiar al propio pueblo ruso: así no le queda más remedio que apelar á la libertad; pues, el estado interior de Rusia lo pide y lo proclama un hado ineluctable.

VIII

En Nowgorod, Moscou, Petersburgo, como en la Roma y en la Constantinopla imperiales, corta el crimen los nudos que no puede desatar el derecho. Sin ningún orden cronológico, al acaso, invocando los surgidos con atropellos en la memoria, vienen innumerables nombres á demostrar tesis, elevada por esta serie de ejemplos á la categoría de un verdadero axioma. El príncipe Alejo ó Alexis, primogénito de Pedro I, sufre un proceso semejante al proceso del principe Carlos, primogénito de Felipe II, y muere de sus resultas, herido por un ataque apoplético. Andrés I en el patio de su palacio de Bogolioboufcal, cae traspasado por las lanzas y espadas de sus guardias. Ana, madre de claros emperadores, expira en oscuros calabozos. El cuñado de Fedor II, especie de furiosísimo Macbeth, asesina demente al joven Demetrio, de cuyo asesinato provienen aquellos falsos Demetrios, autores y víctimas de tantos crímenes. Bien es verdad que cierto destino nefasto parece unido á este nombre legendario, pues á principios del siglo XIV, otro Demetrio fenece asesinado por los señores feudales de Rusia. Su antecesor, Youri, que había subido al trono por un asesinato, cae asesinado del trono. Igor es asaltado en una embos-

cada y hendido en dos, como dicen las historias bizantinas. Ivan IV, que reinara desde la cuna, encuentra enemigos hasta en el tálamo, y fenece apuñalado por un partido, á cuya cabeza se halla su propia mujer, la emperatriz Isabel; caso parecido al triste de tantos otros infelices. Millail II acaba por una sentencia de muerte, ejecutada entre los tártaros. Otropied, después de haber sido adorado como un dios, es perseguido, acosado, muerto como un perro. ¿A qué cansarnos? Desde que Wladimiro el Grande, fundador en Nowgorod de las bases sobre las cuales el Imperio moscovita se levanta, y que asesina á su hermano, hasta Alejandro I, propagador de la grandeza y de la autoridad rusa en Europa, y que recibe la corona de una conjuración de regicidas, los czares rusos parecen como una serie de fantasmas con el cetro de hierro siempre en las manos y la guadaña de la muerte siempre sobre la cabeza, triste y necesario aditamento á sus nefastas diademas. Semejantes al verdugo, matan con la frialdad de las leyes, sin poder muchas veces remediar este horrible ministerio, impuesto por su adverso destino, y mueren tristemente en el odio universal. Y á ningún ser en la historia pudo aplicarse, como á ellos, aquella piedad suprema, reclamada por el primer poeta de nuestro siglo en versos inmortales, pues la tiranía oprime á los tiranizados, pero deshonra y pierde á los opresores. La resultante de todos estos tristes ejemplos rusos es la inutilidad de las instituciones absolutistas para la educación progresiva del género humano. Los que creen hacedero educar á un pueblo por el despotismo, siquier le llamen ilustrado, engáñanse por completo. En la ceguera incurable á que los esclavos se hallan reducidos, piérdese primero la medida de la distancia entre lo ideal y lo real. Todos estos siervos de los grandes imperios sueñan apocalípticamente con cíclicos poemas de conquista militar, de apostolado religioso, de reforma social. A su vista, llena de sombras, aparece el czar, con su corona y su tiara, su cetro y su sable, montado en caballo ligero como el viento, seguido de legiones que piden como los cuervos la matanza, señor de

tierras inacabables y de imperios inmensos, confidente y ministro del cielo, como uno de esos seres fantásticos, cuyo antojo dispone arbitrariamente, no ya de las fuerzas ciegas, que sirven á la naturaleza, sino de las fuerzas mágicas que obran el milagro sobrenatural, y por consecuencia, pídenle á una la realización de las esperanzas más irrealizables, como los idólatras á sus dioses.

IX

De esta concepción fantástica de la sociedad, inspirada por las terribles grandezas del poder absoluto, nacen precisamente dos partidos extremos: el tradicional, compuesto de los panslavistas, que piden al czar la dominación del mundo por Rusia, y el revolucionario, compuesto de los nihilistas, que piden á Rusia la ruina entera, no ya del czar, del Estado, y la difusión por toda la tierra de un socialismo demoledor y anárquico. En el fondo, los dos partidos son uno solo y mismo partido; que la demagogía roja y la demagogía blanca se confunden y se identifican allá en igual abismo, como entre nosotros se confunden é identifican los dos extremos de los partidos españoles y concurren por sendas opuestas á una misma causa y obtienen el mismo resultado. Los panslavistas atribuyen á Rusia un ministerio religioso, imperial, ortodoxo, como los católicos de la Edad Media lo atribuían al emperador ó al Papa; y los nihilistas un ministerio innovador, apostolizante, revolucionario, como los jacobinos de principios del siglo á los vencedores Bonapartes: los panslavistas quieren y esperan ver á Rusia entrando en Constantinopla á derrocar la media luna de Osman, que mancha las cúpulas de Santa Sofía, y en Jerusalén, á poner guarnición griega y rito griego sobre el sepulcro de Cristo, y en Persia y en las Indias, á destruir así este imperio inglés como aquel imperio musulmán, y en Roma, á hacer

del Papa de los latinos un vicario del Patriarca de los helenos, y en Berlín, y en Londres, y en París, á convertir los reyes y los pueblos occidentales en feudatarios del Norte; y los nihilistas quieren lo mismo, y lo mismo esperan, aunque á servicio de la revolución universal, y para no dejar en las sociedades antiguas piedra sobre piedra: los panslavistas detestan la capital moderna, Petersburgo, por antieslava y germánica y liberal, mientras los nihilistas la detestan á su vez por militar y burocrática: aquellos quisieran volver á los tiempos anteriores á Pedro el Grande, en busca de un nuevo Iván el Terrible, que sometiese la conciencia universal á su ortodoxia, y el planeta á su imperio, mientras estos quisieran volver á los mismos tiempos, en busca de aquellas tribus primitivas, medio asiáticas y medio patriarcales, que ignoraban el tuyo y el mío, cual los pastores del siglo de Oro, viviendo por virtud de la propiedad colectiva en el seno de un bárbaro comunismo; pero ambos á dos llevan la utopía por numen, lo imposible por enseña, la guerra por instrumento, y por fin la ruina y la destrucción universal. Podría demostrarse muy bien cómo el partido avanzado, que hoy degenera en nihilista, y el partido reaccionario, que hoy degenera en panslavista, se formaban casi al mismo tiempo y se dirigían casi al mismo objeto aunque con ideales diversos y medios radicalmente contrarios. No hay, para convencerse de esto, sino hojear un libro, que se lee con el encanto mismo con que se lee una novela ó un cuento, las Memorias del brillantísimo Hertzen á quien los emigrados españoles conocimos en Ginebra, y cuyo recuerdo guardaré con culto verdadero en la memoria, porque era para mi espíritu, imposibilitado de emprender más extensos estudios, como el oráculo de Rusia. En él y en sus amigos observé con prolija observación la fisonomía del revolucionario moscovita. Su menosprecio por las clases medias, que constituyen como los núcleos de los partidos liberales y conservadores en la Europa culta; su inexperiencia de la política práctica, que tiende á cumplir el ideal sin violentar la reali-

dad; su inclinación á un sistema encadenado con mucha trabazón lógica y compuesto de una larga serie de ideas puras; el vuelo de sus imaginaciones desbocadas y la impaciencia de sus deseos generosos; todo acusaba en ellos la secta y los sectarios de la revolución, creídos de que basta llegar un día de crisis al Gobierno y tener un minuto el Estado, para transformar la sociedad por un milagro de sabiduría y un impulso de omnipotencia. Y así como conocí en Ginebra, durante mi forzosa primera emigración á los revolucionarios, conocí más tarde en París, durante mi emigración voluntaria, á los panslavistas. Y los observé con mayor observación todavía que en Ginebra, en París, durante mi voluntaria emigración del setenta y uno, en tal sazón, porque comenzaba el problema de los problemas, la guerra de Oriente. Y en su exaltación por la raza eslava; en sus ideas arraigadísimas respecto á la superioridad de esta raza; en su odio fanático al Corán y á los mahometanos; en su menosprecio por el Occidente nuestro; en sus ideas épicas sobre la suerte de Rusia; en los horizontes de sus inciertos ideales, vi dibujarse esos profetas que dirigen los ejércitos á las conquistas, como los ángeles exterminadores de las antiguas teogonías, invisibles á los ojos de carne y perdidos en los aires, dirigían los pueblos asiáticos en armas á las terribles matanzas. Los revolucionarios tenían sus catedráticos en los Granuskis, sus teóricos en los Galakofs, sus dialécticos en los Starzekevitchs, sus críticos en los Belinskis, sus eruditos en los Kriukofs, sus organizadores en los Bakunines, sus periodistas en los Hentzens; que todos fomentaron con plena conciencia ó sin conciencia, con voluntad ó sin ella, el ideal eslavo de un municipio, donde la posesión de la tierra tuviese carácter de colectiva y común, siendo así los fundadores de esa utopía nihilista que derrama por todas partes vientos de inmediata tempestad y gérmenes de inextinguible revolución. Los panslavistas, como si quisieran que este viento de revolución pudiese alimentar alguna llama, predicaban lo más revolucionario en los pueblos oprimidos: la guerra. El heroico Rostopchine, que hizo de Mos-

con la Numancia del Norte, abrasándola en presencia de Napoleón el Grande, pasaba á ser una especie de santo en la leyenda nacional. Kamekof maldecía de la cultura germánica, que á las tradiciones moscovitas se sobrepusiera, y asaeteaba á todos los alemanes con los dardos de su dialéctica. Chichkof soñaba con escribir como se escribía antes de Pedro el Grande. Aksakof se dejaba crecer las barbas, prohibidas por este innovador autócrata, y se ceñía la gorra de pieles moscovita, por tal suerte arqueológica, que el pueblo mismo de Moscou lo tomaba, como ya hemos dicho, en la calle por un persa. Los dos hermanos Kireyefskis andaban como dos aparecidos que hubieran rasgado sus sudarios, bajo las bóvedas de los panteones y sobre las piedras de los sepulcros. Todos ellos querían restablecer el Kremlin, restaurar la iglesia bizantina, oir los crujidos del knut llevando los ejércitos semitártaros á someter la demagogia universal, habitar el mir cosaco á guisa de patriarcas y guerreros, destruir Petersburgo para sustituirlo con Moscou, y Moscou, si era necesario, para sustituirla con alguna ciudad más primitiva; encerrar el género humano, bautizado por la inmersión ortodoxa, en aquella vasta cárcel que se llama imperio y que se extiende desde la Alemanía al polo y desde el mar Blanco hasta el mar Pacífico. Pero querían esto por la guerra, y al querer la guerra, en realidad, querían los panslavistas retrógados, lo mismo en esencia que los revolucionarios llamados entonces occidentales y hoy nihilistas, la conmoción terrible, á cuyos estremecimientos se abría el período de las trasformaciones, acompañadas, allí donde no hay soplo alguno de libertad, con gran cortejo de irreparables catástrofes.

X

Así, el autócrata por excelencia, Nicolás, se trocó en instrumento de la revolución por necesidad, desde el día y hora

en que provocara las naciones occidentales á singular batalla en Crimea. El clarín, que reunía las legiones guerreras, despertaba las ideas revolucionarias. Como en las cruzadas á Jerusalén, los siervos de la Edad Media se vieron á una en el campo y en el combate igualados con sus señores, en la guerra llamada de Crimea vió el pueblo que su czar necesitaba de los hijos del pueblo para pelear y para vencer. La victoria mitigara las consecuencias contenidas en esta revelación; pero vino la derrota con todos sus desengaños á recrudecerlas y exacerbarlas, apocando al czar. Entonces vieron los ojos, ofuscados por las deslumbradoras apariencias de la tiranía, todo el mal que en la política moscovita se encerraba. Aquel gran imperio resultó podrido con su iglesia burocrática, y su sínodo comandado por un general de caballería, y su censura asfixiante, y su ejército-máquina, y su policía secreta, y su administración pretorianesca, y sus oficinas análogas á cuarteles y su aristocracia frívola, y su plebe brutal, y su vida estan, cada, y sus siervos petrificados, y su gobierno que sólo sabía extinguir las almas con una ortodoxia bizantina sustentada por el clero blanco y el clero negro, al igual ignorante, y enflaquecer los cuerpos con aquel aguardiente propinado por el gran monarca, por el gran pontífice, por el gran estanquero, por el autócrata de todas las Rusias, adorado hasta entonces como omnipotente, y roto y vencido cual el último y el más debil de todos los mortales. Entonces Nicolás acabó con su sistema, y el grito de emancipación de los siervos subió desde las ergástulas del campo á las alturas del trono, surgiendo necesariamente una nueva Rusia. El siervo pasó á manumitido, el municipio se emancipó con el siervo, el jurado entró en los tribunales, y hasta cierta representación provincial inspiró la fundada esperanza de ver pronto más amplias y más liberales asambleas. Pero aquí se detuvo el progreso, y comenzaron por ende aspiraciones mayores que antes, las cuales fueron, si no reprimidas con igual fuerza, contrastadas con tenaz resistencia. Y en este intervalo cumplianse las más

nobles aspiraciones del liberalismo europeo. Nuevos pueblos surgían á la libertad en las orillas del Danubio; Hungría, inmersa en sangre por Nicolás, resucitaba; Italia, tenida por una expresión geográfica, entraba en el coro de las nacionalidades independientes; vencían los alemanes, inspirados por las ideas del 48, al Austria del Concordato; y mientras el trono temporal de los Pontífices se desplomaba sobre las ruinas de Roma, la tierra de los recuerdos y de las tradiciones, España, entraba en el período tempestuoso de la revolución radical, y la tierra unitaria y cesarista, Francia en el período glorioso de su libre y democrática República. Así el eslavo se despertaba y se erguía á cada uno de estos ejemplos, buscando con anhelo impaciente los rayos de luz y los soplos de aire que le tocaban en las renovaciones de la vida europea y en la resurrección inesperada de tantos, tan gloriosos muertos. Y como no encontraba ninguna satisfacción á sus anhelos, ningún lenitivo á sus dolores, ningún resquicio á sus esperanzas, resolvíanse las nobles aspiraciones á la libertad en una negación tremenda, cuya gravedad se compendia toda entera en ese terrible, pero expresivo nombre de nihilismo. Yo he visto á los nihilistas en los congresos de la revolución europea, exaltados, como los profetas en el desierto africano y asiático; febriles, por haber comunicado á su sangre todo el calor de sus almas; agitadísimos, cual si las ideas se convirtieran en chispas eléctricas y atravesaran en corrientes misteriosas todos sus nervios; dogmáticos, cual los pontífices; revolucionarios, cual los jacobinos; sin idea ninguna de libertad y sin sentimientos de justicia ni nociones de derecho; pidiendo una inquisición atea para quemar á cuantos creyeran en Dios; clamando por la ruina de todos los Estados en la igualdad comunista, y por la aglomeración todos los hombres como rebaños en la propiedad colectiva; y he atribuido estas enfermedades de su corazón y de su inteligencia, no á ellos, enloquecidos en la servidumbre, sino al despotismo, que genera esas monstruosidades, como generan las tinieblas esas pobres aves nocturnas, incapaces de resistir en sus rec-

tilíneas pupilas el claror de la luz. No hay que equivocarse ahora. Si el nihilismo ha crecido tanto, débese con especialidad á la guerra de Bulgaria, como se debió el primer movimiento de manumisión de los siervos á la guerra de Crimea. Los reaccionarios que han soplado en la trompa épica de la historia moscovita, y han evocado los tártaros y los cosacos á guisa de aquellos magos de Atila que evocaban á las brujas; y han puesto empeño en desquitarse de una batalla concluida hace más de cinco siglos; y han hablado de ir á Constantinopla para entonar el *Te Deum* griego en la tierra donde expiró aquel emperador bizantino, cuyos borceguíes de púrpura brillaban entre la sangre, como los arreboles del sol entre las nubes del ocaso; y han movido todos los sentimientos de una raza móvil hasta el exceso, resultan los únicos responsables de esta sobreexcitación universal, en la que puede fácilmente consumirse un grande imperio. Han emancipado naciones, han reunido asambleas, han puesto guardias al pie de la tribuna donde se proclamaba la soberanía inmanente de los pueblos y el derecho natural de los hombres, y exigen que los manumisores de búlgaros y serbios, y montenegrinos y bosnios, se reduzcan y se resignen á llevar la marca de una esclavitud eterna y á vivir bajo el peso de una vergonzosa tutela. No puede ser. Si el Imperio hubiera llamado á la libertad por lo menos á una clase social, en esa clase hallara algún auxiliar ó algún amigo; pero deteniéndolas á todas en servidumbre igual, no debe extrañarse que de la desesperación surja la demencia, y la demencia lleve al nihilismo, como sucedía en aquellos imperios asiáticos donde los cautivos incendiaban su propio calabozo y morían abrasados por las llamas, con tal de incendiar el santuario de los adversos dioses y el palacio de los aborrecidos tiranos.

EMILIO CASTELAR.

LA LITERATURA

CASTELLANA Y PORTUGUESA

(CONTINUACION)

Después de este arreglo entre las dos tendencias volvió á regir, más poderosa que antes, en este período, la oposición entre la imitación clásica y la originalidad nacional, una vez que aquélla perdió el encanto de la novedad y ésta cobró fuerza de su aproximación al arte y la poesía populares. Ambas direcciones se llevaron al extremo, y á menudo por una sola y misma persona. Así es como los hermanos Argensola no se contentaron con imitar el elemento moderno con el clasicismo mitigado italiano, sino que se esforzaron por llegar inmediatamente á Horacio; así también Esteban de Villegas trabajó sus *Eróticas* por el patrón de las de Anacreonte, y hasta en metros antiguos, según los de la antigüedad clásica, y así Juan de Jáuregui tradujo, no tan sólo la *Aminta del Taso* y el *Pastor fido* de Guarini, sino también la *Farsalia* de Lucano. Por otra parte, procuraban aclimatar y cultivar en la poesía artística el estilo de los romances Góngora y Quevedo, mientras estos mismos se esforzaban por sobrepujar á los italianos é introducían un estilo culto é ingenioso, semejante al de los marinistas, estilo que se diversificó en culteranismo (gongorismo) y conceptismo. Es natural que se precipitara la decadencia de esta rama de la literatura española en manos de los sucesores sin talento de los

precitados poetas, decadencia que en toda su miseria y abatimiento se nos muestra en Gerardo Lobo.

No habiendo sido posible á los españoles en su período juvenil producir poemas populares épicos en estricto sentido, se comprende fácilmente que fueran tan descoloridas ó impopulares las epopeyas artísticas imitadas servilmente de modelos italianos y de la antigüedad clásica, y que á pesar de su muchedumbre son el punto flaco de la poesía española. Sólo la *Araucana*, de Ercilla, tiene alguna más frescura y carácter privativo por ser sacada inmediatamente de sucesos en que vivió su autor. Por el contrario, precisamente del contraste entre estos esfuerzos por crear una epopeya nacional, y las circunstancias completamente desfavorables para ello, se producen las obras maestras épico-irónicas, los poemas de héroes cómicos, de Lope de Vega *(Gatomaquia)* y de Villaviciosa *(Mosquea)*.

Una forma épica que sólo corresponde á una civilización muy adelantada y al moderno subjetivismo, la novela halló también cabida en la poesía en prosa de los españoles de este período, género en que hasta el nombre lo recibían del extranjero. Pues es indudable que la progenitora de las innumerables novelas caballerescas de los Amadises, los Palmerines, etc., era de origen portugués, fué trasplantada á Castilla por primera vez á principios del siglo XVI (1) y llegó á ponerse de moda durante algún tiempo en ella, cuando aun en la corte de Carlos V gustaban mucho los juegos caballerescos, aun siendo como era este género literario mero producto artístico subjetivo sin base alguna popular, juego, aunque ingenioso, de parodia, en forma vacía ya, reliquia gastada del ideal de la caballería y el culto á

(1) Sin negar el origen portugués del *Amadís*, que nos parece muy probable, y aun casi probado, hay que advertir que aun siendo de principios del siglo XVI las más antiguas ediciones conocidas (aunque no seguramente las primeras), los tres libros del primitivo *Amadís* están ya citados á fines del siglo XIV y principios del XV por el canciller Ayala y por los más antiguos trovadores del *Cancionero de Baena*.—(M. y P.)

la mujer. Como el *Amadís de Gaula* se acomodaba tanto al gusto de aquel tiempo, adquirió tan grande favor y alcanzó innumerables é infinitas continuaciones é imitaciones hasta llegar á la ridícula caricatura. Pero, finalmente, esta lectura de moda, que de otro modo jamás hubiera llegado á ser propiamente popular, habría acabado por extinguirse, como cualquier otra locura en boga, después que hubiese cambiado el gusto del pasado, si la mayor obra maestra de la poesía española, el *Quijote* de Cervantes, no la hubiera aniquilado como obra de arte á la vez que la inmortalizaba á título de curiosidad. Pero Cervantes, comprendiendo como todo genio, casi inconscientemente, en lo más pequeño lo más grande, ha pintado en arte concreto contraste ridículo entre lo ideal y lo real lo general y humano, valedero para todos los tiempos, y lo ha pintado con trágica ironía, creando á la par una obra que puede pasar por el inasequible modelo de la prosa española. Cervantes es también quien, si no ha introducido, ha dado derecho de ciudadanía en la literatura española á las *novelle* de los italianos, tomando de éstos el nombre y la cosa. Así lo hizo con sus en cualquier respecto *ejemplares* «Novelas», lo mismo que supo nacionalizar tan magistralmente las novelas amatorias de aventuras que arrancan de los griegos, mediante sus *Trabajos de Persiles y Sigismunda*, de tal modo que estos géneros se hicieron populares hallando no pocos imitadores, ninguno de los cuales consiguió igualarle. Otro hombre genial, el poeta D. Diego Hurtado de Mendoza, fué por un capricho que tuvo y llevó á cabo siendo estudiante, quien creó un género de novelas enteramente nacional, las llamadas novelas picarescas (1). Por oposición á Don Quijote, su *Lazarillo del Tormes* fué sacado de la realidad común y convertido en pícaro y aventurero, en cuyas fechorías, concebidas irónicamente, se fustigaban los vicios dominantes

(1) No es seguro, ni mucho menos, que D. Diego Hurtado de Mendoza sea autor del *Lazarillo de Tormes*. La tradición que se le atribuye no es ni muy antigua ni muy autorizada. Véase, sobre este punto, á Morel-Fatio en la primera serie de sus *Etudes sur l'Espagne*.—(M. y P.)

entonces en la sociedad española. De tal modo halló aquel tiempo en esta novela un espejo, que se ensayaron muchos en el género picaresco, y algunos con tan buen éxito como Mateo Alemán *(Guzmán de Alfarache)*, Quevedo *(El Gran Tacaño)* Espinel *(Marcos de Obregón)*, etc. Otra tercera serie de representaciones de la vida española nos ofrecen las que se nos muestran en aquellas narraciones escritas en estilo fantástico-burlesco que habían tomado carta de naturaleza en casi todas las literaturas europeas, narraciones que cultivó primero Quevedo en sus *Sueños*, á que se aplicó más tarde con mayor gracejo Luis Velez de Guevara en el *Diablo Cojuelo* y que finalmente llevó á mayor libertad artística Saavedra y Fajardo en su *República literaria*. Esta dirección de la poesía en prosa, que ya de suyo tendía á la extravagancia en la invención y al refinamiento en el estilo, fué al final de esta época desfigurada en una oscuridad y un rebuscamiento sistemáticos por la influencia de los gongoristas. Aquí apuntó en el *estilo culto*, que se puso en moda, la próxima decadencia cuando esta escuela halló en Baltasar Gracián un panegirista tan ingenioso. No es cosa de admirarse, finalmente, de que en una época tan preñada de acontecimientos se hicieran los primeros ensayos para concebir y exponer poéticamente la materia histórica; más bien debemos maravillarnos de que después de comienzos tan felices como la *Historia de las guerras civiles de Granada*, de Ginés Pérez de Hita, y la *Historia de los Incas del Perú*, del inca Garcilasso de la Vega, no haya seguido siendo cultivada entre los españoles hasta en los tiempos más recientes la novela histórica.

A la par en esta época la exposición y el arte históricos se libertaban cada vez más del estilo de las crónicas y de la compilación de los anales, buscando el ostentarse pragmáticamente en la más hermosa forma, según el modelo de griegos y romanos. Así es como escribieron con concisión é intensidad propias de Salustio D. Diego Hurtado de Mendoza la *Historia de la guerra contra los moriscos*, y D. Francisco Manuel de Melo la *Historia de los movimientos, separación y guerra de Cataluña en*

tiempo de Felipe IV, mientras en la historia de su patria que escribió en español Mariana, se muestra el estilo nacional ennoblecido lo más hermosa y libremente por el modelo clásico, y en la *Historia de la conquista de Méjico*, de D. Antonio de Solís, halló el orgullo nacional y el ánimo aventurero de los conquistadores un hábil apologista. Las correspondencias histórico-diplomáticas y los escritos en propia defensa del tan famoso secretario privado de Felipe II, Antonio Pérez, son modelo de estilo epistolar y exposición refinada de un escritor que emplea elevado estilo.

Hasta la tendencia de este tiempo á lo didáctico y lo reflexivo, halló apropiada expresión en la prosa ya más cultivada. Ante todo, por lo que dice á asuntos de fe religiosa y moral ascética, que tan hondas raíces tenían de suyo en el carácter nacional de España, tenemos los escritos de edificación de los dos Luises, Fray Luis de León y Fray Luis de Granada, compuestos en el lenguaje más magistral y el estilo más brillante con una arrebatadora elocuencia que brota de la intimidad de la convicción y del calor del sentimiento; las revelaciones de Santa Teresa de Jesús llenas de soñadora espiritualidad y animosa persuasión; las poesías religioso-ascéticas, en lenguaje, ya rimado, ya suelto, de San Juan de la Cruz y Malón de Chaide, ricas de fantasía, vibrantes é inflamadas; á la vez que el noble Las Casas defendía en América con el fuego del amor humano y la elegancia de la cultura humanística (1) á la humanidad oprimida.

La segunda época del segundo período principal de la literatura nacional española, desde mediados del siglo XVIII hasta el presente, puede designarse como moderna en el más estricto sentido (2). Y puede designarse así, pues se caracteriza por

(1) Elegancia y cultura era precisamente lo que faltaba al enérgico y fogoso *Procurador de los indios*.—(M. y P.)

(2) Varios críticos españoles han comprendido, no sin razón, á todas las precedentes épocas de su literatura nacional bajo la denominación de *período antiguo*, oponiéndole como *período moderno* el que arranca de me-

la irrupción en España de la cultura moderna, singularmente la francesa, por el triunfo que á veces adquirió sobre lo viejo nacional ya en no poca parte desgastado, y por el esfuerzo final por regenerar, según la índole de los tiempos, lo que aún había de sostenible en aquel viejo espíritu nacional, y fundir en un todo lleno de vida el modo de ser privativo y propio con los elementos modernos europeos.

Después que la monarquía española cayó en decadencia en todos respectos bajo los últimos Hapsburgos, y fué otorgada á España una dinastía francesa por la supremacía de Francia, en un tiempo en que las costumbres de la corte de Versalles, la sociedad elegante de París y la escuela llamada clásico-francesa daban el tono á la sociedad y la literatura de toda la Europa culta, era muy natural que empezara á hacerse sentir este influjo sobre España y su literatura, y que las cabezas más despejadas, las menos amodorradas en los prejuicios nacionales, concibieran la esperanza de rejuvenecer por el contacto con la francesa á la literatura patria, sumida en el marasmo, y llenar el vacío del mal gusto raquítico mediante la introducción del gusto dominante moderno, por más que éste fuera extraño.

Se necesitaba de un innovador osado y lleno de tacto para iniciarlo, y hallóse en Luzán, que en un principio se pronunció negativamente contra el bastardeo del viejo gusto nacional,

---

diados del siglo XVIII, puesto que, en general, desde este tiempo, invade cada vez más vigorosamente el espíritu moderno, la vida y la literatura de España, informándolas, y lo viejo nacional se retira cada vez más á segundo término, aun cuando esta serie de revoluciones literarias, lo mismo que las políticas y sociales, no han llegado hasta ahora á su término, á una regeneración del carácter nacional mediante el espíritu moderno. He preferido, sin embargo, las divisiones capitales presentadas precedentemente, porque los vientos del espíritu moderno, la irrupción de la cultura humanística y el influjo de las literaturas extranjeras, se manifestaron ya significativamente desde principios del siglo XVI por múltiples é íntimos contactos, de tal modo, que el período precedente se nos aparece por oposición á este y en cualquier respecto como el final de la Edad Media.

pero que luego intentó introducir las máximas clásico-francesas, con mejor fortuna en general teórica que prácticamente.

La repugnancia contra lo extraño, arraigada en el carácter nacional, lo mismo que había sucedido cuando la introducción anterior del gusto italiano-clásico, provocó entonces una reacción patriótica que halló su heraldo en el no sin talento García de la Huerta; pero estos efectos del patriotismo, que ahora no eran otra cosa que un salto hacia atrás, sólo pudieron mostrarse en medida muy pequeña, en cuanto se esforzaba la reacción por volver á poner en boga aquellas obras nacionales que no contrastaban en absoluto con el gusto dominante. Así es que provocó, en vez de un nuevo espíritu creador, una reprodución acomodada á los tiempos.

De esta manera se formó una escuela poética, llamada salmantina por ser Salamanca su principal asiento, escuela bastante razonable para no ser ciega respecto á las pretensiones del espíritu del tiempo y dejar de ver los defectos de lo envejecido, pero á la vez bastante patriótica para tomar en cuenta junto á los modelos modernos extranjeros los indígenas de la edad de oro, sobre todo en cuanto á la forma y el lenguaje. Claro es que no faltaron parcialidades en pró del partido francés ó del nacional, y hasta el día de hoy no se ha restablecido aún un completo equilibrio. Por una parte la victoria alcanzada en la guerra de la Independencia contra la usurpación francesa obró sobre el sentimiento nacional reviviéndolo en el aspecto político y literario, y la participación en el gobierno, á que llegó la nación por revoluciones interiores, contribuyó al desenvolvimiento más libre y variado de su espíritu á pesar de las luchas civiles y de los partidos, y volvió á dar á la literatura un sostén más patriótico y subsistente. Así es como fueron los años 1812, 1820 y 1834 el punto de partida de nuevas épocas de producción. Siguió por otra parte, y á pesar de todo, siendo tan importante la influencia francesa, por lo menos sobre la literatura, que las revoluciones que han reformado últimamente la literatura aun en Francia, no puede menos de

reconocerse que han provocado movimientos análogos en España, y que, como sucede á menudo con la imitación de lo extranjero, las excrecencias de la francesa se ha procurado llevar en la española hasta la caricatura.

Este proceso de fermentación aún no cerrado, este oscilar entre intentos de resurrección del viejo fondo nacional, esfuerzos de reforma por renuncia de todo lo privativo, y experimentos de fusión de los caracteres del tiempo y del pueblo para engendrar uno moderno español en las profundidades del antiguo, se muestran en todas las ramas y direcciones de la nueva y novísima literatura de España, bastando que aquí nos limitemos á caracterizar brevemente sus más notables manifestaciones (1). La poesía lírica ha sido la que ha sufrido relativamente menos el influjo extraño, manteniéndose completamente dentro de lo nacional antiguo en cuanto á sus formas. En la escuela salmantina, y en su corifeo sobre todo, Meléndez Valdés, se creería ver trasuntos, nada más que algo modernizados, de los poetas de la edad de oro; los fabulistas Iriarte y Samaniego, y los graciosos satíricos Iglesias y Arriaza, se distinguen por su habilidad y destreza en las formas nacionales y su éxito feliz dentro del tono nacional, mientras Cienfuegos y Quintana propenden más á la moderna poesía de reflexión. Don Alberto Lista, á quien reconocen como maestro la mayor parte de los poetas que hoy viven, ha sabido aunar la riqueza del pensamiento con la originalidad nacional y la elegancia de la forma. Entre sus sucesores han intentado, con buen éxito, volver á introducir el romance en la poesía culta, y dar forma artís-

(1) Pueden consultarse á este respecto, además de las obras generales, las siguientes: Eugenio de Ochoa: *Apuntes para una biblioteca de escritores contemporáneos* (dos tomos. París, 1840, 8.°).—Ferrer del Río: *Galería de la literatura española* (Madrid, 1845, 8.°).—*Juicio crítico de los principales poetas de la última era.* Obra póstuma de D. José Gómez Hermosilla (París, 1856, 8.°).—Juan M. Villergas: *Juicio crítico de los poetas españoles contemporáneos* (París, 1854, 8.°): y acerca de la lírica en particular: F. J. Wolf: *Floresta de rimas modernas castellanas* (dos tomos. París, 1837, 8.°), y Kennedy: *Modern poets and poetry of Spain* (London, 1852, 8.°).

tica á las leyendas populares Angel de Saavedra, duque de Rivas, y Zorrilla, mientras Espronceda, en general con gran talento, ha procurado rivalizar con la poesía neo-francesa de la desesperación (1). En el autor de epigramas, Villergas, ha nacido un moderno Alcázar.

Aunque no han faltado ensayos de epopeyas artísticas, como lo prueban las más ó menos felices de los dos Moratines, de Escoiquiz, de Reinoso, de Maury, etc., sin embargo, han reconocido el duque de Rivas *(El Moro expósito)* y Zorrilla *(Granada)*, que lo más popular y oportuno es aplicar la forma del romance aun á los grandes poemas épicos (2).

En el drama de esta época es donde más patentemente se muestra la oscilación entre lo francés moderno y lo antiguo nacional. Así es como se han afirmado durante largo tiempo junto á los más monstruosos engendros, de la antigua escuela debilitada ya, los menos maduros abortos de los galicistas. Don Leandro Fernández de Moratín fué el primero que consiguió por sus comedias escritas dentro del más fino gusto francés, con talento aunque con sobrada timidez, penetrar en la escena, abrir paso durante algún tiempo al llamado gusto clásico, y aun hacerlo tan dominante entre los cultos que se avergonzaran del viejo gusto nacional. Hasta poetas tan bien dotados como Cienfuegos, Quintana, Gorostiza, Martínez de la Rosa, Bretón de los Herreros y otros, han llevado por algún tiempo esta cadena clásica, y tan sólo en los chistosos sainetes (como se llama hoy á la derivación de los antiguos entremeses) de D. Ramón de la Cruz vivía y era tolerado el antiguo espíritu nacional. Apenas los franceses mismos rompieron estas cadenas, halló su ejemplo imitadores en España, los más cuerdos de los cuales se volvieron á las antiguas formas nacionales intentando aunarlas con las pretensiones del espíritu del tiempo moderno, pero los menos perspicaces, cuyo número es el mayor, se han dejado

(1) Más bien con la inglesa de Byron.—(M. y P.)

(2) Esto es exacto respecto de *El Moro Expósito*, pero no lo es respecto de *Granada* que no está en romances.—(M. y P.)

arrebatar por el vértigo de la llamada en Francia escuela romántica trasplantando á la escena de Madrid, sea en traducciones, sea en las más groseras imitaciones, todos los horrores de la Porte Saint-Martin. El más notable con mucho de los poetas dramáticos que hoy viven en España es Bretón de los Herreros, el cual, desde que se libertó de las cadenas de la escuela francesa, se mueve en sus comedias con la gracia y vivacidad más admirables y es el mayor maestro de la técnica de las formas poéticas nacionales. Merecen ser citados junto á él Hartzenbusch, Gil y Zárate, Zorrilla y Rubí.

Hasta la prosa, que al principio de esta época sufría todavía las consecuencias del culteranismo, necesitaba reforma. En ésta trabajaron ante todo el benedictino Feijóo volviendo á la sencillez del modelo clásico de su patria; el jesuíta Isla que ridiculizó en su novela satírica *Fray Gerundio de Campazas* la trivial y campanuda oratoria de púlpito de su tiempo; los historiadores Ulloa, Muñoz, Capmany, Quintana, Navarrete, Clemencín, Modesto Lafuente, etc.; los estadistas Campomanes y Clavijo y sobre todos el Cicerón de España, Jovellanos. En general el estilo prosaico ha ganado en energía y agudeza dialéctica en la tribuna política, como se muestra en los escritos de Miñano, Larra, Alcalá Galiano, Donoso Cortés marqués de Valdegamas, Martínez de la Rosa y otros. En la prosa didáctica Gallardo es un digno discípulo de Cervantes; y en los cuadros satíricos de costumbres no son indignos sucesores de Luis Vélez de Guevara, Larra, Mesonero Romanos, D. Modesto Lafuente y D. Serafín Calderón.

Finalmente, deben tenerse en cuenta la novela y el cuento, que forman hoy uno de los principales ingredientes de la literatura española como de las demás. En cuanto á la novela (así llaman los españoles al *roman)* se ha abierto una nueva era por la imitación de los originales franceses é ingleses, sobre todo á causa del éxito de Walter Scott. Desde este momento empezaron á aparecer también en España una masa de novelas históricas, imitadas servilmente en un principio de las de Scott,

más libres y peculiares más tarde, aunque elevándose apenas de la medianía, como las de Patricio de la Escosura, Larra y sobre todo las de la dama que escribe bajo el nombre de Fernán Caballero (una hija de Böhl de Faber) que en sus *Cuadros de costumbres andaluzas* nos ha dado las más encantadoras novelitas y los idilios de mayor ingenuidad objetiva.

Por este ensayo, muy incompleto, de determinación y caracterización de los períodos y épocas de la literatura española, creo, cuando menos, haber probado que lo mismo que en la historia de la nueva poesía en general, y aún más especialmente en la de la española, se gana no poco en claridad y perspicacia si se establece con cuidado la diferencia entre poesía popular y artística y se las trata por separado (1), por lo cual ha de establecerse, ante todo, su relación y acción mutuas. Contra esto han pecado hasta aquí casi todos los literatos, hasta Bouterwek y sus traductores españoles, intercalando la historia de la poesía popular como cosa accidental y episódica, por cuyo desmembramiento han introducido inevitablemente en su exposición, confusión y oscuridad. Me voy á desviar, por lo tanto, del orden que ellos establecen, en este ensayo sobre el primer tomo de su obra (tomo que, según mi división, contiene el primer período, ó sea la historia de la literatura de España

(1) Recientemente, en la *Lit. Centralbl. f. Deutschl.*, 1858, núm. 11. Sp. 174, el crítico que juzgó tan amablemente mi prólogo á las *Schwed Volkslieder*, de R. Warrens, expresó su admiración de que me atenga todavía «á la oposición universal entre poesía popular y artística». Según él, no hay más que «oposición entre poesía y post-poesía *(Alterpoesie)*, etc.».—Tomada la cuestión desde el punto de vista estético, estoy completamente de acuerdo con él; pero desde el punto de vista genético-histórico, creo que debemos atenernos tanto más á la oposición establecida entre poesía popular y artística, cuanto que sólo así se puede concebir y explicar la heterogeneidad de sus principios (el objetivo y el subjetivo), la diferencia característica de sus manifestaciones y la diferencia de su desenvolvimiento, tendencias y acción mutua.—He expresado con bastante precisión lo que entiendo bajo los conceptos de *poesía popular* y de *pueblo* como productor, con los que el crítico reconoce estar conforme «en lo esencial».

en la Edad Media «poesía antigua»), tanto más cuanto que aquí sólo quiero presentar en su conjunto la poesía artística. Respecto á la poesía popular, que, como ya se ha dicho, se ha de colocar según mi parecer entre el primero y el segundo período principales, me remito al citado apéndice acerca de la poesía de los romances.

PRIMERA ÉPOCA

DESDE LAS PRIMERAS CREACIONES ARTÍSTICAS EN LENGUA CASTELLANA HASTA LOS TIEMPOS DE D. JUAN II DE CASTILLA

Dirección épico-didáctica.

El que la poesía española en su primera época adquiriera una dirección predominantemente épica, aun en sus productos, líricos y didácticos, es cosa que tiene de común con los comienzos del arte poetico de casi todas las demás naciones. Pues hasta la conciencia poética, al despertar, es ante todo excitada y determinada por lo que existe y sucede en el mundo externo, y sus creaciones son puros reflejos objetivos del mismo. De aquí el que toda nación, aunque sólo sea una vez y en este período, en que la conciencia de sí (la subjetividad) se encuentra aún oprimida completamente por la simple aprehensión y reproducción del mundo externo, produce una verdadera epopeya, cuya imperecedera frescura y encantadora ingenuidad son inasequibles en tiempos posteriores y más cultivados, tiempos que precisamente, á causa de su avanzado desarrollo y refinamiento se esfuerzan en vano por imitar mediante la creación reflexiva y artística este reflejo, por decirlo así inconsciente, de lo contemplado. Así es como por una sola vez y precisamente en la

primera época de su apenas despertado arte poético, pudieron los helenos producir una *Ilíada* y una *Odisea*, los germanos un canto de *Los Nibelungos*, y cuando en la restauración de la monarquía española habían sus pueblos salido ya, tiempo hacía, del juvenil período mítico para entrar en el histórico-positivo, no pudiendo, por lo tanto, surgir en ellos una verdadera epopeya popular (1), expresóse, sin embargo, su conciencia nacional ante todo en canciones épicas, y ya muy tempranamente hallaron y cantaron los castellanos en el Cid á un representante de su especial conciencia nacional. Es cierto que no han llegado hasta nosotros, por lo menos en su forma originaria, los romances contemporáneos acaso del celebrado héroe, pero el monumento más antiguo que poseemos de la lengua y la poesía castellanas es un poema épico acerca de este héroe nacional, poema que fué editado por primera vez en el año 1779 por el erudito D. Tomás Antonio Sánchez (2), y que desde entonces se conoce con el nombre de *Poema del Cid*. Bouterwek ha desconocido el alto valor y profunda significa-

(1) He procurado fundamentar esta afirmación en el apéndice acerca de la poesía de los romances.

(2) En el primer tomo de su *Colección de poesías castellanas anteriores al siglo XV*. Madrid, 1779-1790, cuatro volúmenes, 8.° (reimpreso por Ochoa en París, 1842); colección preciosa para la más antigua historia del arte poético castellano y que desgraciadamente quedó incompleta. En una reimpresión más accesible en Alemania apareció el *Poema del Cid* en el primer tomo de la *Biblioteca castellana, portuguesa y provenzal*, por don G. Henrique Schubert. Altenburg, 1804, 8.°—Juan de Müller es el primero que entre nosotros ha apreciado en lo que vale este poema aprovechándolo para su biografía del Cid (en el tomo VIII de sus obras completas; y también en las obras completas acerca de literatura y arte de Herder, tomo III. —Compárese Fr. v. Schlegel's *Sämmtl. Werke*. Bd. I, pág. 318-319). Sismondi ha dado un extracto en prosa de él en su obra acerca de la «Literatura de la Europa meridional» y V. A. Huber una traducción métrica de la segunda mitad, y la más atractiva, del poema como apéndice á su historia del Campeador (Bremen, 1829). Hasta el famoso poeta Southey en su *Chronicle of the Cid* lo ha aprovechado é imitado no poco.—Finalmente, ha aparecido traducido por completo por O. L. B. Wolff (Jena, 1850, 8.°) y en francés: *Le Cid Campeador, chronique tirée des anciens poèmes*, etc.... por M. C. de Monseignat (París, 1853), y *Poème du Cid, texte espagnol accom-*

ción de este poema, lo mismo que ha tratado en general con sensible despego y casi superficial ligereza los más antiguos monumentos de la poesía castellana. Es más, hasta parece como que se ha contentado aquí con sacar su defectuosa exposición simplemente de Sarmiento, sin prestar la debida atención á las fuentes que más tarde exploró Sánchez; aunque las cite. Pues cuando dice (pág. 29): «El autor (de este poema) puede muy bien haber vivido, como quiere su editor Sánchez, ya á mediados del siglo XII ó más tarde; pero no era, ciertamente, el hombre con cuyo trabajo debía empezar la historia de la poesía española», se le puede contradecir. Precisamente el *Poema del Cid*, aparte de la circunstancia externa y más bien accidental de que siendo como es el documento más antiguo de la poesía castellana que haya llegado hasta nosotros en su forma originaria deba ser colocado á la cabeza de la historia de aquella (1), es el más á propósito á causa de su constitución interna

---

pagné d'une traduction française de notes, d'un vocabulaire et d'une introduction, par Damas Hinard (París, 1858, 4.°), obra digna del importante monumento, ya por su mérito intrínseco, ya por su hermosa apariencia. Además de lo que ofrece el título, contiene una copia crítica de la *Crónica rimada del Cid* en cuanto concierne inmediatamente á éste (desde el verso 279), con traducción francesa (pág. LXXVII-CXXX).—Un extracto del *Poema* y de la *Crónica rimada* desde el verso 189, nos da D. Manuel Malo de Molina en su muy meritoria obra *Rodrigo el Campeador. Estudio histórico fundado en las noticias que sobre este héroe facilitan las crónicas y memorias árabes* (Madrid, 1857, 4.°) *(Apéndice VI y XVIII.*—La *Crónica rimada* según la impresión de la *editio princeps* de Franc. Michel, que dió Durán en la segunda edición del *Romancero general*, tomo II, Apéndice IV (*).

(1) El señor profesor Aschbach, en su crítica de la obra ya citada de Huber (*Heidelberg Jahrbücher*, 1829. Novemberheft 1078-1080), establece una aguda suposición opinando que si las hazañas del Cid, más que las de todos los demás héroes nacionales anteriores á él y que después de él cayeron poco menos que en olvido, movieron á los españoles á ponerlas

(*) Esta bibliografía podría hoy ampliarse considerablemente, pero lo más esencial que hay que citar es la edición paleográfica del *Poema del Cid*, de Carlos Volmöller (Halle, 1879), y el estudio de Andrés Bello sobre *El Poema del Cid*, tomo II de la edición chilena de sus *Obras Completas* (1881). Bello no vió el manuscrito, pero restaura conjetural y sabiamente algunos pasajes. Sobre la parte gramatical y métrica del poema han trabajado muchos, especialmente el profesor de Praga, Cornu. Véase la colección de la *Romania*, y en general todas las revistas filológicas de estos últimos años.—(M. Y P.)

para mostrarnos la vida y la fantasía castellanas. En él vemos expresado el tipo fundamental del carácter nacional del antiguo castellano, puro aún de toda mistura extraña y personificado en un héroe épico. En el vemos estos rasgos fundamentales: independencia del individuo, amor á la mujer y la familia, y la fidelidad del vasallo para con su señor, rasgos que aparecen en el Cid reducidos á un sistema de concepción, manifestándose ya el elemento cristiano en la forma determinada de catolicismo romano, y en la lucha contra los infieles un singular momento de este. En el magnánimo valor, en el orgulloso sentimiento de sí mismo no desmentido, ni aun frente á su rey y señor, y en aquel mantener sobre todo el Campeador el honor caballeresco, vislúmbrase ya el espíritu de un tiempo posterior. Por todo esto el Cid ha seguido siendo hasta nuestros días la expresión más pura y el ideal del espíritu popular español, el héroe favorito de la nación, que jamás se cansará de cantar las hazañas *del más famoso Castellano*, y oirá siempre con renovado placer los viejos cantos de «el que en buen hora nació», cuya fama eclipsa la fama de todos los reyes, porque en la alabanza de su héroe se ve el pueblo mismo esclarecido.

«Aun admitido todo eso, se objetará, apenas merece aún el *Poema del Cid* nombre de poema; no pasa de ser una crónica rimada, y á lo más merece atención por su rareza filológica, pero en la historia de la poesía no más que pasajera alusión, porque le falta valor intrínseco poético. Puesto que lo que contiene de poesía es consecuencia natural en parte del sentido poético de la nación á que el rimador pertenecía y en parte del

---

en cantos, fué debido solamente á circunstancias externas. La conquista de Valencia por el Cid ocurrió antes que la de Jerusalén por los cruzados. El Papa había prohibido á los cristianos españoles tomar parte en las Cruzadas, y esto pudo excitar á los españoles á oponer su lucha con los moros á las luchas de los cruzados y la grandeza del Cid á la de Godofredo de Bouillon, y á cantarlo para hacer resaltar su participación en la victoria sobre los infieles, que era lo que entonces más conducía á la fama.—Respecto al origen de las leyendas del Cid, véase Ozanam: *Un pelérinage au pays du Cid* (París, 1853, 8.°)

interés íntimo del asunto. El narrador ha ordenado los sucesos unos detrás de otros en el orden mismo en que se siguieron. Apenas contiene la obra rastro alguno de invención, etc. (1).

Sin caer en el otro extremo y estimar en más de lo que vale el *Poema*, por espíritu de contradicción ó por paradoja (2), quiero sacar de su ruda envoltura, que es lo que rechaza á los más, su precioso núcleo, é intentar mostrar el verdadero valor del poema, con lo cual quedarán refutadas las anteriores afirmaciones.

Si se considera primeramente el poema como un todo de composición y el modo y manera como comprende y expone la vida de Ruy Díaz, ha de observarse que el poeta no arranca *ab ovo*, desde el nacimiento del héroe, según la manera de las crónicas rimadas, pues aunque falta el principio del poema en el único manuscrito hasta hoy descubierto, formaban el tal principio, sin embargo, según conjetura el escrupuloso Sánchez, tan sólo algunas hojas, que en relación con lo restante es imposible contuvieran toda la vida anterior del Cid,

---

(1) Tal es el juicio de Bouterwek, con el que deben conformarse sus traductores cuando no lo rectifican. Aun los mismos críticos españoles han desconocido de una manera inconcebible el mérito del único poema épico verdaderamente merecedor de este nombre, de su literatura (Véase Capmany: *Teatro de la Elocuencia española*, tomo I, pág. 1, en que le llama *Historia rimada*, y Mendivil y Silvela: *Biblioteca selecta de literatura española*, tomo I, pág. XXIX, que añaden á este juicio de Capmany, *nada tiene de épico y aun casi pudiera disputársele el título de poema.)* Sánchez (l. c., página 229) y Quintana (tomo I, páginas XVI y XVII) es cierto que la juzgan más favorablemente, pero no hacen otra cosa que poner de realce partes aisladas y bellezas del mismo, sin apreciar debidamente el total de la composición. Lo mismo sucede con Schlegel y Sismondi.

(2) Como, por ejemplo, Southeay. Con más justicia, pero todavía exageradamente, juzga un crítico en la *Quarterly Review* (vol. XII, pág. 64), diciendo: Los españoles no han descubierto aún el elevado valor de su historia métrica del Cid como poema... Puede asegurarse, sin temor de refutación, que de todos los poemas que han sido escritos después de la *Ilíada*, es el más homérico en su espíritu; pero el lenguaje en la Península era en aquel tiempo crudo é informe y el autor parece haber vivido demasiado cerca de Cataluña.»

tal cual la describen los romances, que es probable sirvieran de base al *Poema*, hasta su último destierro con que éste principia en su actual estado. Además, el poema no concluye con la conquista y posesión no combatida de Valencia, con que se cierra propiamente la carrera heroica del Cid, y en general, no pone el poeta en este suceso lo culminante, como podría suponerse. Lo pone más bien en el casamiento de las hijas del Cid y en la honra que de éste le acrecentaba á su linaje (1).

(1) Ya en el verso 282-283 pone el poeta en boca de su héroe este deseo muy anhelado:

> Plega á Dios é á Sancta María
> que aun con mis manos case estas mis fijas.

pensamiento que repite en muchos pasajes, de tal manera, que aparece ser el fin principal del Cid el hermoso casamiento de sus hijas y todo otro fin, aun la conquista y conservación de Valencia, un feliz medio para aquél. (Compárese la crítica de la obra de Huber por Enk en el *Wiener-Jahrb. der Lit. Bd.*, XLIX, S. 159.)

FERNANDO WOLF

(Se continuará.)

OBRAS NUEVAS

Abati (J.)—Ciertos son los toros; juguete cómico en un acto y en prosa. En 8.°, 31 págs.—1 peseta.

Acosta (J. de).—Historia natural y moral de las Indias, escrita por el P. Joseph de Acosta, de la Compañía de Jesús, publicada en Sevilla en 1590 y ahora fielmente reimpresa de la primera edición. Dos tomos en 8.°—8 pesetas.

Album enciclopédico. Artes antiguas y modernas. Colección de reproducciones de los objetos antiguos más notables en todas sus manifestaciones. En folio.—Cada cuaderno (4 láminas fototipias y texto) 1,25 pesetas.

Alcaraz y Galera (A. de).—Arte de hacerse amar de las mujeres, ó modo práctico de conseguirlo. En 12.°, 79 páginas.—1 peseta.

Alvarez (P.)—La ley; conferencias predicadas en la Iglesia de San José, de Madrid, en el año de 1894. En 8.°, 335 páginas.—3 pesetas.

Alvarez Quintero (J. y S.)—La media naranja; juguete cómico en un acto y en prosa. En 8.°, 29 páginas.—1 peseta.

Aragón Azlor y Fernández de Córdoba (M.)—Obras de D. Marcelino de Aragón Azlor y Fernández de Córdaba, con un prólogo de D. M. Menéndez y Pelayo. En 8.°, XVIII-367 páginas y un retrato.—No se pone á la venta.

Arniches (C.) y Lucio (C.)—El pie izquierdo; juguete cómico en un acto y en prosa. En 8.°, 29 páginas.—1 peseta.

Ayuso (E.) y Ferrer Bittini (B.)—La Calores ó el niño bonito; parodia de la comedia de Ceferino Palencia «Nieves», en un acto, dividido en tres cuadros, en verso y prosa. En 8.°, 32 páginas.—1 peseta.

Balmaseda (F. J.)—El miscelánico. Colección de producciones científicas y literarias. En 8.°, 463 páginas.—5 pesetas.

Barbey d'Aurevilly (J.)—La hechizada. En 8.°, 333 páginas.—3 pesetas. Tomo 131 de la «Colección de libros escogidos»,

Barcáiztegui y Orfila (V.)—Estudio teórico práctico del concepto de la culpabilidad; medios probatorios y veredictos ante el tribunal del Jurado. En 4.°, 168 páginas.—2 pesetas.

Barcelona y Montserrat.—Cien vistas escogidas de Barcelona y Montserrat, de los sitios y monumentos más notables. En folio. Cuaderno 1.°—1,25 pesetas. La colección constará de 25 cuadernos, constando cada uno de 4 fototipias.

Berasátegui y Montes (S.)—Historia y situación actual de la Beneficencia de San Sebastián. En 4.°, 247 y v páginas.—2 pesetas.

Biblioteca histórica filipina; historias, crónicas, anales, memorias, relaciones, etc., por la iniciativa y bajo la protección del Excmo. é Ilmo. Sr. D. José Gutiérrez de la Vega. Volumen IV. En 4.°, 3 hojas preliminares, VIII-542 páginas.—10 pesetas.

Burgos (J.)—Boda, tragedia y guateque, ó el difunto de Chuchita;

sainete lírico de costumbres cubanas en un acto. En 8.°, 41 páginas. —1 peseta.

Cabello (J.) y García (M.)—La capitana; juguete cómico en un acto y en prosa. En 8.°, 26 páginas.—1 peseta.

Calatraveño (Dr.)—La medicina en la Exposición Histórica. En 8.° mayor, 48 páginas.—1,50 pesetas.

Carrasco (G.)—Bibliografía y trabajos públicos. En 8.° mayor, 59 páginas y una lámina.

Casamada y Torrent.—Manual de la legislación especial para los ensanches de población. En 8.° mayor, 214 páginas.—3,50 pesetas.

Castro Alonso (E. de).—Institutiones theologiae scholastico-dogmaticae ad mentem D. Thomae Aquinatis, quas in seminario metropolitano Vallisoleti, legit don Emmanuel de Castro Alonso, in sacra theologia ac in utroque jure doctor. *Tomus primus. De Deo uno et trino.* En 4.°, VIII-405 páginas. Holandesa.—6 pesetas.

Collell (J.)—Floralia; versos. En 8.° —3,50 pesetas.

Cuesta (J. de la) y Chaves (A. R.)—Sotero Choreli, ó contra un padre no hay razón; parodia del drama «Severo Torelli», de François Coppée. En 8.°, 26 páginas.—1 peseta.

Dallerés (P.)—Medios de santificación, sencillos y prácticos, extractados de varios autores ascéticos. En 12.°, XIV-329 páginas. Tela.—1 peseta.

Dicenta (J.)—Luciano; drama en tres actos y en prosa. En 8.°, 79 páginas.—2 pesetas.

—El Duque de Gandía; drama lírico en tres actos y un epílogo, en verso. En 8.°, 88 páginas.—2 pesetas.

Echegaray (M.)—¡Al santo, al santo!; apropósito cómico-lírico en un acto y dos cuadros, original y en verso. En 8.°, 44 páginas.—1 peseta.

Escobar (B.)—Adelfas y siempreviva s. En 8.° mayor, 144 páginas. —2 pesetas.

Espejo (Z.)—Secretos de la creación. En 4.°, LXXIX-116 páginas.—2,50 pesetas.

Filiberto (M.)—León XIII, los carlistas y la monarquía liberal. Tomo I. En 4.°, VIII-344 páginas.—2,50 pesetas.

Font (J.)—Guirnalda de místicas flores. En 12.°, 4 hojas prels. y 216 páginas.—0,50 pesetas.

González Parrado (J.)—Memoria acerca de Mindanao. En 8.° mayor, 104 páginas y 2 mapas.

Guesalaga (A.)—La instrucción pública en Alemania y en Suiza. En 8.°, 256 páginas.—4 pesetas.

Jiménez de la Espada (M.)—La guerra del moro á fines del siglo XV. En 4.°, 42 páginas.

Jurado Fernández (E.)—De antaño y de hogaño, poesías. En 4.°, XX-88 páginas.—2 pesetas.

Marta (Sor).—Sor Marta. Las virtudes cristianas, ó los ángeles en la tierra; lecturas morales para los niños y niñas, especialmente escritas para las escuelas católicas, con un prólogo del reverendo D. Eduardo María Villarrasa. En 8.°, XIV-244 páginas con láminas. Cartón.—1,50 pesetas.

Merimée (P.)—Mis perlas, con un extenso prólogo de H. Taine. En 8.°, 365 páginas.—3 pesetas.

Muntadas (M.)—Historia de Montserrat. En 8.° mayor, 532 páginas, con varias láminas.—4,50 pesetas.

Olea (E. de).—El incienso. XI-329 páginas.

Oñate (M.)—Antología francesa, ó colección graduada y selecta de trozos para la versión de francés á español. En 4.°, XV-453 páginas. Tela.—7 pesetas.

Pellicer y Pagés (J.)—Influjo civilizador de los Cenobios Medioevales en el Noroeste de España. *Certamen XXII.* En 4.° mayor, 42 páginas.—1,25 pesetas.

Perales y Gutiérrez (A.)—El supernaturalismo de Santa Teresa y la filosofía médica.—4 pesetas.

Prado y Ugarteche (J.)—Estado social del Perú durante la dominación española. En 8.°, XXII-191 páginas.—2,50 pesetas.

Prat de la Riba (E.) y Montanyola (P.)—Compendio de la doctrina catalanista. En 8.°, 52 páginas.—1,25 pesetas.

Ricart y Giralt (J.)—Guía marítimo-comercial de los puertos de la Península ibérica. *Tomo I. Cataluña.* En 4.°, 168-XIV páginas y 14 mapas.—3 pesetas.

Ríos González (C.)—Novísima recopilación de leyes y disposiciones gubernativas relativas al ministerio de Hacienda de Chile. *Tomo I.* En 4.° mayor, XXX-512 páginas.—9 pesetas.

Rodríguez y Fernández (I.)—Compendio de historia crítica de la medicina é introducción á la misma. Edad primera ó de preparación científica. *Tomo I.* En 4.°, 653 páginas. Esta obra constará de dos tomos al precio de 22 pesetas.

Salaberría é Ipenza (J. M.)—Introducción, poesía.—El vértigo del pecado, poema. En 8.°, 95 páginas.—1,50 pesetas.

Salazar (A. E.)—Carta al Señor Presidente de la Société Scientifique du Chile, sobre ortografía racional. En 12.°, 18 páginas.

Soto (S. M.)—Recuerdos arqueológicos de Alava. La basílica de Santa María de Estibaliz. En 8.°, 59 páginas y una fotografía.—2 pesetas.

D. Donato Guío, librero de la Sociedad de Bibliófilos Españoles, ha impreso el nuevo Catálogo de su acreditado establecimiento. La acertada clasificación por materias, el índice de autores y la disposición general del volumen, hacen del trabajo del Sr. Guío un libro superior á los demás que de su género hemos visto. La sección de libros raros y curiosos es una verdadera riqueza; allí vemos mencionada obra de tanto interés y rareza como la *Crónica Seraphica,* de Fr. Damián Cornejo y González de la Torre, la *Compendiosa Historia Hispánica,* de Sánchez de Arévalo (ejemplar único), el ya escaso *Diccionario de Autoridades,* y otras de no menos importancia.

Felicitamos al autor de tan excelente trabajo.

INDICE

Págs.

La Buena fama (novela, segunda parte), por Juan Valera..... 5
La Leyenda y la realidad acerca de Don Enrique de Villena, por Emilio Cotarelo..... 39
Academias literarias de ingenios y señores, Bajo los Austrias, por Juan Pérez de Guzmán..... 68
Los Poetas épicos cristianos.—Milton, por Emilia Pardo Bazán... 108
Diego Velázquez (segunda parte), por Emilio Michel..... 124
Revista musical, por Guillermo Morphy..... 155
Crónica internacional, por Emilio Castelar..... 164
La Literatura castellana y portuguesa, por Fernando Wolf, con notas de M. Menéndez y Pelayo..... 188
Obras nuevas..... 205

España moderna

AÑO VI NÚM. LXXII

LA ESPAÑA MODERNA

REVISTA DE ESPAÑA

Director: J. LÁZARO

DICIEMBRE 1894

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE A. AVRIAL
San Bernardo, 92.—Teléf. 3.074

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

HISTORIA CONTEMPORÁNEA

LA VENTA DE CUBA

La venta de Cuba no carece de partidarios. ¿Qué causa no los tiene? Hasta se nos ha dicho que pensó en ella el general Narváez, en una de sus primeras épocas ministeriales, é intervino en el asunto el diplomático señor Salazar y Mazarredo, no aseguraremos si para impedirlo, aunque parece que tal fué su propósito; pero careciendo por ahora de pruebas, nos abstenemos de tratar este asunto.

El general Prim fué quien más hizo para la venta; y ayudáranle ó no con más ó menos sinceridad algunos ministros, es lo cierto que trabajó activa y decididamente. Se entablaron negociaciones públicas y reservadas, y trasladado á Vichy el centro principal, ó más bien único de España, pues á aquellas afamadas aguas fueron Prim y D. Manuel Silvela, allí se escribió la siguiente carta:

«*Reservado.*

»Vichy 9 de Setiembre de 1869.—Excmo. Sr. D. Antonio Caballero de Rodas.—Mi general y amigo: Los grandes conflictos y los grandes apuros se han hecho, sin duda alguna, para los hombres de estómago, como V. y como yo, y la cuestión

con los Estados Unidos, respecto de Cuba, reviste, por desgracia, aquellos caracteres.

»Por este correo recibirá V. una comunicación, dándole instrucciones, en las que espero se fijará V. atentamente para coadyuvar á su solución con la prontitud y la valentía con que V. procede en las ocasiones supremas.

»Aquí vamos conllevando la situación. Los republicanos desean armarla, pero no pueden. Los que no dan ni señales de vida son los alfonsinos.

»Excuso encarecer á su patriotismo la importancia del asunto de que le hablo, y que las circunstancias nos imponen.

»De V. siempre afectísimo amigo, Q. B. S. M., *Juan Prim.*»

La síntesis de las instrucciones era la siguiente:

Reunir las fuerzas necesarias del ejército para desarmar á los voluntarios con el pretexto de reorganizarlos.

El asombro fué tan grande como la indignación que á Caballero causó la lectura de tal carta. Algún tiempo después manifestó en el Centro Hispano-Americano de Madrid que, antes de acceder á lo que se le proponía, se hubiera rebelado contra el gobierno de que era presidente el conde de Reus.

Caballero contestó lo siguiente:

«*Reservado.*

»Excmo. Sr. D. Juan Prim.—Mi estimado general y amigo: Cuando los gobiernos no amparan á las individualidades ni á las colectividades, no les queda á éstas más recurso que tomarse la justicia por su mano, con la pluma, con un garrote ó con un fusil.

»Estaba reservado á España el espectáculo de mantener una guerra á 1.600 leguas de distancia, y que, en su misma capital, al lado del gobierno y á su ciencia y paciencia, existiera el foco principal de esa insurrección; y de que, no sólo

existiera, sino que se le dejara manifestarse en las Cortes, en la prensa y en todas partes.

»Afortunadamente, los españoles de aquí no hemos degenerado como, por lo visto, sucede á los de esa; y, mientras haya uno sólo que pueda mantener enhiesta la bandera de Castilla, Cuba será española, por encima de ese gobierno y de todo el mundo.

»De V. afectísimo, Q. S. M. B., *Antonio Caballero de Rodas.*»

El ayudante y secretario particular del general Caballero de Rodas, comandante D. Eusebio Gutiérrez de la Cámara, había salido de la Habana el 6 de Agosto, desembarcado en Barcelona, y al venir á Madrid, se detuvo en los baños de Alhama con algunos personajes políticos, esperando el regreso de Prim para continuar á la capital. Ya en ella, y en el despacho del ministro, en el que estaba el general Sánchez Bregua, entregó Cámara su carta de presentación, refirió los últimos sucesos del mando de Dulce y la verdad de la situación de Cuba, y preguntóle el ministro:

—Diga V.; ¿el general no ha pensado en que pudiera llegar el caso de tener que transigir con esa gente?

A lo que contestó Gutiérrez de la Cámara:

—Si el general hubiera pensado en eso, no habría aceptado el mando; y si ahora se viera en la triste necesidad de pensarlo, se tiraría antes por el balcón.

Prim replicó:

—Pues mire V., es posible que estemos más cerca de eso que de otra cosa, porque las insurrecciones en aquellos países, ha demostrado la experiencia, que si no se sofocan en los primeros momentos, es luego muy difícil dominarlas; aquí hemos mandado ya 32.000 hombres desde que estalló la guerra, y si eso continúa, no sé de dónde vamos á sacar más, porque si V. tiene dinero en este cajón (abriendo el de la derecha), y le saca sin reponerlo, quedará vacío. Por otra parte, los Estados-Uni-

dos han presentado una nota, cuya contestación he venido eludiendo, primero con el pretexto de que el regente estaba en Alhama, y después con la ausencia de algunos ministros; pero ya se encuentra el gobierno reunido, y no queda otro remedio que abordar la cuestión.

El Sr. Gutiérrez Cámara salió afectado del despacho del ministro.

Había quedado D. Manuel Becerra encargado del ministerio de Estado durante la estancia en Vichy del Sr. Silvela. No desconocía aquel señor las pretensiones de los Estados-Unidos, pues ya bastantes años antes el representante de aquella República, Mr. Soulé, le manifestó que hasta daría 100 millones de duros por la Isla; á lo que contestó Becerra que era una miseria tal cantidad, y que cualesquiera que fuesen los que tratasen con aquellos Estados con tal fin, sublevaría las masas contra ellos y haría que los ahorcasen, uniéndose al partido que con el mismo deseo le ayudase en aquella empresa: «Nuestras conversaciones han concluido—añadió—y no vuelvo á tratar con V. de tal asunto, porque no puede hacerlo un hombre de honor.»—Parece que el interés de los Estados-Unidos era hacer de Cuba tres estados, para unirlos á los nueve del Sur y sostener la esclavitud.

Propuso Sikles á Becerra, declarar la abolición de la esclavitud, á lo que contestó que, aunque el gobierno había dado pruebas de su sinceridad, estableciendo la libertad de cultos, respecto á la esclavitud, él y sus colegas habían públicamente declarado que procederían á su abolidión gradual, y que reservando para el gobierno de la nación los asuntos puramente nacionales, los cubanos dirigirían los suyos locales como las demás provincias españolas: que la abolición no la haría por iniciativa de otra nación, á pesar de ser más antiesclavista que los Estados-Unidos.

La actitud del representante de éstos, hizo que nuestro ministro explorase la de los de Francia é Inglaterra, que, considerando imposible el sostenimiento de Cuba, no ayudaban á

España; y Becerra, sin embargo, dijo á Sikles que la apoyaban resueltamente. Audaz el norteamericano, presentó á nuestro ministro una nota escrita, pretendiendo imponerse, y manifestóle Becerra, que si no la retiraba, declararía la guerra á las veinticuatro horas; «y esto lo digo de acuerdo con mis compañeros». Nada supieron éstos hasta que en el Consejo dió cuenta Becerra de lo que hizo; se asustaron de ello, tranquilizóles D. Manuel, manifestándoles que no había compromiso, porque él arrostraba la responsabilidad de todo y se retiraría del ministerio; pero propuso que, en caso de que los Estados Unidos reconocieran la beligerancia de los insurrectos, pasara una escuadra española á bombardear á New Nork, demostrando le constaba que aquellos Estados no tenían buques para impedirlo (1). Topete dijo que mandaría los buques, y Becerra que iría con él. No dejaba éste de comprender que, aun efectuando el bombardeo impunemente, algunos meses después no podría navegar por el Océano ningún buque español.

Al regresar Prim de Vichy, y verse su actitud, llegó Becerra á decir á la primera autoridad de Cuba que iría á aquella Isla, y que cualquiera que fuese el acuerdo de los que tuviesen intenciones poco convenientes, las suyas serían siempre de «indicar á los voluntarios cómo sabía morir un español.»

A virtud de una conferencia de Sikles con Prim, aquél telegrafió á Mr. Fish en 25 de Setiembre: — «No se insiste en el plebiscito. La elección de diputados pedida por la Constitución es indispensable preliminar para la independencia. Se han tomado medidas para desarmar á los volutarios, simultáneamente con la cesación de hostilidades. Ordenes severas se han dado para que no prosigan las escandalosas ejecuciones de

(1) Esto que el Consejo de ministros consideró una paradoja, se vió á los quince dias que era una verdad. Un comodoro de los Estados Unidos publicó una Memoria, en la que se evidenciaba la afirmación de Becerra; á saber, que aquella gran nación no tenía buques para impedir que la escuadra española bombardease alguno de sus puertos.

prisioneros y otras crueldades. El general Rodas promete cumplirlas á todo trance. Se dará un decreto para la abolición gradual; el gobierno procederá á las reformas liberales sin esperar la terminación de la guerra.»

Ya en Julio habían empezado á circular rumores sobre la venta de la Isla, y la Junta republicana de Cuba y Puerto Rico dijo, por medio de sus órganos en Nueva York, que el rumor era absurdo; porque por grande que fuera el deseo de los Estados Unidos de adquirir á Cuba, «hay hoy obstáculos insuperables para que ese deseo se realizara. Comprendemos que en otra época, cuando España estaba en pacífica posesión de la Isla, y podía enajenarla por un acto de su voluntad, la unión americana pudiera haber hecho la oferta de compra; pero no acertamos á comprender cómo haya quién de buena fe pueda pensar que estando Cuba en abierta insurrección contra España, con un gobierno de hecho, en posesión de gran parte del territorio, con ejércitos organizados, y reconocida por varias potencias como beligerante, sea posible una negociación que carecería de legalidad.»

El tal periódico proclamaba que vender á Cuba era vender su dignidad, y como independencia ó muerte era su divisa, sabría perecer con honra antes que humillarse.

A poco de esto, en Agosto, el *Diario de Barcelona*, con la firma de su director el Sr. Mañé y Flaquer, insertó un artículo que llamó poderosamente la atención pública. Para dicho señor, las proporciones que había tomado la lucha y su larga duración, revelaban que las relaciones de la metrópoli con aquellas colonias habían de cambiar esencialmente. «No nos hagamos ilusiones—añadía;—no caigamos en el error de creer que bastaría para extinguir todo espíritu de rebelión, modificar nuestras leyes coloniales, asimilar aquellas provincias á

las españolas del continente europeo y gobernarlas unas y otras con un régimen liberal. Los que no conocen el estado social de aquellas Antillas; los que viven de abstracciones y se alimentan de teorías puras, pueden abrigar esta engañosa esperanza, esperanza sugerida quizá por los mismos criollos que trabajan por la separación. Los que conocen aquel país, los que conocen la historia de las colonias, los hombres prácticos, saben que en el fondo de todas esas insurrecciones, de esas quejas, de todos esos clamores, se agita una cuestión de raza, que se traduce por una incompatibilidad de ideas, de costumbres, de temperamento y hasta de instintos; y esa incompatibilidad no se resuelve con un cambio de régimen político administrativo.» Hace con más ó menos exactitud la historia de nuestra deplorable administración en la Isla, administración que era común á criollos y peninsulares; expresa alguna de las causas que les enajenaban simpatías hacia España, declara que ante todo y sin vacilar importaba dominar la rebelión, reprimirla y castigar á los que se habían permitido grandes excesos, y que entonces quedaban cuatro caminos que seguir: —«Conservar las Antillas como país conquistado.—Considerarlas en lo político, en lo administrativo y en lo civil como las demás provincias de España.—Concederlas la independencia.—Cederlas á los Estados Unidos.»

Deschecho, añadía, por desacreditado el primero; el segundo era dar medios á los criollos para que nos arrojaran de allí ignominiosamente en un plazo muy breve, y el tercero sería abandonar á los peninsulares al odio de los criollos y condenar á éstos á que en poco tiempo se vieran reducidos á la triste condición de los mejicanos, ó á que la raza de color hiciera con ellos lo que hizo con los blancos en Haiti; así que, á su juicio, «no quedaba más recurso que entablar negociaciones con los Estados-Unidos para cederles nuestras Antillas».

En apoyo de esta idea, exponía las condiciones que en la *Crónica de Cataluña* proponía D. Gaspar Roig, las cuales eran, que España pedía en compensación del reconocimiento é in-

dependencia de Cuba, que todos los españoles, sus intereses y propiedades fuesen respetados y garantidos como nacionales; que la bandera española en los puertos de la Isla de Cuba, fuese reconocida como bandera nacional y admitidos con iguales condiciones todos los productos de la Península conducidos con bandera española; que los Estados-Unidos, en justa compensación de la cesión que España les hacía de sus derechos sobre la Isla, admitieran en sus puertos los buques españoles, y los trataran para todos los efectos mercantiles, como nacionales, admitiendo igualmente los vinos, aceites, etc.; abonando á España una indemnización pecuniaria, ó, mejor, que se hiciera cargo de todo ó parte de la Deuda española. Preferíase la anexión á la independencia por razones más ó menos atendibles.

En la Península y en Cuba dióse el grito de alarma, no sin que dejaran de emitirse opiniones en armonía con lo publicado por el *Diario de Barcelona*. También se combatió la venta ó anexión de Cuba, y las razones que expuso el Sr. Mañé en escritos, muy atendibles, de los que prescindimos en este sitio en obsequio á la brevedad, no debiendo dejar sin especial mención, el folleto del Sr. Arboleya, director de *La Prensa*, profesor del Instituto, con muchos años de residencia en la isla, publicado con el título de *Tres cuestiones sobre la Isla de Cuba*. «En Cuba, decía contestando al Sr. Mañé, hay dos partidos que se detestan; no podemos fusionarlos ni destruir uno; pues para que no se destruyan mutuamente, vendámoslos al extranjero. Que es como si dijéramos: en España hay un partido republicano y otro monárquico que se detestan y han venido á las manos. Para que no se destruyan, por humanidad, vendamos España al extranjero. O, para valerme de mejor símil: la historia demuestra que en Cataluña existe un partido de independencia en lucha latente, abierta, con el partido nacional. Por humanidad, para que no se destruyan, vendamos Cataluña á Francia. ¿Qué diría V. si el director de *El Diario de la Marina*, de *La Prensa*, de *La Voz de Cuba*, ó de *La Inte-*

gridad Nacional, escandalizara al mundo con semejante consejo en circunstancias de hallarse Cataluña envuelta en la guerra civil?—Pues por lo que V. diría, puede calcular lo que aquí se habrá dicho de V. al leer ó tener noticia de su malhadado consejo...» «Compare V. la Cuba de hoy con Santo Domingo y Jamaica, y después de comparar, no temo su decisión. La Cuba de hoy es la Cuba española; la Cuba que quieren los independientes, sería una copia de Santo Domingo; la Cuba que quieren los anexionistas fotografiaría en grande escala á Jamaica.»

Los catalanes, que tantos intereses tienen en aquella Isla, alarmados por la actitud del *Diario de Barcelona*, enviaron una comisión á Prim, y de la reservada y larga conferencia con él tenida, escribieron, entre otras cosas, lo siguiente: «Las palabras de Juan muy cariñosas y expresivas, y ha dado seguridades para que no tengamos ningún recelo. Fuera de lo que yo pueda deciros verbalmente, dí á los amigos, que Juan no ha olvidado sus mañas y que se burla de los *yankees*. Al mismo tiempo que entra en estas negociaciones secretas, se desvive por enviar fuerzas á Cuba para ahogar la insurrección, pero procura que los insurrectos conciban esperanzas y desistan de la guerra, que después todo se andará. Desde luego debéis tener en cuenta que las proposiciones de Juan son inadmisibles para Cuba y para los Estados Unidos, pero abren campo para entrar en argumentos y dar largas al negocio. Nos ha dicho, y debéis creerlo, que él antes que todo es catalán, y que no había de querer perjudicar á sus paisanos... Nuestros diputados hacen lo que todos... Cuando necesitan nuestro sufragio, muy complacientes y mucho prometer, y cuando llegan aquí se convierten en unos b... Ya os contaré cosas curiosas. El único que marcha por buen camino es Balaguer...»

Poco después, dijo Prim en las Cortes: «La Isla de Cuba no se vende, porque su venta sería la deshonra de España, y á España se la vence, pero no se la deshonra.»

Estos antecedentes produjeron el malestar que en un principio llamó tanto la atención de Caballero de Rodas; y al saber lo que se trataba con los Estados Unidos, «se abandonó confiado á las corrientes españolas, impidiendo así, y con gran oportunidad, que se condensaran y formasen tempestades las amenazadoras nubes que aparecían en el horizonte».

El ayuntamiento de la Habana y los demás de la Isla, los españoles todos, protestaron enérgicamente, ofreciendo sacrificar vidas y haciendas para sostener á todo trance la dignidad de la nación. Tanto se exageraron los patrióticos sentimientos, que hasta se trató en serio por peninsulares sensatos, de enviar nuestras fragatas blindadas á las costas de los Estados Unidos para bombardear sus puertos más importantes, en venganza de los despreciativos artículos de los periódicos yankees.

En tales circunstancias presentó Mr. Sikles su nota, en la que hacía presente lo favorable que era la opinión pública en los Estados-Unidos para los insurrectos, cuyo reconocimiento como beligerantes creía difícil demorar; y que si la guerra continuaba, competía al gobierno de los Estados Unidos, en obsequio de la humanidad, apresurar el reconocimiento de la beligerancia de los cubanos.

Si la noticia de que se trataba de la venta de Cuba alarmó los ánimos, la anterior nota llenó de indignación á todos los españoles. Pero aún iba más adelante el gobierno de los Estados-Unidos, ofreciendo sus buenos oficios en favor de la paz de Cuba, á condición de su independencia, á cuya proposición contestó el ministro de Estado, «no nos permiten acceder, ni el respeto que el gobierno profesa á la Constitución de España, ni otras consideraciones de no menor importancia; pero como la oferta de los buenos oficios ha sido retirada, el gobierno español no puede menos de considerar retiradas también las bases en que se fundaba».

Sikles retiró la oferta de mediación entre España y Cuba, cuya oferta se basaba, según decian de Washington, en una

intimación extraoficial del mismo general Prim, de que dicha oferta sería aceptada por España, no pudiendo en este caso rechazarse el que depusieran las armas los insurrectos, en vista de los consejos del gobierno americano, á dar una amnistía general; ni á la elección de diputados á Córtes, pero sí al desarme de los voluntarios, á que se decidiera la cuestión de la independencia por medio de un plebiscito fundado en el sufragio libre, y á que en el caso de desear los cubanos su independencia, se abonara una indemnización á España, bajo la garantía de aquellos Estados, lo cual equivalía á la venta.

Prim no pensaba, ó al menos no consideraba muy fácil, sin pérdida de su prestigio, la venta de la Isla de Cuba, aun cuando le preocupara lo mucho que costaba á la sazón su sostenimiento; pero sobre no escasear gastos ni sacrificios para enviar fuerzas á defender en aquellos campos la integridad nacional, mostrábase siempre dispuesto y decidido á no ceder en cuanto pudiera afectar á la dignidad española. Creía obrar diplomáticamente, infundiendo lisonjeras esperanzas en los separatistas, tanto para ganar tiempo como para darle, á fin de que se fueran cansando los que defendían armados la independencia cubana. De aquí que en sus proposiciones basaba los tratos en el desarme de los insurrectos, que bien conocía Prim era imposible; pero todo esto que aparecía en la superficie, no era exacto; los tratos para la venta de Cuba se efectuaban en secreto.

Publicáronse en Marzo de 1870 los documentos de casi todo lo que había mediado entre los gobiernos de los Estados-Unidos y de España. La nueva alarma que esto produjo superó á la anterior. Sintetizando el sentimiento de los españoles residentes en Cuba, el Casino español de la Habana dirigió á *El Pueblo Español* un valeroso escrito, protestando solemne y enérgicamente contra «la vil y humillante proposición de la venta de Cuba» á que se refería un telegrama de Madrid, como hecha por una parte de la prensa. Maltrataba á los que á tal se atrevieron, y terminaba aquella especie de alocución,

diciendo: «Y dejamos hecha promesa con juramento inquebrantable, que afrontaremos impasibles la nota de inobedientes, antes que permitir que esta tierra sea arrancada del mapa de nuestra nación. Y en la fe de nuestra conciencia y en la convicción de nuestro valer, repetimos ahora lo que al gobierno y á las Cortes ya hemos dicho. LOS ESPAÑOLES QUE ESTÁN EN CUBA PODRÁN SER VENCIDOS, CEDIDOS Ó VENDIDOS JAMÁS. CUBA SERÁ ESPAÑOLA Ó LA ABANDONAREMOS CONVERTIDA EN CENIZAS.»

Todos los casinos de la Isla, todas las sociedades y corporaciones, todos los voluntarios se adhirieron al anterior escrito, demostrando su patriotismo en ardientes y bellísimos períodos, así como las poderosas razones de utilidad y conveniencia que imponían la conservación y defensa de la integridad nacional. Aun en la Península no era cuestión de partido lo que se consideraba honra de España; así que el círculo carlista alavés dirigió patriótico escrito á sus hermanos de Cuba, protestando hasta de los rumores de que se trataba de venderla á los Estados-Unidos.

Háse dicho que tanto las negociaciones de Prim, como la propaganda periodística, habrían podido ser, en vez de desastrosas, salvadoras, estudiándose detenidamente la cuestión antes de abordarla; si en vez de obrar con torpe disimulo, se hubieran iniciado negociaciones en el sentido de concederles á aquellos habitantes, partiendo de la base de los vencedores y formar de las personas de más responsabilidad una especie de gobierno propio, una autonomía más ó menos definida, una sanción y derecho en la influencia política, que de hecho disfrutaba desde que la gobernación de Dulce mató el principio de autoridad; pero para llegar á tal caso, faltó la necesaria previsión en los poderes públicos de la metrópoli. Tampoco tenían completo conocimiento de lo que verdaderamente pasaba en la Isla, que no era lo que los generales decían, como lo tenemos demostrado, ni conocían las exactas aspiraciones de peninsulares y cubanos, y juzgaban *á posteriori* de los

sucesos que les comunicaban, desfigurados la mayor parte de las veces. La intemperancia gubernativa que dominaba ya por completo á cierto ministro, que produjo escritos que le debieron ser muy desagradables, la actitud de los políticos y de los periodistas de Madrid, profundizó más la sima que dividía á unos y otros contendientes y ocasionó inmensos daños á Cuba.

Después del poco edificante incidente parlamentario del Sr. Becerra con el Sr. Romero Robledo, reemplazó á aquél en el ministerio de Ultramar el Sr. Moret, redactor que había sido de *La Voz del Siglo*, fundado, en unión de otros, por el antiguo reformista D. Nicolás Azcárate, produciendo alguna alarma entre ciertos elementos las conocidas aficiones reformistas del nuevo ministro, así como se desconfiaba de su poca edad para puesto tan importante y en tan difíciles circunstancias, temiéndose ligerezas peligrosas á que le arrastraban sus facultades imaginativas. Todos los asuntos de Cuba exigían gran reflexión, porque todos eran de trascendencia; y ya se ha dicho, pronto se tocaron las consecuencias de no haberse observado tan imprescriptible regla de conducta en las reformas, no todas muy meditadas, que emprendió, y en el camino seguido, quizá con la mejor buena fe, para terminar la guerra.

Los españoles de Cuba, que no podían juzgar por interioridades que desconocían, se disgustaron al saber que se andaba en tratos é inteligencias con los insurrectos, al ver que el *Diario de Barcelona* defendía la venta de la Isla de Cuba, al conocer el íntimo y público afecto que unía al Sr. Sickles con el Sr. Rivero, presidente de las Cortes, y, por último, al evidenciarse la actitud en que se colocó el capitán general de Cuba, Caballero de Rodas, en contra de unos tratos que sublevaban el patriotismo español. Se originaron dificultades y complicaciones que, no sólo produjeron la dimisión de la autoridad superior de la Isla, sino que alentaron á los insurrectos y

empeoró la situación que se atravesaba, bastante crítica de suyo.

A principios de Agosto telegrafiaba en cifra el ministro de Ultramar al capitán general: «No insista V. E. en la sumisión de insurrectos; tengo indicaciones de París y New-York, y espero pronto pacificación completa.»

Además de grave, era incomprensible tal telegrama, porque nada se perdía con las presentaciones, todo lo contrario; y como poco antes le había consultado el Gobierno sobre la conveniencia de abrir negociaciones en Madrid, opinando negativamente Caballero de Rodas, le colocó en situación poco envidiable, ó, cuando menos, confusa. ¿Era que se oía en Madrid á los elementos más temibles de la insurreccion? ¿A los que, dispuestos á todo género de humillaciones, se disponían á hacer protestas repugnantes, pidiendo amplia y general amnistía y devolución de sus bienes embargados, para, como dijeron en documentos no desconocidos de los centros oficiales, y repitieran: «nos hemos equivocado; no es el camino de las armas el que debemos seguir; aún es tiempo de enmendar el error; volvamos á la bandera de las reformas; tomemos puesto en las filas de los voluntarios, en el Congreso y en la prensa de Madrid, é iremos al fin?» Este era la independencia; los que la procuraban se dirigían al gobierno de la metrópoli para hacerle instrumento de su sagacidad.

Ya en otro sitio nos ocupamos de las negociaciones que, en nombre del gobierno español, tuvo con los insurrectos el reformista cubano y abogado D. Nicolás Azcárate, hijo de padres españoles, que evidenció, en actos públicos, su españolismo, así como en la prensa, en Madrid, su inteligencia periodística en la defensa de sus ideas y reformas para aquella Antilla. Así que, nada más natural que al encargarse del ministerio de Ultramar el Sr. Moret, uno y otro aprovechasen su mutua amistad para procurar el fin de tan funesta guerra, que,

como todas las civiles, suele ser por fraternal avenencia ó por pactos interesados. Por entonces, al menos, no se dió á Azcárate el encargo de arreglar la venta de Cuba; encomendóse á otro este cometido. El conferido á Azcárate, era continuar las negociaciones que habían iniciado Dulce, Valmaseda y otros.

Otro agente, más que del gobierno, del general Prim, llevó allende los mares el encargo de concertar un arreglo entre España y la república de Cuba, ó, más bien, venderla.

Era el comisionado un particular, D. Miguel Jorro, persona muy digna de la confianza que en él se depositaba, que lo mismo podía servir para entretener á los separatistas que para acordar con ellos formales convenios; siendo opinión de algunos, por lo que á Prim oyeran quizá, que todo había de someterse á la sanción de las Cortes, pues no estaba dispuesto aquel general á prescindir de ellas, aunque pudiera pensarse otra cosa al fijarse en las iniciativas á que se lanzaba.

Prim tenía la convicción de que Cuba se perdería para España, más ó menos pronto; le dolían los sacrificios que en hombres y dinero se hacían, y no hallaba otra solución que desprenderse con utilidad de lo que tan gravoso consideraba. Hacía tiempo que acariciaba tal idea, y cada vez afirmábase más en ella, considerándola muy patriótica, porque temblaba que pudiera llegar un día en que no se pudieran enviar hombres ni recursos, en lo cual le ofuscaba el pesimismo.

Poco tiempo después que Azcárate llegó Jorro á los Estados-Unidos, con más amplios poderes que el anterior y con bien distinto propósito. Es verdad que no creemos que el señor Azcárate aceptara nada que se relacionase con la venta de Cuba. Defendía las reformas que consideraba necesarias para la mayor prosperidad y seguridad de la Isla; pero no tenemos la menor noticia de que manifestara en ocasión alguna, no sólo el deseo de la enajenación, aun á los mismos cubanos, sino el que fuera conveniente su independencia. Sabía bien, sin duda, el famoso dicho de Bolívar: «Hemos alcanzado la

independencia, es cierto; pero, he de confesarlo con rubor, ha sido á costa de todos los demás bienes que antes teníamos.»

Prim reservó tanto su pensamiento, que ni le comunicó al capitán general de Cuba: así escribía éste al ministro de Ultramar en 28 de Febrero de 1871:

«En la revista última di á V. E. cuenta de la presentación en Nueva-York de dos misteriosos individuos, en calidad de agentes comisionados del partido laborante de la Península. Los periódicos han hablado de ellos, y parece haberse ya descubierto como cosa cierta, que son un tal Jorro y otro. Aquel es el redactor de *El Sufragio universal*, periódico que se publicaba en esa corte, y cuyas páginas, acogidas siempre muy favorablemente por la *La Revolución* y *El Demócrata*, muestran la calidad y tendencias de las doctrinas que han propalado en Madrid, y cuál sería el carácter de la misión que ha traído á Nueva-York.»

¿Cuál hubiera sido su asombro, como lo fué el de todos, á haber visto el resultado del cometido del Sr. Jorro, si es que no se extralimitó de las instrucciones que recibiera del general Prim? Después de laboriosa gestión, aunque la impidió por bastante tiempo el haberse fracturado una pierna al desembarcar, no sabemos si, ateniéndose estrictamente á órdenes recibidas ó extralimitándose, repetimos, se terminaron y firmaron las importantísimas siguientes

BASES PARA UN ARREGLO DEFINITIVO ENTRE ESPAÑA Y LA REPÚBLICA DE CUBA

«Los infrascritos, D. Miguel Jorro, agente confidencial del gobierno español, por autorización de los excelentísimos señores D. Juan Prim, presidente del Consejo de ministros, etc., fechada en Madrid á 28 de Octubre de 1870, por una parte:

»Y por otra, José Manuel Mestre y José Antonio Echeverría, comisionados representantes de la República de Cuba en el extranjero, según sus nombramientos, habiéndose exhibido

y examinado mutuamente sus credenciales, y después de varias y detenidas conferencias, con objeto de poner término á la guerra fratricida que hace más de dos años está devastando la Isla de Cuba, han convenido en sentar las siguientes bases, sujetas á la ratificación de sus respectivos gobiernos:

»*Primera.* España reconocerá la independencia de la Isla de Cuba.

»*Segunda.* Cuba pagará á España, en la forma y plazos que se acuerden, una suma equivalente al completo y definitivo abandono por su parte, de la segunda en favor de la primera, de todas las propiedades públicas de cualquier género que sean, entendiéndose comprendida en dicha suma la necesaria para garantir el pago de la deuda que el gobierno español tenga contraída con el Banco de la Habana al ratificarse las presentes bases, así como también el importe total de las cantidades embargadas ó confiscadas por el mismo gobierno y que deben devolverse á sus legítimos dueños.

»*Tercera.* La república de Cuba no reconocerá ninguna otra deuda de España, cualquiera que sea su denominación ú origen, fuera de las dos mencionadas bases precedentes.

»*Cuarta.* Aceptadas y ratificadas estas bases, se suspenderán inmediatamente todas las hostilidades por una y otra parte, y todas las medidas adoptadas con motivo de la guerra contra las personas ó contra las propiedades.

»*Quinta.* Se celebrará un tratado de comercio entre España y Cuba, concediéndose mutuamente facilidades y franquicias, cuyo tratado deberá ponerse en ejecución dentro los seis primeros meses después de proclamada la independencia de Cuba.

»*Y sexta.* La república de Cuba se compromete á proteger las personas y las propiedades de los españoles que residan en la Isla, en cuanto los últimos no estén en oposición con las leyes fundamentales de la misma república.

»D. Miguel Jorro comunicará á los comisionados cubanos dentro de un breve plazo la aceptación de estas bases por el gobierno de España.—Al mismo tiempo proporcionará á los

comisionados cubanos los medios convenientes para entenderse sin dificultad con el gobierno de la República de Cuba al través del bloqueo y de las líneas españolas, cuando fuese necesario.

»El plazo para la ratificación de las bases por ambas partes contratantes será el de un mes, empezado á contar desde que llegue á conocimiento de los comisionados cubanos la aceptación de España, en los términos que expresa el párrafo anterior.—Simultáneamente á la ratificación de las bases, nombrarán ambas partes contratantes comisionados con plenos poderes para celebrar los tratados á que las mismas bases se refieren, así como también para acordar determinar y firmar los pormenores con que deben ponerse en ejecución; y cualesquiera otros convenios que, dado el reconocimiento de la independencia de Cuba, se consideren provechosos para consolidar la paz y las buenas relaciones entre ambos países.

»Las conferencias para llegar á ese resultado se celebrarán en tierra neutral, y la ratificación de los tratados en que convengan los plenipotenciarios deberá efectuarse dentro de los dos primeros meses después de firmados por ellos.—Nueva York, Abril 21 de 1871.—Firmado.—*Miguel Jorro.—J. A. Echeverría.—J. M. Maestre.*»

ANTONIO PIRALA.

LA BUENA FAMA

(CONCLUSIÓN)

XV

La pérdida de la muñequita dió ocasión á Calitea para acreditarse más que nunca de prudente, discreta y sufrida. Conoció que toda la culpa era suya, por no haber puesto á buen recaudo á la muñequita, encerrándola bajo llave, y no se quejó ni se enojó contra persona alguna. Doña Eduvigis y D. Prudencio trataron de hacerle creer que, como la muñequita era cosa de hechicería ó de magia, el diablo había venido por ella y se la había llevado. Calitea aparentó creerlo para no disputar; pero harto comprendió que los raptores habían sido el clérigo y su madre. La sana intención con que ambos habían procedido era, sin embargo, tan evidente, que Calitea, en el fondo de su alma, los perdonaba; y, considerando el negocio desde el punto de vista de ellos, les daba la razón.

No impedía esto que doliese mucho á Calitea haber perdido aquel precioso juguete, legado y recuerdo de su padre y presente y obra de sabio tan eminente y benéfico como Criyasacti.

La muñeca la había tenido embelesadísima; pero nunca esperó nada de la muñeca. El chiste, que en ella estaba oculto y comprimido, y que, según el doctor Teódulo, había de estallar en el momento más oportuno é inesperado, podría divertir un rato su tristeza, pero jamás arrancarla de su pecho y

darle felicidad, haciendo bien logrado su amor, de cuyo objeto la separaba un abismo.

En suma, Calitea sentía la desaparición de la muñeca, no por interés, no porque esperase de ella favor y ventura, sino por cariño á su padre, por gratitud al mago indio, y algo también por cierta curiosidad, que ya no podría satisfacer, de ver la explosión del chiste.

El doctor Teódulo le había explicado que, si bien Criyasacti no trabajó nunca para divertir á nadie, ni empleó su raro saber como medio de granjería, á veces, en ratos de buen humor, había fabricado (encajando siempre al fin una severa lección moral) ciertos artificios que, cuando menos se pensaba, largaban un chiste. A tales artificios llamaba él en su lengua india, que era el sanscrito ó, como dicen otros, el sánscrito, *cápsulas chistosas*. La mejor de estas cápsulas hubiera sido la muñequita, si no se hubiese perdido.

Oigamos ahora lo que dijo el doctor Teódulo cuando visitó á Calitea y Calitea le dió noticia de tamaña desgracia.

Es materia muy sustancial, y conviene que se oiga ó se lea con atención y paciencia.

El doctor Teódulo dijo:

—Lo ocurrido me aflige extraordinariamente. Aunque me conste que nadie pudo romper, quemar ó destruir la muñequita, doy por seguro que D. Prudencio la ha sepultado en las entrañas de la tierra ó la ha echado en el pozo, desde donde la corriente se la habrá llevado al fondo del mar. Criyasacti preveía y calculaba mucho; pero ¿calculó y previó tu inmenso descuido y la inverosímil y atrevida simpleza de D. Prudencio? Si no contó con estos datos, si, como yo me inclino á sospechar, dejó este cabo suelto, toda su previsión será inútil; su artificio maravilloso no nos servirá de nada. Acaso, por no poder cumplir el mandato imperativo de su autor, se quede la muñeca en los recónditos lugares donde ha ido á parar, sin que se desbarate ni afloje la invencible y apretada trabazón de sus moléculas, hasta la consumación de los siglos. Acaso el

mandato de Criyasacti y la cohesión, su efecto, tengan por término el de tu vida, y la muñequita, permaneciendo inerte y sin gracia, se deshaga y muera, ¡oh Calitea!, sólo cuando tú te mueras. Acaso, por último, la muñequita dispare, un día, su chiste, sin resultado ni lucimiento, como saeta que no toca en el blanco, á causa del imprevisto empujón que algún tonto ó algún mal intencionado da en el brazo al hábil flechero que está haciendo la puntería. Pero, ¿qué sabemos? La ciencia de intro-inspección posee recursos que nosotros, profanos ó aprendices, no alcanzamos á concebir. El que es docto en esta ciencia, allá en lo hondo de su mente, ve el mundo de las ideas, del que es remedo el mundo visible, y le ve tan claro y tan sin limitación de lugar y de tiempo, que lo mismo nota lo que está en fanal cristalino que lo emparedado en espeso muro ó embutido en otro cuerpo opaco; lo mismo contempla lo que se pierde ó apenas se columbra en lo más remoto de los cielos que lo que se pone encima de las narices, y lo mismo que lo presente descubre lo venidero con todas sus menudencias, porque la marcha tortuosa de los casos está señalada en su espíritu como en el mejor mapa el sesgo curso de los ríos. Al discurrir así renace mi esperanza. Nada tiene de imposible ni de sobrenatural que Criyasacti lo previese todo, incluso la tontería de D. Prudencio, haciéndola entrar en sus planes.

—Pero, ¿qué planes serían esos?—preguntaba Calitea.

El doctor contestaba siempre que los ignoraba.

Otras veces, Calitea, dejándose influir por lo que oía á don Prudencio, recelaba que fuesen diabólicos el saber y el poder de Criyasacti, ó dudaba de la grandeza de tal poder y de tal saber, si eran meramente naturales y humanos.

El doctor Teódulo entonces insistía en las razones que ya había aducido ó empleaba otras nuevas.

—No lo dudes, hija—exclamaba—la intro-inspección es el mejor método, la vía recta, la trocha y el atajo para llegar á la ciencia. El que se reconcentra en sí mismo, aquieta ó mata sus pasiones y se abstrae del mundo exterior, lo ve todo en sí

ó lo ve casi todo, y hace luego cuanto se le antoja. Por eso aquel célebre filósofo de mi tierra, llamado Demócrito, á fin de verse en lo interior con fructuoso recogimiento, cuentan, aunque algo puede haber en ello de ponderación simbólica, que se sacó los ojos. Quiso perder la vista material y grosera para adquirir la *segunda vista* y ser zahorí y adivino. Y por lo que toca al poder que la intro-inspección otorga, los sabios de la gentilidad greco-romana le han reconocido é igualmente le reconocen y acatan varios sabios cristianos, de estos que se apellidan escolásticos, adelantándose á todos Alberto Magno, que hoy vive. He de confesar, no obstante, que de la ciencia de intro-inspección apenas hay hasta ahora algunos atisbos en Europa y en el Occidente de Asia. En Europa acaso empiece á florecer dentro de siete siglos. Donde florece hoy es en la India, desenvolviendo en quien la estudia lo que llaman *fuerza psíquica,* que todo lo puede. Te citaré lo que acerca de esta fuerza dice el médico árabe Avicena, que estuvo en la India, á lo que yo creo. Tal vez exagere un poco, pero asegura que el alma santificada y limpia de pecado adquiere tales bríos, merced á las intro-inspectivas meditaciones, que, sin chispa de milagro sino naturalísimamente, alborota los elementos, atrae á torrentes la lluvia, amansa ó desencadena los vientos y promueve tempestades que truenan y que fulminan. No sostiene, á la verdad, haber presenciado todo esto; pero, en prueba de lo que puede la *fuerza psíquica,* aun ejercida desde lejos, da testimonio de la caída de un camello, que un hombre, dotado de dicha fuerza, derribó á cien pasos de distancia, sólo con decir quiero derribarle. En confirmación de lo cual, habla el ya mencionado Alberto Magno de dos muchachos, conocidos suyos, contra quienes no valían candados, ni cerrojos, ni llaves, porque, con la voluntad y sin toque corpóreo, abrían de par en par las puertas más sólidas y mejor cerradas. Se explica este poder del alma en la materia, sobre todo si el alma es la de un sabio, porque, no bien forma ésta algún propósito, cuando produce, en lo más sutil y puro de la sangre del cuerpo

que anima, ciertos espíritus alambicados, ó más bien ciertos globulillos tenues, etéreos é incoercibles, que se mueven con más velocidad que la luz y se cuelan por todas partes. El sabio envía luego estos efluvios adonde mejor le parece, y les manda que allí se instalen y no cesen de operar, sin perder energía, hasta que se cumpla su voluntad, que fermenta y se agita, incorporada en ellos. Así, pues, si en la muñequita, y yo no lo dudo, hay efluvios de Criyasacti, aún es posible que dé la muñequita razón de quién es, cuando más descuidados estemos.

Calitea oía estas cosas con la atención que merecen, y se enteraba bien de ellas, porque era muy lista: pero ya dudaba de todo, ya creía algo, ya no creía nada. Lo cierto es que no tenía grande afición ni á las ciencias ocultas ni á las paladinas.

El arte era su refugio, su deleite, y su único amor bien pagado.

Ya no era ella la modesta costurerilla de años atrás, sino una artista de primer orden y de excelsa nombradía: la más admirable bordadora de su siglo.

XVI

D. Hermodoro, después de su trastada, andaba huido, como se dijo, y no quería, de puro miedo, ver á Calitea; pero seguía prosperando con su comercio, y tenía lo que llaman, en los países del Norte de Europa, tienda abierta de *galanterías*.

No se escame ni se escandalice el pío lector, porque no es nada malo. En los indicados países, donde yo resido al presente, así como del que vende especias, confites, roscos, pastelillos y hasta salchichas, se dice que vende *delicadezas*, del que

vende ricas telas, figuritas y vasos de porcelana y de bronce, y demás pequeños objetos de arte para adorno de los salones, se dice que comercia en *galanterías*. La mejor tienda de esta clase que, por ejemplo, hay ahora en Viena, es la de Weidmann, y la mejor tienda que de lo mismo había entonces, en la ciudad teatro de mi historia, era la de D. Hermodoro. Allí se veían lujosos cofrecillos, esmaltes de Limoges, pebeteros y puñales de Damasco, tapices de Esmirna y de Persia, guadamacíes y otros cueros labrados en Córdoba y en Tafilete, jarrones y copas de ataujía toledana, cristalería de Venecia, mosaicos de Bizancio, bandejas repujadas, y quién sabe cuántas monerías y caprichos. No había artículo de alta novedad que allí no se encontrase. Las principales señoras acudían, pues, engolosinadas, á verlos y comprarlos. La parroquiana más asidua era la duquesa, que ya conocemos, mujer del virrey y amiga del rey, la cual no se cansaba de comprar primores para hermosear cada vez más el gabinetito ó *boudoir* en que tenía con su majestad *egerianos* coloquios.

D. Hermodoro, que era muy experto, conociendo la merecida reputación de Calitea, se entendía con ella, sin dar la cara, por medio de sus agentes y corredores; y hacía más de un año que le había encargado bordar dos reposteros en los que echase el resto, luciendo toda su habilidad. En ellos había de haber algo alegórico que redundase en alabanza del rey, pero la traza ó dibujo del bordado quedaba al arbitrio de la artista.

Inspirada ésta, se puso á bordar, y bordó dos verdaderos prodigios. Amplia cenefa, formando cuadro, lo contenía todo. Sendos festones oblicuos cortaban los ángulos. Cenefas y festones eran, en un repostero, de verdes hojas de laurel y de robusta encina con bellotitas de oro; y en el otro, guirnaldas de mirto y rosas. En los centros había medallones ovalados. Calitea quiso figurar en el primer repostero la grandeza militar y política de la monarquía; y su prosperidad económica en el segundo. Así es que llenó respectivamente los espacios cerra-

dos por los festones con las imágenes de las virtudes cardinales y de los genios de la agricultura, de la industria, del comercio y de las artes. Servía de sostén á un medallón el águila bicípite, con las alas extendidas y un manojo de rayos en cada garra, y le coronaba la fe. El sostén del otro medallón era un toro, y la corona dos cuernos de abundancia, que derramaban un diluvio de racimos de uvas y de otras frutas. Este diluvio comestible caía por fuera del óvalo. En el otro repostero había estrellas y luceritos en lugar de uvas. En fin, en uno de los medallones del centro figuró Calitea á San Miguel con el Diablo encadenado, como estaba en la catedral, y un letrero que decía: *Gracias al Arcángel su patrono:* y en el otro medallón representó á la Fama é inscribió por letrero: *Gloria al Rey.* Lo último que bordó Calitea fué la figura de la Fama; y era tal la impresión que había producido en su mente la muñequita, que hizo su retrato con asombroso parecido.

D. Hermodoro pagó con esplendidez aquel trabajo magistral; pero le vendió en seguida en triple precio. La duquesa le vió; al verle se quedó vizca de admiración; dió sin regatear lo que D. Hermodoro tuvo á bien pedirle por él, y mandó que se le llevasen sin tardanza á su casa-palacio.

El rey, que iba entonces casi diariamente á visitar á la duquesa, pudo admirar y admiró, aquel mismo día, los dos reposteros, colgados ya en el *boudoir*.

Preguntó quien era el artífice autor de tan bella obra, y la duquesa contestó que una tal Calitea.

Al oir aquel nombre, necesitó D. Miguel de todo su disimulo y presencia de espíritu para ocultar su turbación y hasta las mal reprimidas lágrimas que llegaron á humedecer sus párpados. Su conversación con la gran dama fué más breve y menos cariñosa que de costumbre, y pronto se volvió á palacio, bastante preocupado.

Aquella noche no pudo pegar los ojos hasta tarde. Mil memorias é ideas agridulces le tuvieron desvelado.

Pensó en el talento, en la hermosura, en la honestidad y

en la constancia de Calitea, y se avergonzó de la vida que llevaba él, hacía más de tres años.

Al fin se durmió, pero le molestó, en su intranquilo dormir, aflictiva serie de extravagantes ensueños. Ya era él, y no Lucifer, el sujeto á quien el San Miguel de uno de los reposteros tenía encadenado á sus plantas. Ya se animaba la buena Fama representada en el otro repostero, y le miraba con ojos amenazadores.

Tan nervioso é inquieto despertó el rey por la mañana, que sintió deseos de hacer ejercicio para calmarse. Salió, pues, muy temprano á caballo, acompañado solamente de Leoncio.

Al pie del regio alcázar, edificado en una altura, se extendía el magnífico parque. Fuerza es confesar, aunque pese á nuestro patriotismo, que su arbolado era más frondoso y rico que el de la Casa de Campo de Madrid. Nada tenía que envidiar al de los bosques de Lacambre y Boulogne en Bruselas y París, ni al del jardín inglés de Munich, ni al del Prater de Viena.

Aquel parque no estaba abierto para el público sino en los días festivos. En los demás días todo era en él soledad y silencio.

Leoncio se quedó muy atrás. El rey pudo, mientras cabalgaba por los sitios más umbríos y agrestes, dar rienda suelta á sus cavilaciones.

Estas, merced á una moral laxa, algo acomodaticia y muy bien aplicada, tuvieron un resultado tranquilizador y satisfactorio.

«Calitea—pensaba y decía el rey para sí—hubiera sido, si por casualidad no llega á conocerme, una mujer honradísima, pero ni más ni menos que otras muchas mujeres honradas. Sin duda se hubiera casado con algún hortera ó con algún sastre. Yo la levanté de cascos. El amor que me inspiró y que tuve la dicha de inspirarle, ennobleció y elevó su espíritu y la hizo capaz de ser un modelo de virtud y una artista gloriosa. Luego, bien mirado, no hay que compadecer á Cali-

tea, ni declararme yo con culpa, ni en falta. Ella es quien debe estarme agradecida. Cuando la divina Providencia nos puso en tan apartadas esferas sociales, es evidente que quiso que fuesen pasajeras nuestras relaciones. Además, ¿qué he de hacer yo para reanudarlas? La moza es tan arisca, que mostrarle de nuevo mi ternura sería exponerme á mayores desaires y sofiones. Con Calitea estoy de sobra cumplido. De lo que me culpo es de no imitar su ejemplo. Mi poder santificante, purificador y sublimador se ha ejercido en ella... ¿Por qué no ha de ejercerse también en mí mismo? Vamos... está visto. Es menester que yo me enmiende. Lo primero que voy á hacer es señalar una buena pensión á la cantarina siciliana, y enviarla con la música á otra parte. Es tan desvergonzada la tal cantarina, que es un foco de inmoralidad que lo inficiona todo. En cuanto á la duquesa, ya es harina de otro costal. ¡Qué dignidad en medio de todo! ¡Lo que sabe! ¡Cuán atinados consejos los suyos! Nada... No es posible que yo me prive por completo de su útil y dulce conversación y de su afable trato. Pero es una crueldad que el pobre virrey, que está ya viejo y achacoso, viva solo en su virreinato, sin mujer que le consuele, le cuide y le mime. Haré que la duquesa se vaya largas temporadas á acompañar y á cuidar á su marido, sin perjuicio de que venga por aquí de vez en cuando á charlar conmigo y á prestarme el auxilio de sus luces. Yo, entre tanto, debo corregirme: cambiar de vida. Mi madre, mis consejeros más fieles y los próceres del reino me excitan á que me case. Cederé á la razón de Estado. Me casaré. El rey Erico de Suecia está deseando que le pida yo la mano de su hija mayor, princesa rubia, fina y estimable como el oro. Mi madre lo tiene ya todo concertado, y yo lo he ido retardando hasta hoy. No lo retardaré más. Enviaré á escape á mis embajadores para que celebren la boda por poderes y me traigan á la futura.»

Así lo arregló todo D. Miguel, y su espíritu se quedó muy sereno: pero como era á mediados del mes de Agosto, hacía

calor, y aquella meditación había sido al trote y al galope de un fogoso caballo, el rey estaba sofocadísimo y con ganas de bañarse.

En lo más esquivo y retirado del bosque había un pequeño y bonito lago. Sus aguas eran frescas y cristalinas. La profundidad grande. Los árboles que en la orilla crecían le daban grata sombra.

Allí decidió el rey bañarse: envió á Leoncio por ropas al alcázar, que estaba cerca, y confiando su caballo á un guarda se desnudó en la casita donde el guarda moraba, y se echó al agua, nadando con deleite.

Dejémosle que nade. Ni él ni nadie hubiera podido prever que aquella natación iba á ser el momento más solemne y decisivo de toda su existencia.

XVII

Al día siguiente, y al toque de ánimas, cuando el doctor Teódulo cenaba descuidado en su casa, llamaron con precipitación á la puerta. Abrieron, y entró á hablar al doctor un gentilhombre de su majestad que le traía un recado urgente. Según lo que dijo, el rey estaba en cama, enfermo de algún cuidado. El día anterior le habían traído de bañarse en el parque, tendido en una camilla. Los médicos más hábiles habían estado á visitarle. Todos se reconocieron incapaces, no sólo de curar, sino de clasificar y explicar su enfermedad, inaudita y nunca observada antes. Sobre sus síntomas y circunstancias se callaban los doctores. El rey les había ordenado que guardasen secreto. Sólo dejaban entrever que en el mal había hechizo; y así, en una consulta que acababan de celebrar, habían declarado unánimes, que el único que podría

curar al rey era el doctor Teódulo, famoso en toda la ciudad por sus curas, hasta el extremo de que le apellidasen el octavo sabio de Grecia, y que además tenía sus puntas y collar de hechicero.

El gentil-hombre venía, pues, en busca del doctor Teódulo.

De parte del rey le pidió que sin dilación le acompañase.

Breves instantes después el doctor estaba en palacio, y en la misma estancia donde yacía el rey en su lecho.

Allí hicieron entrar al doctor solo y con cierto recato.

Hechos los saludos y reverencias que entonces se estilaban, el doctor contempló la hermosa cara del rey, y vió resplandecer en ella toda la saludable lozanía de la más robusta juventud; le miró la lengua, y la halló limpia; le tomó el pulso, y notó que le tenía fuerte, regular y pausado.

—¡Majestad!—preguntó luego el doctor.—¿Tienes buen apetito?

—Devoro—contestó el rey.

—¿Te duele algo?—volvió á preguntar.

Y replicó el rey:

—No me duele absolutamente nada.

—Entonces—dijo el doctor con la franqueza que le era propia—tú no tienes mal ninguno; estás mil veces más sano que yo y que todos.

—¡Ay! ¡ay!—exclamó el rey, exhalando dos ó tres amargos suspiros.—Lo que yo tengo no me duele mientras no intentan quitármelo; pero me estorba si no me lo quitan. Está en delicadísimo sitio, y no me suelta ni se desprende. Es una máquina infernal que me han disparado. Es un monstruo, submarino ó acuático, que me mordió ayer en el baño. No me deja andar, ni montar á caballo, ni estar sentado, ni vestirme, como no me ponga un balandran ó una bata muy ancha. Los más terribles instrumentos punzantes, cortantes, perforantes y triturantes, no han valido contra este fenómeno; no han podido descascararle siquiera. Y lo peor es que mis vasa-

llos se van á burlar de mí, si lo saben, y me van á llamar el rey con apéndice: ¡Mírale, mírale!

Y el rey se descubrió y dejó ver al doctor la pícara muñequita, creación pasmosa de Criyasacti.

—*¡Eureka, Eureka!*—gritó el doctor, repitiendo la ovante y jubilosa palabra de su compatriota Arquímedes.

—La previsión de Criyasacti ha sido completa. ¡Todo ha entrado en sus sapientísimos planes!

Entonces explicó al rey, en breves frases, cuanto había ocurrido con la muñeca; la sugestión que había puesto en ella el sabio indio, ignorada por él y por todos hasta aquél momento; y cómo el presbítero y doña Eduvigis habían arrojado la muñequita al pozo, desde donde ella se vino al lago. Consoló, por último, al rey; le dijo que no se apurase; y le prometió que, á la mañana siguiente, á las ocho en punto, traería él á palacio el indefectible y pronto remedio de aquella incómoda molestia.

Bien sabía el doctor Teódulo lo que se pescaba. Conocidos ya el giro y cariz que tomaba el asunto y la conducta que iba observando la muñeca, lo demás se caía de su peso. El doctor percibía con claridad el designio de Criyasacti. Sólo Calitea tenía poder para deshacer aquel hechizo, y él no dudaba de que Calitea no se haría de pencas, seguiría sus instrucciones, y socorrería á su dulce amigo en cuita tan ominosa.

En efecto, al otro día, y con la mayor puntualidad, á la hora misma que el doctor había anunciado, se abrió con suavidad la puerta de la alcoba del rey, volviendo á cerrarse en seguida; pero dejando entrar un bulto negro, que con pasos vacilantes se dirigió hacia la cama.

El lector habrá adivinado que el bulto era Calitea. El rey, que no era más tonto que el lector, lo adivinó también. Calitea no intentaba disfrazarse ni hacer el bú, sino que de puro pudorosa quiso venir de tapadillo y muy rebozada en su manto.

No pronunció palabra. Tampoco chistó D. Miguel, si aver-

gonzado de la situación en que se hallaba, satisfecho y alegre de la caritativa visita.

Adoctrinada é industriada Calitea por el doctor Teódulo, se acercó al lecho, hizo un esfuerzo de voluntad para vencer su virginal timidez, introdujo la diestra por entre las sábanas, buscó y halló la muñeca, la cogió por la peana, y dió un tironcito.

No fué menester más. *La buena fama,* dócil y obediente, soltó la presa, sin lastimar ni mortificar.

Calitea la sacó con prontitud y la puso en un velador que había en el centro de la grande y regia alcoba; pero D. Miguel había asido á Calitea por un pico del manto, de suerte que, al apartarse, el manto se le cayó, y quedó ella en cuerpo gentil, en mitad de la estancia. D. Miguel pensó que se abría el cielo y que veía algo de lo más hermoso que hay por allí. Calitea estaba floreciente, luminosa, divina. El puro rosicler de la vergüenza encendía su rostro, y nada valían, comparadas con ella, todas las cantarinas y todas las mujeres galantes del mundo.

Al mismo tiempo, ¡oh nuevo milagro de Criyasacti! ¡oh fonógrafo anterior y superior al de Edison! la muñeca se puso á tocar la trompetilla. Era menor que un pito y sonaba más que un órgano. ¡Y qué admirable sonata triunfal y amorosa! Vencía por su dulzura al duetto de Mozart entre Don Juan y Zerlina, y se levantaba, por el entusiasmo y la riqueza de pasión y de conceptos, sobre el himno sinfónico de Wagner, cuando, en *La Walquiria,* vuelve la primavera, vence y reina Amor y Siglinda y Sigmundo se abrazan. La sonata de la trompetilla sólo podía compararse á la música celestial que oía Pitágoras en sus arrobos; á la armonía de las esferas, que, atraídas por el primer móvil, se agitan en arrebatada consonancia.

Calitea y D. Miguel se quedaron también arrobados oyendo aquella música.

No bien la música cesó, Calitea, como si volviese de un

sueño, sintió lo difícil, arriesgado y poco decoroso de su permanencia allí, y huyó despavorida.

En la antecámara la estaba aguardando el doctor Teódulo, y con él se volvió á su casa.

XVIII

D. Miguel saltó de la cama, saludable, gallardo y apuesto, como si no hubiera habido apéndice ni mordedura. Se lavó y se vistió con el mayor esmero, pero á escape y sin dar barzones.

Su actividad era extraordinaria, como la de quien tiene un proyecto importantísimo que anhela realizar cuanto antes.

Convidó al arzobispo y al notario mayor del Reino para que viniesen á almorzar con él: citó para las tres de la tarde á muchos personajes y damas, y dió otras mil disposiciones.

Pronto cundió por todo palacio que el rey estaba ya restablecido y preparándose como para una fiesta. La reina y las infantas acudieron á verle, muy satisfechas y gozosas.

Cuando el rey vió á toda la familia real reunida en su cuarto, sin poder contenerse, porque era vehementísimo, dijo todo lo que sentía y deseaba: que su gratitud y su amor eran invencibles; que sólo Calitea merecía ser reina; que estaba arrepentido y contrito de su mal proceder con ella; y que iba á enmendarlo todo.

—Madre—añadió—hoy mismo me caso.

La reina y las infantas se enteraron al punto de que la novia era una costurera, y tuvieron á D. Miguel por loco de atar.

Las infantas se callaron por el mucho temor y respeto que al hermano tenían; pero la reina madre habló con entereza, oponiéndose á tan extravagante disparate, que enojaría

agraviaría á la princesa sueca, y que avillanaría al rey y le haría el ludibrio de los otros soberanos, de la nobleza y de la misma plebe, que gusta de que la sangre de sus príncipes se conserve pura.

La contestación que dió D. Miguel á los argumentos maternales fué la perorata más bella que es posible concebir. Yo no me atrevo á reproducirla. Para hacerlo digna y fielmente, necesitaría yo de la facundia, de la imaginación poderosa y de los brios oratorios de mis amigos Emilio Castelar y Alejandro Pidal, gloria de la tribuna española. D. Miguel era elocuente como ellos, y como ellos se movía, se exaltaba y manoteaba. ¡Con qué abundancia de citas históricas ilustró su razonamiento! Cuando el rey Asuero, por ejemplo, se casó con Ester, que era una muchacha cualquiera de un pueblo vencido, humillado y esclavizado; cuando el emperador Justiniano, tan ilustre por sus Códigos y sus conquistas, se dejó conquistar por la comedianta Teodora, que hacía en público teatro tales horrores que tienen que quedarse en griego y nadie se atreve á traducirlos de Procopio, ¿por qué no había de casarse don Miguel con una niña modesta, castísima y pura?

En suma, D. Miguel habló tan bien, que, si no dejó convencidas á su madre y á sus hermanas de que convenía que él se casase con Calitea, las dejó convencidas de que era maravilloso orador, y de que tenían ellas que aguantarse y que aceptar á Calitea por nuera y por cuñada.

Por dicha, al ir á terminar su discurso, en toda la fuga y calor de la improvisación, D. Miguel, que iba de un lado para otro y accionaba vigorosamente, acertó á ponerse cerca del velador, donde estaba silenciosa é inmóvil la muñequita, y le dió tan feroz manotada, que la muñequita cayó rodando por el suelo.

La sugestión de Criyasacti había tenido enganchadas y trabadas todas las partecillas de materia prima de que constaba la muñeca; pero, cumplida ya la sugestión, la *fuerza psíquica* de Criyasacti carecía de objeto, y hubo de desvane-

cerse. La muñeca quedó, pues, como muñeca ordinaria, fabricada de barro poroso y quebradizo, idéntico al de las alcarrazas de la Rambla ó de Andújar. Nada más lógico, por consiguiente, que la transformación de la muñequita, al caer por tierra, en multitud de tiestos.

Pero Criyasacti no hacía las cosas á medias. La muñeca, que había sido arma, era también alcancía y archivo, porque encerraba un tesoro, no de moneda, sino de documentos inéditos. De su hueco y roto vientre salieron, desparramándose, dos ó tres docenas de pergaminos manuscritos.

El notario mayor del reino había venido ya á almorzar, y de real orden se puso inmediatamente á estudiarlos. Lo que resultó de su estudio es de tal importancia, que merece, pide y exige capítulo aparte, donde empecemos por poner al lector en autos de ciertos antecedentes históricos.

XIX

El bisabuelo de D. Miguel fué uno de los más prudentes y astutos monarcas de su época, y se dió tan buena maña, que consiguió anexionarse un reino vecino casi tan grande como el que él había heredado. Así se redondeó y formó una poderosa y doble monarquía. Pero, según dice muy bien el reverendo Padre Isla, al hablar de un suceso semejante, en su Compendio de Historia de España en verso:

> Trozos son de los padres ó pedazos
> Los hijos, cuando no son embarazos.

Este rey, de que hablamos, tuvo dos hijos gemelos, á quienes amaba tan por igual que no pudo decidirse á desheredar al uno para que reinase solo el otro. Deshizo, pues, la obra

de toda su vida, volvió á dividir los reinos, y dejó á su muerte, á cada uno de sus hijos sentado en un trono.

Pronto el abuelo de D. Miguel, que era el más ambicioso de los dos reyes, prescindió de los afectos de familia, y movió guerra y destronó á su hermano, el cual murió peleando denodadamente en una sangrienta y muy reñida batalla. La reina viuda, que estaba recién parida, murió de sobreparto con ocasión de tantos infortunios, precisamente cuando entraba en triunfo en la capital su descastado hermano político.

Este se apoderó del reyecito, huérfano de padre y madre y destronado á poco de nacer, y, deseoso, sin que le comparasen á Herodes, de evitar para lo futuro rebeldías y pronunciamientos, mandó que á aquel niño le educasen en un convento, con el propósito de que, en vez de la púrpura, vistiese la cogulla. Pero el hombre propone y Dios dispone. El niño salió más mundano y travieso que reposado y devoto. Era, como vulgarmente se dice, de la piel de Barrabás. Inútil fué la vigilancia de que le rodeaban. El regio novicio ahorcó los hábitos y logró escaparse del convento antes de cumplir diez y ocho años. En balde fueron investigaciones y pesquisas. Nadie volvió á saber jamás de su paradero.

Ahora bien; los pergaminos examinados por el notario mayor, probaban con evidencia que el regio novicio huido había tomado el nombre de D. Adolfo; había militado en reinos extraños y singularmente en Tierra Santa, y, por último, había estado en la India.

Jamás le faltaron ganas y arrojo para vengar á su padre y recuperar la corona; pero siempre le faltaron dineros. Nadie quería prestarlos al Caballero de la Bolsa vacía. Sin recursos, pues, le fué imposible levantar parciales en su país natal, donde la mayoría del pueblo era adicta á la rama reinante que gobernaba con tino y ventura.

Cuando Criyasacti leyó á D. Adolfo su testamento, dejándole por universal heredero, D. Adolfo formó el plan de acudir como pretendiente y de mover guerra en su patria; pero

Criyasacti abominaba en general de la efusión de sangre, y muy singularmente de las guerras civiles, é hizo jurar á su protegido, so pena de desheredarle, que había de seguir ocultando su origen y su condición hasta á su mujer propia, cuando se casase, y que no había de aspirar al trono. D. Adolfo, en la mísera esclavitud en que se hallaba, no tuvo más remedio que prestar aquel juramento. Entregó, además, á Criyasacti, que así lo exigió, todos los pergaminos que probaban su personalidad y su derecho. El sabio indio, en premio de la docilidad de su protegido y por lo bien que le quería, le prometió, sin decirle de qué suerte, recompensa é indemnización satisfactoria. Entonces fué cuando construyó la muñequita que, como prenda, señal y máquina de la promesa, había él de entregar ó de legar á una hija hermosísima que tendría, llamada Calitea, en el punto en que esta hija cumpliese veintitrés años.

Tal es el resumen de lo que rezaban y demostraban los pergaminos.

La reina madre se regocijó al saberlo. Las infantas brincaron de júbilo. La futura del rey no era ya una costurerilla plebeya, sino su prima y reina legítima por la gracia de Dios y sin debérselo á nadie. Iba á ser un providencial acontecimiento la fusión dichosa de ambas ramas de la dinastía.

Las infantas y la reina madre lo chillaban, lo aplaudían y lo celebraban tanto, que el rey les suplicó y aun les ordenó que se callasen.

—No quiero—dijo—que se divulgue que Calitea es mi prima hasta después que nos casemos. Yo me iba á casar con ella, creyéndola humilde costurerilla, y, aunque ya sé que no lo es, hallo más bonito que por lo pronto el público no lo sepa. Además, el que lo supiese el público, y sobre todo el que lo supiese Calitea, me fastidiaría de lo lindo. La muchacha es tan puesta en sus puntos, tan formalista y tan enemiga de toda inversión ó supresión de trámites, que no consentiría en la boda hasta que viniese la dispensa del Padre Santo. Y mientras se ponen en regla todos los documentos, se envían las

preces á Roma, informa la Sagrada Congregación de Ritos y viene la dispensa despachada, pasará cerca de un mes. Yo me moriría de impaciencia si tuviese que aguardar. Con que nada, mamá, que no sepa lo del parentesco, ni Calitea, ni nadie, ni el señor Arzobispo, para que no ponga dificultades.

—Hermanitas, punto en boca—dijo luego, dirigiéndose á las infantas.

El rey estaba tan impetuoso y tan imperioso, que infantas, reina madre y notario mayor se cosieron las bocas por más que les remordiese la conciencia de que se hacían cómplices de un pecado.

XX

D. Prudencio, Calitea y su madre, estaban de conversación en el saloncito de la casa, cuando, poco después de las tres de la tarde, oyeron son estrepitoso de timbales y clarines, vivas, aplausos, relinchos y ruido de herraduras en las piedras, como de gran tropel de caballos. Apenas tuvieron tiempo de asomarse á la ventana y de ver la multitud que llenaba la calle. El rey había subido la escalera, saltando de dos en dos los escalones; y sin que la cocinera, que le había abierto, tuviese tiempo de anunciarle, entró en la sala, y dirigiéndose á doña Eduvigis, que estaba con la boca abierta, lo mismo que D. Prudencio, dijo:

—Señora, quiero ser tu yerno: te pido la mano de tu hija: espero que me la concedas.

Doña Eduvigis, cortadísima, nada contestó.

Don Miguel se llegó entonces á Calitea, hincó una rodilla en tierra y exclamó:

—Dueño mío, vente con tu rendido siervo. El arzobispo espera en la capilla de palacio para echarnos las bendiciones.

—Qué locura es la tuya, señor—respondió la juiciosa Calitea.—Pasado el estusiasmo, pronto te arrepentirías, si yo accediese. Las murmuraciones y el descontento de tus vasallos te serían insufribles. No: tú no debes casarte con una humilde costurera.

Calitea se resistía tanto, que el rey tuvo en la punta de la lengua la revelación de todo el secreto, diciéndole que era su primo; pero se acordaba de la dispensa, se asustaba de las dilaciones y se callaba.

El doctor Teódulo estaba en la comitiva, llamado por el rey, quien le había informado, como única excepción, de lo que se acababa de averiguar; y sin revelárselo á Calitea, le dió tales razones para que cediese, que ella, que no deseaba otra cosa, cedió al cabo.

Desapareció, por unos cuantos minutos, y volvió vestida de gala, con un traje bellísimo, elegante y de exquisito gusto, que ella misma se había hecho. Parecía un sol de hermosura. En la mano traía la espada del jaque que el rey la había dado, como trofeo, la última noche que hablaron por la reja.

Don Miguel, lleno de gozo, y movido por la admiración y el amor, besó por vez primera las frescas mejillas de su prima, que se pusieron rojas como la grana.

Calitea, aunque iba á poseer todas las joyas de la corona, no llevaba entonces joya alguna; pero su majestad había tenido una excelente idea y la había realizado. Había hecho buscar y comprar de nuevo el aderezo que hacía más de tres años había enviado en balde.

Leoncio era también, esta vez, quien le traía.

El rey le sacó del estuche y adornó con aquellas joyas á su futura.

En fin, los novios bajaron la escalera. En el zaguán había una hermosa y blanca hacanea que un paje tenía de la brida. La gualdrapa ó paramento, con la armas reales. Sobre la gualdrapa, doradas jamugas. Tomó D. Miguel en sus brazos á Calitea, y, como si fuese más ligera que una pluma, aunque

distaba de serlo, la levantó á pulso y la sentó sobre la hacanea, muy gallardamente.

La lucida cabalgata se puso en movimiento, camino de palacio. Abrían la marcha seis heraldos con ricas vestiduras y estandartes vistosos, y después treinta trompeteros y cuarenta músicos que tocaban instrumentos distintos.

Salvo las omisiones en que me haga incurrir el amor á la brevedad, la demás gente de la comitiva guardaba el orden que aquí se expresa.

El gran maestro de ceremonias, sin abandonar, por ir á caballo, la áurea pértiga signo de su autoridad. Los otros altos empleados de la real casa: mayordomos, coperos, gentileshombres y caballerizos. El montero mayor, seguido de ojeadores y halconeros con los halcones presos por la pihuela y posados en el puño. Catorce damiselas ó meninas, de la servidumbre de la reina madre y de las infantas, condesas todas de la más ilustre prosapia y con diez y seis cuarteles de nobleza la que menos. Las damiselas iban con espléndidos atavíos y en palafrenes briosos. En pos de ellas, igual número de donceles y muchos escuderos y pajes. El corregidor, los secretarios, los capellanes, algunos consejeros y los ayudantes de campo rodeaban al rey, y este oprimía los lomos de un magnífico caballo árabe, que, inquieto y fogoso, piafaba y hacía corvetas. Calitea cabalgaba al lado derecho del rey. A respetable distancia, cuatro robustos lacayos, muy compuestos y pomposos, llevaban en dos sillas de manos á doña Eduvigis y á D. Prudencio. El doctor Teódulo caminaba en su mula, como de costumbre. La procesión terminaba con una brillante escolta de lanceros y flecheros de caballería.

Como era tan popular D. Miguel y Calitea era tan guapa, el alegre gentío los vitoreaba y aclamaba, aglomerándose y empujándose para verlos pasar. Las campanas, echadas á vuelo, no paraban en su repique. En los balcones había colgaduras de brocatel, de damasco y de otros tejidos de seda, oro y plata. Y las muchas damas y los galanes, que estaban

en los balcones, terrados y azoteas, echaban trigo á puñados y una olorosa lluvia de flores.

En palacio fué recibida Calitea con entrañable cariño. La reina madre y las infantas la hallaron tan bella, tan señora, tan sin el menor perfil ni tilde de *cursería*, y tan amable y simpática, que se la querían comer á besos.

El arzobispo casó al rey y á Calitea: les leyó la epístola de San Pablo á los de Corinto, y la comentó con acierto y elegancia.

Toda la función fué regocijada y suntuosa. No entremos en pormenores.

Dejo de contar la suprema ventura de los recién casados para no despertar en nadie la envidia ni otras malas pasiones.

Al día siguiente de la boda, en la expansión de sus sentimientos y en la total entrega que hizo á Calitea de su alma, D. Miguel no supo callar que era su primo y se lo contó todo.

No fué pequeña la desazón de Calitea. Sus escrúpulos fueron mayores. Para quitárselos, se empeñó en que, hasta que llegase la dispensa de Roma, ella y D. Miguel imitasen la vida de la reina Edita y de San Eduardo.

D. Miguel no gustaba nada de semejante imitación, y acudió al arzobispo, pidiéndole socorro con tal ahinco, que el arzobispo, no sé si extralimitándose un poco de sus facultades, le concedió indulgencia plenaria y venia provisional, en un escrito, que el rey, quizás erróneamente porque había estudiado poco derecho canónico ó le había olvidado, llamaba buleto *ad referendum*.

Así no se eclipsó ni se interrumpió la luna de miel.

Cuando supo el Padre Santo todo lo que había pasado, se alegró lo que no es decible, é hizo cantar el *Te Deum* en San Juan de Letrán y en las demás iglesias. La dispensa la despachó á escape, porque D. Miguel era su ojito derecho; y como Su Santidad se desvelaba por conservar la paz y la concordia entre los príncipes, reinos, repúblicas y pueblos cristianos, tuvo por fausta la fusión de las dos ramas de aquella dinastía.

Trajo la dispensa un joven monseñorete, fino, atildado y de agraciada figura, á quien acompañaban dos guardias nobles, asistentes al solio pontificio. Y trajo, con la dispensa, el birrete de cardenal para el Arzobispo, y para Calitea varios regalos de boda, como por ejemplo, tres frascos de agua del Jordán, diez rosarios, media docena de escapularios, varias reliquias y una cruz, con incrustaciones de nácar, hecha de madera de olivo del Monte Olivete. Algunos autores quieren sostener que el monseñorete trajo también *la rosa de oro;* pero yo no me atrevo á asegurarlo, no sea que incurramos en algún error cronológico.

Para terminar, diré que el rey cambió por completo de vida y costumbres desde que se casó. Envió á la duquesa á que cuidase de su marido en el virreinato, y á la cantarina á que cantase en la mano en otras regiones; y él siguió los consejos de Calitea, la amó como ella merecía, y le fué constantemente fiel. Su corte pudo considerarse como la más alegre y divertida, á par que como la más morigerada y virtuosa de toda la Edad Media.

Apenas escrito el cuento que antecede, me acometieron serios temores de ser censurado si llegaba yo á publicarle. Alguien podrá decir que soy un vejestorio, casi con un pie en la sepultura, y que debiera ponerme bien con Dios y emplear mis cortas facultades mentales en tratar asuntos graves y piadosos, sin desperdiciarlas en fruslerías que, salvando los límites de lo cómico, tocan en lo bufo.

Acosado por estas aprensiones, he consultado á mi cómplice y tocayo D. Juan Fresco, quien me contesta con una extensa carta. De ella, por si algo valen para mi apología, entresacaré ó extractaré varios párrafos y razones.

Según mi tocayo, el cuento no puede ser más moral. En él

triunfa la virtud como debe y suele triunfar: por medios poco frecuentes y comunes. No se encuentra un Criyasacti al revolver de cada esquina. Y esto es lo que conviene, porque si triunfase la virtud de ordinario, ya no sería virtud, sino cálculo egoísta el ser virtuoso. Además, que el verdadero triunfo de la virtud no consiste en medrar ni en encumbrarse. Calitea no soñaba con ser reina. Por eso es tan de admirar Calitea. La más leve esperanza que hubiese tenido hubiera rebajado su mérito.

Por otra parte, mi tocayo sabe de buena tinta que Calitea, cuando estaba sola, se dolía de no deber su triunfo al amor que inspiró al rey, sino á las chuscadas del mago. Entonces lloraba amargamente, pero enjugaba y ocultaba sus lágrimas, porque amaba al rey y no quería afligirle. Otras veces la llevaba aún más lejos el vuelo de su triste imaginación meditabunda. Echaba de menos su antigua vida de costurera. Todo le parecía que había sido entonces más poético en ella y para ella. D. Miguel, visto desde abajo y desde lejos, era adorable y sublime. Visto de cerca y al mismo nivel, no lo era tanto. Calitea pugnaba por lanzar lejos de sí estos pensamientos, llenos de arrogancia y de orgullo: este sibaritismo espiritual. Se hincaba de rodillas y rezaba para que el cielo la perdonase, acusándose de infiel y de perjura por amor á alguien que no era su marido, sino un ser fantástico é imposible. Y Calitea no lograba serenarse hasta que su corazón generoso y enamorado, su fe religiosa y su profundo sentimiento del deber, volvían á circundar al D. Miguel real de la aureola de luz y de gloria que ella había puesto en el D. Miguel soñado.

—En resolución—añadía mi tocayo—la historia me parece tan ejemplar que, si yo fuera censor y tuviera que dar permiso para que se imprimiese, copiaria, *mutatis mutandis,* lo que puso el Padre Maestro Fray José de Valdivielso al frente de las novelas de doña María de Zayas y Sotomayor, y lo pondría al frente de *La Buena fama,* diciendo:

«En este honesto y entretenido libro no hallo cosa que se

oponga á la verdad católica ni á la moral cristiana. Y aunque, por ilustre emulación de Zola y otros naturalistas, no debiera darse al autor la licencia que pide, por ser el autor andaluz, me parece que no se le puede negar, sobre todo cuando escribe una historia que refiere candorosamente el vulgo de Andalucía: la cual historia, si no se escribiese, pudiera caer en olvido, con menoscabo y detrimento del *folk-lore,* hoy tan en moda en todos los países.»

JUAN VALERA.

DIEGO VELÁZQUEZ

TERCERA PARTE

(Conclusión.)

VIII

Después de haber enviado á Nápoles y haber reunido allí las compras hechas para el rey, con el fin de remitirlas á España desde aquella ciudad, Velázquez pudo pensar al fin en su regreso. Tomó sus pasaportes, pensando hacer el viaje por tierra; pero la guerra con Francia le impidió realizar este propósito. Embarcóse, pues, en Génova y desembarcó en Barcelona, después de una penosa travesía, en el mes de Junio de 1651. Su ausencia había durado más de dos años y medio. Se comprende la alegría con que fué acogido por su familia y por el mismo rey, que deseaba con impaciencia ver de nuevo á tan leal servidor. A su llegada se le abonaron sus sueldos como pintor de cámara y como inspector de obras de los reales palacios, por todo el tiempo que había estado fuera de España. Pero las ocupaciones, cada vez más numerosas, que estos cargos imponían á Velázquez, iban á llenar desde entonces todos los momentos de su vida, dejándole muy escaso tiempo que consagrar á la pintura. Esa tendencia á ampliar el estilo, que se manifiesta gradualmente, con

la edad, en los grandes artistas, debía acentuarse mucho en él, en razón de la necesidad en que se veía de adoptar una manera cada vez más expeditiva, pues Felipe IV le encomendaba multitud de cuidados y encargos, confiando en la pronta ejecución de ellos. A pesar de su carácter altivo y reservado, mostraba el rey una predilección cada vez mayor por su pintor. Por otra parte, Velázquez había vuelto rodeado de gran renombre y honrado con el favor del Papa y de los grandes personajes con quienes trató en Italia. Era un cumplido caballero, lleno de amabilidad y de distinción, y sus contemporáneos están contestes en presentarle como uno de los hombres más distinguidos de la corte en aquella época. Parecía naturalmente indicado para altos cargos, entre todos los cuales el de gentil hombre de cámara era entonces uno de los más solicitados, porque daba el derecho de acercarse á la persona del rey. En los momentos en que Velázquez se hallaba en la plena madurez de su edad y poseía á fondo todos los recursos de su arte, aspiró al puesto de aposentador mayor. Más de una vez, en el curso de los trabajos de decorado, en los cuales su superioridad era tan indiscutible, había tenido, sin embargo, no pocos disgustos, nacidos de celos y competencias de cortesanos ó de rivales, que querían suplantarle. La dignidad que pretendía le aseguraba una posición jerárquica mejor definida y más independiente. Un año después de su regreso de Italia vacó el cargo, y, animado por el rey, lo solicitó el pintor. Los pretendientes eran numerosos, y con arreglo al orden de las propuestas hechas por los seis miembros de la comisión, presidida por el mayordomo mayor de palacio, las probabilidades que tenía Velázquez de ser nombrado eran escasas. Uno de aquéllos ni siquiera le había incluido en su lista, y en ninguna de las otras cinco figuraba en primer lugar. Pero Felipe IV, con su concisión acostumbrada, escribió al margen de la propuesta estas breves palabras: «Nombro á Velázquez.»

La asignación del aposentador mayor se elevaba á tres mil ducados y casa en el local de la tesorería. Verdad es que las

atribuciones inherentes al cargo eran tan numerosas como delicadas. La misión especial del aposentador consistía en la vigilancia sobre el decorado de palacio y la organización de los viajes regios. Con la cabeza descubierta y en traje de corte, debía estar á disposición del rey. Tenía que vigilar todo lo relativo al cuidado de la Real Casa y á la limpieza de las estancias. Llevaba colgadas á la cintura las llaves de todas las puertas de palacio, y en las comidas oficiales, cuando el rey se sentaba á la mesa, le presentaba su silla. Organizaba las fiestas, las mascaradas, las representaciones teatrales, las justas y los bailes, fijando, de acuerdo con el rey, el programa de estas diversiones, y distribuyendo los convites entre los que tenían derecho á asistir. En los viajes, proveía al alojamiento de los reyes y de las personas de su séquito; trataba con los propietarios de los edificios donde había de alojarse la corte, y hacía colocar una bandera en la residencia reservada al rey. M. Justi, de cuya obra tomo estos pormenores, traza un cuadro poco halagüeño de los cuidados minuciosos, y á veces repugnantes, que exigían estas diferentes funciones. El aseo no predominaba en aquella época, y por lo que sabemos del descuido de nuestras residencias reales en tiempo de Luis XIV y aun de Luis XV, podemos suponer lo que pasaría en España. En el palacio de Madrid, la vista padecía tanto como el olfato, hasta en las cercanías de la capilla; y sería difícil referir aquí lo que las crónicas de aquel tiempo nos cuentan sobre el particular. Con gran trabajo consiguió Velázquez un mejoramiento relativo en este punto. En invierno, el piso de los corredores estaba cubierto por una verdadera cama de paja, y cuando Felipe IV iba á alguna de las iglesias de la capital ó de los alrededores, era preciso llevar esteras. Había que renovar las colgaduras de los lechos reales y los jergones sobre los cuales dormían los guardias. La servidumbre era innumerable, y se conservan las cuentas de los proveedores de lienzos, de rodillas y de cepillos para la limpieza de las habitaciones y de la capilla de palacio. En los viajes, un car-

pintero con sus oficiales, seguía al ejército de criados del rey, para fabricar los muebles más indispensables en las paradas que se hacían. Estos viajes periódicos de la corte para trasladarse á las residencias veraniegas, ó á las reuniones de Cortes en provincias, ó al campo, ocasionaban gastos y pérdidas de tiempo considerables. De la incomodidad de tales viajes no puede formarse idea. «A lo sumo—dice un contemporáneo—se encuentra un techo sobre la tierra pelada (1).» Había que llevar de todo: utensilios de cocina y de mesa, camas, alfombras, sillas, vajilla y muebles, y todo esto se transportaba á lomo en mulos, pues tales transportes no podían hacerse por ríos ni canales, y sólo se contaba con caminos, apenas trazados, en medio de comarcas parecidas á desiertos. Los embajadores no cesaban de quejarse, y las naturalezas más fuertes se resentían de tales fatigas. Los mismos españoles necesitaban varios días de descanso después de estos viajes para reanudar su vida ordinaria. Giustiniani tardó cincuenta días en trasladarse de Tolosa á Madrid, en los meses de Noviembre y Diciembre, y falleció apenas llegado. «No hay caudal particular—dice un veneciano—que baste para seguir al rey al campo; todo cuesta tres ó cuatro veces lo que en Italia. Uno de estos viajes absorbe las rentas de todo un año, y en invierno hay que abandonar con frecuencia los coches, atascados en la nieve, en mitad del campo. El que quiera mortificarse, no tiene más que venir aquí: lo conseguirá mejor que entrando en la Orden de San Francisco (2).»

Pero las mayores dificultades procedían de la penuria del Tesoro. Sólo en Castilla, en espacio de dos años, de 1654 á 1656, los gastos de los viajes de la corte se elevaron á más de cuatrocientas mil pesetas, y á lo mejor no había un maravedí en caja. Los obreros no querían trabajar, ni los mercaderes entregar sus artículos, y para no ayunar, las damas de la corte se ha-

(1) Despacho de Nicolo Sagredo, del 16 de Abril de 1641.
(2) Justi, II, pág. 222.

cían traer de fuera su comida, viéndose en ocasiones obligadas á zurcir y remendar ellas mismas sus vestidos. Todo el mundo tenía deudas. En 1653, Velázquez estaba en descubierto por 30.000 reales, y otro año no se le pagaron 60.000, que había adelantado. A su muerte, no obstante su probidad y vigilancia, se había excedido en 3.264 ducados del presupuesto á que debía ceñirse, por lo cual se procedió contra sus bienes. Si el honor del cargo era grande, por el aprecio que de él se hacía entonces, la utilidad, como se ve, era bien corta, y en aquella vida, consumida por incesantes cuidados, en medio de una mezcla de lujo y de suciedad, de ostentación y de miseria, debía ser muy duro para un hombre de su mérito, el no poder cultivar libremente su arte, ni procurar tampoco alguna holgura á los suyos.

A pesar de todos estos apuros económicos, los gastos continuaban á más y mejor, como se vió con ocasión de la boda del rey con su sobrina Mariana de Austria. Sin hablar de las joyas de diamantes y de los regalos de diversas clases ofrecidos á la princesa, todo había sido fiestas é iluminaciones á su paso. En Madrid, arquitectos, escultores y pintores habían trabajado á porfía en el adorno de cinco arcos de triunfo elevados en honor de ella, cada uno de los cuales costó 2.500 escudos. La comitiva, muy numerosa y magníficamente vestida, cruzó las calles de la villa, adornadas con colgaduras y llenas de flores. Aquí y allá se veían fuentes de vino, y en veinte teatros, improvisados para el caso, se representaban comedias alegóricas, compuestas por los más renombrados escritores. La reinita, obsequiada con todos estos festejos, era todavía una niña, sin belleza ni distinción grandes, y á juzgar por las diversiones á que se prestaba, debían de ser sus gustos bastantante vulgares. En efecto, cuenta M. Justi que durante el carnaval de 1651, como una persona de la corte considerara entretenido soltar entre las faldas de las damas un enjambre de ratones, esta broma la divirtió mucho. Su rostro era absolutamente insignificante, y los trajes con que la ataviaba la ca-

marera mayor, encargada de acostumbrarla á las modas españolas, hacían aún más extraño el aspecto de aquella pálida cara de muñeca, de nariz pequeña, un poco abultada en su extremo y boca minúscula de labios gruesos en que se veía el gesto característico de su familia. No tenía más atractivo que la láctea blancura de su tez y la finura de sus cabellos rubios, peinados, por cierto, de la manera más ridícula, con arreglo á las complicadas modas de entonces.

Tal era el tipo desgraciado que Velázquez tuvo que reproducir en numerosos retratos, destinados las más de las veces á hacer juego con los del rey, y en los cuales se ingeniaba en variar todo lo posible la disposición y la armonía. En algunos, los esposos están en oración (Museo del Prado números 1681 y 1682), arrodillados ante sus reclinatorios guarnecidos de un brocado, cuyos dibujos resaltan quizá con exceso, y cuyo conjunto de colores atrae más de lo conveniente la atención: la reina, vista casi de frente, con su libro de misa en la mano, su semblante aburrido y el trabajoso edificio de su peinado desplegando toda su anchura; el rey, como siempre, mesurado é impasible. Más lejos hay otros dos retratos que hacen juego, (números 1077 y 1079): Felipe IV está de pie, en hábito de general, con coraza y perneras de bruñido acero con clavos dorados, gorguera blanca y faja encarnada y oro; á sus pies descansa un león apenas bosquejado. Tiene todavía gran aire con su mirada tierna y fría, su color encarnado y sus labios rojos. Doña Mariana, con un vestido castaño festoneado de pasamanería gris, aprisionada en una falda tiesa en forma de campana, tiene en una mano el pañuelo. Muy entonada en su actitud, muy tiesa dentro de su vestido, con las mejillas dadas de colorete, la cabellera en forma de abanico llena de lazos rojos y con una pluma blanca y encarnada, conserva su expresión de niña displicente y desdeñosa. Del rey hay un retrato en busto, más acabado (núm. 1080), el último que pintó Velázquez y del cual existen numerosas reproducciones. Las facciones están un poco más acentuadas, la nariz

parece más fina, la contracción de los labios más visible. Sin embargo, las encarnaciones conservan su frescura y los cabellos su color rubio. La fisonomía es, como siempre, impenetrable, aunque se trasluce en ella cierto aire de cansancio. La disposición del retrato es muy sencilla. La cabeza, iluminada de lleno, el cuello blanco y el traje negro, se destacan de un fondo uniforme gris oscuro. Pero esta vez el pintor debió de tener más tiempo delante de los ojos á su real modelo, y pudo profundizar más su estudio, llevándole á la perfección, para dejarnos una imagen verdaderamente típica de aquel semblante misterioso.

Aunque jamás se perciba el esfuerzo en estas diferentes obras, puede comprenderse la concentración que exigirían á un artista tan espontáneo é independiente, y se explica que procurara indemnizarse consagrando sus raros momentos de ocio á tareas menos ingratas. Era para él una dicha fortalecerse reanudando su comercio con la naturaleza; pero como no podía alejarse mucho á causa de las obligaciones de su cargo, le era forzoso buscar los motivos de sus estudios cerca de las residencias reales. Allí encontraba todavía, en la decoración artificial impuesta al paisaje, vestigios de la etiqueta de la corte. En lugar de la rústica amenidad del campo abandonado á sí mismo, no se veían allí más que árboles cuidadosamente alineados y recortados, bosquecillos regulares y simétricos, parterres divididos en compartimientos, aguas canalizadas derramándose en cascadas sobre pilas de mármol, ó brotando en surtidores entre estatuas de dioses mitológicos. Pero al menos se complacía el pintor en alegrar la soledad de las grandes alamedas de los sitios reales, colocando aquí ó allá, como en la *calle de la Reina* de Aranjuez, una carroza de la corte con su tiro de mulas y su escolta de jinetes; ó bien, como en los alrededores de la *fuente de los Tritones*, paseantes, vendedores, un joven galán que ofrece flores á su novia y damas coquetamente ataviadas, cuyo aspecto desembarazado y elegante hace pensar ya en nuestro Watteau. Todo ello, árboles, cielo,

bestias y personajes, rápidamente trazado con la punta de un pincel seguro y ágil, con la encantadora sinceridad y el gusto de un gran artista que en todo pone su sello personal y que da con algunos rasgos la imagen de la vida. Desgraciadamente, estos magistrales estudios, expuestos sin duda en malas condiciones á las bruscas alternativas de un clima riguroso, han sufrido bastante y se han ennegrecido mucho, por lo cual se hallan muy lejos de igualar en frescura y vivacidad de tono á los dos paisajes de la villa Médicis, de que anteriormente hemos hablado.

Pero donde hallamos á Velázquez con su genio habitual y con un sentido más elevado de la naturaleza, es en el gran cuadro de los *Ermitaños* (núm. 1057), pintado, probablemente un año antes de su muerte, para la capilla de la ermita de San Antonio del Buen Retiro (1). El episodio elegido por el artista es el de la visita de San Antonio á San Pablo en el desierto, cuando el cuervo que desde hacía sesenta años traía al último su alimento cotidiano, aparece llevando con ración doble en el pico para la comida de los dos solitarios. A la manera de los maestros primitivos, Velázquez colocó á lo lejos otros dos episodios, sacados igualmente de la leyenda de San Pablo; los dos leones, sus compañeros, abriendo con las garras la tumba destinada al santo, y el demonio en figura de sátiro, acercándosele para tentarle. Pero estos dos episodios, relegados á último término, se desvanecen ante la escena principal. Los personajes son, con todo, de dimensiones reducidas, para dejar al paisaje su importancia. Pero, sin embargo, la vestidura negra de San Antonio, y la hopalanda amarillenta en que está envuelto San Pablo, así como la expresión venerable de éste, con su luenga barba blanca y sus ojos penetrantes, cuya llama ha avivado la edad en vez de amorti-

(1) La conservación de este hermoso cuadro sería excelente á no ser por las innumerables salpicaduras de un líquido de color, de que está manchado, y que creo que se podrían quitar muy fácilmente.

guarla, atraen desde el primer momento la atención hacia los dos anacoretas, pintados por Velázquez con su manera más firme y más hábil. El paisaje completa felizmente la significación de la escena. No se puede imaginar naturaleza más grandiosa, ni más salvaje que aquella abrupta garganta, inspirada probablemente al artista por alguno de los desfiladeros de la Sierra. Un olmo gigantesco, que eleva en primer término su tronco liso rodeado de hiedra, espinos, violetas y grupos de plátanos, así como un límpido arroyo que serpentea á través del estrecho valle, alegran un tanto su aspecto, y esta mezcla de gracias y de austeridades de la naturaleza, está en íntima armonía con el asunto. Velázquez, con su viva inteligencia, supo componer con estos elementos, tan armónicamente reunidos, un expresivo conjunto, muy propio para mostrarnos lo que era la vida de aquellos piadosos ermitaños, y la ayuda que prestaban á sus oraciones todas aquellas bellezas que hablaban á sus almas inocentes, y cuya contemplación les aproximaba cada vez más al Dios que habían ido á buscar en el fondo de los desiertos.

Aunque muy diferente, tanto por los medios en él empleados, como por la composición, otro cuadro de la misma época, la *Fábrica de tapices de Santa Isabel*, más conocido con el nombre de las *Hilanderas*, atestigua la predilección de Velázquez por los asuntos familiares, á los cuales gustaba de volver, cuando podía seguir libremente su albedrío, y que le distraían de las etiquetas de la corte. Sabido es que los tapices son uno de los lujos de España. La última exposición retrospectiva organizada en Madrid el año pasado, ha permitido apreciar las riquezas maravillosas de este género, que posee. El cuidado de los tapices destinados á decorar las residencias reales en las fiestas y en las ceremonias religiosas, entraría probablemente en las atribuciones del aposentador mayor; tal vez el mismo Velázquez fué testigo de la escena que reprodujo en el cuadro de las *Hilanderas*. La ingeniosa disposición de que se valió, le permitió presentar simultáneamente en el lienzo la

mayor parte de las operaciones exigidas por la preparación de la lana, así como la obra final á que conducen. Al mismo tiempo que colocaba en primer término, en una sombra transparente, á las obreras ocupadas en hilar, en devanar la lana y en escoger sus diferentes matices, puso en el centro, al sol y en un plano un poco más elevado, unas damas elegantes, que admiran la obra expuesta ante sus ojos: un tapiz de exquisito gusto que representa un asunto mitológico (1).

Tal es, á grandes rasgos, la composición de este gran lienzo, popularizado por numerosas reproducciones, que sólo dan una idea muy imperfecta de él. Puede verse sin duda en ellas el arte con que están dispuestos y relacionados entre sí los grupos y pueden admirarse los contrastes discretos que presentan; el ritmo de las líneas, tan hábilmente combinadas para evidenciar lo característico; aquellos tonos de luz y de sombra tan enérgicamente opuestos en el centro y los espacios serenos que se extienden en torno; en fin, el orden, tan calculado como libre, de un cuadro en que todo contribuye á la impresión. Pero lo que ninguna fotografía, ni copia alguna, ha podido hasta ahora reproducir, es el supremo encanto de su ejecución y su armonía y el efecto que sobre el espectador produce. No se cansan los ojos de contemplar este lienzo, no sabiendo qué admirar más, si la unidad perfecta del conjunto, ó la propiedad y la íntima armonía de todos los pormenores. Fíjase con preferencia la mirada en la hermosa joven colocada á la izquierda, y hacia la cual se siente atraída naturalmente la atención por la convergencia de las líneas principa-

(1) Uno de los aficionados más inteligentes de España, el señor conde de Valencia, me ha dicho que había buscado en vano este tapiz en los almacenes y palacios de la corona, y el actual director de la real fábrica de tapices de Madrid, á quien pregunté igualmente acerca del particular, me aseguró que no había hallado en los inventarios indicación alguna relativa á esa obra, que, en su opinión, no había sido hecha en la fábrica de Santa Isabel, sino llevado allí sencillamente para que se hicieran en ella algunas reparaciones.

les y por la dirección de la luz misma, que hacen de ella la parte más expresiva y en cierto modo el elemento capital del cuadro. Es una poética encarnación de la belleza meridional. Con los brazos y los pies desnudos, se ha puesto cómoda para trabajar, y su abundante cabellera, coquetamente peinada, deja ver su oreja pequeñita y sonrosada y su blanco cuello. Su camisa, medio flotante por la espalda, está sujeta al talle por un cinturón de un blanco amarillento que contrasta con el verde intenso de la falda. Con ademán elegante y naturalísimo está devanando la lana, y su graciosa silueta se destaca vivamente de la muralla, de un gris sombrío. En torno de ella, en la tonalidad sobria y vigorosa del primer término, se siente la tibia atmósfera de las horas calurosas de un día de verano, cuyo silencio turban sólo el ruido monotono del torno de hilar y el rum-rum de un gato, enroscado apaciblemente entre los desperdicios de la lana. Por el contrario, hacia el centro, oponiéndose á estas entonaciones plenas y sabrosas del primer término, en la entrada, abierta en forma de arco, é invadida por la luz, se despliega la alegre armonía de los matices delicados y ligeros, los azules, los grises suaves y los rosas de los chales y los vestidos de las dos elegantes visitadoras, vivamente iluminadas. Los rayos del sol juguetean sobre el tapiz, donde se entreven vagamente dos personajes alegóricos y como una figura de Europa sobre el blanco toro, escoltada por una comitiva de amorcillos, bajo un cielo pálido. No se cansa uno de ver esos tonos plateados y suaves difundidos en la atmósfera, y absorbiéndose en deliciosa contemplación, se piensa apenas en la fecha y en la novedad de una obra que deja tan atrás á nuestras supuestas invenciones, á esas vulgares glorificaciones del trabajo, en que nuestros artistas presentan con frecuencia sus groseras materialidades, ó su fealdad tan sólo. Pero ante un asunto tan sencillo, transfigurado por un maestro, parece, por el contrario, que tenemos delante de los ojos uno de esos cuadros que, en ciertos momentos privilegiados, se esfuerza en componer la

naturaleza misma como obras exquisitas, uniendo á la vida y á las gracias de la realidad todas las seducciones del arte más consumado.

IX

Era para Velázquez rara fortuna el poder tratar estos asuntos y aprovechar así sus ocios para distraerse de las molestias de su cargo. Sin embargo, ni la misma pintura, de que tan apasionado era, le hacía olvidar los deberes que le imponía su empleo; y eran tales el acierto, la discreción y el celo con que los cumplía, que Felipe IV no pudo haber hallado servidor más leal. Hacía treinta y cinco años que había entrado al servicio del rey, cuando éste pensó en recompensar la adhesión de que le había dado tantas pruebas. Según Palomino, hallándose en El Escorial durante la Semana Santa de 1658, dió á elegir á Velázquez entre los diferentes hábitos que concedía, y eran los de Alcántara, Calatrava y Santiago. El pintor se decidió por el último, que quizá le parecía el más envidiable, porque rara vez se había otorgado á artistas. El rey se lo concedió el 12 de Junio siguiente; pero antes de usar el título y las insignias, el nuevo caballero tenía que cumplir dos formalidades previas: presentar sus pruebas de nobleza y obtener del Papa las dispensas necesarias, pues el celibato era una de las condiciones exigidas por los estatutos de la Orden. Las pruebas de nobleza eran sometidas á una junta formada por los principales dignatarios de la Orden (1), y el aspirante tenía que justificar la limpieza de sangre de sus antepasados hasta la cuarta generación, es decir, acredi-

(1) Justi, II, pág. 230 y siguientes.

tar que eran cristianos viejos, sin mezcla con judíos, moros ni conversos. Tenía que probar además que su familia no había ejercido comercio ni oficio manual alguno; asimismo debía poseer un caballo, ser buen jinete y no haber faltado jamás en lo más mínimo al honor. Además, los gastos eran considerables, si bien no se hallaban sujetos á tarifa: había que entregar 200 ducados para la caja del capítulo, 200 escudos para el tesoro real y más de 50 para la secretaría, sin contar lo que importaba la tramitación del expediente (1).

Una de las primeras dificultades que se presentaron, consistió en la posición especial de Velázquez y en su profesión de pintor. Parece que en este punto, el consejo de la Orden vaciló al principio de la información. Es cierto que los testimonios recogidos afirmaban que el artista no había sacado ningún beneficio pecuniario de sus obras. La pintura «es en él un mérito más, un talento y no un oficio—dice una de estas declaraciones;—jamás ha ejercido las funciones de perito, ni tenido estudio, ni comerciado en Sevilla ni en Madrid». Por otra parte, Alonso Cano y Zurbarán declararon, como buenos compañeros, que nunca había vendido sus cuadros, y que sólo pintaba para complacer á Su Majestad. Evidentemente, ahondando un poco en la realidad de las cosas, se hubiera podido descubrir que esto no era en absoluto la expresión de la verdad; pero el hecho de que el rey hubiese juzgado á Velázquez digno del honor á que aspiraba, pareció al consejo una presunción suficiente y se dió por satisfecho en esta parte. Más vacilaciones debía mostrar en lo relativo á las pruebas de nobleza del pretendiente. Se nombraron para este efecto dos comisiones, una de las cuales debia funcionar cerca de la frontera de Portugal, de donde era oriunda la familia paterna del artista, y la otra en Sevilla, donde había nacido su madre. Los individuos de esta

(1) Los documentos de la información, conservados en los archivos de Madrid, fueron publicados por el Sr. Cruzada Villaamil en la *Revista Europea*. Madrid, 1874, II, *passim*.

última comisión, sin querer tomar por sí mismos acuerdo alguno, enviaron á Madrid los documentos que habían reunido, dejando al consejo la resolución del caso. Sea porque hubiese alguna envidia oculta, ó porque prolongando la información se quisiera aumentar los gastos, el caso es que el acuerdo final parecía dudoso; hasta se empezaba á hablar de la necesidad de una nueva información, cuando el rey, impacientado ya, hizo saber «que bastaba con lo actuado, y que para él las pruebas de nobleza estaban hechas». En su sesión del 2 de Abril de 1659, el consejo admitió la perfecta dignidad del aspirante, y, llegada la dispensa del Papa el 29 de Julio siguiente, el pintor recibió las insignias de la Orden con el ceremonial acostumbrado.

Como aposentador mayor del monarca, Velázquez había tenido que ocuparse muchas veces en la instalación de las obras de arte, que entraban en el decorado de las residencias reales. Como el rey tenía ideas propias sobre el particular, y las nuevas construcciones que no se cansaba de edificar eran causa de reformas incesantes, á veces era esta tarea muy difícil. La terminación de El Escorial, que llegó á ser para Felipe IV, en los últimos años de su reinado, objeto de preocupación constante, iba á ofrecer bien pronto al artista una ocasión de desplegar su actividad y gusto. El rey puso á su disposición numerosos lienzos, destinados á adornar las espaciosas salas de la sacristía del Capítulo de El Escorial. Estos cuadros, muy notables los más, procedían de adquisiciones hechas en Italia, en Alemania, en Flandes, y, sobre todo, en Inglaterra, en la venta de la galería de Carlos I. Este desgraciado soberano había sido en un tiempo huésped de Felipe IV, y hasta su mismo fin trágico parecía un motivo más en favor del proyecto de reunir las diseminadas obras de sus colecciones en aquel triste palacio de El Escorial, donde se hallaba el panteón de los príncipes de la familia real de España. Entre los 41 cuadros que dió el rey, figuraban obras maestras de primer orden de Rafael, Correggio, Tintoreto, Pablo Veronés, Van der

Weyden, Ribera, Caravaggio, que forman hoy la principal riqueza del Museo del Prado (1).

Velázquez, á quien se había dado el encargo de colocar estos cuadros en la sacristía, hizo con tal motivo, en forma de Memoria, un catálogo descriptivo de ellos, con indicación de su procedencia, de sus autores, del lugar que les estaba reservado, y algunas apreciaciones breves sobre su mérito respectivo. Se comprende el interés que tendrían para nosotros estos juicios de un maestro como Velázquez, sobre sus compañeros, si halláramos en ellos la huella de sus preferencias y de sus propias ideas acerca del arte. Por esto fué grande la emoción que produjo entre sus admiradores la noticia de que aquel escrito, mencionado ya por Palomino en 1724, había sido hallado en 1871, en Cádiz, por D. Adolfo de Castro, en un ejemplar único publicado al año siguiente en las Memorias de la Academia Española (Agosto de 1872), y traducido dos años después por el barón Ch. Davillier. Pero M. Justi, fijándose en ciertas contradicciones que ha observado en los juicios, y en muchas particularidades relativas al texto mismo de este escrito, perdido durante doscientos años, cuando el talento y la posición de su autor debían llamar forzosamente la atención sobre él, ha puesto en duda su autenticidad. Aunque ésta se hallase probada, creemos, como él, que no se debería dar gran importancia á tal catálogo, ni habría que considerarle en manera alguna como una profesión de fe estética, puesto que la uniformidad en los elogios era de rigor, toda vez que el fin principal de este trabajo es celebrar la importancia del regalo hecho por Felipe IV á El Escorial. Salvo algunos pasajes, como el rela-

(1) Algunos de ellos, entre los cuales hay cuadros de gran mérito como la gran *Crucifixión*, de Van der Weyden, y el *Lavatorio de pies* de Tintoreto, continúan en El Escorial, donde, además de las injurias del tiempo, han sufrido recientemente indignas restauraciones y retoques, obra de un restaurador bastante simple para haberse gloriado de este vandalismo en inscripciones puestas al pie de las pinturas tan maltratadas por su mano.

tivo al *Lavatorio de pies*, de Tintoreto, «junto al cual otro lienzo cualquiera obra no parece más que pintura, y esto solo es la verdad», no se encuentra apenas, en aquel panegírico de encargo, el juicio del hombre entendido en la materia ni el criterio personal de un artista que, á haber hablado con su franqueza habitual, hubiera puesto más de sí mismo en la libre expresión de sus sentimientos.

La amabilidad y la inteligencia de Velázquez habían hecho de él un hombre necesario. Las continuas idas y venidas á que le obligaban los deberes de su cargo y los caprichos del rey, no le permitían mas que un trabajo intermitente, consagrado las más de las veces á la ejecución de los numerosos retratos que Felipe IV no cesaba de encargarle. Además de los del rey y la reina, de que ya hemos hablado, y que fueron hechos en esta época, son dignos de mención varios de los retratos de los infantes. Citaremos, antes que otro alguno, el de la infanta María Teresa. Nacida en 1638, sólo tenía tres años menos que la nueva reina, y había heredado algunas de las gracias de su madre, Isabel de Borbón. Expansiva y vehemente como era, no esperó á que la política se acordase de ella para manifestar los sentimientos que le inspiraba su primo Luis XIV. Era todavía una niña cuando, á pesar de las etiquetas de una corte tan entonada, manifestaba cándidamente el deseo de acompañar al retrato suyo que se envió á Francia; y poco después, cuando los proyectos de matrimonio concertados entre las dos cortes fueron ganando terreno, no se recataba de hacer reverencias á la imagen de su real prometido, diciendo á sus damas de honor: «Saludo á mi futuro esposo.» Sin hablar de las reproducciones,—que varían en el traje,—del museo de Viena y de la galería Lecaze, el retrato en pie de la infanta, que, después de haber formado parte de la colección de Morny, pertenece hoy á Mad. Lyne Stephens (1), me parece una de las obras más encantadoras de Velázquez. Ata-

(1) Figuró en la Exposición del Palacio Borbón en 1874.

viada con un vestido negro, guarnecido de pasamanerías á cuadros, como de tablero de damas, sobre el cual cae una gorguera de encaje, la joven princesa está de pie junto á una silla, y acaricia con la mano derecha las largas orejas de un perrito de aspecto descarado, acurrucado junto al respaldo. El rostro, finamente modelado, llama la atención por su frescura; y la expresión de la mirada, profunda y acariciadora, parece que se adelanta precozmente á la edad de la princesa. Los retratos de la infanta Margarita, primer fruto del matrimonio de Felipe IV con su sobrina, son todavía más numerosos: se cuentan nada menos que siete, ejecutados de año en año para complacer á sus padres y á los parientes de la corte de Viena. El que posee el Louvre, pintado probablemente para Ana de Austria, y que adorna hoy el salón cuadrado, es bien conocido de todos, y no me explico cómo M. Justi, mejor informado de ordinario, duda de su autenticidad y cree reconocer en él la mano de Mazo. La posesión, ya antigua, del cuadro, la distinción de esta obra, y más que nada su mérito propio, me parece que confirman plenamente su atribución á Velázquez. Es cierto que la ejecución está más extremada en este lienzo que de costumbre, pero el trabajo, no por ser más ceñido, es menos perfecto. Se ve allí toda la facilidad y toda la ciencia de un maestro, no la timidez de un copista. La extremada finura del modelado, sobre todo en las mejillas, en la frente y en las sienes; la índole misma de las encarnaciones, frescas, pero un poco flojas; la expresión personalísima de aquel rostro menudo, enfermizo, un poco abotagado; aquella cara de bestiezuela inquieta; el gusto delicado del largo traje blanco, adornado con cintas de color rosa pálido; aquella mezcla feliz de amplitud y de precisión, de conciencia y de libertad, todo revela la mano de Velázquez, y, como á muchos jueces excelentes en la materia, nos parece que es este lienzo una de sus mejores obras.

En el Museo de Viena se conserva el retrato de un infante cuyo nacimiento siguió, con un intervalo de poco más de seis

años, al de la infanta Margarita: el príncipe Felipe Próspero, heredero presunto del trono. Fué oportuno el darse prisa á retratarle, pues el pobre niño no debía vivir mucho. Velázquez le pintó cuando tenía dos años, vestido con un traje encarnado y delantal blanco, con sus juguetes colgados del cinturón: un sonajero de plata, una cajita y un chupador; junto á él se ve, echado en un sillón, un perrito faldero, cuya cabeza traviesa y cuya expresión revoltosa, contrastan con el aspecto del niño. Aquella criatura de rostro exangüe, de carnes fofas é inertes, no piensa en divertirse, y el tapete de la mesa, así como el cortinón de un rojo laca, del cual se destaca su semblante enfermizo, contribuyen á hacer resaltar la palidez de su rostro. Sus piernecillás débiles apenas pueden sostener el cuerpo raquítico de aquel triste vástago de una raza que iba extinguiéndose. Tres años después murió, y otro infante, Fernando Tomás, nacido un año más tarde, falleció también á los diez meses.

A la infanta Margarita volvemos á encontrarla en el centro de una de las obras más importantes de Velázquez, en el cuadro de las *Meninas,* que parece la más elevada expresión de su talento. La escena familiar que trazó, se presentaría probablemente ante sus ojos en ocasión de hallarse pintando algún retrato del rey y de la reina, cuando para distraer el aburrimiento de los esposos, durante la sesión, se traía junto á ellos á la infantita y á las personas de su servidumbre. Impresionados por aquel espectáculo, debieron, sin duda, de pedir al artista que fijase en un lienzo el recuerdo de la escena. Velázquez se pintó á sí mismo con la paleta en la mano, junto al gran lienzo en que está retratando á los reyes (1), colocados fuera del espacio que abarca el cuadro, pero cuya doble imagen aparece reflejada en un espejo colgado en la pared

(1) Es el único retrato auténtico suyo, que nos ha dejado el artista. El gran cuadro del Museo de Viena, que pasa por representarle á Velázquez con su familia, seguramente no es obra suya. Aunque lo fuera, no nos presentaría más que una imagen insignificante y muy confusa de él.

del fondo. Delante de ellos, la infanta Margarita está con sus meninas á los lados, de donde viene el nombre de esta pintura; una de ellas, una encantadora jovencita de fisonomía dulce y cándida, arrodillada junto á la princesa, la tiende un vasito de porcelana roja barnizada, para que beba; á la derecha, el enano Pertusano acaricia con la punta del pie á un perrazo, echado en el suelo, que dormita con aire satisfecho; junto á él la enana María Barbola, con su rostro desagradable, su nariz abultada y su aire descarado, mira de frente hacia los soberanos; detrás, en la sombra, una dama de Palacio, en traje monástico, conversa con el gentilhombre de la infanta. Por último, en el fondo, en el hueco de una puerta, la silueta del aposentador de la reina, vestido de negro, se destaca vigorosamente de las paredes blancas de un corredor, elevado algunos escalones más arriba de la sala en que se encuentran reunidos todos estos personajes. Con elementos de tan escasa gracia, hábilmente agrupados, supo formar el pintor un admirable conjunto. Y no apeló al recurso de los contrastes que un efecto de luz hubiese podido ofrecerle. Como en el cuadro de las *Hilanderas,* la escena está iluminada aquí por una luz igual y difusa. Las coloraciones no tienen la riqueza que en el lienzo que acabamos de citar, ni menos la del de las *Lanzas*. Son, por el contrario, sobrias, amortiguadas, discretas, con grandes espacios de un tono neutro, de grises crudos, realzados apenas por el rojo de la chupa de Pertusano y el vestido verdoso de la enana, con el cual hace juego la falda verde oscura de una de las Meninas. Aquí y allá algunos cordoncillos más claros ó más oscuros, algunas cintas rojas ó rosadas, avivan un poco aquellos matices borrosos, que dejan que domine el brillo de las encarnaciones.

La manera misma es muy poco aparente; muy amplia y libre, pero ceñida, sin embargo, y subordinada al aspecto general. Pero ¡qué arte en la composición del cuadro, en los arabescos de las líneas, en la agrupación de los personajes, en los grandes espacios tranquilos dispuestos en torno de ellos,

y, sobre todo, en aquella observación tan exacta de los planos en que se encuentran colocados y de las distancias que los separan! Obsérvese el cuadro desde este punto de vista, así en conjunto como en sus más mínimos pormenores; por todas partes circula el aire, envuelve los objetos, asigna á cada uno su verdadero lugar y le da su correspondiente relieve. No hay salientes excesivos ni vacíos injustificados. El toque, apropiado á la naturaleza de las cosas, y atenuado con el alejamiento gradual de ellas, contribuye á hacer completa la ilusión. El espíritu y la mirada se satisfacen igualmente. Si se someten á un examen parecido los cuadros cercanos, los los mejores de los más célebres maestros que encierra este Museo lleno de obras de arte, no se hallará uno que resista como el de las *Meninas* semejante análisis. En los demás, todo son tropiezos, conflictos, aproximaciones, indecisiones; en el de Velázquez se ven las soluciones de una exactitud absoluta, obtenidas con una facilidad y una sencillez que confunden, sin dejar que se trasluzcan siquiera las dificultades del problema. Y hay que tener en cuenta todavía que este lienzo, tal como es, padeció en el incendio del Alcázar en 1734, ha pasado por una restauración, y alumbrado por una luz demasiado vertical, ganaría si se hallase algo inclinado (1).

Con un ingenioso artificio, cuya idea le sugirió tal vez la realidad, el artista puso hacia el centro la claridad más viva, al par que la intensidad mayor, y oponiendo al blanco luminoso del fondo, el traje negro del chambelan de la Reina, dió como el diapasón de las dos notas extremas de su obra, á fin de hacer resaltar mejor el tono medio en que quería mantenerse. En primer término, en plena luz, aislada entre las graciosas figuras de las meninas, la infantita resulta el objeto principal del cuadro, señalado á la atención por coloraciones más claras y más vivas. Parece de alguna más edad que en el retrato del

(1) El conocido pintor Sr. Madrazo, cuya reciente pérdida lamentamos, decía que tuvo ocasión de ver el cuadro de las *Meninas* colocado en los talleres del Museo, y que allí producía una impresión superior aún.

Louvre, pero conserva la misma expresión. A uno y otro lado de esta figurita, los valores y los matices van aproximándose y atenuándose, pero conservan toda su franqueza, y la localización está siempre respetada. No puede imaginarse el encanto de estos grises variados, amarillentos ó verdosos, su armonía espontánea y delicada, la finura de sus aproximaciones ó de los contrastes que los hacen resaltar. ¡Cuántos motivos de admiración también en la distribución de la luz, en la manera de presentarla según la naturaleza de los diversos objetos que la reciben ó la reflejan! Y ¿qué decir de aquel trabajo de empaste tan hábilmente realizado y á tan poca costa? De cerca, queda uno confundido por la sencillez, la franqueza y la libertad de este trabajo; si nos alejamos un poco, todo se armoniza, se equilibra y se anima. ¡Qué espectáculo para los ojos, y qué de maravillas para un pintor, y qué combinación tan admirable de todos los recursos de la pintura, puestos por Velázquez al servicio de la expresión! Asombra el que un asunto tan insignificante haya podido sugerirle tantas cosas, tantas manifestaciones diversas de la vida, reunidas y caracterizadas con tan prodigiosa penetración. ¡Qué de tipos divertidos ó significativos, desde el perrazo impasible que dormita, penetrado el noble animal de que hay que tolerar con paciencia los caprichos de aquella gentecilla á la que sirve de juguete, hasta las dos hermosas jóvenes cuya belleza hacen resaltar más los dos monstruos cercanos á ellas; hasta la infantita, verdadera muñeca real, tiesa y comprimida en su traje; hasta el artista mismo, aquel apuesto y noble caballero, que modestamente se mantiene apartado y es el único que trabaja entre tantos ociosos! Y todo esto, ¿no es al mismo tiempo que una excelente pintura, la más fiel imagen y como el resumen de España en aquel curioso momento de su historia, con sus variados tipos, así los más hermosos como los más extraños, con aquella mezcla de lujo y de grosería, de familiaridad y de tiesura, de que todavía se cree encontrar á cada paso la persistente huella en un país que parece haber cambiado tan poco?

Desgraciadamente, los días de Velázquez estaban contados. Su cargo, además de haberle apartado muchas veces del arte, abrevió su vida, imponiéndole fatigas superiores á sus fuerzas. Sabido es que el tratado que puso fin á la guerra entre España y Francia, debía sellarse con el matrimonio de Luis XIV con su prima la infanta María Teresa. En lugar de reproducir en el lienzo los diversos episodios de este memorable suceso, el artista, en su calidad de aposentador mayor, tuvo que disponer todo lo concerniente al viaje de la corte y á los preparativos de la entrevista, para la cual se había elegido como terreno neutral la isla de los Faisanes, situada cerca de Fuenterrabía y que pertenece por mitad á ambos países. Se levantó en el centro de este islote una tienda, en la cual los dos reyes pudieron mantenerse cada uno á un lado de la línea que figuraba en la alfombra la frontera de sus Estados, respetándose así estrictamente las exigencias del riguroso ceremonial convenido para el caso.

Merece leerse en el libro de M. Justi (1) el relato de este terrible viaje á los Pirineos, en el cual tuvo Velázquez, como aposentador, que proveer al alojamiento de Felipe IV y de su séquito. No era, en verdad, tarea fácil, por ser la comitiva innumerable. Sólo el acompañamiento del ministro D. Luis de Haro se componía de doscientas personas, y al ponerse la comitiva en marcha, cuando llegaron los primeros á la puerta de Alcalá, los últimos no habían salido aún de Madrid. Calcúlese lo que sería semejante caravana, cargada con las tapicerías, las libreas de repuesto, la ropa blanca y la vajilla que tenía que llevar. Por ser tan malos los caminos, las jornadas apenas eran de seis leguas, al menos en el terreno montañoso. Se habían señalado en el itinerario veintiuna paradas entre la capital y San Sebastián, y en las ciudades, los castillos y los conventos del camino en que se detenía la comitiva, todo eran recepciones, comidas, ceremonias religiosas, corridas de toros, masca-

(1) *Velázquez*, tomo II, pág. 381 y siguientes.

radas é iluminaciones. Aquella interminable procesión, salida el 15 de Abril de 1660, no llegó hasta el 11 de Mayo al punto á que se encaminaba, y después de los preparativos y las molestias de semejante viaje, todavía tuvo Velázquez que ocuparse en la organización de las fiestas que debían dar todo el esplendor posible á la reunión de las dos cortes, deseosas de competir en fausto y en magnificencia.

Por la relación de Mad. de Motteville son bien conocidos los pormenores de la entrevista. Cuando la reina Ana de Austria, llena de alegría al volver á ver, al cabo de cuarenta y cinco años de ausencia, á su hermano Felipe IV, abrió los brazos á la francesa para abrazarle, él se echó atrás con una gravedad enteramente española, permaneciendo «tan inmóvil—dice otro cronista—que se le hubiera tomado por una estatua más que por una persona viviente». Las fatigas y las preocupaciones de todas clases que tuvo que soportar Velázquez en el cumplimiento de la misión que le estaba confiada, eran superiores á las fuerzas humanas; pero, á pesar de estas molestias, su cortesía y su amabilidad no decayeron por un instante. Su buen talante y la corrección de su porte causaban la admiración de todos.

Después de setenta y dos días de ausencia, regresó el 26 de Junio á Madrid. Su familia le esperaba con ansiedad, llena de inquietud por el rumor que había corrido de su muerte. Extenuado y enfermo ya, traía el germen de la fiebre perniciosa que adquirió á orillas del Bidasoa y que debía arrebatarle la vida poco después. Muy alarmado por la noticia de su enfermedad, el rey le envió en seguida dos de sus médicos para que le asistieran; mas no pudieron hacer otra cosa que comprobar el estado desesperado del artista, cuya dolencia se prolongó algún tiempo, hasta que el viernes 6 de Agosto de 1660 expiró, á la edad de sesenta y un años. Sus funerales se hicieron con gran pompa, asistiendo numeroso concurso de sus compañeros y de los más elevados personajes de la corte. Los santiaguistas quisieron llevar ellos mismos, á hombros, el ataúd, y

la música y los coros de la capilla real tomaron parte en la ceremonia fúnebre. Felipe IV se mostró muy afectado por aquella pérdida, y algún tiempo después, en una deliberación de la Junta encargada de entender en el asunto de los haberes de Velázquez, no pudiendo decidirse todavía á resolver la cuestión, escribió con mano temblorosa estas palabras: *Quedo abatido* (1).

X

Así como no había tenido predecesores, no tuvo tampoco Velázquez herederos de su talento, y por fieles que fuesen sus discípulos no consiguieron otra cosa que hacer resaltar la superioridad del maestro. El más notable de aquéllos, Juan Bautista del Mazo, que desde 1634 era yerno del artista, copiaba con gran habilidad las obras de Ticiano, del Veronés, de Tintoreto y hasta de Rubens. Sus retratos, que ofrecen ciertas analogías de factura con los de Velázquez, se prestan á veces á confusiones, pero los únicos que alcanzan tal honor son los que éste retocó y avivó con algunas pinceladas decisivas. Pudo el discípulo imitar los procedimientos del maestro, la amalgama de los colores y la ligereza de la ejecución; pero entregado á sí mismo, deja ver la flojedad y la indecisión de su dibujo. Sin embargo, sus paisajes manifiestan una manera muy personal, especialmente la *Vista de Zaragoza* (Museo del Prado), en la cual los numerosos personajes que pintó Velázquez en primer término, no consiguen amenizar la sombría tristeza y el árido aspecto del paisaje.

Junto á Mazo, apenas puede citarse más que al esclavo Juan de Pareja, cuya interesante historia refiere Palomino.

(1) En castellano en el original.—(N. DEL T.)

Sirviendo á Velázquez, se aficionó poco á poco á la pintura, mas para no herir la susceptibilidad de su amo, ocultaba sus ensayos á todos, hasta que, visto y apreciado por Felipe IV uno de sus cuadros, se le otorgó la manumisión á instancia del rey mismo. No por eso abandonó el servicio de Velázquez, y muerto éste pasó al de su hija, esposa del pintor Mazo, no queriendo apartarse de una familia á la que había tomado gran cariño. El gran lienzo del Museo del Prado, *La Vocación de San Mateo,* que es la mejor de las obras de Pareja, no manifiesta, sin embargo, las influencias que parece que debió de experimentar junto á su amo. Es una pintura fría y hábil, pero sin gran carácter, y que parece inspirada por los italianos de la decadencia. Fuera de estos dos, los otros discípulos de Velázquez, tales como Juan de Alfaro y Gómez, Nicolás de Villacis y Tomás de Aguiar, no eran más que aficionados, hijos de familias distinguidas, que por la nobleza de su nacimiento tenían entrada en la corte y pudieron ponerse en relaciones con el artista. Cuanto á los pintores de aquella época, como Mateo Cerezo, Escalante, Juan de Carreño y Claudio Coello, se eclipsan absolutamente ante su gran rival. Sólo Murillo y Zurbarán, aunque muy inferiores á él, pudieron conservar frente á Velázquez alguna originalidad. Como buen compañero, ajeno á todo sentimiento de envidia, el aposentador mayor de Felipe IV aprovechó su ascendiente sobre el rey para favorecerles, atrayéndoles á la corte, y, si no podía retenerlos, les proporcionaba al menos estímulos y encargos.

La manera de Velázquez es personal entre todas. Se ha hablado mucho con este motivo de sus procedimientos, de «aquellas misteriosas combinaciones» cuyo secreto guardó, según Burger. Salvo el secreto de su genio, no vemos otros en este maestro, á quien distinguen sobre todo la naturalidad, la sencillez y la ausencia absoluta de convencionalismos. La manera misma de abordar la ejecución de sus obras es peculiar suya también. ¿Qué otro pintor se atrevería como él lo hizo á trazar su composición sobre el lienzo, las más de las veces sin

estudios, ni bocetos previos? Evidentemente reflexionaba mucho; sabía y veía claramente lo que quería. Pero ¡qué concentración de esfuerzos, qué seguridad no exige un trabajo realizado así, atendiendo simultáneamente á todo, á las dificultades reunidas del dibujo, del efecto y del color! ¡Qué fuerza de voluntad frente á la naturaleza, á la cual no cesó de recurrir, para interpretarla según su idea y para subordinar esta interpretación á las exigencias del asunto y al resultado final que se proponía! La necesidad que tenía de apresurarse le obligaba á aprovechar todo lo mejor posible los breves momentos que sus modelos le concedían. Se aplicaba entonces con todas las fuerzas de su ser á su trabajo, y la energía de este esfuerzo inicial le llevaba sin tropiezos al corazón mismo de la obra, y hasta su completa terminación, la comunicaba ese calor, ese soplo de vida, que imprime á las grandes creaciones humanas el sello de un espíritu superior.

Para no estraviarse, para no dejar nada al azar, y para concluir en el más breve plazo posible trabajos tan precipitados, el artista comprendió en seguida la necesidad de proceder con método. La disposición del conjunto fué para él desde un principio objeto de especial cuidado, pues es el fundamento sobre el que debe descansar todo. Adquirió en este punto un golpe de vista maravilloso para apreciar las formas, las proporciones y los movimientos. Desde los primeros rasgos se descubre la seguridad del dibujante, en la exactitud absoluta de las distancias y las direcciones. Tenía su manera propia de dibujar; necesitaba el pincel y modelaba con colores. No se conservan, en efecto, dibujos que se le puedan atribuir con alguna certeza, y aunque el gabinete de estampas de Berlín y la Biblioteca de Madrid poseen dos pruebas de un retrato grabado de Olivares, que en razón de la libertad y soltura de la ejecución parece digno del maestro, el hecho de ser pruebas únicas acredita de sobra que no daba gran importancia á estos ensayos, si verdaderamente son suyos. Velázquez no fué ni quiso ser más que pintor, y hasta como pintor su técnica, y los

materiales que emplea son de una sencillez extrema. Habitualmente se valía de un lienzo de tejido grueso, cuyo grano estaba en relación con las dimensiones del cuadro proyectado. La preparación, muy ligera, de esta tela deja ver su trama, y ya insista cubriéndola de pasta ó ya se limite á ligeros toques, obtiene á su capricho los más variados efectos. La blancura de esta preparación permite dar más claridad y más brillo al color y hasta en los trozos más acabados, la franqueza de la ejecución, asegura á la obra una gran frescura, al mismo tiempo que una excelente conservación.

Cuanto á su manera de pintar, el artista mismo nos la muestra al presentársenos con su paleta y sus pinceles en el cuadro de las *Meninas*. La paleta es pequeña, ovalada, poco cargada de colores, y estos en corto número, ocho ó nueve á lo más: un blanco, un ocre amarillo, dos rojos, uno de tono medio y el otro más brillante, más fino que el vermellón—cierto rojo de Sevilla que se prepara muy bien en España—y luego una serie de colores sombríos, poco marcados; probablemente un laca, un negro, un azul y dos ó tres castaños. Con estos colores modestos y de mediano brillo, componía Velazquez armonías enérgicas ó delicadas, severas ó alegres, de variedad infinita. Jamás empleó recetas ni fórmulas. Sabía sacar partido de todo, casar todos los tonos, contentarse si era preciso con el blanco y el negro, con un poco de castaño y de vermellón, para obtener las coloraciones más exquisitas.

No se valía de brochas; al menos en el cuadro de las *Meninas* no tiene en la mano más que pinceles, lo cual parece algo extraño, dados los grandes espacios que allí se ven—como el piso, las paredes, el cielo raso y el lienzo apoyado en el caballete—en los cuales el color está unido, liso, sin huellas de interrupciones. Pero quizá no necesitara brochas para la tarea que pensaba realizar aquel día. Los pinceles que tiene en la mano son parecidos á los de los acuarelistas, pinceles armados sobre largos mangos, que empleaba con preferencia y que

usaban también otros pintores célebres, entre ellos Rubens. El toque es así, cuando el caso lo requiere más limpio, más preciso y más flexible, y la longitud de los mangos permite dar desde más lejos la pincelada y apreciar mejor, por consiguiente, el efecto que producirá á la distancia debida. La materia colorante no está ni muy diluida ni muy espesa; bastante consistente para poder manejarse con ligereza en todos sentidos sin correrse ni ensuciar. Extendida francamente en grandes tonos locales de valor medio, el pintor la modifica con poco trabajo, por medio de algunos acentos, más vigorosos y trasparentes en las sombras, más claros y empastados en la luz. Asimismo, indicaba rozando los reflejos y marcaba con resaltos lo reluciente, con singular precisión y siempre en el lugar oportuno. Casi todos sus tonos están rebajados con blanco, y el blanco, que casi siempre servía de base á sus mezclas, le dió aquellos grises finos, plateados, tan matizados y sabrosos. Por el contrario, dejó siempre á sus negros toda su intensidad, sin hacerlos nunca opacos ni pesados.

Todo este trabajo le era muy fácil y lo realizaba con un ímpetu y una libertad que revelan su placer constante de pintar, sin que su numen llegara nunca al amaneramiento. Nada hay, pues, de misterioso en esa manera que continúa siendo inimitable; lo que hay en cada pincelada es una inteligencia siempre despierta y el encanto de una ciencia impecable unida á una sinceridad absoluta. En todo se manifiesta ese aire de espontaneidad, que avalora más todavía las obras perfectas. Si alguien ha realizado la fórmula del menor esfuerzo aparente para el mayor efecto posible, ha sido él. Pero todo esto no puede, en realidad, explicarse con palabras. Todo el que ha manejado el pincel, queda ante sus cuadros tan lleno de admiración, como incapaz de explicarse satisfactoriamente las razones de este sentimiento; tampoco se prestan sus obras á la literatura, y tan exclusivamente pictóricos son los medios que emplea. Y con aquella habilidad consumada que os encanta, la modestia del pintor es tal, que parece que duda de

su mérito y jamás hace ostentación de el. Copiado, ó, mejor dicho, interpretado por su mano, el objeto más vulgar y prosaico adquiere un aspecto imprevisto, como si descubriendo el espíritu de las cosas las creara de nuevo. Aunque conocía á fondo su profesión, este talento, con ser tan admirable, no sirve más que para hacer resaltar más aún su viva inteligencia, que transforma, anima y ennoblece la poca materia sobre la cual se ejerce.

Velázquez amó desde sus primeros años la naturaleza y conservó y desarrolló hasta el fin de sus días el sentimiento cada vez más vivo de las bellezas naturales. Jamás se cansó de consultarla, ni de progresar por medio del estudio. Por eso no se descubren en sus obras los procedimientos de rutina, las formas habituales, las armonías aprendidas, en que los demás caen con tanta frecuencia. Cada una de sus producciones era para él ocasión de renovarse y de mostrar aspectos ignorados de su genio. Los incesantes obstáculos que le ponían las obligaciones de su cargo para el ejercicio de su arte, no le dejaron gastarse. Eran un estímulo más de su afición á la pintura, y parece que la pasión que sentía por ella se conservó más viva cuanto más contrariada.

Eligió muy pronto su camino y perseveró siempre en el. Sería temerario afirmar que no sufrió jamás influencia alguna; pero por lo menos ninguna dejó huellas visibles en sus cuadros. Ni las obras maestras de los más célebres pintores de Italia, que pudo admirar por dos veces en aquel país, ni las que contenían las colecciones regias, en medio de las cuales se deslizó su vida, ni Rubens mismo en el apogeo de su gloria, cuando llegó á Madrid con todas las seducciones de su persona y de su talento, pudieron menguar la marcada originalidad de Velázquez. Desde un principio tuvo su manera propia de ver la realidad y de reproducirla. Sabemos que sentía gran predilección por Ticiano, Tintoreto y el Veronés, y, sin embargo, no los imitó ni se pareció á nadie más que á sí mismo. Se ha querido, apelando á sutilezas, distinguir maneras suce-

sivas en el desenvolvimiento de su carrera artística; pero en ningún momento de ella encontramos una manera especial y, bien mirado, todo se relaciona, todo se enlaza y todo se encadena en su obra. Así, en razón misma de esta perfección natural, no hay maestro cuyo comercio nos parezca más sano, ni cuyas enseñanzas sean tan provechosas.

No hay medio de regatear la admiración á aquella sinceridad tan constante y tan absoluta, y á fuerza de admirarla, hasta se corre el riesgo de ser injusto con los demás. Parece como que el respeto que conservaron á las tradiciones, les hizo perder algo de aquella franqueza de la visión, que tuvo siempre Velázquez frente á la naturaleza, y que le comunicaba directamente la frescura y la vida de sus impresiones. Donde hay que estudiarle principalmente es en España, no sólo por encerrar el Museo del Prado una colección tan completa de sus obras, sino porque el país y la raza, que con tanta fidelidad representó, permiten comprenderle mejor y ponen de relieve todo su mérito. La población, con sus variados tipos, sus costumbres, sus placeres y sus fiestas, las escapatorias al campo, la sombría tristeza de El Escorial y de las severas montañas en que se apoya, la luz viva é intensa de aquellas mesetas elevadas, nos presentan hoy todavía por todas partes testimonios irrecusables de su veracidad. Hombres y cosas, costumbres y paisajes, escenas familiares ó grandiosas, todo es en él muy español, y en sus obras descubrimos como un resumen de la época y del medio en que vivió, observados por un espíritu muy perspicaz y expresados por un artista de genio.

Velázquez fué más qne nada un retratista, y en su manera de comprender y de interpretar la naturaleza humana es donde mejor se revela su originalidad. Es cierto que antes de él habían sobresalido muchos otros en la pintura de retratos, y que la crítica sería tan injusta como ingrata si no admirara las obras maestras de este género que nos han legado sus predecesores. ¡Qué de manifestaciones diversas nos ofrecen,

en efecto, de todos los recursos de este arte y de las maravillas que produce! ¡Qué de aspectos variados de la vida, tan interesantes por lo que nos revelan los artistas de sí mismos, como por lo que nos muestran de sus modelos! Los hay, como Rafael y Ticiano, que con medios muy diferentes, el uno con la grandeza y la fuerza expresiva de su dibujo, el otro con la magnificencia y la elocuente sobriedad de su colorido, ponen igualmente de manifiesto el gran estilo y la noble sencillez de su arte, al mismo tiempo que nos presentan tantos soberanos y tantos grandes señores, que fueron sus Mecenas ó amigos. ¡Qué aguda perspicacia y qué valiente franqueza, á veces hasta brutal, la de Antonio Moro, que hace revivir ante nuestros ojos los agitados tiempos en que vivió, evocando en obras inolvidables las crueles efigies del Duque de Alba ó de María Tudor! Y, ¿qué decir del refinamiento clarividente de un Frans Hals, de aquella generosa y potente comprensión de la vida que se desborda en las obras de Rubens, de la rapidez y seguridad de su golpe de vista, de aquella varonil facilidad en la ejecución, tan prodigiosa, en la que hallamos el reflejo de todas las energías y todos los arrebatos del artista? Y, ¿qué encanto también en aquellos numerosos retratos, en que Van Dyck puso sin querer, como ha observado acertadamente Fromentin, «algo de los atractivos de su persona: un aire habitualmente más noble, un desaliño más gracioso, pliegues y caídas más finas en los ropajes, manos más hermosas, más blancas y de forma más pura (1)», todas las seducciones y todos los refinamientos de aquel cosmopolitismo elegante, que después de haber conquistado el favor de todas las cortes, en su tiempo, nos encanta hoy todavía? Y á pesar de la individualidad tan francamente acentuada de sus retratos, Rembrandt, el gran mago, ¿no agrega también al exacto parecido algo que le supera y que nos hace entrever

(1) *Les Maîtres d'autrefois*, pág. 149.

en sus obras, con las aspiraciones y las tristezas del maestro, todas las pasiones, todas las inquietudes que nos agitan á nosotros mismos, todos los misteriosos ecos de sus sentimientos en nuestras almas?

Hasta en el pintor mismo que parece haberse eclipsado todo lo posible para no dejar ver más que sus modelos, en Holbein, cuya sinceridad, forzoso es reconocerlo, iguala á la de Velázquez, ¡cuán profundas diferencias en la manera de practicar este difícil arte y cuántos rasgos distintivos junto á las cualidades comunes! Mientras el primero, con su meticuloso espíritu de análisis, multiplica las particularidades, acumula detalles fisonómicos y los relaciona unos con otros sin perder de vista el conjunto, pero sin insistir en ninguno, como si indiferente, á fuerza de imparcialidad, no tuviera otra preocupación que la de ponernos en frente su modelo, dejándonos el cuidado de desentrañar la idea que de él debemos formar, Velázquez, más expansivo y más franco, procede por el contrario, valiéndose de grandes masas y de medios más directos. Aunque no se muestre á sí mismo como no se mostraba Holbein, tiene para la realidad miradas más impresionables, algo así como una simpatía cordial que se comunica al espectador cual si la índole amante del artista no pudiera contenerse en sí misma. Si se le da tiempo suficiente, podrá, sin desviarse ni decaer, llevar su obra á la perfeción más acabada, y los detalles, significativos siempre, vendrán espontáneamente á aumentar la realidad del personaje y á definir más completamente su unidad moral. Pero sin tratar de establecer precedencias entre talentos igualmente originales y perfectos, no estará de más observar que si Velázquez, como Holbein, supo colocar las figuras en su verdadero medio y precisar fácilmente su condición y sus hábitos, se propuso además como pintor, problemas más complicados y que hasta entonces no había planteado ninguno de sus predecesores. No contento con colocar á sus modelos en habitaciones cerradas, como aquellos habían hecho, nos los presenta al aire libre en la comarca en que vivían. Antes de él,

Ticiano, Rubens y Van Dyck, volviendo en este punto á las tradiciones de los pintores primitivos, habían introducido, como éstos, en sus retratos, fondos de paisajes, pero con propósito deliberado de apelar á tonalidades subidas y á coloraciones arbitrarias, que ofrecían un contraste cómodo, destinado á realzar las figuras y á dejarlas toda su importancia. Velázquez, con su sinceridad completa, no podía prestarse á este convencionalismo. Sus fondos son verdaderos; tanto los valores como los matices están reproducidos exactamente, y no perjudican á los retratos, sino que los favorecen, dándoles un aspecto más franco á la vez que más delicado en la tonalidad de las encarnaciones, por los contrastes que ofrecen éstas con los grises azulados y los verdes ligeros sobre los cuales se destacan. La silueta de estos retratos es también más precisa y más pintoresca, el dibujo más animado, menos rígido, menos, estrictamente seguido, y sin embargo más exacto, «ondulante y vario» como la misma naturaleza, que jamás se presenta á nosotros limitada, ni encerrada en contornos abstractos, sino envuelta por el aire que circula libremente en torno de los objetos. En busto, á pie ó á caballo, con sus trajes de ceremonias ó sus vestidos familiares, soberanos y príncipes de la sangre, generales y estadistas, eclesiásticos, letrados, gentes del pueblo ó vagabundos, todos los modelos del pintor se nos aparecen en el mismo teatro de su vida, en sus ocupaciones ó sus diversiones, en la corte, en el taller ó en el campo.

Cada uno de estos retratos se convierte así en un cuadro. Y de igual manera, cada uno de los cuadros de Velázquez está formado por una colección de retratos, no reunidos al azar y con modelos de ocasión, sino con los tipos más característicos y apropiados para arrojar plena luz sobre los episodios que se proponía representar el artista, y para darles su significación verdadera. Con estos retratos en acción, compuso sus obras más expresivas, usando con perfecto tino del procedimiento de la repetición, que bien entendido y discretamente practicado

merece puesto tan principal en la literatura y en las demás artes. ¿No es, en efecto, lo que permite dar á una idea toda su plenitud, presentándonos sus acepciones diversas, con los contrastes ó las analogías, que acentúan más hondamente el relieve y con los acentos que mejor expresan la intención? En esta manera de relacionar y de oponer entre sí los diversos elementos puestos en juego, hay como una secreta fuerza de persuasión, puesto que la realidad se une á la inteligencia para hacer más viva la impresión.

En el valor de cada uno de estos elementos, así como en la significación que les da el conjunto, concebido de esta suerte, fué donde Velázquez manifestó la singular potencia y la novedad de su arte. No se ha reparado bastante en que fué el primero en iniciar no pocos géneros, que elevó de un golpe á la perfección. Al mostrarnos, como lo hizo en el *Cuadro de las lanzas*, á los soldados y á los grandes capitanes de España, eligiendo, para presentarlos reunidos, uno de los actos memorables de su vida militar, como para hacer resaltar mejor la cortesía caballeresca del más ilustre de ellos con su enemigo vencido; al renunciar al aparato trillado de las alegorías y las figuras mitológicas, para sacar sólo de la realidad todos los recursos del asunto, ¿no nos dió un modelo, que jamás ha sido igualado, del cuadro puramente histórico? ¿Qué documento más exacto, más irrecusable, más concreto, y como ahora se dice, más *sugestivo*, que el cuadro de las *Meninas*, hallaríamos en los recuerdos de la época para penetrar en aquella corte de España, tan cerrada, tan puntillosa, tan vana, y para descubrir la vida familiar de aquel soberano indolente y la vergonzosa promiscuidad con los engendros y los locos de que se rodeaba á fin de combatir el aburrimiento de sus eternas horas? También nos presentan una escena histórica, y no sólo de la corte, aquellas *Cacerías regias* que, en un paisaje netamente español, nos muestran reunidas todas las clases de la sociedad, con la rica confusión de colores de los trajes, el carácter francamente local de las fisonomías y la mezco-

lanza, tan hábilmente presentada, de aquella multitud, que acude á presenciar una de esas matanzas salvajes que en todo tiempo han figurado y siguen figurando aún entre las diversiones de aquel país. Y en las *Hilanderas*, ¿no vemos otro aspecto igualmente característico de la vida española en aquella estancia pintoresca, con aquellas hermosas jóvenes del pueblo y aquellas damas elegantes, con las operaciones diversas de la industria nacional, alegradas y como transfiguradas por la luz radiante que juguetea en las ricas telas, ó en los soberbios andrajos con que están vestidas las obreras? ¡Qué de motivos de observación! ¡Qué de instructivos datos sobre las costumbres, los modales y los tipos de una época y de una comarca! ¡Qué encantadoras imágenes, tan verdaderas como poéticas! Y para los inteligentes, el mérito de la ejecución de estas obras, aun prescindiendo del interés que nos inspiran, ¿no bastaría para la gloria del artista?

Todas estas novedades las creó Velázquez, sin presumir de revolucionario, sin creerse siquiera un inventor, limitándose á pintar lo mejor que pudo las cosas que tenía delante de los ojos y rejuveneciendo, á fuerza de inteligencia y de talento, un arte que podía creerse agotado. Extendió tanto sus recursos, sin salirse de su terreno, encerrándose en él más escrupulosamente que nunca, amando más á la Naturaleza y revelándonos en obras inspiradas los tesoros que aquélla encierra para los que saben ver y expresar su belleza. Nunca fué la perfección tan amable ni tan ingenua como en sus obras; jamás fué tan inteligible para todos el lenguaje de la pintura, atractivo para los ignorantes y más admirable aún para los entendidos. Fué un gran genio sin altivez, un gran talento que parecía querer ocultarse. Supo dar nobleza á sus obras dándolas verdad, sin parecer preocuparse de ello, y cuanto más sencillo es, mejor manifiesta su grandeza. Todo revela en él aquella distinción natural que poseía, aumentada por la lealtad y la buena conducta de su vida. Al que, habiendo gustado ya las grandes delectaciones del arte, no ha podido

apreciar aún el conjunto de su obra, le reserva el Museo de Madrid la sorpresa de las admiraciones más vivas, y así el estudio de su vida, como el de sus cuadros, nos dejan la impresión que debemos conservar de él: la de un cumplido caballero y un consumado artista.

EMILIO MICHEL.

REVISTA CRÍTICA

Grillparzer und Lope de Vega von Arturo Farinelli (Berlin 1894).

A ningún español es preciso enseñar quién sea Lope de Vega, pero el nombre de Grillparzer ha sonado tan poco entre nosotros, que muchos preguntarán con extrañeza por qué va unido en la portada de este libro al de nuestro gran poeta nacional. A tal punto llega en España el abandono ó desconocimiento de toda literatura extranjera que no sea la francesa del día anterior. Y sin embargo, Grillparzer, no sólo está reputado en la opinión general como el primer poeta austriaco, sino que entre los dramaturgos alemanes posteriores al gran Schiller no cede el paso á nadie, y considerado como crítico teatral hay quien le pone al lado de Lessing. No pertenece á un extranjero, y menos con tan imperfecto conocimiento como el que yo alcanzo de las obras de Grillparzer, deslindar lo que pueda haber de hiperbólico en estas comparaciones; pero quien tales encomios ha merecido de la crítica más inteligente, no puede menos de ser un ingenio notabilísimo y digno de aquella especie de culto estético que hoy tributa á su memoria un grupo muy selecto de admira-

dores é iniciados. En Viena se levanta un monumento á su memoria: sus obras completas, que llegan á diez y seis volúmenes (1), han obtenido cinco ediciones en pocos años, sin contar las innumerables que se han hecho de sus dramas sueltos, que se representan continuamente en los teatros de Alemania; y no sólo existe una copiosísima *literatura* (como allí se dice) sobre su vida y obras, sino que para él, como para Goethe y para Schiller, se estampa ya una publicación especial de carácter periódico, el *Grillparzer-Jahrbuch*, dedicada exclusivamente á hablar de su persona y dar á conocer nuevos documentos y monografías concernientes á él. En España la existencia de tal revista ó anuario (aunque estuviese consagrado al mismísimo Cervantes) sería el modo más eficaz de infundir tedio invencible á los lectores, y aun de provocar una reacción violenta contra el autor encomiado; pero en Alemania y en otras partes (donde las gentes suelen ser más doctas y también más sencillas y menos resabiadas y estragadas de gusto), las cosas pasan de distinta manera, y cuando se estudia y ama á un autor, se le ama y estudia de veras, y todo parece poco para enaltecerle y para desentrañar los primores de sus obras.

Grillparzer, cuya vida fué en verdad harto triste y abatida, ha entrado sin esfuerzo alguno en el templo de la gloria, al día siguiente de su muerte, acaecida en 1872. Sus obras, aunque sean de ayer, tienen ya el prestigio de la belleza clásica. Para hacerse cargo de la peculiar índole de su teatro, todavía desconocido entre nosotros, hay que advertir que Grillparzer no es ni romántico ni realista, según el vulgar sentido de estas denominaciones, sino que en su arte, sumamente delicado y exquisito, se dan la mano el estro suave y melodioso, la melancólica intensidad de sentimiento propias de un poeta elegíaco, algo devaneador y enfermizo, que reconocía en sí alguna parte del alma del Tasso; y un odio profundo á las abstracciones, un vivo y ardiente sentido de la

(1) En la edición de Cotta (Stuttgart), que es la más amplia.

naturaleza humana y de toda realidad concreta. Nada que le pareciese convencional ó falso encontraba gracia á sus ojos; y aquí está la clave de su alejamiento del grupo romántico, de su encarnizada antipatía contra Tieck, de su culto á Lope de Vega en cuanto llegó á conocer sus obras, y de la reacción anticalderoniana que él inició en Alemania, después de haber empezado, como todos, imitando á Calderón, cuyos defectos, sin embargo, por ser de índole enteramente contraria á los de la suya, le habían dado en ojos desde el primer momento, reconociendo todo lo que en aquella brillante poesía había de amanerado y artificioso. Su conversión á Lope fué entera y profunda: nunca nuestro poeta tuvo en su iglesia acólito más sumiso que Francisco Grillparzer, que se pasó *medio siglo* leyendo y comentando sus obras, no para imitarlas directa y servilmente, sino para beber en ellas aquella poesía fresca, espontánea, gentilísima, tan natural como la naturaleza misma, de que sus labios estaban sedientos. No desconocía la superioridad de Shakespeare, pero Shakespeare le aterraba, le parecía demasiado gigante para medirse con él, demasiado sobrehumano para entablar con su sombra esa dulce familiaridad de todos los días. Grillparzer, que quizá no era un gran poeta, sino más bien un poeta refinadísimo, necesitaba la presencia continua de otro poeta más grande que él, pero no de tal suerte grande que se impusiese despóticamente á su gusto, que le unciese á su carro, que le anonadase bajo el peso de su grandeza. Grillparzer quería beber en su vaso, aunque fuese pequeño; y en vez de añadir su voz al coro desaforado que hacía la apoteosis del rey de la escena, prefirió buscar un templo más solitario, donde sonaba la voz de un oráculo menos formidable. Y al servicio de aquel templo se consagró, como dicho queda, durante más de cuarenta años; comenzando por llevarse á su casa, en calidad de préstamo, el ejemplar de los veinticinco tomos ó *partes* de la primitiva colección dramática de Lope que posee la Bibioteca Imperial de Viena, uno de los tres ó cuatro únicos ejemplares

completos de ella que existen en el mundo (1). Si á esto añadimos que Grillparzer leyó además todas las comedias de Lope de Vega que pudo encontrar sueltas ó en colecciones de varios, fácilmente se comprenderá que nadie le ha excedido en el conocimiento de este inmenso repertorio, sobre el cual tantos disparatados juicios corren autorizados por la pereza y la rutina. Sobre cada una de las comedias que leyó, hizo Grillparzer apuntamientos críticos que, reunidos, forman la mayor parte del libro de sus *Studien* sobre el teatro español, y que son la piedra angular del edificio de reparación que la estética moderna tiene que levantar un día ú otro al que es, después de Cervantes, el más grande de los ingenios españoles. Lo único formal que tenemos hasta ahora sobre Lope, fuera de la brillante pero demasiado rápida y externa exposición de Schack, son estos juicios de Grillparzer, tan penetrantes, tan agudos, dictados á la vez por la experiencia teatral y por el más fino discernimiento de las peculiares bellezas del arte y estilo de Lope, á quien parece que Grillparzer había bebido los alientos. Cuando de estos apuntes suyos se pasa al indigesto caos de la obra de Klein (tan justamente calificada por un crítico italiano de *idropico operone*), el ánimo se aflige al considerar los escasos progresos que en estos últimos años ha hecho la crítica de Lope, exceptuando, si acaso, las útiles tareas del modesto y erudito Schaëffer.

Los españoles, pues, debemos pronunciar con veneración el nombre de Grillparzer, porque para nosotros no es sólo el nombre de un glorioso poeta extranjero, del autor de *Safo,* de *Ava,* de *Hero y Leandro,* del *Sueño es una vida* (2), de *El Vellocino de Oro,* de *Ester* y de *La Judía de Toledo;* sino el nombre de un crítico hispanista que por la calidad de sus ser-

(1) En España no tengo noticia más que de uno solo en tales condiciones, el de la Biblioteca de la Universidad Central, procedente de Alcalá.

(2) *Traum ein leben.*

vicios va á par de Wolf, de Schack y de Lemcke, porque si es verdad que conoció nuestra literatura menos *extensamente* que ellos, y nunca pudo apreciarla en conjunto, conoció en cambio y sintió más *intensamente,* y analizó más en detalle á algunos de nuestros poetas, especialmente al más grande de todos. Por lo cual, su gloria es ya inseparable de la de Lope, y nuestra gratitud nacional debe juntar sus nombres, así como el doctor Farinelli ha reunido los medallones de ambos poetas en el lindo frontispicio dibujado por él mismo para encabezar la excelente obra de crítica de que paso á dar somera cuenta.

Esta obra, escrita, al decir de los alemanes, con pureza de lengua rarísima en un extranjero, está además compuesta con mucha habilidad y arte, con gran caudal de erudición sobriamente administrado, y, lo que vale todavía más y no estorba nunca, con poético y juvenil entusiasmo. El autor ha trabajado sobre el mismo ejemplar de las comedias de Lope que sirvió á Grillparzer para sus estudios, y se ha penetrado como él de la virtud genial y fortificante de aquella sanísima poesía. Como él dice, Lope y Grillparzer han sido sus inseparables compañeros por las montañas del Tirol, y la poesía ha completado la obra de la naturaleza, haciéndole vivir durante muchos meses en un estado de ánimo plenamente estético, de los que dejan profundas y saludables huellas en la vida. Esta disposición de espíritu se refleja en cada página del libro, y no es su menor encanto. Aunque el autor sea italiano, ha sentido aquel mismo género de dulce simpatía que por España sintieron los románticos alemanes, y que se expresaba en el célebre saludo, no olvidado todavía por algunos eruditos de Viena y de Münich: *somos hermanos.*

Schack, uno de los más venerables representantes de esta generación literaria, ha querido, antes de bajar á la tumba, dar á nuestra patria y poesía la última prueba de afecto, traduciendo en verso alemán todas las citas de Lope que figuran en el libro del Dr. Farinelli.

Ya he advertido que éste libro contiene bastante más que

lo que su título indica. Como escrito para Alemania, llámase *Grillparzer und Lope de Vega;* aunque observando la debida proporción entre ambos poetas, no negada por el crítico ni por nadie, más bien debiera llamarse *Lope de Vega und Grillparzer*, y quizá el título más exacto sería *Lope de Vega in Deutschland*, puesto que se trata de una exposición completa del influjo de Lope de Vega en la literatura alemana y de los trabajos de los críticos alemanes respecto de él.

Todo lo que precede á Grillparzer va por vía de introducción, y es lo que vale é importa menos, porque, antes de Grillparzer, Lope era poquísimo conocido en Alemania. Si en el teatro del siglo XVII influyó algo, fué principalmente á través de sus imitadores holandeses, ó bien de los franceses como Rotrou, ó de los italianos como Cicognini. En el siglo XVIII había críticos que le llamaban *López* á la francesa, y aun llegaban á convertirle en dos poetas diversos, uno *López de Vega*, y otro *Carpio*. La extraordinaria rareza de su colección dramática (que no ha sido el menor obstáculo para la difusión de su fama), hizo que Lessing apenas llegara á adivinarle, aunque en la *Dramaturgia* le cita alguna vez, y se hace cargo del *Nuevo Arte de hacer comedias*. Dieze, el traductor de los *Orígenes* de Velázquez, no adelantó un paso sobre la pedantesca crítica de los Nasarres y Montianos, de cuyas conclusiones se hacía eco en Alemania. Bertuch tradujo la *Gatomaquia*, añadiendo una pequeña biografía del autor.

Acercábase entre tanto la edad heroica de la literatura alemana, pero la mala estrella que perseguía á Lope después de muerto, sin duda en compensación del aura popular que le había rodeado cuando vivo, hizo que ninguno de los dos dioses mayores de aquel olímpico período llegase á trabar conocimiento con sus obras, puesto que Schiller no supo de él más que el nombre, y Goethe, que llegó muy tarde á conocer á Calderón, sólo en su extrema vejez pudo ver algo de Lope en la traducción que Otto de Malsburg hizo y le dedicó en 1824, de *La Estrella de Sevilla*, *El Mejor Alcalde el Rey* y *La Moza*

de Cántaro. Y sin embargo, es cierto, según aguda observación de Grillparzer, que el genio inconmensurable de Goethe, con su entera y luminosa visión de la realidad, tenía mucha afinidad nativa con el genio de Lope, así como el temple idealista de Schiller respondía más bien al de Calderón. Pero no se ha de dar á estos paralelos más valor del que tienen, para no confundir obras nacidas en atmósfera artística tan diversa.

La gran desgracia de Lope en Alemania y la causa de todas las injusticias de que Grillparzer vino á redimirle, fué la falsa posición en que hubo de colocarse respecto del teatro español la crítica de los románticos, á consecuencia de la apoteosis calderoniana, iniciada en 1808 con la postrera lección del *Curso de literatura dramática* de Guillermo Schlegel. Todo el mundo sabe hoy (á lo menos fuera de España) que Schlegel y su hermano ignoraban profundamente toda la literatura española á excepción de Calderón y Cervantes; lo cual no fué obstáculo para que lanzasen sobre nuestras cosas, en son de alabarlas, los más precipitados fallos, que aquí mismo han logrado inmerecida autoridad, protegidos por el renombre y el innegable talento crítico de ambos hermanos. En sus obras Lope está tratado como un improvisador semibárbaro, cuyos dramas ofrecen algunas intenciones poéticas y situaciones de efecto. La pedantería no ha sido patrimonio exclusivo de la crítica clásica. En cambio, para Calderón ¡qué profusión de estrellas, de perlas y de diamantes, qué de simbolismos para explicar y absolver lo más barroco, qué de profundidades místicas y nebulosas para embrollar lo más claro!

Este Calderón falsificado por los Schlegel fué el ídolo de los románticos alemanes, aunque no faltó entre ellos alguno como Tieck, que con mayor conocimiento de nuestra lengua y poesía, dejase de percibir que no era metal precioso todo el que había entrado en la fundición de la estatua. Pero ni siquiera de ésta mayor cordura crítica que el tiempo y el estudio directo de las obras de Calderón tenían que traer forzosa-

mente, se aprovechó por de pronto Lope, aunque sí Shakespeare y Cervantes. La Alemania del primer tercio de este siglo, tan pródiga en interpretaciones sobre Calderón, no produjo sobre Lope una monografía que ni remotamente pueda ponerse al lado del libro inglés de lord Holland, con parecernos hoy tan pobre é insuficiente. Aun las traducciones é imitaciones de las piezas dramáticas de nuestro poeta fueron raras, y en general de poca monta, salvo las de Malsburg, y Zedlitz. No sólo en Inglaterra, sino en Francia misma (recuérdese á Fauriel y á Magnin) se trabajaba entonces más y mejor sobre Lope que en Alemania.

Tal era la situación de la crítica y de la poesía alemanas respecto del patriarca de nuestra escena, cuando Grillparzer emprendió su estudio, como crítico y como poeta, puesto que ambas cosas era en grado eminente. Tres puntos hay que considerar aquí, y en tres capítulos los estudia el Dr. Farinelli: relaciones directas entre el teatro de Lope de Vega y el de Grillparzer: juicios de Grillparzer sobre Lope: afinidades y diferencias entre la idiosincrasia artística de Lope y la de Grillparzer, y hasta qué punto la compenetración con el genio del primero llegó á modificar la manera del segundo.

Su primera inclinación al cultivo de la literatura española la adquirió Grillparzer dentro de su propia familia. Un tío suyo había hecho estudios sobre Timoneda, Solís y Tirso de Molina. Eran los tiempos del fervor calderoniano, y Grillparzer comenzó por empaparse en Calderón, que tenía entonces en Austria un imitador tan calificado como Schreivogel, el que adaptó á la escena alemana *La Vida es sueño, La Hija del aire, El Médico de su honra,* además de *El Desdén con el desdén,* de Moreto, tan popular en aquellos teatros con el título de *Doña Diana.* Schreivogel tenía la habilidad de purificar el estilo de Calderón de los resabios de culteranismo, dando al diálogo más vida, naturalidad y relieve, descargándole de vana pompa y de sutilezas escolásticas. Estas imitaciones, así modernizadas, conforme al gusto del público alemán,

tuvieron un éxito que aún dura; y Grillparzer, discípulo y amigo de Schreivogel, siguió esta dirección en sus primeras obras, aunque haciendo siempre, respecto de Calderón, muchas reservas de gusto. *Die Ahnfrau,* por ejemplo, está inspirada manifiestamente en *La Devoción de la Cruz,* y tiene además reminiscencias de *El Purgatorio de San Patricio.* El grandioso drama fantástico *Der traum ein leben,* hasta por el título recuerda inmediatamente *La Vida es sueño,* aunque la filosofía de la obra es diversa y, en cierto modo, contraria, y diverso también el simbolismo empleado. Si para Calderón *la vida es sueño,* para Grillparzer (cuyo romanticismo no en balde viene después de la crítica kantiana) *el sueño es vida,* ó más bien, purificación de los afectos para la actividad práctica, que triunfa del juego de las fantásticas apariencias. Pero á pesar de esta inversión ó retroversión de la tesis, el drama es palmariamente calderoniano, como lo es, sin tan sutiles filosofías, *El Desengaño en un sueño,* del duque de Rivas, que presenta con el drama de Grillparzer muy extrañas analogías, las cuales de ningún modo pueden atribuirse á imitación directa, puesto que el duque no sabía alemán, y de la obra del poeta austriaco no sabemos que todavía haya sido traducida á ninguna lengua que á él le fuese accesible. Hay que recurrir, pues, á una fuente común ó á una transmisión indirecta del argumento, problema que plantea y no resuelve el Dr. Farinelli, en un apéndice destinado á hacer la comparación entre los dramas de ambos egregios poetas.

Es singular que Grillparzer, después tan enemigo de la abstracción y del simbolismo que consideraba como las grandes plagas del arte germánico, debiese cabalmente á un drama simbólico uno de sus primeros y más señalados triunfos. Y no lo es menos la extraña mezcla que en las obras de su primer tiempo, en la misma *Safo,* por ejemplo, se observa entre el influjo de Calderón y el de la tragedia griega, reminiscencias de Eurípides y reminiscencias de los autos sacramentales.

Si Calderón fué el modelo de la juventud de Grillparzer, Lope de Vega fué el ídolo de su edad madura. Desde que comenzó á leerle comprendió que se las había con un genio poético superior. No por eso negó á Calderón jamás las propias y admirables cualidades que realmente posee. Siempre le habían molestado en su lectura el amaneramiento de la dicción, la retórica bombástica, pero continuaban llenándole de sorpresa y maravilla su destreza técnica, la corrección en algún modo clásica de sus planes, la vigorosa construcción orgánica de sus piezas, en que todo parece calculado para el efecto teatral. Estas condiciones, cuyo valor entendía Grillparzer mejor que otro alguno, como hombre del oficio, y que tanto contrastaban con el genial desarreglo del arte primitivo y espontáneo de Lope, y con la marcha aventurera y desordenada de sus novelas dramáticas, no le impidieron dar la preferencia á este último por motivos estéticos de índole superior. Los paralelos que hizo entre ambos insignes poetas están llenos de enseñanza, aun para los que no participen de la opinión de Grillparzer, que es también la nuestra. «Calderón (decía) es un poeta gallardamente amanerado; Lope es el pintor de la naturaleza. Calderón es imaginativo y rico en metáforas; Lope de Vega es *gráfico*. Calderón aliña su diálogo con brillantes y fastuosas comparaciones; Lope de Vega no gusta de comparar, pero apenas hay expresión suya que no tenga una fuerza sensible, y sus cuadros no son un adorno exterior sino que dan la visión de la cosa misma. Mientras que en Calderón todo, aun el pensamiento profundo, se convierte en superficial, tiene Lope de Vega, en medio de su aparente superficialidad poética, una intimidad muy honda, aun en lo que parece más abandonado y defectuoso. Lope de Vega es un naturalista que nada excluye, y resulta natural hasta en la expresión de lo sobrenatural, hasta en la expresión de lo imposible: Lope de Vega se apoya en los sentimientos naturales de los españoles de su siglo; Calderón en la convención artística de su tiempo llevada al punto más alto.»

Aun del cotejo con el mismo Shakespeare no resultaba Lope empequeñecido. «Shakespeare (dice Grillparzer) nos da la naturaleza en compendio; Lope la da toda entera, sin selección, tal como se manifiesta, procede y se desarrolla. Lope no es precisamente el mayor poeta, sino el temperamento más poético de la edad moderna.»

¿Infiérese de aquí que convenga á un dramaturgo moderno la imitacion directa de Lope? De ningún modo (contesta Grillparzer): lo que hay que hacer es «convertir á Lope en sustancia propia, llenarse de su espíritu y hacer luego una cosa enteramente distinta de lo que Lope hizo».

Así lo practicaba él mismo, entrando todos los días en aquel *baño frío de naturalismo*, que le templaba y vigorizaba para sus propias creaciones, que son, no obstante, tan diversas de las de Lope, sobre todo en un punto esencial, que Grillparzer explicaba con tanta profundidad como modestia. «Los poetas grandes lo son precisamente por ser capaces de reproducir hasta las mismas incongruencias de la naturaleza, pero los poetas medianos debemos atenernos á la realidad congrua, á la naturaleza *consecuente*.»

Por esta razón, la influencia de Lope de Vega sobre el teatro de Grillparzer, más bien que en obras determinadas, se siente como difusa por todo él y penetrándole en su íntima esencia. Hasta cuando trata los mismos asuntos que Lope, como sucede en la *Prosperidad y caída del rey Ottocar* (cuyo argumento es el de la *Imperial de Otón*), ó en *La Judía de Toledo*, ó en la *Ester*, parece que pone empeño en hacer obra nueva, y no repetir, ni los caracteres, ni las situaciones. Y al mismo tiempo las huellas de Lope reaparecen donde menos pudiera esperarse. En nada se asemeja por ejemplo, *El Leal criado* de Lope al drama de Grillparzer *Ein treuer diener seines Herrn*, á pesar de la casi identidad del título; pero el Sr. Farinelli descubre en esta obra reminiscencias de *La Estrella de Sevilla*, de *El Príncipe despeñado* y sobre todo de *El Gran Duque de Moscovia*, comedia basada en las primeras noticias

que á España llegaron, por conducto de los jesuítas polacos, de la aventura del falso Demetrio. Cuando preparaba su tragedia de *Hero y Leandro,* pieza llena de espíritu clásico, Grillparzer leía simultáneamente, como en su diario consta, á los griegos y á los españoles, la *Odisea* y Lope de Vega; y para la expresión limpia y ardiente de los afectos amorosos, bebía inspiración, no precisamente en las comedias mitológicas del poeta castellano, sino en *La Moza de cántaro* y en *Los Tres diamantes.* ¿Quién había de decir que la transparente y luminosa poesía de Lope, toda plasticidad y formas vivas, podía reclamar algo en el más simbólico y nebuloso de los dramas de Grillparzer, en el ya citado *Traum ein leben?* Y sin embargo, es evidente que el autor recordaba algunos pasos de *Los Donaires de Matico* y de otra comedia de Lope, *Con su pan se lo coma*, especialmente estos versos que resumen el sentido de la obra:

«Señor, yo he probado ya
Las ciudades populosas,
La vida de los palacios,
Las cansadas ceremonias,
La comida, el sueño; en fin,
Perdona que te responda
Que no he de volver allá
Si me dieses tu corona.
Yo he vuelto á mi propio sitio,
Estoy en mi esfera propia,
Gozo descansada vida,
Sé qué es noche y qué es aurora,
Sé qué es comida y qué es sueño,
Y si es la vida una sombra,
Y el alma es sol, aquí quiero
Esperar á que se ponga.»

Esta investigación de los latentes veneros españoles de la inspiración de Grillparzer es la parte más extensa, y sin duda la más notable, del libro que rápidamente voy analizando. Ella sola basta para acreditar la mucha doctrina y perspicacia del crítico, el profundo estudio que ha hecho de ambos poetas, y so-

bre todo el raro talento que posee para sorprender las relaciones que parecen más tenues é impalpables, y llegar muy adentro en los hondos misterios de la elaboración estética, donde siempre hay una parte muy considerable de reminiscencia involuntaria y aun inconsciente. Como Grillparzer apuntaba día por día las impresiones que la lectura de Lope iba dejando en su ánimo, puede decirse que en este diario crítico está la clave de una parte muy considerable de su labor teatral, la cual refleja de mil modos los rayos del sol poético de Castilla, que él se levantaba á saludar con reverencia todas las mañanas. Lope influye en él de mil modos, por lo trágico y por lo cómico, por el sentido musical y por la viveza *característica*. Así el Primislao de Libussa recuerda la hermosa figura de *El Villano en su rincón*, y en esa misma pieza hay reminiscencias de la *Vida y muerte del rey Wamba* y de *La Quinta de Florencia*.

Reservando para mejor ocasión, es decir, para las anotaciones que voy haciendo al teatro de Lope en la edición académica, el insistir en todas éstas relaciones y comparaciones marcadas con tanta precisión y firmeza por el Dr. Farinelli, no puedo menos de llamar la atención muy particularmente sobre las doctas y nutridas páginas que dedica á las dos famosas tragedias de Grillparzer *La Judía de Toledo* y *Esther*. Estos dos análisis son de primer órden, y encierran además una enumeración bastante completa de las obras dramáticas que tratan uno ú otro de estos argumentos, extendiéndose más, como era justo, en *Las Paces de los Reyes* y *Judía de Toledo* y en *La Hermosa Ester* de Lope, con la cual tiene el fragmento del poeta austriaco más analogía que con la *Esther* de Racine. Advertiré, como de pasada, que encuentro excesiva la dureza con que el Dr. Farinelli juzga y deprime la *Raquel* de Huerta. Entre los críticos extranjeros parece que se ha hecho moda denigrar á este apreciable ingenio y excelente patriota, desde que el amigo Morel-Fatio, en sus bellos *Estudios sobre España*, tuvo la ocurrencia de llamarle *tonto*, sin

duda porque en pleno siglo XVIII tuvo el valor y el buen gusto de no afrancesarse. Cualesquiera que fuesen (y grandes fueron sin duda) los extravíos y temeridades de su crítica, nunca llegaron á los dislates, ignorancias y pedanterías que contra el arte nacional habían escrito D. Blas Nasarre, don Agustín Montiano y el padre de Moratín; y algo ha de concederse también al ardor de la reacción, al temperamento irascible y belicoso de Huerta, y á la hostilidad cruel con que le trataron todos los literatos de su tiempo, acabando por exasperarle y ponerle en los confines, no de la tontería, sino de la locura. Como crítico era hombre de poca doctrina y de poco gusto, pero de buen instinto en lo general: una especie de romántico inconsciente y venido antes de tiempo, que no acertaba á razonar lo que sentía confusamente pero con grande energía. Como poeta, hizo la mejor tragedia del siglo XVIII, lo cual puede no ser un gran elogio (puesto que las demás, salvo alguna de Cienfuegos, apenas pasan de la medianía y carecen, no sólo de interés poético, sino hasta de intención dramática), pero es sin duda un mérito relativo cuando entre los cultivadores de ese género exótico vemos figurar los nombres más calificados de la literatura de entonces: D. Nicolás Moratín, Cadalso, Ayala, Jovellanos, Quintana... Para juzgar bien de la *Raquel*, hay que verla en su propio momento, y no aplastarla bajo el peso de un coloso como Lope de Vega ó de un artista dramático tan consumado como Grillparzer, que tiene en *La Judía de Toledo* un acto final de grandeza casi shakespiriana. El pobre Huerta no podía ascender á tales alturas, y aun puede añadirse que mucho de lo bueno que hay en la *Raquel* no es suyo, sino de Lope, y de Diamante, y de D. Luis de Ulloa. Pero las buenas condiciones de la *Raquel* no consisten tanto en su estructura dramática, que es sin duda muy endeble, cuanto en la elocuencia poética con que está escrita, en el énfasis y lozanía de la dicción, cuyo efecto sobre oyentes españoles es infalible, y debía serlo mucho más cuando se llegaba á ella después de pasar por los sedientos arenales de

la *Hormesinda*, de la *Numancia*, de la *Lucrecia* y del *Ataulfo*. ¡Si hasta hubo quien escribiese tragedias en versos *pareados*, sin duda para que la sombra de Corneille se regocijase con el servilismo de la imitación, aunque el oído español protestase de oir en serio lo que hasta entonces sólo había aguantado en los entremeses! Siquiera los endecasílabos de Huerta eran versos, y sonaban como tales, y llenaban el oído con la suave y familiar cadencia de los asonantes, y hablaban de pasión y de galantería caballeresca, y no eran insípida prosa de *Mercurios* y *Gacetas*, como casi todo lo que se oía en el teatro, gracias á la paternal tutela del conde de Aranda y de la Sala de Alcaldes, que eran los Aristarcos y los Quintilios de entonces. ¿Qué extraño que la *Raquel*, clásica en el plan pero romántica en los afectos y aun en el estilo, pareciese un oasis en medio de aquel desierto? Quintana, cuyo juicio en materias de poesía española algo vale, tuvo esta tragedia en grande estima; y por mi parte no encuentro motivo para separarme de su opinión.

En la segunda parte de su trabajo, principalmente destinada á dar cuenta de los estudios críticos de Grillparzer sobre Lope de Vega, comienza el Dr. Farinelli por historiar de un modo rápido, pero con mucho conocimiento de causa, las vicisitudes por que ha pasado la reputación de Lope desde aquella especie de culto ó apoteosis que en vida suya le tributaron España é Italia (1), hasta la injusta denigración de que le hizo víctima el pseudo-clasicismo del siglo pasado, y la meritoria aunque todavía incompleta y tímida reivindicación, cuyo

(1) Al tratar del libro que en 1636 coleccionó en Venecia Fabio Franchi, perusino, con el título de *Essequie Poetiche, ovvero Lamento delle Muse Italiane in morte del signor Lope de Vega*, corrige muy oportunamente Farinelli una inadvertencia en que Schack y otros muchos habíamos caído. La curiosa pieza que allí se lee con el título de *Oratione fatta in Parnaso del Sign. Cav. Marino*, no ha podido ser escrita por el Marino mismo, que había fallecido en 1625, diez años antes que Lope. Trátase, pues, de una composición retórica, de un *ragguaglio* ficticio.

principio puede ponerse en el libro de lord Holland para Inglaterra, en las refundiciones de Trigueros y D. Dionisio Solís para España, en el estudio de Fauriel, en las traducciones de La Beaumelle y Damas-Hinard y en los primeros artículos de Vieil-Castel para Francia. Pero hay que confesar que de todos nuestros grandes poetas, Lope de Vega fué el que menos servicios debió á la crítica romántica, ni de su propio país ni de los extraños. El bulto enorme de sus obras y la singular rareza de muchas de ellas eran para arredrar á los perezosos y á los amigos de la erudición fácil. En España apenas puede citarse otra cosa que las páginas elocuentes y de mucho jugo estético, pero brevísimas, de un artículo de D. Agustín Durán en la *Revista de Madrid* de 1839. La crítica de Lista, de Martínez de la Rosa, de Gil y Zárate... tratándose de Lope, es como si no existiera, y sólo ha servido para perpetuar errores y vulgaridades. Hartzenbusch hizo el buen servicio de reimprimir en la Biblioteca de Rivadeneyra hasta ciento veinte y tantas comedias de Lope, pero sin un prólogo, sin una nota, sin un comentario, sin una tentativa de clasificación, y á las veces con una selección muy caprichosa, cuyos motivos tuvo á bien callarse, lo mismo que todo lo demás.

Los alemanes se nos han adelantado en este como en casi todos los puntos capitales de nuestra historia literaria. Ya en 1839 apareció en Viena un libro de *Estudios sobre Lope de Vega,* firmado por Miguel Enk, amigo del célebre dramaturgo Federico Halm. Pero esta primera tentativa hubo de resultar imperfectísima, por haberse valido principalmente su autor de la pésima colección que con título de *Tesoro del teatro español* había publicado Ochoa en París, la cual era á su vez casi reimpresión, por lo que á Lope toca, de la mutilada y mendosa *Colección general de comedias escogidas* que en Madrid salió desde 1826 á 1831, donde con el pobre criterio semi-clásico propio de la época, sólo muy pocas piezas de Lope, y casi todas de un mismo género (comedias de costumbres ó de capa y espada) habían encontrado hospitalidad. Todos los esfuerzos de Enk,

que no carecía de talento crítico, hubieron de fracasar por esta penuria de materiales. Con las traducciones de Dohrn (*Spanischen Dramen,* 1841-44) se inicia un nuevo período crítico, pero en realidad sólo desde 1845, fecha de la publicación de la *Historia de la literatura dramática española* de Schack, puede decirse que logró Alemania una reseña cabal de la monstruosa actividad poética de Lope, y pudo conocer las líneas generales de su sistema dramático y recorrer, aunque con planta rápida, las inmensas regiones en que dominó su musa. La obra de Schack, fundada en información suficiente y aun vastísima para su tiempo, escrita además con el brío y entusiasmo propios de la juventud, dictada en suma por un alma de poeta unida á un talento crítico nada vulgar, es una exposición fácil, luminosa y simpática, que puede parecer hoy anticuada en su primer tomo, incompleta y desproporcionada en algunas de sus partes, demasiado somera al tratar de dramáticos tan insignes como Tirso y Alarcón, pero que, tomada en conjunto, no sólo es uno de los libros de crítica más brillantes que produjo la escuela romántica, sino que como historia general del teatro español no ha sido superada hasta ahora, y conserva la mayor parte de su valor primitivo. Los juicios de Schack no suelen ser muy profundos, pero son los de un hombre de gusto y de un ingenio vivo y ameno. Muchas cosas están allí adivinadas por primera vez; pero el autor no insiste en ellas, y por eso parece más superficial de lo que realmente era. Fué el primero que hizo justicia á Lope, y el primero también que supo reducir á sus justos límites el verdadero mérito de Calderón, rompiendo con el tradicional ditirambo de los Schlegel. Y si no dió redondamente la preferencia á Lope sobre Calderón, dejó ver por claros indicios que tal era el fondo de su pensamiento, á pesar de las concesiones que todavía hacía á la opinión vulgar.

El libro de Schack había sido una improvisación brillantísima; el que Grillparzer meditaba, el que acarició en idea durante cuarenta años, y no llegó á escribir por fin, aunque

dejó para él notas preciosas que han sido coleccionadas después de su muerte, hubiera sido cosa muy diversa. Schack no había visto más que lo exterior de Lope, Grillparzer penetró en su alma. La llave de su poesía él sólo la ha tenido hasta ahora, y no puede negarse que fué digna recompensa del esfuerzo que le había costado el conquistarla. Schack había visto á Lope de Vega con ojos de romántico: Grillparzer sorprendió lo más profundo de su arte, la individualidad concreta que, por andar hoy tan infamado el nombre, nos guardaremos de llamar naturalismo. Estas dos diversas maneras de considerar el teatro español responden casi matemáticamente á las grandes evoluciones de la estética alemana de nuestro siglo. Los juicios de Schlegel, Tieck, Bretano, Platen, Schack, Schmidt, Rosenkranz, reflejan sucesivamente todos los progresos de la estética idealista, desde Schelling y Hegel, hasta el gran monumento de Vischer. A la estética realista de Herbart, Zimmerman, Lemcke y Schaschler, tiene que acompañar una nueva crítica del teatro español. Sobre el ara de Calderón comienza á levantarse la estatua de Lope, y Grillparzer es su profeta: su fórmula sacramental *naturdichtung*. Y esta fórmula, ¿quién la ha realizado en el mundo mejor que Lope, que más que un poeta es una fuerza poética encarnada en la vida, es la naturaleza poética misma? El himno que á esta poesía natural cantó Grillparzer en todas las páginas de sus notas críticas, y que profundamente glosa y comenta Farinelli, es bellísimo, pero demasiado largo para transcribirse aquí ni siquiera en extracto. Nunca han sido apreciadas con tanta lucidez las condiciones fundamentales del arte de Lope, ni sus semejanzas y diferencias con Eurípides, Shakespeare y Calderón. Véase todo esto y otras innumerables cosas en el libro mismo, cuyo análisis es ya forzoso terminar.

La última parte del estudio del Dr. Farinelli es un capítulo de psicología estética comparativa entre la individualidad poética de Lope y la de Grillparzer. Espíritus crecidos y educados en un medio tan diverso, y á tanta distancia de tiempo,

tenían por fuerza que diferir en muchas cosas, aunque las facultades nativas no hubiesen sido tan desiguales en cantidad y en calidad como realmente lo fueron. Es cierto que tuvieron de común el culto á la poesía natural, el amor á lo concreto y á lo limitado, el alejamiento de lo simbólico, la suave facilidad de la inspiración, un no sé qué de blando y femenino en el timbre de sus versos. Pero lo que en Lope era genial y espontáneo, fué las más veces en Grillparzer (artista reflexivo, artista *alejandrino*, como hoy lo son por ley ineludible todos, aun los mayores) fruto de un esfuerzo muy laborioso y de una estética muy refinada. En una palabra, Grillparzer, como Teócrito ó Apolonio, llegó á ser poeta natural á fuerza de artificio.

Del mismo modo, hay cierta nativa afinidad de carácter entre Grillparzer y Lope. Uno y otro tuvieron un amor más ó menos platónico á la paz de la naturaleza y á los afectos sencillos, pero Lope fué el poeta de la alegría y del vivir fácil y risueño, aunque su propia vida no fuese toda flores, como da á entender el Dr. Farinelli, puesto que no le faltaron en sus últimos años cruelísimas espinas, de las cuales nunca se libra quien cae en el sofisma de erigir el orden estético en disciplina moral, y confundir el sueño del arte con la acción viril. La vida de Grillparzer, por el contrario, fué oscura y llena de pequeñas contrariedades, suscitadas, ya por su propia y algo enfermiza sensibilidad, ya por la penuria en que casi siempre vivió, ya por sus infelicísimos amores, ya por la mano férrea de la censura austriaca, que muchas veces le haría echar de menos á los inquisidores del tiempo de Lope, que tanta libertad habían dejado á los arrojos de su musa. De todo lograba relativo consuelo, arrojándose en brazos de su poeta querido, único que tenía la virtud de aquietar el tumulto de sus negras ideas y producir en él cierta especie de apacible *nirvana* (1).

M. MENÉNDEZ Y PELAYO.

(1) En la Revista crítica correspondiente al mes de Setiembre (página 104) hay una errata notable, que ya habrá subsanado el buen sentido del lector. Donde dice *proparoxitónico* léase *paroxitónico*.

RECUERDOS

Al salir del caos de la Edad Media, como reacción y protesta contra el método especulativo de platónicos y aristotélicos, imperó en las ciencias del mundo inorgáni o el método, firme y sólido como ninguno, de la observación y de la experiencia. A las ideas vagas y nebulosas de los metafísicos; á las teorías *a priori* se sustituyeron los hechos, la observación de la naturaleza, la realidad en suma. Y sobre esta base inquebrantable ha venido fabricándose el soberano edificio de las ciencias modernas.

Arrancaba antes la fábrica desde arriba, como si estuviese toda ella, cual fantástico edificio, colgada de las nubes. Arranca la ciencia moderna del terreno firme, buscando en él sus cimientos; que espacio tiene por encima para elevar torres caladas y agujas fantásticas, que en las mismas nubes se claven.

La teoría *a priori* viene de arriba abajo, y jamás encuentra cimiento, porque á él llega, cuando llega, desquiciada y torcida.

La ciencia fundada en el método experimental va de abajo arriba, y es más fácil en ella conservar el aplomo.

Y lo que en las ciencias físico-químicas se ha venido haciendo de cuatro siglos acá, en las ciencias morales y políticas, y en las ciencias antropológicas en general, se ha hecho en gran parte en nuestro siglo.

Por eso la erudición, que pudo ser mera curiosidad en otros tiempos, es hoy base científica.

Por eso la historia, que fué mero relato, alcanza carácter científico también.

Por eso en el método positivo han adquirido tanta importancia los que se llaman *documentos humanos*, para valernos de una frase que va generalizando el uso.

No es que yo crea, que ni en las ciencias físicas ni en las ciencias morales *el hecho* lo es todo. Por el contrario, los hechos aislados son polvo no más, y si con ellos no se forma una trabada argamasa, jamás constituirán una ciencia. Ni la arena suelta del desierto, ni el vapor flotante de la neblina, pueden formar alta torre. ¡Que el viento deshace la neblina y el viento barre la arena!

De los hechos ha de partirse; pero hay que unirlos y trabarlos; y hay que buscar en su variedad dispersa la unidad; y hay que descubrir en el confuso caos, la línea purísima de la ley.

Las observaciones astronómicas no constituyeron ciencia hasta que la prodigiosa hipótesis de la atracción sometió á fórmulas matemáticas los hechos de los astros desparramados por el espacio infinito.

Por eso la ciencia en su proceso ha pasado y pasa y pasará eternamente, digan lo que quieran las exageraciones de los metafísicos, por tres grados. 1.° Acumulación de hechos. 2.° Ordenación de estos hechos y deducción de la ley empírica. 3.° Adaptación de los hechos y de las leyes empíricas á los moldes sublimes del pensamiento; *por lo menos* como sublimes simbolismos.

Pero sea de ello lo que fuere, la importancia del *hecho* en sí, grande ó pequeño, y de toda realidad, sea cual fuere su tamaño, es indiscutible en las disciplinas científicas.

Hay, pues, que pagar tributo á este afán de ir acumulando, en todas las esferas, documentos vivos y palpitantes de la realidad misma; hasta que en el mundo inorgánico un Newton

futuro descubra ó suponga nuevas gravitaciones; hasta que en el mundo de la biología y, sobre todo en la Antropología, otro Newton ponga orden y descubra nuevas fórmulas para la vida que circula por los organismos, para el sentimiento que palpita en el corazón y para la razón humana que pugna por encerrarlo todo, mundos siderales, mares y montes, y sociedades humanas, en sus propios y divinos moldes.

Y pasemos ahora de lo grande á lo pequeño.

*
* *

Mi buen amigo el propietario y director de esta Revista, es también aficionado á *documentos humanos*. Y á propósito de la vida íntima del teatro en estos últimos tiempos, ha solicitado de mí, con imperios y exigencias de amistad, que reuna notas y recuerdos y que los vaya agrupando y ordenando en artículos. Y yo, que para la amistad soy débil, he cedido al fin; y aunque con cierta repugnancia, voy á llenar, mejor dicho, voy *á dictar* (que para atildamientos de estilo no tengo tiempo) unas cuantas cuartillas, contando lo que buenamente recuerde de la historia modesta é insustancial de cada uno de mis dramas y de los precendentes históricos, digámoslo así, de esos mismos dramas.

Y mi repugnancia se explica, porque en esta empresa en que me he metido, ó á que me han lanzado, voy á tener que emplear *un vocablo* que me asusta, y que más de una vez hará que me detenga ó que vacile, como ahora vacilo, al terminar una frase ó al cerrar un período.

Y *este vocablo* que me aterra es el satánico, el vanidoso, el peligrosísimo *Yo*.

¿Qué remedio? El que cuenta tiene que emplear de conti-

nuo este pronombre: *yo* vi esto; *yo* presenció esto; *yo* sufrí aquello; *yo* hice tal ó cual cosa. Y siempre esta maldita primera persona ha de manchar con vahos y tufos de egoísmo ó de solapada vanidad cuanto se diga ó cuanto se refiera.

Bienaventurados los ingleses, la raza individualista por esencia, que con suprema impasibilidad y sin escrúpulos ortográficos, escriben el *Yo* con una *I* mayúscula en todas partes, lo mismo en medio que al principio de un párrafo. El *I* campea soberbio por todo el espacio del escrito, como alto campanario sobre míseras casuchas de pueblo.

No me siento yo con tamaño valor, que quisiera escribir el temeroso vocablo con las más humildes y modestas letras del más diminuto abecedario.

***

Evocando recuerdos antiguos, el primero con que tropiezo entre todos los de mi existencia se refiere al teatro.

¿A qué teatro? No lo sé. Pero era un teatro de Madrid, porque en Madrid nací y en él estuve hasta los tres años. ¿A qué función, comedia ó drama, se enlaza esta lejana memoria? Tampoco lo sé.

Imagínese una noche negra, muy negra: toda igual, toda oscura. Y de repente, un punto de luz. Y después la misma sombra de antes.

En las tinieblas de lo inconsciente apareció un instante una estrellita, que luego se apagó. Es que la conciencia brotaba por vez primera; y como fatigada del esfuerzo se extinguía luego por mucho tiempo; no sé cuanto. Yo me vi, que apenas tendría tres años, como he dicho, en los brazos de una mujer; delante de mí, á poca distancia, una barandilla; más lejos un escenario; y, por el fondo del escenario, cruzaba una actriz vestida de negro.

Me desprendí de los brazos de la niñera —porque supongo que lo sería la que en los suyos me llevaba;—pugné por acercarme á la barandilla, y miré á la figura vestida de negro que atravesaba el foro.

Y nada más. Cesó la sensación, ó al menos perdió la fuerza necesaria para quedar grabada en forma de recuerdo.

¡Quién sabe si de aquella primera impresión han podido nacer mis aficiones al teatro! Pero la impresión debió ser enérgica, porque muchos años han pasado, que yo no quiero contar porque nadie me los cuente, y aun hoy mismo veo, con asombrosa claridad, *la barandilla, el escenario y la mujer alta y esbelta, y vestida de negro, que cruza por el fondo.*

*
* *

Pasaron años y me llevaron á Murcia; y siguió mi afición al teatro, aunque pocos estímulos tenía en aquella época y en una capital de provincia el arte dramático.

Sin embargo, en once años que viví en aquella poética tierra, pude hacer conocimiento con la mayor parte de las obras románticas que por entonces imperaban. En Murcia vi *El Paje*, de García Gutiérrez, y aun aprendí de memoria gran número de sus hermosos versos, sobre todo aquellos sacrílegos, que merecieron la reprobación de todas las personas piadosas y el castigo de la censura eclesiástica. Versos que citaré de memoria, aunque jamás los he vuelto á leer. Los tales versos los dice el Paje refiriéndose á su madre, de quien está locamente enamorado, aunque ignorando—como es natural—el íntimo parentesco que les une. Y dicen así:

«En aquel infausto día
yo te vi, yo, ¡desdichada!,
de muy rica orfebrería,
de mil perlas adornada;

y sólo á ti, sin cesar,
sólo á ti mi alma afanosa
acertaba á contemplar,
porque eras tú más hermosa
que la Virgen y el altar.»

Posteriormente se enmendó este verso, sustituyéndolo por el siguiente:

«Que la Virgen del altar.»

Pero aun así y todo, resultaba formidable. Y es que, cuando las cosas salen sacrílegas desde un principio, no hay manera de enderezarlas hacia la piedad.

Por aquel tiempo vi también un drama que, si no recuerdo mal, se llamaba *Don Fernando el Emplazado;* y en él una doncella, por todo extremo desgraciada, que decía, llorando y haciendo llorar á la concurrencia, estos versos que demuestran los gustos y las aficiones de la época.

«Si recuerdo que mi infancia
meció cuna de marfil,
ni aun me sirve de consuelo
el recordar lo que fuí;
y es el mayor de mis males
no ver á mis males fin.
¡Ay de mí, que en hora amarga nací!»

Al final de cada estrofa se lamentaba la dama, en la misma forma, de haber nacido con tan mala estrella ó en tan amarga hora.

Si he de decir la verdad, más emoción me producían los sacrilegios de García Gutierrez, que el llanto de la doncella de la cuna de marfil y del ¡ay de mí!, con lo cual—á no dudarlo—demostraba yo los instintos criminales que al correr del tiempo habían de desarrollarse en mi persona como autor dramático.

Presencié también, en Murcia siempre, varias representaciones de *Carlos II el Hechizado,* que tuvo para conmigo no más que un *succès de estime.*

En suma; yo hacía que me llevasen, porque claro es que entre los tres y los catorce años no podía disponer libremente de mi persona, á todas las funciones nuevas; y en todas gozaba con espontaneidad infantil mientras no era llegado el instante preciso, y aborrecible para mis aficiones juveniles, del baile nacional.

En cuanto yo veía sacar seis cajas rectangulares, blancas y en forma de escupidera, con dos ó tres luces dentro cada una, trastos que todavía me parece estar viendo, y que se ponían en fila sobre el suelo, á uno y otro lado del escenario; en cuanto yo veía, repito, las escupideras luminosas, que eran como las espléndidas luminarias de la danza, ya quería yo marcharme á toda prisa.

*
* *

Por aquellos años—yo creo que tendría ocho ó diez—asistí, siempre en el teatro de Murcia, á un espectáculo curiosísimo que me conviene recordar, porque, éste sí que es *documento humano,* y aun dato histórico, sobre las costumbres y forma de gobierno de entonces y sobre las relaciones públicas del arte con el gran principio de autoridad.

No era un drama; era una ópera: *Clara de Rosemberg* se llamaba, si no me es infiel la memoria: y, en el segundo ó en el tercer acto había un dúo, según sospecho entre el caricato y el barítono (y Dios me perdone la equivocación si es que me equivoco), que se llamaba el *dúo de las pistolas.*

Entusiasmó al público el afortunado y valeroso dúo, y pidió que se repitiese. Pero en aquellos tiempos había en el tea-

tro, como hoy en los toros, un presidente, que no sé si lo era el jefe político, ó el alcalde, ó algún miembro del municipio; pero que de todas maneras, jefe, alcalde ó concejal, era el de aquella noche hombre de carácter, y de malas pulgas, y aun de bestialidad probada, como lo demostraron los sucesos.

Reclamaba el público á gritos, puesto todo el mundo en pie, vueltos hacia la Presidencia, y en lo alto brazos y bastones, la repetición del duo famoso. Y el presidente, impasible, inmóvil en su palco presidencial, como el Padre eterno entre las nubes, no daba la orden que al efecto era necesaria.

Ignoro por qué elaboración psicológica se le había metido en la cabeza al señor presidente, que la repetición del duo mermaba de algún modo su respetabilísima y suprema autoridad; pero él así debió imaginarlo.

Convertido el teatro en un infierno, inmóviles y asustados los cantantes é impasible el presidente, el conflicto se prolongó por mucho tiempo sin que cediese la autoridad presidencial y sin que aflojara en su gritería el indignado público.

De pronto brotó entre la muchedumbre una idea, que corrió como chispa eléctrica por butacas, palcos y galerías.

Cesaron por encanto los gritos con que se pedía la repetición del duo, y no se oyó más que esta amenaza, que yo no sé hasta qué punto podía considerarse como tal: «no se oye más ópera: vámonos todos á la calle». Y la masa humana empezó á desalojar las localidades, digna y tranquila, y satisfecha de su venganza.

Pero contaban sin la huéspeda; es decir, sin la energía del presidente, que consideró tal resolución como desacato gravísimo contra su autoridad.

Quedarse solo en el teatro, sin un público á quien imponer sus voluntades, debió parecerle posición grandemente desairada. Y dió sus órdenes en voz baja; y se quedó tranquilo; y bajaron precipitadamente los polizontes; y mandaron cerrar las puertas del teatro, conteniendo, pistola en mano, al público, mientras las puertas se cerraban.

Yo recuerdo perfectamente haber salido con mi padre, que me llevaba de la mano, por debajo de un pistolón enorme y por el resquicio de una puerta, no bien cerrada todavía, entre las interjecciones de los hombres y los gritos de espanto de las señoras al encontrarse con aquella inesperada repetición del duo de las pistolas.

El presidente debió pensar: «¿Pistolitas queréis?, pues allá van pistolas».

En qué paró el suceso, no lo recuerdo bien; sólo recuerdo que, por pura fórmula, pasó el asunto á los tribunales, pero sin consecuencia molesta de ningún género para aquel enérgico y original presidente.

***

De la exactitud, no diré matemática, pero sí geométrica, y ya explicaré por qué la llamo geométrica, de todos los hechos referidos, yo respondo con toda la seriedad imaginable.

Tendré mala memoria para los números; la tendré mala también para los nombres; pero la tengo buena para los sucesos, en su forma plástica ó en sus contornos generales considerados.

Hay quien funda su memoria en las *palabras escritas;* hay quien la apoya en *los sonidos;* yo la afianzo en *las imágenes.*

Cuando me acuerdo de algo, ó es porque lo veo en forma de cuadro, ó, mejor dicho, de bulto si se trata de algo material, ó es porque lo veo en sus líneas totales ó simbólicas.

Yo, *individualista* sempiterno, tengo la memoria esencialmente *socialista:* jamás se me borran las figuras, las decoraciones, los argumentos, la relación múltiple, ni la multiplicidad formando un todo. Olvido, en cambio, con facilidad suma, el accidente; lo que está aislado; el individuo, en una palabra; es decir, el hecho sencillo. Para que yo no olvide los hechos es

preciso que los vea dentro de una ley ó de un gran escenario á manera de final de drama.

Yo no recuerdo ni cuántos años tengo, lo cual prueba que voy siendo prudente, ni qué día nací; ni recuerdo el nombre de casi ninguno de los personajes de mis obras.

Pero en cambio recuerdo los argumentos de la mayor parte de los dramas que he visto y de los centenares y casi me atrevería á decir del millar de novelas que he leído.

Porque mi afición al teatro iba acompañada, y aun hoy mismo lo va, de desenfrenadas aficiones por la lectura de novelas, buenas ó malas, pesadas ó ligeras, que por entonces poco me importaba lo que fuesen. Lo mismo leía *Pérsiles y Segismunda,* que las *Visiones del Castillo de los Pirineos;* el *Quijote de la Mancha,* que el *Numa Pompilio* de Florián.

Sólo que yo convertía las novelas, por un procedimiento algo extraño, en dramas representables y de gran espectáculo, enlazando de esta suerte mis amores dramáticos con mis novelescos amores.

Es el caso que entonces dominaba en Murcia, como en otras muchas regiones de España, la fiebre por las minas; y no había casa en que no se viesen muestras y ejemplares de la riqueza minera, ya de la provincia, ya de las provincias limítrofes.

En mi casa, como en todas, había multitud de estas muestras; y de estos pedazos de mineral hacía yo los personajes principales para mis novelas convertidas en dramas. El resto del personal, comparsas y ejércitos, los representaba yo por pajaritas de papel de diferentes tamaños y colores.

De esta suerte y por este artificio, mi novela predilecta que era el *Numa Pompilio,* la convertía en el más interesante drama de cuantos he visto representar después.

Un pedazo de galena representaba á Rómulo; y sus oscuros y metálicos reflejos simbolizaban, á mi entender, la oscura y bruñida armadura del rey de Roma.

Un mineral de cobre representaba asimismo al propio

Numa Pompilio con armadura de oro, porque yo á todos los personajes les daba su respectiva armadura, como si se tratara de los siglos de hierro de la Edad Media.

Hersilia, que me parece que este era el nombre de una hija del rey, estaba simbolizada por un grupo de cristales de roca; y el macizo y formidable Leonte por un enorme trozo de cinabrio.

Claro es que entonces no conocía yo estos nombres de galena, cobre y cinabrio, pero tales como los veo hoy, porque hoy los veo, estos debían ser los trozos de mineral por mi fantasía transformados en personajes dramáticos.

Siempre que había que dar alguna batalla, ponía frente á frente los dos ejércitos de pajaritas, con sus respectivos reyes y capitanes, representados por otros tantos pedruscos, á modo de héroes homéricos; y fabricándome un arco de caña, tendido por un bramante, y unas cuantas flechas del mismo material, que de cañaverales están rodeadas las acequias de la huerta, disparaba con perfecta regularidad y equidad escrupulosísima sobre una y otra hueste. Los soldados caían casi todos; los jefes permanecían valerosos sobre el campo de batalla y rodeados de cadáveres; pero, al llegar á este punto, les hacía yo chocar con mis propias manos y con encarnizamiento tal, que pedazos enteros de la metálica armadura saltaban hechos polvo al empuje de la heroica embestida.

*
* *

Por aquellos años nos reunimos varios chicos para representar una comedia, la única que he representado en mi vida; y, rubor me causa confesar la índole de aquella obra desdichadísima en que yo quise probar mis facultades y talentos de actor.

Los que hoy me conozcan imaginarán que la tal obra fué del género romántico puro, con sus cuchilladas, venenos y muertes; y esto hubiera sido lo digno y á esto me inclinaba yo. Pero eran mis compañeros de naturaleza más prosaica, y por sufragio universal se me impuso una piececita andaluza, que fué, si mal no recuerdo, *La Feria de Mairena,* ó, por lo menos, algo de este género; porque allá andaban gitanos que venden jacos; mozas juncales que se enamoran, y mozos crúos que se enamoran también de las mozas juncales. Pues bien; yo representé, para eterna humillación mía y eterno remordimiento, un gitano que vendía un jaco. Otro compañero, llamado Fresneda, que después fué cura, representaba el papel de Fogaratas: es decir el enamorado. ¡Bien supo el futuro seminarista repartir los papeles!

Entre los cuadros que se han grabado en mi cerebro por manera indeleble, sin duda porque las emociones de aquellos días eran grandes, está el siguiente, que ahora mismo lo veo, mientras dicto estas líneas, resplandeciente con toda la luz y todo el calor de aquel cielo y de aquella tierra murciana.

Mi padre y yo, al pie del santuario de la Fuensanta en un día de ardiente calor; él herborizando, porque era gran botánico; yo sentado sobre una piedra aprendiendo mi papel de gitano vendedor de jacos; sobre nosotros la Fuensanta con sus paredes blancas y sus cruces que se destacaban sobre el azul intenso del cielo; al pie la espléndida vega, y á lo lejos una mancha blanca y horizontal que era Murcia, y en su centro como alto mástil de lejana nave, la esbelta torre de la catedral.

*
* *

Pero su esbeltez vertical me recuerda en este momento la orgullosa *I* británica cuyo significado en español es *Yo,* como para hacerme notar que he abusado más de lo justo—si es que

hay modo de abusar en justicia—del peligroso pronombre. Basta ya.

Y acabe aquí este artículo, dictado con el desorden de recuerdos que se atropellan dulces y cariñosos; recuerdos para mi tiernísimos, insustanciales é insignificantes para los demás.

Pero el director de esta Revista lo ha querido, yo he sido débil y empiezo á pagar la poca entereza de mi carácter.

Que Dios se lo perdone al buen Lázaro, que, no contento con haber resucitado él, se empeña en que resucitemos todos aquella parte de nuestra vida que más lejos ha quedado y más muerta debe estar.

José ECHEGARAY.

LOS POETAS ÉPICOS CRISTIANOS

CONTINUACIÓN

IV

John Milton era de sangre hidalga, aunque no tanto como la de Cromwell. Su linaje procedía del Oxfordshire, pero el poeta nació en la ciudad de Londres á principios del siglo XVII. Las vicisitudes de la guerra de las dos Rosas fueron causa de que viniese muy á menos la familia Milton: no se encontraba, sin embargo, tan abatida, que el padre del poeta, hombre cultísimo, no se propusiese dar á su hijo la más brillante y completa educación.

Profesaban los abuelos de John Milton el Catolicismo, y cuando su hijo lo renegó, desheredáronle; porque en aquel tiempo la fe era realidad, trascendía á la vida entera, y prevalecía sobre los afectos que la naturaleza impone. En aquel tiempo, Cromwell no recelaba matar de dolor á su hija más amada, antes que librar á un *caballero* del patíbulo.

Poco se sabe de los primeros años de John Milton. Dícese de él, como de todos los que más tarde descuellan, que fué precoz en inteligencia y estudios. El padre desheredado debió de influir mucho en la formación del carácter del hijo y comunicarle la firmeza, la increíble tensión de voluntad que reveló siempre. Aunque privado de su patrimonio, supo el padre de Milton ganarse un buen caudal, que le permitió educar al niño como á un príncipe. También había su parte de *elección materna,* como hoy decimos, en el temperamento del poeta; su madre era mujer de gran pureza moral, dedicada á hacer limosnas y citada por sus virtudes... en un período en que la virtud revestía caracteres epidémicos.

Aparece la niñez de Milton consagrada á aprender, y los bió-

grafos nos le pintan, á los once años, gastando aceite y rompiendo los codos del jubón, hasta la hora de media noche. Antes de enviarle á Oxford, su padre le dió un ayo, el puritano Tomás Young, que por primer lección cortó los suaves y dorados bucles del rapaz, y le dejó convertido en *cabeza redonda*. Después destiló lentamente en su alma la rigidez y la convicción inalterable, petrificándola á trozos. La obra de Tomás Young duró tanto como la vida de Milton. Nunca recayó enseñanza alguna en espíritu mejor preparado á asimilársela.

De la escuela de San Pablo pasó Milton al colegio de Cambridge. Se cuenta que allí compuso, á los diez y seis años de edad, grave poema sobre el célebre complot de *las pólvoras,* por lo cual un crítico dedica á Milton este elogio profundamente triste: "Milton fué hombre hecho desde la niñez.„

A los veinticuatro años daba por terminados sus estudios académicos, pasaba una corta temporada en Londres, retirábase á la posesión de sus padres en Horton, y se entregaba en cuerpo y alma á la lectura de los clásicos griegos y latinos y al conocimiento de la literatura contemporánea, sumando así dos terribles elementos de exaltación: el arte y la soledad campestre. Con este último,—agravado por la Biblia,—había bastado para formar á Cromwell.

Del período de vida campesina procede la primer creación verdaderamente poética de Milton, la mascarada ó fantasía titulada *Comus*. La vida señorial de castillo, tal cual hoy la conocemos, con sus solaces brillantes y refinados, es muy antigua en Inglaterra, y el *Comus* se escribió para que lo representasen, en su residencia de Ludlow, los hijos del conde de Bridgewaters. Son de la misma época otras pastorales de Milton, así como el *Alegro* y el *Penseroso.*

Al morir la madre de Milton, el poeta manifestó vivos deseos de realizar un viaje por Europa. Si lo pensamos bien, fué este viaje la piedra de toque que descubrió la contextura del alma de Milton. El reveló que aquel alma, aunque templada y tendida como un resorte de acero por la educación y el medio ambiente, era metálica desde su origen, por obra de secretas fuerzas hereditarias y de raza que actuaban en ella. Otro grande hombre—por ejemplo un Goethe—vuelve de ese viaje transformado, abierto, penetrado por todas las humanísimas influencias que exhalan Italia y París. El propio Milton depuró en el viaje sus ideas; por aquel viaje no fué puritano cerrado, pero permaneció inmutable la complexión granítica del artista y del hombre.

Y, sin embargo, nadie viajó en mejores condiciones para conocer horizontes nuevos. No se redujo el viaje de Milton á ese paso rápido al través de comarcas extranjeras, hoy el más frecuente, por la misma facilidad de las comunicaciones, y que generalmente sólo sirve para remachar en nosotros, con la nostalgia de la patria y la extrañeza de los nuevos usos, los sentimientos y las ideas consuetudinarias. No: el de Milton era el *viaje de cultura,* tal cual se efectuaba entonces; que formaba una etapa de la vida; que coronaba los estudios y los completaba con el conocimiento de los hombres; el gran viaje que encontramos en la biografía de los mayores y más comprensivos genios de aquella época; el que unos hacían por necesidad ó por espíritu aventurero, otros por cumplir un deber para consigo mismos, alguno por misiones diplomáticas... pero que en todos imprimía profunda huella, en todos señalaba una madurez sabrosa del talento y del empleo á ese talento otorgado. En París, Milton empezó por cultivar la amistad de Grocio; pero poco tiempo se detuvo en la capital francesa; salió casi inmediatamente hacia Pisa, Génova, Florencia y Niza. Dícese que en Florencia se paró abrumado de admiración entusiasta. Ni podía ser de otro modo, pues Florencia—sobre la cual pesa el recuerdo de Dante—es la ciudad más á propósito para conmover á un enamorado de la belleza abstracta, lineal, digámoslo así; de la belleza que tiene por base la grandiosidad y la nobleza majestuosa. Florencia habla poco á la imaginación (Milton carecía de ella); Florencia se lo da todo hecho al contemplador, á manera de estatua de mármol del gran período griego, en que la belleza no se sueña, no se descifra, sino que aparece desde el primer momento demasiado clara, demasiado poderosa, sin penumbra, como revelación fulgurante.

De Florencia pasó á Roma, y la tolerancia exquisita, la cordialidad intelectual que han reinado siempre en la ciudad de los Pontífices, abrieron de par en par al joven poeta protestante las puertas de la Biblioteca Vaticana y sus tesoros, y le ofrecieron la amistad de los hombres más insignes de aquella época; y cuenta que Milton,—con la tiesura inflexible de su educación puritana,—no recelaba expresarse libre y ásperamente sobre materias religiosas, á pesar de los leales avisos que le aconsejaban silencio y prudencia. Galileo fué uno de los hombres con quien más íntima amistad trabó Milton en Roma. Huellas de esta amistad y de los diálogos sobre astronomía y cosmogonía que la acompañaron, las encontramos reiteradamente en *El Paraíso perdido.*

Quince meses duró el viaje del poeta. Créese que le llamaron á Inglaterra las noticias de la guerra civil, más encendida entonces que nunca y muy dudosa aún en su resultado, entre Carlos I y los *covenantistas* escoceses; mas lo cierto es que, al llegar á Inglaterra, se dedicó Milton á una tarea muy adecuada á su carácter, muy significativa: la pedagogía. Púsose á educar muchachos, primero á dos sobrinos suyos, después á los hijos de algunos amigos, formando insensiblemente una especie de colegio. Tratad de representaros al altanero Dante, al aventurero Shakespeare, dedicados á tomar y repasar lecciones. Pensad en el caballeresco Tasso, obligado á enseñar chiquillos. Milton, pedagogo, es toda la noción protestante de la utilidad y la moralidad, antepuesta á la belleza y á la libre y apasionada acción.

A los treinta y cinco años de su edad casóse Milton con María Powell, hija de un rico partidario de la causa real, Ricardo Powell, juez de paz en Oxfordshire. La novia era hermosa, muy joven, muy dama, aficionada á la sociedad y á los pasatiempos. El matrimonio, —como el viaje al continente,—vino á patentizar la manera de ser peculiarísima, atávica y nacional á un tiempo, del alumno de Tomás Young.

Incompatible con el lirismo del amor, lo mismo que con la dulce embriaguez del arte, fué sin duda el negro fanatismo puritano. Aun cuando Milton no cayó en los peores y más necios desvaríos del puritanismo,—salvado quizá de ellos por el baño de ambrosía de Florencia y Roma,—su modo de ser le impulsaba hacia esa creencia letal, enemiga de la hermosura, de la serenidad y del goce. Como se hacina lentamente la materia explosiva en el fondo del polvorín, había ido depositándose en el corazón de Milton la exaltación religiosa, pero la exaltación sorda y fría, al cabo prosaica, peculiar del protestantismo, que apaga la fantasía y sólo deja en pie lo escuetamente sensual, la necesidad fisiológica,—con la cual transige la conciencia porque la transforma en deber, mediante la aceptación del yugo matrimonial.—En los primeros años de su juventud había pensado Milton ordenarse; y no lo puso por obra, porque sus inclinaciones puritanas le vedaban simpatizar con el clero episcopal, oficialmente victorioso. Según acertadísima observación del gran maestro Taine, Milton conservó el sello de su vocación toda la vida, y tuvo *carácter de presbítero*,—alma forjada para la soledad interior, para el magisterio y la doctrina; genio grave, austero, esculpido en berroqueña, sin esas pequeñas debilidades y esos repentinos abandonos que ganan el cariño más segu-

ramente que la perfección impecable.—La abstención que se impuso en la mocedad,—cuando sus largos bucles castaños, su rosada y pulida tez, sus ojos del cambiante color del mar, el cielo y las nubes, su gallarda apostura, le atraían miradas y algo quizá más halagueño; en medio de los cantos de sirena de la divina Italia, en la molicie y el desenfreno de Nápoles, en el provocativo misterio de Roma,—al conservarse (son sus palabras) exento de toda impureza y vicio, considerándose siempre bajo la mirada de Dios y guardando su integridad, como algunos cristianos del período de las Catacumbas, para la mujer con quien hubiese de desposarse, labró también inevitable surco en su espíritu, y sin que neguemos que le prestó dignidad y resplandor, le impuso fatalmente cierta actitud violenta y desagradable, y destiló en él un residuo de descontento y de intrasigencia involuntaria, renta que siempre exige y cobra la naturaleza á los que la defraudan de otros tributos; y renta que suele ser más crecida cuando estas virtudes, en algún modo supernaturales, se practican al estilo puritano, sin dulzura ni humildad, sin dirigir de un modo poético y ardiente el amor por el cauce de la caridad—como hicieron los grandes santos católicos. Ni pecar ni perdonar: así entendían la santidad los puritanos, que no en balde detestaban el Crucifijo, imagen de un Dios que abre los brazos para recibir al pecador arrepentido, y pide para estancar su sed infinita una copa de lágrimas de contrición.

No hemos de desconocer que Milton, carácter poco amable quizás, era un carácter. No seamos injustos con él, ya que determinadas virtudes se perdonan menos que los pecados. La historia está de acuerdo para reconocer en Milton deliberado propósito de mostrarse elevado y digno hasta en sus menores acciones, reprimiendo el instinto y vigilándose á sí propio para no caer. En su anhelo de meditar y componer un poema que honrase á Inglaterra, entendía—como enseñó más tarde la filosofía germánica—que el poeta debe ser también *poema*, algo sometido á reglas de perfección, de las cuales se deriva la belleza, y al través de las cuales adquiere prismáticos reflejos. Milton quería ser un ara purificada, un ánfora de cristal. Aunque no muy blando ni equitativo con las mujeres,—caso frecuente en los que leen mucho, y sin espíritu de caridad, la Biblia,—el rigor de su puritanismo en materias sexuales le llevaba al singular extremo de predicar que la impureza degrada más al hombre que á la mujer, porque si la mujer es gloria del hombre, el hombre es gloria de Dios, y cae de más alto al manchar y oscurecer esa gloria.

Había incurrido el anglicanismo en dos capitales yerros: el primero, atribuir poder espiritual á los monarcas, sin prever el caso de que recayese la corona en hembra, como sucedió con Isabel Tudor, por lo cual la Reforma tuvo *Papisa;* el segundo, creer que un hombre puede ser á la vez sacerdote y marido, sin comprender que estas dignidades se excluyen. Aunque Milton no se ordenó, bastóle ser, como observa delicadamente Taine, *presbítero de nacimiento,* para que el matrimonio no le brindase las rosas que no había deshojado en la juventud. La luna de miel no brilló en su pálido cielo.

Así como se ignora por qué eligió Milton á María Powell y cómo se concertó el matrimonio, tampoco se sabe qué medió entre los recién casados para que la esposa, al cabo de un mes, pidiese licencia de volverse á su país por todo el verano, y pasado el verano ni regresase á su hogar, ni siquiera respondiese una línea á las reiteradas cartas de Milton. Enojado éste ya, envió mensajeros para que trajesen á la rebelde, pero ella los despidió con ásperos modos, negándose á seguirles. Se suele conjeturar que la señorita de opiniones realistas no quiso vivir con el republicano acérrimo; pero flaco habría de ser el cariño que no resistiese á esta clase de embates. Más íntimos y más del alma suelen ser los motivos de tales rompimientos. A veces ni los podrán definir los mismos que á ellos obedecen. Lo cierto es que Milton se encontró solo, después de haber sido un mes casado; y como al contraer nupcias creía cumplir un deber social y completar su existencia, no sintió el dolor del enamorado á quien hiere un desengaño, sino la indignación del ciudadano vulnerado en sus derechos.

Mientras la esposa, en su alegre casa paterna, reía y bailaba con sus compañeras y sus amigas de la niñez, sin acordarse del austero hogar de Milton, éste se consagraba á escribir el *Tratado del divorcio,* con la dialéctica y la energía del que, injustamente desposeído de sus bienes, reclama una indemnización. Porque Milton, á pesar de su reserva de la juventud, de su difícil y laboriosa abstinencia en Italia, no estimaba ni sentía la gran fuerza estética de la virginidad y la castidad como ofrenda á Dios: legalista riguroso, á fuer de buen protestante, creía—y lo declara explícitamente un pasaje de *El Paraíso perdido*—que el hombre ha nacido para casarse, y que el tener mujer forma parte, digámoslo así, de su personalidad jurídica.

Ahora bien; si la consorte le dejaba, él, Milton, debía hallarse facultado para tomar otra, como lo estaría para contraer nuevas nupcias en caso de viudez. Y, uniendo la acción á los raciocinios,

disponíase Milton á escoger compañera, cuando la antigua, preparando hábilmente una entrevista inesperada, se arrojó á los pies del poeta, bañada en lágrimas y ahogada de sollozos, y quizá por vez primera un dulce abrazo hizo latir juntos ambos corazones. Se cree que esta escena inspiró al poeta la bella página de *la reconciliación de Adán y Eva,* en *El Paraíso perdido.*

No falta quien atribuya al amor y á los celos la determinación de María Powell. Confieso que me parece más verosímil otra explicación; la de que, abatida la causa del rey y muy próxima á triunfar la del Parlamento, la joven realista buscó en su esposo amparo para toda la familia. Confirma este supuesto el hecho de que efectivamente la casa de Milton dió asilo á los Powell, y su protección les libró de persecuciones, confiscaciones y vejámenes. A la reconciliación de marido y mujer no tardó en seguir el nacimiento de una niña, la primera de esas famosas hijas de Milton que tanto han dado que hacer á pintores y poetas. Llamóse Ana, y nació coja. Poco después vino al mundo María.

Aunque Milton meditaba mucho desde tiempo atrás en su poema, la obra magna de su vida, lo cierto es que por entonces no escribió versos, sino una obra de pedagogía, el *Tratado de la educación.* Los sucesos políticos se precipitaban, pero Milton, que desde los primeros momentos se había consagrado á la causa del radicalismo, permanecía aún sin tomar parte activa en la lucha, por las fluctuaciones de su doble naturaleza de episcopal y de puritano. Venció, sin embargo, el puritanismo, que había de imponer á Milton el culto molochista de la sangre. Milton fué promovido al puesto de secretario de la *Commonwealth,* ó, para decirlo más claro, del triunfador Oliverio Cromwell; y la adhesión á este hombre, el prestigio que rodeaba al *inarticulado profeta,* como le llama Carlyle, fué, sin duda, lo que decidió á Milton á elegir la causa puritana, pues en materias religiosas tan lejos estuvo de afiliarse á determinada secta, que jamás se le vió, ni en la ancianidad, penetrar en ningún templo. Cromwell ejerció sobre Milton al ascendiente del genio activo sobre el pasivo, del que ejecuta sobre el que especula; según la hermosa frase de Lamartine, Milton vió en Cromwell al guerrero escogido, el Macabeo, el Juez de Israel.

Principiaba á la sazón para Cromwell esa época en que, habiéndolo arrollado todo, de todo se recela; pues tal es la calamidad de la vida humana. La opinión pública, que tanto había manejado, empezaba á encabritarse bajo su inflexible freno y dura espuela; los partidarios á quienes fanatizó durante la lid, eran obstáculo en

la hora del triunfo; y Cromwell, libre ya de los *Caballeros*, olvidando aquella mil veces engañosa divisa de *libertad*, sofocaba la voz pública, amordazaba á la imprenta, organizaba el espionaje y asalariaba apologistas. Ya no era Cromwell el hidalgo de aldea, místico, ideólogo, sin resquicios ni junturas: el tiempo, las vicisitudes, la ambición y la venganza saciadas, la corona al alcance de la mano, le habían modificado profundamente. Si el fanatismo que prestó energías á Cromwell en sus comienzos no le hubiese abandonado, cuando disuelto ya el Parlamento asumió toda la autoridad y no se coronó por refinamiento de ambicioso, no serían los últimos años del Protector esa horrible pesadilla que recuerda la historia, vida cien veces más triste que la de Felipe II en El Escorial, de eterno terror, de escalofrío incesante, vestida día y noche la cota para resguardar el pecho del puñal asesino, buscado el fugitivo sueño cada noche en distinta cámara del palacio, sin fe en Dios que le defienda, sin el escepticismo necesario para no temer que se apareciese, alzando el tapiz, una figura descabezada,—la misma que Cromwell había contemplado en la cripta de Whitehall.

Solicitó Cromwell la pluma de Milton para que escribiese la defensa del tiranicidio; y Milton, que no había manchado sus manos en sangre de rey, no vaciló en asociarse, con la mente y la voluntad, al crimen ajeno. Siguió al Protector en la venganza, como le hubiese seguido en la guerra. El poeta destinado á cantar los idilios del Edén, las virginales impresiones del primer hombre, cuando se despierta en el seno de un mundo joven, todo paz y sonrisas,—ensalzó la obra del verdugo, hizo la apoteosis el tajo y el hacha. Dice Lamartine que el *Iconoclasta*,—libro que escribió Milton refutando el atribuido al rey,—sólo prueba y demuestra una de estas dos cosas: ó la ceguera del fanatismo, ó la complacencia del genio con la fortuna. Sin embargo, cuando los Estuardos volvieron al trono de Inglaterra, Milton supo no inclinarse ni suplicar. Podría ser un fanático: á buen seguro no era un mercenario vil. Mostróse además, en esto como en todo, hombre inhábil y sin tacto, pues su obra, que satirizaba á un muerto, no aprovechó á la causa de Cromwell, hirió los sentimientos de los mismos enemigos de la monarquía, y sólo dió por fruto antipatías y rencores. Faltábale á Milton el don de persuadir, la dulzura que prende los corazones, el buen gusto latino, que enseña á no cerrar los puños, á no descender al insulto bárbaro y al ensañamiento. Abogado oficial de una república sin entrañas, tocóle en suerte refutar el ataque de Salmasio, profesor de la Universidad de Leyden, contra la revolución y contra el pue-

blo inglés en general. Semejante tarea costó á Milton, no en sentido figurado, sino literalmente, los ojos de la cara, pues teniendo ya su vista muy débil, el esfuerzo le privó toda luz en las pupilas; y fué tal la violencia de la réplica, que pudo justificarse el dicho de Voltaire: si Salmasio atacó como un dómine pedante, Milton respondió como una bestia feroz.

Un historiador que hace ley, un analizador profundo de los sucesos y de los hombres, Macaulay, afirma, no sólo en abono de Milton, sino de toda la revolución inglesa, que en aquella lucha se cifraba el porvenir de la libertad en Europa. Dudo que si Macaulay no nace inglés, viese en el movimiento revolucionario de su patria más que el combate encarnizado de dos sectas y el choque de dos fanatismos. No lleva la convicción á mi ánimo la hábil y sutil defensa que Macaulay hace de la conducta política de Milton, al escribir una sátira contra la memoria del degollado rey. Bien pudiera aplicarse á Macaulay, en este caso, lo que el propio Macaulay dice de Hume: que defendió sus ideas con argucia tan admirable en el abogado como impropia del historiador. A vueltas de tanto encarecer los beneficios de la Revolución inglesa, no consigue demostrar lo indemostrable: que no degollando á Carlos I la revolución sería menos beneficiosa, y que Milton no ofendió á la humanidad, más aún que los verdugos. Si los actos de violencia que comete un pueblo en revolución demuestran, como siente Macaulay, el grado de opresión y rebajamiento en que ha vivido, ¿qué fondo de glacial barbarie no revelará la apología de la violencia plebeya, hecha por todo un Milton, á sangre fría, á la serena luz de la lámpara que alumbra la mesa de estudio?

Es sofisma reconocer que fué crueldad inútil, una torpeza, y por consecuencia un mal, la ejecución de Carlos I—y Macaulay lo reconoce y hasta lo demuestra con su apretada lógica—para añadir á renglón seguido que hecho ya ese mal, é irremediable (porque no se le iba á encolar la cabeza al rey), convenía agotar los argumentos en su excusa y justificación. Si al pueblo se le debe libertad (prescindamos de lo discutible de esta aseveración), con más razón se le deberán la verdad y el desengaño. Aquí falla la robusta dialéctica de Macaulay, como cuando pretende concordar sus principios liberales y la indulgencia hacia la usurpación y dictadura militar de Cromwell.

Mas como quiera que toda causa puede defenderse, Macaulay encuentra explicación plausible, no sólo á lo que en efecto puso por obra Cromwell—como disolver el Parlamento, asumir los poderes,

iniciar y proseguir la reacción é ir restableciendo paulatinamente la antigua constitución secular del reino—sino á lo que hubiese podido hacer y no hizo—por ejemplo, ceñirse la corona, fundar dinastía, implantar el régimen absoluto, restaurar la aristocracia ó adelantarse á Monk en devolver el trono á los Estuardos.—¡Extraña y vehemente apología, que se adelanta á los hechos y canoniza aun lo que no sucedió! Sepamos disculparla en el inglés fascinado por el innegable genio de Cromwell, por la supremacía y prosperidad que supo lograr para su patria; y al comprobar la virtud de este sortilegio en inteligencia tan equilibrada como la de Macaulay, no nos admirará el que parecidos efectos se observen en el alma de Milton, que al cabo vivió cerca de Cromwell y recibió sus beneficios, amistad y loores.

Mientras el Protectorado recorría su órbita, en el hogar de Milton sucedía el nacimiento de un hijo varón, que vivió pocos meses, y el de una niña, que al venir al mundo costaba la vida á su madre, María Powell.—No tardó en reemplazarla Milton, y aleccionado sin duda por la experiencia, eligió esta vez para esposa á la hija del acérrimo republicano capitán Woodcock. Poco tiempo duraron las alegrías de la nueva y bien aparejada boda: Catalina Woodcock sucumbió al año de matrimonio, después de dar á luz una niña que falleció también.

Empezaban para Milton los años tristes: ya se oscurecía el horizonte para los fautores de la Revolución. Era el tiempo en que Fox, al ver á Cromwell cruzar á caballo por las alamedas del espléndido parque de Hampton Court, rodeado de su guardia, con aparato regio, sentía un soplo, un hálito de muerte, y observaba en la faz del Protector la palidez del sepulcro. Poco después expiraba en Londres el terrible Oliverio, volviéndose con angustia hacia Jesucristo, en quien sombríamente creía y esperaba, pero al cual también temía, porque Dios es misericordia, perdón y paz, y él, Cromwell, había sido ira, castigo y guerra, y le parecía aterrador el caer, desnudo de caridad, enrojecido por tanta sangre, en manos del que padeció en la cruz por todos. La paz en la hora suprema,—galardón de los santos humildes, de los limpios de corazón, de los pobrecillos de espíritu,—mal podía ser patrimonio del que, en los agitados delirios que preceden á la agonía, debió de ver tantos fantasmas como había visto Ricardo III antes de la batalla que dió el trono á los Tudores.

Al morir el gigante se derrumbó su obra, y sobrevino la Restauración.

V

Horas de desaliento habían sido para Milton aquellas en que Ricardo Cromwell, arcilla engendrada por el hierro, dejó venirse á tierra el edificio levantado por su padre, y en que el resucitado *Parlamento Largo* y el ingobernable y brutal ejército se disputaban el poder como los fieros canes se disputan, entre gruñidos y dentelladas, una presa; y horas de increíble angustia, las que vieron proclamar, en medio de delirantes transportes de júbilo del pueblo, á Carlos II.

Más feliz Cromwell que su secretario, quizás no pudo sospechar hasta qué punto volverían á su pristino estado las cosas, y la nación acogería á los Estuardos con el suspiro de bienestar del que se despierta á la luz del sol después de lúgubre pesadilla. Sí; lo que más debió de afligir á Milton no fué el hecho de la Restauración, sino la increíble explosión de regocijo que la acompañaba. Como si rasgase una serie de negros crespones, Inglaterra se despojó de la caliginosa hipocresía y de la ruda disciplina puritana. Tal sucederá siempre que se desquicie y extreme la forma exterior de la virtud y que se desconozca la realidad, clave de la historia y resorte de la vida. Si un escritor tan extremoso como Carlyle defiende á capa y espada á los puritanos, Macaulay es más sagaz y más explícito. "Al comenzar la guerra civil,—escribe,—los mayores enemigos de las doctrinas y modo de ser de los puritanos se vieron obligados á reconocer su intachable moralidad; mas presto hubo que poner tasa á los elogios, pues aconteció con los puritanos lo que suele suceder con las sectas, y es que alcanzan fama de santidad cuando oprimidas y la pierden cuando pujantes...„ La misma autorizada pluma nos dirá el cambio que forzosamente se verificó en las costumbres, y la irrupción súbita y gozosa de afectos y pasiones que reprimiera la rigidez de los puritanos: "Hastiado el pueblo inglés de la hipocresía, receloso de las apariencias de santidad, y abrumado aún por el yugo que le impusieran gobernantes austeros y devotos, se dejó llevar con verdadera complacencia de los vicios.„ Los que censuran y fustigan, con sobrada justicia y razón, la

corrupción, la frivolidad, el escepticismo y la ligereza del primer período de la restauración de los Estuardos, no deben echar en olvido las causas, porque en cada fenómeno hay su razón lógica, y así como pudo haberla para la severidad y mojigatería anterior, no cabe dudar que el fenómeno contrario nació por natural reacción, arrollándolo todo impetuosamente y vengándose de las exageraciones gazmoñas. Se había comprimido y torcido la corriente del Renacimiento; se le había encharcado de mil maneras antipáticas y ridículas; y lo que un tiempo se estancó, salió de madre, arrastrando, como suelen arrastrar las inundaciones, légamo é impureza. La génesis de esta transformación social la estudia Taine (1) de mano maestra. Describe al hombre bajo el peso de la alucinación religiosa, exaltado, maniático, loco, transportando á la política las calenturas del misticismo y las visiones de la alucinación. Nos pinta aquel delirante período en que era preciso, para no parecer tibio en religión, andar escuálido, rapado, con los ojos extraviados y vestido de pardo ó de negro, proscribir como á un enemigo el goce ajeno y el propio, y aprobar que se azotase á los actores; ¡en la patria de Shakespeare!; quitarles sus hijos á los católicos, y prohibir á las madres que besasen á sus hijos "en el día del Señor.„ Por eso, al volver el rey, respiran los pechos, dilátanse los corazones y se alegran los rostros; la gente sonríe, como si se le hubiese quitado de encima una losa. Los hipócritas habían puesto la Cuaresma antes que las Carnestolendas; las Carnestolendas vinieron, sólo que retrasadas y á deshora. Fué la licencia desatada, la inmoralidad pública sin rebozo, el lujo desatado y asiático, la literatura grosera y licenciosa, los ropajes impúdicos, los banquetes destemplados, el amor sin alas y el arte sin diadema.

Temeroso Milton de las represalias del partido vencedor; viendo sus libros *Iconoclasta* y *Defensa del pueblo* quemados por mano del verdugo; sabiendo que había sido desenterrado el cadáver de Cromwell para arrastrarlo por las calles y suspenderlo con cadenas de la horca, determinó esconderse. Vivió algún tiempo oculto en casa de un amigo; y aquel mismo amigo, y otros, se concertaron para esparcir la noticia de la muerte del poeta, y llevando á hombros un ataúd vacío, lo escoltaron hasta el cementerio, fingiendo demostraciones de la pena de enterrar á Milton. La prudencia aconsejaba tales ardides, pues Milton, aunque desviado en los últimos años de la corte del Protector, había predicado, después de muerto

(1) *Historia de la Literatura inglesa*, t. III.

Cromwell, contra los proyectos de restauración y la vuelta de los Eduardos. La orden de prender á Milton estaba dada; pero hágase justicia al benigno y amable Carlos II: por bondad, por falta de rencor, tal vez por escepticismo ingenioso, jamás demostró sed de vengarse del poeta que había defendido y justificado la ejecución de su padre. Al saber el ardid del fingido funeral, Carlos II lo celebró con gran risa, diciendo, en intraducible juego de palabras, que era discreción huir de la muerte con oportuno alarde mortuorio. Hasta se asegura que el rey estaba dispuesto á devolver á Milton la secretaria de Estado, si se adhiriese á la causa real: á lo cual se negó el poeta, alegando que no pensaba en lo presente, sino en la posteridad, y que no quería dejar de sí tan feá memoria. Cuéntase que el duque de York, hermano del rey y rey después bajo el nombre de Jacobo II, manifestó cierto día gran deseo de conocer personalmente al famoso Milton, y con la venia real, fué á visitar al poeta en su casa. Entablóse la conversación, y al filo de ella preguntó á Milton el duque, si no consideraba la falta de la vista castigo de Dios por haber escrito contra el rey. Milton contestó con energía: "Si cree Vuestra Alteza que las calamidades que padecemos son signos de la cólera de Dios por nuestros pecados, tendrá que creer también que el rey su padre había pecado mucho, pues harto infeliz fué su destino. Yo sólo he perdido la vista; pero él perdió la cabeza.„ Al oir esto levantóse amostazado el duque, y se retiró. Al volver al lado de su hermano, lo primero que le dijo fué que había hecho muy mal en no empezar ahorcando á Milton.—"¿Pues qué pasa?„—preguntó el rey.—"¿has visto á Milton tú?„—"Y tanto como le he visto„.—"¿Y cómo estaba?„—"Muy viejo y muy pobre.„ —¿"Y ciego además?„—"Y ciego.„—"Siendo así, Jacobo, si le ahorcamos le hacemos un señalado favor; déjate de horcas, que bastante tiene con vivir.„

En estas anécdotas podrá haber más ó menos invención: lo incontestable es que el nombre de Milton no figuró en la lista de exceptuados del decreto de amnistía real, y que por lo tanto el poeta pudo salir de su escondrijo y vivir á la luz del día sin miedo á un cruento castigo, que jamás entró en los propósitos del rey.

El período de la vida de Milton que empieza con la Restauración y acaba con la muerte, transcurre en completo alejamiento de los sucesos políticos. La Restauración obraba cuerdamente en no molestar á un enemigo glorioso é ilustre, pero reducido á la más absoluta impotencia.—Entre las personas que se interesaron á fin de que no fuese inquietado ni perseguido Milton, es curioso recor-

dar que se contaba sir William Davenant, el poeta laureado de la corte, que debía á Milton, bajo el terror parlamentario, análogo servicio.

Razón tenía Carlos II en su humorística salida: la existencia se había entristecido para Milton ya. A la pesadumbre de ver la obra revolucionaria hecha añicos, unían la pérdida casi total de la hacienda, la noche eterna que envolvía sus ojos, y, pena mayor quizá, —de seguro menos frecuente—la impiedad y dureza de esas hijas que el arte ha idealizado, pero que en realidad acibararon con su desamor los últimos años de Milton.

Parece que, para buscar amparo contra su ingrato proceder, contrajo Milton terceras nupcias, á los cincuenta y cuatro años de edad, con Isabel Minshall, señorita de noble cuna, que se consagró con verdadera filial devoción á consolar y cuidar al que casi podemos llamar anciano. No fué la pasión, sino el respeto y la ternura, lo que valió á Isabel el lauro de leal y dulce compañera del genio. No es necesario insistir en cuánta amargura envuelve el hecho de que un padre necesite buscar protector contra su propia sangre; y, sin embargo, fué así. Las hijas de Milton vendían á escondidas los libros en que su padre se deleitaba; sustraían, valiéndose de su ceguera, el poco dinero que hallaban en sus cajones; y se refiere de una de ellas que, al saber las nuevas nupcias de Milton, pronunció estas palabras incalificables: "¡Su boda! ¡Valiente noticia! Si fuese la de su muerte...„

En tan largo período de aislamiento; en su persistente lucha con la estrechez y la ceguera, es cuando se revela mejor la grandeza peculiar del carácter de Milton. Ni entonces ni nunca es Milton el cristiano capaz de mansedumbre y de resignación humilde: pero entonces se ve dibujarse con claridad la figura del filósofo estoico, del alma templada en las aguas de la Estigia, imbuida, más de lo que ella misma cree ni sabe, en la moral pagana. No se ha de negar que en esto también hay belleza grande, dura como un bloque de marmol, pero digna de admiración.

El rasgo distintivo de Milton en aquella época es una serenidad como de lago profundo, una calma y una elevación continua, que nos producen el efecto de estar respirando la atmósfera clara y sutil de una montaña, á muchos miles de metros sobre el nivel del mar. En la elección y conservación de su actitud orgullosa, hubo en Milton algo del refinamiento estético del gladiador, que no quiere caer en postura fea y descompuesta. En cierta ocasión, como un enemigo le motejase de ciego, Milton respondió: "El ser ciego no

es miseria. Sólo lo es el no saber llevar esta desventura. Yo la he de soportar con entereza, pues sé que todo hombre está expuesto á tal infortunio, y lo han sufrido muchos de los más ilustres entre los humanos.„ Véase cómo el estoicismo trae de la mano la altivez, y cómo no sin razón se ha podido decir que Milton, para concebir el grandioso carácter del ángel rebelde, sólo necesitó mirar hacia dentro de su propia alma.

No interrumpió ni un instante el orden de sus trabajos y estudios, que alternaban con la música, á que siempre habia sido tan aficionado, y con largos paseos por las cercanías de Londres, sobre todo cuando la primavera, pintando los prados y las selvas de hermoso verdor, para que disfruten los que conservan el don de la vista, también esparce en el ambiente aromas y agita las blandas alas del céfiro á fin de que gocen los ciegos alguna parte de sus dones. Esta época, que consagró á escribir *El Paraíso perdido,* viviendo ya en la inmortalidad y dejando, por decirlo así, bajo sus pies los cuidados y los diarios sinsabores, es sin duda alguna la más poética y noble de la vida de aquel hombre que no había tenido juventud, ni conocido la pasión sino en el árido terreno de la política. El furioso apologista del regicidio, el impugnador de Salmasio, el sectario, habían desaparecido ya, y de su rígida envoltura volvía á salir, como divina mariposa, la poesía. Los artistas que han representado á Milton, escogen este momento de su historia para inspirarse, con tanta más razón, cuanto que, según refieren los autores, no había perdido Milton con la senectud su peculiar y británica hermosura, antes ésta había adquirido nueva expresión y realce. "Conservaba Milton bajo sus cabellos blancos—nos dice uno de sus biógrafos—esa belleza de rostro que es la segunda flor de la vida, más duradera que la de la juventud. Su frente carecía de arrugas; su tez era sonrosada, su boca grave y sonriente, sus ojos, aunque apagados, azulinos y profundos, como si la luz que los penetraba superficialmente los alumbrase hasta el alma; su voz cadenciosa y melodiosa como un cántico; gustábale caminar en la estación del sol y de las flores, y cuando se apoyaba en el brazo de su mujer ó de alguna de sus hijas, caminaba erguido y derecho por los senderos y colinas de las cercanías de Londres, oyendo con delicia los ruidos campesinos y el gorjear de los pájaros.„

Desde dos años antes de la Restauración trabajaba Milton asiduamente en aquel poema que había sido el sueño de su juventud y de su edad madura, y que no debía realizar sino en la vejez; tres años después, puede decirse que estaba terminado. Por referencia

de su tercer esposa, Isabel Minshall, se sabe algo de las circunstancias materiales que rodearon la gestación y el nacimiento de *El Paraíso perdido*. Milton componía, con preferencia, durante el invierno; al despertarse solía dictar á su esposa como veinte ó treinta renglones. Según fué adelantando en la labor, créyose precisado á tomar un secretario, porque á veces la tarea de dictar era lentísima, á causa de que el poeta necesitaba meditar, pulir y limar, y la esposa, atareada con los quehaceres domésticos, no siempre podía acudir cuando él la llamaba. Fué para Milton verdadero tormento el tener que lidiar con un muchacho amanuense, tan lerdo, que había que repetirle dos veces cada sílaba. El poema progresaba lentamente, pues la vena poética de Milton sólo corría límpida y abundante del equinoccio de otoño al de primavera. Hoy con auxilio de su mujer ó de alguna de sus hijas, mañana recurriendo al escribientillo ó encontrando un auxiliar inesperado y cariñoso en el cuákero Tomás Ellwood, iba Milton dando cuerpo á su poema. Las hijas, de las cuales sólo una, Débora, parece haber profesado á su padre algun cariño, repugnaban la tarea de escribir al dictado, y, como Marta la del Evangelio, preferían el aprendizaje de un modesto oficio, el de bordadoras, que las salvó de morirse de hambre después del fallecimiento de Milton.

Terminado ya *El Paraíso Perdido,* sometiólo Milton á la censura, y por milagro no fué prohibida su publicación, á causa de cierto pasaje, que pareció sedicioso, sobre los eclipses. Nadie ignora,—porque es una de esas anécdotas literarias que se citan á cada paso con objeto de probar que la necesidad viaja siempre al lado del genio,—qué suma dió á Milton el librero Symons en pago del original de *El Paraíso perdido,* obra escrita en previsión de la inmortalidad. Lo que el editor ofreció á Milton fueron cinco libras esterlinas. En cambio, apenas vió la luz el poema, un grito de admiración resonó por los ámbitos de Inglaterra. A pesar de las nuevas corrientes políticas; á pesar del cambio de gustos y de aspiracioes que habría traído consigo la Restauración, elevóse un concierto de alabanzas para celebrar aquellos cantos tan puros, aquellas escenas idílicas de una gracia tan honesta, aquel dominio ejercido por el poeta sobre el idioma, para hacerle expresar la grandeza magnífica de las ideas y lo indefinible de la visión ultraterrestre. Cuéntase que por entonces, un ilustre militar y político, sir John Denham, penetró en el Parlamento llevando en las manos pruebas de *El Paraíso,* húmedas aún de la tinta de imprenta, y exclamó á voces: "He aquí un trozo del poema más noble que se ha escrito en ninguna edad ni en

ningún idioma„; y añádese que Dryden, al leer *El Paraíso* por primera vez, declaró moviendo la cabeza: "¡Este hombre nos hunde á todos, á los modernos como á los antiguos!„

No sé conciliar bien este tardío resplandor de gloria con el abandono, puede decirse el olvido, que rodea á Milton en sus ultimos años y le acompaña hasta la tumba. La vejez de Milton es melancólica, por la soledad en que vive el poeta, los apuros que pasa, y su incesante escribir para cubrir con su pluma las apremiantes necesidades del modestísimo hogar. A veces compone fárragos, prosa que hoy nos parece indigesta, como la *Historia de Inglaterra,* únicamente por obtener algunas guineas, á guisa de tejedor que no da punto de reposo al telar. Y en esta asidua labor, en pobre casita de un arrabal de Londres, sin que conozcamos la enfermedad que le llevó á la tumba, sino sólo que se extinguió suavemente y que exhaló el último aliento con tanta paz que no lo advirtieron siquiera los que rodeaban su lecho de muerte, dejó Milton la tierra á la edad de sesenta y seis años, en el triste mes de Noviembre, cuando la nieve y la bruma envuelven á manera de sudario á Londres.—Enterráronle más que humildemente los amigos que aún conservaba, en la iglesia de San Gil, poniendo sobre su tumba una piedra sin inscripción. Y la desaparición de Milton pasó casi inadvertida entre el tumulto de la Restauración brillante y bulliciosa, los indicios de reacción católica, la creciente arrogancia de los *caballeros* y la joven popularidad del católico y realista Dryden, poeta laureado de la corte.

VI

Examinemos el valor del fallo de Dryden; veamos si en efecto Milton los hunde á todos, á los clásicos antiguos como á los modernos; justipreciemos este arranque de entusiasmo de un contemporáneo arrodillado ante el astro que visto de cerca le deslumbra.

Milton había escrito mucho en verso y prosa, antes de poner mano en *El Paraíso perdido.* Sus obras más estimadas, anteriores al poema, son la pastoral ó mascarada *Comus,* y el *Allegro* y el *Penseroso.* El *Comus* le conquistó admiradores no sólo en Inglaterra, sino en toda Europa; mozo aún, por el *Comus* se le recibió con agasajo y respeto en París, Florencia y Génova. Durante

el fervor político de Milton pareció que se le habían caído las alas á su musa: los años sombríos, en que le rodearon las Euménides de cabellera de serpientes, escribió prosa amazacotada, agria, casuística, dogmática, en que se revela y aparece á cada momento, no sólo el sectario, sino el teólogo que era Milton por dentro. Sus libros se titulan *Historia de la Reforma, Observaciones á un contradictor, Razón de ser del gobierno de la Iglesia contra el episcopado, Doctrina y disciplina del divorcio, Tratado de la educación, Areopagítica, Regla de reyes y magistrados, Historia de Inglaterra, Historia de Moscovia, Arte lógica,* y hasta encontramos en el catálogo ¡un *Diccionario ó tesoro de la lengua latina!* Basta nombrar estas obras para que se comprenda que ninguna de ellas brotó de la fuente artística, de la secreta fuente cuyas aguas embriagan. Son libros de controversia, de polémica ó de *pane lucrando*; en cuanto al tristemente célebre *Iconoclasta,* es peor; es una mancha de sangre.

Trabajos tan diversos, tan áridos algunos, nos dan la clave de la personalidad de Milton. Es personalidad *literaria,* en el sentido culto y reflexivo del vocablo. Milton posee un cerebro bien amueblado, ponderado, sano y repleto de nociones adquiridas, cuyo valor relativo no debe desconocerse: si le comparamos, por ejemplo, al ignorante Shakespeare, Milton se nos figura un dechado de sabiduría, varón doctísimo, de complicada y concienzuda actividad mental, apto para todas las tareas, con lastre de ciencia y erudición para emprender un viaje al través de cualquier asunto. Considerando su múltiple labor literaria, le juzgamos, antes que poeta, polígrafo, *cabeza redonda* en el terreno intelectual, capaz de entender y expresar la belleza, el arte, la filosofía, la pedagogía, la teología, todo con superioridad, pero influida principalmente la dirección de su espíritu por el concepto útil, moral y religioso de la vida. No faltará quien estime esto como altísima superioridad: yo lo conceptúo, para el poeta épico, inferioridad nativa. En Milton, como en Tasso, hay un dualismo, pero de distinta índole; el poeta no se nos aparece en su impulsiva magnificencia, en la frescura de su inspiración y con la llama de su genio en la frente, designado por la naturaleza para cantar: le vemos, al contrario, sacar á luz su vocación, con persistente esfuerzo, dominando la hostilidad del medio ambiente y sumergido en la turbia atmósfera de la política, entre las corrientes de prosaísmo social y de lirismo subjetivo ya reinantes. El hombre que con igual facilidad propaga doctrinas pedagógicas, redacta hábiles tratados diplomáticos con

las potencias extranjeras, refuta un libro injurioso, escribe otro, compone centones históricos,—puede ser poeta, y no ha de negarse que Milton lo fué, y muy grande;—pero no es poeta ante todo, no es *el poeta.*

Se me dirá que también Dante se contó en el número de estos varones enciclopédicos, y escribió de derecho y política. Cierto que el gran florentino pagó tributo á la pedantería especial de su siglo, enfrascándose en la filosofía escolástica y en la teología sutil; pero en el siglo XIII eso era materia poética; los campos estaban mal deslindados, y así como en la catedral se celebraban contratos y se tramaban conjuras, en los libros de Aristóteles se encontraban elementos para los cantos del *Purgatorio.* Las facultades de Dante son de las que los siglos rara vez producen: las de Milton no se remontan tanto; no tienen el vigor suficiente para absorber y fundir los componentes extraños á la poesía en el encendido crisol de una inspiración soberana. Cuando Taine llama á Milton *grande* y *bárbaro,* creo que le exalta más de lo justo: era grande sin duda, pero no era todo lo bárbaro, es decir, todo lo espontáneo y terrible que necesitaría ser para inmolar sus demás facultades en aras de la inspiración. Existen en la prosa de Milton páginas insoportables, y es porque su espíritu no está presente siempre en la totalidad de la obra, y aunque cultivadísimo, es esencialmente duro y poco flexible, de vuelo lento y bajo, convencido del valor de las cosas útiles, prácticas y del momento,—disputas políticas, luchas de secta, argumentaciones chabacanas y desprovistas de esa profundidad filosófica, que es otro género de poesía.—En Milton sentimos, como se siente un muro que nos aisla, la falta de ese poderoso arranque del águila que no hay cumbre que no domine, y que hasta en las nubes pone su escabel. El mismo Taine lo reconoce cuando afirma que en Milton son un solo hombre el sectario y el autor. Nadie podrá decirlo de Dante, por más que salte á la vista su apasionamiento político. Al hablar de Milton, le estoy comparando á los más incomparables entre los poetas; y lo hago notar, porque si no mi juicio parecería injusto. Ciertas regiones abrasadas, la *esfera del fuego,* adonde llegó el genio de Dante, no las alcanzó Milton jamás.

"Escribía Milton—dice Taine—no por impulsión y al mero contacto de las cosas, sino como literato, como humanista, doctamente, con ayuda de libros, considerando los objetos no menos que en sí mismos en la tradición literaria, agregando á las imágenes propias las imágenes ajenas, recogiendo y refundiendo sus invenciones, como artista que complica y multiplica las repujaduras y las

cinceladuras, entrelazadas ya sobre una diadema por la mano de veinte artífices que le precedieron.„ No cabe decir cosa más exacta ni más severa sobre la índole peculiar del genio miltoniano, que los apasionados de la Reforma exaltan por cima del de Shakespeare, y que algunos comparan audazmente al de Homero. Taine, tan partidario de la Revolución inglesa, tan amargo censor de la literatura que la Restauración trajo consigo, confiesa que Milton no sentía la vida, sino solamente la grandiosidad, la solemnidad, lo imponente, lo magnífico, cierta majestad abstracta y fría que no conmueve. En sus efusiones religiosas ¡cuán poco se parece á Esquilo y á los profetas hebreos! No es fácil decidir si hubiese alcanzado su grandeza, á nacer en la misma época de Esquilo y de Ezequiel, y no en las postrimerías del Renacimiento. Uno de los rasgos de mayor perspicacia que tuvo Milton, es el mostrarse convencido de que había venido al mundo un siglo más tarde de lo que debiera. "Sabía Milton—escribe Macaulay—que ni la civilización que le rodeaba, ni la educación que había logrado adquirir, eran provechosas á su ingenio poético, y recordaba con pena los tiempos en que el hombre sentía y se expresaba con vigor y sencillez.„

En un punto sólo debía fallar y falló la penetración de Milton al juzgarse: no era fácil que, teniendo á los católicos por idólatras, reconociese que sobre su inspiración pesaba, asfixiándola á veces, el espíritu de la Reforma, enemiga natural del arte.

Resalta en la biografía de Milton, en las vicisitudes de su historia y en las diversas formas que revistió su actividad, que llevaba el modo de ser peculiar del protestantismo disuelto en las venas, y que si alguien nació protestante—no anglicano, ni presbiteriano, ni puritano, ni cuákero, sino con los caracteres generales de estas sectas asociados y juntos—fué Milton. Ahora bien, en el criterio protestante existe—no latente, sino consciente—la noción de que el arte no puede ser objeto supremo de la vida. Con la rigurosa distinción del arte en *moral* é *inmoral,* la subordinación de la estética pura á la utilidad, y la idea de que el arte se eleva y dignifica cuando elige asuntos y temas grandiosos y elevados, el protestantismo señala al arte un puesto subalterno, y lo somete á una vigilancia estricta, como á niño revoltoso ó agitador peligrosísimo. Un artista *completo* no puede ser protestante. Católico ó pagano, sí; protestante, no. O lleva á sus últimas y lógicas consecuencias el principio del libre examen y es racionalista, ó tropieza con esas paredes, y aleteando, se rinde y cae.

Dentro de la Reforma no cabe ser más artista de lo que Milton lo

fué. Inglaterra, desde que se emancipó de la Iglesia católica, no ha vuelto á producir otro poeta tan ilustre, ni lo producirá, á no ser que se verifique en su conciencia una revolución más radical, un cataclismo más terrible del que costó la cabeza á Carlos I. Es necesario que en el seno de esa nación poderosa, próspera, que tantos ideales ha realizado en el orden positivo de los hechos y en el terreno social, familiar y político, hiervan corrientes subterráneas, fermente una lava ígnea y devastadora, se estremezcan fibras que hoy duermen, sangre una realidad más íntima y más humana que el realismo casero, y vuelen como aves del cielo los sueños ardientes del misticismo católico, para que el nivel del arte vuelva á ascender desde Milton hasta Shakespeare, y para que Byron no sea, en su misma patria, el cometa siniestro que sólo anuncia destrucción y muerte.

Quizá era presentimiento profético en Milton el declarar que aspiraba á componer un poema que "honrase á Inglaterra, ya que no al mundo entero„. En efecto, para Inglaterra se escribió *El Paraíso perdido,* y en Inglaterra encontró su público, el público que acoge en su seno la obra, que se ve reflejado en ella, que la ha llevado en su alma antes de leerla y aprenderla de memoria. Para la Inglaterra que produjo la Reforma, Milton es el vate, el cantor sagrado, en cuya frente brilla la ley divinal, como en la de Moisés cuando bajaba del Sinaí. En asunto y estilo, el poema era cortado á la medida de la nación. A una raza empapada en la Biblia ofrecía Milton la Biblia adaptada al siglo XVII y despojada de su sospechosa vehemencia oriental, de su poesía primitiva, fuerte, perfumada como la mandrágora; la Biblia explicada á estilo de predicador anglicano, acompañada por la sonoridad de hermosos y bien forjados versos, interpretada por un poeta de áureo verbo y de nobilísima forma, y acomodada al sentido de un pueblo que se ha dado á sí mismo instituciones y leyes morales, y sujetádose á una regla estricta, pero propia, elegida y sancionada libremente. A cada pueblo, en cada período, le viene justo un aspecto parcial del arte: *El Paraíso perdido* es el que convenía á Inglaterra, así que la Iglesia oficial hubo conseguido definitiva supremacía y calmádose la efervescencia puritana.

A pesar del juicio de Macaulay, no contamos á *El Paraíso perdido* entre las producciones más insignes del espíritu humano. Demuéstrase en el *Paraíso* la infalible ley de descenso de la epopeya, según va quebrantándose el ideal común y genérico en la parte civilizada de la humana especie. Homero fué tan superior á Virgi-

lio, como Dante á Milton y Milton á Chateaubriand. El politeísmo, que creemos extinguido en cuanto religión oficial de los pueblos, reaparece en el lirismo, fragmentariamente: cada nación tiene sus dioses: pronto los tendrá cada individuo... Y por el sentido individualista, la epopeya, la clásica epopeya, muere. Cuando estudiemos á Chateaubriand, la veremos ya reducida á esa huella incorpórea y misteriosa que imprimen en la piedra los organismos desaparecidos para siempre jamás.

Equivócase Macaulay al suponer que Milton declinó porque la poesía había declinado, y que infaliblemente la poesía decae á medida que la civilización progresa. Shakespeare fué mil veces más poeta que Milton y poco le antecede en el orden cronológico: Byron, que es de ayer, fué tan poeta como Milton también, y más libre y genial, más volador; Tennyson, sin ser más poeta que el autor de *El Paraíso perdido,* descubre y patentiza en sus creaciones que el espíritu del pueblo inglés, aunque guiado siempre por los móviles que en él influían durante el primer acceso de la Reforma, ha adquirido mayor libertad, ha emancipado algo su fantasía, ha sentido de un modo más independiente de la regla las alegrías del hogar y el yugo de la familia, y ha sabido desprenderse de lo que la Biblia tiene de *israelita* y la vieja ley de estricto y leñoso. Lord Tennyson, poeta laureado de la reina de Inglaterra, es, en cierto modo, el continuador de Milton: entre los dos existen estrechas afinidades: ambos representan á su nación, hasta tal punto, que por ello se han vedado representar con la misma exactitud á la humanidad; pero Milton es, en su raza, un momento de exclusivismo y furor; Tennyson, uno de relativa tolerancia.

No sé si de lo que he procurado hacer resaltar en la biografía de Milton se deduce lo que yo veo tan claro, á saber: que si una época es un hombre, de nadie se dirá con más razón que de Milton. Milton no fué un *dominador,* sino un *dominado.* Los superficiales escritores que con cuatro datos fisiológicos mal digeridos han pretendido recientemente, sin arredrarse ante la magnitud y dificultad de la obra, hacer la psicología del genio, casi podrían negar la aptitud genial de Milton, pues le faltan todos y cada uno de los rasgos peculiares que constituyen el diagnóstico de la neurosis genial. Ni originalidad, ni anomalía en ningún terreno: en todo y siempre la influencia exterior, la obra del tiempo, la imposición del criterio que flota en el aire y se respira: una endósmosis enérgica y poderosa, actuando sobre una rica organización literaria y un alma bien templada (aunque no extraordinaria en siglo de tanta fe, de tal voca-

ción al martirio). Quitad de la vida de Milton el *Comus,* quitad algunas páginas admirables de *El Paraíso perdido,* como el viaje de Satanás á través del caos ó la invocación á la luz, y quedará un escritor no vulgar, pero normal y previsto, un respetable *divine,* un docto latinista, el ayo de una familia cuákera, el *honorable* secretario de la Commonwealth, el creyente pronto á sufrir la picota y á dejarse cortar las orejas, pero más dispuesto aún á instalarse, con su numerosa familia, en una casita que tenga jardín, y donde por las tardes, al son del clavicordio, se entonen salmos. El ideal de Milton, si no está en prosa todo él, tiene por lo menos gran lastre de prosa burguesa, y á no ser por las turbulencias políticas que han destacado su figura, prestándole ciertas lisonjeras analogías con la del Dante, se podría decir que con Milton la epopeya descendió á la prosa, y que con Chateaubriand bajó al sepulcro. El claro talento de Macaulay percibió sin duda la verdadera fisonomía de Milton, cuando, después de reconocer que Milton nació en época desfavorable para la poesía, estampa las siguientes significativas frases: "Tal vez no cabe ser poeta, ni aun siquiera gozar de la poesía, sin hallarse *bajo la influencia de una manera de enfermedad del espíritu.*„ Y á poco añade: "Así entendemos que no debe llamarse poesía todo aquello que se escribe en verso, aun cuando la perfección de su forma merezca altísima alabanza.„

Por no reconocer ni confesar que el elemento de prosaísmo é inferioridad en Milton es el espíritu de la Reforma, Macaulay establece aguda distinción entre las sociedades civilizadas y las sociedades bárbaras é infantiles, y ve predominar en estas últimas el sentido poético é imaginativo, en las segundas el análisis, la reflexión y los conocimientos positivos, incompatibles con la creación poética. La teoría es brillante y especiosa, pero su falsedad se demuestra con sólo recordar dos hechos bien patentes: el primero, que en las sociedades realmente *primitivas y bárbaras* no se dieron grandes poetas, y que para su aparición hizo falta un grado de civilización bastante adelantado en general, y aun verdadera cultura artística, como la poseía la Grecia de Homero; el segundo, que tan poesía es la lírica como la épica, y en nuestro siglo la poesía lírica ha llegado á la mayor altura que se puede soñar. En el modo de juzgar á Milton es también Macaulay, sin que él mismo lo note, el hombre de su nación y de su raza, de criterio mezquino, convencido de que hay géneros privilegiados y nobles, y que la cáscara de una epopeya vale más que el cuerpo vivo y vigoroso de una poesía lírica breve, ó de una novela, ó de un cuento.

Insisto en que, para comprender el lugar que ocupa Milton en la literatura de su patria y en la del mundo, debemos recordar á Shakespeare. Entre Milton y él la diferencia es la misma que entre nuestros Velázquez y Murillo. Mientras el arte de Velázquez es la verdad tangible, la verdad descendida al lienzo sin atenuación, y Velázquez el artista que mejor emula al poder divino hasta donde puede el hombre, y en él todo brota de oculto y fresquísimo manantial, todo lleva gérmenes prolíficos, en todo late la vida,—Murillo, que expresa un momento de nuestro sentido místico orientado siempre hacia el realismo, sólo es profundamente verdadero si le consideramos español. Lo mismo podría decirse de Calderón de la Barca, tan hondamente enraizado en el suelo patrio como Milton. No intentéis trasplantar estos cedros: se alimentan de jugos locales; en otro climas, en distinta tierra, sucumben.

Los inconmensurables —Velázquez, Dante, Shakespeare, Cervantes—no pertenecen en especial á ninguna comarca del globo. Lo mejor de ellos, la sustancia de su genio, lo puede reclamar para sí toda la descendencia de Adán diseminada por la superficie del planeta. No les llaméis sabios, porque son magos y zahoríes; no les llaméis pensadores, porque en ellos van unidos el entendimiento y el sentimiento, y su percepción es intuitiva; no digáis que encierran sus obras enseñanza moral, á menos que no la identifiquéis con la que encierra, sin duda, el universo, obra de Dios. En ellos os parecerá ver reflejada, como en agua profunda, la creación y sus maravillas, y también sus contrastes, sus desórdenes y sus horrores. No tienen medida, porque son la magnitud; no tienen cálculo, porque son la fuerza. Se llaman el *genio* en cualquier pnnto de la tierra. Los de la familia de Milton no se llaman así más que en un país determinado y en un momento de la evolución de ese país.

VII

La acción de *El Paraíso perdido* se remonta más allá de la del *Génesis:* principia antes que Jehová crease los cielos y la tierra, y, por consiguiente, pudiese sentenciar á eterna peregrinación y dolor al género humano.

Después de la clásica invocación á la Musa (celeste, por supuesto) y al Espíritu que prefiere á templos suntuosos el ara de un corazón honesto y puro (aquí descubrimos al creyente libre que no ponía los pies en ninguna iglesia, al disidente de todos los cultos y ritos), Milton describe la caída de los ángeles y el furor de Satanás, que al volver en sí, después de fulminado por el rayo de la cólera celeste, y ligado, cual otro Prometeo, con cadenas diamantinas, aparece flotando sobre las roncas olas, ya próximo á conocer su futura cárcel eterna, la horrible torre candente semejante á un horno colosal, alimentado por llamas que no iluminan, y sólo hacen la oscuridad más visible y pavorosa.

Al lado de Satanás yace, fulminado también, también mordiéndose los puños, el que más se le acerca en maldad y en poderío, Belcebú. Con frases de rabia y despecho, Satanás expone á su compañero de infortunio el propósito de no implorar misericordia, de seguir luchando, y ya que no arrojar de su trono al Omnipotente, por lo menos tomar de él cumplida venganza. Podrá Satanás ser vencido, no domeñado. Este momento de rebeldía de Satanás se cuenta entre las páginas más bellas de *El Paraíso*.

"Thus Satan, talking to his nearest mate,
with head uplift above the wave, and eyes
that sparkling blazed; his other part besides
prone on the flood, extended long and large,
lay floating many a rood; in bulk as huge
as whom the fables name of monstruous size,
Titanian...„

Esta soberbia descripción es intraducible: su efecto depende del sonido y la concatenación de las palabras enlazadas con un artificio casi musical, y que producen en nosotros la impresión de una extensión infinita y desolada y de una protesta en que la desesperación crece y llena el espacio, con ruido de huracán.

Al sentar la planta Satanás en la región sólida del Infierno, la saluda con ironía, despidiéndose al mismo tiempo de la encantada región celeste de donde cayó. "¡Adiós, exclama con nostalgia altanera; adiós, campos felices, donde reside la eterna alegría! Salud; sed bienvenidos, hórridos lugares, mansión infernal! ¡Profundo báratro, recibe á tu señor: su espíritu no se abate ante ninguna vicisitud; llévele á donde le lleve la fortuna, es siempre el mismo!„

En esta arrogante protesta de Satanás, hay un alarde de esa independencia y libertad de alma que caracterizan al filósofo estoico, tan sereno sobre un lecho de rosas como sobre uno de brasas, por-

que se forma un mundo interior y en él se aisla y concentra, desdeñando los accidentes y los fenómenos. Milton, arruinado, perseguido, ciego, maltratado por sus hijas y agobiado por el trabajo y la vejez, habla por boca del ángel caído, y demuestra una vez más que su temple moral es el de un pagano tiranicida, rebelde y faccioso, no el de un santo que ha libado la sangre divina del Gólgota y aprendido en ella á humillarse, á llorar, á sentir.

"Aquí, por lo menos"—dice Satanás„—seré libre; aquí reinaré. Más vale reinar en el infierno, que servir y obedecer en el cielo.„

Por cierto que en el mismo canto, en gracioso anacronismo, veremos aparecer también la personalidad de Milton y su trato y relación con Galileo, cuando Belcebú compara el escudo ó broquel que defiende al Señor con el orbe de la luna que ve al través de óptico vidrio, desde la colina de Fiesole, el artífice toscano.

Al llamamiento de Satanás y Belcebú acuden y se congregan, como negra nube de langostas, las legiones de ángeles malos, arrojados del Empíreo y sentenciados á no recobrarlo nunca. El poeta los cuenta y nombra; son los dioses falsos que han de arrastrar á las naciones á que les adoren y ofrezcan sacrificios: el impío Moloch, terror de las madres; el obsceno Chamós, que profana el sueño de las vírgenes; la voluptuosa Astarté, la de diadema lunar, la que empalidece las mejillas y hace latir el corazón de los mancebos; el débil y apocado Dagón, mitad hombre y mitad pez, á quien Ascalón levantó aras; el engañador Rimón; las monstruosas formas de Isis, Osiris y Horo; en fin, las larvas todas de la idolatría, de la superstición y el vicio. Y al ver Satanás la innumerable hueste, en el punto mismo en que va á arengarles, los tenebrosos ojos del precito se llenan de lágrimas... Es que se ha despertado en su alma un sentimiento de dolor viendo tal muchedumbre de espíritus, condenados todos, por culpa suya, á condenación y sufrimiento sin fin.

Taine ha notado que el infierno de Milton se parece exactamente á un Parlamento. Quitad los nombres de Satanás y de Belcebú, y os encontráis en la más acalorada sesión de las que precedieron al regicidio, y creéis oir resonar el cuento de las picas, y escucháis el rumor de las tribunas. También Dante transportó á su *Infierno* las pasiones políticas y los odios y entusiasmos de su alma de patriota. ¿Por qué sufrimos en el Infierno de Dante tan intensa impresión de realidad, de vida humana y sobrenatural á un mismo tiempo, y en Milton sólo vemos la pueril adaptación de sucesos actuales á épocas y sitios donde la imaginación no los tolera?

Dirígese por fin Satanás á los *pares infernales* (es la frase de

Milton) y les consulta si debe arriesgar otra batalla para recobrar el cielo y vengarse del Omnipotente.

El fiero Satanás es partidario de la guerra abierta, del ataque inmediato y furioso; pero el doloso, sutil y diplomático Belial, cuya lengua derrama néctar, y cuyos discursos persuaden suavemente, aconseja la astucia; y el profundo político Belcebú, el del talento sublime y los majestuosos discursos, recuerda cierta profecía ó tradición relativa á otro mundo y á otra clase de criaturas no angélicas, pero no muy inferiores en calidad y estimación á los ángeles, y que precisamente en aquel momento están abriendo los ojos á la vida; en este mundo, y á propósito de estos seres, se han de medir el cielo y el infierno. Belcebú propone la tentación de la raza humana.

Verdadero Parlamento es la asamblea de los demonios: se guarda turno, se pide la palabra, se conservan las formas y se exponen teorías políticas muy correctas, como la que traslado para muestra:

> "No se hizo el trono, para que de un vano
> homenaje disfrute el soberano,
> y el valor debe ser, al eminente
> grado de cada cual, correspondiente (1)."

Mientras Satanás va en busca del mundo y del hombre, los entretenimientos á que se entregan para matar el tiempo los miembros de la cámara diabólica, son en todo los mismos á que se entregaría Milton con igual fin; algunos cantan con deliciosa armonía; otros hablan con divina elocuencia, que suspende el alma, así como el canto suspende los sentidos, y otros disertan de filosofía y teología, de providencia, predestinación, destino, voluntad, bienaventuranza y perdición... No cabe duda que nos las habemos con demonios del Renacimiento, muy cultos, doctos y hasta pedantes. "Tales ejercicios—dice el poeta—arman el pecho con fuerza y paciencia inconmovible, como triple coraza de acero." Otros se dedican á visitar, descubrir y registrar los reinos infernales, y la descripción del asolado paisaje, es de primer orden. Alábase también con justicia la descripción de las puertas del Infierno y de las dos espantosas figuras que las guardan, el Pecado y la Muerte.

Ambos espectros aplauden el intento de Satanás, y se regocijan de antemano con fúnebre alegría, al pensar que en el género humano hallará pasto su voracidad insaciable.—Abiertas las puer-

(1) *El Paraíso perdido*, versión castellana de D. Juan Escoiquiz.

tas de llama del Infierno, Satanás ve ante sí el inconmensurable océano donde reinan anárquicamente la Noche y el Caos, antecesores de la vida; "salvaje abismo, vientre de donde salió la naturaleza, y que acaso será su tumba.„ Nubes de fuego le empujan, torbellinos de viento le sacuden, el huracán le lleva, y así camina hacia la tierra Satanás.

Jehová, desde su trono, le ve volar desplegando las negras y enormes alas hacia el mundo acabado de criar, que cuelga, en el éter azul, de una cadenita de oro; y llamando al Hijo que está sentado á su diestra, le anuncia que el maldito logrará sus fines, y conseguirá pervertir al género humano; pero Jehová se lava las manos, porque él hizo libre á Adán, y anuncia que, no obstante, le perdonará, pero no sin imponerle ejemplar castigo: el hombre, hasta que alguien tome sobre sí el redimirle, quedará sujeto á la culpa. El Hijo de Dios se ofrece á servir de Redentor; el Padre acepta, dispone su Encarnación, manda á los ángeles que le adoren, y los ángeles rompen en magnífico himno que acompañan con sus liras y cítaras melodiosas.

Entretanto, Satanás adelanta en su viaje, y con precaución de emisario de Cromwell que hubiese de atravesar un campamento realista, disfrázase, al penetrar en la región de las estrellas, de ángel bueno enviado por el Señor á visitar el recién nacido mundo. Llega sin tropiezo al Edén, y con estremecimiento de furor, ve un espectáculo que jamás ha de olvidar: el de la dicha.—En medio de una naturaleza mágica, entre árboles y flores, nuestro enemigo divisa dos criaturas de belleza soberana, "majestuosamente desnudas„, de distinto sexo y creadas para distinto fin; él, para la contemplación y el valor; ella, para la dulzura y la gracia: él sólo para Dios, ella sólo para él; él con rizos oscuros, ella con luengo manto de rubias hebras de oro; y en torno de la pareja, retozando con mansedumbre, las fieras y los reptiles reconocen su señorío. El Adán y la Eva de Milton son las dos figuras clásicas con que el arte nos ha familiarizado: sin duda les falta la musculatura de los mármoles miguelangelescos, pero recuerdan puntualmente las elegantes academias de Alberto Durero. La pintura del carácter de nuestros padres revela el ideal de Milton en la familia y en el matrimonio, y vemos al autor del *Tratado del Divorcio,* persuadido de su jefatura civil, convencido de que la hembra se creó tan sólo para deleite y consuelo del varón, y que á éste están exclusivamente reservadas las tareas de la inteligencia y los privilegios del mando.

Todo el libro IV de *El Paraíso*, donde ya nos encontramos en pre-

sencia de los dos primeros representantes del género humano, está lleno de la personalidad burguesa y prosaica de Milton, y á trechos de su más delicada inspiración de poeta. Hay una maestría soberana en la riente descripción del Edén y en la hermosa caída de la noche que envuelve el rito amoroso de nuestros primeros padres; pero la fatigosa contraposición de Eva y Adán; aquella superioridad olímpica que conserva el varón cuando se digna sonreir, como quien condesciende, á su amada y esposa; aquella teoría tan genuinamente protestante de la santidad del acto conyugal, "según lo usaron los bienaventurados y los patriarcas„, es obra del sectario, del desagradable marido de la frívola María Powell. Siempre lamentaremos en *El Paraíso perdido* este alternar de trozos lánguidos, en que la musa duerme ó calla, y otros realmente nobles y bellos que causan la misteriosa impresión de una belleza nobilísima. La causa la ha acertado Taine: cuando Milton anciano realiza el poema meditado desde la juventud, sus facultades están amortiguadas y yertas; la fuerza plástica de las imágenes ha disminuido; se advierte el largo período de silencio, en que Milton sólo rimó tal cual soneto á los jefes puritanos; una atonía, un cansancio inevitable interrumpen el fluir de la vena; el hábito de la disertación impide volar, y sobre el genio nativo pesa como plomo la adquirida erudición. Este libro IV de *El Paraíso* debió ser verdaderamente, por su asunto, un epitalamio, el himno nupcial de la raza humana. Leedlo primero, y después abrid el *Cantar de los Cantares*... Creeréis salir de entre la niebla británica al sol radioso, á la perfumada elasticidad de una atmósfera en que laten todos los gérmenes de la embriaguez y del amor.

En la fábula de Milton llega á ser curiosa la influencia de la realidad, la lucha entre el instinto poético, que induce á Milton á abstraer y generalizar, y los recuerdos, ese *rumiar* la vida, tan propio de los ancianos, en quienes atosiga á la imaginación la memoria. *El Paraíso perdido* tiene una clave sin la cual sería imposible comprenderlo: las opiniones religiosas, sociales y políticas del autor. En mayor grado que Tasso, Milton respira en su obra. Sin duda para escribir *El Paraíso perdido* se necesita ser un poeta excelso, un artista dueño de la forma, maestro en pulir y abrillantar la rima, que conozca todos los secretos de su labor, capaz además de meditar un plan y desarrollarle armoniosa y magníficamente; pero tales condiciones son, por decirlo así, modos de expresión de una fuerza, y esta fuerza en Milton parece amenguada y reducida, sea por los años, sea por la acción de fuerzas de distinto orden, de ín-

dole más intelectual y ética que artística. El dato de la edad en la obra de arte quizá no se ha estudiado lo suficiente, y promete grandes revelaciones al crítico que lo tome en cuenta. *La Jerusalén libertada,* de Tasso, es la fogosa juventud, los veinticinco años con su encantado séquito de amoríos é ilusiones, de novelescos lances y de aventuras imposibles; *La Divina Comedia,* la plenitud, la virilidad, el *mezzo del camin di nostra vita,* el punto en que ya empieza á calmarse la efervescencia del alma y aplacarse el tumulto de los sentidos, y, sin que la intensidad del sentimiento disminuya, cuando por el contrario vibra más en nosotros, álzase también en el alma la voz de la conciencia, recapacitamos sobre la significación del vivir, reconocemos los yerros de nuestros verdores, sentimos la ley providencial que nos rige, entendemos el lugar que ocupamos en el mundo y probamos un ansia noble y ardorosa de dejar huella de nuestro paso por él. Y *El Paraíso perdido* es la árida vejez, con su caudal de experiencia y su corona de méritos, con su privilegio doloroso de previsión y cálculo, con su maestría fruto de la reflexión y de la labor continua, con su perfección artística... pero también, ¡ay! con el soplo de hielo de su fatiga, con las cenizas que apagan el fuego de la inspiración, con sus últimos resplandores, oblicuos y moribundos, de sol que va ya á trasponer la cumbre...

El que ha escrito *El Paraíso perdido* había apurado la copa de todos los desengaños y visto caer en ruinas la obra á que consagrara sus mejores energías: la libertad de la patria. Lloraba la noche de su destino, y lloraba también la de sus pobres ojos ciegos. "Dios es luz„ cantaba el poeta sentenciado á perpetuas tinieblas: "retorna cada año la florida estación, pero para mí nunca vuelve el dulce aspecto de la aurora ni de la tarde, sino que siempre vivo cercado de infinita oscuridad y jamás disipadas nubes.„

Milton nos muestra á la primer pareja humana cumpliendo los deberes conyugales en el sentido estricto de la palabra, y el poeta protestante santifica esta forma de la relación sexual, y á fuer de sajón, retoño de una raza activa y laboriosa, presenta á Adán y Eva sometidos al trabajo, cultivando aquella tierra virgen para alimentarse con sus frutos. ¡Cómo pugna esta concepción de la vida paradisíaca con la nuestra propia! Hemos soñado todos á la primer pareja; la hemos visto discurrir y vagar enlazada por entre sendas de rosas, á la orilla de lagos que circunda una margen florida y embalsamada por violetas y lirios; hemos contado sus suspiros y sus arrobos, sus deliquios á la sombra de las palmeras,

sus éxtasis en las grutas y al pie de los sauces, las lágrimas de felicidad que llenaban sus pupilas cuando juntos veían flotar una luna de plata sobre las ondas de un agua transparente, ó ascender un sol de fuego al cenit de un firmamento radiante y divino; pero al representarnos el primer idilio de la creación, el primer estremecimiento amoroso que fué como el hálito que la animó, el alma que se deslizó trémula de placer en su inmenso cuerpo joven y fecundo, jamás pensamos que la ideal pareja rasgase el velo de su inocente castidad, ni encalleciese sus manos hiriendo el seno de la tierra y regándola con su sudor. Hasta que la funesta poma, el fruto del árbol de la ciencia, rompe el misterioso cristal que vela para Adán y Eva el triste secreto de la vida, su amor es el sueño de dos querubines sin cuerpo y con alas, y la naturaleza, que se mira en ellos como en un espejo límpido, les ofrece risueña y liberalmente sus dones. Para nosotros, la impureza y el trabajo siguen á la caída; no la preceden.

¡Cuán preferible encuentro la quimérica creación de Tasso, novela andantesca forjada sobre hechos reales, al realismo casero de Milton!

En *El Paraíso perdido,* Eva es una excelente ama de casa, que atiende con solicitud á los huéspedes que el azar la envía, y los obsequia con postres, golosinas, *dulcet creams,* con la solicitud de la mejor y más hacendosa señora inglesa; y el ángel Gabriel, el mensajero divino, al sentarse á la mesa del Edén, come de veras, mascando, tragando y explicando detenida y gravemente cómo las sustancias celestiales están sujetas al mismo imperio de los sentidos que las terrestres. En la batalla entre los espíritus buenos y los malos juega la artillería y resuena el cañón, y esto, que se ha considerado anacronismo, no puede serlo dada la cultura de Milton, y sí únicamente una manifestación del empeño de acomodar la fábula poética real á la vida burguesa y práctica. La dignidad de las cosas reales penetra á Milton hasta tal punto, que las traslada á su Edén, ó, mejor dicho, sueña en el Edén lo que negó la tierra, el ideal del sajón: la felicidad doméstica, la paz y la alegría en el trabajo. Buscando el cielo, sólo encuentra Milton un pedazo de tierra, y tierra árida, austera, polar. Su Edén es una casa muy bien gobernada, no una salvaje y maravillosa selva.

En *La Divina Comedia* está contenida una religión secular, amplia esfera donde vuela raudamente el águila caudal del genio. En *El Paraíso perdido* está sin duda la herejía, encarnada en el personaje de Satanás, y van con ella la tenacidad puritana, la obsti-

nada confesión de una fe de bronce, el reto, la solitaria y orgullosa complacencia en la rebeldía, y hasta el goce aristocrático de ser objeto de odio y de horror para los adversarios; pero lo que principalmente contiene *El Paraíso,* es una raza, una nacionalidad característica, un modo de ser de un pueblo, grande y vigoroso, pero limitado, con un ideal inferior estéticamente nablando. ¡Cuán lejos está del cielo de Dante el de Milton!—exclama Taine.—Tan lejos... que el cielo de Milton parece un barrio de Londres.

Recuerdo, como si fuese hoy, mi primer paseo por Londres, hace ya bastantes años. Era un espléndido día de Abril, y la hora, las diez de la mañana; en los *squares,* sobre el verde finísimo del *grass* bien recortado y aterciopelado, de una deleitosa frescura primaveral, extendíanse sábanas de jacintos embalsamados, blancos, color de rosa, pajizos, en plena floración, limpios como la no pisada nieve. El aire parecía hecho de nuevo, y la ostentosa magnificencia de la gran ciudad me causaba asombro, abrumándome con su lujo, su magnitud, el bureo de sus calles anchísimas y atestadas de gente. Y sin embargo, un malestar indefinible, vago, que no se expresa con palabras, oprimía mi corazón, impidiéndome entregarme á la excitación siempre grata del que por vez primera recorre un sitio que desde hace años tentaba su curiosidad. No sé qué extraño encogimiento me agobiaba. Nos dirijimos á San Pablo, y cuando creía estar muy distante del monumento, vi con sorpresa que me encontraba ya en su escalinata majestuosa. Lo que me había privado de verla antes era la niebla, una bruma compacta, húmeda, gris, flotante, que el sol no conseguía disipar. Tal vez de la poesía de Milton se exhala emana un vapor sombrío, que me impide admirarla.

He hablado de Milton, lo reconozco, con poca simpatía, sin esa efusión que engendra involuntaria y generosa ternura, algo como parentesco con el espíritu que animó un cuerpo depositado desde hace siglos en el sepulcro. Lo reconozco y no me pesa. Es fácil á sangre fría hacer justicia, reconocer cualidades, méritos, superioridades morales y artísticas, y dar á un juicio crítico augusta serenidad y equidad perfecta; pero es imposible crear artificialmente la corriente magnética de simpatía que hace que una obra de arte venga á ser, si no carne de nuestra carne, alma de nuestra alma, algo que no hemos producido, pero en que nos reconocemos, y en que sentimos dilatarse nuestra personalidad, con venturoso egoísmo, con fruición íntima y espontánea. Hay autores que nos producen singular efecto: al comprender que no les amamos, comprendemos

cuánto amamos, en cambio, lo que ellos negaron ó combatieron en sus obras. Milton, protestante y puritano, afianza en nuestro corazón y en nuestra fantasía de latinos el sentido católico; Milton, intérprete de un ideal que no es el nuestro, nos lleva con ímpetu redoblado hacia nuestro constante ideal.

EMILIA PARDO BAZÁN

CRÓNICA CIENTÍFICA [1]

La vacuna antidiftérica: algo de historia y un poco de estadistica.—La campaña del Ateneo en el presente año.—Actas del Congreso Americanistas en Huelva.—El carácter de Colón por el análisis de su escritura.

Rara vez logran los problemas científicos interesar en grado supremo la atención pública, y pudiéramos afirmar que sólo cuando á su gran valor especulativo unen una importancia práctica de gran extensión, es cuando pueden servir de objetivo á la admiración de unos y á la discusión de todos. Y es casi privativo de los trascendentales problemas de la medicina el obtener la vulgarización rápida y la atención intensa que hace poco la tuberculina de Koch, y hoy la antitoxina de Behering y Roux han alcanzado.

Ni á exponer el problema ni á intentar su análisis, y menos avalorar sus resultados, tienden las líneas que le dedicamos, pues siendo esta crónica de ciencia y labor española, nada

(1) No pudiendo hacerlo particularmente, damos desde aquí las más sentidas gracias por sus felicitaciones y advertencias á los numerosos catedráticos que nos han escrito con motivo de nuestra última Crónica acerca de la segunda enseñanza.

hasta hoy producto de nuestros laboratorios y nuestras clínicas podemos presentar. Y buscando algo que no fuera ya del dominio público, sólo hemos encontrado en preparación un libro y unas experiencias que se proponen hacer y publicar los doctores La Riva, González Tánago y Rebolledo; de lo mucho por ellos estudiado y recogido creemos útil presentar *algo de historia* y *un poco de estadística* en lo que al problema antidiftérico se refiere.

Tal vez por la eterna y constante dualidad y lucha, aun en el terreno científico de Francia y Alemania, ha tenido cierto interés y ha sido discutido lo que á la primacía del descubrimiento se refiere: Hubiera sido de cualquier país, á excepción de Francia, el afortunado médico que ha popularizado el tema, y sin discusión ni parar mientes en el asunto hubieran aceptado la prioridad de los trabajadores alemanes, ya que á ellos se debe en primer término la iniciación en este asunto.

Un médico militar alemán, el doctor Behring, publicó en 1892 un folleto acerca de la seroterapia, sentando en él la base, creando el origen del sistema, que se fundaba en el principio allí expuesto de que el suero de un animal inmunizado inyectado en otro animal más sensible, le protege contra la infección, y si se aumenta la dosis, puede llegar á producir un efecto curativo.

Este principio sirvió de fundamento y acicate á la laboriosidad de los bacteriólogos que más tarde se han ocupado de ampliarle y asentarle sobre las sólidas bases de la observación y la experiencia; figuran los primeros entre estos investigadores, Haus Aronson, del Instituto de Fisiología de Berlín, y Ehrlich Behring, Brieger y Boehr, del de enfermedades infecciosas, todos los cuales dedicáronse á inmunizar diferentes especies de animales, como perros, cabras, corderos y otros, como el caballo en el que operaron Roux y Servin.

La primera obtención del líquido activo fué dada á conocer por Aronson en 31 de Mayo de 1893 á la sociedad médica berlinesa, mostrando la antitoxina obtenida del suero de un perro

inmunizado; sustancia que, inyectada después de una infección diftérica á un conejillo de Indias en la proporción de 1 á 400.000 del peso del animal, no le produjo efecto ni malestar de ningún género, mientras que la inyección del suero tóxico en los mismos animales les ocasionaba la muerte á las treinta ó cuarenta horas.

Probaba plenamente el anterior experimento que la antitoxina, mezclada con el líquido tóxico esterilizado é inyectada á un animal, no le producía lesión alguna, lo cual indicaba bien á las claras que la antitoxina no era sino un activo contraveneno de los formados por el bacilo de la difteria. Repitiéronse las experiencias en varias especies de animales, tanto por Aronson como por otros bacteriólogos, y siempre se obtenía resultado análogo.

Precisa era tanta prueba y minucia tan extremada antes de abrir las puertas de la clínica á lo que se suponía una de las conquistas de la naciente seroterapia. Aplicóse por vez primera á lo que constituía su objeto propio y finalidad, á la curación de la difteria, en 14 de Marzo del corriente, iniciándose el método en la clínica del doctor Bajinski, del hospital de niños, Kaiser und Kaiserin Friedrich, si bien habíase aquilatado hasta el extremo de haber sido ensayado con éxito como medio preventivo en los hermanitos de los niños atacados de la mortal difteria.

Siguiéronse minuciosa y pacientemente las experiencias, y en los primeros días de Julio dió á conocer Otto Katz, ayudante de Bajinski, lo que pudiera llamarse el primer balance y la victoria primera del procedimiento. Desde el 14 de Marzo al 20 de Junio habían sido tratados por el nuevo método 128 niños, evidentemente diftéricos, pues que se había aislado siempre en ellos el bacilo de Loëffler; de los 128 murieron 14, lo que da una mortalidad de 13,2 por 100 en el tratamiento por la antitoxina Aronson.

Faltaba comparar dichas cifras con las que pudieran servir de patrón ó tipo para determinar su valor, y el resultado

no pudo ser más lisonjero. En igual período de tiempo en los años anteriores, los datos eran los siguientes:

1891	Niños diftéricos:	61	Murieron el	36 por 100.
1892	— —	79	—	39,9 »
1893	— —	127	—	37,0 »
1894	(métodos ordinarios)	86	—	41,8 »
1894	(método Behring):	128	—	13,2 »

Desde aquel momento la cuestión estaba resuelta en principio; resuelta del único modo que se resuelven y estudian los problemas científicos, presentando datos, ofreciendo pruebas experimentales y objetivas, no perdiendo el tiempo en discutir y exponer teorías y pareceres, en amontonar hipotésis y juicios que ningún valor real tienen ante el dato escueto, severo, desprovisto de galas y florituras, avalorado solo por la honradez del que le recoge y expone.

Comprendiéronlo así los bacteriólogos y los clínicos de todos los países, y emprendieron los trabajos individual y aisladamente, único sistema de hacer algo útil y práctico en ciencias de observación y experiencia, y fiados en la honradez científica de los iniciadores, trabajaron por observar por cuenta propia lo que sólo de referencia les era dado conocer. Sólo aquí donde los bacteriólogos faltan en absoluto y donde la investigación está reducida en determinadas esferas á cero, se ha creído necesario organizar comisiones y juntas, que, si mucho valen individualmente, son colectivamente innecesarias é impropias en esta clase de asuntos.

Uno de los continuadores, el mejor por los medios de que disponía y los resultados obtenidos, ha sido el sabio ayudante del Instituto de la rue Dutot, y sus trabajos merecieron los plácemes primero del Congreso de Higiene y Demografía de Buda-Pest, y posteriormente de todo el público, al conocer sus estadísticas de trescientos casos, de los cuales sólo 78, ó sea el 26 por 100, no tuvieron éxito sometidos á la inoculación del

suero del caballo, cifra muy laudatoria teniendo en cuenta que la mortalidad, en iguales condiciones y periodo á las habidas en los inoculados del hospital de Enfants Malades, había sido en el Trouseau de 60 por 100, ó sea de 316 defunciones para 520 casos.

Las clínicas alemanas seguían las experiencias del nuevo método, y el doctor Konel, asistente del Instituto de enfermedades infecciosas, daba á conocer los resultados allí obtenidos con el suero Behring Ehrlich, procedente de las cabras; datos más notables que los franceses, pues asegura que la mortalidad no ha pasado nunca del 16 por 100 y aun se llegaba al éxito más completo, á la supresión absoluta de la mortalidad en los niños tratados antes de las cuarenta y ocho horas de ser atacados, pues ninguno, absolutamente ninguno había fallecido.

En Inglaterra, Walskings Hugues ha publicado recientemente, en el *British Medical Journal,* estadísticas muy favorables á la antitoxina Aronson empleada en los hospitales ingleses.

***

Según tradicional costumbre y según decreto de su reglamento, ha comenzado sus trabajos en el mes de Noviembre el Ateneo de Madrid.

Sobre la historia de tal corporación, lo que fué y representó, lo que hoy es y representa; sobre el desarrollo y evolución del socialismo en Europa; sobre la opinión pública, y, finalmente, sobre el pesimismo reinante hoy en todas las naciones y en todas las esferas, versó el discurso con que el nuevo presidente, Sr. Moret, inauguró el presente curso.

El Ateneo fué, dijo el Sr. Moret, en aquellos tiempos en que

la libertad era tan sólo un sueño dorado para el porvenir, en que la palabra tenía que salir de los labios comedida y circunspecta, en que era preciso sujetar la pluma sin dejarla correr impulsada por el pensamiento, so pena de tener que habérselas con la justicia, el único santuario donde se rendía culto á la más hermosa de las libertades, la de decir sin temores ni distingos lo que se piensa y lo que se siente, el único sitio donde podían ser lanzadas toda clase de creencias, todo género de opiniones y toda suerte de doctrinas, sin que nadie las restringiera ni nadie amordazara los labios que las vertían. Del seno del Ateneo salieron, y en él se dieron á conocer cuantos hombres brillaron más tarde en el campo de la política, gobernando á España y conquistando las libertades antes negadas, que al conseguirse, dieron de sí la decadencia de la corporación que tanto trabajara en su pro.

Porque, en efecto, cuando ya se pudo hablar en todas partes de todo, cuando la imprenta fué libre y desaparecieron las trabas que dificultaban la expresión del pensamiento, terminando de este modo el monopolio de libertad é independencia que caracterizaba al Ateneo, éste empezó á decaer; no fué ya su tribuna la única donde pudiera desbordarse la elecuencia modelando con la palabra hermosos pensamientos; no fué ya su tribuna la que sirviera de primer escalón á cuantos anhelaran las glorias políticas y los triunfos del gobierno; no fueron ya sus salones los únicos donde pudieran leerse todos los periódicos de todos los matices del mundo entero, y por ello el Ateneo comenzó á decaer y á cambiar de carácter. ¿Es acaso que, á imitación de lo que ocurre en casi todos los órdenes de la vida, donde una institución y hasta un pueblo cumplen su fin en una determinada época, y una vez cumplido desaparecen, el Ateneo también ha cumplido el suyo y debe desaparecer? No, contestaba el Sr. Moret.

Si es cierto que aquel carácter que le sostuvo no existe ya, cierto es también que le queda una muy grande y muy importante misión que cumplir. En España no hay, como hay en

Francia, como hay en Inglaterra y en Italia y en Alemania, sitio ninguno donde dedicarse á la hermosa tarea de estudiar lo más elevado y lo más sublime de la ciencia; no hay donde realizar el bellísimo anhelo de investigar la verdad sin propósito mercenario, por el sólo deseo de saber, por el único amor al estudio. Pues bien; ese vacío debe llenarle el Ateneo; esa deficiencia él está llamado á suplirla. *Escuela de altos estudios,* escuela de investigación científica; he ahí el carácter que en él comienza á distinguirse, y al que debe tender con empeño, con afán, sin decaimientos, con verdadero tesón. Y ciertamente que proponiéndose tal cosa, realizando tan benéfica obra, recogerá un timbre de gloria mayor que cuantos hasta ahora haya alcanzado; le deberá España un gran progreso en materias científicas, progreso de que indudablemente está bien necesitada. En este sentido, dos cosas creemos deber apuntar; es la primera que aquí donde todo se protege por el gobierno, sea bueno ó malo, útil ó inútil, ó hasta perjudicial, no estaría demás que, considerando cuántas ventajas puede reportar á la nación la mayor prosperidad y el más grande encumbramiento del Ateneo, tome cartas en el asunto alentando sus propósitos y dándole medios que facilitaran su realización. La segunda es que mucho se camina hacia ésta con la organización que á sus trabajos se ha dado en este año, si bien aún pudiera ser, como seguramente lo será en cursos posteriores en que haya más tiempo, más completa y perfecta.

Llevóse á cabo el principal trabajo de tal organización en una junta reunida bajo la presidencia del Sr. Moret pocos días antes de la apertura del curso, y á la que acudieron, respondiendo á las invitaciones del presidente, gran número de hombres que llevan nombres ilustres en todos los ramos del saber.

Dominó desde el primer momento la idea de organizar, aparte del trabajo peculiar de cada sección, series de conferencias que, versando sobre interesantes temas, dieran con la unidad mayor atractivo á los trabajos, si bien esto no impedía

que se dieran conferencias aisladas y agrupadas dentro del carácter de las diferentes secciones.

Como tema general para una de las series, indicó el Sr. Moret, y fué aceptado con agrado por todos los concurrentes, el siguiente: *Comparación y progreso de las ideas sobre el régimen representativo desde principios de siglo hasta el día.*

Después de quedar aceptado este tema, pasóse á tratar de las conferencias que dentro de cada grupo pudieran darse, y entonces se vieron y apreciaron los valiosos elementos con que el Ateneo cuenta para hacer un brillantísimo curso.

En primer lugar se fijaron los asuntos que habían de ser de discusión general en las secciones, y quedó sentado que en la de Ciencias morales y políticas continuaría la discusión de la Memoria del secretario sobre «*Deberes y derechos entre patronos y obreros*», y que tan buen resultado (teórico) dió en el pasado curso, manteniendo vivo el interés y animadas hasta el último momento las sesiones. En cuanto á la de Ciencias históricas, aun cuando no se cerró el año último la discusión sobre el «*Valor histórico del regionalismo*», pues que no hubo resumen ni del secretario ni del presidente, atendiendo á que sus sesiones languidecieron bastante, y sin perjuicio de continuar tal tema, eligióse otro propuesto por el Sr. Reparáz cuyo título es: *La Política exterior de Espaïn durante la decadencia.* En la sección de literatura se discutirá la Memoria de su secretario sobre *El humorismo*, y, por último, los trabajos de las bellas artes estarán formados por la organización de veladas, entre las que se contarán algunos conciertos por la Sociedad de Cuartetos que dirige el Sr. Monasterio; un concierto á cargo de la eminente pianista señorita Guerra, y además de todo esto las series de conferencias que darán los señores Mélida sobre *El Arte monumental en España* y *La Historia de la pintura;* Sentenach, sobre *La Historia del arte;* Parada, sobre *Las Pintoras españolas anteriores al siglo XIX;* Beruete, sobre *Velázquez;* Pedrell, sobre *La Cultura musical de España en el siglo XV;* Fernández Casanova, so-

bre *La Catedral de Sevilla*, y Puyol, acerca de *León y su provincia*.

No menos tentador que el de esta sección fué el de la de Ciencias exactas, físicas y naturales, pues en ella hablarán el ilustre sabio Sr. Cajal, de *El Cerebro humano;* de *Profilaxia de la Tisis en las clases elevadas,* El Sr. Espina; el Sr. Calatraveño, de *La Difteria;* de *Los Problemas fundamentales de la química racional,* el catedrático de la Central, Sr. Carracido; de los *Precedentes españoles de la antropología criminal,* el Sr. Salillas; de *La Estación prehistórica de San Isidro,* el catedrático de Antropología, Sr. Antón, y, por último, el que esto suscribe comprometióse, si el tiempo y los medios no le faltan, á tratar en algunas conferencias de *El Valor del actual tipo criminal: Antropología criminal general y española.*

También darán conferencias los Sres. Cánovas, Silvela Azcárrate, Rodríguez (D. Gabriel), Pedregal y Pí y Margall; Verdes Montenegro, acerca de *Los Datos psicológicos en la economía política*, y Fernández Villaverde sobre *Significación de la cláusula de nación más favorecida en los contratos comerciales.*

En resumen, que la perspectiva es hermosa. ¡Dios quiera que los resultados sean tan brillantes como por ella se puede esperar!

*
* *

Por fin se ha publicado el tomo de las actas y memorias relativas á la novena reunión del *Congreso Internacional de Americanistas*, celebrada en Huelva en Octubre de 1892. Es algo así como un eco postrero y lejano de aquella activa y forzada vida científica y literaria con que celebró España el cuarto centenario; vida y actividad que muchos creyeron principio de una regeneración intelectual de nuestro país y que

sólo fué fugaz y brillante por entonces manifestación de la gran influencia que sin duda ejerció en nosotros aquel acontecimiento.

Rarísima, ó tal vez única, es la coincidencia de la celebración de tantos y tan variados congresos como entonces tuvieron lugar; parecía que ante tan colosal manifestación de la inteligencia de una raza, habían de aparecer y realizarse muchos y muy fundamentales trabajos, útiles todos para la vida y cultura científica de quien así se manifestaba. Pero pasó el período activísimo de todo nacimiento, y toda génesis, la gran marea del entusiasmo por el trabajo y la investigación se calmó, y sus fuerzas libres y desperdigadas se concretaron, dejando ya en la calma, ver los resultados, los efectos útiles de tan intensa conmoción del pensamiento y el trabajo.

¿Y qué frutos se han recogido de aquel derroche de oratoria y aquellos caudales de entusiasmo? Fuerza es, si hemos de ser leales, no ya severos con nosotros mismos, fuerza es, repito, confesar que casi nada. El tomo que hoy nos ocupa la atención cierra la serie del *acta magna,* levantada para historiar aquella época, y haciéndole ingresar en el haber con todos los anteriores, aumenta poco el exiguo caudal acumulado. Apenas si media docena de trabajos entre todos los congresos, excepto el Geográfico, dos verdaderamente buenos y tres muy meritorios en éste, y ninguno que á nombre español se deba es el que hoy aparece que pueda figurar como trabajo de un valor extraordinario.

Muchos intentos, gran número de temas apenas iniciados, acometidos algunos con verdadero brío, pero rarísimamente seguido alguno con el criterio de análisis que hoy se exige á todo trabajo é investigación científica; parece que se ve, sobre todo comparando las producciones españolas con las extranjeras, como la labor de un principiante, la falta de hábito en la investigación, que se muestra bien á las claras con la vuelta al método y procedimiento que pudiéramos llamar indígena ó habitual; ese método oratorio y realmente ampuloso, de efec-

tos retóricos más ó menos brillantes pero pasados de moda, esa falta de concisión y severidad en la investigación y el análisis, que se sustituyen con párrafos declamatorios al uso y estilo del año 1850.

Si el espíritu de minucia y concreción falta en las memorias, no sucede así en las actas, y queremos citar la coincidencia que nos hizo fijarnos en ellas, al recibir en igual día el ejemplar del Congreso y una carta de sabio profesor extranjero, en que hablándonos del tomo, nos decía «no será seguramente por el tomo del Congreso de Huelva por lo que se afirma que ustedes (los españoles) no pasan de la superficie en el estudio de los fenómenos, contentándose con las generalizaciones á que ustedes son tan dados». Y es justa la apreciación del que así se expresa; basta recorrer las actas, y asombrado queda uno del lujo de detalles verdaderamente inútide que están recargadas. Si no conociéramos la cultura y el conocimiento de la manera de cómo estas cosas se hacen en toda Europa que posee el Sr. Zaragoza, diríamos que el tomo había sido redactado por un extraño por completo á esta manifestación de la inteligencia que se llaman Congresos científicos.

Nada diríamos si el libro estuviera llamado sólo á vivir dentro de nuestra patria; pero destinado casi totalmente á salir de sus fronteras, justo es creer que la observación del citado sabio extranjero será general. Porque ¿á qué viene detallar hasta el punto de transcribir las advertencias del señor Cánovas á ciertos congresistas que sufrían el abrasador sol andaluz más que lo que por ellos se esperaba? ¿O es que esto, y el recargar de paréntesis haciendo constar los aplausos, se ha hecho por suponer que ciertos actos tienen interés por la autoridad del que los ejecuta? El Sr. Cánovas, que es un espíritu serio, será el primero en no recibir cierta clase de adulaciones.

Y no es seguramente lo anterior lo más grave y criticable del tomo. La novedad verdaderamente revolucionaria de re-

sultar una publicación políglota, es lo que más llama la atención de todo el que conozca esta clase de publicaciones. La lengua científica únicamente en estos casos es el francés, pero queremos suponer que un espíritu de patriotismo no exento de justicia tratándose de un Congreso de Americanistas, hiciera creer á la comisión de publicación que en castellano debía publicarse el libro, no sólo por la materia, sino por el espíritu y hasta por la gran mayoría del público á quien ha de interesar su publicación. Si así lo juzgaron, ¿por qué no se atrevieron á realizar la empresa? Lo que no tiene disculpa es que figuren estas memorias y discusiones en una mezcla realmente pintoresca de castellano, francés, alemán, italiano é inglés; pues en todos esos idiomas está redactado el tomo del noveno Congreso de Americanistas celebrado en Huelva.

Pasemos por alto el contenido de las actas de las ocho sesiones que celebró el Congreso, en las que justo es decir hay algunas comunicaciones interesantes de los señores Hellmam, Oppert, Penk, Seler, Fabié y Mlle. Lecocq, y expongamos brevemente algunas consideraciones sobre las Memorias.

El nombre de América es el motivo principal de las Memorias y comunicaciones hechas al Congreso. Hay multitud de trabajos para todos los gustos y todas las opiniones, presentáronse investigadores de todas las especies, y cuando después de los trabajos de Marco creímos agotado el tema, que dicho sea de paso parécenos de la más mínima importancia, aparecen una gran cantidad de investigaciones acerca de dicho punto sometido á la consideración de los americanistas.

Figura la primera en el tomo, y tal vez lo es en interés la Memoria del profesor de la Universidad de Massachusets, Eben Norton Hosford, titulada *Origin of the name America*, curiosísima investigación histórico-filológica. El abate Gary, director de la *Revue Religieuse*, y buen francés ante todo, hace una exposición del bautismo del Nuevo Mundo en Saint-Dié, villa de los Vosgos, y comenta la derivación del nombre que tienen las sierras llamadas Américas en Nicaragua. Un modelo del

estilo patrio nos le da el Sr. Baldasano, cónsul de España en los Estados Unidos, en su memoria *Colonasia*, en la que humildemente solicita que se incluya en el plan de estudios de las escuelas el nuevo nombre América Colonasia, que él propone se aplique al nuevo continente; claro es que los «americanistas eminentes, sabios é ilustrados» no aceptaron la innovación. Pero en proposición de tamaña importancia no podíamos ir solos, y el Sr. Febres y Cordero, redactor de *El Lápiz*, de Venezuela, dedica veintidós páginas, en estilo nacional, aumentado y reforzado con el indígena de Venezuela, á pedir que aparezca un nuevo Gregorio XIII, no á reformar el calendario, sino á confirmar á América, dándole el nombre de *Colombia* ó *Colónida*. Pretende reforzar su proposición con una larga lista de los nombres dados á naciones, ciudades y aldeas, si bien tras tan prolijo trabajo podría exclamarse que no se veía la concomitancia.

Un trabajo serio sobre el mismo tema es el de Mlle. Marie Lecocq, *Observations sur les mots America, Amerique (et les homophones)* en el que se tienen en cuenta los trabajos de Lesson, Mungo-Park y otros sobre las lenguas y las emigraciones más ó menos forzosas de mogoles y malayos al nuevo continente. El corto trabajo de Mr. Marcón, titulado *Inscription du nom indigéne Amerique sur des cartes du commencement du seisième siècle*, es un nuevo dato que aporta á sus estudios ya clásicos acerca del asunto. Termina lo relativo al nombre América con una nota bibliográfica *Sur un livre imprimé à Lyon en 1535 à propos de l'étymologie du nom de l'Amerique*, debida á la buena voluntad de M. Poindebart, presidente de la Sociedad Literaria y abogado en Lyon.

La antropología y la etnografía colombinas están sólo representadas en el tomo por una Memoria de un extranjero, si bien podemos considerarla nacional, honrándonos con aceptar como compatriota á doña Soledad Acosta de Samper, que contribuyó á dar interés al tomo con un erudito y bien pensado Trabajo relativo á «*los aborígenes que poblaban los te-*

rritorios que hoy forman la República de Colombia en la época del descubrimiento de América»; Memoria que al espíritu de observación y á la intuición profunda de nuestros escritores de Indias, une los métodos que informan los modernos estudios etnográficos; es, por tanto, el mejor trabajo que encontramos en el tomo.

Los estudios históricos acerca del descubrimiento dan lugar á tres disertaciones. La primera, debida al danés Fabricius, trata de los recuerdos y valor histórico de *los Sagas irlandeses en el descubrimiento de América*, dando algún dato sobre las expediciones de Erico el Rojo y Fhorfiunkarlsefne, así como de sus precursores y continuadores hasta fines del siglo XI en las expediciones á la legendaria Vitlandia. Sigue después una pregunta hecha por el capitán Jouan: *Cristóbal Colón, ¿tuvo precursores?*, á la que contesta negativamente, sin aportar dato alguno á los ya conocidos. Transcríbese también el bosquejo histórico geográfico sobre el *derrotero de Colón* por las Bahamas y costa de Cuba, según las investigaciones de Lucas de Mileto. La Memoria del doctor Carranza, *¿Cuándo fué descubierto el Río de La Plata?*, es bastante apreciable, y aunque de poquísima importancia, lo propio ha de decirse de las pocas páginas que el Sr. Delgado dedica á varias citas de documentos del Archivo de Indias.

Quedan, por último, un trabajo acerca de la *peregrinación de los aztecas*, y nombres geográficos de los indígenas de Sinaloa, por el licenciado Buelna, y la descripción de un astrolabio árabe, que no sabemos qué relación tiene con el centenario. El artículo que con el nombre del gran descubridor firma un Sr. Loriot, no estaría mal en un periódico de provincias, y el trabajo de M. Varinard dejámosle para el final, y hacemos mención especial del mismo porque es verdaderamente curioso y atrevido.

*
* *

Titúlase *Christophe Colomb d'après son écriture—Notice graphologique et historique*, y sin más comentarios extractamos del mismo los siguientes párrafos :

«La escritura de Colón revela bien su época, tiene toda la espontaneidad de un hombre que ha roto con las antiguas tradiciones toscas. Dejando á un lado la caligrafía de las épocas precedentes, en la que aún hay bastantes abreviaturas, esta es la escritura apresurada, rápida, irregular ; es casi la escritura moderna, que ha perdido su movimiento acompasado y la confusión debida á los adornos puestos á la moda por los manuscritos. Los dos autógrafos de Colón que damos son bien diferentes de aspecto; están escritos en un intervalo relativamente corto de cerca de seis años. Pero durante esos seis años han sucedido cosas que agitan fuertemente la vida del escritor y han originado muchas desilusiones.

Después de sus dos primeros viajes, Colón todo lo vió hermoso; su imaginación se exalta, es la realización de todas sus aspiraciones religiosas; también su escritura está acentuada de grandes movimientos de pluma que manifiestan la exuberancia del genio, la imaginación privilegiada. Los acentos, las abreviaturas toman una importancia gráfica enorme y tienen una magnitud tan considerable como él; ved las palabras *obedesciendo, vuestras...* Pero al mismo sus curvas son graciosas y tienen una grande armonía de forma, y asimismo una elegancia natural; ved las *l* y las *y*.

Si el cerebro se exaltó con la importancia de sus descubrimientos, tiene también el deseo de volver á hacer más de lo que ha hecho, y el movimiento físico se acusa todavía más que el movimiento intelectual; el escritor no quedó en su debido puesto. Mas en el segundo autógrafo todo es distinto: la escritura está hecha con calma y tranquilidad; nada de floreos y extravagancias; puede preguntarse si esta escritura proviene de la misma mano. La exuberancia está sustituida por la calma, la tranquilidad. El anatómico grafologista encuentra allí una revelación suprema de todo le que es producto del valor

en esta alma atormentada por las desgracias, debidas á la envidia de unos y á la ingratitud de otros.

Como la escritura ha perdido de su amplitud, hay una simplicidad de grafismo que prueba más que nada el olvido de toda afectación; mas lo que queda como dominante es el gran trecho entre las palabras y entre las líneas, que nos da la lucidez notable de esta gran inteligencia. Si su cerebro es lógico y pensador, no le falta, sin embargo, idealismo; el número de letras separadas es grande, y esto está de manifiesto en los dos autógrafos.

Pero lo que es notable sobre todo, es la primera letra de las palabras, que está separada, signo que Michon ha llamado tan justamente, después de haberle encontrado muy á menudo en Napoleón I, el golpe de intuición; es el signo escritural familiar de los grandes deductivos dotados de un primer impulso poderoso de intuición. Es un realizador apasionado que nada le arredra. La dirección fuertemente sinuosa de sus líneas es una prueba de su gran diplomacia, gracias á la cual no temió el encontrar recursos para todas las combinaciones con que atender á su objeto.

Esta organización intelectual le hacía mucho más apto para lanzarse á una idea nueva que á confinarse en algunas teorías conocidas; así, supo conducir sus hombres al descubrimiento, pero no supo ser administrador, y la anarquía reinó desde el principio en aquellos países, donde era virrey, y sobre los que tenía, por tanto, plenos poderes.

Su escritura, muy mezclada de letras inclinadas y de letras rectas, nos indica la lucha de la cabeza con el corazón, el que, sin embargo, queda á menudo vencedor; teme á su corazón, el cual no puede más que originarle flaquezas, y sabe que no se puede llegar á cosa alguna mientras no se le tiene fuertemente sujeto; mas no puede conseguirlo, y el segundo autógrafo contiene todavía letras de una inclinación muy pronunciada. También sabemos que no podía ordenar un castigo importante sin estar muy impresionado y un día que se vió

obligado á pronunciar una condena de muerte, no pudo hacerlo sino llorando.

La diplomacia, como medio, estaba puesta en acción por una decisión enérgica yendo hasta la resolución, las porras son frecuentes y agitadas de una manera enérgica. El todo ello sostenido por enormes ganchos que nos manifiestan el hombre fuerte, pues estos ganchos están á menudo agitados de izquierda á derecha. He ahí una voluntad á la que no faltaba poder para resolver; es, pues, su grande imaginación y su impresionabilidad las que constituyen sus principales debilidades.

Un misticismo religioso, agravado por su imaginación, viene todavía á aumentar el estado de sus sentimientos ya atormentados por la ingratitud; estaba imbuido de la idea de que Dios le había elegido para descubrir horizontes lejanos ante el fin del mundo, que creía próximo, y veía entre las dificultades de su empresa un obstáculo al cumplimiento de su misión divina. Comienza sus cartas con una cruz y sus renglones terminan por un rasgo de procurador cuidadosamente trazado; sus finales, que en el primer escrito terminan por una larga curva subida hacia la derecha, desaparecen en el segundo; sólo ha subsistido la religiosidad.

Si Colón no tiene ningun orgullo—antes bien es humilde, sus mayúsculas, apenas superiores á las minúsculas, son una prueba de ello—busca el crearse un misterio, y se inventa una escritura en forma jeroglífica, que no se ha podido descifrar á pesar de las propias instrucciones que da para el arranque de sus letras, que debieron constituir la escritura del heredero de Majoral: «Una X con una S encima, y una M con una A romana, encima de la S y después una Y con una S encima con sus rayas y vírgulas.»

Descripción que es más difícil de comprender que el logogrifo de él mismo, dice Harrisse. Estas letras se prestan á una multitud de combinaciones que siempre parecen ser una invocación religiosa. Según Spotorno, éste sería Cristo, Santa

María, José y Lleva-Cristo, que no es otra cosa que la traducción latina de Cristóbal.

El estudio de los contrastes de estos dos autógrafos es muy curioso: el hombre primitivo, todo lleno de exaltación, parece haber desaparecido completamente, pero, sin embargo, su estodo cerebral está absolutamente fijo, dotado de un carácter rudo, poco amable en palabras, afable, sin embargo, cuando quiere. Mas está domado, la furia está calmada, los rasgos de la voluntad fuerte que existe siempre embotada, han pasado al estado de simples rasgos ligeramente gruesos.

La habilidad para sí no excluye el vigor, y sus pequeños zigzás se terminan los dos por un fuerte rasgo que vuelve hacia la derecha, y nos muestra que no se cree dispuesto solamente á la defensa, sino que sabe también tomar la ofensiva.

Luis de HOYOS SAINZ.

CRÓNICA INTERNACIONAL

Publicación de viejos libros en Pisa.—Caracteres y condiciones del Pontífice Pío II, cuyos libros acaban de reaparecer.—Estudios sobre aquel tiempo y su Papa.—Asambleas en el Vaticano dirigidas á restablecer la unión entre los Papas de Roma y los Patriarcas en Constantinopla.—Reflexiones acerca del pacto posible de la Iglesia romana con la Iglesia griega.—El Parlamento en Portugal y España.—Francia y Madagascar.—La crisis ministerial en Alemania y sus retrocesos.—Significación de la boda del joven czar Nicolás II.—Estado interior de Inglaterra.—Conclusión.

No puede uno desasirse del embargo en que ciertos libros le traen; ni del placer, producido por la evocación de ciertos personajes muertos, con quienes ha tenido largo comercio en la Historia, como si estuvieran en la vida. Entre tales libros, pocos del valor é importancia de uno que han publicado en Pisa últimamente, con el título que sigue: *Comentarii rerum memorabilium, quae temporibus suis contingerunt d' Enea Sylvio Piccolomini*. Su autor es el sabio Lesca; su editor Nistri. Caracteres conozco extraordinarios, y entre los que conozco, ninguno semejante al carácter contenido en esas páginas recomentadas ahora y escritas por Sylvio en la edad más característica del genio italiano moderno, en la décimaquinta centuria. Gran viajero, diligente historiador, Cardenal, Papa bajo la denominación de Pío II por tiempos como el tiempo de los concilios ecuménicos en Basilea y de las irrupciones mongólicas en Constantinopla, representa Sylvio un

papel histórico tan importante y ejerce un influjo tan decisivo, que, viendo pasar su figura extraña, no podemos dejar de dirigirnos á él é interrogarle, resucitando su imagen y describiendo su carácter. Al reunirse por aquella sazón el Cónclave, que sucedió á la muerte de Nicolás V y á la exaltación de Calisto III, hubo en el colegio cardenalicio quien quisiera nombrar Pontífice Romano al Cardenal Besarión, gran sacerdote griego. Uno de los más pujantes Prelados latinos se opuso con coraje, diciendo que no convenía mucho al Catolicismo tener por jefe antiguo cismático, recién converso á la ortodoxia, y no pasado todavía de neófito. Se negaron los Cardenales á elegir al jefe del renacimiento heleno, y eligieron al jefe del renacimiento latino. Si alguna vez vais á Sienna, podéis formaros aproximada idea de tal Prelado en sus inclinaciones expresadas gráficamente con sus dos nombres latinos de Sylvio y Eneas. Corred á la catedral siennense; admirad su fachada de mármoles blancos y negros cubierta con símbolos heráldicos y coronada con estatuas religiosas; ved en sus naves dos series de arcos sobrepuestos, la superior tan aguda como las ojivas del Norte; deteneos á contemplar las grafitas de Beccaffiumi, que ha entallado en piedra figuras envidiadas por su atrevimiento y sublimidad de los más audaces pinceles; notad aquel riquísimo altar mayor con sus tabernáculos, en que los santos parecen como recién venidos del cielo, con su Cristo resucitado, su Asunción, moviéndose como si cruzaran todavía los aires para subir á las alturas etéreas; estudiad sus innumerables obras artísticas que muestran la fecundidad de las ciudades italianas; y cuando creáis que nada os queda por admirar, veréis aquella librería, en cuyas paredes el Papa Sylvio está pintado en todos los actos capitales de su vida; y al contemplar la inextinguible alegría de su rostro, la riqueza de sus vestiduras, las damas y galanes que le rodean de un lujo asiático, las embarcaciones reunidas en Ostia contra el turco, los pajes y caballeros resplandecientes de pedrería, en vez de creeros en la

corte de un Papa, os creeréis, á pesar de hallaros en una iglesia ojival y católica, caídos y encerrados en pleno paganismo. El Papa Eneas Sylvio perteneció al mundo, á las cortes de los emperadores y de los reyes, á la diplomacia y á lo profano. Miembro de familia ilustre pero pobre, tuvo que granjearse los favores indispensables al mantenimiento de la vida con genuflexiones y cortesías confinantes en una sistemática humillación. Sabedor de las letras clásicas, escribía el idioma latino como los primeros latinistas de su tiempo. Orador, la retórica predominaba en su palabra sobre el sentimiento; poeta, el metro sobre la idea; canonista y jurisconculto, las convicciones indispensables á su fortuna sobre la inspiración profunda é interior de su conciencia. Era un sofista que sólo tenía de los grandes tiempos dos factores capitalísimos: la palabra y la forma. Así, escribió disertaciones interminables sobre las facultades de los Concilios para enaltecerlos, cuando del amparo de los Concilios necesitaba; y sobre las facultades de los Pontífices para extremarlas, cuando necesitaba de la limosna y de la protección del Pontificado. Pocas pasiones, pocas creencias; ninguna inspiración, ningún heroísmo, como petrificado en los recuerdos, cual un hombre que no acertase á vivir en su tiempo; Eneas Sylvio, secretario de innumerables potentados, apologista de los reyes y de los Papas, historiógrafo de los emperadores, artificioso compositor de frases clásicas y de fórmulas históricas, parecía la retórica coronada por la tiara de los Pontífices. El pontificado de Sylvio fué de un mero aparato teatral. Hasta el nombre de Pío lo eligió, porque Virgilio llamó al héroe de su epopeya el Pío Eneas. Ferrara le vió un día, rodeado de barcas que cubrían el Pó, todas ceñidas de flores y llenas de músicas y de coros, entrando en compañía de príncipes y caballeros que ostentaban riquezas sin cuento; sobre un caballo, ceñido como un Pegaso; bajo un dosel cerúleo; por una plaza donde danzaban las mujeres vestidas como en los antiguos circos romanos, y lucían sus frentes serenas, reproducidas en

marmóreas estatuas, los dioses principales del Olimpo antiguo, como si Cristo hubiera muerto en la conciencia humana y renacido por los campos y por los cielos de Italia el joven Adonis y el dios Pan en todo su exuberante sensualismo. Pío II concibió la vasta idea de promover la guerra contra los turcos, y á esta vasta idea consagró toda su existencia. Muy hábil en idear; era dificultoso en cumplir y realizar. Aquel diestro secretario de todos los potentados europeos; aquel escritor, por quien conocemos tan claramente las guerras de Bohemia en sus campos y las disputas de Basilea en su concilio; aquel retórico que resucita en sus discursos el verbo neo-romano; aquel poeta que escribe tan castigados versos; aquel imitador de las bellaquerías del alegre Bocaccio; diplomático mundano, sabio de una portentosa erudición; al subir á un trono, cual el pontificio, y desde tal trono proponerse las mayores empresas, no midiendo bien la distancia entre la idealidad y la realidad, cae por su culpa en lo extravagante y en lo ridículo. Lo primero que se le ocurrió tiene gracia, y explica cómo desconocía el mundo este hombre mundano. Se le ocurre desenterrar el más puro latín, cortar su mejor pluma, disponer el estilo más literario, y enderezarle una carta con muchos requilorios al Gran Turco, reciente conquistador de Constantinopla, conjurándole con los ejemplos de Recaredo, Clodoveo y otros célebres conversos antiguos y modernos, conjurándole á que abjurase su mahometismo; y abrazando la religión cristiana, tomase á su cargo en la edad moderna el ministerio desempeñado por los Carlovingios en la Edad Media, el papel de único defensor de la Iglesia, por lo cual recibiría Bohemia, Hungría y otras regiones orientales, entonces prontas á entregarse al vencedor que les designase por jefe y soberano el Pontífice.

Mucho debe trastornar el seso la potestad absoluta, cuando literato de tan claro juicio y de tan sabia desconfianza como Eneas Sylvio, cree posible, reciente aún el malogro de los pactos florentinos entre la Iglesia griega y la Iglesia latina, mover un sultán y su corte con una carta retórica en latín sa-

pientísimo, á que abjure la religión de su raza y de su historia por una religión repulsiva de todo en todo á su voluntad y á su conciencia. Y si los medios morales resultaron de este alcance, imaginaos cómo resultarían los medios más difíciles, los medios materiales y económicos. Si comienza por ocurrírsele una carta para convertir al sultán, ya podéis imaginaros qué cosas se le ocurrirían para recabar dinero, teniendo á mano, como tenía, las bulas y las indulgencias. Voy á citar, dejando aparte las cédulas en que valuaba los perdones, la traída del cuerpo de San Andrés, desde Jerusalén á Roma, por hermano del Apóstol San Pedro, en procesión triunfal. Era una hermosa noche de Italia; treinta mil hachones, llevados todos por personas vestidas á capricho, ahuyentaban las sombras y producían una claridad artificial; de ventana á ventana suspendíanse flores en ramilletes sin fin y en lazos sin cuento, y de las flores pendían lámparas nutridas por aromados aceites; ramajes bien olientes enramaban el suelo de las calles, y tapices multicolores cubrían los frentes de las fachadas; al ingreso de los barrios, comparsas de bailarines y acróbatas hacían toda suerte de juegos, y á la puerta de los palacios coros múltiples, acompañados por deliciosas orquestas, entonaban toda suerte de cánticos; lucían las damas, casi desnudas, sus formas y gracias tras encajes ó tules; y las torres y las rotondas altísimas, y las líneas severas de los monumentos religiosos y los triángulos de las iglesias brillaban con tal número de luces deslumbradoras, que parecían como una lluvia de astros. Pero entre cartas retóricas, entre discursos aparatosos, entre arbitrios infecundos, entre procesiones teatrales, lo cierto es que la cruzada contra los turcos no crecía gran cosa. Citadas las gentes en Ancona, no encontraron con qué mantenerse y se dieron al saqueo. Por todas partes bandas de mílites desarrapados y misérrimos acometían á los viajeros, asaltaban los hogares, esparcían los horrores de la guerra civil á sangre y fuego. Las frases menudeaban más á medida que iban más escaseando las fuerzas. Los discursos estudiados se estrellaban

y perdían en la general indiferencia. «Somos—exclamaba Pío II ante su Sacro Colegio—demasiado débiles para empuñar la espada; mas, á imitación de Moisés, arrodillado en el monte mientras Israel pugnaba con los amalecitas, sobre las tablas de los navíos elevaremos el sacro cáliz á Dios en demanda de la victoria para nuestros guerreros.» Nadie oyó estas elocuentísimas palabras. Todos los príncipes á una permanecieron silenciosos é indiferentes: los Esforzas tacharon de mezquinos el armamento para una empresa tan grande; los Médicis dijeron que un Papa viejo se metía en calaveradas de joven; los reyes de Francia enviaron algún que otro presente de aparato y honor; los emperadores de Alemania no quisieron que, so pretexto de alimentar las cruzadas, se perdiera y se arruinase tristemente su pueblo. El día 19 de Junio de 1464 salió de Roma Pío II hacia Ancona, tendido en triste cama, devorado por fiebres palúdicas, en barca que lo iba sobre las amarillas aguas del Tíber arrastrando, y que parecía conducirlo á la eternidad. En efecto, su desmayo fué tan grande y su dolor tan intenso, que, al descender en la orilla y mirar á lo lejos Roma, dirigióle un último adiós en suprema congojosa despedida. Quien le viera triste, soltario, abandonado, deslizándose por la corriente, no diría que iba el cuitado á cobrar un reino, sino á librar un sepulcro. Dos únicas naves había podido reunir en el puerto de Ancona, que flotaban tristemente como para mostrar la decadencia del Pontificado, desoído por los poderosos del mundo y falto de fuerzas y de recursos en un proyecto tan alto y saludable. Por fin, el día 12 de Agosto, las naves de Venecia en algún número, llegaron comandadas por el Dux Cristóbal Moro. Mas el día de su llegada no pudieron ya verlas, no, los ojos cansadísimos de Pío II. Sin embargo, hizo abrir las ventanas del palacio pontifical erguido sobre una eminencia, y mirando con mirar tristísimo de moribundo, al caer la eterna noche sobre sus ardientos retinas, el sitio misterioso por donde salía el sol en los cielos espléndidos y sobre mares luminosos de Italia, conjuró á los príncipes, á

los cardenales, á los potentados reunidos alrededor suyo, para que fuesen á levantar el imperio griego, á extraer Constantinopla de su cautiverio, y á cumplir una cruzada por la basílica de Santa Sofía que fuera proemio de otra cruzada por la basílica del Santo Sepulcro y por la toma de Jerusalén. Cuentan que Augusto al morir, viendo tan admirablemente desempeñada por él en su imperio la comedia de su vida, gritó dirigiéndose á los circunstantes como el actor á los espectadores: «aplaudid.» E idéntico aplauso merecía este Papa, de una vida tan teatral y que muere en una escena tal como cruzada de teatro. Pues un hombre así, que había recorrido desde las fuentes del Danubio hasta la desembocadura del Rhin; que había estado en comercio continuo con los emperadores y con los Papas, secretario de uno y de otros; que había redactado las actas del Concilio de Basilea; que había departido en su palacio con los embajadores de Armenia y Persia como peleado con los mongoles y con los tártaros de Turquía, dejó considerables obras de un gran valor literario é histórico ahora comentadas por el ilustre catedrático de Pisa. Felicitemos á éste y felicitémonos de trabajo tan vital á la cultura europea.

II

Tras estas consideraciones, paréceme lo más natural del mundo que volvamos á la sede apostólica nuestros ojos y miremos el trabajo titánico de un Papa que inscribe, como los profetas de Miguel Angel, sus divinos apotegmas, inspirados por el cielo, en tablas de bronce, tan duraderas como el tiempo y parecidas á puertas triunfales abriendo el camino hacia la eternidad. Entre tantos esfuerzos divinos, entre tantas obras colosales, entre monumentos que arrancan de lo más hondo del mundo real y se dilatan en lo más etéreo y cerúleo de la

inmensidad, nada comparable á los cuidados puestos por León XIII para restituir al mundo cristiano su interior unidad y acercar á la Iglesia latina la mayor y de ella más cercana, entre todas las grandes personalidades religiosas, la Iglesia de Oriente. Hace ya mucho tiempo, en una de sus maravillosas Enciclicas, el Papa, que une á la fijeza incontrastable del pensamiento, enclavado en los centros de su alma como estrellas fijas en torno de las cuales mundos sin número circulan, la sabia lentitud del procedimiento y la ordenación regulada del método, encareció las excelencias de los magnos servicios prestados á la ciudad del Dios vivo por la raza helena, y conmemoró las glorias que comienzan en la isla de Patmos, donde San Juan enlaza el Evangelio de Cristo con el Verbo de Platón, y pasando por la grande Alejandría de San Clemente y Orígenes, así como por la inmortal Atenas y Corinto de San Pablo, se condensan, cual en bello núcleo de ideas eternales, en la Roma de Oriente, en la inspirada Constantinopla. Y no se ha limitado León XIII á meros votos abstractos y á meros deseos platónicos en materia de unión, resuelto al encarnamiento en la realidad y en la vida de teoremas conducentes á esta gran síntesis, ha reunido siempre que lo ha juzgado, en sus altas concepciones, oportuno, á los representantes de varias Iglesias, á fin de que, acercándose y viéndose, llegaran á convencerse del número de lazos que ciñen á los unos con los otros y á persuadirse del bien que habría en la unidad externa y tangible correspondiente con la indudable unidad teológica. Muy acertadamente congregó el Papa una especie de asamblea religiosa, esbozo de concilio, en la Ciudad Santa, donde siempre se ha guardado aquella idea, de la cual dimanan el Viejo y el Nuevo Testamento con el Corán también, la idea del Dios personal y uno, creador y conservador del Universo, principio y fin de todas las cosas, desde cuyo seno venimos como las nubes del mar y á cuyos senos volveremos como al mar las aguas. Habíanse dividido los Apóstoles Pedro y Pablo en dos tendencias opuestas. El primero, más conser-

vador, deseaba que no pudiesen los neófitos penetrar en la Iglesia cristiana como no hubiesen pasado antes por la sinagoga judía, que no pudiesen recibir las linfas del bautismo como no hubieran sentido antes el dolor de la circuncisión, pues el Evangelio de Dios no será nunca otra cosa que una confirmación y un complemento de la Biblia de Dios. Pero Pablo, el Apóstol de los gentiles, no quería tales iniciaciones inútiles y sustentaba que, hallándose la revelación del Sinaí contenida toda entera en la revelación del Calvario, había bastante con el bautismo para entrar en la Iglesia de Dios primero y después en el reino de los cielos. Muchas discusiones, que casi degeneraron en luchas, provinieron de estas disensiones, que, á la postre, se arreglaron en el primero de los Concilios, en el Concilio de Jerusalén. Antes de su reunión, aunque se hubiese inaugurado la edad del espíritu, la sangre de los animales corría sobre las aras vertida por los judíos recién convertidos al Cristianismo. Muchos ilusos semitas recelaban del ingreso de los idólatras en su templo, no comprendiendo que la ley de las venganzas era concluida y sobrevenía la nueva ley del amor. Como Cristo había reconciliado al hombre con Dios, la Iglesia debía reconciliar las razas con las razas, el género humano en sus diversas familias consigo mismo. Tales ideas, expresadas por San Pablo, difícilmente podrán ser admitidas por aquellos que creían, por su amor á la raza semítica y por su apego á la sinagoga judía, tener amayorazgada en sí la verdad como un hereditario vínculo. A tales creencias moviéronse hasta sublevaciones materiales, por creer los resistentes á la innovación que poner los gentiles al nivel de los hebreos era tanto como poner las aras de Júpiter al nivel de las aras de Jehová y levantar el trono de Satanás al nivel del trono de Dios. Tal divergencia dentro de la Iglesia no podía resolverse sino por la misma Iglesia. Y así, todos los labios pronunciaron la palabra «Concilio». Entonces, de los cuatro puntos del horizonte van á Jerusalén, como las semillas que arrastra en sus alas el viento, los

Apóstoles de la verdad, llevando las señales del martirio en sus frentes, corona más envidiable que todas las coronas de sus perseguidores y de sus tiranos; y en pos de los Apóstoles van nuevos sectarios, trofeos de sus victorias, más gloriosas que los trofeos de los conquistadores comprados á costa de mares de lágrimas y sangre; y la Iglesia universal se reune con todos sus fieles; y los que acaban de sacrificar en los altares griegos y de adorar sus divinidades paganas; los que en el Asia Menor se han postrado de hinojos ante la naturaleza orgánica, ante los animales del campo; los sacerdotes de los mismos templos mosáicos que habían esperado la venida del Mesías en la centelleante nube del Sinai; los hombres manchados de sangre, que en el fondo de los umumbrosos bosques del viejo mundo habían abierto las entrañas de víctimas humanas, y las habían arrojado al pie del ara como ofrenda grata á sus bárbaras divinidades; allí, limpios todos de sus antiguas manchas, de sus abominaciones, asistidos por el espíritu celeste, soterran el dios-naturaleza, rompen sobre su sepulcro los hierros de las castas inferiores, erigen el Dios uno del espíritu, y bajo su poderosa protección juntan las inteligencias en una sola verdad, y los corazones en la ley divina del amor cristiano. Así, no podía León XIII haber elegido sitio más propio para unir las iglesias de Cristo que esta capital del mundo religioso, donde se completó con la unidad del Dios vivo guardado en su vieja sinagoga la unidad del género humano reconciliado consigo mismo en el Concilio de Jerusalén. Aunque había muchos cismáticos en tan grande asamblea eucarística, el Papa envió á un legado suyo tan digno como el arzobispo de Reims. Largamente discutieron entre sí los representantes de las diversas Iglesias cristianas allí reunidos; muchas sesiones celebraron; muchas aproximaciones sucedieron en las distancias que los apartan y dividen; pero ninguna resolución trascendió al público, y nada se pudo saber de los acuerdos, si los había, pero sí que reinó un espíritu de concordia, bajo cuyas alas, con auxilio del tiempo creador,

puede llegarse á términos de un pacto espiritual y temporal que justifique y robustezca el sentimiento cristiano, tan combatido por el pujante materialismo contemporáneo, contra el cual habrán de reunirse todas las almas y habrán de sumarse todas las fuerzas en una tan grande asociación como las primitivas Iglesias cristianas que tarde ó temprano se convertirán en Iglesia universal y una.

III

Por este mes de Octubre último convocó también el Papa en su Vaticano las eminencias más conspicuas y las prelacías mayores de aquellas Iglesias del Oriente que, separadas en ritos y liturgias de la Iglesia católica, están en sustancia con esta Iglesia unidas por las crencias en el dogma común y por la observancia de una sujeción constante al Supremo Pontífice. Yo estaba en Roma cuando se reunían en ella estos sacerdotes orientales, y puedo asegurar que me parecían, sobre aquel pavimento de ruinas, entre su intrincado laberinto de intercolumnios, rozando con las tumbas vacías y con las estatuas mutiladas, como personificaciones de ideas pertenecientes á esferas sobrenaturales, á las esferas donde vió Santo Tomás, según nos lo explica él mismo en la *Summa,* los seres beatíficos y angélicos que levantan á Dios sus ojos extáticos y ante Dios baten sus alas divinas dentro del Empíreo. En las manos, en los rostros, en los párpados larguísimos, en los ojos negros y profundos, en las barbas luengas, en el mirar melancólico, en los labios incoloros, en la tez morena mate y en la interior reconcentración de su pensamiento, veíase á primera vista el oriental sello y la marca fisiológica que delataban el indeleble origen asiático realzado por aquellas hopalandas semejantes á túnicas y aquellos sombreros semejantes

á tiaras que revestían de orientales ropajes unas formas y unos aspectos orientales también. León XIII no deja de su mano este grandioso empeño, sabiendo que Dios lo secundará por medio de un ministro tan eficaz en sus recursos y tan cumplidor de sus mandatos como el tiempo, de quien se vale siempre y para todo evento la divina providencia. Lo único, de que ha tenido cuidado en una empresa tan grandiosa nuestro venerable Pontífice, ha sido de aparecer como contrario á latinizar el helenismo y á que aparezca la firma del Pontificado sin respeto alguno á los griegos, cuando la unidad interior del tema y de la moral cabe dentro de la variedad permisible y aceptable del culto y de la liturgia. Y, con efecto, mucho se debe haber cuidado en las últimas conferencias, si atendemos á lo mucho que se agita el mundo griego con los relatos de las sesiones, en que los Prelados de la Iglesia oriental, unida siempre á Roma, deliberán sobre los medios de acercar al mundo romano sus cleros y sus institutos afines. Hay que subir al origen de todas estas cuestiones para saber cuántos obstáculos se levantan entre las Iglesias. Los latinos han estado más dispuestos siempre á transigir con los griegos que los griegos con los latinos. Para la gente helénica su Iglesia se inspira en los primitivos tiempos del Cristianismo, por tener su gobierno carácter esencialmente republicano y gozar sus patriarcas de autoridad meramente honoraria en sus hermandades muy estrechas de Obispos estrechamente unidos. Allí, los Concilios ecuménicos han regulado el dogma; y los sínodos, parlamentos de menor cuantía, han regulado la disciplina.

Los motivos principales de la ruptura entre Oriente y Occidente fueron: 1.°, la oposición eterna del espíritu griego con el espíritu romano; 2.°, la supremacía disputada de antiguo entre los Pontífices de Roma y los patriarcas de Constantinopla; 3.°, el dogma de la procedencia del Espíritu Santo que, según los griegos, proviene tan solo del Padre, y según los latinos, del Padre y del Hijo; 4.°, el culto á las imágenes, durante cierto tiempo entre los orientales prohibido, lo cual dió

á la terrible guerra de los iconoclastas ocasión; 5.°, la naturaleza de las penas del purgatorio; 6.°, la calidad del pan ázimo para la Comunión; 7.°, el nacimiento de ese Imperio occidental con los Carlovingios, en el que vieron siempre los griegos un desacato á la memoria de Constantino y á su sacra herencia. ¡Ah! Las contradicciones arraigaban allí con tal profundidad, que cuantas tentativas se hicieron para llegar á la unión resultaron fallidas; y ni las dos conquistas de Constantinopla en el siglo XIII por los latinos y en el siglo XV por los turcos, lograron restablecer la unidad, falta de bases, allá donde únicamente podía ésta fundarse, allá en la conciencia. Así es que, á mediados del siglo XV, en la ciudad por excelencia del arte, sobre las orillas del Arno, los representantes de la Iglesia latina y de la Iglesia griega se reunieron en el mismo Concilio y llegaron á común acuerdo en doctrina y símbolo. Los tiempos del Evangelio renacían, la unidad del espíritu humano se fundaba, el espíritu griego y el espíritu latino se confundían, cuando al llegar á Constantinopla, envanecidos con su triunfo los prelados orientales, encontráronse tristemente con que rechazaba el pueblo las avenencias por ellos convenidas y prefería en sus angustias caer bajo la cimitarra de los turcos á entrar en pacto alguna con los latinos. Algún prelado griego al ver tanta ceguera, cuando arreciaba de un modo tan extremo el peligro, abandonó la concordia rechazada del pueblo, pero murió al pie de los altares. Pensador de un grande aliento, León XIII, viendo cómo á sus fuerzas nada está vedado y de su alcance nada está lejos dentro del ministerio que desempeña sobre la tierra, se ha propuesto allanar el camino á la unión que podrá comenzarse tan sólo en este nuestro tiempo, pero que habrá de concluirse por fuerza en los futuros tiempos. Así como la Iglesia griega repugnó el culto á las imágenes un día y luego lo aceptó, hará lo mismo respecto de otros principios, en qué funda su disidencia con los latinos. Un Jesuíta, por consecuencia un ortodoxo de marca mayor, el célebre Gagarni, dice que persuadidos en Rusia

los espíritus á la seguridad completa de que no puede ni debe confundirse con los dogmas los ritos y de que llegara el Catolicismo á concederles la comunión bajo las dos especies, iránse con grande celeridad á una concordia que necesitan los pueblos para granjearse nuevos elementos de paz universal.

IV

Nos hemos entretenido demasiado en otros asuntos, y apenas queda tiempo de recorrer Europa, é ir mirando las cuestiones en Europa hoy predominantes, que va imponiendo la inflexible lógica de los hechos y presentando la corriente perpétua de los espíritus. Mal síntoma del estado de Portugal, esos desórdenes continuos del Parlamento y esas violentísimas clausuras que siguen á los desórdenes. Para cosa ninguna se necesita poseer un ánimo sereno capaz del dominio de si mismo y sojuzgar con la soberana voluntad los nervios propensos á descomponerse, como para la política, donde no puede faltar la circunspección que contempla cuanto acaece por todas partes en torno de uno con mirada reflexiva y el valor paciente y frío, más difícil, mucho más difícil, que la violencia y el coraje. Si las agrupaciones parlamentarias portuguesas han perdido la calma y el gobierno también, mal pecado de éste y mal trance de la nación, pues á los vértigos de las alturas corresponden siempre, por una inflexible ley natural, el desorden y la indisciplina en lo profundo. Algunas medidas, tomadas con poca premeditación respecto de las cámaras mercantiles, han determinado las violencias parlamentarias y estas violencias la violentísima clausura. En España también se agita el Parlamento algo, pero en la superficie, pues tranquilo como nunca está el fondo de las almas. Resueltas las cuestiones políticas con el ejercicio de los derechos indi-

viduales y del sufragio universal, no hay más que cuestiones económicas, las cuales se resolverán á una con acierto, si el país quiere poner en hallarse desahogado y rico, el empeño puesto en hallarse soberano y libre. No veo tan despejado el horizonte de Francia como el horizontede España y mentiría si no dijese como, después de mi patria, la nación que más en el mundo me interesa, es Francia, por llevar en sí el depósito sagrado de los principios y de los intereses capitales concernientes á la democracia universal. Así, veo con tristeza como va engolfándose poco á poco en los senos tormentosos de la política colonial, que le hace distraer sus fuerzas y malgastar sus caudales, cuando en concentrar las unas y aumentar los otros estaría el toque de su robustez y salud. Quince mil hombres de sus tropas y setenta millones de sus arcas no los vale, no, Madagascar, aunque la rodeen mares de India, y la coronen bosques de sándalo, y la borden flores de liana, y la perfumen aromas de canela, y lleguen al cielo sus montes atravesados por cataratas como á las entrañas profundas del planeta sus metales ricos y sus piedras preciosas, pues aparte algunas regiones valiosas, como porejemplo la magnífica bahía de Diego Suárez, y algunas planicies como las altas del Norte, muy sanas y muy hermosas, al resto de la isla se le llama, desde que la descubrió un ibero, triste cementerio de los soldados y de los colonos europeos. Pero, mientras en Francia se desarrolla esta política colonial, en Alemania se cambia la política interior. Creíamos que todo le sonreía en el mundo al canciller Caprivi. Sus prácticas de libertad ó tolerancia, por tal modo habían dado cuenta de las asociaciones comunistas, que la división penetraba en sus senos y los discípulos rehusaban el presupuesto con la lista civil de los maestros, saltando pugnas interiores entre todos ellos como la del prusiano Bebel con el bávaro Volmar, y yéndose hacia las teorías anarquistas las muchedumbres fascinadas por el genio de Lasalle y mantenidas por el trabajo de sus continuadores y herederos en las teorías colectivistas de Marx, y á tanta felici-

dad en la política interna uníase otra felicidad no menos positiva en la política exterior. Por medio del tratado con Rusia, Caprivi, ayudado de las intransigencias mercantiles del ciego Méline, había separado á esta potencia un poco de Francia y atraídose á ciertos liberales, muy pagados de que la nobleza rural y reaccionaria hubiese roto en guerra violentísima con el canciller y con el emperador. Pues en medio de tales triunfos le sorprende súbita desgracia cayendo sobre su frente, como los rayos bíblicos sobre los tiranos caldeos. Yo pregunto si un imperio, á cambio de la libertad que quita, no puede darnos en justa compensación la estabilidad que puede darnos un imperio. Donde no imperan las arbitrariedades múltiples de una voluntad personal, imperan los acasos de la muerte y los caprichos de la herencia. Reinaba un emperador esclavón en Rusia, el cual tenía por compañera una emperatriz danesa; y ahora reina un emperador casi occidental, como llaman á los liberales allí, que tiene por compañera una emperatriz casi británica. Así, toda la orientación de la política rusa dirigíase hacia Francia en tiempo de Alejandro III, y toda la orientación de la política rusa se dirigirá en tiempo de Nicolás II hacia Inglaterra. Y ¿cuándo? Cuando por una desgracia increíble, desde las altísimas sedes del gobierno inglés hablan unos de Azincourt, combate reñidísimo, en que triunfó Enrique V de los franceses; y desde las altísimas tribunas del Parlamento francés hablan otros de las conquistas llevadas á cabo en Inglaterra por los hijos de Normandía. No parece, pues, cosa de poco precio el desvío ruso de Francia y su propensión á Inglaterra. Lo cierto es que le designaban dos novias, ó dos prometidas, á Nicolás, cuando ejercía de príncipe heredero: la hija del príncipe Montenegro y la hija del duque de Hesse, criada la una en aquellas regiones ásperas de Oriente que diera héroes y mártires á los eslavos del Mediodía, y criada la otra en aquellas regiones centrales de Alemania que dieran reyes y dinastías á Inglaterra; recuerdo la una del monarca que vive con los rifles al ojo y los yagatanes al cinto contra Turquía, y recuerdo la otra de una reina,

cabeza y personificación de la potencia más amiga de Turquía que hay en el mundo. Por fortuna, las inclinaciones del Gobierno inglés á la democracia y á los demócratas aparecen cada día mayores á causa de las resistencias ciegas opuestas por los nobles desde su Senado á las justas reivindicaciones del elemento democrático en materias como el indispensable gobierno de Irlanda por sí misma. Los últimos discursos de Rosbery no dejan duda de ningún género á este respecto. Los lores, que se habían resignado en los últimos tiempos á un papel puramente decorativo y de corte, poniendo sus nombres de gran brillo en torno de los Hannovers, que representan el Parlamento y el protestantismo, vencedores de los Estuardos, católicos y reaccionarios, no se resignaban á este papel, un poco insignificante, y han recogido el veto, que se había deslizado del puño de la reina; pero al recoger el veto, la perla del cetro, han desencadenado en torno suyo la más espantosa tempestad. No pueden contrastarse, no, las grandes corrientes del humano progreso.

EMILIO CASTELAR.

LA LITERATURA

CASTELLANA Y PORTUGUESA

(CONTINUACIÓN)

De aquí que en la primera parte del poema se nos muestra el Cid profundamente abatido por el inmerecido destierro y separación de aquellos á quienes ama, pero no desesperado en la desgracia como si fuera una mujer, emprendedor y victorioso en rudas luchas con moros y cristianos, y como audaz creador de su propia felicidad y fortuna por la heroica conquista de Valencia, pero siempre magnánimo con los vencidos y fiel hacia su injusto señor, y concluye con el honroso casamiento de las hijas del Cid con los infantes de la noble casa de los condes de Carrión, casamiento á que accedió tan sólo por obediencia á su «señor y rey natural», cumpliendo el mayor sacrificio de la lealtad de un vasallo por esta renuncia de su propia voluntad en lo referente al más importante suceso, y todo ello por cumplir el deseo de su rey con quien aún no se había reconciliado (1). Pero el poeta mismo indica lo que ha de venir al exclamar en los versos finales de esta parte (v. 2.285-2.286):

(1) Esto lo repite el poeta muy expresivamente en los versos 2.204-2.214. Hace también que el Cid dude del resultado feliz de este enlace y que mantenga su promesa con pesar y no sin remordimiento, por ejemplo, 2.142-2.144y 2.231-2.234, después de haber buscado en vano pretextos para disuadir de ello al rey (v. 2.091-2.094). Puesto que una reconciliación del Cid con el rey Alfonso después de la conquista de Valencia y un enlace de sus

Ques' page d' es' casamiento mio Cid ó el que lo ovo en algo,
Las coplas deste cantar aquis' van acabando.

La segunda parte trata casi exclusivamente de las hijas del Cid. Muéstrase que no le han engañado al Cid sus presentimientos, pues los infantes de Carrión se portan tan cobardemente, que se convierten en objeto de burla de los vasallos de su suegro. Para escapar de esta vergüenza solicitan del Cid permiso para poder irse con sus esposas á sus haciendas. El Cid accede de mala gana á sus deseos y la separación es igualmente penosa para los padres y para las hijas:

El padre con las fijas loran de corazon.

Les da á su sobrino, Felez Muñoz, por acompañante, encargándole muy expresivamente que cuide bien de ellas. No era en vano este cuidado; pues los infantes, tan traidora como cobardemente, deciden vengar la injuria, que tan merecida habían tenido, en sus inocentes esposas. Hallan por fin ocasión; llegados á un bosque solitario se retiran por su mandado los acompañantes y se quedan solos con sus mujeres. Entonces les arrancan los vestidos del cuerpo, las azotan sin piedad con las cinchas de sus caballos, de tal modo, que les corre la sangre de todas las heridas y las dejan por muertas para que sirvan de botín á las fieras. Así creen haber injuriado y herido del modo más cruel al Cid en su propia sangre. De esta pena y esta afrenta, sin embargo, había de provenir mayor honra á su linaje. Pues el fiel Felez Muñoz concibe sospechas por tan larga tardanza, y cuando ve á los infantes, que sin notarle se van

---

hijas con los infantes de Carrión son cosas en parte contradichas por la historia auténtica y en parte improbables, se debe casi suponer que el poeta ha alterado adrede la posición de los sucesos, é inventado la aventura con los infantes, ó si es que la halló ya en los romances (*), ha preferido la leyenda á la historia, no pudiendo hallar ordenación ni elección más felices para su fin.

(*) Apenas hay que advertir hoy que carece de todo fundamento sólido la hipótesis de haber existido romances anteriores al *Poema del Cid*. Pero este error incidental en nada perjudica al mérito de éste hermoso análisis de Wolf.—(M. y P.)

solos, se apresura á volver y halla á sus primas en el más lastimoso estado. Consigue volverlas á la vida, y confortándolas con palabras animosas las reanima hasta que las pone en estado de emprender la vuelta al hogar sobre su caballo. Las conduce así hasta Santesteban, donde se quedan hasta que se reponen del todo, y desde donde envían á su padre, gravemente ofendido, un mensajero fiel. Cuando el Cid oye esto:

Una grand ora pensó é comidió:
Alzó la su mano, á la barba se tomó:
—Grado á Christus que del mundo es Señor:
Quando tal ondra me han dada los infantes de Carrion.
Por aquesta barba que nadí non mesó,
Non la lograrán los infantes de Carrion;
Que á mis fijas bien las casaré yo.

Envía al punto á sus vasallos más fieles y honrados, al bueno de Minaya Alvar Fáñez, al bravo Pero Bermuez y á Martín Antolínez, «el burgalés de pro» con doscientos caballeros á Santesteban, para que conduzcan á sus hijas á Valencia. A éstas les da gran placer el ver la fiel compañía de armas de su padre, y Pero Bermuez las consuela:

Buen casamiento perdiestes, meior podredes ganar.

Casi olvidan todo pesar, cuando llegan á Valencia, caen en brazos de su padre:

Mio Cid á sus fijas ybalas abrazar.
—Besandolas á amas tornós' de sonrrisar.
—Venides, mis fijas, Dios vos cudie de mal.
Hyo tomé el casamiento, mas non osé decir al.
Llega al Criador que en el cielo está,
Que vos vea meior casadas daquí en adelant.

Pero por el placer de volverse á ver no se olvida la venganza contra los desleales traidores. Sin embargo, no procura apaciguarlas tomándose la justicia por su mano aquel héroe, aunque ofendido profundamente en su punto más sensible, moderado todavía. Se coloca en el camino de la ley volviéndose á su rey, pues

—Como yo só su vasallo, é él es mio Señor
Desta desondra que han fecho los Infantes de Carrion,
Quel pese al buen Rey dalma é de corazon.
El casó mis fijas ca non gelas di yo.
Quando las han dexadas á grant desonor,
Si desondra y cabe alguna contra nos,
La poca é la grant toda es de mio Señor
.....
Adugamelos á Vistas, ó á Juntas, ó á Cortes.

Concede esto último el rey, y convoca Cortes en Toledo. Este es el punto brillante del poema, puesto que aquí se muestra en toda su grandeza la fama del Cid, y por un honroso enlace, que supera á todas sus esperanzas, ennoblece su linaje de tal modo que se llenan sus más ardientes deseos y humilla á sus enemigos y envidiosos. Los infantes de Carrión, aunque procuraron en vano escapar al riguroso mandato del rey, concurrieron con sus parientes, el conde Don García Ordóñez, el enemigo más poderoso é irreconciliable del Cid. Se reune el jurado de los condes más notables y de los infanzones del reino, con el rey mismo á su cabeza; comparece allí el «en buen hora nacido» con una escogida tropa de cien de sus más bravos parciales para mantener su buen derecho.

Todos, excepción hecha de sus enemigos, le reciben con grandes muestras de respeto:

A grant' ondra lo reciben al que en buen ora nació.

Ante todo pide el Cid le devuelvan sus dos espadas, Colada y Tizón, que había regalado á los infantes el día de la boda, y que ellos habían deshonrado con su cobardía. Esto no puede serle rehusado. Tras de esto desea el Cid que le restituyan los trescientos marcos de plata que dió como dote á sus hijas. Aún se prestan á ello los infantes. Pero cuando demanda el Cid satisfacción por la ofensa á su honor y la injuria á sus hijas, éste no se deja restituir como las armas y el dinero, éste sólo puede hacérse bueno mediante un juicio de Dios en una lucha á vida ó muerte, tan sólo por la sangre de los ofensores. En este

punto se alza el conde García, y con osada burla afirma que habían obrado con derecho los condes de Carrión al abandonar á las hijas del Cid, pues

> Los de Carrion son de natural tal:
> Non gelas debien querer sus fijas por barraganas
> O quien gelas diera por pareias ó por veladas.

Los mismos Infantes repiten:

> De natura somos Condes de Carrion:
> Debiemos casar con fijas de Reyes ó de Emperadores:
> Ca non pertenecien fijas de Infanzones:

Y:

> De natura somos de los Condes más limpios:
> Estos casamientos non fusen aparecidos
> Por consograr con Mio Cid Don Rodrigo.
> .....
> Que porque las dexamos ondrados somos nos.

El Cid mismo no se digna contestar á tan osada burla á su honor, sino que deja que acudan á ello y les provoquen y castiguen su mentira sus hombres, los cuales contestan á la ironía de los infantes echándoles en cara su vergonzosa cobardía y su traición. El rey pone fin á esta disputa mutua mandándoles callar y ordenando el combate del juicio de Dios. Mas antes aún de que terminara este combate debía restituirse á todo su esplendor la honra del Cid y la de sus hijas de una manera sorprendente y que excedía á todo lo esperado, pues en aquel momento se presentan en la asamblea enviados de los infantes de Navarra y de Aragón diciendo que sus señores desean para esposas á las hijas del Cid. Vese entonces éste en el término de sus esfuerzos y satisfechas con exceso sus más osadas esperanzas, porque su linaje, no sólo llegará á ponerse mediante esta proposición al igual de los primeros del reino, sino elevado sobre todos, y de su sangre brotarán en adelante reyes. Esta es la más dulce venganza por la afrenta padecida y la mayor humillación al intemperante orgullo de los condes de Carrión. Pero aun á este enlace, aunque tan conforme á los

deseos de su corazón, no accede hasta que su rey y señor lo haya tomado á bien y considerado como bueno. Entonces, en el exceso del gozo, no puede contenerse su fiel Minaya Alvar Fáñez de pagar en la misma moneda á los infantes de Carrión, antes tan engreídos y ahora tan avergonzados, la burla que habían hecho, y les increpa diciéndoles:

De natura sodes de los de Vani Gomez,
Onde salien Condes de prez é de valor;
Mas bien sabemos las mañas que ellos han:
Esto gradesco yo al Criador,
Quando piden mis primas Don Elvira é Doña Sol
Los Infantes de Navarra é de Aragon,
Antes las habiedes pareias pora en brazos las tener,
Agora besaredes sus manos e lamar las edes Señoras:
Averlas tedes á servir mal que vos pese á vos;
Grado á Dios del Cielo é aquel Rey Don Alfons.
Así crece la ondra á Mio Cid el Campeador.

Pero no termina la lucha con esta agradable interrupción, pues todavía queda por limpiar la honra del Cid por medio del juicio de Dios. El rey quiere diferirlo para el día siguiente; pero los infantes desean una tregua de tres semanas para poder aprestarse convenientemente. Mas el Cid no puede permanecer tanto tiempo ausente de Valencia, y deja sus tres caballeros en rehenes al rey. Pasadas las tres semanas se efectúa el combate en la llanura de Carrión, bajo la presidencia del rey. Los infantes son vencidos completamente por Asur González y los combatientes del Cid, y se envía á éste á Valencia tan grato mensaje. Grande es la alegría que provoca éste en Valencia, y el Cid, alcanzado ya el término de sus anhelos, exclama dando gracias al Creador:

Grado al Rey del Cielo, mis fijas vengadas son.
Agora las hayas quitas heredades de Carrion,
Sin vergüenza las casaré, ó aquí pese ó aquí non.

Ahora se lleva á cabo el matrimonio de sus hijas con los infantes de Navarra y Aragón, y el poeta vuelve á poner de manifiesto la tendencia principal de su poema, que es mostrar á qué honor tan levantado elevó el Cid su linaje por medio de sus

celebradas hazañas, para lo cual el primer matrimonio, aunque honroso y desgraciado, sirvió como de talco que hiciera resaltar el segundo, mucho más brillante que aquél. Así dice el autor:

Los primeros (casamientos) fueron grandes, mas aquestos son miiores
A maior ondra las casa que lo que premiero fué.
Ved qual ondra crece al que en buen ora nació,
Quando Señoras son sus fijas de Navarra y de Aragón,
Hoy los Reyes de España sus parientes son.
A todas alcanza ondra por el que en buen ora nació.

Y tan sólo un par de palabras dedica á la muerte de su héroe.

Se ha considerar, por lo tanto, la exposición de toda la primera parte de la vida heroica del Cid, desde su destierro hasta la conquista de Valencia, su reconciliación con el rey y el enlace, á que tan sólo accedió por obedecer al mandato de éste, de sus hijas con los infantes de Carrión, todo lo cual contiene la primera parte del poema, propiamente como una introducción de la segunda parte. En ésta es donde el poeta desenvuelve su intento principal con un efecto que cada vez va subiendo de punto, casi dramático, mostrándonos como de la humillación que intentan inferir al Cid en un principio sus enemigos y envidiosos, brota al fin y al cabo su fama y la honra de su linaje, puesto que los hijos mismos de los reyes se estiman honrados si pueden emparentar con el fidelísimo é invicto Campeador, y de esta manera alcanza éste por su propio mérito lo que el poeta supone término principal de los esfuerzos de su héroe.

¿Puede decirse que sea esto narrar á la manera de las crónicas? ¿Acaso este poema no es algo más que una «historia rimada», ni su autor más que un «simple rimador»? ¿Se le puede negar, efectivamente, una circunspecta elección de los sucesos, una efectiva ordenación de los mismos, tacto de poeta, en una palabra, «rastro de propia inventiva»? Y aun

cuando el asunto todo se hallara ya en los romances (1), ¿no está acaso tratado en el *Poema* desde un punto de vista especial y reducido á unidad poética? Compárese una vez más el conocido *Romancero del Cid* con el *Poema*, y se hallará que, aunque tienen el mismo objeto, nos lo presentan, sin embargo, desde distintos puntos de vista. En el *Romancero*, el objeto principal es la vida misma del Cid en sí y por sí, desde su nacimiento hasta su muerte, y todo lo restante, no tiene sentido sino en relación á ella, la aventura con los infantes de Carrión no pasa de ser un mero episodio, y el segundo casamiento de las hijas del héroe con los infantes de Navarra y Aragón es cosa que queda relegada por completo á segundo término. ¡Cuán otra cosa sucede en el *Poema!* En éste todo aparece, como me parece haberlo demostrado hasta la saciedad, en relación al honroso enlace de las hijas del Cid y el ennoblecimiento de su linaje que de esto resulta; el héroe mismo es sin duda alguna el protagonista, pero toda su acción aparece como subordinada á aquel fin. Y ahora bien; ¿puede seguirse afirmando que «lo que contiene de poesía el *Poema*, no sea más que consecuencia natural en parte del sentido poético de la nación, y en parte del interés íntimo del asunto?»

Pero aún hay más, y es que hasta en la concepción y exposición del carácter del héroe mismo hallamos ya una notable diferencia de contenido en los antiguos romances populares auténticos. En éstos aparece el Cid nada más que como «hijo de sus obras», en algunos como bastardo, en otros como hijo de un molinero; en los más como un descendiente del antiguo linaje de los jueces Laín Calvo y Nuño Rasura, que según la leyenda, figuraban á la cabeza del gobierno semipatriarcal, semirepublicano de Castilla; después se convierte por sus obras en hombre rico y señor poderoso (Cid), en un *rico hombre* orgulloso de su independencia, que no se humilla ante

(1) No hay la menor prueba, ni indicio siquiera de que existiesen.—(M. y P.)

su rey, que toma á mal á su padre el que le lleve á la corte á besar á aquél la mano, pero que se envanece de apoyarle á su propia costa con sólo que le dé libre voluntad, etc. (1). La misma *Crónica rimada*, editada por el Sr. Francisque Michel, recientemente descubierta y que tan alto valor tiene á causa del poema respecto al Cid que contiene, se mantiene mucho más fiel á este carácter del Çid, el genuino representante de la antigua *rica hombría* castellana, que el más antiguo poema, en el cual lo importante reposa en la lealtad del héroe, en la adhesión que conserva al rey, á pesar de todos los desaires que de éste recibió, y en la recompensa que por esto consigue de emparentar su linaje con linaje real, en una palabra, aquí no es el Cid propiamente un legítimo español, sino más bien uno de aquellos franceses en traje caballeresco feudal de los que, favorecidos por los Alfonsos VI y VII (precisamente el *buen Emperador* del Poema), fueron adquiriendo cada vez más derecho de ciudadanía en Castilla. Así es que, como más adelante habremos de notar, no tan sólo en la forma, sino que hasta en las costumbres y la característica, lleva el poema la traza de la influencia extraña, francesa, y hasta el nombre mismo que se da á sí propio, *Cantar de gesta*, nos indica sus modelos, las *Chansons de geste*. Punto es este que no puede pasarse por alto en la historia del génesis de la poesía artístico-castellana.

Volvamos á las particulares bellezas del poema, que han sido ya puestas en relieve por otros. No es lo característico aquí producto alguno de la abstracción y la reflexión, sino imitación

(1) Uno de los más notables rasgos de esta clase es el narrado por la *Crónica general* (Valladolid, 1604, fol. 233) y la *Crónica del Cid* (cap. cx), de cómo el Cid, al rey Alfonso, que se ha reconciliado con él, promete su vuelta á Castilla, á condición de que conserve y acreciente á los hidalgos sus privilegios y á las ciudades sus fueros y no imponga nuevos tributos, añadiendo como amenaza, que en el caso de no hacerlo el rey, no guardaría él su palabra: «*Si non, que se le podiese alzar toda la tierra por esta fasta que gelo emendase.*» Este rasgo está tomado sin duda de la leyenda y de los antiguos romances populares, y caracteriza al Cid como verdadaro héroe popular y propugnador de las libertades nacionales.

inconsciente de la Naturaleza, y, por lo tanto, más verdadero y comprensible. Se ve aparecer al Campeador de Vivar, barbudo, leal, sin que se deje notar en el poeta intento alguno de descripción artística; y precisamente por la íntima verdad y naturalidad profunda de una exposición falta de todo artificio, nace la convicción de que así se presentaba y así obraba el héroe. Hasta las figuras secundarias están dibujadas con pocos rasgos, pero con eficacia; no son virtudes ni vicios personificados, sino hombres de carne y sangre, como, por ejemplo, su esposa Ximena, afecta á su marido, no sólo con amor, sino honrándolo de verdad, y tenida por éste como *mujier de peso, que vale algo;* Ximena, caracterizada como tierna madre con un par de palabras (v. 2.610-2.611); sus hijas tan incondicionadamente sumisas y tan altaneras, sin embargo (v. 2.735-2.743); el belicoso obispo Jerónimo; el tan prudente como valeroso Minaya, comparable al maese Hildebrando de nuestras leyendas heroicas; Pero Bermúez, corto en palabras, pero contundente (v. 3.319-3.324). ¡Cuán corta, y, sin embargo, cuán expresiva es la descripción de Asur González, que entra insultando en la reunión de los principales del reino, enardecido y trastornado por un almuerzo opíparo! (V. 3.385-3.400.) Etc., etc.

La exposición es, tomada en su totalidad, sencilla y cordial, á menudo ingenua y enérgica (1). Las palabras y frases que constantemente se repiten para designar los mismos objetos y los muchos epítetos, casi siempre pintorescos (comp. Diez en el *Jahrb. f. wissensch. kritik.*, 1831. Juli, núm. 20. Sp., 154).

(1) ¡Qué concisión y fuerza en expresiones, como, por ejemplo, *Lengua sin manos, Boca sin verdad, Varón que tanto callas!* Pero lo que no comprendo es cómo Sismondi (pág. 40) pudo hallar en esta exposición rastros de origen arábigo (el mismo Wachler: *Handb. d. Gesch. d. lib. Fankfurt.*, 1823, thl. II, pág. 178, tan circunspecto otras veces, llama á esta exposición, tal vez extraviado por Sismondi, «á menudo arabizante»), pues los ejemplos que aduce lo mismo pueden denunciar un origen chino. Ya Federico de Schlegel (Obras: tomo I, pág. 318), hizo notar muy acertadamente que no se halla en todo el poema rastro alguno de gusto que se acueste á lo maravilloso y fabuloso oriental.

nos recuerdan la epopeya griega. La forma del diálogo, usada tan á menudo, da al relato no pocas veces vivacidad dramática. Tampoco carece de situaciones y cuadros muy felices; como conmovedor, por ejemplo, la entrada del poema; como sencillos, la despedida del Cid, de su familia y la de los padres de sus hijas; como vivo y que parece saltar á los ojos, la descripción de la lucha con los moros y con el conde de Barcelona: no deja de producir efecto cómico el relato de la superchería de que fueron víctimas los previsores judíos Rachel y Vidas; pero donde el autor ha echado el resto es en la magistral descripción de las Cortes de Toledo y del combate decisivo en Carrión, y la introducción de los enviados de Navarra y Aragón está traída con gran efecto.

No es este lugar para juzgar el valor del poema respecto á la historia y la topografía; pero aunque tengamos que conformarnos con el profundo crítico Huber, que aún más decididamente que Juan de Müller, niega al *Poema* todo valor como testimonio histórico abonado (1), no puede negarse que es una rica fuente para el conocimiento de las costumbres y del modo de ser caballeresco de la Vieja Castilla.

Por lo que respecta al lenguaje del poema, es éste todavía muy poco flexible, faltándole las necesarias formas y palabras de enlace para expresar un pensamiento con claridad y precisión; se ve en seguida que hacía aún poco que se había separado de un modo preciso de su lengua madre, y que no hacía sino empezar á formarse como lengua escrita independiente. Pero precisamente por esto es mayor el mérito del poeta, que con un órgano tan rudo é imperfecto ha llevado á cabo labor tan notable, teniendo que vencer sin duda alguna no pequeñas dificultades. ¡Cuánto no le aventajaban en esto los cantores de la *Ilíada* y la *Odisea*, que disponían de una lengua sonora y

(1) Aunque puede objetarse mucho á la prueba meramente negativa de Risco y Huber, sacada del silencio de sus fuentes (comp. la ya citada crítica de Enk y *Foreing Review and continental Miscellany*, núm. 8.°, página 442).

ya formada! La forma métrica del *Poema* es también muy ruda, y notable el esfuerzo que en éste se nota por dividir en dos los versos, que simplemente por esto han sido tenidos por alejandrinos, aun cuando no tienen número determinado de sílabas (oscila entre diez y quince y á veces veinte), bien que mucho de esta indeterminación haya de achacarse al copista. Además, la rima, mediante la cual enlaza el poeta á voluntad un número mayor ó menor de versos, y el paso de la misma á la *asonancia*, que aquí aparece todavía en la forma de la rima *por necesidad imperfecta*, no puede confundirse con la trabajada más tarde, que fué producto de una regla seguida con conciencia. Respecto á la métrica tiene en general el *Poema* una grande semejanza con los más antiguos poemas provenzales, que pudieron muy bien haberle servido de modelos (1).

De las formas de lenguaje y métricas del poema, comparadas con las de las obras de Gonzalo de Berceo, que es cosa sabida vivió á principios del siglo XIII, deduce Sánchez su elevada antigüedad, y cree que puede ponerse la fecha de su composición hacia mediados del siglo XII. En esto está conteste con él Capmany, y ciertamente el juicio de dos linguistas tan eruditos es de gran peso. En el poema mismo hay dos pasajes que pueden darnos alguna indicación respecto á la fecha de su composición, y son el uno (v. 3013-3014).

> El conde D. Anrrich, é el conde Don Remond;
> Aqueste fué padre del buen Emperador.

Este «*buen Emperador*» era Alfonso VII de Castilla, el cual

(1) Comp. Diez: *La Poesía de los Trovadores*, pág. 223; y sus *Altromanische*, Sprachdenkmale (Bonn, 1846. 8. S. 107) y el trabajo de Raynouard acerca del *Roman* de Fierabrás en el *Journal des Savans*, 1831, pág. 135-136) —Lo arriba indicado se encontrará más desenvuelto en el apéndice acerca de la poesía de los romances.—También en las formas de lenguaje se aproxima á menudo el *Poema* tanto al catalán que Damas Hinard, no sin fundamento, pone el país en que fué escrito en la parte de Castilla la Vieja que limita con el condado de Barcelona ó con el reino de Valencia (l. c., página 16.

recibió este título de Emperador de España en 1135, y era hijo del conde Raimundo también llamado Ramón de Borgoña. De modo y manera que el poema no pudo haber sido compuesto antes de este año (1).

El segundo pasaje es el famoso y muy discutido: (v. 3735)

Hoy los reyes de España sus parientes son.

Este «*hoy* son los reyes de España parientes del Çid» sólo pudo decirlo el poeta cuando, si no todas, por lo menos las más (2) de las familias reales que entonces mandaban en España ó eran descendientes inmediatas del Cid ó habían emparentado su linaje con el de éste mediante enlaces matrimoniales. Una de las hijas del Cid, doña María Sol, estaba casada con Ramón Berenguer III, conde de Barcelona, y la única hija nacida de este matrimonio no dejó heredero alguno á su marido, el conde de Besalú, extinguiéndose así con ella el linaje del Cid en esta línea.

(1) Como Alfonso murió el año 1157 cree Sánchez que el poema fué compuesto después de este año, pues dice (l. c. t. II, pág. 1): «Este Emperador murió el año de 1157. Y aunque el haberle nombrado no es prueba cierta de que ya hubiese muerto, parece lo más verosímil según el modo con que se explica el poeta. Creo, pues, que debe éste colocarse después del año 1157 y antes del 1200 en que ya vivía D. Gonzalo de Berceo.» Pero no creo que de la manera como el poeta cita al Emperador se haya de deducir esto; porque el decir sencillamente: este (el conde Ramón) fué el padre del buen Emperador pudo muy bien ser dicho en tiempo de Alfonso, como concede el mismo Sánchez.

(2) Que con esto de «Reyes de España» no se debe entender *todos* los reyes de España, lo cual no va implicado en la expresión tomada gramaticalmente, como supone D. Rafael Floranes (en Risco, pág. 69) es cosa que ha refutado suficientemente Huber (l. c., pág. XXIX.)

FERNANDO WOLF.

(Se continuará.)

OBRAS NUEVAS

Abela (E.)—Epitome de cosmografía y geografía física. En 8.°, 175 páginas: 3 pesetas.

Alcover (J.)—Poemas y harmonías. En 12.°, 139 páginas con grabados: 2 pesetas.

Barreiro Meiro (J.)—Armonías jurídicas. En 4.° mayor, 62 páginas: 1 peseta.

Blanco y Sánchez (R.)—Lengua castellana. Arte de la lectura (teoría). En 4.°, 435 páginas: 4 pesetas.

Bolea y Sintas (M.)—Descripción histórica de la Catedral de Málaga. En 4.°, XVIII-380 páginas: 4 pesetas.

Canalejo y Soler (J.)—Manual práctico de fotografía. En 8.° mayor, 264 páginas: 3 pesetas.

Cañal (C.)—Sevilla prehistórica: yacimientos prehistóricos de la provincia de Sevilla. Con 130 fotograbados y un mapa. En 4.°, X-224 páginas: 10 pesetas.

Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas de Ultramar.—Segunda serie, tomo VIII.—II. «De los pleitos de Colón». En 4.°, XV-464 páginas. Encartonado: 12,50 pesetas.

Comenge (R.)—Cuestiones filipinas. Primera parte. Los Chinos (Estudio social y político). En 8.° mayor, 470 páginas: 10 pesetas.

Costa (J.)—De los fideicomisos de confianza y sus relaciones con el Código civil español. En 4.° mayor, 130 páginas.—No se ha puesto á la venta.

Echegaray (M.)—Las tres de la tarde: diálogo en un acto y en verso. En 8.°, 15 páginas: 1 peseta.

Escobotado y Sánchez (V.)—Miserias y heroicidades. En 8.°, 34 páginas: 1 peseta.

Estremera (J.)—La Cuerda floja, juguete cómico en un acto y en prosa. En 8.°, 39 páginas: 1 peseta.

Fernández Bremón (J.)—El Espantajo, comedia en tres actos y en prosa, original. En 8.°, 55 páginas: 2 pesetas.

Fernández y Martín (M.)—Compilación legislativa del gobierno y administración civil de Ultramar, arreglada en virtud de reales órdenes de 8 de Febrero de 1886, 29 de Enero de 1888 y 27 de Mayo de 1893. En 4.°, tomo X. (Segundo cuatrimestre de 1888.) (Páginas 935 á 1.554): 8 pesetas.

Foge (R.)—Los caminos de hierro en España. Recopilación ordenada de las disposiciones legales vigentes sobre ferrocarriles y tranvías. En 4.°, 969 páginas: 15 pesetas.

García y Barbarín (E.)—Prosa y verso. Trozos escogidos de los más notables escritores castellanos. En 8.°, dos tomos en un volumen, 199 y 192 páginas: 2 pesetas.

García y Mansilla (S.)—Clínica de oftalmología. En 4.°, 37 páginas: 1 peseta.

Gimeno de Flaquer (C.)—Madres de hombres célebres. En 8.°, 203 páginas: 2,50 pesetas.

Gómez de Arteche y Moro (P.)—Discurso en elogio del teniente

general D. Eduardo Fernández San Román. En 4.° mayor, 44 páginas. No se ha puesto á la venta.

Gross de Graz (H.)—Manual del juez, para uso de los jueces de instrucción y municipales, gobernadores de provincia, alcaldes, escribanos, oficiales y subalternos de la Guardia civil, agentes de policía, etc., etc., por el Dr. Hanns Gros de Graz, traducción del alemán, prólogo y notas, por D. Máximo de Arredondo, juez de primera instancia por oposición. Obra ilustrada con multitud de grabados. En 4.°, 804 páginas: 12 pesetas.

Gutiérrez-Cañas y Gutierrez (D.)—Programa para la enseñanza de prácticas judiciales. En 8.°, 74 páginas: 2,50 pesetas.

Herizo (M. E.)—Elementos de gramática comparada de las lenguas latina y castellana. Parte primera «Analogia». En 8.°, XI-287 páginas: 4 pesetas.

Houdin (R.)—Confidencias de un prestidigitador. Dos tomos. En 8.°, 379 y 359 páginas: 6 pesetas.

Huguet y Campaña (P.)—La Letra de cambio y demás documentos mercantiles. En 8.° mayor, 465 páginas. Tela: 8 pesetas.

Informe del ministro de Instrucción pública, negocios eclesiásticos, justicia, beneficencia, caridad y estadística al Congreso constitucional de 1894. Quito. En 4.° mayor, 328 páginas y 54 hojas de cuadros estadísticos y documentos oficiales.

Iñarra y Echevarría (F.)—Lecciones elementales de organografía y fisiología humanas. En 8.°, 353 páginas: 6 pesetas.

Labra (R. M. de).—El Congreso pedagógico hispano-portugués americano de 1892. En 8.°, 354 páginas: 3,50 pesetas.

Las Plasas.—La Libertad y el liberalismo. En 4.°, 216 páginas: 2,50 pesetas.

Lasso de la Vega (A.)—Rayo de luz, traducción de los más célebres poetas extranjeros. En 12.°, 191 páginas y retrato del autor: 0,50 pesetas.

Lezcano Hernández (T. de).—Discurso inaugural, pronunciado en la solemne apertura del curso de 1894 á 1895, en la Universidad literaria de Valladolid. En 4.° mayor, 128 páginas y 23 cuadros.

López Domínguez (J.)—Discursos pronunciados en el Congreso de los Diputados. En 4.°, 235 páginas.

López Jordán (F.)—Discurso leído en la solemne apertura del curso académico de 1894 á 1895 en la Universidad literaria de Granada. En 4.°, 29 páginas.—Tema: Breve reseña histórica de la Farmacia, en relación con su enseñanza.

López de Velasco (J.)—Geografía y descripción universal de las Indias. En 4.°, XIII-808 páginas y un mapa: 15 pesetas.

Lucini y Callejo (E.)—La Carrera mercantil. En 4.°, VII-260 páginas. Encartonado: 4 pesetas.

Martín (A.)—La Fetidez del aliento de origen nasal: ozena verdadero. En 8.° mayor, 96 páginas: 2,50 pesetas.

Meléndez Valdés (J.)—Poesías inéditas, publicadas por R. Foulché-Delbosc. En 4.°, 32 páginas: 2 pesetas.

Membreño (A.).—Elementos de práctica forense en materia civil. Tegucigalpa, 1893. En 4.°, 328-VII páginas: 10 pesetas.

Morell y Terry (J.)—Estudios sobre el Código civil. En 4.°, 331 páginas: 4 pesetas.

Múgica (P. de).—Maraña del idioma. Crítica lexicográfica y gramatical. En 4.°, X-106 páginas: 1,50 pesetas.

Navarro y Reig (V.)—Práctica de los juzgados municipales. Tomo I, primera parte. Enjuiciamiento civil. En 4.°, 802 páginas: 7 pesetas.

Ortiz (J. M.)—Mi primer vuelo; poesías. En 12.°, XVI-87 páginas: 2 pesetas.

Otero y Pimentel (L.)—Reflejos de la vida militar. En 4.°, XLIV-295 páginas y 3 láminas. Tela.

Pedrell (F.)—Hispaniae schola musica sacra; opera varia (saecul. XV,

XVI, XVII et XVIII), diligenter excerpta, accurate revisa, seculo concinnata á Philipo Pedrell. Volumen II. «Franciscus Guerrero.» En folio XLVI-53 páginas: 8,50 pesetas.—Los tomos sueltos 12 pesetas cada uno.

Peña y Goñi (A.)—Guerrita. En 8.°, 424 páginas: 4 pesetas.

Pérez Escrich (E.)—Fortuna; historia de un perro agradecido. En 12.°, 185 páginas y retrato del autor: 0,50 pesetas.

Peset y Cervera (V.)—Curso elemental de terapéutica. Dos tomos. En 8.°, 757 y 902 páginas: 25 pesetas.

Pí y Arsuaga (F.)—Pobres y ricos (pequeño poema). En 4.°, 32 páginas: 1 peseta.

Prada y Hernández (L.)—Principios generales de derecho. En 8.° mayor, XXIII-427 páginas: 7,50 pesetas.

Pulido (A.)—Miniaturas científicas. En 8.°, XXVIII-117 páginas: 3 pesetas.

Retana (W. E.)—Filipinas. El Precursor de la política redentorista; breves comentarios á un libro raro. En 8.°, 36 páginas: 1 peseta.

Rodríguez (D.)—El Juego en los frontones. En 8.°, 61 páginas: 1 peseta.

Rodríguez y Abaytua (N.)—Las Transfusiones hipodérmicas de suero artificial (método de Cheron). En 8.° mayor, 53 páginas: 2 pesetas.

Ruderico.—La Felicidad. Primeros ensayos de patología y de terapéutica social. En 4.°, 282 páginas: 4 pesetas.

Salas y Barbadillo (A. J. de).—Dos novelas de D. Alfonso Jerónimo de Salas Barbadillo, reimpresas por la Sociedad de bibliófilos españoles. Volumen XXXVI. En 4.°, XLVIII-337 páginas: 20 pesetas.—Contiene: «El Cortesano descortés» y «El Necio bien afortunado».

Salas Ricoma (R.)—Guía histórica y artística del Monasterio de Santas Creus. En 4.° mayor, 148 páginas, un plano y 39 grabados representando diferentes detalles de las bellezas artísticas del Monasterio: 4 pesetas.

Salcedo y Ruiz (A.)—Memoria premiada por la Real Academia de Ciencias morales y políticas en el concurso ordinario de 1893. En 4.° mayor, 113 páginas.—Tema: El Socialismo del campo.

Sánchez Moguel (A.)—Discurso leído en la Universidad Central en la solemne inauguración del curso académico de 1894 á 95. En 4.° mayor, 48 páginas.—Tema: Naturaleza política y literaria de las Cortes peninsulares anteriores al sistema constitucional.

Santamaría de Paredes (V.)—Programa de derecho administrativo. En 8.°, 39 páginas: 1 peseta.

Selipe.—Espartero y Guerrita. Apuntes. En 4.°, 316 páginas: 5 pesetas.

Séñeri (P.)—El devoto de la Virgen María. En 8.°, 256 páginas. Tela: 1 peseta.

Sepúlveda (E.)—Cuentos. En 8.°, 181 páginas: 2 pesetas.—Biblioteca de autores contemporáneos. Tomo II.

Serrano Alcázar (R.)—San Sebastián. En 8.°, 92 páginas: 1,50 pesetas.

Soler y Cómez (F.)—La Noche de ánimas en Monte-Moret. En 8.°, 80 páginas: 1 peseta.

Surtidos para viaje, por los señores Aza, Barrantes, Bustillo y otros. En 8.°, VII-221 páginas: 1,50 pesetas.

Contestación á las preguntas del programa para el ingreso en el cuerpo de empleados administrativos de la Tabacalera. En 8.° menor, 175 páginas: 4 pesetas.

Torrens y Monner (A.)—Armonía entre patronos y obreros. En 4.°, 48 páginas y retrato del autor: 1 peseta.

Triviño Valdivia (F.)—Arrepentida. Poema original. En 8.° menor, 48 páginas: 1 peseta.

Valdés y Díaz (P.)—Tratado elemental y tablas de logaritmos. En 4.°, 185 páginas: 2,50 pesetas.

Valladar (F. de P.)—Historia del arte. En 4.°, XVI-483 páginas. Tela: 8,50 pesetas.

Vegas y Puebla-Collado (M.)—Tratado de geometría analítica. En 4.°, VIII-576 páginas: 20 pesetas.
— Cuestionario de exámenes de de geometría analítica. En 8.°, 35 páginas: 1 peseta.
Velasco Padrino (A.)—Consideraciones políticas sobre el poder del Gobierno español. En 8.°, 17 páginas: 2 pesetas.
Vera y González (E.)—El Marqués de Santa Marta; estudio biográfico. Dos tomos. En 4.°, 638 y 747 páginas y un retrato: 15 pesetas.
Verdegay y Fiscowich (E.)—Historia del correo desde sus orígenes hasta nuestros días. En 4.°, 480 páginas: 15 pesetas.
Viñaza (C. de la).—Adiciones al Diccionario histórico de los más ilustres profesores de las bellas artes en España, de D. Juan Agustín Ceán Bermúdez. Tomo I. Edad Media; notas sobre más de cuatrocientos artistas no citados por Ceán Bermúdez ni por Llaguno. Tomos II á IV. Siglos XV-XVI y XVII. Cuatro tomos.—En 8.°, XI-210-356-395 y 284 páginas: 10 pesetas.
Vivante (C.)—Derecho mercantil, por César Vivante, profesor en la Universidad de Bolonia. Traducción, prólogo y notas por Francisco Blanco Constans, profesor de Derecho mercantil en la Universidad de Granada. En 4.°, 655 páginas: 10 pesetas.—Biblioteca de Jurisprudencia, Filosofía é Historia.

ÍNDICE

POR ÓRDEN ALFABÉTICO DE AUTORES, DE LOS ARTÍCULOS PUBLICADOS EN «LA ESPAÑA MODERNA» DURANTE EL AÑO 1894.

Altamira (Rafael).—La Psicología de la juventud en la novela moderna; Junio, pág. 35.

Anónimo.—Obras nuevas: Enero, pág. 202.—Febrero, página 203.—Marzo, pág. 203.—Abril, pág. 202.—Mayo, página 206.—Junio, pág. 200.—Julio, pág. 201.—Agosto, página 203.—Setiembre, pág. 204.—Octubre, pág. 204.—Noviembre, pág. 205.—Diciembre, pág.

Asensio (José María).—Noticias curiosas, particularidades y anécdotas relativas al *Quijote;* Enero, pág. 103.

Barrantes (Vicente).—Villergas y su tiempo; Junio, página 53.—Las obras de Villergas; Julio, pág. 5.—España fuera de España; Agosto, pág. 69.—Tenorios políticos; Setiembre, pág. 71.

Becerro de Bengoa (Ricardo).—El Congreso de los Diputados; Agosto, pág. 34.

Cambronero (Cárlos).—Cosas de Antaño; Abril, pág. 60.

Campoamor (Ramón de).—Humoradas; Febrero, pág. 48.—Cabeza y corazón (dolora); Marzo, pág. 27.—Humoradas; Agosto, pág. 33.

Cánovas (Luis).—Tres doloras; Setiembre, pág. 117.

Castelar (**Emilio**).—Crónica Internacional; Enero, pág. 170. —Febrero, pág. 106.—Marzo, pág. 158.—Abril, pág. 91. —Mayo, pág. 141.—Revista Europea; Junio, pág. 126.— Crónica Internacional; Julio, pág. 146.—Agosto, pág. 84. —Setiembre, pág. 145.—Noviembre, pág. 164.—Diciembre, pág. 167.

Cotarelo (**Emilio**).—Juan de la Encina y los orígenes del teatro español; Abril, pág. 24.—Mayo, pág. 24.—Vida pública de D. Enrique de Villena; Julio, pág. 48.—Vida literaria de D. Enrique de Villena; Setiembre, pág. 18.— Octubre, pág. 91.—La leyenda y la realidad acerca de D. Enrique de Villena; Noviembre, pág. 39.

Dorado Montero (**Pedro**).—A propósito de la causa de Varela; Mayo, pág. 68.

Echegaray (**José**).—Los explosivos; Enero, pág. 55.—Febrero, pág. 59.—Abril, pág. 16.—Recuerdos; Diciembre, pág. 103.

Fernández Duro (**Cesáreo**).—El Estandarte y el arcón de Oquendo: Febrero, pág. 99.—Cómo han ido civilizándose los japoneses; Mayo, pág. 61.

García Romero de Tejada (**José**).—La Cuestión social en Andalucía; Abril, pág. 53.

Gil y Robles (**Enrique**).—De pedagogía; Julio, pág. 39.

Gladstone (**W. E.**).—El español Blanco White; Enero, página 149.—Febrero, pág. 179.—Marzo, pág. 197.

González Agejas (**Lorenzo**).—La Celestina; Julio, página 78.

Hoyos Sainz (**Luis de**). — Crónica Científica; Abril, página 169.—Mayo, pág. 171.—Junio, pág. 97.—Julio, página 125.—Agosto, pág. 105.—Octubre, pág. 115.—Diciembre pág. 149.

Ibarra y Rodríguez (**Eduardo**).—La conquista de Melilla en 1497; Enero, pág. 121.

Lange (**A.**)—Luis Vives; Abril, pág. 184.—Junio, pág. 179. —Julio, pág. 167.—Agosto, pág. 148.

Martínez Vigil, Obispo de Oviedo, (**Fr. R.**)—España en la Biblia; Marzo, pág. 5.

Menéndez y Pelayo (**Marcelino**).—Don José María Quadrado, su vida y sus escritos; Enero, pág. 62.—Revista Crítica.—Febrero, pág. 138.—Marzo, pág. 129.—Abril, pág. 117.—Mayo, pág. 117.—Junio, pág. 152,—Julio, página 104.—Septiembre pág. 87.—Octubre, pág. 167. Diciembre, pág. 84.

Michel (**Emilio**).—Diego Velázquez; Septiembre, pág. 167. —Noviembre, pág. 124.—Diciembre, pág. 48.

Morel-Fatio (**Alfred**).—El traje de golilla y el traje militar; Septiembre, pág. 130.

Morphy (**Guillermo**).—Revista musical; Noviembre, página 155.

O'Neill (**Juan**).—Fray Jerónimo Savonarola; Septiembre, página 43.—Octubre, pág. 77.

Pardo Bazán (**Emilia**).—Adán y Eva (novela); Enero, página 5.—Febrero, pág. 5.—Marzo, pág. 95.—Abril, página 73.—Mayo, pág. 96.—Los Poetas épicos cristianos.—Milton; Noviembre, pág. 108. Diciembre, pág. 115.

Pérez de Guzmán (**Juan**).—Academias literarias de ingenios y señores bajo los Austrias; Noviembre, pág. 68.

Pérez (**Licenciado Pero**).—Torquemada en la cruz; Febrero, página 66.—Las cinco cartas amatorias de la monja portuguesa Mariana Alcofurado; Marzo, pág. 61.

Pirala (**Antonio**).—Historia contemporánea.—Amores del rey D. Alfonso XII; Febrero, pág. 49.—El secreto de un Consejo de Ministros; Abril, pág. 5.—La venta de Cuba; Diciembre, pág. 5.

Posada (**Adolfo**).—La educación del rey; Marzo, pág. 29.—La enseñanza en París; Agosto, pág. 5.—Por Francia; Octubre, pág. 57.

Salillas (**Rafael**).—El jurado médico y la causa de Varela; Febrero, pág. 88.—La degeneración y el proceso Willie; Junio, pág. 70.

Sánchez Pérez (Antonio).—La Hijuela del Parnasillo; Octubre, pág. 33.

Santa María (Francisco).—Crónica literaria; Septiembre, página 123.

Silió (César).—El anarquismo y la defensa social; Enero, página 141.

Thebussem (Doctor).—Lo Verde; Marzo, pág. 43.—Dos cartas de Villergas; Septiembre, pág. 58.

Turguenef (Iván).—Hamlet y Don Quijote; Agosto, página 52.

Unamuno (Miguel de).—La enseñanza del latín en España; Octubre, pág. 144.

Valbuena (Antonio de).—Inconsecuencia; Septiembre, página 5.

Valera (Juan).—Colección de papiros y otras antigüedades de Egipto pertenecientes al archiduque Raniero; Mayo, página 5.—El hechicero; Junio, pág. 5.—La buena fama; Octubre, pág. 5.—Noviembre, pág. 5. Diciembre, pág. 23.

Villegas (Francisco F.).—Impresiones literarias; Enero, página 191.—Febrero, pág. 122.—Marzo, pág. 181.—Abril, pág. 158.—Mayo, pág. 196.

Wolf (Fernando).—La literatura castellana y portuguesa; Octubre, pág. 182.—Noviembre, pág. 188.—Diciembre, pág 184.

INDICE

Págs.

Historia contemporánea, por Antonio Pirala..... 5
La Buena fama (conclusión), por Juan Valera..... 23
Diego Velázquez (tercera parte, conclusión), por Emilio Michel... 48
Revista crítica, por M. Menéndez y Pelayo..... 84
Recuerdos, por José Echegaray..... 103
Los Poetas épicos cristianos (continuación).—*Milton*, por Emilia Pardo Bazán..... 116
Crónica científica, por Luis de Hoyos Sainz..... 149
Crónica internacional, por Emilio Castelar..... 167
La Literatura castellana y portuguesa, por Fernando Wolf, con prólogo y notas de M. Menéndez y Pelayo..... 184
Obras nuevas..... 197
Indice de autores..... 201

COLECCIÓN DE LIBROS ESCOGIDOS

Á TRES PESETAS TOMO

Asensio.—Pinzón.

Balzac.—Eugenia Grandet.—Papá Goriot.—Ursula Mirouet.—César Birotteau.—La quiebra de César Birotteau.

Barbey d' Aurevilly.—El Cabecilla.—El Dandismo y Jorge Brummel.—Venganza de una mujer.—Las Diabólicas.—Una historia sin nombre.—La Hechizada.

Baudelaire.—Los Paraísos artificiales.

Campée.—Historia de América (dos tomos).

Campoamor.—Ternezas y flores.—Ayes del Alma.—Fábulas.—Doloras y Humoradas.

Caro.—El Pesimismo en el siglo XIX.—El Suicidio y la civilización.—Costumbres literarias.—Littré y el positivismo.

Coppée.—Un Idilio.

Cherbuliez.—Miss Rovel.—La Tema de Juan Tozudo.—Amores frágiles.—Paula Meré.—Meta Holdenis.

Daudet.—Jack (dos tomos).—La Evangelista.—El Sitio de París.—Novelas del lunes.—Cartas de mi molino.—Tartarin en los Alpes.—Cuentos y fantasías.

Dostoyowsky.—La Casa de los muertos.—La Novela del presidio.

Ferrán.—Obras completas.

Ferri.—Antropología criminal.—Nuevos estudios de antropología.

Flaubert.—Un Corazón sencillo.

Gautier.—Las Bombas prusianas.—Nerval y Baudelaire.—Madama de Girardin y Balzac.

Gay.—Salones célebres.

Goncourt.—Querida.—Renata Mauperín.—Germinia Lacerteux.—La Elisa.—La Faustín.—La señora Gervaisais.

Heine.—Memorias.

Ibsen.—Casa de muñeca.—Los Aparecidos.—La Dama del mar.

Kropotkin.—La Conquista del pan.

Lombroso.—Antropología y psiquiatría.—El Hipnotismo.—Aplicaciones judiciales y médicas de la Antropología criminal.

Lubbock.—La Vida dichosa.

Macaulay.—Estudios jurídicos (dos tomos).

Merimée.—Colomba.—Mis perlas.

Renán.—Mi infancia y mi juventud.—Memorias íntimas (dos tomos).

Sainte-Beuve.—Tres mujeres.—Retratos de mujeres.

Sardou.—La Perla negra.

Schopenhauer.—Estudios escogidos.

Stuart Mill.—Mis memorias.

Taine.—Filosofía del Arte.—La Pintura en los Países Bajos.—El Arte en Grecia.—El Ideal en el Arte.—Nápoles.—Roma (dos tomos).—Florencia.—Venecia.—Milán.

Tarde.—Estudios penales y sociales.

Tolstoy.—La Sonata á Kreutzer.—Marido y mujer.—Dos Generaciones.—El Ahorcado.—El Príncipe Nekhli.—En el Cáucaso.—La Muerte.—El Sitio de Sebastopol.—Los Cosacos.—Iván el Imbécil.—El Canto del cisne.—El Camino de la vida.—Placeres viciosos.—El Dinero y el trabajo.—El Trabajo.—Mi confesión.—Los Hambrientos.—¿Qué hacer?—Lo que debe hacerse.—Mi Infancia.—Mi Juventud.—La Escuela de Iasnaia Poliana.—Fisiología de la guerra.

Turguenef.—Humo.—Nido de hidalgos.—El Judío.—El Rey

Lear de la Estepa.—Un Desesperado.—Primer amor.—Aguas primaverales.—Demetrio Rudin.—El Reloj.

Varios.—Ramillete de cuentos.—Tesoro de cuentos.—Cuentos escogidos.

Wagner.—Recuerdos de mi vida.

Zola.—Las Veladas de Médan.—Estudios literarios.—La Novela experimental.—Mis odios.—Nuevos estudios literarios.—Estudios críticos.—El Naturalismo en el teatro (dos tomos).—Los Novelistas naturalistas (dos tomos).—El Doctor Pascual (dos tomos).—Los Hombros de la Marquesa.

AP
60
E8
año 6
no.70-72

La España moderna

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY